

ROCÍO CASTRILLO

*Una mansión*  
*en* **PRAGA**

Prólogo de *Francisco R. Pastoriza*



**UNA MANSIÓN EN PRAGA**

**ROCÍO CASTRILLO**

**PRÓLOGO: FRANCISCO R. PASTORIZA.**

Crítico literario y profesor de la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad  
Complutense de Madrid

**DISEÑO PORTADA: ALEXIA JORQUES**

**Número Registro Propiedad Intelectual: M-006933/2008**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su transmisión y difusión en cualquier forma, medio o método, sin el permiso expreso y por escrito de los titulares del copyright.

**Copyright**

Del texto: Rocío Castrillo

Del prólogo: Francisco R. Pastoriza

A mi hijo Adrián, el mejor regalo que me ha dado la vida

# ÍNDICE

Contenido

LA DECISIÓN

II. LOS VÉSELY

III. LA ABUELA CHECA

IV. CAMIONEROS

V. EL TESTAMENTO

VI. LA LLEGADA

VII. UN ATENTO CABALLERO

VIII. EL YUGOSLAVO

IX. MERIENDAS

X. PESADILLAS

XI. EL ÁTICO

XII. LOS MOLINA

XIII. EL LIENZO

XIV. AUSENCIA

XV. EL JUICIO

XVI. REENCUENTROS

XVII. KOSOVO

XVIII. AMAR DEMASIADO

XIX. PÉRDIDAS

XX. SARAJEVO, DOCE AÑOS DESPUÉS

## PRÓLOGO

### EL PINTOR DE LAS GUERRAS

“...No es ésta una historia de amor romántica al uso, sino la de un amor contaminado por la guerra, un amor que no puede liberar a sus protagonistas de las consecuencias de la violencia y de la locura que la guerra introdujo en sus vidas...”

La transición entre los siglos XX y XXI se recordará como uno de los periodos más convulsos de la historia reciente. No cabe ninguna duda de que los tratados y los manuales del futuro estudiarán estos años como una etapa trascendente en la conformación de un nuevo ciclo en la historia universal. La caída del muro de Berlín y el final de la guerra fría, la formación de los nuevos estados europeos tras la guerra de Yugoslavia y la desintegración de la antigua Unión Soviética, la aparición de una nueva amenaza para la paz mundial a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, los nuevos equilibrios en la geopolítica de Oriente Medio... han transformado en poco tiempo, menos de 20 años, el mundo tal y como lo conocíamos.

Los tratados y los manuales de ese futuro recogerán los nombres de los héroes y de los villanos que protagonizaron los hechos para bien o para mal, los de las grandes batallas, los de los tratados firmados por los nuevos países o por las potencias protectoras de cada bando; los nombres de las autoridades que culminaron los procesos que siempre han beneficiado a unos y perjudicado a otros... Pero en todas las guerras hay, además, personas que sufren en sus carnes o en las de sus familiares, amigos, vecinos... las consecuencias de la guerra y de la violencia, de la injusticia perpetrada por todos los poderes, civiles o militares (a veces de los dos), el espanto insospechado al que puede llegar la crueldad de los seres humanos. Seres anónimos, personas como usted y como yo, vieron marcadas sus vidas para siempre por la guerra, por la injusticia y por la locura de la guerra. Es a esas personas a quienes la Literatura, y no la Historia, dedica siempre su homenaje. Es ese uno de los grandes valores de la Literatura y uno de los motivos por los que existe y debe seguir existiendo la novela.

Miguel de Unamuno acuñó una palabra, intrahistoria, para definir lo que les ocurre a los seres humanos normales mientras la Historia con mayúscula va haciendo y deshaciendo el tiempo. Intrahistoria es lo que no sale en los periódicos. Esta novela, “Una mansión en Praga”, es un documento de ficción que, dentro de la Historia de esas dos décadas que citaba, teje la intrahistoria de unas personas normales, de ficción pero verosímiles, que es una de las virtudes de la buena literatura. Pirandello decía que la vida está llena de hechos absurdos que no necesitan ser verosímiles porque son reales.

Es esta una historia que transcurre durante esas dos décadas que convulsionaron el mundo durante la transición entre dos siglos. Rocío Castrillo sitúa a algunos de sus personajes en un mundo en el que hay territorios que se debaten en guerras interminables y a otros, en territorios que gozan de la impagable fortuna de la paz. Entre esos dos mundos, a veces demasiado cercanos, hay personas que huyen de uno al otro, casi siempre de la guerra a la paz y casi siempre sin poder encontrarla. Hay otros que necesitan vivir en la guerra para dar al mundo testimonio de lo que ocurre, como el protagonista de esta novela, un pintor que va de guerra en guerra, de batalla en batalla, que se traslada a los frentes para plasmar en sus óleos lo que ven sus ojos. No es tan excepcional esta figura: recordemos que durante la Primera Guerra Mundial el pintor Félix Vallotton pintaba sus cuadros de guerra utilizando este mismo procedimiento. Entre los personajes, también entre los de esta novela, hay unos que solo piensan en la supervivencia y otros que ven en el caos y el desorden la oportunidad para crearse una fortuna, aprovechándose de la corrupción y el pillaje que conllevan las guerras o algunos procesos de transición, como el de la República Checa, donde se sitúa la acción de esta novela.

“Una mansión en Praga” muestra en prototipos perfectamente dibujados a algunos de estos personajes y los sitúa alrededor de una historia de amor y de pasiones, de amor apasionado y apasionante. Pero no es ésta una historia de amor romántica al uso, sino la de un amor contaminado por la guerra, un amor que no puede liberar a sus protagonistas de las consecuencias de la violencia y de la locura que la guerra introdujo en sus vidas. Amor y odio conviven en quien ha sufrido las desgracias de la guerra, en quien ha visto espantos difíciles ni siquiera de imaginar y que han influido en su forma de ver el mundo y en sus relaciones amorosas, contaminando el amor con un odio indefinible. Es esta la novela de una narradora omnisciente, con muchos diálogos, en la que las situaciones se desarrollan intensamente, a veces a velocidad de vértigo.

Pero si hay algo omnisciente a lo largo de la novela es la guerra misma a través de los conflictos de aquellos años. Aunque su protagonista pretenda huir de la guerra se encuentra con ella a cada paso, como un reto que ha de superar, algo que ha dejado en él una marca indeleble de la que necesita liberarse y, aunque parezca contradictorio, lo hace visitando sus escenarios: Yugoslavia, Chechenia, Kosovo, Sierra Leona, Irak, Afganistán... los atentados terroristas a las Torres Gemelas de Nueva York y los trenes madrileños aquel fatídico 11 M. Alexander Korac, nuestro protagonista, necesita, como Goya, documentar con su arte los desastres de la guerra. Goya era también un pintor de batallas, como nuestro protagonista.

Y es la guerra la que está siempre ahí como una amenaza permanente al amor y a la vida. Porque la guerra siempre ha servido para forjar la Historia. Y para destrozar a los protagonistas de la intrahistoria. En “Una mansión en Praga” está la vida en marcha y la vida detenida, la vida y la

muerte. Algunos de los momentos más dramáticos están sacados de vivencias de la autora que al trasladarlas a las páginas de la novela se convierten en un homenaje de amistad al mismo tiempo que se desprende de ciertos demonios, al menos de ciertos sapos. Decía Marianne Moore que una novela debe ofrecernos jardines imaginarios, pero tienen que estar habitados por sapos de verdad: “si los sapos también son de mentira, entonces apaga y vámonos”. Hay en “Una mansión en Praga” jardines imaginarios, ciertamente, pero hay también sapos de verdad.

**FRANCISCO R. PASTORIZA**





# LA DECISIÓN

Alexander Korac, serbio de Sarajevo, llevaba más de un año encerrado en la minúscula habitación que ocupaba en la casa de sus padres. Se negó a empuñar las armas en esa guerra estúpida que jamás entendería y que estaba destrozando familias enteras, la suya incluida. Había pensado muchas veces en abandonar aquel infierno, pero le faltaba valor. Solo cuando vio los cadáveres de su cuñada María y de su sobrina Sara, de seis años, escarchados en el asfalto, decidió que era el momento de huir. Sabía que tardaría siglos en borrar esa imagen de su mente, y dudaba si alguna vez sería capaz de perdonar a su hermano y a su madre.

Dusan, el hermano mayor, piloto de aviación civil, se casó con la bella María, croata y católica, cuando nada hacía presagiar el drama que teñía de sangre y fuego las calles de Sarajevo. Al principio del asedio fue llamado a filas por el Ejército Federal, y participaba en el bombardeo de su propia ciudad mientras su esposa sufría en silencio el abandono de su familia, el desprecio de sus vecinos e incluso de sus íntimos amigos, que la ignoraban por el simple hecho de amar a un militar serbio. Sin saber por qué, Alexander intuyó la tragedia el día que recibieron un escueto telegrama del frente, fechado el 17 de diciembre de 1993: “Tregua anunciada. Vuelvo a casa”.

María recibió a su hombre embargada por la emoción y se entregó a él como una ilusionada adolescente que hace el amor por primera vez. Dusan le regalaba largos y cálidos besos, y le pedía entre sollozos que fuera paciente y cuidara a su hijita, porque la guerra no duraría mucho. En la intimidad de la habitación ella libraba su propia lucha, acurrucada entre los brazos fuertes de su marido. “¿No seré un monstruo por amar a un hombre que participa en la matanza de tantos seres inocentes?” —meditaba al tiempo que sus caricias la consolaban. Intentaba convencerse a sí misma de que lo mejor era no pensar, refugiarse en el cuerpo de su amado los días que tenía la oportunidad de disfrutarlo y acomodarse a la rutina de su encierro cuando él se marchara de nuevo.

Dusan Korac, el padre, recriminaba con frecuencia a Nadia, la madre, el odio que sentía por su nuera.

—María no es más que una pobre mujer que lucha contra nuestro abandono y el de su familia. Aún tiene fuerzas para amar a nuestro hijo y criar a la pequeña Sara en medio de este desastre. ¿No puedes encontrar un poco de compasión en tu corazón de hielo?

Nadia no podía. Perdió a su hermano menor en la guerra que enfrentaba a serbios y croatas en la región de Krajina y cada vez que pensaba en María imaginaba que un familiar o un amigo de la muchacha habría podido ser el asesino de su querido Zarco. La echó violentamente de casa una soleada mañana de abril de 1992. Ella, enterada por Alexander de la desgracia, fue a darle el pésame y a ofrecerle su consuelo.

—¡Vete de aquí, croata indeseable, hija del diablo! ¡No quiero verte nunca más! ¡Nunca! ¡Mejor

será que te olvides de mi hijo y de toda nuestra familia! ¿Cómo te atreves a venir sabiendo que el cuerpo de Zarco está destrozado por las balas de los tuyos? —le gritaba mientras la joven bajaba las escaleras llorando y gimiendo; abrazando y consolando a su hijita que, con igual fuerza, había estallado en llantos.

Alexander, asomado a la ventana, también tenía los ojos húmedos. La primavera calentaba su rostro como si quisiera secar sus lágrimas. Sus labios lanzaban besos a María y a Sara, que las dos devolvían acompañados de sonrisas. Encontró la paz en ellas, al menos de momento. Su mente alimentaba negros presagios, que no era capaz de ahuyentar.

Ni la muerte de Zarco ni el odio de Nadia pudieron con el amor que Dusan sentía por su esposa. Entristecido, se miraba en el azul de sus ojos, secos ya de tanta lágrima derramada. Pasaba las puntas de sus dedos por los párpados suaves y se emocionaba con la visión de esa cara tan hermosa, que ni siquiera las grandes ojeras, nacidas en tantos meses de penuria, consiguieron desfigurar. Tampoco la fragilidad de su cuerpo ni la presencia de la niña Sara menguaron un ápice la pasión desbordada. Como locos, como animales en celo, volvieron a amarse sobre la vieja alfombra del salón vacío, cuyos muebles ardieron para protegerlas del insoportable invierno en la ciudad sitiada.

—Amor mío, tenemos que ir a casa de mis padres. Las condiciones son cada vez más duras en Sarajevo. No puedes quedarte sola en medio de este horror, con una niña pequeña. Alexander ha prometido cuidaros y he convencido a mi madre para que te acoja de nuevo en casa. Debes perdonar, María. Aunque sea únicamente por nuestro amor y la felicidad de nuestra hija. No quiero dejarte aquí, entre estas paredes viejas y vacías.

—No te vayas, Dusan. No me dejes —le suplicó ella mirándolo a los ojos.

—No me pidas imposibles. El ejército me necesita y me matarían si desertara. Ve a casa de mis padres, por favor. Alexander os protegerá en mi ausencia. Es un buen hombre y te aprecia mucho.

—Sasha —diminutivo de Alexander en el idioma serbocroata— está desesperado. No creo que aguante mucho en Sarajevo. La última vez que lo vi me dijo que había hablado con Jan, su colega checo. Quiere irse a Praga y es lógico que lo haga. También nosotros deberíamos huir al extranjero. Eres piloto de aviación y no nos moriremos de hambre. Alguien nos ayudará, el mundo no puede ser tan malo. No aguanto más, Dusan. No tengo fuerzas para vivir así. Todos me odian, todos se odian, pero yo soy incapaz de odiar. Estoy enferma, ¿no ves lo delgada que me he quedado y las ojeras que tengo? La llama del amor, de tu amor y del de Sara, es la única razón que ha conseguido mantenerme viva. Por favor, dime que esto es una pesadilla y que mañana despertaré. Que pasearemos juntos. Que saludaremos a nuestros amigos, como siempre; y que no volveré a pasar frío. No soporto más frío. Me muero de frío y ya no tengo nada que quemar —dijo antes de estallar en un llanto sordo. El llanto de quien está realmente en el límite de sus fuerzas.

Dusan sacó una manta de su petate militar y envolvió a María. Lamió sus lágrimas, besó sus labios

resquebrajados y frotó su cuerpo delgado, hasta que una pizca de color floreció en las mejillas de su esposa. Ella sollozaba en silencio y agradecía su calor.

Los Korac recibieron al primogénito como a un héroe. Nadia se deshacía en elogios a su hijo mayor.

—¡Tú sí que eres valiente, el orgullo de tu madre, que traerás a Serbia el honor perdido...!

Dusan padre esperaba impaciente que su esposa terminara para abrazar al recién llegado. Alexander, el cobarde, el que se negaba a luchar, acogió a su cuñada y a su sobrina con lo único que podía ofrecerles: su cariño.

—¡Bienvenidas a casa! ¡Cómo os he echado de menos! Sara, qué guapa estás. Ya eres una mujercita. Os quiero mucho a las dos. Ten fuerzas, María. Sé fuerte, que esto se acabará. He pensado en ti con frecuencia. ¡Me alegro tanto de verte!

La joven no podía esperar más y lanzó la ansiada pregunta al oído de su cuñado:

—¿Vas a marcharte, Sasha? ¿Has vuelto a contactar con tu amigo checo? —lo interrogaba impaciente.

—Sí, María. Jan no tiene inconveniente en recibirme y ayudarme. Su familia es pobre, pero asegura que no me faltará un plato de comida. Sin embargo, tengo miedo. Siento que, si me voy, el viejo Dusan se ahogará en su soledad. Nadia y él se odian en secreto porque mi padre, como yo, detesta esta horrible guerra y sufre por los muertos. Por todos, ya sean serbios, musulmanes o croatas. Por el contrario, ella —señaló a su madre con una mirada despectiva— jamás perdonará el asesinato del tío Zarco. Se pasa el día con la oreja pegada a la radio, celebrando las muertes que nosotros lloramos, vitoreando al hijo de puta de Milosevic y anhelando la victoria de la Gran Serbia, de ese sueño inútil que nos está destrozando...

—Tienes que ayudarme, Sasha. Debemos convencer a tu hermano para huir juntos, a Praga o a donde sea. Nosotros somos jóvenes y esta guerra ni nos va ni nos viene. La vida nos deparará algo mejor. En algún lugar encontraremos la paz.

María lloraba en el hombro de su cuñado cuando su suegra interrumpió la escena.

—¡Vamos, deja de lamentarte y ayuda a preparar la cena! ¡Aprende de tu marido, que lucha por su patria con honor y es capaz de arriesgar su vida con tal de no dejar a uno solo de nuestros enemigos vivo!

—Estoy cansada de esta mierda, ¿sabe? Déjeme tranquila. Yo no tengo ningún enemigo porque no creo en esta guerra. Si mi marido fuera valiente, un valiente de verdad, desertaría y me llevaría lejos, con nuestra hija, una criatura de seis años que merece un futuro en paz.

—Calla, María. Ya hemos tratado el tema —intervino Dusan—. Yo me iré al frente y tú te quedarás aquí, esperando mi regreso, y que nuestra victoria traiga tiempos mejores.

—Prefiero morir antes que vivir en este infierno pasando hambre, frío y calamidades. Si vuelves a la guerra, lo harás por encima de nuestros cadáveres. Del mío y del de Sara. Te he pedido que desertes y te repito que no tengo fuerzas para seguir viviendo. No me crees y yo ya no tengo esperanzas. Lo único que quiero es morirme.

—No hables así, hija —indicó el cabeza de familia—. Yo no soy más que un viejo inútil, pero hasta ahora no nos ha faltado la comida. Tú vas a vivir con nosotros, con el permiso de Nadia o sin él. Todavía me quedan cojones para proteger a los míos. Eres la esposa de mi hijo y la madre de mi nieta. Y desde que te conocí cuando ibas al colegio con mis hijos te he considerado lo que acabo de llamarte, María: mi hija.

—Si de verdad quiere ayudarnos, pida a Dusan que deje el ejército y nos lleve lejos.

—Eso no lo hará nunca —terció Nadia, que salía de la cocina junto a su hijo Alexander, cargados de utensilios para poner la mesa.

—No te metas en sus vidas, madre. Mi hermano ya es mayor. Si decide marcharse con su esposa y su hija, tienes que respetarlo. Por favor, dejemos de hablar de la maldita guerra y tengamos la cena en paz.

Sirvieron sopa espesa de legumbres y asado de cordero. María comió poco y permaneció silenciosa y pensativa durante toda la velada. Su esposo la miraba apenado, sabiéndose incapaz de desertar y rezando en silencio para que la guerra terminara, y con ella las desgracias. Hablaron de nimiedades. De lo cara que costaba la gasolina en el mercado negro. De lo difícil que era conseguir leña para calentarse si no venían soldados serbios a traerla, y de desgracias ajenas. De Elena, una vecina que fue novia de Alexander cuando eran más jóvenes, y que ahora vendía su cuerpo a los militares de la ONU a cambio de unos botes de leche en polvo... Se despidieron bien entrada la noche y caminaron hacia su casa, unas manzanas más arriba. Por un rato habían cesado los bombardeos. Espesos copos de nieve acompañaron el paseo, aunque María no tenía frío. Pegada al cuerpo de su hombre se sentía en otro mundo. Como de costumbre, el ascensor estaba averiado y subieron andando los once pisos. Ella se tiró vestida en la vieja cama de madera, el único mueble que les quedaba, mientras él acurrucaba a la pequeña entre las mantas que trajo del frente. Esa noche no hicieron el amor y discutieron otra vez sobre la huida. Muy a su pesar, María supo con certeza que su esposo no desertaría. Se durmió cansada de llorar y sin el calor de sus brazos.

Al día siguiente visitaron de nuevo a sus suegros. Mientras Dusan y los viejos jugaban con la niña, ella salió al encuentro de Alexander, que pasaba las horas pintando la guerra en su habitación. Vio imágenes de cuerpos destrozados por la metralla, mujeres llorosas esperando la cola del pan y soldados de rostro aniñado, cargando pesados fusiles.

—Debes marcharte, Sasha, y mostrar al mundo tus dibujos. Alguien tiene que hacer algo para

parar la masacre. ¿Es que la prensa extranjera no enseña estas cosas? Yo voy a matarme. No me detengas. No podrás evitarlo. Lo único que te pido es que pintes mi cuerpo inerte y que ese cuadro recorra cada país y cada rincón de la Tierra, para que la humanidad tome conciencia de sus miserias.

—María, María, no digas barbaridades. Entiendo cómo te sientes, pero deja de preocuparte. Anoche pensé mucho sobre lo que me dijiste. Hablaré con mi hermano y nos marcharemos a Praga los cuatro. Sara irá al colegio, olvidará todo esto y crecerá como una niña normal. Saldremos adelante, ya verás.

—Tu hermano no desertará. Que Dios te proteja, querido Alexander —le contestó lacónica.

Alexander comprobó la tozudez de Dusan cuando hablaron. El militar amaba a su esposa pero la guerra, la sangre caliente de sus enemigos y las arengas nacionalistas de sus jefes le habían nublado el cerebro.

—María no será capaz de suicidarse —aseguró convencido a su hermano.

—Parece mentira que seas tan iluso o que prefieras creer que trata de amenazarte con sus palabras. El dolor me aprisiona el pecho. No sabes cuánto siento decirte que te equivocas. Ella ha pasado muchas calamidades. Ha vivido sola mucho tiempo y la idea de la muerte está demasiado madura en su cabeza. Si vuelves a la guerra perderás a tu mujer. Y puede que a tu hija también. Advertido estás.

María quiso complacer a su esposo la última noche de su vida. Hicieron el amor lentamente, como en un susurro. Escuchó vagas promesas, recibió besos calientes y esperó a que se durmiera. La decisión estaba tomada. Despertó a Sara, la regó de besos y la cogió en brazos.

—Mamá te llevará a un mundo mejor, porque papá solo piensa en la guerra. Los abuelos son viejos y no puedo convertirte en una carga para el tío Sasha. Conmigo estarás bien, mi vida, te lo prometo.

—¿Dónde vamos, mami?

—Al cielo, cariño.

Los ronquidos de Dusan fue lo último que escucharon sus oídos. Envuelta en una manta y con el cuerpecito de Sara estrechado al suyo, se dirigió hacia el balcón. Tenía vértigo, así que no miró y no pensó. Besó a su hija en la frente, la apretó con todas sus fuerzas y se tiró al vacío. Once pisos. “¡Boooooom!” Nadie se inmutó. Sarajevo se acostumbró a dormir con los rugidos de las bombas y el estruendo de los morteros, y ningún ruido la inquietaba. Faltaban cuatro días para la tregua anunciada y esperada.

En medio de la noche, Dusan se despertó sobresaltado al comprobar que estaba solo en la cama.

—¡Maaaríííaaaa! ¿Dónde estás, María? ¡Saaaaaaaaaaaaaara!

Nadie contestó a sus gritos. No se percató del balcón abierto. Como un loco, bajó las escaleras a saltos y salió a la calle. Ya no nevaba. Miró a su alrededor y no las vio. Vacías estaban las calles

heladas de la ciudad fantasma. Tampoco se escuchaban bombas. Calma total.

“¿Dónde se habrán metido?” Parecía preguntarle al cielo, mirando desesperado hacia arriba. Pasaron unos segundos. Bajó la vista y encontró la respuesta.

—¡Dios! ¿Por qué lo has permitido?

María cayó boca arriba. Dusan besó sus labios de piedra. No veía la carita de Sara, oculta entre las mantas y los brazos de su madre. Quiso separarla para despedirse de ella, pero resultó inútil. Los cuerpos estaban agarrotados por el frío y las horas transcurridas. Volvió a mirar a María. Un único borbotón de sangre, seco ya en las comisuras de sus labios, indicaba que estaba muerta. Una sonrisa se dibujaba en su cara, como si el sufrimiento hubiera abandonado su cuerpo para siempre. Pensó en la muchacha rubia de largas trenzas que lo había enamorado en la escuela, muchos años antes. Parecía que nada había cambiado, y el rostro de la mujer que yacía en el suelo era idéntico al de la chica de las trenzas. La tapó completamente con la manta que llevaba puesta. No quería que alguien se despertara y mirara su bello semblante inerte. En pijama y zapatillas echó a correr a casa de sus padres. Hacía mucho frío, aunque él no sentía nada. Tampoco lloraba. “¿Es que soy tan malo que no puedo ni llorar?” —se torturaba. Su única pretensión era avisar a los suyos y enterrar a sus muertos antes de que amaneciera.

Alexander supo lo que había ocurrido cuando escuchó los gritos de su hermano en el silencio de la noche. Abrió la puerta y empezó a golpearlo, sin poder contener la rabia.

—¡Estaba seguro, te lo dije y tú no quisiste hacer nada! ¡Cobarde de mierda! Has matado a tu mujer y a tu hija. Eres un criminal. ¡Eso es lo que has conseguido con tu guerra, estúpido fanático! Dime dónde están. Quiero verlas ahora mismo.

Los padres, que estaban escuchando todo desde la habitación, salieron a calmarlos.

—¡Dusan, Alexander, no os peleéis, no quiero más sangre en esta casa! ¡Es una orden de padre! —intervino el anciano colocándose en medio de los dos hermanos.

Alexander, fuera de sí y ajeno a las órdenes, cogió a su madre por los hombros y la sacudió con fuerza.

—Y tú, ¿no dices nada? Eres la gran culpable de estas muertes, con tanta arenga serbia de fanáticos. Sabes que Dusan se habría marchado con María si tú se lo hubieses pedido. No lo hiciste porque eres tan miserable como todos los que están ahí afuera, matando inocentes por la patria, la puuuta patria.

—Tu hermano nunca debió casarse con una croata. Ahora paga las consecuencias.

—Y tú nunca debiste haber nacido, ni haberme parido. ¡No!

Se tiró al suelo llorando y pataleando, con una rabieta de niño pequeño. El padre lo levantó y le frotó la espalda; sabía que eso lo tranquilizaba, Dusan le cogió las manos y le habló serenamente.

—No te tortures, hermano, ni me tortures a mí. Ya soy bastante desgraciado. Vete a mi casa. Ellas están en la calle, envueltas en una manta, tal como cayeron del balcón. Cuídalas hasta que yo llegue. Tengo que avisar a la familia de María. Supongo que querrán enterrarlas en el cementerio católico.

—Yo te acompañaré —dijo el padre a su primogénito—. Vete, Sasha, date prisa. —pidió al otro de sus hijos.

Miró de reojo a su esposa, que estaba inmóvil, acurrucada en un rincón con cara de gata escaldada, y salió con Dusan. Alexander, por su parte, recordó la petición que le hiciera María poco antes de morir. Fue a su habitación, cogió su cuaderno de láminas de dibujo y un lápiz de carboncillo. Se vistió y se marchó rápidamente a casa de su hermano.

Dusan se equivocó al pensar que la familia de su esposa le proporcionaría un entierro católico.

—Se ha suicidado y no merece el perdón de Dios —le recriminó la madre.

María era la única hija de cuatro hermanos, varones jóvenes que luchaban en el bando croata. Los padres recibieron la noticia como si la fallecida fuera una extraña cuya vida no les importara.

—Era tu esposa, ¿no? Pues hazte cargo de ella. Es tu responsabilidad. Mis hijos vienen dentro de dos días. Hay tregua y no pienso amargarles la Navidad. Total, María murió para nosotros hace mucho tiempo. Tú eres el culpable y lo sabes. Márchate. No quiero verte más —escuchó Dusan de labios de su suegra.

Estaba amaneciendo cuando Alexander llegó a la calle donde permanecían los cadáveres de su cuñada y su sobrina. Se alegró al no ver a nadie. Levantó la manta y miró la cara de María. “¡Se ríe, qué guapa! No parece que esté muerta” —exclamó para sus adentros. Acarició los cabellos rubios de Sara y su orejita pequeña y azul. Retiró con cuidado las mantas que las cubrían y paseó las yemas de sus dedos por los brazos de la madre, que rodeaban el cuerpo de su pequeña. Empezó a dibujarlas tal como cayeron del balcón, la cara de la niña contra el pecho de su madre. “¿Podrían pensar en algo mientras se iban?” —se preguntaba. Sintió escalofríos, pero siguió con su tarea.

María y Sara fueron enterradas en el cementerio ortodoxo, junto a las tumbas de los abuelos Korac. Una sencilla inscripción para el recuerdo: “Amadas esposa e hija de Dusan Korac”, y un funeral solitario. Dusan padre, Dusan hijo y Alexander Korac les dieron el último adiós.





## II. LOS VÉSELY

Alexander arriesgó su vida para escapar de la ciudad sitiada en los últimos días de 1993. Aprovechó la tregua para huir de Sarajevo con la ayuda de unos colegas de su padre y llegar hasta Belgrado. Desde allí, primero en un autobús desvencijado y después, en tren, consiguió alcanzar la capital checa. Su único dinero eran trescientos dólares, que guardaba bajo el colchón desde antes de que estallara la contienda. Su equipaje también era escaso: un grueso abrigo negro que heredó de su hermano mayor, varias camisas de franela y algunos pantalones viejos. Y sus dibujos, todos los dibujos de la guerra. Mientras el tren se desplazaba lentamente por paisajes helados contemplaba el boceto de María y Sara. No lo había acabado porque rompía a llorar cada vez que lo intentaba. “¿Seré capaz de convertir esto en un cuadro y mostrarlo al mundo, como era el deseo de ella?” —se preguntaba sin poder reprimir las lágrimas.

Cuando llegó a Praga era tarde y la estación estaba casi vacía. Un grupo de personas de disponía a tomar otro tren. Caras tristes y vestimentas grises. Un par de vagabundos se disputaban una manta raída. La visión lo perturbó y salió a la calle. Hacía tanto frío como en Sarajevo. Las orejas se le helaron mientras esperaba a su amigo Jan Vésely. Hacía cinco años que no se habían visto, aunque se carteaban con cierta frecuencia. Se conocieron en Sarajevo, cuando ambos estudiaban Bellas Artes y las universidades de los países socialistas organizaban encuentros para propiciar el intercambio cultural entre sus alumnos. Jan era muy rubio, casi albino, gordo y muy simpático. Haciendo honor a su apellido, siempre se estaba riendo (vésely, en checo, significa alegre), y bebía mucha cerveza. No le gustaba estudiar. Sin embargo, era bueno en el arte de hacer retratos. Por sus cartas supo que no vivía de la pintura. Trabajaba con su padre, un camionero que vendía frutas en todos los mercados del país. Estaba casado y tenía una hija.

—Pensé que nunca te decidirías a venir. ¡Dame un abrazo, tío grande! No sabes cuánto me alegré al recibir tu llamada definitiva. Tendrás muchas cosas que contarme, ¿no? Vamos, te invito a unas jarras. Celebraremos tu llegada antes de ir a casa.

—Mi vida es una desgracia, amigo. Esta puta guerra nos ha convertido en muertos vivientes.

—Deja la guerra, deja la guerra —repitió—. La guerra se quedó en Sarajevo y tú estás en Praga. Esto es Praga, ¿te enteras? Aquí vivimos en paz y no nos faltan mujeres hermosas. Eres un tío guapo y fuerte. Te vas a poner morado de ligar. ¡Hasta yo me he casado, que soy feo, gordo y un poco calvo!

—Me alegro de verte tan risueño, Jan. Yo no recuerdo la última vez que me reí ni el último polvo que eché. Si no meara me habría olvidado de que mi polla existe, porque ya ni siquiera me la meneo.

—¡Eso se arregla fácil! —exclamó el checo sin dejar de reír—. Tengo una vecina, un cañonazo de mujer, que estará encantada de hacerte un favor. También conozco una taberna donde se reúnen tus paisanos. Hay muchos yugoslavos aquí. Gente honrada que ha venido huyendo de la guerra, como tú.

Alegra esa cara, que la vida te va a cambiar, artista. Te lo dice tu amigo Vésely.

Bebieron, lloraron y rieron. Alexander le contó la dolorosa historia de María y Sara y le enseñó los dibujos de la guerra, que Jan contempló tan admirado como aterrorizado.

—Son muy fuertes, muy reales. Debes terminarlos y exponerlos. Ganarás dinero. Aquí hay mucho extranjero rico y ahora, la tragedia de los tuyos vende. Esa es una realidad que deberás asimilar.

—No podré mirar estos dibujos en mucho tiempo. No he luchado, pero tengo una herida de guerra que me desangra por dentro.

La hospoda —así llaman los checos a los bares donde se juntan para beber cerveza a la salida del trabajo— estaba repleta de gente: obreros, grupos de estudiantes y algún turista despistado. El color de la pared no se veía por los cientos de grafitis que la llenaban. Las sillas de madera eran tan incómodas que cuando se levantaron, después de varias horas, tenían los traseros doloridos. Alexander no había bebido desde hacía mucho tiempo y llegó a la estación de metro dando tumbos.

—¡Qué vergüenza, presentarme borracho en casa de tu familia! —indicó a su amigo, que no paraba de reír.

—Es un recibimiento a la checa. Deja ya de preocuparte, que no pasa nada.

Los Vésely vivían lejos del centro, en un panelak o edificio prefabricado que el régimen anterior construyó como champiñones en la periferia de la ciudad para que sirvieran de residencia a la clase obrera. Milan y Petra, los padres, compartían la casa con la familia de su hijo mayor y dos hijas adolescentes, Bárbara y Petra. Cuando llegaron estaban todos durmiendo salvo la esposa de Jan, Verónica, una oronda rubia tan simpática como él. Acunaba a Vero, una niñita preciosa que trajo a Alexander recuerdos amargos.

—Perdona, no puedo mirarla —indicó a su amigo con los ojos húmedos—. Tendrá la misma edad que Sara.

Jan lo acompañó a su cuarto, un pequeño receptáculo sin ventanas que servía como guarda trastos.

—Esto estaba lleno de chismes. Mi padre los llevó al garaje de un pariente y se encargó de acondicionarlo un poco cuando supimos definitivamente que venías. Ya te conté que no tenemos mucho dinero, pero mi madre es una cocinera estupenda y no te faltará nuestro cariño. Mañana conocerás a toda la familia. Es el último día del año y habrá una cena suculenta. No pienses en nada y descansa, ¿vale?

No pudo cumplir dicha petición. Su mente estaba atormentada por miles de preguntas, que no le permitían conciliar el sueño. “¿Qué voy a hacer aquí? ¿De qué voy a vivir? ¿Es lícito que gane dinero vendiendo dibujos que representan la desgracia de mi gente? ¿Cómo podré pintar en este cuarto oscuro? ¿No me convertiré en una carga para Jan y su familia? ¿Seguirá mi hermano lanzando bombas desde su avión y matando a seres indefensos? ¿Seré capaz de no pensar en María y en lo que hizo?” La cabeza le iba a estallar y no paraba de dar vueltas y más vueltas en la cama estrecha. Se

levantó cuando sonaron los primeros ruidos de actividad en la casa. Era la señora Veselá, que estaba preparando el desayuno. Según sus cálculos, no pasaba de los sesenta. Lo besó y le acarició la cabeza como si fuera un hijo más.

—¿Has dormido bien? ¿Tienes hambre? ¿Quieres darte una ducha? El matrimonio aún no se ha levantado y mis hijas, mucho menos. Ayer fueron a la discoteca y llegaron muy tarde. Nosotros desayunaremos ahora. ¿Te acompaño al cuarto de baño?

No supo qué decir, emocionado por la bienvenida de la señora.

—¡Gracias, señora, gracias!

Se abrazó a ella y rompió a llorar.

—Llora, llora todo lo que quieras. Así te desahogará. La vida es dura, pero hay que seguir luchando. Adelante, siempre adelante. No te digo que olvides porque supongo lo que habrás pasado. Te costará mucho borrar de tu mente tanta tragedia... Mi consejo es que mires al frente sin volver la cabeza. Vivir siempre merece la pena. Te lo digo yo, que ya peino canas.

Hablaron durante un buen rato. El serbocroata, idioma común a las tres comunidades yugoslavas y lengua materna de Alexander, es muy parecido al checo. Apenas tuvieron problemas de comunicación. Petra también le contó sus desgracias. Después de Jan había engendrado otros tres hijos varones, que nacieron muertos. Cuando pensaron que no podría concebir más, llegaron las dos niñas.

—¡Dos soles, luego las conocerás! Ahora tienen diecisiete y quince años. Vinieron en mi madurez, sin esperarlas. Son chicas sanas y estupendas. La vida siempre guarda cosas buenas para regalarte. A ti también, ya verás.

Tomaron té con leche y bollos de mantequilla, que Alexander devoró como si nunca hubiera comido. Después de tan entrañable charla se sintió muy aliviado y se fue a la ducha. Estuvo casi media hora bajo el agua caliente. Cuando salió de nuevo al salón, vestido con lo mejor que tenía, toda la familia se encontraba reunida. La señora Veselá le presentó a su esposo y a sus hijas. Encontró preciosa a Bárbara, la mayor, que vestía un tejano ceñido y una camiseta de lycra. Petra era idéntica a Jan, gordita y con una amplia sonrisa. El padre le dio un abrazo.

—¡Bienvenido a casa de los Vésely! —lo saludó efusivamente.

Se puso rojo cuando Bárbara lo piropeó.

—Jan, no nos habías dicho que tu amigo era tan guapo.

“Más guapa eres tú” —estuvo a punto de responderle. Pensó que piropearla no resultaría conveniente y se calló a tiempo. El señor Vésely regañó un poco a su hija.

—Nunca debes decirle a un hombre que es guapo, aunque te guste mucho.

—No se preocupe, no importa —replicó él—. Para mí será como una hermana. Mi hermana

pequeña.

Al pronunciar estas palabras se dio cuenta de que la joven torció el gesto. Todos rieron.

Fue con su amigo al centro de Praga. Las calles rebosaban fulgor navideño. Los escaparates lucían sus mejores galas y los niños jugaban alrededor del gran abeto de la Plaza Vieja, Staromestské Náměstí, repleta de puestecillos que vendían todo tipo de cachivaches: figuritas de cerámica, jabones artesanos, velas y campanitas de cristal. La aglomeración de gente había derretido la nieve, provocando que la multitud caminara sobre un barrizal. Gorros, bufandas, plumíferos de colores y narices rojas. El cielo tenía el color del plomo y una tenue neblina envolvía a la masa humana desaforada que hacía las últimas compras del año. Pasearon por el Puente de Carlos, inundado de turistas a pesar del frío. Se detuvieron ante unos enormes baldes de plástico negro donde se agolpaban los paisanos, impacientes por examinar la mercancía.

—¿Qué venden ahí? —preguntó extrañado.

—Carpas. Nuestra más preciada cena de Fin de Año.

—Que bichos tan feos, ¿no te parece? Son muy negros.

—Cuando mamá te los sirva en la mesa y des el primer bocado, ya me contarás si son feos

—respondió Jan con una de sus habituales carcajadas.

Les llegó el turno y escogieron un tremendo ejemplar de casi tres kilos, que nadaba tranquilo en el barreño. Mientras uno de los tenderos lo sujetaba, el otro sacó un machete y le cortó la cabeza de un golpe seco. Alexander no quería ver la sangre y miró hacia el lado opuesto. Cogieron la bolsa con el animal muerto y se dirigieron a otro puesto, donde Jan compró unas cajitas labradas en madera para sus hermanas, un arlequín para Vero y sendos frascos de perfume para su esposa y su madre.

—A papá le regalaré unos guantes nuevos, que los suyos están raídos. Y a ti, ¿qué tenemos para ti?

Antes de que pudiera negarse, su amigo cogió un gorro de piel de conejo con orejeras y se lo plantó en la cabeza. Ambos rieron y emprendieron el camino a casa cargados de bolsas.

Alexander estaba preocupado porque no podía permitirse el lujo de comprar regalos de Navidad. A cambio, se le ocurrió una idea estupenda. “Durante la comida, examinaré a cada uno con detalle y les haré un dibujo. Me encerraré en la habitación y los tendré listos para la cena. Por suerte, todavía me quedan hojas limpias en el cuaderno de pintura” —celebró.

La familia vistió sus mejores galas para la cena de Fin de Año. El señor Vésely y su hijo, trajes de chaqueta y vistosas corbatas, y las damas, elegantes vestidos. Bárbara se dio cuenta de que Alexander estaba cortado con su pantalón de pana y camisa a cuadros. Pese a la reprimenda paterna, volvió a halagarlo. En esta ocasión lo hizo al oído, como en un susurro.

—No te preocupes. Tú eres el más guapo de la reunión aunque no tengas traje.

Él sonrió y le pellizcó la mejilla.

La mesa estaba adornada con relucientes candelabros de alpaca, a los que las mujeres sacaron brillo durante toda la mañana. Mientras Petra Veselá entraba en el salón con la humeante fuente de sopa de carpa se entregaron los regalos entre abrazos, felicitaciones y parabienes. Brindaron por Alexander, para que la guerra que aniquilaba a su pueblo terminara pronto. Él les mostró sus dibujos. Había pintado a Jan con su característica sonrisa, y a su esposa con la niña en brazos. Al matrimonio Vésely, rostros amables que vislumbraban paz interior, y a las dos jóvenes. A Bárbara de cuerpo entero, tal como la vio el día anterior, el pantalón apretado y los pechos puntiagudos tras la camiseta de lycra; y la cara de Petra, ancha y risueña.

—Estamos más guapos que al natural —coincidieron todos, encantados con el obsequio.

—Por eso has pasado la tarde encerrado, ¿eh, pillín? —espetó el padre en tono socarrón.

Degustaron despacio la sopa y el plato de jugosa carne de carpa con ensalada de patatas, zanahoria y mayonesa. Hablaron de cuando eran pequeños y pasaban las Navidades en la casa de campo de los abuelos, jugando con la nieve y los trineos. Ahora ya no estaban los abuelos ni la casa, que tuvieron que vender a su muerte porque los hijos tenían que estudiar y necesitaban el dinero. Sin embargo, no se pusieron tristes.

—Hay que disfrutar de lo bueno que te trae la vida en cada momento —sentenció la madre.

De postre tomaron tarta de manzana y sorbete de limón. El padre trajo una enorme botella de licor de hierbas que sirvió en vasitos pequeños y helados, para beber de un solo trago. Brindaron por la felicidad de todos y el yugoslavo celebró el líquido dorado y exquisito, con sabor a canela y a especias.

—Está buenísimo, ¿qué es?

—Becherovka, el más típico de nuestros licores. Se fabrica desde hace siglos con una receta secreta y tradicional, en el balneario de Karlovy Vary.

Se disponían a echar una partida de cartas y sonó el timbre. Una rubia de pechos generosos, parecida a la mujer de Jan, irrumpió en la sala con las manos cargadas de regalos y las mejillas sonrosadas.

—Es nuestra vecina Teresa. Mi amigo Alexander vino ayer de Sarajevo y vivirá aquí —la informó Jan.

—Qué fallo. No tengo regalo para ti, pero sé cómo arreglarlo.

Se dirigió a él y, ante el asombro de todos, le dio un fuerte beso en los labios.

—Ya va por él —le dijo Bárbara a su hermana—. Es una devora-hombres. Odio a esa loba.

—Veo que Alexander te importa mucho ¿eh, hermanita? Pues no creo que te convenga enamorarte de él. Por lo que ha contado Jan, es un hombre con muchos problemas.

—Sí, claro. Y tú, tan práctica como siempre. Una no puede escoger de quién se va a enamorar. El

amor llega, Petra. Además, no sabes nada de eso. Solo tienes quince años.

—Ni falta que me hace saber tanto. Tú verás lo que haces, pero luego no llores.

Bárbara no quitaba el ojo a su vecina, que no paraba de coquetear con Alexander.

—Yo te enseñaré Praga, para que conozcas bien nuestra ciudad. Te llevaré a los museos, que los tenemos muy buenos, y a escuchar conciertos en las iglesias. Iremos a ver un musical fantástico, *La linterna mágica*, y al Teatro de la Ópera. Haremos excursiones, a Karlovy Vary y a los grandes castillos de la República Checa. Tenemos un país hermoso, ya verás.

—No te preocupes. Lo llevaremos nosotras los fines de semana —cortó Bárbara.

—Si peleáis por nuestro invitado, yo os daré la solución —terció el padre—. Vendrá con Jan y conmigo en el camión. Así conocerá mejor a la gente y aprenderá el idioma de forma rápida.

—Eso está hecho —contestó el aludido.

El calor del licor enrojeció aún más las mejillas de Teresa, que no paraba de hablar y no encontraba el momento de despedirse de la familia.

—Ven a mi casa. Tomaremos la última copa en la intimidad —murmuró al oído de Alexander.

—No me parece oportuno. Además, te decepcionaré. Hace siglos que no estoy con nadie.

—No te preocupes. Me gustas mucho y eso no ocurrirá. Soy paciente. Vendrás otro día, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

Teresa no supo ser tan paciente como prometió. A la mañana siguiente fue a buscarlo con la excusa de llevarlo a un concierto de Año Nuevo. Al salir lo cogió del brazo, abrió la puerta y lo empujó al interior de su apartamento. La vivienda era de estructura cuadrada, con pocos muebles y muy limpia. Despedía un suave olor a detergente, como si las paredes estuvieran recién lavadas. Ella le quitó los zapatos, los dejó en el descansillo —una costumbre típica de los hogares checos— y empezó a masajearle los pies.

—¿No vamos al concierto? —le preguntó intrigado.

—¿Los hombres sois tontos, o quizá os hacéis los tontos?

—Bueno, un poco de cada cosa —dijo él al tiempo que le pellizcaba un pecho.

La mujer lo llevó a la habitación, se tumbó en la cama a su lado y le acarició la entrepierna. Un bonito retrato de ella adornaba la pared. Alexander lo miró y se imaginó que lo había pintado Jan. Pensó que probablemente también su amigo habría estado en el mismo lecho. Teresa intuyó sus pensamientos.

—Sí, lo hizo Jan. Vale mucho. Debería dedicarse a la pintura y vivir de sus retratos, pero su esposa es una impaciente y lo único que quiere son las coronitas que le da el padre cada día por trabajar en el camión. Lo tiene dominado. Es una pena.

Tras escuchar dichas palabras, Alexander tuvo claro que su amigo había pernoctado con la mujer. Sin embargo, no lo preguntó. Ella tampoco se lo dijo. Teresa siguió acariciándole las nalgas. En

vano, porque no se empalmaba.

—Es la falta de costumbre. Lo siento.

—Tranquilo, tranquilo. Estás en buenas manos.

Le desabrochó la cremallera del pantalón y dejó al aire su pene flácido. Lo chupó como si se tratara de un caramelo y el hombre empezó a responder. Al poco tiempo eyaculó en la boca de ella. La mujer volvió la cara y escupió el semen.

—Ya te dije que sería un desastre —la consoló tocándole los pechos.

Ella se desnudó completamente. Tetas enormes, pubis rojizo y el trasero generoso en carnes, aunque demasiado blando. Alexander hundió la cabeza entre sus pechos y aspiró el olor a hembra. Palpó su clítoris mojado y se excitó. La mujer se montó encima y la habitación se llenó de gemidos de placer. Cabalgó jadeante dentro de su cuerpo durante un buen rato. Tras el largo orgasmo mutuo, descansaron sudorosos.

Los días pasaron en la tranquilidad del hogar de los Vésely, los encuentros furtivos con Teresa y la mirada atenta de la joven Bárbara. No volvió a trabajar en los dibujos de la guerra, aunque la obligación de seguir con ellos nunca abandonó sus pensamientos. Se encontraba mucho más relajado. Las pesadillas nocturnas se habían esfumado y la fogosidad amorosa de su vecina contribuyó a expulsar de su cuerpo los malos humores. Teresa trabajaba en una sukrárna, establecimiento donde despachaban té, café y pasteles recién horneados, cercano al domicilio. Un día fue a buscarla al término de la jornada laboral. Ella, que esperaba su visita, tenía el deseo encaramado a cada poro de su piel y no permitió que llegaran a casa. Cerró la tienda y lo cogió detrás del mostrador. Se amaron con fuerza, de pie y vestidos. Las ropas quedaron manchadas de harina y nata. Varios pasteles estallados en el trasero de Teresa los hicieron reír a carcajadas.

Alexander Korac cumplió 33 años el 25 de enero de 1994, casi un mes después de su llegada a Praga. Las chicas Veselá le regalaron un jersey tejido a mano y Jan, una caja con óleos de todos los colores.

—Me encantan, pero nunca pinto al óleo.

—Es hora de que empieces. Ahora no pintas de ninguna forma. No quiero que lo dejes y te embrutezcas, como me ocurrió a mí, que ya he olvidado el arte de hacer retratos.

—Yo volveré a pintar y te animaré a ti. Te lo prometo.

Teresa llevó una gigantesca tarta, adornada con 33 velitas y un corazón en el centro. Petra se dio cuenta de la cara de asco que puso su hermana al mirarla.

—No puedes disimularlo. Estás loca por él y no tienes nada que hacer. ¿Dónde te crees que anda mientras estudiamos? En casa de la vecina, tonta. Me lo ha dicho mamá.

—Déjame en paz. No sabes nada de la vida. Teresa es más fea y más vieja que yo.



—Él la quiere a ella, no a ti.

—Eso ya lo veremos.

Bárbara preparó el ataque justo para la noche del cumpleaños. Consideraba a Alexander un hombre muy sentimental, que se enternecería con los regalos y las felicitaciones. No dudó en actuar. Solo había tenido una aventura amorosa, en el interior de un *skoda* destartado propiedad de un compañero de clase, al terminar la fiesta de fin de curso. Le dejó un sabor agridulce: fue doloroso y se terminó cuando empezaba a gustarle. Sus amigas le aconsejaron que probara con un hombre mayor, con más experiencia. Se quedó prendada del amigo de su hermano nada más verlo. Le encantaban sus cabellos ondulados, de color pajizo, que le caían hasta la nuca. Su rostro duro, sus modales tiernos y sus manos grandes. Imaginaba una noche de pasión con él, rodeada de sus brazos imponentes, sus labios carnosos besándola, la caricia de sus dedos largos y huesudos. Como leía en las novelas de amor que intercambiaban su madre y Teresa. Esperó a que la casa se quedara en silencio. Se levantó de puntillas, sigilosamente para no despertar a Petra, y dio dos golpecitos en la puerta del cuarto del hombre. Él abrió enseguida. No estaba dormido.

—Bárbara, ¿qué haces aquí?

—Pssss... —Se llevó un dedo a los labios—. Cierra la puerta.

La joven vestía un camisón rosa semitransparente. La mirada de Alexander se clavó en sus pechos, pequeños y puntiagudos; en sus nalgas esbeltas y en el tanga blanco que tapaba la fruta prohibida.

—Bésame, Alexander, bésame —le pidió al tiempo que se agarraba a su cintura.

Él la separó con delicadeza de su cuerpo.

—Es mejor que te vayas a tu habitación, Bárbara.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusto? ¿No soy más guapa que Teresa?

—Sí. Claro que sí, aunque no depende de eso. Eres una niña. No quiero que sufras por mí.

—¿Hacer el amor es hacer sufrir? Y ella, ¿no te preocupa que sufra? —le preguntó sollozando.

Estaba nerviosa. Él le acarició el pelo. Se sentó a su lado y tomó entre las suyas una de sus manos.

—Yo no estoy en condiciones de amar, pequeña. Mi futuro es más que incierto y no quiero hacerte daño. No te enamores de mí, por favor. El mundo está lleno de hombres que te darán todo lo que puedas soñar.

—Pero yo te quiero a ti y tú quieres a otra mujer. Ese es el problema.

—No. Yo no quiero a Teresa como te imaginas. Ella es una persona adulta y sabe lo que hay. Tú, sin embargo, eres demasiado joven y romántica para entender que el sexo y el amor son dos cosas distintas.

—Entonces, ¿no la quieres y te acuestas con ella?

—Nunca le he dicho que la quiero. ¿Estás más tranquila?

—No. Si el sexo y el amor son distintos, ¿por qué no quieres hacerlo conmigo, aunque no me ames?

—Ya te lo explicaré otro día.

—No, ahora.

Alexander se levantó de la cama. La cogió de la mano y la llevó hasta la puerta. Le dio un tironcillo de orejas, un beso en la mejilla y la despidió.



### III. LA ABUELA CHECA

Adriana Molina decidió trasladarse a Praga para recuperar la última de las mansiones que quedaban del patrimonio familiar. Su padre, Carlos Molina, nació en el seno de una saga de terratenientes del sur de España. No había hecho otra cosa en la vida que jugar al póquer y disfrutar del arte de Luis Miguel Dominguín en todas las plazas donde toreaba. Hasta América llegó a perseguirlo. Su madre, Anabel Mákourkova, era hija de un combatiente republicano que trabajó como médico del ejército durante la Guerra Civil española. Cuando la República perdió la contienda, se exilió en Checoslovaquia y se casó con una dama procedente de una legendaria familia praguense. A los veinte años, la hija que engendraron se enamoró perdidamente de ese señorito andaluz que tanto se parecía a Gary Cooper. La vida de dispendio de su progenitor provocó que Adriana, una niña de alta cuna, tuviera que aprender a desenvolverse sola desde muy joven. Al enterarse de la muerte de su abuela y de que ella, su madre y sus hermanos heredarían la gran casa de Praga, tomó la firme decisión de salvar la lejana residencia de las garras de su padre y de los especuladores. Dejó su vida en Madrid dispuesta a empezar de nuevo en la capital checa y a que la vieja mansión no se fuera nunca de sus manos. Su nombre y ese legado mantendrían en su memoria, durante toda la vida, el recuerdo de la abuela Adriana. Sabía que ella, estuviera donde estuviera, se lo iba a agradecer.

Adriana conoció Praga en la primavera de 1993, un año antes del óbito de su abuela, pero hablaba checo con bastante soltura. No en vano era la lengua materna de su madre, que pasó allí los primeros veinte años de su vida. El abuelo ya había muerto y la abuela estaba postrada en una silla de ruedas, casi ciega y con los achaques propios de la vejez. Llegó con la intención de alojarse en un hotel, dada la práctica inexistencia de relaciones con esa rama de la familia, tan próxima y lejana a la vez. Doña Adriana y su ama de llaves, una vieja refunfuñona aunque entrañable, se lo impidieron.

—Eso es lo que sobran aquí, habitaciones. Eres la hija de mi única hija. Llevas mi sangre y mi nombre. Hasta creo que te pareces a mí. ¡Lo más grande del mundo! Nos hemos visto tan poco, querida niña... Por culpa de tu madre, esa cabezota que se casó con quién no debía. Permíteme disfrutar de tu compañía. Te lo ruego —le suplicó la anciana—. Te quedarás en su dormitorio, que tu abuelo y yo acondicionamos por si algún día decidía volver. Es grande y tiene su propio baño. Milena te lo mostrará.

La mansión se hallaba en el barrio de Vinohrady, cerca del bulevar de Wenceslao, donde la burguesía de principios de siglo se dedicaba a enriquecerse de día y a golfear de noche. La fachada tenía ocho grandes ventanales: cuatro en la planta baja y otros cuatro en la alta, desde los que se veía Námesti Miru, la Plaza de la Paz. Su estampa impresionó a Adriana por su bella decadencia. Lucía un descascarillado color ocre que no se había pintado desde tiempos inmemorables. Del interior,

muy luminoso, salían dos anchas escalinatas que comunicaban la planta baja con el piso superior. La parte baja de la residencia rendía homenaje a los antepasados de la familia, guerreros y mercaderes. Desde aquellos óleos en los que fueron retratados para dejar constancia de su existencia parecían querer contar a los visitantes las historias de sus vidas. Preciosos muebles de madera noble, a los que nadie quitaba el polvo, adornaban el comedor. Su abuela le aseguró que nadie se había sentado en la elegante estancia desde la muerte de su esposo, a quien llamaba “el español”.

Los dormitorios estaban en el piso de arriba, aunque la señora, que no podía andar, mandó instalar el suyo en una de las habitaciones de abajo, nada más quedarse viuda. Un pasillo separaba, en la planta alta, una zona oscura, plagada de numerosos habitáculos, de lo que parecía ser el área noble, con dos alcobas muy espaciosas: la que perteneció a los abuelos, de mayor tamaño, y la que la dueña de la mansión acababa de adjudicarle. Su madre la ocupó antes de marcharse a España. Tenía dos ventanales y un baño nuevo en su interior. La encontró preciosa, con una gran cama de madera, un armario con espejos en las puertas y un tocador-peinador. Había varias estatuas amontonadas en una esquina, tapadas con sábanas amarillentas. Estuvo tentada de descubrir alguna, pero sintió repelús y se olvidó del asunto. Otro detalle la intrigaba: los numerosos receptáculos contiguos. “¿Para qué querrían tantas habitaciones, y tan pequeñas?” —pensaba sin acertar a concebir su utilidad.

Arriba, en el tejado, se apreciaba un ático abuhardillado y sucio, con ventanas rectangulares y una claraboya en el techo. Estaba lleno de trastos y arcones viejos.

—¿Por qué quieres ver eso? —le preguntó Milena—. Está de mierda a rebosar. Solo conseguirás ensuciarte. —Se lo enseñó a regañadientes.

—Es una pena tener este ático tan abandonado. Aquí se podría hacer un estudio precioso.

—Cuando muera doña Adriana, la mansión será para tu madre. Tus abuelos amenazaron con desheredarla el día que se casó con tu padre, pero no creo que llegaran a hacerlo. En cualquier caso, a la señora le queda mucha vida por delante. Aunque apenas ve y no puede andar, el corazón y la cabeza le funcionan perfectamente. Tendréis que esperar un buen tiempo para apropiaros de la casa, o de la fortuna que conseguiréis con su venta.

—No estoy pensando en la muerte de mi abuela —contestó furiosa—. Solo he venido a verla y a conocer Praga, que ya era hora. La última vez que estuve con los abuelos fue hace diez años, en Barcelona. Viajaron allí para que ella se operara de la vista, ¿te acuerdas? Entonces les prometí que un día vendría a visitarlos a Praga. Desgraciadamente, el abuelo murió antes de que me decidiera. No me conoces, y tampoco sabrás que yo no vivo con mis padres desde hace mucho tiempo. No soporto al viejo, que era muy rico y lo derrochó todo. Ni a mi madre, una santa enamorada, a la que su marido importa más que sus propios hijos. Jamás se ha enfrentado a mi padre, que vendió la herencia de su familia y nos dejó en la miseria. ¿Sabes que a mí, la mayor de los nietos, los abuelos

me costearon mis estudios en Madrid, en un colegio interno, desde los catorce años? Y mi hermana se casó jovencísima para no vivir con ellos y no ocasionarles más gastos. Los chicos se costean sus estudios trabajando de camareros, así que no me vengas con cuentos de herencia. Los hermanos Molina, desde que tenemos uso de razón, hemos aprendido muy bien a buscarnos la vida. Yo gané unas oposiciones en Televisión Española. Tengo un trabajo fijo hasta que me jubile. El dinero me importa un comino. Nunca me faltará —comentó con desdén.

—Perdona, señorita. No he querido molestarte. ¿Trabajas en la tele? ¡Qué suerte!

—No salgo a cámara, si lo de la suerte lo dices por eso. Soy documentalista de los Servicios Informativos. Ayudo a preparar las noticias. Es un buen trabajo, con un sueldo decente, siete horas diarias y los fines de semana libres.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Tengo el billete para una semana, pero me sobra otra de mis vacaciones. Ya veremos.

La abuela checa contemplaba el transcurrir de las horas junto a Milena en una estancia que daba a la calle, y que llamaban la habitación de la ventana, sentada en un sillón-mecedora. Era su única comunicación con el exterior, además de las visitas que recibía. Le preguntaba a su asistenta por los vecinos, la gente que paseaba por la calle, las tiendas... Le gustaba enterarse de todo. Adriana las acompañó durante su estancia. Le encantaban las historias de la anciana, que criticaba a todo el mundo. “A los comunistas, que dejaron este país hecho una mierda, y a los americanos, que han venido ahora con los bolsillos llenos a comprarlo todo. Por culpa de esa gentuza que solo piensa en dólares, Praga está carísima”. Tampoco se libraban los alemanes.

—Nos tratan con esa superioridad... ¿Qué se habrán creído? Los checos somos un pueblo fuerte y orgulloso, hija, y tú lo llevas en la sangre. Por eso te fuiste de casa tan joven y tuviste el valor de enfrentarte al canalla de tu padre. Tu abuelo, además de pagar puntualmente el colegio donde estudiabas, le mandaba dinero a tu madre. Como supongo sabrás, nunca resultaba suficiente. Y no porque fuera poco —precisó—. Si habéis pasado apuros es por culpa del señorito que eligió tu madre. No trabajaba y necesitaba una fortuna para caprichos. ¡Pobre muchacha! Lo que has debido sufrir, sin necesidad. ¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Treinta y dos, abuela.

—Aún eres muy joven. ¿No tienes novio?

—No. No pienso enamorarme y, mucho menos, de un ricachón inútil como el que escogió mi madre. No te preocupes.

—Haces bien —corroboró—. Lo único que traen las locuras de amor es sufrimiento. Ojalá no te ocurra lo mismo que a tu madre. Claro que si tuvieras la suerte que yo tuve con el español... Tu abuelo era un gran tipo. Un trabajador incansable y un médico estupendo. No sabes las horas que

pasaba en la clínica, que estaba donde yo tengo ahora el dormitorio, y cuántas vidas salvó en los tiempos duros del comunismo. Esta casa parecía un hospital de la beneficencia. Además de ver al doctor, la gente venía a comer. Siempre había una olla en la cocina para alimentar a los necesitados. Que te diga Milena, que lleva toda la vida con nosotros.

—Ya lo sé, abuela.

—Me encanta tu compañía, pero no debes gastar tus vacaciones así, encerrada en esta casa y escuchando las historias de dos viejas aburridas. Sal a la calle —le aconsejó—. Praga está llena de turistas. Además, hablas muy bien el idioma de aquí. Seguro que conoces a gente interesante.

El tercer día de su estancia en la capital checa, Adriana se levantó muy contenta. El sol entraba a raudales por las ventanas. Se puso un traje de lino turquesa con un top floreado de algodón y echó a andar. El bulevar de Wenceslao, la Plaza Vieja, el Puente de Carlos, el barrio judío, la calle Parizská con sus tiendas de lujo... Todo se le antojaba bonito. No obstante, la gente parecía llevar la tristeza clavada en sus rostros, como si sufrieran una enfermedad generalizada. Se sentó en una taberna y comió un pan frito con queso que le resultó exquisito y muy barato. Pensó en quedarse una semana más. “Buscaré una agencia de viajes y cambiaré el billete” — decidió.

Cerca de la mansión encontró el establecimiento adecuado. “El Rápido. Rapidez y eficacia en sus viajes de placer y de negocios” —anunciaba el letrero. En el escaparate había folletos de excursiones por la ciudad y sus alrededores, además de ofertas de viajes a las playas españolas: Costa Brava, Levante y Costa del Sol.

—Tengo este billete para Madrid y necesito retrasar la vuelta —le dijo a la dependienta.

—Lo siento, señorita. Aquí no tramitamos cambios.

Al salir se topó con un señor muy trajeado. Gafas de montura dorada y un maletín de piel.

—¿Puedo ayudarte en algo, querida? —le preguntó tendiéndole la mano.

Por su acento y sus modales, le pareció español. Él intuyó lo mismo de ella.

—Sí, también soy español. Catalán —puntualizó—. Joan Puch, para servirte.

—Encantada, Joan. Me llamo Adriana Molina. He venido a Praga a pasar una semana de vacaciones. Me gustaría quedarme otra más y necesito cambiar el billete.

—Soy el dueño de la agencia —la informó en castellano—. La empleada no se lleva comisión por cambiar un billete, así que no lo hace. Yo te lo solucionaré. Las checas son todas iguales, muy vagas y un poco estúpidas. ¿En qué hotel te hospedas? ¿Cómo es que hablas checo?

—Mi abuela es checa, ¿sabes? Vive aquí cerca, en Náměstí Miru.

—¡Ah! Una niña de la guerra, ¿no?

—Ella no. Mi abuelo, que ya murió, combatió en el bando republicano. Fue médico en el frente y llegó aquí exiliado cuando perdieron la contienda.

—Celebro que hayas decidido quedarte más tiempo, así podremos conocernos mejor. Hoy

saldremos a cenar, si te apetece. Te llevaré a un sitio precioso, el Palacio Palfy.

Aceptó encantada. La abuela se puso muy contenta cuando le habló de su nuevo amigo. Le dejó las llaves de la casa, para que no tuviera prisa en regresar. Él la recogió en su coche y se dirigieron a la zona del castillo. Palfy era un palacete restaurado y convertido en restaurante. Se acomodaron en la terraza y se contaron sus vidas mientras cenaban. El caballero le confesó su homosexualidad, aunque Adriana, que tenía muchos amigos gais en Madrid, lo imaginó desde el primer momento. Congeniaron de maravilla. Joan llevaba cuatro años en Praga. La agencia de viajes le funcionaba muy bien. Tenía algunos amigos españoles y muchos amantes checos.

—Soy feliz en esta ciudad. Me acuesto con quien me apetece sin que nadie me critique por lo que hago. De día voy de señor, pero de noche... ¡La reina de las lobas! —le dijo riéndose.

—¿Tanto éxito tienes?

—Aquí, querida, el éxito va unido al dinero. Escojo a los chicos que más me atraen porque puedo pagarlos. Además, no me gustan los maricas, que parecen niñas. A los que tienen pluma los desecho. Mis deseos se decantan por los machos. Solo quiero hombres de verdad.

—No lo entiendo. ¿Ves a un tipo que te gusta en la calle y le preguntas cuánto cobra por acostarse contigo?

—No, mujer. Para eso están los intermediarios. Yo tengo a Caballo, un chulazo estupendo. Él conoce mis gustos y me busca a los muchachos. A veces me lleva a un parque, donde los chicos se pasean, y elijo personalmente al que me gusta. Caballo negocia con él y me lo manda.

—Por lo que veo, tienes mucha suerte con ese Caballo. ¿Sería capaz tu amigo de conseguir un poco de marihuana para mí? O hachís, aunque no creo que haya en Praga.

—Aquí hay de todo. Marihuana de Ámsterdam, goma negra de Afganistán y pernik.

—¿Pernik? ¿Qué es pernik?

—La droga local, de fabricación casera. Dicen que es una especie de cocaína artificial que te pone como una moto. Yo no la he probado porque esas drogas sintéticas, que no sé lo que tienen, me dan repelús.

—Tampoco te creas que yo soy drogadicta, ni que fumo porros todos los días. Ahora estoy de vacaciones y me apetece desbarrar un poco. Una vez al año no hace daño —le aseguró convencida—. Me gustaría comprar un poco de pernik y probarlo contigo. Me resulta muy gracioso que en Praga haya una droga típica y yo la encuentre en mi primera visita a la ciudad.

—Está bien, me has convencido. Si has terminado, vamos en busca de hombres y de drogas.

Dejaron el coche en un aparcamiento y fueron paseando hasta la Plaza Vieja. En una de las callejuelas colindantes entraron en un local lleno de gente y bullicio, el “Black Horse”. Música funky y olor a hierba.



—Por aquí se nota un olor a marihuana estupendo. ¿No ves a nadie para comprarle?

—Tranquila, ya aparecerá algún camello. Vamos a pedir una copa.

Como pudieron, se acomodaron en la barra y siguieron cotilleando.

—¿No te gustaría vivir en Praga, Adriana?

—No me lo he planteado. Nunca he vivido fuera de España, aunque he conocido mucho mundo durante mis vacaciones. Además, ¿qué iba a hacer yo aquí? Tengo un buen trabajo en Madrid. Es difícil dejar algo así, pero te advierto que la gente está cada día más aburrida. Después de los fastos del 92 ha llegado la crisis y no se sale tanto como antes. La mítica movida madrileña se ha terminado, Joan. Solo quedamos los incombustibles. Mis amigos son muy cachondos, casi todos mariquitas. Y mis amigas, presentadoras y reporteras de los telediarios. Te encantarían. Yo no tengo problemas de trabajo, soy fija.

—Genial. Eso es una gran suerte. Por cierto, mira a ese moreno, al fondo. Se llama Bojan y es yugoslavo.

—Sí, es guapo. ¿Te lo has tirado?

—No, qué va. Es uno de los camellitos de este local. Habla con él. Yo nunca compro drogas, me da corte. Sin embargo, el tipo me conoce y sabe que algo consumo. Como te ha visto conmigo, te venderá. Éntrale.

Sin pensarlo dos veces, Adriana se dirigió a su encuentro.

—¡Ajo! — lo saludó en checo—. ¿No tendrás tú un poco de esa marihuana que huele tan bien?

—Para una chica tan guapa, lo que quieras. ¿Solo marihuana?

—Si también vendes pernik, me gustaría probarlo.

—¿Nunca lo has tomado? Tú eres checa, ¿verdad?

—No, española. Hablo checo porque mi abuela sí es de aquí. Vivo en Madrid y he venido de vacaciones.

—Te vendo porque conozco a tu amigo. A los yugoslavos siempre nos vigila la policía —refunfuñó.

—Me imagino. ¿Qué eres, serbio, croata o bosnio?

—Eso no importa. Puedo venderte esta bolsa de hierba y dos dosis de pernik por seiscientas coronas, ¿vale?

El precio le pareció estupendo. No eran más de treinta dólares, así que aceptó el trato.

—Suelo estar por aquí, guapa, por si quieres más otro día. Luego iremos a bailar. Hay una discoteca que se llama Paladium. Si es la primera vez que pruebas el pernik, no lo tomes todo de golpe. Es muy fuerte.

—¿Cómo te salió el negocio? —le preguntó Joan.

—Redondo —contestó Adriana mostrándole la mercancía—. Si no tienes inconveniente, fumamos un poco y vamos a bailar. Me ha hablado de una discoteca, Paladium. ¿La conoces?

—Sí. Es la más grande de Praga. Está llena de rubias explosivas, las típicas de aquí, y extranjeros con la cartera floja. Puro ligoteo. Ni siquiera ponen buena música, pero si quieres conocerla, te acompaño.

Fueron a buscar el coche y aprovecharon para probar el pernik. Siguiendo las instrucciones del proveedor, Adriana preparó dos rayas pequeñas. Al tomarlas se dieron cuenta de lo fuerte que era la sustancia. Sintieron un picor muy fuerte en la nariz y se les saltaron las lágrimas.

—Espero no morir con esta porquería, loca de la vida —le comentó Joan, no muy convencido de la experiencia, mientras aparcaba el vehículo en la puerta de la discoteca.

—¡Uy! —exclamó ella—. Ya verás, esto da una marcha increíble. Lo percibo, así que me voy a bailar, ¿vale?

—De acuerdo —asintió él—. Te espero en la barra de arriba.

Desde lejos divisó al chico yugoslavo. Estaba rodeado de unas cuantas rubias, pero se puso a bailar con ella. Adriana se sentía en el cielo, agarrada a la cintura del joven y balanceándose a su ritmo. Una canción, y otra, hasta que estuvieron sudorosos.

—¿Tomamos una copa en la barra de arriba? He dejado allí a mi amigo —sugirió.

—Primero te llevaré a un sitio secreto. Vamos a darle un poco más al pernik.

Llegaron a una especie de reservado donde un elegante galán italiano hacía lo mismo con su chica, una guapísima rubia. Paolo, así se llamaba, pensó que la recién llegada era paisana suya y le habló en italiano.

—No, soy española. Me llamo Adriana y este es Bojan, un amigo yugoslavo.

—Yo me llamo Katia y soy de Praga. Encantada de conoceros —los saludó la rubia.

Esnifaron la última dosis de pernik y volaron a la pista. Un buen rato después, Joan se acercó para despedirse y propuso a Adriana acompañarla hasta su casa.

—Qué va, no tengo ningún sueño. Espero que estos me sigan la marcha.

—Terminarás con el yugoslavo, porque ya cierran todos los sitios. ¡Son las seis de la mañana, querida!

—No me apetece follar, ni tampoco dormir. Lo que quiero es seguir de marcha.

—En ese caso, vete de paseo. Te recomiendo el amanecer sobre el puente de Carlos. Cuando lo cruces, en la primera calle a la derecha, verás un sitio muy grande que se llama Pavilon. Sirven un brunch estupendo, aunque no abren hasta las ocho de la mañana.

Adriana propuso el plan a sus nuevos amigos. Pese a lo catatónico de su estado, tuvo el detalle de pasar por la casa de la abuela y deslizar una nota por debajo de la puerta. “Me estoy divirtiendo

mucho. No te preocupes por mí. Un beso”. Sus tres acompañantes admiraron la grandeza de la mansión y el lugar tan bonito donde se encontraba, Námesti Miru, la Plaza de la Paz.

—Eres rica, ¿verdad? Tu abuela vive en un palacete. Solo necesita un poco de pintura. Debe ser una casa enorme y está en uno de los mejores sitios de Praga —comentó Katia.

—No, no soy rica, y la abuela tampoco. Supongo que ella debió serlo hace tiempo. Ahora lo único que le queda es la casa y algo de dinero en el banco. No creas que tiene mucho.

Celebraron el amanecer contemplando el paisaje que se divisaba sobre el Puente de Carlos. Subieron al castillo y pasearon por la calle de los alquimistas, con sus casitas bajas de colores llamativos y relucientes.

—¿Qué haríais si pudierais fabricar oro? —preguntó Bojan al grupo.

—Yo, viajar por todo el mundo. Es lo que más me gusta —respondió Adriana.

—Yo me apunto a la idea —la secundó Paolo.

—A mí los aviones me dan pavor. Si pudiera fabricar oro, lo vendería y me compraría una mansión como la de la abuela de Adriana, aunque nueva. Faltas tú, Bojan. ¿Qué harías? —le preguntó Katia.

—Sacar de mi país a mi familia y a mis amigos —contestó sin vacilar.

En el Pablon tomaron café con tostadas, cava y embutidos de varias clases. Al salir del local, Adriana se sintió un poco indispueta. Vomitó en una papelera que había en la puerta, con tal puntería que ni una sola mancha cayó en la acera.

—¡Qué fina! Solo las chicas elegantes vomitan en las papeleras y aciertan. ¿Estás bien? —le preguntó Bojan.

—Sí. ¿Querrás acompañarme hasta Námesti Miru, o dejarme cerca?

Él asintió. Se despidieron de la otra pareja y regresaron caminando a la mansión de la Plaza de la Paz. La abuela ya estaba sentada en su habitual mecedora junto a la ventana cuando llegó a casa.

—Gracias por dejarme la nota, porque si no me habría asustado. Toda la noche por ahí... Me alegro por ti, que conste. Ojalá fuera yo joven en estos tiempos. ¿Quieres irte a la cama o prefieres tomar un té conmigo?

—Me quedo contigo, abuela. Ya dormiré la siesta.

Hablaron de la noche de Adriana. Le contó todo, omitiendo el asunto de las drogas; también, de los lugares que frecuentaba la abuela cuando era joven; y del abuelo, un “camarada” para el régimen, aunque escondiera en su interior una rebeldía incombustible que le quemaba la sangre. Un médico de origen español que contrajo un cáncer de páncreas a los cuarenta años; que a los sesenta se abrió el vientre él solo para sacarse lo que consideraba en mal estado; y que murió a los ochenta con demencia senil, vencido el cáncer. Pasó el resto del día sentada con la abuela en la habitación de la ventana. Bebió mucho zumo, y la anciana, mucho té. Al cabo de las horas cayó derrotada en el sillón.

Milena la despertó y la ayudó a subir a la alcoba.

—¡O no salgo, o me paso! —exclamó mientras intentaba, medio sonámbula, enfrentarse a las escaleras.

No volvió a ver a la rubia Katia ni a su novio italiano. Sin embargo, se encontraba con Bojan en el mismo pub, como si fuera una casualidad, todas las veces que acudía allí junto a Joan Puch. Reían, bailaban y charlaban. No consiguió que el yugoslavo le contara por qué estaba en Praga, ni cómo le afectaba la guerra que libraban los suyos. Se negó a hablar del tema. Incluso la amenazó con no verla más si seguía insistiendo y ella prefirió olvidar el asunto. Tampoco le dejó ninguna dirección cuando se despidieron.

—Si vuelves a Praga me encontrarás en el mismo sitio, el Black Horse —expresó sin inmutarse.

Trabó una estrecha relación con Joan Puch. En las largas conversaciones que sostuvieron, el empresario le detalló sus cuatro años de vida en Praga. La animaba mucho a trasladarse a la capital checa.

—Dices que tu abuela es muy mayor y no puede andar. Le darías una gran alegría si te vinieras aquí. Lo pasarás genial. Hay gente muy interesante, llegada desde América y desde todas las capitales de Europa. No se necesita mucho dinero para vivir y se organizan grandes fiestas. El mayor problema es que los checos son realmente antipáticos. Por eso no nos mezclamos con ellos, ni falta que hace. Lo demás, tú lo has visto. La ciudad es preciosa. Tiene un gran ambiente nocturno y hombres guapísimos. ¿Qué más puedes pedir?

—No es tan fácil como estás imaginando. Tendría que dejar mi trabajo, que es bastante bueno, y buscar algo aquí, porque sería incapaz de permitir que la abuela me mantuviera. Sabes bien que, en caso de animarme, resultaría muy duro para mí. Tú mismo me has dicho que los sueldos en Praga son bajísimos.

—Monta un negocio.

—Necesitaría un dinero que no tengo, pero si me sigo aburriendo en Madrid, te prometo que lo pensaré.

La abuela Adriana lloró al despedirse de su nieta. Estaba convencida de que nunca más volvería a verla.

—Me moriré antes de que vengas otra vez, y esta casa será para tu madre —le indicó la anciana mientras tomaban el último té en la habitación de la ventana—. No me importa que la venda. Está muy lejos de España y ella no la quiere para nada, pero no permitáis que tu padre se gaste el dinero —le pidió—. Que sea para mi hija y para vosotros, para ti y tus hermanos. Esa —aseguró— fue la última voluntad de tu abuelo y también es la mía. La ley de entonces nos obligó a nombrar a tu madre, nuestra única hija, como única heredera de nuestros bienes, aunque yo intentaré cambiar ese

testamento —le explicó—. No confío en tu madre por mucha sangre mía que tenga. Tu padre la convencerá para quedarse con la herencia y ella, que solo ve por sus ojos, le dará todo y tendrá el valor de dejar a sus propios hijos, mis nietos, sin nada —le contó enfurecida—. He pasado muchos años sola con Milena sin que tu madre se haya dignado a visitarme ni una sola vez. Ahora, en la última etapa de mi vida, he tenido la suerte de conocerte. Estoy segura de que eres una mujer madura y cabal, y necesito pedirte que te ocupes de este asunto cuando yo falte. No descansaré tranquila hasta saber que Carlos Molina no pondrá sus manos en lo que pertenece por derecho a mi familia —concluyó.

—No hables de morirme, abuela, por favor. Te prometo que me encargaré de eso el día de mañana.



# IV. CAMIONEROS

Alexander se levantaba cada mañana antes de las cinco para trabajar con los Vésely en el camión. Una vez a la semana iban a Pilsen, la famosa ciudad de la cerveza, cerca de la frontera alemana. Allí compraban la fruta a los mayoristas extranjeros que la traían en largos tráileres desde Francia, España, Italia o Grecia. Realizadas las transacciones, cargaban las cajas de naranjas, fresas, plátanos y peras desde los grandes vehículos extranjeros al camión del señor Vésely. Entonces empezaban las rutas por los mercados de pueblos y ciudades. También compraban verduras a los campesinos checos para venderlas en los mismos mercados. La jornada laboral se prolongaba el día completo. Empezaban el regreso a casa cuando se ponía el sol, aunque muchas veces, si la distancia era larga, hacían noche fuera y continuaban las ventas al día siguiente. Dejaban el sábado para las entregas en Praga y el domingo descansaban. El trabajo fortaleció su cuerpo y lo hizo olvidarse de la guerra y las penurias de su gente, pero empobreció su alma. El olvido afectó también a la pintura. Ni siquiera había vuelto a mirar los dibujos de la guerra. Tampoco estrenó la caja de óleos que Jan le regaló por su cumpleaños. Aprovechaba su día libre para encontrarse con Teresa. Ella le había creado una necesidad física a la que no podía resistirse. Sin embargo, era consciente de que practicaba el sexo como un animal, sin sentimientos. Cuando terminaba, se despedía y se marchaba. Nunca la acariciaba ni se quedaba a dormir con ella. La mujer se lo recriminó un día, justo al acabar de hacer el amor. Se acurrucó en su hombro y le besó el cuello.

—Tengo que irme, Teresa. Te veré la semana que viene.

—Solo me quieres para follar. No soy una perra, ¿sabes? También tengo sentimientos.

—Estoy bien contigo. Supongo que lo mismo que tú conmigo. No busques más de lo que puedo darte.

—No me das nada aparte de tu polla. Vienes aquí, follamos y te vas. No hablamos de nada. Parece que me besas por obligación y ni siquiera me invitas a tomar una cerveza o a dar un simple paseo. Eres un bruto.

—Nunca te he hablado de amor ni te he prometido nada. ¿Qué estabas pensando?

—Nada fuera de lo normal, Alexander. Tampoco yo te he pedido que te cases conmigo. Ahora, sin embargo, necesito que me prestes un poco más de atención. No me apetece tener una relación que se limite a vernos tres horas a la semana, o cuando a ti se te antoje, para meternos en la cama.

—Si no estás contenta es mejor que busques a otro, Teresa. No puedo ofrecerte más de lo que ya te doy.

—Claro que puedes. Y no lo digo solo por mí. También pienso en ti. Has convertido tu vida en una mierda. Imagino que te habrás dado cuenta. Trabajo, trabajo y más trabajo. No has vuelto a pintar, como le ocurrió a tu amigo Jan. Al menos él tiene una familia. Tú no quieres ni saber lo que es

eso. ¿Para qué has venido a Praga, para ser un animal de carga? —le preguntó indignada.

—No te metas en mi vida. No necesito consejeros.

—Recapacita, hombre. Ahora tendrás algo de dinero. Piensa un poco en ti. ¿Vas a pasarte los días trabajando para el señor Vésely y viviendo en ese cuartucho? Vuelve a pintar, te lo ruego. Construye otra forma de vida, aunque sea sin mí. Y no me mires con esa cara de mala hostia porque te diga la verdad.

—Tú lo ves todo muy fácil, pero no tienes razón. Quiero olvidar la guerra. Por eso no he vuelto a tocar los dibujos —le respondió tajante.

—Pinta otras cosas. Tienes talento, ya lo sabes.

—Talento, talento... El talento no sirve para nada sin dinero. Le pago por lo que como a la señora Veselá. El resto lo guardo. Algún día alquilaré una habitación con luz. No puedo pintar en un cuarto oscuro. Necesitaré tiempo. Es muy poco lo que gano.

—Excusas. Puedes usar el salón de este apartamento, que tiene bastante luz. Te lo he dicho muchas veces. Yo estoy trabajando y no te molestaré. El problema es que te has acostumbrado a la vida de miseria que llevas. Trabajar mucho para no pensar en nada.

—Adiós, Teresa. No tengo ganas de escuchar sermones.

Vida de miseria. Las palabras de Teresa se repetían pesadas en su cabeza, aunque delante de ella aparentó que no le importaban lo más mínimo. Se justificaba a sí mismo haciéndose creer que carecía de medios para pintar. No obstante, sabía que el valor de esa disculpa era cada vez más leve. Se miró las manos, agrietadas por el frío y el peso de las cajas de la fruta. “Está claro que no tengo manos de artista” —se lamentaba. “¿Debo resignarme a esta realidad o podría hacer algo para cambiarla? Tiempo, es cuestión de tiempo, aunque el tiempo que se va no vuelve nunca”.

Durmió muy mal. Cuando lo llamó Jan para ponerse en marcha no se podía levantar. Sentía que sus piernas eran incapaces de sostener el peso de su cuerpo.

—Se te han pegado las sábanas, amigo. ¿Has dormido mal esta noche? Mi padre ya nos espera abajo.

—Teresa me ha echado en cara que no le dedique más tiempo y que haya dejado de pintar —le contó a su amigo mientras se dirigían a Brno, la segunda ciudad del país.

Amanecía y una densa neblina cubría la carretera. Apenas se veía. El señor Vésely conducía muy despacio, concentrado en el tráfico y ajeno a la conversación que Jan y Alexander sostenían.

—Mira, las mujeres siempre exigen. Tú sabes mejor que nadie si le dedicas el tiempo suficiente. Eso dependerá de lo que te guste, claro.

—Hombre, en la cama no se lo hace mal. Sin embargo, cuando hemos terminado no me apetece quedarme con ella. No me atrae tanto como para acariciarla o dormir a su lado. Le tengo cariño, pero eso no es suficiente para establecer una relación.



—Si lo tienes así de claro, no entiendo cuál es el problema. A no ser que te haya largado. Mi vecina ya no es una niña. Si no vas a comprometerte con ella es lógico que no quiera perder el tiempo contigo.

—Sí, me ha dicho que no está dispuesta a que la utilice solo para follar. No obstante, eso no me preocupa.

—Ya. Te inquieta el hecho de haberte olvidado de la pintura. Debo decirte que tú eres el único culpable de ese abandono, Alexander. Si vienes a trabajar en el camión es porque te da la gana. Nosotros no te obligamos. Quiero que lo tengas claro. Puedes quedarte en casa pintando. No vamos a salir de pobres porque le pagues a mi madre tu comida. Eso es una estupidez, amigo. Sé lo que te ocurre porque ya he pasado por ello. No basta con pintar bien. Hay que saber venderse. Tener estilo para engatusar a galeristas y marchantes. Yo no servía para tal menester. Desconozco si tú estarás capacitado para hacerlo.

—Me ocurriría lo mismo que a ti. No me considero muy apto para las relaciones sociales.

—No hace falta que lo jures. Llevas cerca de un año en Praga. No tienes otros amigos aparte de nosotros o Teresa, y parece que dejarás de verla pronto. Deberías salir al centro alguna vez y hablar con gente nueva. Hay lugares donde se reúnen tus paisanos, ya te lo he dicho. Algunos se han establecido en Praga e incluso han llegado a hacerse ricos. Nunca se sabe dónde puede saltar la oportunidad de cada uno.

—He conseguido borrar de mi mente casi todo lo referente a mi país. Ignoro si será bueno, pero es la realidad. Desconozco lo que ha podido ocurrir con mis padres y mi hermano. Dice la radio que la situación en Sarajevo empeora cada día. Que las comunicaciones están cortadas y no llega la ayuda humanitaria. La gente se muere de hambre y pronto, de frío. ¡Qué distinta era mi vida antes de la guerra, joder!

Brno, Slavkov, Kromeriz, Olomouc... Viajaban por el centro del país en dirección a Ostrava y Karvina, en la frontera polaca. El sol del otoño se asomaba perezoso entre nubes y montañas para iluminar los árboles marrones. Cuando el verano tocaba a su fin, todo se aletargaba en la República Checa. Los turistas se marchaban y los nativos se encerraban en sus casas. Los mercados trocaban el bullicio por el silencio. Mujeres cabizbajas con vestimentas grises y cuatro monedas en el bolsillo remoloneaban por los puestos buscando lo más barato. Ellos combatían las vacas flacas con el trabajo duro. Tenían que recorrer más lugares que en verano para realizar las mismas ventas, por lo que rara vez volvían a casa a dormir. Si el día se daba bien podían permitirse el lujo de descansar en una pensión barata. Si el negocio andaba flojo, se hacían un hueco entre las cajas de fruta y estiraban sacos y mantas en la parte trasera del camión. En esas ocasiones, el señor Vésely sacaba la botella de aguardiente. El líquido fuerte calentaba los huesos y disipaba las amarguras. Jan y su padre se

dormían cantando viejas melodías, y Alexander cerraba los ojos recordando tiempos mejores. Se recreaba en su época de estudiante, cuando no tenía otras preocupaciones que aprobar o descubrir los placeres del sexo con Elena, su novia de aquellos tiempos. O en los veranos de la Costa Adriática, donde se tostaba al sol, ligaba con las chicas más guapas y sacaba buenos dólares vendiendo dibujos a los turistas. Todo eso terminó con la guerra. Esa guerra cuyas heridas sangraban todavía. No leía los periódicos para no pensar en ella y dejó de soñar con el ruido de las bombas. Aunque cargar cajas de fruta no era su deseo cuando llegó a Praga, aceptaba con dignidad una actividad que consiguió alejarlo de la horrible realidad de Sarajevo. Estaba conociendo otro país y aprendiendo su lengua. Eso le parecía más válido que quedarse en casa terminando los dibujos de la guerra. Lejos de traerle la paz, la visión del horror perpetuaba su odio. Del mismo modo desechó la idea de pintar otras cosas. “Si me encierro en una habitación con mis lápices, la guerra volverá a mi cabeza, aunque lo que intente dibujar sea el Puente de Carlos o el castillo de Karlstejn” —pensaba con determinación, tratando de consolarse a sí mismo.

Alexander se sentía muy triste cuando volvían esa semana a casa. Avanzaba el otoño. A las seis de la tarde era noche cerrada y no se veía un alma por las calles. Ni siquiera luces en las ventanas. Parecía que cruzaban ciudades fantasmas, pobladas de seres durmientes. “Esta gente tampoco es más afortunada que yo” —se lamentaba—. “Ya se han ido a la cama porque tienen que levantarse de madrugada para volver al tajo. No hemos avanzado nada desde la Revolución Industrial” —reflexionaba—. “Los comunistas lucharon por la justicia social, pero las ansias de poder de los que subían y la corrupción terminaron con el sueño. Ahora todo se ha ido al carajo y estamos como al principio. Si no eres rico tienes que trabajar de sol a sol, como los obreros del siglo XIX, para unos señoritos que no se diferencian mucho de los antiguos patrones”.

Teresa no estaba en casa cuando fue a buscarla el domingo, o no quiso abrirla la puerta. Era el primer día libre que transcurriría sin su calor. Su falta le producía desconsuelo y ansiedad. Bajó a la calle sin saber qué hacer. El cielo era de color plomizo. Sintió frío y subió de nuevo a casa de los Vésely. Las mujeres estaban en la cocina preparando la comida. El padre leía el periódico y Jan jugaba con su hijita en el salón.

—¡Por lo que veo, hoy te han dado calabazas! —comentó su amigo en tono de burla.

—Así es. No esperaba que Teresa fuera a plantarme tan pronto. La verdad es que me avisó. En cualquier caso, me ha cogido de sorpresa. Supongo que me lo merezco. ¡Qué aburrimiento, no sé qué hacer!

—Vete al centro en metro, hombre. Tienes que distraerte. También puedes ir después de comer, a tomar un café. Cuando se levanten las chicas estarán encantadas de acompañarte.

—No. Iré solo. Voy por una chaqueta y me marcho. ¡Hasta la vista!

Al acceder al metro, el eco de voces familiares lo sorprendió. Miró a su alrededor y descubrió a

dos tipos hablando en su idioma. Sin pensarlo dos veces, se acercó a ellos.

—Vosotros sois serbios, ¿verdad?

—Efectivamente, hermano. De Belgrado. ¿Y tú?

—De Sarajevo.

—¡Vaya putada! Seguro que conoces el rugido de las bombas y tienes alguna desgracia gorda que contar.

—¡Ya lo creo! Vine aquí huyendo de la guerra. Mi único propósito ahora es olvidar. No quiero hablar del tema. Me llamo Alexander —dijo tendiéndoles la mano.

—Yo soy Bojan. Y este, Iván. Iván el Terrible.

—¿Y eso? —preguntó intrigado.

—Hay pocas mujeres que se le resistan. Y encima se está haciendo rico, el muy cabrón —lo informó Bojan.

—¿Cómo lo consigues? Porque yo llevo aquí nueve meses y trabajo más que una bestia de carga. Por poco dinero, no me llega ni para costearme un alquiler.

—Un parto difícil, por lo que veo. A nosotros no nos va la vida dura, paisano —reconoció Bojan.

—Escucha, hermano —intervino Iván—. En Praga hay que dedicarse al negocio sucio. Al trapicheo. Es imposible sacar dinero de un trabajo legal, por mucho que te deslomes. ¿Tienes algo que hacer? Ven con nosotros. Así comprobarás cómo nos lo montamos.

—La próxima es Mustek. Nos bajamos. Comemos una salchicha en Wenceslao y vamos andando hacia el Pávilon, ¿vale? —preguntó Bojan a su amigo.

—De acuerdo. Conocerás un sitio elegante, con tías de postín —indicó Iván a Alexander.

—Afortunadamente, no puedo quejarme por falta de sexo. Hay una vecina que me ha animado mucho y bien desde que llegué a Praga, aunque hoy me ha dejado plantado. Voy con vosotros —afirmó decidido.

—¿Una checa?

—Sí, claro. No conozco a casi nadie aquí.

—Nosotros preferimos a las extranjeras. Este tiene una gringa y yo me tiro a todas las que puedo: gringas, italianas, españolas, alemanas. ¡No practico la limpieza étnica! —comentó Iván riéndose.

—Ni de broma quiero escuchar eso, tío —saltó Alexander.

—Eres un cabrón, Iván. ¿No ves que este es de Sarajevo? Controla un poco, hermano —le riñó Bojan.

—Antiguos amigos míos andarán por ahí violando a chicas musulmanas, a nuestras propias colegas de los buenos tiempos... De la Universidad, de los bares. Y mi hermano. No quiero ni pensar en lo que estará haciendo mi hermano, mi jodido hermano. Es muy duro, ¿comprendes?

—Perdona, amigo. No he querido ofenderte, de verdad —se disculpó Iván.

Mientras comían gruesas salchichas y bebían cerveza en lata, Alexander fue desgranando la historia de Dusan, María y Sara. Esa era la herida de guerra que más le dolía.

—Tengo el boceto de un dibujo de mi cuñada y mi sobrina, muertas, tal como cayeron en el suelo. Algún día lo terminaré. Me lo pidió María antes de suicidarse.

—No lo intentes mientras sientas la sangre brotar de tu herida —le recomendó Bojan—. Deja que el tiempo pase y procura vivir lo mejor que puedas. Yo me niego a hablar con nadie de la guerra. No es mi guerra aunque mi familia viva allí. Ahora tampoco es la tuya. Estás en Praga, te lo recuerdo.

—Nosotros llegamos a Praga en el noventa —relataba Iván—. La gresca era previsible y teníamos miedo de que pudieran llamarnos a filas. Yo hice dos años de mili y me las ingenié para no coger un fusil. Y Bojan tiene los pies planos, así que ni fue. No nos va la guerra. Por eso nos dimos tanta prisa en hacer las maletas.

—A mí tampoco. El principio me cogió en Dubrovnik. Iba allí en verano, con mis colegas, a vender a los turistas dibujos del casco antiguo, la playa, los barcos o el mar. Y a divertirme, por supuesto. Cuando las cosas se pusieron mal, me fui a Sarajevo con mis padres. ¿Qué podía hacer? Siempre me negué a luchar. Estuve mucho tiempo encerrado en un cuarto pequeño, escuchando los bombardeos y pintando lo que veía desde la ventana. O lo que me imaginaba al oír por la radio las crónicas del asedio. Mi madre la tenía siempre puesta. Me acostumbré al soniquete del terror.

—Yo conocí aquí a unos tipos de Belgrado que se han forrado con el tráfico de armas y de drogas. Nos han ayudado sin ponernos en peligro —siguió Iván.

—Pero vosotros, ¿a qué os dedicáis exactamente?

—Oficialmente, somos decoradores de interior —contestó Bojan.

—¿Y extraoficialmente?

—Vendemos cosillas para divertirse. Pastillitas del amor, cigarritos de la risa, o lo que nos pidan los clientes y nos puedan suministrar los jefes. Nada complicado —aseguró Iván—. Si quieres, podemos enseñarte cómo hacerlo. Hablaremos de ello más tarde.

Alexander nunca había entrado en un lugar tan sofisticado como el Pavilon. En Sarajevo frecuentaba tabernas o cafés. En la playa, las discotecas de los hoteles, llenas de turistas en camiseta y pantalón corto. Aquello era diferente. En las mesas abundaban las botellas de champán. Las mujeres iban enjoyadas y peripuestas. Los hombres, elegantemente vestidos. El inglés era el idioma predominante. Al llegar, Bojan se dirigió a una mesa de estupendos: señora de belleza exótica y larga melena negra; señor trajeado con gafas de concha dorada; rubia explosiva y muy maquillada; y caballero como el que pintó El Greco con la mano en el pecho: rostro alargado y barbudo, ojos penetrantes y sienes plateadas. Iván se acercó a otra en la que estaban tres jóvenes rubias que

parecían gogós de un concurso hortera de la televisión italiana, con prominentes delanteras y faldas cortas y pegadas. Alexander se quedó en la entrada, como un pasmarote, sin saber dónde mirar. “¿Qué me importa esta gente?” —se preguntaba. Sin embargo, como un chiquillo picado por la curiosidad, empezó a examinar todo y a todos. La morena sonreía a Bojan. Entrelazaron sus manos y parecía que intercambiaban algo. La rubia hacía de chistosa: contaba una historia gesticulando mucho, sin parar de mover las manos. Los señores la miraban, asentían y le reían las gracias. Ella sonreía coqueta, sintiéndose objeto de los desvelos de los hombres. “¿Qué chorrada estará contando?” —pensó para sus adentros. Sus flamantes amigos fueron a rescatarlo. Un camarero les indicó que todas las mesas estaban reservadas. Tendrían que ponerse en la barra si querían tomar algo. Decidieron hacerlo y pidieron tres cervezas.

—Yo ya tengo plan para esta noche —anunció Iván—. Con la de la minifalda de plástico blanca.

—No está mal. Ya me he fijado en sus tetas. No me gustan esas mujeres. Prefiero a mi chica, que está plana pero me da otras cosas —afirmó Bojan.

—¡Ah, sí! ¿Qué cosas, si se pueden saber? —le preguntó Iván.

—Ternura y cariño, por ejemplo. Estar con una mujer no significa solo follar. ¿Tú qué piensas, Alexander?

—Realmente pienso como tú pero en la práctica hago lo mismo que Iván, aunque de momento me basta con una. La última vez que estuve con ella me echó en cara que la quisiera únicamente para el sexo. Y lo peor es que es cierto. No consigo que nadie saque una pizca de ternura de mí. Me he vuelto un cabrón desconfiado. Tengo miedo y no sé de qué. Me gustaría encontrar a una mujer con la que pasear por el parque, tomar un té mirando el fuego de la chimenea, charlar de cosas que nos gusten y hacerle el amor con algo más que ansias de desfogarme. Sin embargo, esa situación la veo a años luz. Tan lejana que creo que nunca va a ocurrirme.

—Si tienes disposición a ello, te ocurrirá. Rompe el muro que te impide amar, en tu corazón y en tu cabeza —le recomendó Bojan—. Hay que estar abierto a todo en la vida. Yo conocí a Pam hace menos de un año. Ahora paso más tiempo en su apartamento que en el piso que comparto con Iván. Si fuera por mi gusto estaría siempre con ella. No vivimos juntos porque es una mujer muy independiente y necesita la soledad para pintar. También es pintora, no te lo había comentado antes. Ya le diré que te enseñe su obra.

—¿Consigue venderla en Praga?

—Bueno, algo vende. En teoría vive de la pintura... La realidad es que necesita poco para vivir. Incluso se confecciona su propia ropa. Es una persona muy original. Tiene imaginación y sentido del humor. Me divierto mucho con ella. Reírse vale mucho en los tiempos que corren, paisano.

—Dejad las novias y hablemos de negocios —interrumpió Iván—. ¿Qué le has vendido a la morena, Bojan?

—Dos bolsas de hierba. El maricón me ha preguntado por ti, Alexander. Le gustas.

—¿Quién es el maricón, el de las barbas o el de las gafas?

—El de las gafas, hombre. Si quieres te lo presento. Dicen que paga bien.

—¡Estás loco, joder! Yo no me acuesto con nadie por dinero. Mucho menos con un tío. No me gustan los hombres, no soy maricón. ¿Te ha quedado claro?

—Disculpa, no he querido ofenderte. Tampoco te gustan las drogas, ¿no?

—No. Apenas las he probado y no quiero venderlas. Los líos para vosotros, que sois más expertos.

—Entonces no te contaré nada del negocio, hermano —espetó Iván—. Tú te lo pierdes. Sigue cargando cajas de fruta. Pero mantén la boca cerrada, ¿de acuerdo?

—Descuida, amigo.

Bojan informó a Alexander de que el grupo con el que acababa de estar eran españoles y manejaban pasta. Que la morena era relaciones públicas de un hotel de lujo y le presentaba a gente de su confianza que muchas veces le compraban cosillas, e incluso lo habían invitado a fiestas en sus casas grandes; que la rubia lo miraba siempre con cara de cómemo, y que miraba así a muchos otros hombres; que el caballero de la mano en el pecho era el marido de la rubia pero bebía los vientos por la morena; y que el de las gafas, o sea, el maricón, pagaba mil coronas a chicos jóvenes para que se lo hicieran con él. Tomaron varias cervezas en la barra. Iván las pagó todas y propuso salir fuera. Cruzaron el gran arco de madera que era la puerta del Pávilon. Se refugiaron en una de las esquinas y Bojan empezó a fabricar un porro de marihuana.

—¿Te atreverás a estrenarlo? —preguntó a Alexander.

Él no quería parecer un mojigato y asintió. Dio un par de caladas y tuvo que esforzarse para no toser. Al fin y al cabo, no estaba acostumbrado a fumar, ni siquiera cigarrillos, aunque el sabor de la hierba le gustaba. Tenía la sensación de que se tiraba boca abajo a un campo y se lo comía. Tragó saliva y siguió fumando.

—¿No eras tú al que no le gustaban las drogas? Pasa el porro, que se te ha quedado pegado —inquirió Iván.

Atardecía y el otoño traía a Praga noches misteriosas. El cielo plomizo arrojaba un vapor blanquecino que se descubría en los picos de los tejados y envolvía los edificios centenarios. Un vapor al que las luces de las farolas tornaban dorado y mágico, como si fuera a esfumarse si se tocaba. Estaban a los pies del Castillo, en el barrio de Mála Strana, rodeados de esbeltos palacetes que un día albergaron a príncipes y aristócratas; palacetes a los que los años robaron viejos esplendores para convertirlos en guaridas de la burocracia comunista, y que ahora los gringos estaban restaurando. Entre cascotes y andamios muchas fachadas apenas podían apreciarse. Palacetes

que recuperarían riquezas de antaño por obra y gracia de mister dólar. Alexander pensaba estas cosas mientras caminaba por calles estrechas siguiendo a sus amigos, que charlaban entre ellos. Se tropezó varias veces porque andaba mirando hacia arriba, pensando en aquellas casas y en sus historias, como si sus ojos fueran rayos que rompieran las ventanas, traspasaran las puertas y descubrieran los secretos del interior. Su mente rodaba sola. Acogía unas sensaciones y echaba otras sin que él pudiera hacer nada por controlarla. Se imaginaba subiendo unas escalinatas anchas, como las que tendrían aquellos palacetes, detrás de una muchacha delgada y de piernas largas a la que no podía alcanzar. Correr tras ella lo excitaba. Corría más y cuando estaba a punto de rozar el vuelo de su vestido, ella desaparecía y llegaba Teresa. Con su cuerpo voluptuoso lo envolvía hasta ahogarlo. Le preguntaba dónde iba y por qué buscaba el peligro. Él absorbía su olor, un olor denso y caliente que lo reconfortaba, y se aferraba a su cuerpo como un niño desvalido. Entonces el hombre se enfrentaba al niño y le decía: “Corre, corre, que esta mujer no es ella. Ella se va y tú estás muerto de miedo, ¿de qué tienes miedo?”

Quería que el miedo desapareciera aunque ni siquiera sabía si existía, y desconocía la manera de luchar contra monstruos intangibles. Llamaba a la joven de las escaleras pero ella no lo escuchaba. Volvía a la realidad y se veía de nuevo junto a sus amigos caminando por las calles húmedas. No sabía si había visto a la muchacha de las piernas largas o se la acababa de inventar. Quería concentrarse y ser capaz de adivinar su cara. Pensaba en María. El dolor le cruzaba la espalda y sentía escalofríos. Escuchaba el eco de la voz de Iván, que trataba de decirle algo. Él no lo entendía y de repente llegaron a un edificio cuadrado, sin ornamentos, de estructura minimalista, que contrastaba con el resto de los que había visto por la zona. Cruzaron su vieja puerta de madera. El bullicio reinaba en el interior del local. La gente se agolpaba en las mesas y en la barra. Hablaban en muchos idiomas. Las voces eran altas porque todos querían hacerse entender y cada uno gritaba más que el de al lado. Empezó a dolerle la cabeza y se dio cuenta de que tenía hambre, mucha hambre. Apareció Iván con tres cervezas y Bojan le preguntó qué le ocurría.

—Te has quedado mudo desde que has fumado —observó.

Alexander no lo creía porque tenía demasiadas voces en su interior. No podía decírselo a ellos, o no quería, y decidió despedirse. Bojan le dejó su número de teléfono escrito en un trozo de papel de servilleta. Se estrecharon las manos. Les dio las gracias y salió a la calle. La marihuana seguía distorsionando su cabeza. No encontraba el metro y no se atrevía a coger un taxi porque no conocía el camino de vuelta. Jan le había dicho que todos los taxistas estafaban a los extranjeros. Él era extranjero, aunque de los pobres. No podía gastarse dinero en un taxi. Preguntó a varias personas y nadie lo entendía. Tampoco él entendía a nadie. Estaba mareado, perdido entre figuras altas y grises que caminaban deprisa, con paso militar. Quería correr y gritar. Su cuerpo no respondía porque estaba pendiente de los fantasmas. De María, bella y llorosa. De Teresa, de Bárbara, de

incertidumbres, de su madre llamándole cobarde, el hambre resquebrajándole el estómago, el sonido de las bombas que creía haber olvidado. “Estoy loco, por qué he fumado eso... No importa, la ansiedad estaba ahí, aletargada, y de repente sale y me aplasta... ¿Dónde está el metro?” —se impacientaba. El metro se hallaba justo a su lado, “¿cómo no lo he visto?”. Bajó las escaleras a saltos, huyendo de algo, de sí mismo, de los fantasmas o de la gente, sin saber de qué huía.

Una semana más en el camión. De nuevo a Pilsen a buscar un cargamento de naranjas españolas. En multitud de ocasiones había escuchado hablar de la mordida de los funcionarios de aduana checos a los importadores extranjeros. Ese día la vio con sus propios ojos. Dos transportistas españoles le reventaron la boca a un aduanero porque no les dejaba pasar su mercancía, un camión cargado de pescado y marisco que ya olía. Llevaban más de una semana esperando en la aduana. Siempre les faltaba un papel, y ese papel costaba dinero. Para recogerlo necesitaban otro papel que también tenían que pagar. El pescado se pudría y los nervios estallaban. Los checos estaban acostumbrados a esas situaciones. De hecho, las creaban ellos y por eso lucían siempre una tranquilidad pasmosa. Pero el tipo que llegaba allí después de hacer miles de kilómetros y tenía que pagar a una panda de corruptos para poder pasar y vender se volvía loco y estallaba. Alexander y Jan estaban cargando sus naranjas cuando se formó el lío. Los españoles aparecieron con paso apresurado y mirando al frente. Las ideas, claras: partir la cara del funcionario que sorbía un té en la mesa del fondo, llena de papeles. Le dieron fuerte y el té salió volando, puños, patadas, sangre, gritos, la policía.

—¡No te quedes ahí, Alexander, a ver si se les escapa una y te dan! —le gritaba Jan—. Vamos, date prisa.

El olor del pescado podrido, la policía pidiendo calma, los españoles gritando en su idioma, el aduanero sangrando por la nariz y con el labio superior reventado. Más gritos, nadie se aclaraba, hasta que la policía decidió lo acostumbrado: esposar a los extranjeros y meterlos en el furgón. “Han pegado a un funcionario del Estado checo, lo pagarán caro” —murmuraban—. “Con lo que deben haber pagado ya y tendrán que tirar la mercancía. Un desastre” —comentaron Alexander y Jan.

“Así es. Esto es la República Checa” —dedujo el yugoslavo. Ya se lo adelantaron Iván y Bojan. “El trapicheo, lo único que funciona aquí es el trapicheo”. Ellos volvieron al camión. Tenían que repartir las naranjas en una cadena de supermercados de Praga. Se hacía tarde. Necesitaban alcanzar la capital antes de las nueve de la noche, siempre deprisa, descargar la fruta, llegar a casa, comer y acostarse para seguir al día siguiente. La carretera, la niebla, el frío, cada día que siguiera haría más frío, la fruta helada, las manos heladas... No importaba, estaba en Praga y allí no había bombas. Ya no era pintor, sino camionero, y qué más daba. Vivía. Para él, vivir era bastante.





# V. EL TESTAMENTO

Adriana Molina nunca hubiera imaginado que el mañana del que hablara con su abuela en Praga llegaría tan solo un año después, y que los designios del destino le pondrían por delante el deber de cumplir la promesa que hizo a la anciana el último día que se vieron. Doña Adriana Beltranova murió mientras dormía en abril de 1994. A Milena le resultó extraño que la campanilla con la que la señora la avisaba cada mañana para que la ayudara a levantarse no sonara ese día. Cuando fue a ver lo que ocurría la encontró muerta. Telefoneó con urgencia a su hija para darle la noticia y que se hiciera cargo de todo. No le sorprendió la respuesta de la mujer.

—Te pido que organices el funeral y llames a sus amigas, Milena. Yo no puedo trasladarme porque Praga está muy lejos y mi marido no quiere viajar. Mis hijos están de exámenes. Esto es un lío para nosotros.

—A su hija Adriana le gustará venir. Estoy segura de que querrá despedirse de su abuela.

—Ni se te ocurra llamarla, Milena, por Dios te lo pido. Está trabajando y se pondrá muy nerviosa. Prefiero contárselo yo cuando pasen unos días.

—Como usted diga, señora. Supongo que el testamento de su madre sí le interesará. Puede solicitarlo en Madrid. En la embajada checa le proporcionarán una copia, creo.

Adriana enfureció cuando se enteró de que su querida abuela checa llevaba cinco días enterrada.

—¿Por qué no me avisaste a tiempo? Claro que hubiese ido al funeral. ¿Te parece normal que la abuela dejara este mundo sola, sin nadie de la familia que la acompañara? He llamado todas las semanas a Praga y Milena me ha ocultado que la abuela estaba enferma. Yo la hubiera cuidado en sus últimos días. Debió sentirse muy triste, la pobre. A ti no te importa, ¿verdad? Lo único que te interesa es mi padre. Eres horrorosa. No puedo soportarte, mamá.

—Calma, hija. Milena no te mintió ni te ocultó nada. La abuela murió de repente, mientras dormía. No enfermó más de lo que estaba ni sufrió en sus últimos días. Yo no quise avisarte cuanto me enteré para evitarte el disgusto del entierro. ¿Querrás ir a la Embajada checa a pedir una copia de su testamento?

—No me da la gana. ¿Para eso me llamas? Eres como mi padre, solo pensando en coger dinero. ¡Quién iba a decirme que te volverías igual que él, de su misma condición! —exclamó recriminando a su madre.

—¿Por qué sigues amargándome la existencia con la historia de tu padre? ¿No vas a perdonarlo nunca? Ya somos mayores y nos merecemos vivir en paz. ¿No será mejor olvidar lo pasado y dejar de sufrir, hija?

—Olvidar es imposible cuando las cosas se siguen haciendo tan mal, mamá.

Colgó el teléfono y se puso a llorar desconsoladamente. Pensó en la abuela y en todo lo que

hablaron en Praga. “No puedo olvidar su testamento y permitir que ellos decidan sobre la mansión a su antojo. Iré a la Embajada” —se convenció a sí misma. Secó sus lágrimas y respiró hondo. Más calmada, llamó a su madre.

—Mamá, no te preocupes por lo de la abuela. Envíame por fax una autorización con tu firma para recoger el testamento. Me informaré sobre el resto de los trámites y te volveré a llamar.

Una semana después, Adriana fue citada en la Embajada de la República Checa en Madrid, donde procederían a la lectura de las últimas voluntades de Doña Adriana Beltranova, viuda que fue de don Adolfo Beltrán, fallecida en Praga el 17 de abril de 1994. El recinto diplomático era un chalé situado en una zona residencial del norte de la ciudad. El taxi la dejó en la entrada principal, separada de la calle por una verja exterior de color verde. Tuvo que cruzar el jardín para alcanzar la entrada del edificio. La recepcionista, una joven rubia y muy delgada, le preguntó en qué podía ayudarle.

—Estoy citada a las doce para la lectura de un testamento con el señor Postavky.

—Sí, ya la espera. La acompañaré a su despacho.

El señor Postavky rondaba los sesenta. Tenía el pelo blanco y vestía un anticuado traje gris. La chaqueta era tan estrecha que no le abrochaba y dejaba ver una oronda barriguita bajo la camisa cruda. Si movía los brazos, las mangas formaban tremendas arrugas. El despacho, sobrio, sin muebles que llamaran la atención. Una bandera checa ondeaba en un extremo de la mesa donde estaban sentados, y un retrato del presidente Havel, sonriendo, adornaba la pared de enfrente. El funcionario la recibió con un fuerte apretón de manos. Era un hombre serio pero muy cordial.

—Es usted nieta de la difunta, ¿verdad? Supongo que traerá los documentos que le enumeré por teléfono. ¿Prefiere que hablemos en checo o en español?

—En español, si no le importa. No estoy familiarizada con términos legales en lengua checa. Aquí traigo copias de la partida de nacimiento de mi madre, en checo y en español; de su carné de identidad y del mío. También le dejo este escrito, firmado por ella, por el que me autoriza a estar presente en este acto.

—Veo que no se ha olvidado de nada —le sonrió. Hablaba un correcto español, con marcado acento checo.

Adriana advirtió sus gestos negativos mientras revisaba los documentos.

—¿Algún problema? —le preguntó.

—Hay una contradicción con las identidades. Su madre figura como Ana Beltranova en la documentación checa, y como Anabel Mákourkova en su carné español. ¿Sabe el por qué o se trata de un error?

—Es una vieja historia, señor Postavky. No tengo inconveniente en resumirla para usted. Mi madre nació como Ana Beltranova, puesto que mi abuelo se llamaba Adolfo Beltrán y en la República Checa solo se usa el apellido paterno. Mákourkova es el apellido de soltera de mi abuela.

Mi madre lo adoptó al casarse con mi padre y solicitar la nacionalidad española. Para no perder su apellido paterno, Beltrán, unió a su nombre de pila, Ana, la primera sílaba, y pasó a llamarse Anabel Mákourkova. Así reza en su carné de identidad español y en el libro de familia, y con ese nombre la conoce la gente.

—Me sigue resultando extraño. Por esa lógica, en España debería llamarse Ana Beltrán Mákourkova. Aquí se usan dos apellidos, el del padre y el de la madre.

—Esa es la segunda parte de la historia. Ella era la única hija de mi abuela y la abandonó a los veinte años para casarse con mi padre. Nunca más volvió a Praga. Supongo que con la intención de compensar el agravio y acallar las voces de su conciencia, decidió adoptar el apellido de su madre, Mákourkova, como el primero de los suyos. También por esa razón, yo, que soy su hija primogénita, me llamo Adriana en honor de mi abuela. La tercera de las cosas que guardó de sus raíces checas es el idioma, que transmitió a sus cinco hijos con un gran esfuerzo y mayores dosis de cabezonería.

—No me cabe duda —sonrió—. Veremos cómo me las arreglo para solventar el inconveniente. Lo correcto sería que su abuela se refiriera a ella en el testamento como Ana Beltranova, su nombre checo, o como Ana Beltrán Mákourkova, la que en teoría debería ser su identidad española.

—Debería ser y es, señor Postavky. En su carné de identidad no figura así porque un funcionario amigo de mi padre imprimió su primer documento español como mi madre le pidió. Y siguió haciéndolo de la misma forma mientras permaneció en activo. Después, sus sustitutos no se preocuparon ni se percataron del error.

—De acuerdo. Ahora saldremos de dudas. Podemos proceder.

Sacó un sobre blanco del cajón derecho de su mesa, lo abrió y anunció en tono pausado:

—Iniciamos la lectura de una copia del acta testamentaria de la señora Adriana Beltranova. Es última voluntad de la finada —continuó en el mismo tono— que a su muerte, las propiedades que se enumeran a continuación pasen a sus legítimos herederos y a quien fue su ama de llaves durante toda la vida, la señora Milena Hórskova. Se refieren en el siguiente escrito de su puño y letra: la casa familiar de Praga, situada en Námesti Miru, 8, deseo que la hereden a partes iguales mi única hija, la señora Ana Beltrán Mákourkova y mis cinco nietos, los hermanos Adriana, Ana, Adolfo, Carlos y Javier Molina Beltrán. Lego todos los muebles, objetos y contenido de la residencia en general a mi queridísima nieta Adriana Molina Beltrán, para que disponga de ellos como considere oportuno. El dinero en metálico que a la hora de mi muerte quede en la cuenta abierta a mi nombre en el Banco Nacional Checo, ordeno se transfiera a mi ama de llaves y apreciada amiga, la señora Milena Hórskova. Voluntad que escribo y ratifico en perfecto y pleno ejercicio de mis facultades mentales. Firmado, Adriana Beltranova. Praga, 7 de septiembre de 1993.

Adriana no pudo contener su alegría. La abuela acertó al nombrar a la madre y, por la fecha, supo

que cambió el testamento poco después de su viaje a Praga. “¡Qué bien lo hizo! Ahora mi padre necesitará la firma de todos para vender la casa. No lo conseguirá” —exclamó pletórica de gozo para sus adentros.

—¡Genial, abuela, genial! —dijo en voz alta.

—Me alegro de que esté contenta. La felicito —añadió Postavky—. ¿Qué piensan hacer con la casa y su contenido? Es una vivienda muy grande, casi 500 metros cuadrados en planta, y en un enclave excelente. Sacarán un buen dinero con su venta. Si eso es lo que deciden, le rogaría que se pusieran en contacto conmigo. Puedo presentarles a algunas personas. Primero tendrán que recibir oficialmente la propiedad, es decir, inscribirla en el registro de Praga a nombre de los seis herederos. Para ello deben pedir copia del testamento en Praga. Aquí solo podemos darle lectura. Necesitarán un abogado checo, si aún no lo tienen.

—Lo único que puedo decirle ahora es que no habrá venta. Lo llamaré pronto para que me asesore sobre los trámites a seguir, si no tiene inconveniente.

—Desde luego que no. Celebro que esté decidida a conservar la casa, señorita. Espero noticias tuyas.

Le apretó la mano tan fuerte como al principio y se despidieron.

Salió muy excitada de la Embajada checa. Tenía demasiadas cosas en qué pensar y todo se le agolpaba en la cabeza. El sol de la primavera buscaba un hueco para asomarse entre las nubes, del mismo modo que la idea de vivir en Praga se colaba con fuerza en sus pensamientos. Usaría el mes de vacaciones para arreglar la documentación de la casa, pero luego, ¿qué podía hacer? Alquilar la residencia era una opción, aunque necesitarían restaurarla antes. Nadie querría vivir en una casona vieja llena de polvo y las obras costarían un dinero que ni ella ni sus hermanos podrían reunir. De todas formas, debería ir al pueblo para hablar con ellos y con su madre, además de llamar a Milena para darle la noticia del testamento. También podría trasladarse a Praga, vivir en la casa tal como estaba y arreglarla poco a poco. Esta decisión implicaba dejar su trabajo de Madrid y buscar otro allí, aunque ganara menos dinero. “Soy una aventurera, ¿no?” —se preguntaba. “¿Y si me lío la manta a la cabeza y me voy a Praga? A Joan le encantará la idea y me ayudará en todo lo que pueda. Seguro que lo hace”.

Telefonó a su amigo y le contó sus cuitas.

—¡Por supuesto que te ayudaré en todo lo que pueda, querida! Estoy deseando que vengas a Praga, ya te lo dije. Hablas checo y encontrarás trabajo. El problema es el sueldo, que te dará para poco. Tendremos que maquinar algo. Avísame cuando llegues. Iré a buscarte al aeropuerto.

—No tengo claro lo de mudarme, Joan. De momento iré para arreglar papeles. Háblame de ti. ¿Todo bien?

—Sí —asintió—. Ven pronto y te pondré al día. Ahora debo colgar. Hay demasiada gente en la

agencia.

Tras la breve conversación con su amigo marcó el número de la casa de Praga para hablar con Milena.

—¡Señorita Adriana, menos mal que recibo noticias tuyas! Estaba preocupada. Tu madre no me permitió llamarte ni ha vuelto a contactar conmigo desde la muerte de la señora. Querrán que me vaya de la casa, aunque no tengo otro sitio donde vivir. ¡Qué pena de vida, terminaré en un asilo! —exclamó con la voz triste.

—No, Milena, no. La abuela pensó en ti y te ha dejado todo el dinero que tenía en el banco. Desconozco a cuánto asciende. Respecto a la casa, puedes quedarte y cuidarla. No sé exactamente lo que haremos. De todas formas, no voy a permitir que se venda.

—¡Me alegro, me alegro tanto! Eres tan buena como la señora. ¿Dices que me ha dejado todo el dinero? Es mucho, casi un millón de coronas.

Adriana calculó rápido. Alrededor de cuarenta mil dólares. “Un pastón en la República Checa” —pensó.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Porque estaba autorizada a manejar la cuenta de doña Adriana. Como ella no andaba y casi no veía, era yo la que tenía que ir al banco. Después de pagar el funeral quedaron 980.000 coronas.

—Son tuyas, Milena. Así lo dispuso la abuela. Te llamaré pronto. ¡Cuídate!

Terminó la ronda de llamadas con su hermana.

—Ya conozco el testamento, Ana. ¡Hemos heredado una mansión en Praga! —le reveló emocionada.

—¿Nosotras? ¿La abuela nos ha dejado la casa? Será a mamá, que es su hija, ¿no?

—Ella tiene una parte, la misma que nosotras y los chicos. El contenido de la mansión, es decir, todo lo que hay en su interior, será para mí. Y el dinero que tenía en el banco se lo ha dejado a Milena.

Ana se echó a reír.

—La abuela era genial. Eso significa que mamá no puede hacer nada con la mansión sin nuestro permiso... ¡Y la pasta, a Milena! Habrá que escuchar a papá y a mamá cuando se enteren. ¿Sabes la cantidad?

—Sí, me lo ha dicho Milena, ella manejaba la cuenta de la abuela. En pesetas son casi cinco millones. ¿Qué te parece si nos reunimos nosotros solos, los hermanos, y pensamos qué hacer con la propiedad?

—Estupendo. Podemos quedar un día a comer en Sevilla. Adolfo alucinará con la noticia. Se ha echado una novia alemana, Martina. Vive en Berlín, aunque nació y tiene a su familia en Nüremberg,

una ciudad cercana a Praga. Tú no quieres vender la casa, ¿verdad, Adriana?

—No, claro que no.

—Yo tampoco. Por suerte, no me hace falta el dinero. Y tener una mansión en Praga es algo muy exótico.

—En muy malas condiciones, pero una mansión, al fin y al cabo.

—Hablaré con mi marido, que sabe mucho de negocios, y nos dará alguna idea. Te llamaré cuando me ponga de acuerdo con los chicos para citarnos. ¡Qué bien! Así tendré un aliciente para salir del pueblo.

La reunión de los hermanos Molina Beltrán fue el acicate que Adriana necesitaba para concentrar todas sus energías en la mansión de Praga. El deseo de mantener la residencia era común. Sin embargo, necesitaban dinero para restaurarla.

—Mamá no quiere su parte. Como era de esperar se ha enfadado porque la abuela no le dejó el dinero. Por tanto, la casa será nuestra en exclusiva. Creo que deberíamos pedir un crédito hipotecario para pagar las obras, y luego, montar un negocio en la parte de abajo al objeto de saldar la deuda —propuso Ana.

—Alguien tendrá que vivir allí para cuidar del negocio —contestó Adolfo—. Yo echaré una mano en vacaciones, pero trasladarme ahora es imposible. Ana tampoco podrá dejar a su marido y a las niñas, y estos dos son muy jóvenes. No tienen fundamento para ser empresarios. Me temo que te ha tocado, Adriana.

—Yo tengo el mismo problema que tú, Adolfo. ¿Cómo voy a dejar mi trabajo para instalarme en Praga? Tendría que buscar otro allí y los salarios son de miseria.

—Eso no es así —intervino Ana—. Si tú te vas y tienes que hacerte cargo de las cosas de la casa, tendremos que pagarte un sueldo. De momento, podemos poner un “fondo mansión” entre todos. Que cada uno aporte lo que tenga, y llevar las cuentas al día. Todo lo que deje el negocio será para pagar el crédito. Cuando esté liquidado y haya beneficios, se repartirán en proporción a lo que cada uno haya puesto. Es lo justo, ¿no?

—Está claro, Ana. Sin embargo, hay un problema en el que tú no has pensado. El crédito, las obras y la puesta en marcha del negocio llevarán tiempo, un año o más. Mi amigo Joan me ha dicho que la burocracia en Praga es un horror. No sé si tendremos dinero para aguantar hasta que nos concedan el crédito.

Discutieron sobre el asunto el resto de la tarde. Adriana tomó el tren de vuelta a Madrid portando una carpeta con la documentación de sus hermanos que había preparado Ana. “Papeles mansión” —escribió en la portada. Ilusionada como una colegiala, agarraba la carpeta con fuerza debajo del brazo. “Empieza la odisea” —pensó. “Tengo que ponerme manos a la obra ya. Mañana, sin ir más lejos, llamaré al señor Postavky a primera hora y le pediré una cita para que me explique todos los

trámites. Tienes ya un pie en Praga, Adriana” —se decía a sí misma para animarse. Cuando llegó al trabajo comentó sus planes con Noelia, una redactora que trabajaba en su mismo departamento. Además de compañera, la consideraba una de sus íntimas amigas y le pidió que la aconsejara.

—Estás de suerte —le aseguró ella—. Me he enterado por mis amigos de los sindicatos que están preparando una reducción de plantilla en todo el Ente público. Habrá jubilaciones anticipadas para los empleados de más edad, e indemnizaciones para los que voluntariamente decidan dejar el trabajo, que sería tu caso. De momento, no comentes nada. Pide tu mes de vacaciones y te vas a Praga. A la vuelta, todo esto se habrá planteado de forma oficial. Te apuntas, coges el dinero y corres.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estás segura de lo que dices, Noelia? ¡Eso es genial, porque así no tendremos que pedir al banco tanto dinero! ¿Sabes de cuánto será la indemnización?

—Aún es pronto. Necesitas pensar con tranquilidad en todo esto y no cometer locuras. El dinero de la indemnización se acaba, pero tu trabajo es para toda la vida. También puedes solicitar una excedencia por tres años. Así no perderás el puesto y podrás volver en caso de que lo de Praga no salga bien.

—Esa es otra opción. Tres años debería ser tiempo suficiente para saber si el negocio de Praga funciona.

Estudiaron pros y contras, echaron cuentas y dedujeron que Adriana podría llevarse a Praga unos cuantos millones de pesetas, entre siete y diez.

—¡Con eso tendremos para empezar las obras! —exclamó satisfecha—. No obstante, es poco dinero por dejar un trabajo fijo. ¡Qué complicación! Bueno, ya lo pensaré mañana, como Escarlata O'Hara.

Adriana se dio cuenta del reguero de papeles que tendría que poner en marcha durante la segunda visita que efectuó a la Embajada checa en Madrid. El señor Postavky celebró la decisión de los herederos de restaurar la casa y montar un negocio, aunque le pidió paciencia y le recomendó que contratara a un abogado para agilizar las gestiones. Incluso le facilitó un contacto con la persona adecuada: Fermín Quesada. A ella le sonaba el nombre del letrado, pero no podía acordarse de qué lo conocía. Se dio cuenta cuando llegó a su despacho, cercano a la Audiencia Nacional, unos días más tarde. “¡Claro, este tipo era el abogado de las marquesas de Solís, el que llevó la separación matrimonial y patrimonial de las señoras y sus maridos, los banqueros más famosos de España!” Había visto en su trabajo cientos de videos con imágenes suyas, cuando la pareja de banqueros plantó a sus esposas por un par de explosivos modelos. Las señoras contrataron los servicios de Quesada para que sus maridos, que les dejaron el honor por los suelos, no se quedaran también con el dinero. “¡Pues debió hacerlo genial, porque las marquesas se sientan en el consejo de



administración del banco, se quedaron con los palacetes de lujo que tenían en La Moraleja y nada se sabe de los antiguos banqueros y sus respectivas barbies! ¡Esperemos que mi asunto se le dé así de bien, aunque no sea marquesa!”

Fermín Quesada iba por la vida de triunfador nato. Perteneía a la reducida estirpe de personajes que se habían forrado en los años del pelotazo, cuando el mismísimo ministro de Economía pregonaba a los cuatro vientos que España era el país donde más fácilmente uno podía convertirse en millonario en menos tiempo. “Cuarenta y tantos años” —calculó mientras lo examinaba atentamente. Cabello engominado con unos cuantos rizos en el cogote, traje claro de Ermenegildo Zegna y corbata de Hermès. Un Tápies colgaba en la entrada del despacho, plagado de diplomas que informaban a los clientes de todos los títulos y másteres conseguidos en Europa y América por tan eminente abogado.

Le besó la mano con galantería.

—Está en el lugar adecuado, señorita. Viene recomendada por el señor Postavky y eso es motivo para que pongamos toda nuestra experiencia, que es mucha, a su disposición. Como supongo sabrá, este despacho ha llevado el asunto del divorcio y reparto de bienes de las marquesas de Solís. Un caso muy engorroso, del que nuestras clientas salieron bastante beneficiadas.

—Sí, claro que lo sé. Soy documentalista de Televisión Española y he manejado esa información en mi trabajo. No obstante, debo advertirle de que yo no tengo el dinero de esas señoras. No creo que pueda pagar los honorarios de su prestigioso despacho —le contestó con una sonrisa coqueta.

—El dinero es lo de menos. Dígame exactamente en qué podemos ayudarle.

—Mis hermanos y yo hemos heredado una mansión en Praga. Como no queremos venderla he pensado trasladarme allí, pedir un crédito hipotecario para restaurarla y montar un negocio. Es muy grande, hay espacio de sobra. Necesito un abogado checo para que tramite mi residencia, la solicitud del crédito y la creación de la empresa.

—Tenemos despacho en Praga con seis juristas especializados en diversas materias. Yo viajaré en breve con unos empresarios españoles. Puede acompañarme y trataremos el asunto directamente con ellos.

—¿Sabe ya la fecha del viaje? Necesito pedir vacaciones en mi trabajo y debo avisar con tiempo.

El letrado marcó la extensión de su secretaria mientras la examinaba de arriba a abajo. Adriana se dio cuenta de que un botón del escote de su camisa se había soltado, dejando entrever parte de sus pechos. Sintió que se ponía roja y lo abrochó tímidamente.

—Nos vamos la primera semana de junio. No se preocupe por el botón, es normal que se desabroche.

Ella se puso aún más roja.

—No me ha contestado a lo del dinero, abogado.

—Yo no le cobraré nada y mis colegas checos le facturarán en función de lo que resuelvan. No

será mucho.

—¿Puede saberse a qué debo tanto honor?

—A la recomendación del señor Postavky y a usted misma. Me ha caído muy bien, así de sencillo.

Se nota que es una mujer decidida y valiente, como a mí me gustan. Vendrá a Praga con nosotros, ¿verdad?

—Sí, seguro que sí.

Dicho y hecho. Pidió el mes de junio de vacaciones y se marchó a Praga con Fermín Quesada y un grupo de clientes suyos, empresarios españoles que querían montar un bingo en la capital checa. Se hospedaban en un hotel de lujo cuyos propietarios eran también españoles. Adriana acudía al establecimiento cada mañana para reunirse con ellos. Los primeros días no se enteró de nada. Hablaban y hablaban sobre el tema de los bingos. Ella notaba que perdía el tiempo y que lo suyo no prosperaba. Quesada le hizo saber que el abogado que debía encargarse de sus asuntos estaba muy atareado y que la atendería en breve. Cuando vio la casa le aconsejó que montara un restaurante en la parte de abajo, pero a ella no le entusiasmó la idea. Un restaurante necesitaba mucha inversión, y empleados fijos.

—No tenemos tanto dinero —le dijo—. Piense en algo más sencillo, abogado.

La idea del negocio se la proporcionó su amigo Joan Puch. Le aconsejó que se olvidara del restaurante y transformara la planta baja en un espacio para montar fiestas. Según el empresario catalán, las embajadas latinoamericanas y también la española organizaban recepciones con motivo de sus fiestas nacionales, y alquilaban locales grandes para acoger a todos sus residentes. Observó los cuadros de los antepasados de la abuela checa, las bóvedas y las lámparas de cristal que colgaban del techo... Aseguró a su amiga que, con la restauración adecuada, podría convertir su casa en una mansión como las del imperio austro-húngaro y dotarla de un aire majestuoso, capaz de atraer a la clientela más snob. Se refirió también a los acontecimientos privados de las familias de postín, que se habían puesto de moda tras la caída del comunismo. No dudó en afirmar que los nuevos ricos eran muy presuntuosos y que cualquier familia acomodada se gastaba un pastón en celebrar una boda, un bautizo o un aniversario. Adriana reconoció que era la mejor idea que había escuchado hasta el momento, y que, con lo que le gustaban a ella las fiestas, organizarlas le parecía el trabajo ideal. En la siguiente reunión que tuvo con Fermín Quesada le comentó sus planes de negocio.

—Si tu amigo cree que será rentable, tendrá razón. Mañana conocerás a Gregor, el abogado que va a encargarse de tus asuntos. Él también te asesorará en ese sentido.

Quedaron citados en el hotel y la primera impresión que Adriana tuvo de Gregor fue desastrosa. Vestía un traje de color granate, camisa a rayas y corbata de colorines. “¡Vaya hortera!” —pensó. “¡Se creará que va muy elegante y es un horror!” Llegó acompañado por su secretaria, una rubia muy

mona y demasiado atenta.

—Me llamo Linda, señora, y estoy aquí para servirla. Puede consultarme cualquier cosa que necesite —le dijo en español—. Si no entiende muy bien el checo le traduciré lo que míster Gregor hable en las reuniones.

—Te lo agradezco, Linda. Me defiendo bien con el checo. Podemos hablar en tu idioma, creo que me conviene. Y no me llames señora. Soy joven y no estoy casada.

Gregor le puso problemas para casi todo y consiguió sacarla de quicio.

—Necesitará un socio checo para montar la empresa. Si no conoce a nadie aquí, yo mismo puedo servirle.

—¿Cómo? No me dijo nada de eso el señor Postavky.

—Si voy a ser su abogado deberá confiar en mí. Aunque las leyes checas permiten la creación de empresas con capital extranjero al cien por cien, exigen que, al menos, uno de los socios sea residente checo.

—Yo seré la residente checa.

—De momento es imposible. Necesita un permiso de trabajo para conseguir la residencia. Se puede tramitar a través de la firma que monte, aunque no podrá constituir la si no tiene un socio que resida aquí.

—Somos ya cinco socios. No necesitamos otro.

—Se trata únicamente de un trámite, un paso necesario para obtener la residencia. Cuando la consiga, el socio checo se da de baja y punto. Tiene que dejarme la documentación de todos los socios y el nombre que deseen poner a la empresa. El capital mínimo son cien mil coronas, aunque no tendrá que depositarlo ahora. De momento, cursaremos la solicitud y en septiembre, cuando venga definitivamente, abrirá la cuenta. No le aconsejo que ingrese el mínimo porque pensarán que solo tiene eso y le pondrán problemas. Normalmente, los extranjeros crean empresas con seiscientas o setecientas mil coronas de capital inicial. Ese dinero se usa para los gastos de la compañía, claro.

“Setecientas mil coronas es un dineral como para dejarlo así, por las buenas, en una empresa que aún no está creada. En cualquier caso, me darían mucho más de eso como indemnización en el trabajo, si es que decido dejarlo” —reflexionó en silencio.

—Quiere decir que ese capital podré utilizarlo para empezar las obras de la casa.

—No. Me refería a otros gastos. Las obras son a título particular. Su casa es vieja y necesita reformas. Eso no tiene nada que ver con la empresa.

—Claro que sí. El negocio se va a montar en la parte de abajo de la mansión. Las obras son imprescindibles y se justificarán como un gasto de empresa. Yo podría vivir en la casa tal como está, sin hacerle nada.

—En ese caso, será factible cargar a la compañía las de esa parte, pero no las reformas que haga

en su vivienda particular, ¿está claro? Aún no me ha explicado que tipo de negocio piensa montar.

—Fiestas. Tendremos cuatro salones para celebraciones y actos sociales. Me han dicho que hay mucha demanda de locales grandes para esta clase de eventos.

—Bueno, es cierto que se organizan muchos saraos, pero más cierto es que Praga está llena de lugares que se alquilan para tal menester. Puedo hablarle del recinto ferial, donde su embajada organiza la fiesta del Día de la Hispanidad, o de los museos. Todos cuentan con salas vacías que utilizan para dichos fines, y hay muchos museos en esta ciudad. Demasiada competencia para un negocio que empieza ajustado de capital.

—¿Qué me aconseja usted?

—Olvídese de restaurar la parte de abajo. Lo más rentable sería tirarlo todo y montar un lavacoches. Solo hay uno en Praga. Tiene espacio de sobra y le aseguro que se trata de la inversión más rentable en estos momentos. No puede imaginarse las colas que se forman en el único existente. Podemos ir para que lo vea.

—Puede que esté en lo cierto, pero no me interesa la idea de tirar la casa. Razones sentimentales, ¿comprende? Además, no me gustan los coches ni entiendo nada de automóviles. Ni siquiera sé conducir.

—Eso es lo de menos. Necesitará simplemente la máquina y una persona que venda las fichas. Poca inversión y mucho dinero, se lo aseguro. Para que se cerciore de que no la engaño, podría meterme de socio con ustedes. Poniendo mi parte, claro —especificó.

—Ya veremos. Primero dígame cuánto me cobrará por los trámites para conseguir la residencia y la empresa. Y no olvide la inscripción de la casa en el registro de Praga.

—Esto último no es difícil. Tendrá que pagar unas cincuenta mil coronas en concepto de impuestos y timbres oficiales. Puede hacerlo usted misma, si lo desea. Si quiere que lo resolvamos aquí le costará el diez por ciento, es decir, cinco mil coronas. Lo demás importará alrededor de sesenta mil coronas, la mitad por adelantado. Si quiere que empecemos ya a tramitar las solicitudes, tendrá que abonarlas ahora.

—No me corre tanta prisa. Le diré algo antes de marcharme, por supuesto.

Salió del encuentro con Gregor desilusionada y con un terrible dolor de cabeza. El interés del abogado en asociarse con ellos le parecía raro. “Si eso fuera así, Postavky me lo habría dicho” —pensó. También le preocupaba el asunto del dinero; le estaban pidiendo mucho sin resolver nada. Tenía la impresión de que no la tomaban en serio. El asunto del capital de la empresa le resultaba una barbaridad. “¿Cómo voy a dejar esa suma en una cuenta de la firma si no podré usarla para empezar las obras?” —se preguntaba. “Esto huele a podrido” —dedujo.

—Los checos son así —le explicó Joan Puch cuando se vieron por la noche—. Siempre están

pidiendo dinero. No mueven ni un dedo si no huelen la pasta. Yo no tuve ningún socio checo, ni recuerdo haberlo necesitado cuando creé mi empresa. El abogado que arregló mis cosas era un viejito que ya ha muerto. Por otra parte, lo del capital me suena a cuento chino. Yo no pagué tanto, pero puedes darle las treinta mil coronas. Son ciento cincuenta mil pesetas y no vas a arruinarte por eso. Así empezará a moverse. Si luego no te convence, cuando vengas aquí a vivir te buscas otro. Lo del registro de la casa lo haremos nosotros yendo mañana al Ministerio. Al principio te resultará todo muy lioso. Debes armarte de paciencia, ¿de acuerdo?

—No entiendo por qué me han hecho perder una semana de reuniones con los del bingo, es estúpido. El abogado de España, Fermín Quesada, tan encantador, no me ha resuelto nada. Ha pasado totalmente de mis asuntos. Menos mal que tampoco me ha cobrado.

—Igual solo quería llevarte a la cama.

—No lo he notado. Bueno, ahora que lo dices, me ha pedido cada día que fuera a cenar con ellos. Una tarde se presentó aquí, con la excusa de conocer la casa, y volvió a insistirme en lo de la cena. Puede que estuviera pensando insinuarse después. Como no acepté nos hemos quedado con las ganas de saberlo.

Adriana y Joan no lo tuvieron nada fácil para inscribir la casa de la abuela a nombre de los hermanos Molina Beltrán. Aunque contaban con todos los documentos necesarios, traducidos al checo, les hicieron dar miles de vueltas de un sitio a otro. El testamento de la abuela no estaba en el Ministerio de Justicia.

—Cada barrio tiene un registro de últimas voluntades de las personas fallecidas. Tendrá que buscarlo en la oficina del lugar donde murió la señora —les dijo una funcionaria de mediana edad con cara de pocos amigos.

Ni siquiera se molestó en facilitarles la dirección. Lo peor fue cuando llegaron al lugar en cuestión. Después de esperar casi dos horas en una ventanilla, la funcionaria de turno los mandó a paseo.

—Aquí solo están los testamentos de las personas fallecidas durante este mes. Tienen que buscar la ventanilla que corresponda a la fecha de defunción de su madre.

—Era mi abuela y murió el 17 de abril. ¿Puede usted decirme cuál es la ventanilla que corresponde?

—Mírelo en el panel de información —le contestó sin levantar la vista.

Cuando identificaron la ventanilla faltaban pocos minutos para cerrar y había varias personas en la fila.

—Resignación, querida. Volveremos mañana —la consoló Joan.

Al día siguiente, tras esperar la fila de costumbre, otra funcionaria los obsequió con una nueva negativa.

—Usted no es descendiente directa de la finada. No podemos darle su testamento.

—Escuche, señora. La finada, mi abuela, solo tenía una hija, que es mi madre. Nos leyeron el testamento en la Embajada de la República Checa en España. Mi abuela dejó la casa a partes iguales a su hija y a sus nietos, es decir, mi madre, mis hermanos y yo. Por tanto, soy beneficiaria directa.

—No importa. Según la ley, únicamente los descendientes directos pueden hacerse cargo del acta testamentaria.

—Mi madre ha renunciado a su parte de la herencia en favor de sus hijos. Aquí tiene el documento.

Sin mirarlo, les dijo que no era válido.

—Eso tiene que hacerlo aquí, en Praga.

—No lo ha mirado y dice que no sirve. Mi madre vive en España. No puede viajar a Praga para esto.

—Pues yo tampoco puedo solucionarle el problema. Hable mañana con mi jefe, el señor Janisek.

—¿No puedo hablar hoy?

—No, hoy ha tenido que ausentarse.

Adriana estaba a punto de desfallecer.

—Esto es increíble, Joan. Kafkiano. Por algo Kafka nació en Praga.

—Así es, querida —indicó su amigo con una tranquilidad pasmosa. Mejor será que te hagas a la idea. Todavía no has empezado y ya estás desesperada. Veremos lo que nos cuentan mañana.

Adriana pensó en Milena. “Seguro que no ha podido coger el dinero”. Se lo preguntó al llegar a casa.

—Me pasó lo mismo, señorita. El dinero sigue en la cuenta de Doña Adriana. En el banco me dijeron que necesitaba el testamento para sacarlo. Y no pude retirar ni una corona porque, al enterarse por mí de la muerte de la señora, alegaron que la autorización que tenía de ella para sacar dinero no servía. Menos mal que no les dije nada en el momento de la muerte. En ese caso no hubiera podido ni pagar el funeral. Luego me enteré de que tendría que pedir el testamento a tu madre. Como es lógico, yo no iba a llamarla para eso.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me habrías ahorrado todas estas vueltas. Si yo no consigo arreglarlo mi madre tendrá que venir, quiera o no. ¿Necesitas dinero? Puedo prestarte hasta que resolvamos este lío.

—No, no, yo no gasto nada. Con la pensión me llega y eso que es una miseria, pero como menos que un pajarito, ya lo sabes. Ahora que estás aquí no necesito nada. Has comprado demasiadas cosas, el frigorífico está lleno. No te preocupes por mí ni tengas prisa por lo del dinero. Cuando lo cobres, me das lo que te parezca. Aunque la señora me lo dejó no creo que sea justo quedarme con todo.

Tampoco lo necesito.

—Tienes dos sobrinos, Milena.

—Dos sobrinos que nunca vienen a verme. Y cuando se enteren de que tengo dinero no se moverán de mi lado. Eso me entristece, así que no quiero tanto dinero.

“¡Esta mujer no parece checa!” —pensó Adriana.

Joan Puch le contó a su amiga lo que había pensado sobre el registro de la casa.

—Me temo que no vas a librarte del impuesto revolucionario, Adriana.

—No me asustes, Joan. ¿Qué es eso?

—La pasta que se llevan los funcionarios checos por resolver nuestros asuntos legales. Iremos a ver al señor ese con la mordida preparada. Lleva un billete de mil coronas. Si no traga, tendrás que aflojar la cartera. Prepara cinco mil más en billetes de mil —precisó—. No los enseñes hasta que yo te diga.

Janisek opinó lo mismo que sus colegas, aunque se molestó en mirar los papeles que le mostró Adriana.

—El documento de su madre no sirve aquí. Tendrá que venir personalmente si quieren sacar el testamento.

—¿Eso no puede solucionarse de otra forma? —intervino Joan.

—Bueno, si tienen tanto interés, haremos un esfuerzo.

Joan pellizcó el brazo de Adriana y ella sacó un billete de mil coronas.

—Eso no representa mucho interés, señora.

Mostró otro billete y Janisek siguió protestando.

—Dale un tercero, Adriana —le aconsejó Joan con un nuevo pellizco—. Esperemos que tenga bastante.

El funcionario sonrió al ver los tres billetes de mil coronas. Los cogió y se los metió en el bolsillo.

—Tiene que darme trescientas coronas más para autenticar la copia del testamento, ¿comprende?

—No me queda otro remedio —contestó ella extendiéndole el dinero.

El hombre sonrió de nuevo.

—Ahora está OK. Vuelvo en diez minutos, ¿de acuerdo?

—¡Son la hostia! —exclamó Joan—. Siempre se ríen cuando pillan la mordida. ¿Sabes que ese tío se acaba de embolsar el salario de medio mes de trabajo? No creo que gane más de seis mil coronas al mes.

—Lógico. Con esa mierda de sueldo, tampoco me extraña que se corrompa.

Con el testamento de su abuela en la mano, Adriana se puso loca de contenta.

—No cantes victoria, querida. Todavía tenemos que llevarlo al Registro de la Propiedad del

distrito número dos para inscribir la casa a vuestro nombre. Únicamente hemos dado el primer paso.

Joan no se equivocó y en el Registro sucedió lo mismo. Adriana tuvo que volver a aflojar la cartera para escriturar la antigua mansión de la abuela a nombre de sus nuevos propietarios. Tampoco pudo librarse de la cena con Fermín Quesada en Praga. Un día antes de volver a España, el abogado se lo pidió con insistencia.

—Es nuestro último día. No vas a negarte a cenar conmigo y con estos caballeros tan agradables, ¿verdad?

—Está bien, iré con vosotros. ¿Dónde quedamos?

—Te recogeremos en tu casa a las ocho.

La llevaron a un restaurante del centro, bullicioso y atestado de turistas. Como era de esperar, el letrado se sentó a su lado. Sirvieron lo mismo para todos: ensalada de repollo, croquetas de patata y carne de cerdo rellena de jamón, queso y verduras. De beber, grandes jarras de la exquisita cerveza checa. Los clientes del abogado, tres señores mayores y dos más jóvenes, iban impecablemente trajeados en un restaurante donde la mayoría de los comensales eran turistas en vaquero y camiseta. Todos estaban muy contentos. Quesada, porque su socio checo los había convencido para invertir una millonada en el bingo, asegurando que conseguiría todos los permisos. Los empresarios, porque tendrían su bingo en Praga y, una vez allí, les resultaría más fácil extender el imperio de los cartones a Hungría, Polonia y Rusia. En el Este de Europa, según contaban, la mayoría de los negocios de juego, bingos, casinos y máquinas tragaperras eran de titularidad española. Adriana lo comprobó al término de la cena. Fueron paseando a un bingo situado en los bajos del centro comercial más popular de la ciudad. Los jefes eran españoles, y el resto del personal, checo. La sala estaba llena de gente, lo que les puso aún más contentos. Saludaron a los propietarios y los felicitaron por el éxito. Jugaron un par de cartones y decidieron marcharse.

—Vamos a ligar, ¿vale? —propuso uno de los jóvenes—. Conozco un club donde hay unas rubias estupendas.

—Yo me voy a casa, señores. Tengo sueño. Cogeré un taxi —quiso despedirse Adriana.

—Ven con nosotros, por favor. Me encantaría tomar una copa contigo —le suplicó el abogado.

—Queréis ir a ligar. Yo no pinto nada en la reunión. Y muerta de sueño, mucho menos.

—Excusas. Yo no voy a ligar. Solo quiero charlar un rato contigo, de verdad.

Llegaron a una discoteca pequeña, decorada en tonos rojizos y llena de hombres y rubias. Rubias en la barra, rubias atendiendo las mesas... Sonaban boleros. Se acomodaron y pidieron una copa, que para Adriana fue un cóctel sin alcohol. Al poco tiempo se dio cuenta de que estaba sola con el abogado. Las rubias habían accionado sus encantos y los clientes de Quesada desaparecieron como por arte de magia. También el letrado parecía tener prisa y apenas esperó para lanzarse.



—Te has puesto muy guapa, Adriana. Me volvería loco por comerte esos pechos tan bonitos.

—Lo siento, Fermín. Me gustan los tíos altos, fuertes y no tan pijos como tú. Lamento decepcionarte.

—Tú eres una mujer moderna. No puedo creerme que tengas problemas para acostarte con un hombre.

—No quieres enterarte. Me acuesto con cualquier tipo que me guste. El problema es que tú no me pones.

—No sabes lo que te pierdes. Soy un hombre influyente y podría abrirte muchas puertas. En Madrid y aquí, en Praga. Conozco a toda la gente importante de la ciudad.

—No te preocupes, Fermín. Ya me las abriré yo. Aunque sea a patadas.

Quiso despedirse con un beso de amigos, pero él retiró la cara.

—Algún día te arrepentirás de esto. No soporto que las mujeres me rechacen.

# VI. LA LLEGADA

Un lunes de octubre de 1994, con tres años de excedencia laboral y el sabor agridulce que dejara en su boca la despedida de sus seres queridos, Adriana Molina llegó cargada de maletas al aeropuerto de Praga. Ilusionada y nerviosa, había pensado muchas veces cómo serían sus primeros días en la ciudad: su amigo Joan esperándola en el aeropuerto, Milena en casa, colocar todo, preparar la mansión para las fiestas... Disfrutar de una nueva vida que le llegaba como caída del cielo. Ahora estaba allí, la realidad había anulado sueños y pensamientos y nada era lo que parecía.

Joan no fue a buscarla. Ni siquiera se encontraba en Praga. Asuntos de negocios lo mantendrían en Budapest durante una temporada. Aunque se lo había advertido por teléfono, a ella le costaba hacerse a la idea. Al fin y al cabo, era su único amigo en la ciudad. Tampoco hallaría a Milena en la mansión. Su sobrina, que vivía en Brno, iba a tener un hijo y le pidió que la acompañara hasta que llegara el momento. “¡Cuánto lo siento! La muchacha está muy nerviosa y no tiene madre. El marido es un jovenzuelo inútil, así que tendré que estar yo por si surge algún problema. No creo que tarde más de una semana en volver” —le comunicó por teléfono dos días antes de su partida. Lo cierto era que ella pasaría sola sus primeros días en Praga y debía resolver muchas cosas. “Ya me las arreglaré” — pensaba mientras iba a buscar un taxi. Sus maletas salieron las últimas, cuando casi todos los pasajeros del vuelo se habían marchado. Al salir a la calle divisó cuatro vehículos alineados y se dirigió al primero de la fila.

—Voy a Námesi Miru, ¿cuánto me cobra?

—Quinientas coronas, señorita.

Ella sabía que le tomaba el pelo. Había hecho ese mismo trayecto por trescientas.

—Sé que cuesta trescientas. ¿Por qué quiere cobrarme quinientas?

—Es mi precio. Si no le gusta vaya a cualquiera de esos —le contestó el hombre, lacónico.

Los tres taxistas restantes le pidieron lo mismo. Obviamente, se habían puesto de acuerdo. Cuando Adriana se negó a aceptarlo empezaron todos a reírse.

—Espere a otro taxi. Mientras, aguante el frío —le dijo el primero.

—O váyase andando —espetó otro sin parar de reír.

Se alejó enfurecida con su carro cargado de maletas. “Ha empezado la fiesta” —refunfuñó mientras recordaba a Joan y sus pensamientos sobre los checos. “Lo peor es el frío... No pienso irme con ninguno de esos cabrones”. Al cuarto de hora de estar de pie en el exterior del aeropuerto empezó a tiritar. Ni siquiera tenía fuerzas para estallar en un ataque de nervios. Antes de que pudiera hacerlo, divisó un taxi ocupado que se acercaba al terminal de salidas. “Dejará ahí a los pasajeros y podré cogerlo” —dedujo. Intentó salir corriendo pero las ruedas del carro de maletas no respondieron adecuadamente. Además, se pisaba el abrigo largo. Pese a los inconvenientes,

consiguió llegar jadeando hasta el taxi.

—Quisiera ir a Námesti Miru —le dijo a su propietario.

—Ahí tiene cuatro taxis que están antes que yo. Lo siento, no puedo llevarla.

—Se lo pido por favor. Usted acaba de quedarse libre.

—¿Por qué no va con los otros? Son ellos quienes tienen que coger el servicio.

—Me cobran un precio injusto. Soy checa. Sé que me están engañando y, encima, se han reído de mí.

—Usted no es checa aunque hable nuestro idioma. Además, eso no tiene nada que ver. El precio es el mismo para todos. ¿Cuánto quieren cobrarle?

—Quinientas coronas. Yo sé que vale trescientas.

—Está mal informada. Si quiere que la lleve tendrá que darme seiscientas. Le cobro cien más porque me obliga a infringir la norma. Si los otros me ven pueden denunciarme.

—Está bien, vamos —contestó—. Lo acepto porque estoy muerta de frío y no quiero ir con ellos. En cualquier caso, me parece una injusticia. Que conste.

—Vale —dijo el hombre sin inmutarse.

Estaba muy cabreada y empezó a pergeñar un plan. Decidida a pagar solo trescientas coronas, buscó si las tenía sueltas en la cartera y hubo suerte. Las cogió con disimulo y las guardó en uno de los bolsillos del abrigo. Cuando llegaron a la entrada de su casa le pidió al taxista que la ayudara a acercar las maletas.

—Ya que le voy a pagar tanto, écheme una mano.

El hombre aceptó. Ella abrió la puerta principal, dejaron el equipaje en el interior y salieron a la calle.

—Muchas gracias —le dijo extendiéndole las trescientas coronas.

—¿Esto qué es? Me tiene que dar trescientas más —le pidió enfadado.

El taxista continuó protestando mientras Adriana entraba corriendo y cerraba desde dentro la gran puerta. Ahora la que se reía era ella. Lo observó desde la habitación de la ventana, aporreando enfurecido el portalón de la casa. “¡Que se joda, ya se cansará! Yo tengo que ponerme manos a la obra”.

Subió las maletas a su dormitorio. Abrió las ventanas de la alcoba y comprobó que el taxista se había marchado. Al bajar hizo lo mismo con el resto de las ventanas de la casa. El cielo gris del otoño impedía que entrase la luz natural, aunque el reloj marcaba la una de la tarde. Afortunadamente, Milena lo había dejado todo en orden. Hasta el polvo seguía en los mismos sitios. Fue a la cocina y se alegró de ver la botella de Becherovka que dejó la última vez que estuvo allí. El frigorífico permanecía encendido. Había comida preparada, refrescos, yogures e incluso cubitos de hielo. Se sirvió una copa y se instaló en el sillón de la abuela. Le encantaba ese sillón-mecedora y el

viejo sofá donde se sentaban Milena y sus amigas, con sus cojines bordados de flores. Sin olvidar la mesa de camilla, con los faldones de lana como los que se usaban antes en muchos pueblos de España. La abuela quiso conservarla por ser parte de su vida. Al abuelo le gustaba sentarse en la habitación de la ventana cuando terminaba su consulta. Pasaban largos ratos comentando las incidencias del día. Poco después de morir su esposo, ella se partió la cadera y no volvió a andar. Entonces tomó la decisión de trasladar su dormitorio a la planta baja, en la estancia contigua a esa. Según le contó el ama de llaves, las tertulias que montaban alrededor de la mesa camilla, frente al escenario constante de la calle, alegraron sus últimos años en este mundo. Adriana tenía claro que esa misma habitación estaba destinada a convertirse en su sala preferida. Quitaría el viejo sofá y pondría uno más chic, un equipo de música y algún cuadro. También recibiría allí a sus amistades. “Cuando las tenga, claro, porque ahora estoy en Praga más sola que la una” —murmuró para sus adentros.

Encendió un cigarrillo y se dispuso a contemplar a la gente que pasaba por la calle, una de las más comerciales de la ciudad. Las chicas rubias, tan guapas y tan iguales que parecían muñecas clónicas; las abuelas con sus bolsas de plástico, mirando extasiadas las tiendas de lujo mientras arrastraban sus babuchas; los obreros que restauraban las fachadas de enfrente; los nuevos ricos con sus móviles y sus maletines de piel caminando entre la gente corriente que salía del metro, los mayores con sus abrigos grises y sus caras igual de grises; y los jóvenes con esas cazadoras de plástico malo y colorines horribles que vendía la comunidad vietnamita, “bajo precio, éxito asegurado, no está mal para un anuncio” —pensaba. El frío interrumpió sus observaciones. “Estoy tonta. Aunque haya calefacción, en Praga hace demasiado frío para dejar las ventanas abiertas”. Cerró las de abajo, subió arriba, hizo lo mismo y empezó a deshacer las maletas. Cuando terminó de ordenar todo, comió un poco y se metió en la cama. Era muy pronto para dormir, pero no tenía ganas de hacer nada. Ni siquiera de pensar que era su primer día en Praga.

Salió a la calle por la mañana temprano. Envuelta en abrigo, guantes y sombrero, caminó desde su casa hasta la Plaza Vieja. Praga era una ciudad donde la diferencia entre ricos y pobres se notaba mucho, como en la gran mayoría de las capitales latinoamericanas que había tenido la oportunidad de conocer en sus viajes. Vehículos imponentes frente a *skodas* destartados; tienduchas y boutiques de lujo; señoras elegantes y abuelas con babuchas, trajes de postín y vestimentas carcomidas; unas mansiones bellamente restauradas junto a otras casi derruidas... Todo era muy desigual si se miraba de cerca. De lejos, sin embargo, se apreciaba un halo misterioso que envolvía las miserias y mostraba una belleza romántica capaz de impresionar a cualquiera. Lo comprobó cuando tomó el tranvía que la llevaba desde la Plaza Vieja hasta el despacho del abogado Gregor. Por la ventanilla miraba el río tenebroso y el cielo gris tras las cúpulas puntiagudas de las iglesias, las estatuas del

Puente de Carlos, el castillo en alto dominando la ciudad... No le extrañaba que hubiera tantos turistas en Praga. Al alejarse del centro, el otoño se manifestaba en toda su melancolía. Las espaciosas zonas verdes aparecían teñidas de ocres, mostazas y marrones, y el suelo estaba lleno de hojas húmedas. La niebla escondía las fachadas de los edificios como si quisiera proteger a las estatuas que las adornaban de miradas intrusas. Ella, mimetizada por el ambiente otoñal, también se sentía un poco triste. El abogado no la esperaba aunque la cita estaba concertada. Al menos, quería saber si había solicitado su permiso de residencia e iniciado los trámites para crear la empresa.

—Algo ha hecho, pero no sabría decirle qué. Ha salido con unos clientes. Volverá pronto —aseguró la secretaria.

—Teníamos una cita. No puedo perder tanto tiempo —refunfuñó ella.

—Ya lo sé y le pido disculpas. Puede tomar un café y esperar un rato. Le repito que volverá.

Según pudo comprobar, Gregor era un abogado rico e influyente. Con la paradoja de que pretendía que no se le notara. Su casa estaba en el mismo lugar que el despacho: un edificio alejado del centro, cuadrado y marrón, normal tirando a cutre. Al interior se accedía por la parte trasera, tras cruzar un patio descuidado, lleno de maleza. Subiendo dos tramos de escaleras se llegaba al piso, que tenía entradas separadas para la vivienda y la oficina. Al abrir la puerta del despacho se veía la sala donde se sentaba Linda, el ordenador sobre una mesa de formica y, al lado, una cocina pequeña con cafetera y microondas. La secretaria le sirvió un café y la invitó a pasar a otra habitación, donde había un sofá beis de piel con dos sillones y una mesita baja de cristal. Ni una sola revista. Al otro extremo vio una puerta, distinta a la que cruzó para entrar. La abrió y se encontró en una estancia grande y oscura. Pasó una mano por la pared y localizó la luz. La encendió y se dio cuenta de que estaba en la sala de juntas. Había una mesa grande de madera noble rodeada de sillas, una biblioteca con cuidados tomos de piel y, al frente, dos pinturas de señores de otra época cuyos rostros parecían incomodarse por su presencia. Apagó la luz, salió con sigilo de allí y cerró la puerta.

“Lo que considera de valor lo tiene escondido” —pensó. Sabía por Joan que muchos checos que habían prosperado tras la caída del comunismo no hacían ostentación de sus riquezas por miedo a que alguien los denunciara, sobre todo si trabajaban con extranjeros. La gente de a pie no podía asimilar que, de repente, unos tuvieran tanto y otros siguieran con tan poco. Era normal que si un vecino veía a otro con un coche grande o una buena casa intentara averiguar cómo lo había conseguido. Esas averiguaciones solían terminar en denuncias. Ella se había fijado en el vehículo todoterreno de Gregor, aparcado en el patio cuando él no se encontraba en el despacho. La secretaria le comentó que su jefe usaba el coche únicamente para salir de la ciudad o llevar a algún cliente al aeropuerto. Por regla general se desplazaba en tranvía.

—Míster Gregor ya ha llegado —le anunció Linda—. La atenderá enseguida.

Al rato, el letrado entró en la sala beis, le estrechó la mano y se sentó en el sofá a su lado. Se

había quitado el traje y la corbata. Vestía una camisa a cuadros, un vaquero descolorido y unas sandalias encima de calcetines blancos de deporte. Guardaba sus documentos en una carpeta de cartón azul.

—Siento el retraso. He tenido que ocuparme de un asunto urgente —se disculpó.

Sacó un papel de la carpeta y se lo mostró.

—Esta es su solicitud de residencia en Praga y aquí está también la petición para crear la empresa. Falta el nombre. No me lo dijo la última vez que nos vimos.

—La Mansión, así se llamará nuestra empresa. De todas formas, estos documentos no tienen sello. Usted no los ha entregado en ningún sitio, ¿o me equivoco?

—Todo está pendiente de su decisión. Ya le expliqué que no podría conseguir la residencia sin la empresa. Para constituir la empresa necesita un socio checo y depositar el capital inicial en una cuenta bancaria.

—Tengo el dinero. Puedo abrir la cuenta en cualquier momento.

—¿Lo hará conmigo o ha buscado otro socio?

—Con usted, pero empecemos ya, por favor. Estoy dispuesta a depositar quinientas mil coronas, siempre que pueda usarlas en la obra de la casa.

—También eso se lo advertí. Podrá si justifica que la reforma es necesaria para montar el negocio. Respecto a la cuenta, le expliqué que tiene que abrirla a mi nombre. Los extranjeros no pueden tener dinero aquí si no poseen tarjeta de residencia. Yo seré el administrador de la firma mientras esté en trámite de creación. Eso significa que deberé hacerme cargo de todos los gastos de apertura, para lo que usaremos el capital inicial. Con su autorización, por supuesto. No lo entienda mal. Con el recibo del banco y esta solicitud tendremos la empresa en dos semanas, más o menos. Cuando obtenga la residencia, que le llegará unos tres meses después de haber constituido la sociedad, cambia la cuenta a su nombre y empieza a funcionar normalmente. Si lo desea, podemos llevarle aquí toda la contabilidad del negocio. Es un servicio que ofrecemos a nuestros clientes a muy buen precio, ocho mil coronas al mes. ¿Qué me dice?

—Espere, vayamos por partes. Déjeme pensar unos minutos.

Gregor la miraba fijamente con sus ojos de hurón, claros y pequeños.

“¿Por qué voy a confiar en este tío? ¡Puede quedarse con mi dinero si lo pongo a su nombre!” De repente pensó en Milena. Era checa, de confianza y le permitiría usar su identidad hasta que tuviera la residencia.

—Mire, no es que desconfíe de usted, pero la pasta es la pasta, ¿comprende? Creo que será mejor ponerla a nombre del ama de llaves de mi abuela. Es una persona muy cercana, como de la familia, y es checa. Por supuesto, contrataré sus servicios para realizar todos los trámites, si no le parece mal.

—Como usted diga. Aparte de la empresa y la residencia, ¿qué más necesita?

—Contactos con varios estudios de arquitectos para la obra de la casa. ¿Podrá ayudarme a conseguirlos?

—Sí, no hay inconveniente. Busco esos contactos y le ayudo a negociar con ellos el presupuesto. Tenga en cuenta que si va usted sola le cobrarán más caro.

—Claro, soy extranjera. No hay forma de que nos libremos del impuesto revolucionario.

—No se lo tome así. Debo indicarle que tienen lo que se han buscado, y no hablo solo por usted. Me refiero a las oleadas de extranjeros que llegan a Praga con los bolsillos llenos de dólares, dispuestos a comprarlo todo. Y a unos cuantos checos que vivían en la miseria y, de repente, con la devolución de las propiedades expropiadas por el comunismo, se han encontrado con edificios en el centro de Praga heredados de sus antepasados y valorados en fortunas incalculables. Sabe usted mucho de eso, ¿verdad?

—Para su información, le diré que la mansión de mi abuela nunca fue expropiada. Mi abuelo, que fue médico del Ejército Republicano durante la Guerra Civil española, tenía sus influencias con los comunistas y se las ingenió para que no se la quitaran.

—Interesante. Me encantará escuchar algo más de esa historia otro día. Lo que quería contarle es que estos nuevos ricos checos tenían edificios, aunque carecían de dinero en metálico. Por eso los americanos han triunfado aquí. Han invertido mucha plata y ahora son los dueños de casi todo el centro de la ciudad. Los checos, con dólares contantes y sonantes y la convertibilidad de la corona que acabamos de estrenar, se han dedicado a negocios variopintos. Y la gente corriente está encandilada con tanto dinero. Para ellos, cualquier extranjero es rico. Por tanto, a sacarle la plata. Rentabilizamos la situación, como hacen los de fuera. Si no ganaran dinero no vendrían y cada vez llegan más, queriendo comprarlo todo. Al menos, que nos alegren la vida con sus billetes.

—Sí, en eso no le falta razón. Este país es demasiado triste, o lo parece.

—Usted tiene una ventaja sobre el resto de los extranjeros porque domina nuestro idioma. Aprovéchela. Ya le he contado muchas cosas. No se quejará de mi atención...

—No, claro. Por cierto, ¿cuánto me cobrará por las gestiones con los arquitectos?

—Depende. Usted elige. Puedo facturar por horas o darle un precio global, lo que prefiera.

—Ya veremos. Busque a esos arquitectos y organice las citas. Esperaré sus noticias.

Un día cualquiera de sus primeras semanas en Praga, Adriana llegó a casa y se tiró en el sillón de la abuela acompañada de la botella de Becherovka. No solía beber, pero el sabor de ese licor le resultaba exquisito. No obstante, la incitó a despertarse en una realidad que no le gustaba mucho. Las gestiones le resultaban un horror. No tenía energías para meterse en un lío tan grande. La mayoría de los checos, en vez de hablar, bufaban, como ya le había advertido Joan, y ese comportamiento la

entristecía. Pensó en su amigo. “¡Qué raro que no me haya llamado, sabiendo que ya estoy en Praga!” Se dio cuenta de que no había mirado el buzón desde que llegó a la casa. Buscó las llaves en el manojito de Milena, lo abrió y encontró una carta de Joan.

“....Vivo sin vivir en mí y tanta polla espero, que muero porque no muero. ¿Tú crees que ahora, que estoy trabajando en Budapest como una loca porque quiero forrarme pronto y ser aún más reina, la Caballa, que es malvada como una úlcera, no para de darme envidia? Lo he llamado alguna vez y no deja de presumir de las pollas tan estupendas que tiene a sus órdenes en el hotel Kapital. Ya te dije que es jefe de camareros...”

No siguió leyendo. Miró el reloj. Las ocho de la tarde. “Esta noche conoceré al famoso Caballo” —decidió. Llamó para reservar mesa y pidió hablar con él.

—Si quieres venir estaré encantado de conocerte —le aseguró el susodicho—. Hoy andamos muy tranquilos, así que podré acompañarte al final de la cena y te contaré lo que quieras. Después, si me esperas hasta que recoja, podemos tomar una copa juntos.

Siguió su recomendación, aunque le pidió que la copa la tomaran en la mansión. Caballo aceptó.

Durante la cena y en el transcurso de la conversación posterior que sostuvieron en la barra, Adriana tuvo el presentimiento de que ese hombre se convertiría en su amigo del alma. La química había hecho su trabajo. Del mismo modo que le ocurría a ella, Caballo la acogió y la trató como si se conocieran desde la infancia. Se lo demostró cuando llegaron a la mansión de la Plaza de la Paz y se acomodaron en la habitación de la ventana. Ante una botella de Becherovka, aquel desconocido que dejó de serlo durante la larga noche de confidencias, le contó su azarosa vida con todo lujo de detalles. Hasta el momento de conocerlo, Adriana creía que tales historias eran patrimonio exclusivo de la literatura o el cine. Su nuevo amigo llegó para decirle que estaba equivocada. Las aventuras de Caballo, tan reales como la amistad sincera que los unió hasta siempre, le resultaron más audaces que cualquier ficción.

“Praga es triste y los checos, más que hablar, bufan, pero personajes así son capaces de darle la vuelta a todo” —pensaba mientras lo escuchaba atentamente. Sin percibir el paso sigiloso de las horas, amanecía y la luz empezaba a filtrarse por las ventanas de la mansión. Contempló la botella de Becherovka vacía y el cenicero lleno de colillas. Se estaba quedando dormida en el sillón de la abuela y su acompañante casi roncaba en el de Milena. Mientras recogía, miraba con satisfacción al nuevo amigo en cuya compañía habría de vivir momentos tan intensos como irrepetibles.





# VII. UN ATENTO CABALLERO

Adriana estaba harta de arquitectos y de obras antes de haber movido un solo ladrillo de la casa. Gregor estableció contactos con varios estudios de arquitectos checos, que visitaron la mansión junto a ella y el abogado. Hablaron mucho, discutieron más y no acordaron nada. Todos insistían en lo mismo: la casa estaba destrozada y necesitaba dinero a espuestas. Más de lo que ella había calculado tirando por lo alto. Según afirmaban, era necesario restaurar todo el tejado, muy deteriorado por la humedad. Sin embargo, Milena aseguraba que las goteras eran insignificantes y se producían únicamente en el ático.

—¡A mí no me parece que esta casa esté tan mal! —protestaba recorriendo a pasos agigantados la planta baja, refunfuñando y examinándolo todo—. Pretendo configurar un nuevo espacio para hacer fiestas, nada más. Tirar cuatro o cinco tabiques, una buena mano de pintura a todo y arreglar la fachada para que quede esplendorosa. Con eso basta. Pero ellos insisten en descuajaringar el tejado y dejar la vivienda inhabitable durante... ¡Uf! No se sabe cuánto tiempo. Por no hablar de la millonada que piden para empezar a hacer la obra. ¿Es que en este país no hay profesionales decentes? ¿Esto qué locura es? —gritaba a las paredes de la mansión y a los personajes que las habitaban en sus cuadros. Milena la seguía y trataba de calmarla.

—¡Calla ya! Vas a despertar a los antepasados de la señora. Hasta a ella, que te estará escuchando desde el otro mundo y se va a preocupar —le reñía.

—No sé si seré capaz de enfrentarme a tanta gentuza. Y tendré que hacerlo.

—Pide ayuda especializada, aunque haya que pagarla. Ya te he dicho que te prestaré el dinero que necesites. En tu actual situación se te acumulan las obligaciones. Te aturrullas y al final no sacas nada adelante. Y lo peor es que te empeñas en que todo esté perfecto. ¡Doña Perfecta!, como tu madre y tu abuela, que en paz descanse. Lo lleváis en la sangre. Lo mismo ocurre con el estigma de las mujeres Mákourkova, del que prefiero no hablar porque aún no lo he visto en ti. Aunque algo ya te voy conociendo, querida niña. Más vale que salgas a la calle, hagas amigos y te distraigas un poco. Te lo dijo tu abuela la primera vez que viniste a Praga y yo me encargo de recordártelo.

“¿A qué se referirá Milena con ese sello o estigma que llevan las Mákourkova en la sangre?” —pensaba intrigada. Ni lo sabía ni tenía la intención de preocuparse por ello. Decidió seguir las recomendaciones del ama de llaves y se echó a las calles. El blanco de sus ropas destacaba en el otoño gris, las miradas grises, ese gris deprimente que envolvía la ciudad... También ella estaba gris, aunque fuese vestida de blanco. De hecho, entristecía por minutos mientras caminaba lentamente, como si quisiera balancearse, por la Avenida Vinohradska en dirección al bulevar de Wenceslao. Los turistas se agolpaban en los quioscos de salchichas y los nativos miraban los escaparates con avidez. De repente, le dieron ganas de convertirse en visitante.

“¡Si pudiera comerme ahora una salchicha, volver mañana a España, acudir al trabajo como un día normal y olvidarlo todo!” —meditaba.

“¡Ni se te ocurra! Puedes comerte la salchicha pero eso no te ayudará” —le decían las voces de su interior. “No eres turista. Vives aquí y tienes muchas cosas que solucionar. Tomaste una decisión y debes ser consecuente con ella. Quienes se arrepienten de lo que hacen e intentan volver atrás no llegan a ningún sitio. Ni alcanzan lo que deseaban ni recuperan lo que dejaron. ¡Un fracaso!” —le repetía su fuero interno.

“Pues no entiendo por qué. Soy humana y tengo derecho a equivocarme. Como me sigan ahogando estos checos insoportables, hago las maletas y me voy. ¡Se acabó! Errar no es ningún delito y no pienso pagar por ello. Puedo llamar a Ana y a los chicos y explicarles que esto es muy duro y que no puedo soportarlo. Ellos lo entenderán. Y si no, que se vengán unos días y lo tendrán clarísimo.”

Semejantes disquisiciones con ella misma la angustiaron al máximo y empezó a llorar. No se trataba de un llanto limpio, de desahogo. Eran lágrimas amargas, de pozo sin fondo, de fracaso y de desengaño. ¡Qué decepcionada se sentiría la abuela si la observara desde arriba! “¡Qué poco has aguantado, niña querida!” —le diría.

Seguía andando y llorando sola, junto a ríos de gente heterodoxa que se agolpaba a cualquier hora del día en el bulevar más conocido de Praga. Vio un banco en el que estaban sentadas dos abuelas checas de las genuinas, con sus faldones viejos y sus babuchas. “¡Con el frío que hace ya, pobres mujeres! Lo que habrán luchado en la vida y lo mal que viven” —lamentaba. Su llanto persistía. La verdad es que no podía dejar de llorar. Pensamientos tristes inundaban su mente. Había sitio de sobra en el banco de las abuelas y se sentó.

—Ni una gota de sol que me caliente estas lágrimas —musitaba.

Se arrebujó en el abrigo largo, el cuerpo todo encogido y el cuello apoyado en el hierro frío del brazo del banco. Las ancianas continuaron su conversación sin inmutarse. Seguía llorando a lágrima viva y tapándose la cara con el abrigo, como si quisiera desahogarse en la intimidad. Ni siquiera eso consiguió. Alguien la interrumpió al poco tiempo.

—¡Oh, no llores! ¿Qué te ocurre, puedo ayudarte en algo? —le preguntó un caballero en inglés, con acento checo, mientras sacaba un pañuelo impecable del bolsillo de su chaqueta azul.

—No, no creo que puedas —contestó ella en checo.

—Igual sí, aunque no lo creas. ¿Por qué hablas checo? Tú no has nacido aquí, ¿verdad? ¿Eres italiana?

—Gracias, no te molestes. No tengo ganas de contarte mi vida ahora.

—¿Tampoco te apetece tomar una cerveza, o picar algo? Es la una. ¿Has comido ya?

No le contestó. Se incorporó en el banco y miró al caballero de arriba a abajo. Alto y apuesto, el pelo ondulado y las sienes canosas. Nariz delgada y labios finos. Cercano a los cincuenta —calculó.

—Milan Trudenska —se presentó él, inclinando levemente la cabeza y tendiéndole la mano.

Le dio la suya y se levantó del banco.

—Adriana Molina.

—Encantado, Adriana. Me gustaría invitarte a comer a una taberna que conozco aquí cerca, donde ponen una cerveza estupenda y un codillo mejor. ¿Te gusta el codillo?

—Sí, mucho.

—Pues no pierdas la oportunidad de disfrutarlo.

Caminaron una manzana más por el bulevar y torcieron a la izquierda, en la misma dirección que el tranvía. No hablaron de nada. Se estaban escudriñando mutuamente. Llegaron a una puerta de madera oscura, lo normal en las tabernas de Praga. Justo al entrar, al frente, estaba la barra, repleta de paisanos con grandes jarras de cerveza. Había una mesa vacía en la esquina. Al fondo se entraba al comedor. Adriana propuso a su acompañante que almorzaran en la mesa de la esquina. Dentro se oía demasiado barullo. Se acomodaron y pidieron sendas jarras de cerveza. Antes de que llegara el codillo, Trudenska tomó una de sus manos entre las suyas y, mirándola fijamente, volvió a preguntarle qué podía hacer por ella.

—Nada. ¿Qué vas a poder hacer por mí? Ya has hecho bastante con traerme a esta taberna a comer un codillo. Estoy mejor aquí que llorando sola en un banco de Wenceslao. La soledad es dura y me siento muy sola. Parece mentira que no me acostumbre a ella, con el montón de años que hace que vivo sola.

—¡Qué sabrás tú de eso! ¡Eres tan joven! ¿Puedes explicarme por qué una chica tan guapa está tan sola?

—A un caballero inteligente no le pega decir esas cursilerías de tan guapa y tan sola. No voy a explicarte mis pesares porque no pienso contarte mi vida.

Dicho esto, ladeó la cabeza y vio un cartapacio negro rectangular, muy grande y casi plano, como si no llevara nada dentro, justo al lado de él.

—¿Es tuya esa carpeta?

—Sí, la llevo desde que nos encontramos. No ha caído del cielo ni la he robado en esta taberna —le indicó sonriendo y mostrando sus dientes perfectos, blancos y todos iguales, como de anuncio de Profidén.

—Acabo de verla ahora mismo. ¿Qué llevas ahí? Da la sensación de que está vacía.

—Los planos de un edificio que estamos restaurando. Soy arquitecto.

—¿De verdad? Si es así, cambio de idea y te cuento algunas cosas de mi vida.

—¡Qué estupenda novedad! Pensé que terminaría marchándome con la impresión de haber comido junto a una total desconocida. Toma, ésta es mi tarjeta de visita. Si quieres ver los planos de la

carpeta, te los enseño ahora mismo. El edificio está en Praga 2, muy cerca de la iglesia de Jirího z Podebrad.

—¡Ah! Yo vivo al lado, en Námesti Miru. No necesito ver esos planos. Lo que sí me gustaría es que vinieras a conocer mi casa. Queremos restaurarla y acondicionarla para organizar fiestas y eventos sociales.

—¡Qué interesante! Debe ser muy grande.

—Sí. Tiene alrededor de mil metros cuadrados en dos plantas, más un ático en el tejado que está casi destruido. Me gustaría convertirlo en un estudio, un lugar tranquilo para leer o relajarse. Le entra mucha luz.

—Me hago la idea. El año pasado restauré la casa donde vivo, en el barrio de Mála Strána, cerca del puente de Carlos. Una vieja mansión que los comunistas expropiaron a mis antepasados y conseguí que nos la devolvieran. ¿También fue así con la tuya?

—No. A mi abuela no pudieron quitársela. Cuando murió, mis hermanos y yo la heredamos. Queremos arreglarla y montar un negocio de organización de fiestas, como te dije antes. ¿Podemos ir a verla cuando terminemos de comer?

—Hoy se me hace tarde. Quedaremos mañana, si te parece. De todas formas, no puedo asegurarte que la empresa con la que trabajo disponga ahora de albañiles libres. Depende de la prisa que tengas.

—La prisa estará en función, fundamentalmente, del presupuesto que me hagáis. He discutido lo indecible con varios estudios de arquitectos. Hasta la fecha, no creo que ninguno de los que ha visto la casa tenga el más mínimo sentido de la profesionalidad y la honradez. Se les ha ido la cabeza pidiendo dinero. Muy fuerte, te lo aseguro. El edificio en conjunto no está tan mal, ya lo comprobarás. Lo peor es el ático, pero tampoco me corre prisa arreglarlo. Lo más importante es acondicionar los salones de la planta baja y adecentar la cocina y los baños para que podamos empezar con el negocio. No tengo trabajo en Praga. No soy rica ni sé vivir del cuento. Necesito ganar dinero.

Cuando salieron de la taberna, Trudenska la cogió de la mano mientras paseaban.

—No soy tu novia, ni tu pareja. No quiero que me lleves de la mano.

—Me gusta que vayamos así, pero si no te apetece, nada —le contestó con retintín—. Tengo que volver al trabajo, aunque mis deseos vayan por otro lado.

—¿Por cuál?

—Me encantaría retozar en la cama contigo, por ejemplo. Sin hacer el amor. Con acariciarte me bastaría para ser feliz. ¿No te gustaría a ti?

—Cuando me gusta un hombre, lo que deseo es acostarme con él. Lo de las caricias y demás es para enamorados. Yo no estoy por la labor de enamorarme. El amor no me interesa —afirmó con

rotundidad.

—Ya hablaremos de eso mañana. ¿Querrás llamarme al teléfono que está en la tarjeta que te di? También esperaré a mañana para saber si te gusto. Soy un hombre paciente.

—Esperarás hasta que a mí me dé la gana decírtelo. Si estás dispuesto, claro...—le respondió con el gesto coqueto que cualquier mujer pondría a un hombre que le gusta.

—Como usted prefiera, señorita —le contestó él, sonriendo, mientras tomaba su mano para besarla—. No olvides llamarme, aunque sea únicamente para ver la casa. Te dije que quería ayudarte y lo mantengo. Eso es independiente de mis deseos hacia ti.

—De acuerdo, estupendo. Te llamaré.

Por primera vez desde que llegó a vivir a Praga, Adriana se sentía contenta allí. Todo cambió aquella mañana. Poco antes estaba pensando en abandonar la aventura de la mansión y volver de nuevo a España. Y ahora se encontraba dispuesta a tragarse todo lo que le pusieran por delante con tal de cumplir la promesa que hiciera a su abuela, y a llevar a buen puerto el plan que ella y sus hermanos trazaran una tarde en Sevilla. Cuando llegó a la mansión, Milena le comunicó una feliz noticia. Joan, su amigo, acababa de llegar a Praga. Fue a visitarla inmediatamente y, al no encontrarla en casa, dejó un número de teléfono para que se pusiera en contacto con él. Ella marcó al momento. Estaba impaciente por escuchar su voz.

—¡Querida Adriana! ¿Dónde te habías metido? He estado un buen rato esperando en tu casa. Al ver que no llegabas, he hecho mis planes.

—Conocí a un arquitecto muy interesante y me fui a comer con él. ¿Cuándo nos vemos? Tengo muchas cosas que contarte.

—Yo a ti también, aunque ahora no puedo. Estoy terminando de acicalarme y me voy al parque. He quedado con Caballo y no quiero hacerle esperar. Te llamo cuando acabe con mi cita. Si es muy tarde, quedamos mañana sin falta. Un beso, querida.

Le parecía extraño que Joan, recién llegado de Budapest y después de varios meses sin haberse visto, le colgara tan rápido. La verdad es que si tenía que encontrarse con Caballo era normal que no quisiera retrasarse. ¡Cualquiera se atrevía a contrariar a semejante personaje! Y mucho menos, el catalán, que lo necesitaba para que le buscara a los muchachos... “¡Pobre hombre!” —pensó. “¡Debe ser horrible tener que pagar quinientas coronas cada vez que le apetezca echar un polvo!”

Joan Simoneta esperaba impaciente en el parque. La poca luz que quedaba en el atardecer de Praga se escondía entre los árboles. A través de sus gafas de concha dorada empezó a disfrutar del desfile que se avecinaba... Jóvenes bellos, o rústicos, incluso simples... Todos provocaban morbo. O querían hacerlo. La noche llegaba y empezaba el negocio. Había que darse prisa y seleccionar lo mejor. Intentaba divisar a Caballo entre las sombras, sabiendo que siempre lo hacía esperar, hasta

caer en la impaciencia. Se trataba de un chulo de los de verdad. Jefe de camareros en un hotel de lujo del centro de la ciudad, tenía fácil acceso a la mercancía de primera. Y Simoneta pagaba bien.

Camisa desabrochada para mostrar su pecho de oso, al que consideraba símbolo excelso de masculinidad. Pelo negro corto, muy rizado. Su mirada penetrante y negra imponía, o al menos así lo creía él, un cierto temor no exento de curiosidad. Caballo, cercano a los cuarenta, había tenido una vida muy dura y estaba convencido de que llegaba el momento de rentabilizar sus muchas experiencias. Chaperero desde que tuvo conciencia de su polla erecta, ahora se iniciaba como jefe. De entre los muchachos que estaban dispuestos a vender sus encantos por un puñado de coronas, controlaba a los mejor dotados de la ciudad. Además, disfrutaba de excelentes contactos en los círculos de extranjeros ricos y viciosos que empezaron a instalarse en la capital checa a principios de los 90. Caballo aprendió pronto a seleccionar a sus pupilos y a alquilarlos caros, muy caros. Presumía de ofrecer lo mejor... Muchachos a la carta para su exquisita clientela. Los recolectaba de los sitios más dispares. Fornidos trabajadores, estudiantes inquietos e incluso bellos lánguidos anhelantes de un poco de romanticismo, según los gustos de los solicitantes. Él tenía la virtud o la suerte de sorprender a la presa en cualquier rincón. El buen trabajo da sus frutos y su nombre empezaba a sonar en las conversaciones de los clientes más exigentes. Aquella tarde estaba citado con Simoneta en el parque y le costaba mentalizarse. Tenía que armarse de paciencia, porque su amiga era muy pasiva. Aunque iba de señora estupenda se limitaba a mirar y apenas se movía. Tenía miedo, dudaba y dudaba. Nunca sabía lo que quería. Caballo conocía sus temores, sus nervios, su eterna inseguridad. Simoneta no terminaba de asumir su doble vida de hombre de negocios durante el día y buscona en las noches de la ciudad. Entre las figuras del parque ensombrecido, Caballo y Simoneta se divisaron.

—¿Examinaste el patio? —preguntó el cliente con una seña.

—Mira al moreno que viene hacia aquí. Es de buena musculatura. ¿No te gusta?

—No. Tiene la cara brillante, llena de crema barata. Los machos untados de potingue son repulsivos. Para señora yo, que me puedo gastar en un perfume más de lo que pago a cualquiera de estos por un buen polvo.

—Bueno, a cualquiera no, porque algunos te han salido carísimos.

—¡Qué mala eres! ¡Malísima! Más que mala, eres peor. Y encima, cutre, siempre hablando de dinero. Ya te he dicho que no pienso en las coronas cuando olfateo vicio. Y si la confianza está garantizada, mucho menos. Por suerte, no tengo tu problema —Simoneta también sabía ser malvada—, que necesitas buscar la manduca todos los días ejerciendo de chulo. En este parque o en los salones de una embajada. El trabajo es el mismo. La diferencia radica solo en el escenario y en el precio —le espetó a un impasible Caballo.

—Ya que me recuerdas mi trabajo, decídetes, que no tengo toda la noche.

—¿Vas a ver a la Cruella?

—Eso no te interesa. Por si acaso, te recuerdo que es mucho más rica que tú.

—Sí, ¿y qué? Me da igual, no me impresionan sus riquezas. Para mí, tengo bastante. Cuando veo un caramelo lo pago, me lo como y punto.

—Pues lo tuyo no son los caramelos, precisamente. A no ser que esos brutos a los que adoras lleven la dulzura escondida en algún rincón recóndito de su cuerpo.

—Psss... Algunos tienen recursos secretos... Por cierto, mira al fondo. Quiero a ese que se asoma por allí, en la esquina. Me gusta así, sucio. No se ha quitado ni el mono.

—Lo conozco, trabaja en un taller del centro. Si está aquí es porque anda buscando. Lo tendrás. Espero que no venga con cita previa.

Caballo se puso rápidamente en acción. Sacó pecho y se dirigió, a pasos agigantados, al muchacho.

—¡Eh!, tú. Vamos a hacer un buen negocio —lo animó.

Hablaron un poco y abordaron a Simoneta. Ella lucía reluciente, se llevó al chico del brazo y se perdió entre las sombras. Esta vez había sido fácil.

Al día siguiente, en la mansión de la Plaza de la Paz, Adriana revolvió el gran armario de su alcoba buscando qué ponerse para encontrarse con el arquitecto. Estaba inquieta y no entendía por qué Milan Trudenska no se dignaba a visitarla. Quedaron citados en un café cercano y luego irían paseando hasta la casa. Encontró una minifalda de cuadros azules y marrones y una camiseta ceñida color carne que combinaban bien. Se puso el abrigo largo beis y salió a la calle. Estaba nublado y hacía frío. Trudenska la esperaba en el café. Al divisarla se levantó y fue a su encuentro. Como hiciera el día que se conocieron, tomó una de sus manos y la besó.

—Estás muy guapa, más que ayer...

Ella le agradeció el piropo con una sonrisa a la vez que se lamentaba para sus adentros. “¡Cómo este tío solo pretenda enrollarse conmigo y se olvide de la restauración de la casa me decepcionará mucho! El tipo me gusta pero no pienso acostarme con él hasta que no tenga a los albañiles trabajando en la mansión. ¡Aunque revientes, no se te ocurra tirártelo, Adriana!” —se alentaba a sí misma. “La obra es más importante que un polvo. No pierdas la oportunidad de hacerla bien por no saber negarte”.

Trudenska la miraba embelesado mientras ella hablaba consigo misma.

—Me gustan tus pechos, tus piernas, tu boca. Me gustas mucho. No me canso de mirarte.

—No he venido aquí para que me mires, Milan, sino para que encontremos una solución al problema de mi casa. Ya te comenté ayer que me corría prisa.

—Está bien. Vamos a verla, si eso es lo que quieres.



Hubo suerte. Milena se molestó en quitar el polvo de los muebles y los objetos más visibles del salón. No porque lo hiciera habitualmente, más bien todo lo contrario, sino porque consideraba que si el arquitecto veía la mansión tan sucia creería que aún era más vieja y pediría más dinero por arreglarla. “Claro, que si se trata de un caballero figón, como los dos que estuvieron antes, se dará cuenta de que las lámparas de cristal podrían caerse por el peso del polvo y las telarañas”, pensaba la anciana. “Yo ya soy muy vieja para limpiar esto. Creo que en todos los años que he vivido aquí lo habré hecho un par de veces. La verdad es que la señora daba muy pocas fiestas. La nieta no se parece a ella. Debe haber salido a la familia del padre” —meditaba.

Adriana y su acompañante interrumpieron sus reflexiones.

—Milena, este es el señor Trudenska, otro arquitecto. Voy a mostrarle toda la casa —dijo la joven, un poco apurada porque era consciente de que su cama no estaba hecha y de que había dejado la habitación regada de ropa.

El ama de llaves, así de espontánea era, no tardó en eliminar sus temores.

—Puedes subir, señorita. Cuando te marchaste fui a tu dormitorio, hice la cama y recogí la ropa que encontré desperdigada por el suelo.

—Gracias, Milena. Observo que incluso has limpiado un poco el polvo.

Trudenska no pudo evitar una sonrisa.

Estuvieron casi dos horas mirándolo todo. Adriana le explicó aproximadamente lo que quería hacer, sin entrar en pequeños detalles que ni siquiera ella tenía claros. El caballero apuntaba cosas en su libreta, medía y formulaba algunas preguntas. Cuando terminaron le ofreció algo de beber. Un té, una copa... Él lo rechazó. Le aseguró que andaba con prisas y que la llamaría cuando tuviera el presupuesto listo.

—Será pronto, no te preocupes. Espero que puedas soportarlo tranquila. Hasta la próxima —le dijo mientras retiraba la mano y se alejaba apresuradamente calle abajo.

—A ver si este es honrado y no me pide un fortunón, como los otros —le comentó a Milena—. No puedo esperar mucho más tiempo para empezar la obra.

Varios días después caminaba por el centro, distraída en sus pensamientos, cuando sintió que una voz familiar la llamaba. Era Milan Trudenska, el arquitecto.

—¿Dónde vas tan despistada? Ya tengo el presupuesto de tu obra. ¿Quieres que quedemos y te lo explico todo? —le dijo cogiéndola del brazo y mirándola a los ojos.

—Sí, dime. Debemos empezar cuanto antes. Llevo unos días algo dispersa.

—Invítame a cenar en tu casa esta noche y hablamos de todo.

—Vale. Estoy encantada de recibirte. Solo para cenar, ¿de acuerdo? —puntualizó—. De momento, adelántame a cuánto asciende la broma de la obra.

—No creo que puedas restaurar esa mansión por menos de cinco millones de coronas. Tienes que arreglar el tejado y poner las cañerías y las conducciones eléctricas nuevas. Son muchos metros de pared para picar y ese trabajo hay que hacerlo a mano...

—Sí, pero cinco millones de coronas... No tenemos esa pasta ni en sueños.

—Necesitaréis un crédito, con eso ya contabas. No obstante, se podrá ajustar un poco. Se trata de una cifra aproximada. Te aseguro que nadie te lo hará por menos. Y eso, contando con que la estructura esté bien, porque si hay que sustituir alguna viga podrida el precio aumentará. Me he tomado la molestia de detallar todo lo que se veía a simple vista, aunque debo avisarte que una construcción tan antigua puede tener otros problemas que se descubrirán cuando empecemos a trabajar. ¿A qué hora te va bien que me pase?

—Estaré en casa. Ven cuando te apetezca. ¿De verdad crees que no podemos evitar el arreglo del tejado?

—No deberíais, porque si llueve mucho se formarán goteras y lo que hayáis restaurado se dañará. Piénsalo, Adriana. Si os vais a meter en la obra es mejor que la hagáis bien.

—De acuerdo. Nos vemos esta noche y me lo das todo detallado.

Antes de que anoheciera, Adriana llamó a su hermana para darle las malas noticias.

—¡Cinco millones de coronas, Ana! Ni en sueños podremos reunir ese dinero.

—Estaba claro que la pasta para las obras no nos iba a llegar del cielo y que tendríamos que recurrir a un préstamo —le contestó con voz calmada—. Lo que hace falta es que el negocio de las fiestas funcione y podamos amortizar la inversión. Ya que has hecho el esfuerzo de dejar tu vida en Madrid para trasladarte a Praga, merece la pena intentarlo. Lo peor que nos puede pasar es que la historia no funcione y nos veamos obligados a vender la mansión. Estoy segura de que eso no ocurrirá.

—¡Qué optimista, bonita! ¿Por qué tienes tan claro que todo irá bien?

—Primero, porque soy optimista por naturaleza. Y segundo, porque creo en ti. Donde vas, triunfas.

—Gracias por tu ánimo. La verdad es que necesito un empujón vital. Estoy algo apenada últimamente.

—Venga, venga, que cada vez falta menos para que veamos esos salones relucientes. Hablaré con los chicos. Podrían dedicar las vacaciones a picar las paredes y pintar. Eso lo descontaríamos del presupuesto.

—No me parece mala idea pero, ¿tú los ves capacitados para semejante trabajo?

—Sí, sí, ya lo creo. Son jóvenes y les cabe mucho. Tendrán que hacer un esfuerzo. Se trata del futuro de todos. Y más, del de ellos. Al fin y al cabo nosotras tenemos la vida más resuelta.

—Tienes razón. En cualquier caso intentaré negociar para sacar la máxima rebaja.

—No lo dudo. ¡Ánimo, valiente!

Se despidieron y Adriana empezó a pensar en la cena con Trudenska. Milena le ayudó a preparar un solomillo al cava y ella se puso un vestido verde que fue muy admirado por el arquitecto.

—¡Estás guapísima, qué bien te sienta el verde! —le dijo Trudenska a modo de saludo.

—Es el color de la esperanza, querido. La que yo necesito para emprender esta aventura.

Después de un sinfín de halagos por su belleza, por lo exquisito de la cena y por sus dotes de anfitriona, el arquitecto empezó a sacar planos y a especificarle los detalles de la obra que consideraba necesaria para que el negocio de las fiestas pudiera emprenderse con éxito.

—Debemos instalar una cocina industrial, que he situado al fondo de la planta baja, con las especificaciones técnicas necesarias para este tipo de negocios. En la planta alta quedará una vivienda independiente y bonita, con cocina y baño, y no un espacio lleno de habitaciones pequeñas e inservibles, como está ahora. He contemplado además el arreglo del ático, que en sus actuales condiciones no sirve para nada.

—Claro. Por eso te han salido cinco millones de coronas —le contestó con desdén—. Está muy bien, pero no necesito tantos arreglos. Del ático podemos prescindir. Tampoco tenemos por qué hacer cocina y otro baño arriba, ni destrozar las habitaciones. Con acondicionar un poco y pintar, basta. Ya tengo un baño en mi habitación y puedo usar la cocina de abajo.

—Abajo tendrás un negocio, Adriana. Es mejor que no mezcles lo profesional con lo personal y que separes tu propia vivienda de las instalaciones que van a usar los clientes de la empresa. Tienes que pensar en el largo plazo y no en ahorrar unas coronitas ahora. Cuando todo esté funcionando no podrás interrumpir las fiestas para hacer la segunda parte de la obra. Se trata de una barbaridad que a la larga te saldrá más cara.

—Tienes razón, pero veo dos viviendas, además de la planta baja. ¡También has metido baño en el ático!

—Obvio. Baño y la instalación pertinente para que, si lo necesitas, coloques un armario, tipo cocina americana, y consigas un bonito apartamento que incluso podrías alquilar. Como figura en el diseño, tiene una puerta de acceso independiente a la de la planta baja.

—No lo veo claro. ¿Cuánto bajaría el precio si prescindimos de lo que no es estrictamente necesario?

—No mucho, de verdad. Si te fijas bien, las cantidades más altas son para lo realmente necesario, como el tejado, el cambio de tuberías y conducciones eléctricas y la construcción de la cocina industrial. Respecto al ático mi opinión es que, aunque no lo conviertas en una vivienda propiamente dicha, deberías arreglarlo. Las paredes están abombadas por la humedad. Dejarlas así representa un

peligro para toda la construcción. Piénsalo. Te estoy aconsejando bien, puedes creerlo.

—¿Y si le quitas lo correspondiente a picar y pintar?

—Eso importará unas doscientas mil coronas, ahí lo tienes. No obstante, te advierto que picar y pintar es imprescindible. No puedes dejar las paredes como están.

—Sí, ya lo sé. He pensado encargarse ese trabajo a mis hermanos, en verano.

—Si no son profesionales les llevará mucho tiempo... Se puede hacer, por supuesto.

Siguieron discutiendo de coronas y de ladrillos hasta bien entrada la noche. Una de las veces en que ella se levantó para ponerle una copa, él la siguió y pretendió abrazarla.

—Estoy cansada y, por ahora, no pienso acostarme contigo. Más vale que lo tengas claro.

—¿Es que no te gusta nada, ni siquiera un poco?

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho lo que has escuchado.

—Soy un hombre paciente. Es más, tengo toda la paciencia del mundo.

—Pues espera sentado, porque vas a cansarte mucho —indicó ella en tono burlesco.

Se despidieron. Adriana no estaba para pensar en el amor, sino en las obras y en el dinero que costarían. Intentó dormirse, pero las cábalas sobre lo abultado del presupuesto se colaban en sus sienes y taladraban su cerebro. Se esforzaba en vano por conciliar el sueño. Pensaba en el crédito que necesitaban pedir al banco al mismo tiempo que se veía con un traje de noche, reinando en los bellos salones restaurados de la mansión, alternando con gente de postín y engordando la chequera. Su mente volaba de los sueños a la realidad y su cuerpo se estremecía al pensar en sí misma. “Llevo varios meses en Praga. No he podido empezar las obras de la casa y, para colmo de males, estoy gastando un dinero que no gano. ¡Eres patética, Adriana!” —se reñía. “¡Y como no te pongas las pilas, te vas a tener que volver a España sin dinero y sin negocio!”. Cuando iba a derrumbarse, una fuerza interior revolvía su ser, la cargaba de energía positiva y le aseguraba que todo saldría bien. “De acuerdo, no me derrumbaré. Seré fuerte” —le decía a su abuela, como si esa fuerza interior llevara el rostro de la anciana.

Pasaron los días y se sentía incapaz de conseguir que el presupuesto necesario para emprender la reforma de la mansión abandonara sus pensamientos. Su existencia transcurría entre muebles atestados de polvo, conversaciones con sus hermanos, números y reuniones con el arquitecto Trudenska, en las que el caballero resolvió al dedillo los muchos interrogantes que planteaba la reforma. Al menos, hasta donde pudo. Según él, la última palabra la tendría el estado de los cimientos de la mansión.

Una noche, acomodada en el sillón mecedora de la abuela, el aburrimiento y el hastío la abrumaron. Se dio un baño, cenó y subió a su alcoba a vestirse. Hacía mucho frío. No obstante, tenía la intención de salir a la calle. Llevaba bastantes días sin correrse ninguna juerga y sin hacer el amor. Aunque no le apetecía irse a la cama con Trudenska, era consciente de que necesitaba un poco de

sexo en su vida. Además, le apetecía fumarse un porro de marihuana. Iría al Black Horse, a ver si encontraba a Bojan. El yugoslavo vendía la mejor hierba de Praga y a ella siempre la trataba muy bien.

Se puso un vestido muy corto, botas de tacón y un abrigo largo. Toda de negro. Su pelo negro, recién lavado y suelto, lucía muy brillante. Se pintó los labios de un rojo intenso. Se veía muy guapa.



# VIII. EL YUGOSLAVO

El Black Horse estaba como siempre. Mucha gente y el mismo olor a marihuana. Recorrió el lugar de una punta a otra y no vio a Bojan. Se situó junto a la puerta, sin saber si tomarse algo o marcharse. No había nadie que ella conociera. Tampoco sabía a quién preguntarle por la marihuana. Miró nuevamente a su alrededor y sus ojos tropezaron con la cara de un individuo que la impresionó. Estaba de pie, apoyado en la barra. Él también la miró y le indicó con una señal que se acercara. Adriana no lo dudó. Cuando llegó a su vera, el tipo le plantó una de sus manos en la espalda, más cerca del trasero que de la cintura, y la estrechó contra su pecho. Ella lo miró de arriba abajo y se estremeció. “¡Qué pedazo de hombre! Estoy abrazada al animal más bello del mundo” —pensó mientras se regodeaba en sus fuertes brazos. Permanecieron unos instantes con sus cuerpos pegados, callados y sin moverse. Fue Adriana quien se deshizo del abrazo del desconocido. De forma suave se separó unos pasos de él, con la intención de admirarlo a más distancia. Sus grandes ojos claros, su rostro anguloso y sus labios carnosos provocaron en ella un ardor que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo. Quería estar con él, pero una mezcla de deseo y miedo provocaba en su mente sentimientos confusos. Pidió una jarra de cerveza y se ofreció a invitarlo. Él la aceptó y le preguntó su nombre en checo. Adriana tuvo la sensación de que, como ella, también era extranjero.

—Adriana, me llamo Adriana. Somos dos extranjeros hablando checo. ¿Cómo te llamas tú?, ¿de dónde eres?

—Alexander. Soy yugoslavo.

—¿Serbio, croata o bosnio? ¿Qué haces aquí?

—Huyo de la guerra. Si quieres que terminemos la cerveza o que demos un paseo juntos, no me preguntes nada acerca de mi país. He venido huyendo —recalcó él, pronunciando la palabra muy lentamente—, huyendo —repitió— y lo último que deseo es hablar con nadie de la guerra de Yugoslavia, ¿entendido?

—Vale, vale —contestó ella sonriendo.

—No te rías, porque lo que ocurre es muy serio.

—De acuerdo —asintió sin sonreír—. ¿Puedo saber a qué te dedicas aquí, o de eso tampoco quieres hablar?

—A vender frutas —respondió él lacónicamente—. Y tú, ¿de dónde eres? ¿Cómo es que hablas checo?

—Soy española. Hablo checo porque mi abuela era checa. También mi madre nació y pasó en Praga su niñez y su juventud, hasta que conoció a mi padre, creo que a los veinte años. Se quedó con él en España y nunca volvió. Sin embargo, quiso que sus hijos aprendiéramos checo desde pequeños.

—Contigo lo conseguí. Tu madre tiene mucho mérito. Enseñar checo a un español no debe ser

fácil.

—Conmigo y con todos. Somos cinco. Se esforzó mucho y fue muy persistente. Supongo que lo hizo para compensar a su patria y a su madre, mi abuela, por haberlos abandonado por mi padre para no volver nunca.

—Tú has vuelto. ¿Vives aquí, o estás solo de vacaciones?

—Vivo aquí. Mi abuela murió y mis hermanos y yo heredamos su casa. ¡Una mansión en Praga!  
—exclamó sonriendo—. He venido a restaurarla para montar un negocio.

—¿Puedo preguntarte qué tipo de negocio?

—Sí. No soy tan reservada como tú. Haremos fiestas. Es una casa muy grande, con salones espaciosos, ideales para albergar eventos y celebraciones. Antes necesitamos arreglarla. Está demasiado vieja.

—Si tienes una casa tan grande como para eso, deduzco que eres rica.

—Deduces mal, porque pertenece también a mis cuatro hermanos. Necesito buscarme la vida para montar el negocio y que no nos veamos obligados a venderla.

—Si la vendierais obtendrías mucho dinero. De eso no me caben dudas.

—Vender no es nuestra intención. Se trata del único recuerdo que nos queda de nuestra familia materna. Ya estoy en tratos con un arquitecto para hacer las obras necesarias.

—Fiestas en una mansión familiar. ¡Qué sofisticación! —comentó él.

—¿Quieres venir a conocer la casa?

—¿Solo la casa, o también a ti?

—Voy incluida en el pack —asintió ella sin dejar de sonreír.

Antes de que terminara de hablar, él la abrazó de nuevo y la besó largamente en la boca.

—Me gustan mucho tus besos, aunque no creo que debamos montar un espectáculo en este bar, como si fuéramos adolescentes. Vamos a casa, ¿te parece?

—¿Vives sola?

—Vivo con el ama de llaves de mi abuela. No te preocupes. Hay mucho espacio y ni la veremos.

—De acuerdo. Si ese es tu deseo, vamos.

Adriana pagó las cervezas y abandonaron el Black Horse cogidos de la mano. Al salir a la calle hacía frío y se abrazaron. Caminaban despacio, pegados y besándose cada varios pasos. A ella le incomodaba un poco la situación. Sin embargo, sus besos le gustaban tanto que decidió no hacer ningún comentario y dejarse llevar por el apasionado desconocido. Él le repetía que la deseaba y que quería hacerla muy feliz.

Cuando entraron en la casa y Adriana cerró el pesado portalón tras de sí, la pasión se hizo más intensa. Empezaron a desnudarse como locos, dejando a su alrededor un reguero de ropas. El ambiente se inundaba de suspiros y jadeos, besos y abrazos. Alexander la cogió en sus brazos para



subir las escalinatas que conducían al piso superior. En aquel instante tuvo la sensación de que el yugoslavo iba a entrar con fuerza en su vida. Sintió miedo y no pudo evitar estremecerse. Recordó el momento en que Milena le habló sobre aquel enigmático estigma de las mujeres Mákourkova, que según el ama de llaves llevaban todas en la sangre. Su bisabuela, su abuela, su madre... Tenían en común haberse vuelto locas por un hombre. Una locura tan arrebatadora como eterna, hasta el punto de darles el último suspiro de sus vidas, de aguantar por ellos sufrimientos y calamidades, todo con tal de no perderlos... Pero ella, una mujer moderna, culta e independiente, ¿no iba a ser capaz de librarse del vestigio familiar? Presa del pánico, se deshizo del abrazo del hombre cuando atravesaron el último peldaño de las escaleras, antes de entrar en la habitación.

—¿Qué te pasa, estás nerviosa? No voy a hacerte daño, pequeña. Solo quiero darte placer y sentirlo contigo. La vida ya nos trae suficientes desgracias. Aprovechemos también los momentos de disfrute que nos brinda. Ven a mis brazos —le rogó con los ojos encendidos de pasión.

—Me queda el último porro de marihuana y me apetecería fumar. ¿Qué tal si lo compartimos?

—No. No necesito drogarme para hacer el amor. Lamento que tú sí.

—No es así, de verdad. Lo que necesito es asimilar el hecho de meter a un desconocido en mi cama y sentirme más relajada. No hace ni una hora que te conozco y estás aquí, en la intimidad de mi habitación, deseando hacerme el amor. ¿Podrás esperar unos minutos? Tenemos una larga noche por delante.

—Si quieres me marcho.

—No quiero que te vayas. Lo único que te pido es un poco de paciencia.

Él se tiró en la cama completamente desnudo mientras ella liaba el cigarrillo sentada, muy despacio, sin dejar de admirar la belleza de su amante, al que lanzaba de reojo miradas furtivas, como si quisiera evitar a toda costa que notara lo que estaba sintiendo. El deseo le impidió terminar el canuto. Dio tres caladas, lo estrujó en el cenicero y saltó decidida al cuerpo de su acompañante. La pasión desbordó la estancia e inundó cada uno de sus rincones. Recorrieron con sus lenguas cada palmo de sus cuerpos, agasajando de caricias cada centímetro de sus anatomías. Adriana evitaba pensar en lo trascendente del placer que le brindaba el hermoso desconocido. Pero cada vez que cabalgaba dentro de su ser, cada vez que sentía el empujón de su miembro ardiente entrando en su cuerpo intuía que era el amor de su vida quien lo hacía, y que sus caricias le dejaban una huella imborrable, tan eterna como la misma eternidad. Hicieron el amor hasta que la noche se acabó y los rayos del sol de un nuevo día se colaron por las ventanas del dormitorio. Jadeantes de placer, se dejaron vencer por un sueño suave y reparador.

Adriana se despertó hambrienta y henchida de satisfacción. Miró a su amante dormido. Besó sus labios con suavidad, para no interrumpir su sueño, y salió de la estancia en un susurro, evitando

hacer el mínimo ruido. Encontró a Milena en la planta baja, recogiendo la ropa que quedó esparcida por el suelo la noche anterior.

—Buenos días, Milena. Tengo un hambre voraz.

—El amor da mucha hambre. Porque has venido acompañada, ¿verdad? ¡Quién fuera joven!  
—suspiró.

—Efectivamente. El animal más bello del mundo duerme arriba. Lo adoro.

—No quiero meterme en tu vida... Me parece muy bien que te diviertas, pero de ahí a enamorarse... Espero que no te ocurra lo mismo que a tu madre —le advirtió.

—Y yo también lo espero, aunque me gustaría saber qué puedes hacer cuando un hombre te hace tan feliz como me han hecho a mí esta noche. Cuando sientes que una noche de amor vale más que todas las que tuviste, juntas, en momentos anteriores de tu vida. Y cuando reconoces que lo que más deseas es subir y seguir, venciendo al hambre y al cansancio, refugiarte de nuevo en su cuerpo y caer rendida por sus besos.

—¿Qué puedes hacer? No soy yo la más indicada para darte la respuesta —le respondió la anciana con tristeza—. Supongo que, lo primero, tener paciencia y ocultarle que te interesa. No subas, voy a prepararte el desayuno. Espérame sentada en el sillón de tu abuela, o acompáñame a la cocina, si quieres —le pidió.

—No. Te esperaré aquí, mirando a la gente que pasa por la calle, como hacía la abuela.

Minutos después sintió la voz de Alexander, que la llamaba desde el piso superior. Sin decirle nada a Milena saltó de tres en tres los escalones que conducían a la alcoba. Atrapados de nuevo en el fuego de sus cuerpos, hicieron largamente el amor. Sobraron las palabras, que no salieron de sus bocas entretenidas en besarse, más y más. Cuando terminaron, él le pidió su ropa y le anunció que debía marcharse.

—¿No tienes hambre? ¿No te quedas a desayunar?

—Vale, te acepto el desayuno. Después me voy.

—Milenaaa, ¿está ya el desayuno? —gritó ella asomada a la puerta de la alcoba.

—Claro, señorita. Ahora mismo lo llevo, que se va a enfriar.

Se puso una bata, tapó con las sábanas el cuerpo desnudo de su amado y abrió la puerta al ama de llaves, que subía cargada con una gran bandeja.

—Ya la cojo yo. Gracias, Milena.

—Vives como una rica, con una sirvienta que te trae el desayuno a la habitación. ¿Es que no sabes preparártelo solita, o estás enferma de tontería? —preguntó él, entre irónico y malhumorado.

—Ella lo hace encantada, sin que yo se lo pida. Si no te gusta, lo siento. Es lo que hay.

—En ese caso tráeme mi ropa, por favor. Me marcho. Así tendrás ración doble.

—Te lo suplico, Alexander. No te enfades. No he querido ofenderte.

—Déjalo, Adriana. Está claro que pertenecemos a mundos y culturas distintas.

—De acuerdo. Si eso es lo que piensas, vete. Ahora mismo traigo tu ropa.

Ella no podía evitar seguirlo con su mirada mientras se vestía, a la vez que engullía la tostada con mantequilla y mermelada.

—¿Nos veremos otra vez? —le preguntó tímidamente.

—¡Quién sabe! —respondió él como si el asunto no le importara lo más mínimo.

—¿Por qué no me dejas tu teléfono y te llamo algún día?

—Lo he pasado muy bien contigo. Me gustas mucho pero es absurdo pensar que puede haber algo duradero entre nosotros. Mejor será que no corramos el riesgo de jugar a enamorarnos, Adriana.

—No entiendo por qué dices esas cosas, ni qué estás pensando sobre mí. No te he pedido que te cases conmigo. Ni siquiera que seas mi pareja. Me basta con volver a verte.

—El destino dirá si nos volveremos a ver o no. Yo no voy a buscarte ni haré nada para que tú me encuentres. Entiéndelo, que no pareces tan tonta.

—De acuerdo, como quieras. Adiós.

El yugoslavo le dio un beso fugaz en la mejilla y salió de la alcoba. Adriana lo sintió bajar las escaleras rápidamente, como si quisiera huir para siempre de su casa y de su vida. No pudo seguir comiendo. Dejó la bandeja en el suelo con los restos del desayuno y se echó a llorar. Las sábanas de la cama olían a él, y su olor le producía tanto dolor que sentía como si su cuerpo estuviera lleno de heridas sangrantes, que nunca dejarían de supurar... No supo cuántas horas había llorado ni cuántas lágrimas pudo derramar por aquel desconocido. El sol se estaba escondiendo cuando Milena volvió a subir, insistiéndole en que dejara de llorar y comiera algo. Se sentó junto a ella en la cama y le repitió varias veces que ningún hombre merecía tanto sufrimiento.

—Por muy hermoso que sea. Aquí hay muchos así, ya verás. No creas que se trata del único. Y no te amargues, que todos hacen lo mismo: cuando consiguen llevarte a la cama te abandonan. Eso era así en mis tiempos y me temo que no ha cambiado. Las jóvenes de ahora no tenéis reparos en entregaros a un hombre que acabáis de conocer. Que conste que no me parece mal, pero aquí están las consecuencias. Si lo hubieras hecho esperar lo tendrías comiendo en tus manitas, como dicen en mi pueblo.

—No es por eso —respondió sin dejar de llorar—. Se ha enfadado cuando ha visto que subías el desayuno. Me ha llamado niña rica y ha dicho que nuestra relación no tenía sentido, que pertenecíamos a mundos distintos.

—¡Ah! Era eso... —exclamó Milena—. Los checos son pobres pero muy orgullosos. Ya te lo dijo tu abuela.

—No es checo. Es yugoslavo.

—Peor me lo pones. Con la guerra que hay en su país... Llevaría mucho tiempo sin estar con una mujer y te usó para desfogarse. Seguro que vino huyendo, ¿no te lo dijo? Han llegado montones de yugoslavos a Praga desde que empezaron a matarse.

—Sí, vino huyendo. Es lo único que sé de él. No quiso que habláramos de su país, y menos de la guerra.

—Tranquilízate y deja de llorar. Come algo, venga. No quiero que te pongas enferma.

—Ya lo estoy, Milena. Creo que tengo la enfermedad de las mujeres Mákourkova, el estigma familiar.

—No hay médico que cure esa dolencia, señorita. La única que puede hacerlo eres tú. ¿Sabes cómo?

—Haz el favor de no llamarme señorita y contarme qué puedo hacer para librarme del estigma.

—Usar la cabeza antes que el corazón.

—No puedo, no puedo. Con él no puedo. Siento sus ojos clavados en los míos, sus labios que me besan, sus brazos estrechando mi cuerpo...

—Es cuestión de tiempo, nada más. Lo olvidarás y otro vendrá que su hueco ocupará.

—Nooooo, noooo, noooooooooooooooooo...

Intentaba relajarse, pensar en lo que había vivido y asumir con dignidad la derrota amorosa. Quería usar la cabeza, como decía Milena, pero las voces de su corazón sonaban muy fuerte y se lo impedían. ¿Por qué debía olvidarlo, si aún guardaba en la boca el dulce sabor de sus besos? “No, no, no”. Se negaba a resignarse, a creer que él no quería volver a verla, como si la noche que vivieron no le hubiera dejado ninguna huella. Pasó demasiadas horas tirada en la cama, llorando de angustia y aspirando los restos de su olor muy lentamente, como si tuviera miedo de que se esfumaran... El sonido del teléfono la devolvió a la realidad.

—Señorita, llama tu amigo el señor Puch.

La voz de Milena rompió el silencio de la casa. Se secó las lágrimas con las sábanas, con la pretensión de que el aroma que despedían la acompañara en su vuelta a la normalidad, y cogió el teléfono.

—¿Vienes a cenar, querida? Tengo muchas ganas de verte.

—No tengo hambre, Joan. Llevo todo el día llorando.

—¿Qué te ha ocurrido, reina? ¿Es que te han dado ya el presupuesto de las obras?

—Sí, aunque se trata de algo más profundo que eso. Es el amor, que duele mucho.

—¿Por qué no me lo cuentas cenando? ¿O prefieres que pase por tu casa?

—Ven y comemos algo aquí. Después salimos, de verdad.

Estaba deseando hablarle a su amigo sobre la locura de amor que la poseía. El rato que pasó hasta

que llegó se le hizo interminable. Mayor fue la sorpresa. Nunca hubiera imaginado que Joan Puch pudiera conocer a quien tanta pasión le despertara. Sin embargo, así era. El catalán le aseguró que, varios meses atrás, se había quedado embobado mirando a un yugoslavo, con la cara angulosa y los ojos grandes y claros, que llegó al Pavilon con Iván y Bojan. Además, le contó que María Marcos podría darle más detalles, porque una noche fue con unas amigas venezolanas a comprar marihuana al Black Horse y coincidieron con el trío de yugoslavos. Ante las dudas de Adriana sobre si se referían al mismo tipo, Joan insistía en que no podía haber otro igual en Praga, y que él le había puesto *El Hermoso* porque era guapo hasta decir basta.

Viendo que el nerviosismo y la angustia de su amiga iban en aumento, le propuso que fueran al Pavilon a buscar a María para interrogarla, y después al Black Horse, donde podrían encontrar a Bojan y pedirle más información. Necesitaban cruzar todo el distrito uno, el centro histórico de la ciudad, si querían alcanzar el local desde la mansión de la Plaza de la Paz. Un trayecto muy agradable para pasear y disfrutar del encanto de las estrechas callejuelas del casco antiguo, aunque Adriana no quería andar. Joan tenía el coche en el taller, así que tomaron un taxi y en cinco minutos cruzaban la entrada del recinto. Tal como el catalán había previsto, allí estaban Palomares, el director del hotel Kapital, y María, la encargada de relaciones públicas.

—Es Adriana, de la que tanto os he hablado —anunció el recién llegado a modo de presentación.

Ambos hicieron ademán de levantarse, amabilísimos, a saludarla.

—No os molestéis, por favor. Nos sentamos con vosotros, si no os importa —sugirió ella.

Tomaron asiento y Adriana, ansiosa porque la venezolana le contara todo lo referente a quién suponían era su amante yugoslavo, se colocó entre María y Joan y fue al grano.

—Oye, María. ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Dispara. Salvo en lo referente a mi edad, prometo no mentirte.

—¿Recuerdas a un tipo espectacular que, según Joan, es amigo de Bojan? Estaba con él una noche que fuiste a comprarle marihuana con tus amigas de Venezuela. Cuéntamelo todo, por favor. Estoy en ascuas.

—Le compré a Bojan hace cuatro o cinco días y estaba con Iván, su colega. ¿Qué es lo que te interesa, la hierba o Bojan? —ironizó la venezolana.

—Ninguna de las dos cosas —saltó Joan—. Háblale claro, mujer. Le interesa *El Hermoso*.

—¿Otra más para el club de fans del yugoslavo? ¿Pero qué le veis? Las venezolanas no hablaron de nada más durante los días que pasaron en Praga. Señoras, no es para tanto, vamos —comentó Palomares.

—Sí, sé a quién te refieres —asintió María—. Está como un queso gruyère, pero no es mi tipo. Hablo por mí, no por mis amigas de Venezuela, que andaban locas por sus huesos.

—¿Sabes si alguna se lo tiró?

—Ni idea. Yo me fui a casa y las dejé con ellos. Tres con tres. No me contaron lo que hicieron después. Por mi parte, desde luego, tienes el camino libre —especificó—. En caso de que encuentres a tu hombre, claro.

—¿Por qué dices eso? Estuve con él ayer —le susurró al oído—. Si se trata de la misma persona, no creo que se haya marchado de Praga.

—No, tampoco yo lo creo. Te lo digo porque estos yugoslavos son misteriosos y desconfiados. Ni siquiera tengo un teléfono para contactar con Bojan, y eso que hace un par de años que lo conozco y soy buena cliente. Cada vez que necesito comprar marihuana me toca ir a ese antro, el Black Horse, a buscarlo.

—Supongo. A mí me gustaría ir esta noche. Necesito verlo para sacarle información sobre el yugoslavo.

—¿Vais a cenar o quieres salir corriendo en busca de noticias del yugoslavo? —le preguntó Palomares.

—La realidad es que estoy impaciente por averiguar algo sobre el yugoslavo, pero podemos cenar antes. Estoy hambrienta.

—El amor da mucha hambre, querida —afirmó la venezolana.

—Es la segunda vez que escucho esa frase en el día de hoy y estoy como un flan —respondió la aludida.

Pidieron la carta y Adriana eligió un solomillo de ternera a medio hacer.

—Come, come, que esa carne sangrante te dará mucha energía —la animó Palomares—. La necesitarás, porque si a esos amores desbocados le sumas el lío de la reforma de tu casa, te harán falta esfuerzos extras.

—Así es, y no debería despistarme con tonterías amorosas. Lo que tengo que hacer es ponerme las pilas con las obras de la mansión. El tiempo pasa y estoy gastando demasiado dinero sin ingresar nada.

—Conozco a unos constructores franceses que trabajan bien y rápido. El asunto es que, probablemente, sean más caros que los checos —apuntó Palomares.

—Ya tengo el presupuesto de un arquitecto checo. Se llama Milan Trudenska. ¿Tienes referencias tuyas?

—Directamente no, pero me han hablado de él. En su momento contacté con mucha gente porque, como director del hotel, tuve que encargarme de su reforma. María te facilitará los contactos, si los necesitas.

—Te lo agradezco. ¿Y qué te contaron del arquitecto Trudenska, si se puede saber?

—Parece que él trabaja bien. El problema es que está asociado con una constructora que no tiene

muy buena fama. Y Trudenska te exige que, si contratas sus servicios, hagas la obra con ellos. Nosotros nos decantamos por los franceses. Sin embargo, entiendo que el presupuesto de una cadena hotelera no puede compararse con el que disponga un particular.

—Desde luego. Y en nuestro caso el dinero anda muy justo. Si aceptamos el presupuesto de Trudenska necesitaremos un crédito hipotecario.

—Es lo normal. No pierdes nada por hablar con los franceses. Si no te convencen buscaremos a otros.

Adriana estaba encantada con la amabilidad del tal Alberto Palomares, quien le recordaba a ese caballero de la mano en el pecho que inmortalizara El Greco. No le hubiera importado quedarse un rato más, pero estaba impaciente por saber algo sobre su enigmático amante, al que ellos también conocían. Le pidió a Joan que la acompañara al Black Horse y se despidió.

Bojan, precisamente, fue una de las primeras personas que vieron nada más entrar al local. Adriana respiró de tranquilidad y se saludaron efusivamente.

—Mi amiga española, cuánto tiempo sin verte. ¿Ya vives en Praga?

—Sí, hace unos meses. Ayer estuve aquí. Me quedé con las ganas de encontrarte.

—No vine. Me llamó un paisano para quedar, pero andaba con otro “bisnes”. Y tú qué, ¿vas a querer algo?

—¿Conoces a un yugoslavo que se llama Alexander? —le preguntó de sopetón.

—Sí, conozco a uno. Precisamente, el que me llamó ayer. ¿Por qué, lo conoces tú?

—Dame su teléfono —requirió ella sin contestar a la pregunta.

—No, que va. Ni tengo confianza con él ni me ha autorizado a dejar su teléfono a nadie. ¿Para qué lo quieres? Si hablamos de la misma persona, ni es un tipo divertido, ni toma drogas, ni nada. El Alexander que yo conozco, el pintor, es un individuo raro, aunque no parece mala persona.

—Entonces no hablamos del mismo. El que yo te digo vende frutas.

—Sí, creo que se trata de la misma persona. Un gran pintor que trabaja de camionero.

—Llámallo y dile que venga —le pidió en tono mimoso, ante la mirada atónita de Joan.

—No, hoy no sale. Tiene que madrugar mucho para vender la fruta. ¿Por qué te importa tanto?

—Se ha enamorado —respondió Joan.

—No te lo creas —contestó ella, al tiempo que Bojan suspiraba un “¡ah, era eso!” y seguía insistiéndole en que le hablara de ese interés tan especial que parecía sentir por su paisano.

—Nos conocimos ayer. Aquí mismo. Y estuvimos toda la noche follando, si eso es lo que quieres saber.

—Observo que mi paisano se lo monta muy bien. Estás más guapa que el año pasado, por cierto —le dijo sonriendo mientras clavaba la vista en su escote—. No te enamores de ese tío. Es un consejo de amigo. Tiene muchos líos en su vida y, por lo que sé, lo está pasando muy mal.

—Cuéntame, por favor. Desconocía que era pintor.

—¿Pasaste toda la noche con él y no te habló sobre nada de su vida? No, no, menos te voy a decir yo. Soy muy discreto y no quiero líos. Líos ni medio —recalcó—. Lo máximo que puedo hacer por ti es invitarte a una movidita que tenemos en el estudio de mi novia la semana que viene, el sábado. Creo que él vendrá.

—Te lo agradezco muchísimo. ¿Qué movidita es esa?

—La organiza mi chica, a la que aún no conoces. Es una pintora americana y quiere montar unas rebajas de arte en su estudio. Tiene mucha obra y necesita darle salida. Estás invitada, como si fuera una casualidad. Él no puede saber que me hablaste de lo vuestro ni que te invité para que lo encontraras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sin problemas. Todo será una casualidad. Me haré la “longuis”, descuida.

—¿Estás contenta, eh? —le preguntó Joan—. Ya sabes que lo verás el sábado.

—En caso de que venga —puntualizó Bojan—. Mi paisano es un poco raro, te lo acabo de decir. Mi novia le insistirá porque está muy interesada en mostrarle lo último que ha hecho.

Adriana pasó la semana en ascuas, contando los días, las horas y los minutos que faltaban para el deseado encuentro. Cada noche, sin pretenderlo, sus pensamientos volaban raudos hacia los brazos de su amante yugoslavo. ¿Cómo iba a tirarse al arquitecto si hasta el último rincón de su ser estaba envuelto en el recuerdo de las caricias de otro hombre? Los interrogantes sobre la cita inminente inundaban cada una de sus neuronas. Se esforzaba en vano por conciliar el sueño. El recuerdo de las manos del hermoso paseando por su cuerpo se mezclaba con las obras y los ladrillos, aderezado con el disgusto que tenía por el elevado coste de la reforma de la mansión.

El día del acontecimiento se levantó feliz. Había muchas posibilidades de que esa misma noche volviera a ver al yugoslavo. Después de desayunar, telefoneó a Joan.

—¿Vas a acompañarme a la fiesta de la novia de Bojan? No me gustaría ir sola.

—Allí encontrarás compañía y yo te resultaré un estorbo. Te enrollarás con tu amigo y me dejarás solo entre el mundo yugoslavo. Me da mucho corte. Seguro que todos saben que soy marica.

—¿Y qué? También sabes tú que ellos son traficantes. Joan, te lo advierto: no tienes excusa para dejarme sola. Además, no pienso ponerle las cosas fáciles al hermoso. Me haré la interesante, descuida.

—De acuerdo, te acompañaré —aceptó—. ¿A qué hora vamos a quedar?

—El evento empieza a las siete. Nosotros iremos a las ocho, ¿vale? La gente importante se hace esperar.

Hasta que llegó la noche, Adriana se dedicó a cuidarse. Se puso una mascarilla en la cara y otra en el pelo, se depiló e hidrató su piel hasta dejarla suave como la de un bebé. No quiso vestirse



elegante y se enfundó unos tejanos ceñidos y una simple camisa blanca. Eso sí, con detalle sexy: la puntilla de encaje de su sostén blanco sobresalía ligeramente del escote. Encima, una cazadora de plástico del mismo color, además del abrigo. Estaban en pleno invierno y la temperatura exterior bajaba de los cero grados.

—¡Qué sencilla! —exclamó Joan al verla—. ¡Cómo se nota que no quieres que te vuelva a confundir con una niña rica! Vamos, tengo el coche en la puerta de la agencia.

—¿Y si cogemos el metro?

—¿Por qué? ¿Temes que te vea llegar en mi cochazo? No seas tonta, no va a estar en la puerta esperándote.

Mal pronóstico. Alexander no la esperaba en la puerta, pero la casualidad quiso que se asomara a la ventana justo cuando el imponente Volvo negro de Joan Puch aparcaba en la entrada del edificio.

—Mira, hermano, Bojan ha invitado al maricón del Pávilon. Ese es su coche. ¿Y quién es la tía que va con él? —preguntó Iván, que estaba en el balcón junto a Alexander. Llamó a su amigo, que charlaba con su novia en el interior de la vivienda—. ¡Bojan!, ven, ¿has visto eso? Acaba de aparcar el cochazo del tal Puch. ¿Lo has invitado tú? Viene con una tía muy guapa. ¿Qué harán las mujeres guapas con esos individuos?

—Nada, supongo. Es su amigo. A muchas tías les gusta la amistad de los gais. Sí, he invitado a los dos. Como tienen pasta puede que compren algún cuadro de Pamela.

—¿Conoces también a la chica? —intervino Alexander.

—Sí, es española y muy simpática. Vive en un palacete en Vinohrady. La vi por primera vez el año pasado. Vino de vacaciones y me compró hierba. Ahora se ha mudado a Praga. ¿Por qué lo preguntas?, ¿es que la conoces tú?

—No tengo el gusto —terció Iván—. Me presentaré en cuanto suba.

—No me refería a ti, listo. Le preguntaba a este.

—La vi una noche en el Black Horse. No me interesa. Tienes el camino libre, Iván, si tanto te gusta.

Bojan les abrió la puerta cuando llamaron. Antes de que tuviera tiempo para presentarles a sus invitados, Iván salió al encuentro de Adriana.

—Hola, me llamo Iván. Tengo treinta años. Sé hacer de todo y no me va mal en la vida. Cuando cumpla cuarenta me habré convertido en un millonario. Te lo aseguro.

—Lo celebro, Iván. Yo me llamo Adriana. Soy algo mayor que tú y no tengo ni idea si algún día seré millonaria —le contestó riendo.

Bojan sirvió unas cervezas a los recién llegados e hizo las presentaciones entre Adriana y su novia, a la que Joan ya conocía. La pintora, tan delgada como locuaz, les empezó a mostrar su obra, que cubría todas las paredes de la casa, y a hablarles de cuadros y técnicas. El catalán se fijó en un

lienzo grande que mostraba dos cuerpos desnudos, como en sombras.

—¡Ah! Te gusta la sábana... Pues esa te la dejo barata. Está pintada con tinte de la ropa.

Mientras la artista les contaba la vida de sus cuadros, Adriana sintió que el yugoslavo la miraba. Se encontraba frente a ellos, sus ojos clavados en los suyos, aunque no le habló. Ella le dedicó una tímida sonrisa. Él seguía mirándola fijamente. Iván se percató de su atención.

—Para no interesarte la española no le quitas el ojo de encima, hermano.

—Bueno, no me interesa para que sea mi novia, pero reconozco las ganas de darle un buen revolcón.

Adriana estaba turbada por la intensidad de sus miradas. Sus ojos la desnudaban y su cuerpo se debatía entre el calor y los escalofríos. Bojan le presentó a muchos yugoslavos, que la saludaban y le hacían preguntas, aunque su cabeza no regía. De repente sintió que la anfitriona se disponía a hacer lo propio.

—Este es Alexander, otro pintor —los presentó Pamela.

—Ya nos conocemos —afirmó él—. Me alegra saludarte de nuevo.

—No sabía que eras pintor. Como me dijiste que vendías fruta...

—Claro, porque eso es lo que me da de comer. La pintura es una afición.

—No lo creas —respondió Pamela—. Estudió Bellas Artes y es un genio. El problema es que se le ha metido en la cabeza trabajar de camionero en lugar de darle a los pinceles.

—No empieces con tus sermones, Pam. Me voy por una cerveza.

Ella lo siguió hasta la cocina. Por un momento estaban solos. Él, de espaldas a la puerta, agachado mientras cogía una cerveza del frigorífico. Adriana aprovechó la ocasión para abrazarlo por detrás.

—Si Pamela no llega a presentarnos, ¿no pensabas dirigirme la palabra en toda la tarde?

—No —respondió él, volviéndose—. Ahora que nos hemos vuelto a conocer y te tengo aquí me dan ganas de arrancarte ese sujetador de encaje que llevas y comerte los pezones.

—Cierra la puerta y hazlo —le respondió ella.

—No. Se trataba de una tentación. No sería lo correcto.

—Déjate de tonterías, Alexander. Vamos a mi casa. Lo estamos deseando los dos. Tú mismo dijiste que hay que aprovechar las oportunidades de disfrutar que nos da la vida.

—Sí. Lo dije y lo pienso. Sin embargo, eres tú la que no vas a aceptar una relación centrada en el sexo. Yo no puedo darte otra cosa.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes tú sobre lo que yo quiero o no quiero aceptar? Ahora mismo, mi mayor deseo es sentirte dentro de mí. Lo que querré mañana, ni lo sé ni me importa.

—En ese caso, vamos —aceptó mientras la atraía hacia su cuerpo, haciéndole que sintiera su

miembro erecto tras la bragueta—. ¡Me la pones muy dura, mira cuánto!

Se despidieron de los anfitriones y abandonaron la fiesta. Adriana dejó a su amigo Joan Puch con una media sonrisa, rodeado de varios jóvenes yugoslavos.

—¡Qué envidia me das, querida! —le dijo a modo de despedida.

Tomaron un taxi y se acomodaron en el asiento de atrás. El yugoslavo empezó a besarla al tiempo que desabrochaba el botón de sus pantalones y acariciaba su sexo húmedo.

—¡Qué caliente estás, nena, cómo me pones! —le susurraba al oído mientras Adriana se deshacía de placer e intentaba reprimir sus gemidos.

—Aguanta un poco, que vamos en un taxi. Sé discreto —le pidió.

—Te deseo, te deseo mucho —le susurraba mientras le comía el lóbulo de la oreja y ella sentía un cosquilleo por la espalda que se subía a la cabeza, transportándola a un paraíso terrenal que, de existir, era eso.

El taxi aparcó en la puerta de la mansión. Él pagó mientras ella rebuscaba las llaves en su bolso. Entraron y reinaba el silencio. No encontraron una sola luz encendida, señal de que Milena estaba ausente o se había retirado a su habitación. Hicieron el amor allí mismo, en el sofá donde se sentaban las amigas de la abuela. Subieron a la planta superior, ambos desnudos y sudorosos, con la ropa en las manos, y la tiraron en el suelo junto a los pies de la cama. Se besaron lentamente, como si intentaran detener el paso del tiempo. Ella cabalgó encima de su cuerpo hasta que los dos alcanzaron el segundo orgasmo.

—¿Tienes hambre? Podemos preparar algo para comer.

—Sí, luego. Déjame mirarte un rato. No te vistas. Así estás preciosa.

—Tengo frío.

—¿Frío, conmigo aquí?

—La caldera también necesita reparaciones, como todo en esta casa. Y tú me pones al rojo vivo, lo confieso, pero no eres un sistema de calefacción. Te recuerdo que estamos casi en febrero. Hace mucho frío.

—Acércate. Verás qué pronto te caliento.

—¿Otra vez? ¿No estás cansado?

—De hacer el amor no me canso nunca. ¡Qué belleza! —le decía tocando uno de sus pezones—.

Me gusta tu boca, me gustan tus pechos, tu piel suave. ¡Qué feliz me haces!

—Me alegra escucharlo. Como dijiste que no querías volver a verme, pensaba que la primera vez que estuvimos juntos no te gustó mucho.

—No es así. Lo que te dije es que no quiero amoríos ni relaciones. Y mucho menos, compromisos.

—Está bien, ha quedado claro. ¿Comemos algo, entonces?

—De acuerdo —le contestó mientras sonreía y pellizcaba sus nalgas desnudas.

Ella abrió el armario y cubrió su desnudez con un kimono rojo.

—Pareces una geisha, mi geisha privada. Demasiado para un hombre pobre como yo.

—Te pones patético con lo de la pobreza. Tampoco yo soy rica. Ya te lo dije. La casa está igual que cuando viniste la primera vez. Aún no he podido empezar las obras. De momento voy a preparar algo de comer. Espérame aquí o, si lo prefieres, baja y me ayudas; también puedes quedarte sentado en el sillón de la abuela, mirando a la gente que pasa por la calle. Es uno de mis deportes preferidos en Praga. Te lo recomiendo.

Optó por el sillón de la abuela. Adriana empezó a trastear en la cocina y cuando fue a poner la mesa se dio cuenta de que las lágrimas asomaban a los ojos claros de su amado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan triste? —le preguntó.

—Me asaltan recuerdos tristes cada vez que veo pasar la vida a través de una ventana.

—Pues no lo hagas. Si es por eso, la cerramos.

—A ti te resulta todo muy fácil... Yo no puedo hacer borrón y cuenta nueva en mi vida. He sufrido mucho. A veces siento que no tengo fuerzas para subsistir con tanto dolor.

—He preparado huevos con beicon. Háblame de tu amargura mientras comemos. Si te sigues tragando la mierda, te estallará por dentro y enfermarás. Tengo todo el tiempo que quieras para escucharte.

—Pasé muchos meses encerrado en un cubículo de dos metros cuadrados, con un ventanuco desde el que miraba los horrores de la guerra y los pintaba. La esposa de mi hermano y su hija se suicidaron. Las dibujé muertas en el suelo. No puedo olvidarlas y tampoco he podido cumplir lo que María me pidió antes de que ocurriera la tragedia. Ni siquiera me he esforzado en hacerlo. No soy capaz de enfrentarme a la vida, ni de permitir que cicatrice la herida que la tragedia de los míos dejó en mi ser. Es como si un mal interior me negara la posibilidad de ser feliz. Si algún día estoy bien, como hoy lo estaba contigo, me asaltan los pensamientos amargos. Parece que estoy condenado a sufrir por lo que hice, o por lo que dejé de hacer. Mi hermano seguirá matando a inocentes por la gloria de no sé qué patria. Yo no creo en las glorias ni en las patrias. Odio las armas y las guerras. Soy un cobarde, ¿verdad?

—No, no lo eres. Eso lo dicen los políticos porque les interesa que nos traguemos el discursito del orgullo patrio y la cobardía del que no lo siente. Tú eres pacifista y eso, tratándose de un... ¿serbio? no significa ser cobarde, sino todo lo contrario. Si te has negado a luchar y has huido eres muy valiente, te lo aseguro.

—Sí —reconoció—. Soy un puto serbio —dijo despacio, recalcando todas las letras de la palabra.

—Ni puto ni serbio. Ahora vives en Praga, un lugar de ciudadanos del mundo. Aunque no seas capaz de olvidar la guerra, tus remordimientos desaparecerán. El paso del tiempo borrará los malos recuerdos y conseguirás emprender lo que prometiste a tu cuñada antes del suicidio. ¿Qué es, si puede saberse?

—Mierda, mierda... —fue toda su respuesta antes de romper en un llanto agónico y desesperado, como el de un niño pequeño al que quitan su juguete preferido.

Adriana bajó las persianas y la casa se quedó en penumbra. Se acercó a él y estuvo un buen rato acariciándole la cabeza y secándole con sus labios las lágrimas que surcaban su pálido rostro. Oyó ruidos en la habitación de Milena y propuso a Alexander que volvieran arriba.

—No, prefiero irme. Son casi las doce de la noche.

—Te recomiendo que te quedes a dormir. Volver a casa de madrugada no hará que te sientas mejor. Relájate. Vamos a descansar, o a seguir hablando. Lo que prefieras.

—Puede que tengas razón.

Volvieron a la cama y se abrazaron.

—El dibujo. El de ellas y el resto de los dibujos de la guerra. Quería que los enseñara al mundo para que el horror quedara retratado en la conciencia colectiva —le reveló de un tirón que acuchilló el silencio.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque no he tenido valor para terminarlos. Ni tendré medios para exponerlos —precisó.

—Aquí puedes hacerlo. Hay mucho espacio y yo te ayudaré.

—No quiero darte problemas, ni que te molestes por mis asuntos.

—Nada de lo que se hace por amor representa molestia.

—No me hables de amor, soy incapaz de sentirlo. Y no te enamores de mí, ¿vale?

—Eso no se elige, se siente y punto. Tranquilízate, por favor. Tendrás tiempo para todo. Incluso para aprender a amar, aunque ahora lo percibas como algo muy remoto.

Él asintió y se quedaron dormidos. Cuando Adriana despertó a la mañana siguiente, constató con amargura que estaba sola en la cama. Bajó las escaleras resignada, consciente de que lo ocurrido era previsible. Entró en la cocina y le preguntó a Milena si lo había visto salir.

—Sí. Se marchó muy temprano. Yo sentí pasos y salí a cotillear, cosas de vieja. Me pidió el teléfono de la casa y un bolígrafo para escribirte una nota.

—¿Te pidió el teléfono y me dejó una nota? Vamos, dámela, ¿a qué esperas?

—Ahí la tienes, encima de la mesa. Corre, Mákourkova, corre.

—Me llamas Mákourkova con recochineos. Eres una mala pécora.

—Sí. Hija y nieta de Mákourkovas. Y enamorada como una boba. Ya me lo temía. Allá tú,

advertida estás.

—Sí, estoy enamorada. Pero no soy boba, ¿de acuerdo? Mira, en la nota dice que me llamará —anunció emocionada—. ¿Le diste el teléfono, verdad?

—Sí, se lo di. No por mi gusto, sino por ti. Que conste —precisó la anciana.

—Buena chica —le contestó ella soltándole un sonoro beso en la mejilla.

Alexander caminó a paso lento durante varios kilómetros en la invernada, aunque soleada, mañana de domingo. Su amigo Jan salió a su encuentro cuando llegó a casa.

—¡Vaya andanzas, tío grande! ¿Dónde has pasado la noche? ¿Con una mujer o de juerga?

—Creo que lo primero —respondió él en tono grave.

—Pobre Teresa. Me temo que le has encontrado sustituta. ¿Es guapa, al menos?

—Sí, mucho. Aunque estoy muy confundido. No sé si debo volver a verla.

—No renuncies al amor. A todos nos llega y no hay que dejarlo pasar —le aconsejó.

—No me he enamorado ni pienso hacerlo, Jan. Lo que ocurre es que soy un macho, y los machos somos esclavos de nuestra sexualidad. Ellas se enamoran, tienen sentimientos... Nosotros, en cambio, nos limitamos a estar pendientes de lo que mande nuestra polla. Como sabes, pasé mucho tiempo sin estar con una mujer, ya te lo dije. Volví a disfrutar del sexo con Teresa y ahora no puedo vivir sin él. Lo necesito tanto como comer.

—Lógico. Los hombres alcanzamos la plenitud sexual entre los 30 y los 40. Tenemos la misma edad. Yo tampoco puedo vivir sin sexo. Si Verónica no tiene ganas me lo monto yo mismo porque no se me baja —confesó riendo socarronamente.

—Pues lo mío de anoche fue horrible. Después de hacer el amor dos veces, lloré como un idiota. Recordaba a los míos y a la guerra. El miedo y la angustia me invadieron.

—¿Y qué hizo ella? ¿Te vio llorar?

—Claro. Me acarició, me consoló y me animó a exponer los dibujos de la guerra. Prometió ayudarme.

—¿En serio que prometió ayudarte? Entonces estás de suerte. Lo que tienes que hacer es terminar tus dibujos, o al menos, los que más te gusten. Ya te dije que si no puedes trabajar y pintar a la vez, dejes el camión por un tiempo. Nos las arreglaremos mi padre y yo, como hacíamos antes de que tú llegaras. Pinta, amigo, tienes que seguir pintando —lo animó—. Termina, al menos, el cuadro de María y Sara. Ahora no tienes excusa porque se han ofrecido a ayudarte. ¿A qué se dedica ella? ¿Acaso te tiraste a una galerista?

—No. No sé muy bien a qué se dedica. Es española y heredó una mansión en Praga, cerca de Wenceslao. Dice que va a restaurarla para organizar fiestas, o algo parecido.

—¡Que negocio más original! ¿Y quién irá a esas fiestas?

—Los ricos, claro. En esta ciudad hay un mundo que desconocemos. Gente que vive pensando en

divertirse y entregada a los placeres que da el dinero. Un mundo al que nosotros no podemos ni acercarnos.

—Pues tú lo has hecho.

—No. Yo me metí en su cama, no en su mundo. La primera vez que la vi fue en un local al que me llevaron mis compatriotas. Esa noche estaba solo porque Bojan no quiso salir. Ella también llegó sola. Me resultó extraño ver a una mujer tan elegante en un antro como ese. Le hice una seña para que se acercara. Me obedeció, intercambiamos unas palabras y me invitó a su casa. Fue así de fácil. Hicimos el amor toda la noche. Por la mañana me marché y le dije que no me interesaba volver a verla.

—Te pasaste, pero no creo que le importara mucho... Ayer te volvió a invitar. ¿La encontraste en el mismo sitio? Además, se ofreció a ayudarte con tus cuadros. ¿Qué haces para que las mujeres te traten tan bien?

—Estuve en casa de la americana, la novia de mi paisano. Intentaba dar salida a parte de su obra y reunió en su estudio a un grupo de gente adinerada de la ciudad.

—¿Ella estaba allí? ¿Y tu amigo, cómo conoce a ese tipo de gente?

—Tiene negocios y relaciones. Él y su socio son decoradores, por lo visto. De eso conocen a gente de la buena sociedad, o como se llamen. No sé si la americana les vendió algún cuadro porque mi amiga y yo dejamos la reunión y nos fuimos a la cama.

—¿Ella no le compró nada?

—No, no. Dice que no es rica, que ni siquiera tiene dinero para restaurar su casa.

—¿Cómo es la casa?

—Muy grande. Diría que impresionante. He estado dos veces y no la conozco del todo. Supongo que se trata de una construcción muy antigua porque el deterioro es evidente. Arreglar eso costará un dineral.

—¿Vas a volver a verla?

—Espero que sí, aunque ayer ni siquiera me despedí. Salí pitando antes de que se despertara. Las escenas de amor y romanticismo por la mañana me ponen muy nervioso. Cuando iba a marcharme me tropecé con la vieja que vive con ella. Le pedí el teléfono y le dejé una nota para Adriana. Ojalá no se haya enfadado, porque pienso llamarla el próximo fin de semana. Tenemos un trabajo duro, compañero. Y cuando llegan los días libres el mejor descanso para mí es un buen polvo.

—No voy a meterme en tu vida, aunque debo recordarte que Teresa no aceptó una relación basada solo en el sexo. Y puede que su sustituta tampoco lo haga. ¿Y mi hermana? ¿Qué me dices de Bárbara?

—Que es una chica estupenda, aunque con ella no quiero nada. A Bárbara no le haría daño. Es

muy joven y es tu hermana. Puedes estar tranquilo. No la tocaré.

—Si no pretendes nada serio con ella, es mejor que no lo hagas. Ya le hablaré y le aconsejaré que ni te mire. Mi pobre hermanita te tiene fichado. Está pendiente de tus pasos. Fue ella la que me dijo esta mañana, cuando desayunábamos, que no habías dormido en casa.

—Somos amigos desde hace años, Jan. Eres la persona que más cosas conoce de mi vida. Sabes lo que he sufrido y debes aceptar mi actitud, aunque no la entiendas. Te lo pido en honor a nuestra vieja amistad.

—Yo la acepto. Pero puede que seas tú el que te conviertas en verdugo y víctima de esa negación obsesiva del amor. Ojalá tu nueva amiga, que debe ser una mujer con mayores recursos que Teresa, logre sacar de ti sentimientos más nobles. Seguro que los tienes.

—¡Uf...! —contestó Alexander por toda respuesta.





# IX. MERIENDAS

Los domingos, Caballo descansaba de su trabajo en el hotel Kapital. Adriana lo sabía y lo invitó a merendar en la habitación de la ventana. También llamó a Joan. ¿Quién mejor que dos gays para escuchar sus cuitas de amor? Eran sus mejores amigos en Praga y se sentía desolada. Cuando estaba convencida de que su relación avanzaba porque Alexander había llegado a confiar en ella y a desahogarse a su lado, el desengaño sufrido al despertar sola en la cama la llenó de tristeza y rabia, mezcladas con el dolor de la ingratitud.

—Salió huyendo —afirmó furiosa—. Estuve casi toda la madrugada consolándolo y tuvo la poca delicadeza de largarse sin despedirse. Es un egoísta y un capullo, con su maldita guerra y sus lágrimas de cocodrilo.

—Te dejó una nota y seguro que te llama —la consoló Caballo—. Estás demasiado triste para haber follado anoche. Doy por hecho que hubo sexo. No me creo que fuera a tu casa a contarte sus penas.

—Eres una zorra, Caballa. A ti te va a hablar de sus intimidades —terció Joan.

—¿Y por qué no? Yo le conté a ella las mías la primera vez que nos vimos.

—Dejad de discutir, chicos. Por supuesto que follamos. Tiene un cuerpo perfecto y me vuelve loca.

—¿Y de polla, cómo anda? —siguió preguntando Caballo con socarronería.

—Estupendamente. La tiene preciosa. De ese hombre me gusta todo, me lo como todo. No hay ni un solo centímetro de su cuerpo que no hayan probado mis labios —respondió ella con gesto de orgullo.

—¿Y los suyos?

—Igual. Cada centímetro de este cuerpo serrano ha sido premiado por sus besos —asintió levantándose y contoneando la cintura, al tiempo que mostraba la sonrisa propia de una mujer enamorada—. En la cama —prosiguió— es generoso y desinhibido, como me gustan a mí los hombres. ¿Y tú, qué tal en la fiesta, Joan?

—¿Qué fiesta? Se acabaron las cervezas al poco tiempo y la gente se marchó. Le compré un lienzo a Pamela. No era excesivamente caro y me gustó mucho. Es muy sugerente, quedará genial en mi habitación.

—¿El de los desnudos? ¿El que dijo que había hecho con tinte de la ropa? Tienes buen gusto. Yo, por desgracia, no puedo invertir en arte ahora. Es más, esta semana necesito hablar con mis hermanos. Ya tenemos el presupuesto y todo listo para empezar la obra. Lo que nos falta es el dinero y no nos quedará más remedio que tirar de crédito. Estamos obligados a asumir el riesgo. No hay otra forma de hacerlo.

—Pues ayer me tiré al director de un banco. Te lo puedo presentar —reveló eufórico Caballo.

—¡Eres genial! —exclamó Adriana—. ¿De qué banco se trata?, ¿cómo fue el encuentro?

—También fue mi día de suerte, reina. No solo el tuyo.

—¿El mío? De eso nada. Te acabo de contar que Alexander se marchó sin avisarme. Me dejó con las ganas de empezar el día junto a él. ¡Con lo que me gustan los polvos mañaneros...! A ti te fue mejor, ¿o no?

—Sí —sonrió—. Esta vez, en lugar de buscar yo hombres para alguien, me lo buscaron a mí. ¿Qué os parece?

—Que tu zorrería no tiene límites. ¿Quién te presentó al del banco? —quiso saber Joan.

—La Cruella, que es muy rica y está muy bien relacionada. Vino a cenar con él y me esperaron tomando una copa hasta que terminé de trabajar. Parece que al tipo le gusté y terminamos en mi apartamento. Me encanta llevarme a la cama a un macho casado que disimula su mariconeo. Un cincuentón sin pluma. Me recordaba a ti cuando estás en tu despacho de la agencia de viajes, que pareces hasta un hombre...

—Y lo soy. No como tú, reina de las plumíferas. Lo que tienes que hacer es presentárselo a Adriana para que le consiga un crédito en buenas condiciones. Y no le cobres por la gestión, que va muy justa.

—Yo cobro únicamente a las busconas, no a las amigas. Te ayudaré encantado, aunque será mejor que le pida el favor a la Cruella y que ella te concierte una reunión con el banquero. Lo conoce del mundo de los negocios. Yo te acompañaría pero tengo miedo de que se asuste al ver en su trabajo a una plumífera, como me llama la Simoneta, y se estropee el asunto. Hay que ser muy cuidadosa con las ejecutivas de doble vida.

—Me encanta que hables de todos en femenino. Sí, tienes razón en lo que dices, se nota que te han enseñado bien. ¿Y cuándo puedo conocer a la tal Cruella?

—En realidad se llama Ekbert von Stancovich. Acuérdate y no metas la pata, que se pone muy digna. Podemos llamarla ahora y pedirle que contacte con el del banco para que te reciba en su despacho.

—Te lo agradezco mucho. Me llevaré las escrituras de la casa para aligerar el asunto. Tengo mucha prisa, Caballo. Me estoy puliendo mis ahorros en vivir. El tiempo pasa y mi margen son tres años, ni uno más.

—¿Por qué tres años, si se puede saber?

—Mira que eres cotilla —lo interrumpió Joan.

—Es la máxima excedencia que me dan en mi trabajo de Madrid. Cuando llegue ese momento, o el negocio de la mansión marcha sobre ruedas, o tengo que volver a mi puesto y dejar de vivir en Praga.

—Aquí hay mucha rica aburrída. Estoy seguro de que la empresa de las fiestas funcionará.

Adriana le estampó un sonoro beso en la cara. Disfrutaba regalando besos a quienes le alegraban la vida. Y Caballo era una de las personas que más la habían hecho reír desde que llegó a la capital checa.

El día de la cita con el banquero se levantó con la sensación de estar pletórica de energía positiva. Se puso un traje de chaqueta azul marino, sobrio y elegante, y se marchó caminado hasta Wenceslao, donde se encontraba el banco. El director la estaba esperando y la reunión se desarrolló en un clima muy cordial. El caballero examinó con detalle la documentación que Adriana le aportó y dedujo que el capital necesario para las obras no alcanzaba ni al veinte por ciento del valor de la vivienda.

—Cualquiera se ofrecería a darte ese préstamo. Yo podré conseguírtelo en unas condiciones muy buenas. Para tres millones de coronas, no para cinco —especificó.

—Ya. El problema es que necesito cinco.

—Escucha, te voy a ser muy sincero. Si te las arreglas con tres, tendrás el dinero en una o dos semanas y a un interés muy bajo. Te digo tres porque para darte esa cantidad no necesito autorización de mis superiores. Puedo decidir yo mismo las condiciones. Pero si realmente necesitas los cinco, hay que pedir más permisos y formalizar una mayor cantidad de documentos. La concesión del dinero podría demorarse unos meses. Lo tendrías de todas formas, aunque te saldría algo más caro. Mi consejo es que estudies la posibilidad de hacer menos obra, o de que alguien te preste los dos millones que faltan.

—Desde luego que la estudiaré. Le agradezco mucho su ayuda.

—Es necesario que el préstamo sea avalado por la firma de todos los propietarios de la vivienda, tanto si optáis por los tres como por los cinco millones de coronas —le advirtió.

—Me lo imaginaba. ¿Tendrán que venir a Praga, entonces?

El banquero asintió.

Poco tiempo después, los hermanos Molina Beltrán aterrizaron en la capital checa para estampar su firma en una aventura empresarial que cambiaría sus vidas. Se llamaba “La Mansión”. Iba a ser dirigida por la primogénita de la familia, Adriana, y contaba con el preceptivo socio checo: Milena Horskova, ama de llaves y heredera de la abuela, que se brindó encantada a invertir en el negocio de “su niña” gran parte de la herencia. De esa forma, los flamantes empresarios consiguieron su primer objetivo: hacer las obras con un crédito de tres millones de coronas, quince en pesetas españolas. Tampoco el arquitecto Trudenska escatimó esfuerzos. Volvió a la casa, midió de nuevo, se devanó los sesos, cambió los planos y consiguió diseñar una reforma más barata y funcional, aunque no fuera la que él hubiera hecho por su propio gusto. Se limitó a restaurar, respetando casi al completo la

estructura original de la vivienda.

A Adriana le gustó mucho el nuevo diseño, y el precio, aún más. Había conseguido bajarlo casi millón y medio de coronas, pero sus hermanos tendrían que pasarse el verano picando y pintando paredes. Los salones de la planta baja no cambiarían y el antiguo comedor de los abuelos, ampliado con las habitaciones contiguas, quedaba transformado en uno mucho más espacioso, según le indicó Trudenska. Una cocina industrial y acondicionada era, a juicio del arquitecto, la mejor inversión para conseguir multiplicar los beneficios desde el principio. También Joan Puch lo veía así. Se lo comentó mientras conversaban en la habitación de la ventana, una de las muchas tardes en que acudía a la mansión a merendar después de terminar su jornada en la agencia de viajes.

—Está claro. Si las comidas se preparan en casa obtendréis mayores beneficios que si tenéis que buscar un servicio externo de catering. Además, la cocina tiene la ventaja de que el cliente podrá elegir el menú que se le antoje, mientras que si lo encargas fuera, deberá conformarse con lo que haya. Y ya sabes cómo funcionan aquí las cosas: lo que se puede pagar es malo, y lo que es bueno tiene un precio desorbitado.

—Sí, desde ese punto de vista, estás en lo cierto. Te ha faltado pensar quién preparará la comida. Un buen cocinero en nómina es un lujo que, nada más empezar, no podremos asumir.

—No tenéis por qué hacerlo desde el principio. Podéis buscar a uno para cada fiesta, o al mismo si vale. Le pagáis el día de trabajo y punto. Si todo va bien y organizáis tres o cuatro eventos a la semana, lo contratáis de forma estable. En ese caso habrá dinero. Lo que hace falta es que empecéis ya con las obras.

—Será justo cuando deje de nevar. Me ha dicho el arquitecto que si quiero que vengan los chicos a pintar en verano hay que ponerse a trabajar ya. Y lo del préstamo va bien rápido, gracias al banquero de Caballo.

—Te felicito por haberle sacado algo a la Caballa, que es de la banda del puño, o querrá convertirse en la más rica del cementerio. A mí no me ha invitado jamás a una cerveza y mira que le dejo beneficios.

—No seas tan duro con él, te lo ruego. Ha tenido muy mala vida. Lo sé porque me la ha contado de cabo a rabo. Es normal que sea prudente con el dinero y quiera tener sus ahorros para cuando las cosas no vayan tan bien. Ten en cuenta que ni la profesión de chulo, ni su actual empleo en el Kapital, le van a durar hasta que se jubile. Debe ser prudente, ahora que es joven. Si se dedica a gastar todo lo que gana no tendrá donde caerse muerto cuando llegue a viejo. A mí no me parece mal. ¿A ti sí?

—No. Si lo miras desde ese punto de vista, no. Sin embargo, me jode que nunca se tire el rollo conmigo. Es que los polvos me salen muy caros, Adriana. Estoy obligado a pagar por partida doble: a él y al muchacho que me busque. Cobra por adelantado y nunca ha sido capaz de decirme: “vale, Simoneta, hoy estás invitada”. Además, voy a confesarte una cosa: ella no llegará a vieja. Es una

viciosa y morirá de cualquier enfermedad, porque no controla nada. Se pudrirá por dentro —sentenció.

—Y tú, ¿cómo eres tan bruja? No digas esas cosas ni en broma. No hay que airear los malos pensamientos porque se cumplen. Además, no entiendo que os despellejéis de esa forma siendo amigos. Y no me mires con esa cara, que yo también puedo ser viperina, pero no con los amigos. A los amigos se les quiere y se les ayuda, no se les pone a parir. Para eso ya están los amantes, que nos dan más juego.

—Sí, claro. Eso no lo dirás por ti, que ahora el yugoslavo te debe tener muy contenta. No has vuelto a hablar de él desde el día que merendamos juntos Caballo, tú y yo. Y sé que lo ves, porque de lo contrario te pasarías la vida llorando, y se te nota bien feliz.

—Estoy muy contenta por lo de las obras y porque todo vaya funcionando.

—No te hagas la sueca. Sabes que hablaba del hermoso. No te he llamado ni un solo sábado. Tenía miedo de interrumpir tu jornada amorosa. Y como no das señales de vida hasta bien avanzada la mañana del domingo, he deducido que andabas en mejor compañía —ironizó.

—¿Es que vas a ponerte celoso? Claro que estaba con él, pero tampoco tú y yo hemos tenido muchas ocasiones de hablar a solas. Sí, efectivamente. Me llama todos los sábados, entre las seis y las siete de la tarde, siempre a la misma hora. Viene a casa, follamos como leones, se queda a dormir y el domingo por la mañana se va. Me hace muy feliz, pero también tengo mis miedos. No creas que me libro.

—Miedo a que llegue un sábado en que no suene el teléfono.

—Así es. Si ocurriera me pondría de los nervios, ya lo sabes. No soportaría vivir sin sus besos. Cuando lo pienso me entra un sentimiento de impotencia tremendo, porque no puedo hacer nada para evitar esos temores. Si quiero seguir viéndolo tengo que conformarme con lo que hay. Y lo que hay son unos polvos estupendos, nada más. Se ha encargado de dejarme muy claro que no quiere saber nada de amoríos, y mucho menos, de compromisos. A veces, cuando me besa tan apasionadamente, me entran unas ganas locas de decirle lo mucho que lo quiero. Me reprimo porque tengo miedo a que me rechace. Me resulta muy difícil entender, y más aún asumir, que un hombre que te hace el amor con esa pasión no sienta nada por ti. No puedo concebirlo. Si pienso en ello me hincho de llorar. Por eso no pienso y procuro no hablar del tema para no enfrentarme a la realidad, como ahora. Porque la dura realidad, Joan, es que estoy enamorada, muy enamorada, y que nunca he sentido por nadie lo que siento por ese hombre. Y que él, el amor de mi vida, parece que solo me quiere para desahogarse los sábados. Lo acepto, sí, porque no tengo más remedio. No creo que haya otra forma de permanecer a su lado. Dicen los católicos que cada cual lleva su cruz en esta vida. Yo no soy católica, aunque esa es la cruz que me ha caído y quiero seguir llevándola.

—Lo siento. No debí recordártelo. Ya tienes las lágrimas fuera —le dijo al tiempo que le ofrecía un pañuelo blanco y perfumado—. Me dejaste patidifuso. Nunca pensé que fueras a enamorarte de esa forma. Además, no te pega nada. Eres guapa, fuerte e independiente. Yo creía que lo del hermoso era un encoñamiento frívolo. Ahora constato que no. ¿Por qué no le propones que se traslade a tu casa cuando terminen las obras? Vas a tener el ático libre. Lo verías a diario y te resultaría más fácil seducirlo. Dicen que el roce hace el cariño.

—No lo había pensado, pero me dirás que no y no estoy preparada para escucharlo. Además, con el nuevo diseño, el ático no será una vivienda, sino un espacio vacío, limpio y con las paredes lisas. Nada más.

—Sí, pero con agua y luz, me imagino.

—Claro, eso sí. El arquitecto me dijo que, como tenemos que cambiar las tuberías y hacer una instalación eléctrica nueva en todo el edificio, no sería complicado llevar tubos y cables hasta arriba.

—Pues ya está. Seguro que le interesa vivir en el centro. Ahora estará pagando un alquiler por una habitación en las afueras, sin duda.

—No tengo ni idea. Me comentó que vivía con la familia de un amigo suyo que es checo, pero desconozco si les paga alquiler. Ya te he dicho que hablamos muy poco de nuestras vidas, lo mínimo. Por supuesto que me encantaría tenerlo en el ático, aunque no voy a decirle nada. El miedo a su negativa es aún mayor que el deseo de mantenerlo a mi lado. Además, la obra durará varios meses y voy a tener mucho trabajo en ese tiempo. Debemos agilizar ya toda la documentación de la empresa y me gustaría hacer algún curso de contabilidad y fiscalidad, para llevar yo misma las cuentas.

—Te volverás loca con la burocracia checa. ¿No te dijo Gregor que ellos podrían encargarse?

—Sí. Por ocho mil coronas al mes. Prefiero ahorrarlas y hacer yo el trabajo. ¿O es que no me crees capacitada para manejar una empresa pequeña?

—No digo que no seas capaz, sino que los burócratas te marearán más de lo que crees. Con la que tienes encima es suficiente. Y hablando de todo un poco, te recomiendo que te desmadres los domingos, cuando se vaya tu amor. Lo que no es de recibo es que te quedes destrozada, un día porque se marcha mientras duermes, otro porque te crees que solo eres para él un objeto sexual, y el siguiente por lo que sea. Querida, será una fiera en la cama, pero no te hace feliz. Tendrás que buscar otros alicientes.

—Te aseguro que cuando estamos juntos soy la puritita felicidad en persona. ¡Ah! Y no te he contado que hace varios fines de semana olvidó en casa su cepillo de dientes. Me encanta pensar que de manera intencionada, porque no se lo volvió a llevar. Te parecerá una tontería, pero a mí, levantarme por la mañana y mirar los dos cepillos juntitos me emociona. Es como si ese objeto

insignificante se encargara de recordarme cada día que su dueño volverá. Lo tengo decidido, Joan. Ni puedo, ni quiero pedirle nada más.

—Sí, su cepillo de dientes en tu casa y la felicidad en persona cuando estáis juntos, pero es poco tiempo. Lo que te propongo es que los domingos por la tarde nos reunamos para merendar, un grupo reducido, y nos dediquemos a lo que nos gusta: reírnos, cotillear y bailar. Será muy divertido, ya verás. Yo puedo travestirme y montar shows. ¿No dices que tienes vestidos increíbles en los arcones viejos de tu abuela?

—¿Qué vas a travestirte? ¡Qué bien, me encantará! Además, así aprovechamos para lavar y preparar los ropajes antiguos, que siguen en los baúles arrugados y sucios.

Dicho y hecho. Durante los meses previos a las obras, Adriana y su amigo Joan-Simoneta ejercieron de anfitriones en unos encuentros casi clandestinos donde el empresario convertido en travestí hacía las delicias de la reducida concurrencia. Se vestía de asistenta con su cofia y sus enaguas blancas; de María Antonieta, con pelucón blanco rizado y jugando a la reinona versallesca; o de putón del barrio chino barcelonés. En ocasiones se desmadraba hasta límites insospechados en un señor de su porte. Se ponía unas medias muy ceñidas, se escondía el rabo entre las piernas y decía que tenía un *chocho* ante las risas desbocadas de sus amigos.

En esas tardes de té o café con pastas, dulces y otras fruslerías participaban también María Marcos y sus “joyas”. Así llamaba Adriana a los íntimos de la venezolana, ambos periodistas y corresponsales en Praga. Uno, en nómina de una reputada emisora de radio española, que recibía las crónicas de su teórico enviado especial a la guerra de Yugoslavia desde el salón de un coqueto apartamento en la capital checa. El otro hacía lo mismo para el periódico al que prestaba sus servicios, un no menos reputado diario chileno. La anfitriona estaba encantada con la nueva diversión. Como presagiara Joan, se convirtió en el aliciente perfecto para aliviar los pesares que rodeaban su relación amorosa.

Las nieves desaparecieron de las calles y tejados de la ciudad. Las obras empezaron y las vidas de Adriana y Milena quedaron envueltas en polvo, ladrillos, pinturas y cementos. Había obreros en la planta baja, en el tejado, en las habitaciones de arriba y en las peores pesadillas de Adriana, que tenía el ruido metido en las sienes y no descansaba ni cuando dormía. Guardaron muebles, lámparas y cuadros en la habitación de Milena y en el sobrio y espacioso dormitorio de arriba que un día perteneciera a los abuelos. El ama de llaves le aseguró que nadie había entrado en la estancia desde que el doctor Beltrán abandonara este mundo, y la abuela decidiera cambiar su dormitorio a la planta baja. De forma provisional, la anciana se trasladó a una de las pequeñas habitaciones de arriba. Adriana se quedaría en la suya hasta que tuvieran que desalojarla para pintar. Afortunadamente, los operarios terminaban el sábado a mediodía, y su cita amorosa empezaba varias horas después de que el silencio volviera a reinar en la mansión. Milena se reía cuando los albañiles se despedían hasta el



lunes y Adriana cogía la escoba y se ponía a barrer desafortunadamente la entrada y las escaleras, y a limpiar las zonas próximas a su habitación para que el polvo y la suciedad no enturbiaran la fogosidad de sus encuentros amorosos. En el tiempo que pasaba desde que recibía la llamada de su amigo hasta que él llegaba a la casa, la veía perfumarse, depilarse, peinarse, ponerse cremas y bajar y subir las escaleras, nerviosa y emocionada.

“Esta niña está más enamorada que una tonta, como su madre y su abuela. Pobrecilla, ya me temía yo que no se libraría del estigma de las mujeres Mákourkova. Y ese hombre, que viene para llevársela a la cama y marcharse a la mañana siguiente. No van nunca al cine, ni a cenar, ni a dar un paseo. ¡Qué relación más rara, qué pena! Con lo guapa y lo lista que es mi niña, y la de hombres que podría tener a su alrededor...” —murmuraba para sus adentros. Estaba haciendo una mermelada de fresas con una vieja receta de la abuela y el clásico olor de la fruta machacada la llenaba de nostalgia.

“Al menos, la señora fue feliz con el médico. Sí, vivió encerrada entre las paredes de esta casa y no conoció otro mundo que el de los pacientes de su marido y el de los opositores al régimen comunista que *el español* escondía en las habitaciones de arriba. Pero nunca le faltaron sus atenciones ni su cariño. El doctor no tenía más vida que la de sus enfermos, su mujer y sus líos políticos. Y, por lo que sé, también la madre es muy feliz con su hombre. Se entregó a él a los 20 años y nunca se han separado. Los señores se pasaron la vida esperando su vuelta, le acondicionaron el dormitorio y, cuando ella llamaba pidiendo dinero para alimentar a sus hijos, le rogaban hasta la saciedad que lo dejara y volviera. Sin embargo, la señorita Anabel no se movió de su lado, ni el hombre al que tanta inquina tenía doña Adriana se apartó del suyo. Se gastaría el dinero en el póquer o en el casino. Eso es lo de menos. Nunca la maltrató ni le ocasionó problemas distintos a la tarea de alimentar cinco bocas. Pero la niña... ¿Qué será de ella, enamorada de un corazón destrozado por la guerra? Qué pena me da verla sufrir en silencio” —pensaba al tiempo que sus lágrimas caían en la fuente de las fresas.

Ese domingo, Adriana se despertó y se tomó un café. Desde el día que encontró la cama vacía al abrir los ojos tenía una especie de pitido en su cerebro que la avisaba para que no se quedara dormida mientras su amor se marchaba en silencio. Sintió apetito y se acordó de la mermelada de fresas. Fue a la cocina, cogió un tarro lleno de la dulce pasta roja, varios panecillos y un termo con café caliente. Alexander seguía dormido cuando volvió a la cama. Besó sus labios con ternura y los acarició con sus pezones turgentes.

—¡Qué dulce despertar! —susurró él.

—¿Te gusta el dulce? Tengo una mermelada de fresas que ha hecho Milena con una vieja receta de la abuela.

—Sí, por favor. Déjame probarla.

Ella le señaló el tarro de cristal.

—Tiéndete y cierra los ojos, preciosa —le pidió.

Untó sus pechos de mermelada y empezó a lamerlos lentamente. Ella se deshacía de placer mientras él derramaba en su cuerpo la fruta roja y lamía la piel dulce y pegajosa. Cuando la mermelada inundaba todo su sexo y la lengua de Alexander la saboreaba en los mil y un rincones de su intimidad, el silencio de la casa se inundó de los gritos de placer de Adriana. Entonces, el hombre apreció que el cuerpo de su compañera palpitaba del orgasmo. La penetró suavemente y multiplicó el éxtasis hasta que ella dejó de gritar, ojos y labios entreabiertos y tímidos gemidos. Cuando volvió del paraíso, la mujer le sugirió que tomaran un baño.

—Buena idea —aceptó él.

Adriana puso el tapón de la bañera, abrió el grifo y volvió a sus brazos. Siguieron besándose y acariciándose mientras el agua caía. Era la primera vez que iban a bañarse juntos y que el yugoslavo, pasado ya el mediodía del domingo, seguía en la mansión. Estaba pletórica de felicidad y creyó notar en Alexander una complicidad nueva, un estado distinto a la frialdad a la que la tenía acostumbrada cuando terminaban de hacer el amor y se dormía, si era de noche, o se despedía con un beso fugaz y se marchaba el domingo a primera hora de la mañana. Pero ese domingo fue distinto, o ella lo sintió distinto. Se metieron en la bañera y se enjabonaron con delicadeza y ternura, mucha ternura. Él masajeó sus cabellos, llenos de espuma, con la punta de sus dedos. La besó en los labios y ella, sin pensarlo, le soltó un te quiero que le salió del alma. Y lo repitió para dejárselo muy claro y para que nunca lo dudara.

—Te quiero, Alexander. Te quiero mucho. Más de lo que jamás he querido a nadie.

Él le cerró los labios con sus dedos.

—Pssss... No me gustan las escenitas de amor, Adriana. Ya lo sabes.

—Sí, aunque no he podido evitar decirte lo que siento: amor y miedo, eso es lo que siento.

—¿Miedo? ¿A qué tienes miedo?

—A perderte —le dijo mirándolo fijamente con los ojos brillantes.

—No pienses y disfruta de lo que estamos viviendo. Tampoco yo estoy libre de miedos.

—¿Cómo puedes besarme y hacerme el amor con tanta pasión sin sentir nada por mí? No consigo entenderlo y, cuando reflexiono sobre ello, lo único que deseo es ponerme a llorar como una descosida. Me invaden la tristeza y la impotencia. ¿De qué pasta estás hecho, Alexander, que no eres capaz de sentir amor?

—Yo no he dicho eso. Lo has dicho tú.

—No lo has dicho, pero es lo que yo percibo. Tampoco has dicho lo contrario. Yo sí.

—¿Qué quieres, Adriana? ¿Que seamos novios y hablemos de amor sentados en un banco del parque? No me pidas lo que no puedo darte. Ya te doy lo que no he dado a ninguna mujer desde hace varios años.

—Quiero sentirte a mi lado y que desaparezcan mis miedos. Saber que soy para ti algo más que un objeto sexual. Que me lo digas, Alexander. Eso quiero. No creo que te esté pidiendo nada del otro mundo.

—Claro que eres algo más, cariño. Si fueras solo eso te echaría un polvo y me iría. No me quedaría durmiendo en tu cama ni me bañaría junto a ti como acabamos de hacer ahora. Todo el tiempo libre que tengo lo paso contigo, pero las palabras de amor desaparecieron de mi diccionario. Se las llevó la guerra y en su lugar dejó heridas que no paran de sangrar. Mi hermano amaba a su esposa y a su hija y las perdió por no saber, o no querer, darles lo que necesitaban. Supongo que amar es otorgar al otro lo mejor de ti, tus sentimientos y tus acciones más nobles. Yo no tengo sentimientos nobles porque el odio los mató. No sé cómo he sido capaz de sobrevivir a tanta miseria, a tanto dolor. Ni cómo sobreviviré a lo que quede por llegar. Hace más de un año que vivo en Praga y no sé nada de los míos, ni siquiera si están vivos. Me conformo con dormir sin escuchar el ruido de las balas. Trabajo duro para que no me falte un techo ni un plato de comida caliente, y mi día libre lo dedico a ti. Tampoco a mí me gustaría perderte. No me pidas más, por favor —repitió—. Tú tienes tu mundo, la vida te ha dado otras cosas. Tienes esta casa que estás reformando. Montarás tu negocio de las fiestas e intentarás que tus sueños se cumplan. Tienes a tu familia en España, amigos en Praga, dinero en el banco... Y yo, ¿qué represento en todo ese engranaje? Dices que te has enamorado de mí, pero permíteme dudar. Las obras terminarán y empezarán las fiestas. Tu círculo de amistades se ampliará y te meterás de lleno en tu mundo, en un mundo al que yo no tengo acceso. ¿Vas a explicarme qué quedará de mí en ti cuando llegue ese momento? ¿Estarás esperando al sábado para verme, o más bien andarás preparando alguna fiesta y a quién esperarás será a los invitados, a los que vengán a divertirse y a pagarte por usar tu casa? Admítelo, Adriana. Sé realista y dime que lo segundo.

—No hables así. No me conoces lo suficiente. Ignoro lo que pasará mañana. Lo que sé es que no voy a dejarte por ninguna fiesta ni por ningún mundo inalcanzable para ti. No hay nada en este mundo que desee más que estar contigo. Créeme y no te atormentes. Yo sí tengo sentimientos nobles. No los desprecies.

Ese día, la despedida dejó a Adriana un sabor agridulce. Dulce, porque mantenía el paladar con el sabor de la piel de su amado. Y agrio, porque fue consciente de lo difícil que sería mantener a su lado a un alma tan atormentada como la del hombre del que se había enamorado.

Milena la sorprendió quitando las sábanas de su cama, manchadas de humores corporales y

mermelada de fresa. La puerta de la alcoba estaba abierta y Adriana se reía recordando las gloriosas escenas de la mañana.

—Me alegro de verte tan contenta, señorita. Escuché cómo te divertías esta mañana y me fui a la calle. Conste que no soy cotilla, pero en esta habitación se oye todo. Yo estoy ya muy mayor para escuchar los gritos de placer de dos amantes. Y esas sábanas, ¿de qué están manchadas?

—¿No dices que no eres cotilla? Y no me llames señorita. Me duele la boca de repetirlo.

—De acuerdo. Disculpa por preguntarte sobre las sábanas. Allá tú, no pienso entrometerme.

—Están manchadas de mermelada de fresa. Ya lo sabes. Lo demás, te lo imaginas.

—Sí, en eso voy a estar yo pensando —ironizó—. He visto a muchas mujeres tocar la gloria y el infierno por el amor de un hombre. Y lo último que deseo en lo que me quede de vida, querida niña, es verte sufrir. ¿Te ha dicho alguna vez que te quiere? Porque a mí, lo de que venga el sábado por la tarde, se meta contigo en la cama y se marche el domingo por la mañana, y ni un paseo, ni una cena ni un nada fuera de la habitación... Esa relación no me convence. En mis tiempos, las mujeres que lo permitían eran las querindongas, que no podían verse en la calle con sus hombres porque ellos estaban casados y tenían miedo al qué dirán. Entonces les ponían un cuarto, como se decía, y se limitaban a verlas allí. Y ese hombre tuyo, ¿no estará casado?

—¡No eras tú la que no quería entrometerse! —rio—. No se lo he preguntado, desde luego. Hoy me ha dicho que me dedica todo su tiempo libre, y que hacía varios años que no daba a ninguna mujer lo que ahora me está dando a mí. Con eso me basta. Y tú, ¿cómo sabes tanto de hombres? Siempre has estado soltera, ¿o no?

—No hace falta casarse para conocer a los hombres. En mi vida ha habido unos cuantos, más de lo normal para las mujeres de mi época. De joven no fui capaz de mantener a ninguno a mi lado y en la madurez no quise yo... Pon la lavadora, venga —le pidió con la intención de cambiar de tema.

Adriana se quedó estupefacta por el comentario. Y mucho más se sorprendería años después, cuando otra señora mayor le relató la azarosa vida sentimental de Milena: Antonia la gallega, una exiliada republicana íntima de su abuela y también del ama de llaves.

—Estoy deseando ya que terminen las obras. ¿Cuándo vendrán tus hermanos a pintar? —le preguntó la anciana, dejándole claro que no quería hablar de su vida.

—Llevamos casi tres meses de obras. Faltarán otros tres, o quizás algo más. Después tendremos que limpiar; tú no, que eres muy vieja para esforzarte, y luego decorar. Pienso poner a la vista todos los cuadros, las estatuas y las antigüedades de los abuelos. Respecto a los chicos, no creo que vengan. Dice el arquitecto que si no son profesionales tardarán mucho tiempo y a mí lo que me interesa es que todo esté listo en otoño, cuando comienza la temporada de fiestas en Praga. Necesitamos empezar a ganar dinero cuanto antes.

Llegó el verano y Adriana inició un periodo de intensa vida social y nocturna. Solo dejaba de

salir los sábados, reservados para el amor. Iba a cenar al hotel Kapital con Joan Puch y compañía; o al Pabillon, donde solían tomar el brunch los domingos al mediodía... Se convirtió en asidua acompañante de la venezolana María, que la llevaba a todas las fiestas y eventos de las embajadas latinoamericanas. Estaba encantada de cultivar esa amistad, consciente de la importancia de las relaciones públicas para el éxito de su futuro negocio. Junto a María conoció a mucha gente y le salieron no pocos admiradores. A veces acudía al Black Horse a comprar marihuana a Bojan y a charlar con su novia, la pintora americana. Coqueteaba con las drogas, como hacía cuando vivía en Madrid en los locos años 80. Fumadora ocasional de cannabis y consumidora, aún más ocasional, de otros estupefacientes, no les tenía miedo. Se consideraba fuerte para prescindir de todos, sin traumas y en cualquier momento. Adoraba los efectos de las drogas por su capacidad para desinhibir, que la hacían actuar sin pensar en otra cosa que no fuera darle gusto al cuerpo. Así sucedió la noche en que Nelsy Álvarez de Quesada y Torres-Miranda, la esposa de Alberto Palomares, descubrió en público la secreta verdad de Joan Puch, a quién los íntimos llamaban en privado Simoneta.

La dama tenía unas copas de más, como era su costumbre desde que su esposo dedicaba a otras mujeres algo más que atenciones de caballero. Estaban sentados en el restaurante del hotel Kapital cuando Joan Puch llegó con Adriana y María Marcos, rival de Nelsy. Mientras ellas se saludaban —siempre lo hacían de forma encantadora, aunque luego se insultaran sin recato—, el catalán abordó a Palomares con una sonrisa coqueta.

—Podríamos cenar juntos. Observo que aún no os han servido.

—Perfecto. Vienes en la mejor de las compañías. Supongo que a Nelsy no le importará.

—Le dará igual. Está medio borracha —contestó una viperina Simoneta con el tono algo elevado.

La aludida lo escuchó y se revolvió como una loba herida.

—Yo me tomaré unas copas, pero tú eres un maricón reprimido. ¿Qué me dices de las meriendas privadas que organizan tus amigas? Te visten de mujer y haces de cabaretera para la selecta concurrencia, ¿verdad, Simoneta? ¿O mejor, respetable empresario Joan Puch?

El grupo se convirtió en el centro de atención del restaurante. Algunos comensales se levantaron de sus sillas para escuchar mejor la historia. Palomares, Adriana y María, perplejos, no salían de su asombro.

—¿Pero cómo puedes ir de señor por la vida, si lo que más cachondo te pone es vestirme de tigresa? ¿Dónde te escondes el paquete? Seguro que lo tienes pequeño y te resultará fácil —seguía insultándolo Nelsy.

—Oye, bonita, no te pega nada ese lenguaje. No es propio de una señora de tu clase. Las de Marbella sois unas horteras. Está claro. Por mi parte, te diré que me divierto mucho. ¡Qué más quisieras tú que haber sido invitada a una de esas meriendas! —exclamó una Simoneta tranquila y

espléndida, con su voz de señor retocada intencionadamente con un poco de pluma, muy aplaudida por el ya numeroso auditorio.

—¿Ustedes se imaginan —Nelsy hablaba al público, se sentía actriz tragicómica— a este caballero, con su traje de *Hugo Boss*, zapatos *Sebago* y gafas *Armani*, vestida de cabaretera los domingos por la tarde? Sí, como lo escuchan. En casa de esta señorita —dijo señalando a Adriana, cuyo rostro se tornó desafiante al percibir las miradas curiosas de la gente—. Claro que ahora, con las obras de la mansión, te has quedado sin disfrute. ¿O ya habéis encontrado otro lugar para vuestras reuniones tumultuosas?

—Te vas a quedar con las ganas de saberlo, Nelsy como te llames —cortó Joan—. ¿Para qué quieres ese apellido de tanto pedigrí, si estás amargada porque tu marido bebe los vientos por María? ¡Ah! También me he enterado de que no tienes tanto dinero como dices. Lógico, si fueras rica no estarías aquí. No te gusta Praga y no le caes bien a nadie. Por eso y por lo de Palomares te has dado a la bebida.

—Yo no soy borracha. Bebo lo normal. Lo malo es lo tuyo, buscando muchachos en los parques para comprarlos por unas cuantas coronas... Con el peligro que eso tiene... Cogerás una enfermedad.

—¡Basta ya! Se acabó el teatro.

Palomares reaccionó, despertando de su asombro. Un hombre como él no podía permitir semejante escandalera en el restaurante del lujoso hotel que regentaba. Cogió del brazo a su esposa y desapareció ante los ojos atónitos de todos. Estaba inquieto, aunque intentaba ocultarlo por todos los medios. Solo quienes sabían cómo había llegado hasta allí eran capaces de percibir su temblor. Su bienvenida estuvo precedida de un tiroteo entre dos bandas mafiosas del Este de Europa que peleaban por el control del hotel Kapital, un establecimiento de alto copete, con casino incluido, del que ahora él era máxima autoridad. Necesitaba proteger su guarida en todo momento, como si fuera un león. Para ello contaba con la ayuda de María Marcos, una mujer morena, bella y experta. No eran amantes, aunque a los dos les gustaba pensar en ello. Ambos estaban casados. Alberto, con una rubia pajiza de piel ajada por el sol de Marbella, tan pija como el apellido que citaba a cada momento: Álvarez de Quesada y Torres-Miranda. El nombre no podía ser menos: Nelsy. María, con un intelectual hispanoamericano que había disfrutado como nadie, durante su estancia en varias capitales del bloque comunista, de los privilegios de la nomenklatura del régimen, en calidad de refugiado político procedente de una república del Cono Sur.

Tras el escándalo, Joan se acomodó con Adriana y María en el restaurante español del hotel Kapital y cenaron atendidos magníficamente por Caballo, que aprendió muy pronto a quién dedicar sus desvelos. La deslenguada Nelsy fue el tema estrella de la velada.

—Estoy tranquilo. ¿Pensáis que voy a perder a mis clientes por los chismes de esa borracha? A los turistas no les importa la vida privada de quien los atiende en el viaje —aseguró el catalán.

—Sí querido, pero eso es una cosa y el cancaneo del parque otra bien distinta. Hasta se ha atrevido a prevenirte contra el SIDA delante de toda esa gente, la muy puta —le recordó María.

—Ya vale, María. —Adriana nunca quería problemas—. Dejemos de elucubrar acerca de las consecuencias de tanta ordinariez. Seguiremos con nuestras meriendas, cenas y desvaríos cuando terminen las obras y Joan frecuentará su parque tranquilamente. Esa estrecha no va a amenazarnos con su lengua viperina.

Joan-Simoneta aparentaba fortaleza. Intentaba hacer creer que el veneno que Nelsy había lanzado por cada rincón del hotel Kapital no le afectaba. Sin embargo, no podía dejar de pensar en su homosexualidad publicitada a los cuatro vientos. Cuando no intervenía en la conversación permanecía meditabundo, con la mirada perdida, pensando en lo que le acarrearía el descubrimiento público de su otra personalidad.

Al término de la cena, María se despidió. Adriana tenía ganas de continuar la marcha y Simoneta, pese a lo ocurrido, estaba dispuesta a seguirle el juego. Preguntaron a Caballo en un aparte.

—Qué, ¿nos has preparado algo para esta noche?

—Por supuesto. Os voy a llevar a un sitio especial. Invita Cruella, así la conocéis personalmente. Ella es la reina del local. Allí no hay guiris, solo checos ricos, de los que van a la ópera, y muy viciosos. Nosotras, como somos morenas, nos pondremos las botas entre tanto macho blanquecino. Estoy segura —corroboró hablando en femenino, como solía hacer cuando la charla versaba sobre fiestas, ligues y petardeo.

Caballo se sentía así de optimista. Chulazo de pecho descubierto y andares de aquí estoy yo, era uno de los pocos extranjeros que no gastaba dinero y conseguía vivir bien en una ciudad donde los foráneos existían únicamente en función de la cuantía de sus bolsillos. Llegó sin nada y en cinco años había conseguido de todo: un apartamento coqueto, aunque lejos del centro; un trabajo de categoría para un don nadie como él; ciertos amigos importantes y clientes espléndidos. No podía pedir más. Incluso se permitía el lujo de ofrecer lo que tenía: entrada a los mejores clubes de la ciudad, alterne fácil con muchachos guapos y, desde que se integró en el círculo de Cruella, acceso libre a ciertos locales exclusivos, frecuentados por la jet local. Uno de ellos fue el escogido para agasajar a sus amigos Adriana y Joan en una noche que permanecería en sus memorias para siempre...

Situado en una zona residencial a las afueras de la ciudad, el Stradivarius Club era un local elegante y acogedor. La entrada estaba flanqueada por un apuesto joven de color. El interior formaba un espacioso salón central, con barra al fondo, piano de cola y mesas dispuestas con un intencionado desorden. Se comunicaba en sus extremos con dos estancias, divididas cada una en pequeñas salitas privadas con nombres de maestros de la música clásica: Beethoven, Mozart, Schubert o Bach. Después de consultar sus identidades en una lista, el moreno de la puerta les condujo a una de las

mesas del salón central, donde gran parte de los presentes se volvió para mirarlos. No era de extrañar, dada la originalidad de la reunión. Caballo vestía pantalón marca paquete y camisa amarilla, brillante y desabrochada. Adriana, un minivestido que arrastraba la vista de los hombres a sus largas piernas. Tampoco pasaban desapercibidos los exquisitos modales de Joan, enfundado en un elegante terno gris plata. No habían terminado la primera copa cuando un camarero entregó a Caballo un sobre cerrado, que este abrió con gesto ceremonioso, y extrajo de su interior una nota con la siguiente inscripción: “Tú y tus amigos estáis invitados a compartir la velada con nosotros. Sala Beethoven. Un saludo. Ekbert von Stancovich”.

—Llegó la invitación de la Cruella —anunció pletórico—. Os encantará conocerla. Tiene muchísimo poderío y la lengua más sibilina de toda la ciudad. Pocas cosas se mueven aquí que escapen a su control.

—Si nosotros no lo conocemos, no será tan importante —exclamó Joan-Simoneta con su socarrona sonrisa.

—Yo sí lo conozco —respondió Caballo con desdén. Te jode que sea más rica y más poderosa que tú.

Adriana se levantó de su silla y se dirigió a ambos, las manos en jarra.

—Chicos, sin discutir, por favor. Vamos a aceptar su invitación, Joan. Me encanta lo de Cruella. Seguro que es malísima y nos reímos hasta decir basta. Venga, sin dilación.

El tal Cruella tenía una cara de vicio que no le cabía en el cuerpo. Redonda y blanca, ojos pequeños y claros, nariz aguileña y ondas rubias perfectamente repeinadas. Recordaba a uno de esos aristócratas pervertidos del Renacimiento, aunque vestido de dandy de los años 30: traje de fina lana, reloj de bolsillo y un pedrusco en su dedo índice. Junto a él, un señor mayor de rostro amable, finas manos y cabello blanco.

—Para ser tan maricón vienes con una hembra de armas tomar —saludó a Caballo—. ¡Vaya piernas! Eres Adriana, ¿verdad? Quería preguntarte cómo te fue con mi amigo el banquero. Espero que te tratara bien.

—Sí, estupendamente. Te agradezco tus gestiones. Va todo viento en popa.

—Eso es lo importante, que estés contenta. Me gusta hacer feliz a la gente que me rodea. Al caballero no tengo el gusto de conocerlo —se dirigió a Joan.

—Le decimos Simoneta. Aunque lo veas así, tan serio, es más loca que tú —aseveró Caballo ante las mejillas ruborizadas del aludido.

Adriana saltó enseguida en socorro de su amigo.

—No te sonrojes, Simo. Lo que ocurra aquí quedará entre estas paredes. ¿Podrás prometerlo, Criminala?

—Cruella, querida, aunque lo de Criminala tampoco está mal. Puedes llamarme como quieras,



guapa. Y si tanto os preocupa el qué dirán, sabré callarme. Sois mis invitados y estoy encantado de complaceros en todo. Freddy es persona de máxima confianza, el decorador de mis residencias en los cinco continentes.

El interfecto saludó con una leve inclinación de cabeza, mientras Cruella seguía con su monólogo.

—Supongo que a esta reunión le van los hombres. Aquí tenemos para todos los gustos. Además de drogas, naturales y de diseño, alcohol... En fin, lo que queráis.

—Algo pedirás a cambio —interrumpió Adriana.

—Poco, pido poco. Mi única pretensión es mirar mientras gozáis, porque no se me empina. No me avergüenza decir que disfruto del sexo recreándome en el placer de los demás. También es bonito, os lo aseguro.

En ese momento llegó un rubio impresionante. Tez tostada, labios carnosos y dos metros de cuerpo perfectamente proporcionado. Piernas potentes y torso de nadador. Entregó a Cruella una caja de madera y desapareció por la misma puerta que había entrado. Adriana no pudo reprimir su admiración.

—¡Vaya armario de tres puertas! —exclamó ante las risas de todos.

—¿Así de alto y de guapo es tu yugoslavo, Adriana? No me lo has presentado —le susurró Caballo al oído.

—Sabes que no hago vida social con él. No, no es tan gigantón, aunque también es muy alto y mucho más guapo. Ya te lo dije: El hermoso, como le llama la Simo.

—No seáis maleducados y dejad los secretitos —les cortó Cruella con su voz de pito. Y ahora —anunció— ha llegado el momento de que destape la caja de los vicios. O de los truenos, que también puede ocurrir.

Abrió la caja de madera que le trajo, minutos antes, el bello joven objeto de los deseos de la concurrencia. Había cocaína, canutos ya liados y pastillas de éxtasis.

—Podéis elegir —dijo ante los ojos atónitos de Joan y Adriana. Caballo estaba acostumbrado y ni se inmutó.

—¿De qué son los canutos? —le preguntó ella.

—¡Uy, querida! Te recomiendo los de la pitillera de plata. Están envueltos en resina de opio, una exquisitez. Ideales para el fin de fiesta. Te relajan después de tanta excitación. Si prefieres los clásicos, o sea, hachís y marihuana, los encontrarás en la pitillera de piel. Ya tenéis toda la información. Podéis elegir.

—Creo que me apuntaré a las rayitas. ¿Tú qué prefieres, Adriana? —le preguntó Joan.

—Me decanto por un éxtasis, para empezar —contestó ella.

—Yo por las dos cosas —añadió Caballo.

—Como yo. ¡Podéis proceder! —exclamó Cruella abriendo sus brazos, blancos y rechonchos.

Dio dos palmadas y el imponente rubio que trajo la caja de madera no tardó en aparecer. Se acercó a cada uno de los invitados y les preguntó, con amabilidad exquisita y casi en un susurro, qué querían tomar.

—Un éxtasis con zumo de maracuyá, ¿tienes? —inquirió Adriana.

—Por supuesto. Estás en la mejor coctelería de la ciudad. ¿Con qué bebida mezclo el zumo, guapísima?

—Con ninguna. Apenas bebo alcohol.

—Haces bien si vas a tomar éxtasis. Los efectos de la droga del amor son más auténticos si los disfrutas sin mezclas. Podemos compartir una pastilla y sentirlos juntos. ¿Qué te parece?

—¿Es que no hay una para cada uno?

—Sí. Una y más, si quieres, pero te aconsejo que empieces por media.

—Consejo aceptado —respondió ella.

El rubio partió la cápsula en dos mitades y puso una entre los labios de Adriana. Ella se la tragó al tiempo que se deleitaba con el sabor del jugo de la fruta exótica tomado en pequeños sorbos. El resto de la reunión esnifaba las rayas de cocaína dispuestas encima de la mesa con unos elegantes tubitos plateados.

—No falta de nada, Criminala —halagó Adriana al anfitrión ante el beneplácito de sus invitados—. Da gusto disfrutar de tu compañía. Imagino que me habrás guardado un tubito de esos, para cuando se me antoje.

—El tubito y lo que quieras, belleza. He observado como compartías el éxtasis con el rubio que tan impresionada te dejó cuando llegasteis. Todo tuyo. Le pago para que complazca a mis invitados. Disfrutarás mucho con él al sentir los efectos de esa pastillita. Tiene un rabo tan bonito como su cuerpo y es un experto en los placeres de la carne. No voy a adelantar acontecimientos. Lo comprobarás por ti misma —le aseguró.

—No lo dudo. Sin embargo, debo informarte de que en mi cuerpo, hoy por hoy, no entra más rabo que el de mi amor. Claro, que unos toqueteos graciosos no me importarían. A nadie le amarga un dulce —se atrevió a sugerir ante el regocijo de los presentes. Empezaba a sentir un cosquilleo que le bajaba desde la cabeza a los pies, y le hacía percibir los deseos de ser acariciada que brotaban de su piel.

—No sabía que estuvieras comprometida. No importa, tu novio no se va a enterar de nada. Somos gente discreta. Las españolas sois muy fieles, ¿verdad? Dice una canción que cuando besáis, lo hacéis de verdad.

—Por lo que a mí respecta, sí. Para que yo bese a un hombre en la boca tengo que sentir algo más

que una simple atracción física. No sé muy bien cómo explicarte qué es, porque me lie a beso partido con Alexander al minuto de verlo por primera vez y no lo conocía de nada. Por tanto, no podía estar enamorada de él. Es una sensación distinta, que te llega cuando te llega. Cosas de la física y la química, supongo.

La fiesta continuó y Adriana se deleitaba mirando al rubio que acariciaba sus pies descalzos y deslizaba sus manos por sus largas piernas. De repente, se percató de lo reducido de la reunión. En la sala solo permanecían ellos dos, Caballo y un par de camareros.

—¡Desde luego, la noche está resultando de lo más completita! Entre las verdades de Simoneta pregonadas por toda la ciudad, la caja de los truenos y este club tan pintoresco, tendremos chismes para unas cuantas meriendas. Por cierto, ¿dónde se han marchado Joan y la Criminala? —preguntó a su amigo.

—Criminala, no, Cruella. Mirando como gozan los demás, seguro. La Simo, por si te interesa saberlo, anda tirándose al moreno de la puerta.

—A ti no se te escapa una, Caballo, y eso que te has drogado más que nadie. Eres mi héroe. Venga, larga eso de que la Criminala-Cruella está mirando a los demás. ¿Cómo, dónde? Quiero toda la información.

—En primer lugar, debes saber que el local ya está cerrado al público. Termina a las tres de la mañana y son más de las cuatro, guapa. Ahora, los privés quedan a disposición de la Cruella y sus invitados. Ella tiene muchísimo poderío y es tan rica como viciosa. Mira esa ventana —le indicó con su dedo índice.

Adriana desvió su vista hacia una cristalera que se divisaba en uno de los extremos de la sala. Se dio cuenta de que al lado del cristal negro había una puerta de madera disimulada en la pared, que era del mismo material. Caballo adivinó sus pensamientos.

—Sí. Esa puerta que apenas se ve da a su mirador privado. Los cristales son tintados para que él pueda mirar desde el interior sin ser visto. Cuando quiere sabe ser muy discreta. ¿Con quién se estará divirtiendo ahora?, ¿con Joan y el negrazo de la puerta? Hagan apuestas, señores — soltó a carcajadas.

—Aún no me he enterado de dónde están, Caballo.

—Aquí, en los privés de al lado. Cruella tiene varios, además de esta sala, y en todos ha construido la misma instalación con mirador. Recuerda que lo primero que nos largó cuando llegamos fue que no se le empinaba y que solo disfrutaba mirando a los demás. ¡Qué desgracia! ¿Ves cómo nadie puede tenerlo todo? Mucha pasta, pero poca polla. ¿Te imaginas lo que haríamos nosotras con semejante pastizal, Adriana?

—No quiero ni pensarlo porque me pondría más cachonda de lo que ya estoy. ¿Nos tomamos la segunda parte de la pastillita? —le preguntó a su rubio acompañante.

—Si vais a seguir con el éxtasis será mejor que os dejemos solos —sugirió Caballo—. Venga, chicos. Vamos a cotillear y a enterarnos de a quién mira la Cruella.

Cuando Caballo y los dos camareros se alejaron de la sala, los paseos de las manos del rubio por las piernas de Adriana fueron perdiendo su inocencia. Sus ingles se abrieron y los dedos de su acompañante iniciaron un periplo por las más recónditas fuentes de placer. El éxtasis había hecho su trabajo, contribuyendo a liberar su mente de pesares y a entregarla al juego erótico. No lo suficiente, porque cuando el rubio fue a besarla en la boca, ella retiró la cabeza de su cara y la colocó entre sus piernas.

—Bésame donde yo te diga —le inquirió.

—Donde quieras —respondió él—. Me pagan para dar placer.

“Pues haz bien tu trabajo” —pensó ella. No se lo dijo pero lo guio para que así fuera, hasta que alcanzó la gloria. Los pajarillos revoloteaban por el interior de su cerebro y, de repente, el sonido de dos palmadas la despertó de su placidez. Se acordó de los cigarrillos de opio que Cruella le había recomendado para el fin de fiesta y cogió uno de la pitillera plateada. Entonces se percató de que su acompañante seguía allí, de pie, con la verga mirando al cielo, y de que Caballo llegaba para apropiársela. Se recostó en el sofá y se entregó al sabor del opio mientras los dos hombres daban rienda suelta a los deseos de la carne. Pensó en el sonido de las palmadas y tuvo claro que venía del mirador de Cruella. Fue consciente de que el anfitrión estaba allí y también habría disfrutado mirándola. No le preocupaba. Como le había ocurrido otras veces, preocupaciones y drogas eran incompatibles bajo los efectos de estas últimas. Terminó el cigarrillo y se levantó para coger otro, sin poder evitar que su mirada se desviara hacia Caballo. Estaba encima de un sillón, a cuatro patas, recibiendo las embestidas del rubio. Tuvo la impresión de que su presencia no les incomodaba. Siguió allí, ya sin mirarlos, extasiada con las figuras que dibujaba el humo del opio al salir de sus labios. No supo cuánto tiempo había pasado, ni si era de día o de noche. Solo se inmutó al comprobar, de repente, que la reunión estaba formada por los mismos protagonistas que al principio. Llegaron Joan y Freddy, el catalán sin el negro de la puerta pero con la sonrisa ancha de felicidad, lo que provocaba las risas de Caballo y Cruella.

—¡Jo, qué noche! ¡Cómo me lo he pasado con el negro! Además, gratis. Esto es un lujo, Adriana —le decía su acompañante mientras conducía despacio su vehículo, ya de día, para volver a casa—. Deberíamos hacer una merienda esta tarde, con todos los protagonistas, para comentar las mejores jugadas del encuentro. Ya sé que tu casa aún no está disponible, pero podemos reunirnos en la mía, o en el apartamento de Caballo.

—Hoy pretendo ausentarme, Joan. Mañana es sábado y quiero estar descansada para mi cita. No sé si seré capaz de dormir con todo lo que llevo encima, pero lo intentaré. Como no creo que ninguno

de los que estábamos anoche vayamos a olvidar lo ocurrido, podemos comentarlo cualquier otro día. Espero que no te importe.

—Cuéntame, al menos, qué te ha parecido la aventura con un hombre distinto a *El Hermoso*.

—En todo caso, media aventura, porque no me lo tiré, ¿vale? El que se lo tiró fue Caballo. Yo, con unos lengüetazos en los lugares adecuados tuve suficiente, ya me entiendes. Me quedé relajada, disfrutando de mis porros y mis historias. Me fui de viaje a mi paraíso particular... Cuando volví me encontré a Caballo en el sillón de Cruella, a cuatro patas, y al rubio dale que te pego —le contó soltando una sonora risotada.

—¿Y la Cruella, estaba mirando? —se interesó su interlocutor en saber.

—Sí. Estoy segura de que sí. No sé en qué momento llegó a su mirador, porque no lo vi entrar. Y tampoco me percaté exactamente de cómo fue la jugada. Lo que puedo contarte es que, en lo más álgido de mi periplo politóxico, escuché dos palmadas que sonaron desde el mirador. A los pocos minutos, llegó Caballo y se lio con el aparato del rubio. Yo seguí en mi mundo opiáceo... Un rato después, miré de nuevo. Caballo estaba en pompas, en el sillón de Cruella, como te acabo de contar.

Los dos rieron a carcajadas. Joan, apenas sin poder hablar porque la risa incontrolable interrumpía sus palabras, le confirmó que Cruella también fue testigo de sus avatares amorosos con el moreno de la puerta. Siguieron riendo y pasando revista a los mejores momentos de la noche... El catalán mantenía su conducción lenta. Un rato después, el automóvil se paró en la puerta de la mansión de la Plaza de la Paz y se despidieron hasta la semana siguiente.

# X. PESADILLAS

Avanzaba el verano de 1995 y con él, las obras de la mansión de Námesti Miru, la Plaza de la Paz. Una paz desconocida para miles de personas que, no lejos de allí, se desangraban en el corazón de la moderna Europa de finales del siglo XX. De una Europa que asistía impasible al baño de horror y fanatismo que asolaba Yugoslavia. Así, ante esa dolorosa pasividad de los cascos azules holandeses que protegían el enclave de Srebrenica, caían las bombas serbias en un territorio bajo control teórico de la ONU, mientras la indefensa población bosnia huía por las montañas. Consciente del sufrimiento que la guerra provocaba en el ser amado, Adriana decidió mantenerse al margen de las noticias que corrían. No escuchaba la radio, ni veía la televisión, ni leía los periódicos. No hablaba del asunto con sus amigos ni le preguntaba a Alexander. Recordar la tragedia no lo tranquilizaba. Más bien al contrario: cuando él mencionaba la guerra, la calma que ella intentaba transmitirle sábado tras sábado, encuentro tras encuentro, quedaba hecha añicos.

Un caluroso día de finales de julio, el mundo se despertó con las imágenes de la matanza de miles de civiles bosnios. Paramilitares y soldados serbios pasaron por las armas a hombres, mujeres y niños inocentes, en un territorio presuntamente protegido por las fuerzas internacionales. Sin quererlo, ella se enteró esa misma noche. Como de costumbre, había quedado a cenar con Joan en el restaurante español del hotel Kapital. Palomares no estaba y María ocupaba, junto a sus amigos los periodistas, la mesa habitual.

—Lo de Srebrenica es muy fuerte, ¿habéis visto las imágenes de la BBC? —preguntó el reportero chileno.

—No, ni pienso hacerlo —contestó Joan—. Adriana y yo hemos decidido borrar el tema de nuestra agenda.

—Y eso, ¿a qué viene? ¿Cómo podéis ser tan frívolos? ¿Cómo es posible que habléis de la guerra de Yugoslavia como si fuera un chisme más de una conversación trivial? Algo os está fallando, amigos —sentenció el corresponsal español—. Ningún ser humano debería permanecer impasible ante el destino fatal de millones de semejantes. Llevo todo el día pensando en esos niños desesperados, huyendo junto a sus madres por las montañas, y en esos hombres asesinados a sangre fría ante las cámaras de televisión. Si somos capaces de soportar tanta brutalidad, a menos de dos horas de nuestras casas y nuestra paz, estamos dejando de ser personas y corremos el riesgo de volvernos tan crueles como los que aprietan el gatillo.

—Allí estaban los cascos azules de la ONU y no hicieron nada —replicó María—. Déjate de palabras sentidas y frases rimbombantes y dime qué podríamos hacer, según tú, los ciudadanos de a

pie para parar la barbarie.

—Cualquier cosa menos ignorarla y frivolarla —respondió el periodista.

—No la ignores tú, que para eso te pagan y estás aquí cenando con nosotros en lugar de estar allí. A eso se le llama hipocresía. Te lo recuerdo —le espetó Joan.

—Chicos, chicos, nos merecemos una velada en paz —cortó Adriana, que no había abierto la boca desde que llegaron—. Hablemos de otra cosa, por favor. Tengo un amigo yugoslavo que sufre mucho. Dice que solo encuentra la calma cuando está conmigo y no siempre lo consigue. Mañana lo veré, así que prefiero ignorar la guerra para no preguntarle. Creo que de esa forma lo ayudo a ser algo más feliz. María tiene razón. Si los cascos azules no han hecho nada para evitar la matanza, ¿qué nos queda a nosotros? Ni somos políticos ni tenemos poder para parar la guerra de Yugoslavia. Si yo puedo conseguir que un solo yugoslavo se libre de la barbarie y sus recuerdos y sea capaz de vivir en paz, habré puesto algo —aunque sea muy poco, desde luego— de mi parte.

—No sabía que tuvieras un novio yugoslavo, Adriana —indicó su compatriota—. Lo siento mucho por lo de la frivolidad. No quería ofenderte y te pido disculpas.

—Vamos a dejarlo en amigo íntimo, y no hace falta que te disculpes. No me has ofendido. A mí no me molesta que me llamen frívola, porque un poco lo soy. Incluso me gusta, fijate. En este mundo tan convulso, un toque de frivolidad no viene mal. ¿Sabes tú dónde vas a estar mañana y si vas a estar vivo, o muerto? Pues yo no. Si cuando salga de aquí tenemos un accidente en el coche, o me cae un ladrillo en la cabeza y me mata, lo que no haya disfrutado hasta ese momento lo habré perdido para siempre. Es mejor vivir el presente y trazar metas que podamos alcanzar.

—Así es querida —certificó Joan—. Y no hables de malos rollos en voz alta, porque se cumplen. Tú misma lo dijiste una vez. Olvida lo del accidente. Soy muy prudente conduciendo. Y lo del ladrillo, que tu casa está en obras —le advirtió con una media sonrisa—. Mañana, la vida seguirá igual. Tú estarás gozando con el hermoso. Nosotros, tomando unas copas, y en Yugoslavia continuarán matándose aunque nos pese a todos. Es lo que hay. No van a parar, hablemos o dejemos de hablar de ello. Vosotros sois periodistas y tenéis que hacerlo. Para eso os pagan. Pero ni es nuestro problema ni cobramos por ello. El tema de la guerra se ha terminado por hoy. Y al que no le guste que mire para otro lado —concluyó el catalán a modo de advertencia.

Llegó mañana. Tal como Joan predijo, la vida siguió igual para todos. O casi. Ese sábado, con la sangre de las víctimas de Srebrenica bombeando sus sienes, Alexander telefoneó a Adriana. Ella notó que algo le ocurría al oír su voz, más grave y apesadumbrada si cabe, al otro lado del hilo.

—¿Quieres que nos veamos hoy? —le preguntó.

—Por supuesto. Te estoy esperando, como todos los sábados. ¿Estás bien?, ¿puedo hacer algo por ti?

—No, no estoy bien. Y no puedes hacer por mí más de lo que ya haces. Me temo que hoy seré yo

el que no esté en condiciones de complacerte. No creo que sea capaz de hacerte el amor esta noche. He pasado una semana muy mala, estoy cansado y me duele mucho la cabeza. Mejor será que lo dejemos para otro día. No pensaba llamarte. Lo hago porque tampoco me parecía bien que te quedaras preocupada, esperándome.

—Estoy deseando verte y abrazarte. No me importa que no hagamos el amor. Te recuerdo que eres tú el que abogó por esta forma de relación, no yo.

—De acuerdo —se limitó a contestar—. Salgo ahora para tu casa.

—Te mando un beso fuerte para que te acompañe en el camino hasta aquí, mi vida —le dijo antes de colgar.

Al recibirlo se fundieron en un largo abrazo. Ella besó sus mejillas y sus labios, sus ojos y su frente. Le aseguró que lo quería y que su amor era más poderoso que las guerras y la sangre, el miedo y las amarguras, las soledades y los desencuentros. Subieron a la habitación y se metieron en la cama, vestidos y abrazados. Besos y suspiros, lágrimas y silencios. Ni Srebrenica ni las ausencias abandonaron el corazón atormentado de Alexander en esa noche de verano. Hacía calor y se desnudaron, aunque él se sentía incapaz de dar amor después de haber visto, el día anterior, un especial informativo de la BBC que mostró al mundo las terribles imágenes de la masacre acaecida en el enclave teóricamente protegido por la ONU.

—Paramos a comer en una de nuestras *hospodas* habituales cuando vamos en ruta con el camión, donde se ve la televisión por satélite —relataba Alexander—. Yo no suelo mirarla, pero ayer parecía que los parroquianos no estaban dispuestos a que me lo perdiera. “¿No eres tú yugoslavo?” —me soltaron nada más llegar. “Pues echa una ojeada, hombre. Mira lo que están haciendo en tu tierra, qué gente tan canalla. ¿Tú no serás serbio?” —llegó a preguntarme uno de ellos. No le contesté y me senté frente a la tele. Fue Milan, el padre de mi amigo Jan, quién les pidió que me dejaran tranquilo, que ya estaba sufriendo bastante.

—¿Vas a contarme lo que viste?

—Ví la crueldad del ser humano llevada a límites insospechados. Los serbios bombardeaban la ciudad y la gente huía despavorida por las montañas, intentando alcanzar las posiciones de los cascos azules para refugiarse. Quienes tenían que protegerles los abandonaron, Adriana. Los soldados separaron a los hombres jóvenes de las mujeres, los niños y los ancianos. Después los torturaron y ejecutaron, sin importarles si eran civiles o militares. Según contaba el documental, las calles se llenaban de cadáveres y los ríos se volvían rojos. Muchos se suicidaron para evitar la mutilación de nariz, boca y orejas por parte de los serbios.

Con la voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas, siguió revelando la crueldad de sus compatriotas.



—Un testigo contó que un niño gritaba, abrazado a su madre, en medio de la muchedumbre. Un soldado se acercó y le preguntó a la mujer por qué lloraba el niño. Ella le contestó que tenía hambre. Entonces el hijo de puta hizo un comentario del tipo “ya no volverá a pasar más hambre”, y degolló al pequeño delante de su madre y de todos. La escena me devolvió a Sarajevo. Tengo un dibujo de algo similar que presencié uno de los días que salí del cuarto para buscar agua y comida. El horror cerca ahora Srebrenica. Al parecer, violaron y asesinaron a cientos de mujeres ante los ojos aterrorizados de sus hijos. Algunos hombres fueron enterrados vivos... El colmo de la degeneración del ser humano. Estoy desesperado, tengo mucho miedo.

—Lo que cuentas es muy duro y es normal que te afecte. Sin embargo, no debes tener miedo, amor mío. Estás aquí, en Praga. Conseguiste huir y te has salvado. Me tienes a mí y yo te ayudaré a protegerte de los fantasmas que invaden tus pensamientos.

—Sí, yo me he salvado, aunque sigo sin saber qué ha sido de los míos. Probablemente mis padres habrán muerto, de frío o de hambre, en la ciudad sitiada. Eran mayores y los dejé solos. Tenía que escapar, Adriana. No podía soportar a mi madre, impasible ante el suicidio de María y Sara, y arengando a las tropas serbias. Ni a mi hermano, bombardeando ciudades y pueblos llenos de gente inocente. ¿Dónde estará ahora ese criminal? Hace varios días que no me deja dormir.

—¿Tu hermano? ¿Cómo que tu hermano no te deja dormir?

—Sí, mi hermano. Su recuerdo, o su fantasma. Cuando supe, a principios de la semana, que aviones y tanques serbios empezaron a bombardear Srebrenica, di por hecho que estaba participando en la matanza. Es un militar serbobosnio, un perro al servicio del hijo de puta de su amo, el general Ratko Mladic, jefe del ejército que ejecutó la masacre. Seguro que Dusan se encontraba allí, a sus órdenes, matando a hombres y niños inocentes o violando a mujeres. ¿Cómo podemos ser tan distintos si llevamos la misma sangre?

—Esas cosas pasan, cariño. Mi madre tuvo cinco hijos y dice que ni uno solo se parece en nada a otro. Según ella, todos somos distintos. Y tú, ¿por qué crees que tu hermano estaba allí? ¿Por qué te pones en lo peor? No sabes nada de él. También puedes pensar que, después de la muerte de su esposa y de su hija, se arrepintió de participar en la guerra y huyó al extranjero, como tú. O que está en la casa de Sarajevo, cuidando a tus padres hasta que termine el sitio. Han podido pasar muchas cosas que desconoces. Puestos a imaginar, ¿por qué temes que lo acontecido realmente es lo peor?

—Lo intuyo, no puedo evitarlo. Como también intuí el suicidio de María y de Sara. Avisé a mi hermano de que algo horrible iba a pasar y a él no le salió de los cojones hacer nada para impedirlo. Cuando ocurrió, mi madre me dijo que yo tenía un don extraño para predecir las tragedias. Incluso me echó en cara que hablara con Dusan de mis malos presagios. Lo único que le importaba era que mi hermano siguiera peleando por ese cuento de la Gran Serbia. Y ahora, como antes, vuelvo a intuir

que, tal como sucediera con su esposa y su hija, Dusan ha sembrado de cadáveres el surco de su vida.

—Calla, y deja que huyan de tu mente los malos presagios. Estás muy cansado. Cierra los ojos e intenta dormir. Yo voy a preparar algo para cenar. ¿Tienes hambre?

—No, prefiero descansar. Bésame antes de bajar. Quiero dormirme con el sabor de tu boca para que ahuyente los malos pensamientos, como tú dices.

Se besaron largamente, hasta que él cayó vencido por el sueño. Sin embargo, sus besos no consiguieron el objetivo previsto. En medio de la noche, los gritos de Alexander despertaron a Adriana y a Milena.

—¡Nooooooo, Dusan, noooooo, no lo hagas. Nooooo!

Estaba sentado en la cama, dormido y chillando desesperadamente, el horror dibujado en su rostro. Adriana sintió miedo. Se levantó, salió al pasillo y se topó con Milena, tan asustada como ella.

—¿Qué ocurre, Adriana?, ¿qué son esos gritos? Se va a despertar la ciudad entera.

—La guerra le produce pesadillas. Mira, está dormido y gritando. ¿Qué hago, lo despierto?

—No, no, ni se te ocurra. Dicen que es malo despertar a un sonámbulo. Que le puede dar un infarto o volverse loco. Deja que siga gritando.

—Algo tendremos que hacer. ¿Llamamos a un médico?

—No, no es necesario. Hay mucha gente que es sonámbula. Un médico no te va a decir más de lo que te he dicho yo. Que lo dejes, que ya se le pasará.

—Noooooooo, Nooooo —Alexander seguía gritando. Sus gritos desesperados invadieron el silencio de la casa, se colaron en todas las habitaciones y provocaron el temblor de suelos y paredes. Eran tan fuertes que parecía que la mansión entera iba a derrumbarse con ellos. Las mujeres apenas pudieron dormir.

A la mañana siguiente, él amaneció como si nada hubiera ocurrido. Abrió los ojos antes que Adriana y no se marchó como ella hubiera temido. Besó sus mejillas, sus labios y sus párpados dormidos. Hubiera querido despertarla y hacerle el amor, pero siguió besando su cuerpo desnudo hasta que ella respondió.

—¡Qué sueño! —le dijo tierna y perezosa—. ¿Estás bien, mi amor, has dormido bien? —le preguntó. Quería saber si él era consciente de lo ocurrido durante la madrugada.

—Sí, aunque me he despertado con la voz tomada. Estoy un poco ronco. Será de hablar y de llorar a la vez.

—Sí. Será de eso —le contestó. Ya tenía claro que él no se acordaba de nada—. Voy a prepararte un vaso de leche caliente con miel. Es muy bueno para aclarar la voz.

—No. No te vayas ahora. Te deseo y te necesito a mi lado. Ven, ven aquí. Tengo una sorpresa

para ti —le dijo al tiempo que ponía una de sus manos en su miembro erecto.

De vuelta a la realidad tras explorar el Edén al que los habían conducido sus pasiones, él apenas hablaba.

—Me he destrozado la voz —le dijo en un tono casi imperceptible—. ¿Por qué me habrá ocurrido esto?

—Te traeré la leche con miel, que aliviará la irritación de tu garganta, y buscaré a ver si tengo alguna pastilla o un caramelo de menta.

Cuando bajó a la cocina, Milena le preguntó por él.

—¿Cómo está? ¿Le has contado algo? ¿Se acuerda de los gritos de anoche?

—No recuerda nada, pero apenas puede hablar. ¿Tenemos pastillas o caramelos para la garganta?

—Sí. Hay caramelos en esa caja cuadrada —le indicó—. ¿No vas a explicarle lo que pasó? Debes hacerlo, es mejor que sepa cómo se puso. ¡Menudo susto nos dio!

—De acuerdo. Lo intentaré, aunque no sé ni cómo empezar.

De nuevo en la habitación, él se encargó, inconscientemente, de facilitarle la tarea.

—No sé por qué me he quedado ronco. Tampoco fue para tanto.

—Sí que lo fue. Aunque tú no lo sepas, Milena y yo conocemos la razón que te dejó sin voz.

—¿Cómo dices? ¿Qué tiene que ver Milena en esto?

—Anoche, Alexander. Has estado toda la madrugada chillando, dormido y sentado en la cama. Nos despertaste a las dos, y probablemente a media ciudad. Yo me preocupé mucho y quería llamar a un médico. Milena, por el contrario, dijo que lo mejor era dejarte gritar hasta que pararas por ti mismo. Eso hicimos.

—¿Gritando dormido? Nunca he sido sonámbulo. Es la primera vez que me ocurre. ¿Qué decía? ¿Podías entenderme? —le preguntó inquieto.

—No hablabas. Le gritabas a tu hermano. Noooooo, Dusan, nooooooo. Nada más que eso.

—Me dejas de piedra. Siento haberte preocupado, lo siento —le repitió despacio, tomando sus manos y besando las yemas de sus dedos—. Esta puta guerra va a terminar conmigo. Me impide dormir y, para colmo de males, me roba la voz. No sufras por mí. Ya tenemos bastante con lo que yo sufro. ¿Me lo prometes?

—Yo no sufriré si tú dejas de hacerlo. Tiene que haber alguna forma de conseguirlo. ¿Qué pasó con tus dibujos de la guerra? ¿Has seguido trabajando en ellos?

—No, imposible. Me siento muy cansado cuando termino con el camión. Paso el día entero fuera de casa. De todas formas, el cuarto donde duermo es estrecho y no tiene ventanas. No entra ni un rayo de luz. Tampoco puedo ponerme a pintar en otro lugar de la casa. Es pequeña y somos mucha gente viviendo ahí.

—Tienes espacio en el ático. No sé en qué condiciones está porque hace varios días que no he subido. Mañana preguntaré a los obreros cuándo podrán terminarlo y les pediré que se den prisa, no te preocupes.

—La que no debes preocuparte por mis cosas eres tú. Te lo dije y te lo repetiré las veces que sean necesarias, ¿entendido? Cuando arregles el ático lo alquilas. Yo no tengo derecho a ocuparlo.

—¡Vaya tontería! El ático es mío y yo te doy ese derecho. No me lo niegues, por favor.

—No solo es tuyo. Debo recordarte que lo compartes con tus hermanos, según me dijiste el día que nos conocimos. ¿Y si alguno de ellos quiere venir a vivir aquí?

—No pongas esa excusa, es una chorrada. No van a venir, y si alguno lo hace, tiene sitio de sobra. Hay muchas habitaciones en la casa, además de la mía y la grande, la que era de los abuelos. Ellos harán lo que yo diga porque soy yo quién está sacando esta aventura adelante. Puedes estar seguro: no voy a permitir que venga nadie dándome órdenes. Ana y los chicos saben que la abuela, por su gusto, me hubiera dejado toda la casa a mí. El problema fue que la ley no se lo permitió. De hecho, me dejó lo máximo que pudo. No sé si te conté que todo lo que hay dentro de esta mansión es mío: muebles, cuadros, estatuas y joyas.

—No, no lo sabía. No obstante, tú misma lo acabas de decir. Es tuyo, no mío.

—No seas pesado, Alexander. Te presto el ático para que pintes. No pienses en cosas raras. Te vuelvo a pedir que lo aceptes. Te hará bien, estoy segura.

—Si quiero empezar con los dibujos tendré que dejar de trabajar. ¿Y de qué voy a vivir mientras los termine y consiga vender alguno, señorita lista? ¿Piensas mantenerme tú?

—Claro que sí. Siempre has presumido de necesitar poco para vivir. Pues donde comen dos, comen tres, como dice Milena cuando Joan o el arquitecto se presentan sin avisar a la hora del almuerzo. Te lo estoy poniendo muy fácil, Alexander, y no tengo mayor interés en esto que tu felicidad. Si no lo quieres, peor para ti. Insistirte me aburre, sobre todo si no voy a conseguir nada con ello. La última palabra es tuya.

—De acuerdo, déjame pensarlo. No es fácil tomar una decisión de ese tipo. Tendría que dejar a mi amigo y a su familia. A quienes me acogieron cuando vine huyendo de la guerra y me ofrecieron lo poco que tenían. Además de abandonar el trabajo y pasar a depender de ti, al menos por un tiempo. No me convence. ¿Y si te enamoras de otro, qué harás conmigo?

—Ponerte de patitas en la calle y traer al otro. ¿Por qué buscas unas justificaciones tan tontas? Primero mis hermanos. Ahora otro hombre. No me marees con excusas estúpidas. Piénsalo y actúa como te salga de los mismísimos. Cuando sepas lo que quieres hacer, me llamas y me lo cuentas. Punto. No te insistiré más.

En esos momentos sonó el teléfono. Era Pamela, la pintora.

—¡Hola Adriana! ¿Tienes algún plan para esta tarde? —le preguntó.

—¿Qué tal, Pamela? Que yo sepa, no tengo ningún plan. ¿Por qué lo dices?

—Porque ayer conocí en el Black Horse a unos periodistas que llegaron con tu amiga la venezolana. Les hablé de mi obra y se mostraron muy interesados en venir a conocerla. Los he invitado a tomar un café en el estudio. Y también a María, pero tenía otra cita importante. Como sé que tú los conoces, me gustaría mucho que estuvieras presente. ¿Te espero?

—En principio, sí. Te lo confirmo en un ratito. Está aquí Alexander. No sé lo que querrá hacer luego, voy a preguntarle. ¿Y Bojan, aparecerá?

—Creo que sí. He quedado con él en el Pávilon para comer porque no tengo nada en casa y me gustaría que me ayudara luego a preparar el estudio. Soy muy desordenada y me cuesta mucho organizarme. Me prometió que vendría, aunque ya sabes cómo es. Si le surge algún “bisnes” se olvida del resto del mundo. ¿Por qué no le dices a Alexander que se apunte? No lo he visto desde el día en que os marchasteis juntos de la fiesta. Supongo que sigue pasando los fines de semana en tu casa... ¿Todo bien?

—Sí. Más o menos, salvando las complicaciones propias de la historia. ¿Qué voy a contarte yo que tú no sepas, compañera? Con lo que nos va a nosotras el mundo yugoslavo.

—¡Menudo enganche tenemos! En el fondo somos unas sentimentales. Y unas enamoradizas, me temo. En cualquier caso, lo vuestro es muy fuerte. Nunca te he preguntado sobre la relación porque no me gustaría parecer impertinente... Os pasáis la vida encerrados en la mansión. Menos mal que, cuando él no está, tú no entras y a veces te veo. Por suerte, no hemos perdido el contacto. Anda, sácalo de la cama y tráelo a mi casa. También podríamos comer juntos en el Pávilon, ¿qué te parece?

—Lo intentaré. Ahora te llamo, ¿vale? Un beso, chao.

Subió deprisa. Él seguía tumbado en la cama.

—Vístete que nos vamos a comer al Pávilon —le anunció alegremente.

—¿Al Pávilon? No. Yo me voy a casa.

—De acuerdo, señor No. Imagínate que me hubieras dicho que sí. A veces me olvido de que el espacio vital de nuestra relación está limitado a la cama —le dijo con más ironía que malhumor.

—Ya saltaste con lo de siempre. ¿Quién te espera en el Pávilon?

—Tus amigos. Ha llamado Pamela para invitarnos a tomar un café en su estudio esta tarde porque irán unos periodistas, conocidos míos, a ver sus cuadros. Ha quedado con Bojan en el Pávilon y me ha propuesto que comamos juntos allí. Dice que tiene ganas de verte.

—Bueno, en ese caso... No sabía que erais tan amigas.

—Porque no sabes nada de mí, ni te interesa. No sé si tan amigas. Nos vemos de vez en cuando y lo pasamos muy bien juntas.

—Vale, iré. Voy a llamar a casa. No quiero que se queden esperándome para comer.

Adriana estaba emocionada. Era la primera vez que iban a salir juntos de la mansión y que él aceptaba compartir un plan distinto a los juegos sexuales. Adornó su cara con un maquillaje discreto y se pintó ojos y labios en tonos suaves, casi imperceptibles. Se puso un vestido blanco que marcaba sus pechos y ceñía su cintura estrecha, y se calzó unos finos zapatos del mismo color. Toque final: gafas de sol de diseño colgadas en el escote y un sencillo bolso, todo blanco. Terminó de arreglarse y le contó las buenas nuevas a Milena.

—¡Hoy comemos fuera! —exclamó sin disimular su felicidad.

La anciana lo celebró.

—Sabes que me alegro en el alma. Por fin has conseguido sacar a tu hombre de paseo. Poco a poco las cosas se irán enderezando. Diviértete, que te has puesto muy guapa. Dame un beso antes de irte —le pidió.

—¡Vas preciosa. Tan guapa y elegante como el primer día que te vi en el Black Horse! —la piropeó su amor, recorriendo su anatomía de arriba abajo.

Estaba sentado en la cocina, tomando un café preparado por Milena, y le dio una palmadita en el trasero.

—¡Espero no tener que pasarme el almuerzo ahuyentando a los hombres de tu lado!

—¡Ya será menos! —le contestó ella riendo—. ¿Nos vamos?

—Cuando digas. Yo estoy listo.

Salieron a la calle. Alexander la agarró por la cintura. La mañana lucía soleada y luminosa. Ella se sentía radiante paseando junto a su amor, pegada a su cuerpo como cualquier pareja de novios. Llegaron al Pablon y lo primero que divisó Adriana fue a Caballo. Estaba sentado junto a Joan y se levantó, haciendo grandes aspavientos, para saludarla efusivamente con un beso en los labios. Alexander lo miró con cara de pocos amigos y se dirigió hacia la barra, donde Pamela y Bojan disfrutaban de sendas jarras de cerveza.

—Me encanta tu estilismo —la admiró su amigo—. Estás perfecta, no te falta detalle. Y qué guapo es tu yugoslavo, por fin lo conozco. Veo que la Simoneta no exageraba nada con llamarle *El Hermoso*. ¿Os sentáis con nosotros? Supongo que no —se respondió a sí mismo—. Con la mirada de mala hostia que me ha echado...

—No es por eso, tranquilo. Hemos quedado con Pamela y Bojan, que están en la barra. Antes me acerco a saludar a la Simo. ¡Qué sorpresa verte, no te hacía por aquí!

—Hoy libre, algún día me tenía que tocar. Y la Simoneta, como no quiere interrumpirte cuando estás con él, se ha tenido que conformar con mi compañía. Por eso me ha llamado. Para no venir sola, la muy puta.

—Sois incorregibles, ¿eh? Siempre andáis igual.

Se acercaron a la mesa de Joan, que celebró mucho la llegada de su amiga y acompañante.

—Me alegro de verte tan contenta, tan guapa y tan bien acompañada. Te has salido con la tuya, querida. ¿Cómo te lo has montado para sacarlo de casa? Porque están aquí sus amigos, ¿no? ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Me ha llamado Pamela para invitarnos a tomar un café en su estudio esta tarde. Al parecer, ha quedado con “las joyas”, que están muy interesados en ver sus cuadros. ¿Vendrás tú también?

—No he sido invitado. Pamela apenas me conoce. Ni siquiera creo que tenga mi teléfono, porque el lienzo me lo llevé el mismo día de la fiesta y le ingresé el dinero en su cuenta. Por lo demás, ¿cómo va todo? ¿Alguna novedad digna de ser contada?

—Sí, alguna hay. Ya os daré los detalles —les informó risueña—. De momento, el titular: se ha presentado la ocasión y le he ofrecido el ático para que pinte.

—¡Qué emoción! Eso hay que celebrarlo. Échate un poco de mi cerveza y brindamos.

—Espera a que me diga que sí, ¿no te parece? Se lo está pensando.

—Y si te dice que no, él se lo pierde, que tú vales mucho —la animó Caballo—. Vete ya con ellos. Nos va a electrocutar con esas miradas de mala leche, sobre todo a mí. Creo que se ha puesto celoso por el beso que te he plantado y eso me gusta. Señal de que le importas.

—¡No me cansaré nunca de decirte lo zorra y lo indiscreta que eres, Caballa! ¿Cómo se te ocurre besarla así delante del hermoso? A ver si piensa que esta va repartiendo besos en los morros a diestro y siniestro.

—Bueno, no importa. Dejad de discutir, por favor. Ahora os dejo, ¿vale? Besitos —se despidió.

Al llegar a la barra, Pamela la saludó con afecto y Bojan no le ahorró piropos.

—Cada día estás más guapa, amiga. ¡Este cabrón es un tío con suerte! Por cierto: se ha molestado por el beso que te ha largado tu amigo. Ya le he dicho que no hay peligro con él —comentó con ironía.

—¿Estás celoso? Sabes que para mí no hay besos comparables a los tuyos —lo halagó.

—Eso espero —contestó él—. No, no estoy celoso. Es que no conozco de nada a ese tipo y me ha parecido una falta de respeto que te bese en los labios con tanto descaro, delante de mí.

—Joan y él son mis mejores amigos en Praga. Te he hablado de ambos. Tenemos mucha confianza. Caballo es así de efusivo y espontáneo. No ha pensado que te estaba faltando el respeto, te lo aseguro.

—Bueno, pareja, ¿qué os parece si nos sentamos? —propuso Pamela.

Se dirigieron a la mesa que Bojan había reservado y, al pasar junto a Joan y Caballo, este le guiñó

un ojo.

—Será tu mejor amigo, pero es un provocador y un descarado —espetó Alexander.

Ella no le contestó y se sentaron. Bojan le preguntó por las obras de la casa.

—¿Cuándo inauguras tus salones, amiga? ¿Cómo van esas obras?

—Bien, gracias. Me gustaría empezar en septiembre u octubre. Según el arquitecto, la reforma marcha sobre ruedas. Quedará muy bonito, aunque no vamos a hacer todo lo que nos gustaría. El presupuesto es muy ajustado. Afortunadamente, y gracias a las gestiones de un amigo de Caballo, hemos conseguido el préstamo en condiciones inmejorables.

—¡Ah sí! ¡Qué bien relacionado está tu mejor amigo de Praga! —comentó Alexander con ironía—. Por lo que veo, soy el último en enterarme de tus asuntos.

—No te enteras porque no me preguntas. Sí, está muy bien relacionado. Su amigo, el que me consiguió la cita con el banquero, es muy rico, al parecer. Se llama Ekbert von Stancovich, Cruella para los íntimos.

—¿También conoces a Cruella? —preguntó Bojan—. Es uno de los tíos más ricos de Praga, incluso puede que de Europa entera. Y uno de nuestros mejores clientes. Está forrado, el maricón, y no se corta. Hace poco le vendimos una buena cantidad de opio.

—¿Ah sí? ¡Qué casualidad! Yo he probado ese opio. Cruella nos invitó hace poco a una fiesta y nos puso por delante lo más grande del mundo. Tienes razón en lo de que no se corta.

Alexander no conseguía entender lo que escuchaba. Su sorpresa iba en aumento conforme avanzaba la conversación. No podía imaginar que la mujer con la que pasaba todos los fines de semana se dedicaba, cuando no estaba con él, a ir de fiestas y a tomar drogas. Pamela lo notó y trató de aclararlo.

—No te preocupes, colega, que estos están acostumbrados. Controlan mucho, de verdad. Ni están siempre drogados ni se van a quedar enganchados a ninguna de las porquerías que consumen de vez en cuando.

—Tú lo has dicho, porquerías. ¿Es que hay que tomarse esas cosas para divertirse? Me dais un poco de pena, de verdad. Y tú, Adriana, eres una caja de sorpresas. Si no vengo aquí a comer con estos, no me entero de lo que haces cuando estoy trabajando y no puedo verte.

—Te repito que no te enteras porque no preguntas —le respondió sonriendo—. No pretendo ocultarte nada. De hecho, estoy hablando de esto con la mayor naturalidad y tranquilidad del mundo. Ni lo considero malo ni hago daño a nadie por tomar determinadas sustancias, ¿entendido? Me limito a darle gusto a mi cuerpo —volvió a sonreír—. Si quisiera engañarte no hablaría con Bojan de nuestros pequeños vicios delante de ti.

—Está claro que no pretendes ocultarme nada, porque lo has largado todo y me estoy enterando. Pero no estés tan segura de que no haces daño a nadie. Te lo haces a ti misma y a la larga te dejará



secuelas. A ti te digo lo mismo, paisano —advirtió señalando a Bojan con un gesto.

—Deja de preocuparte, Alexander —le aconsejó su amigo—. Pasas el tiempo preocupado, por unas cosas o por otras. Somos mayorcitos y sabemos cuidarnos. Aprende tú a disfrutar de la vida, te lo recomiendo. Y no hables mucho que estás ronco. Por cierto, ¿cómo van tus dibujos? Sigues sin pintar, me temo.

—Sí. No he vuelto a tocarlos. Ya te dije que no tengo espacio ni tiempo para pintar.

—Puedo compartir mi estudio contigo. Hay sitio para los dos —intervino Pamela.

—Gracias, no te molestes. Adriana también me ha ofrecido el ático de su casa. A lo mejor la sorprendo y le digo que sí, que acepto.

Ella lo escuchó emocionada y le estampó en la cara uno de sus clásicos besos sonoros.

—Te lo he ofrecido con todo mi cariño y me encantará que lo uses. Así nos veremos a diario y no te sorprenderás por lo que hago cuando no estás. Que, por cierto, no es nada distinto a ir de fiesta en fiesta y entablar relaciones. También es mi trabajo. Recuerda que dentro de poco seré yo quien las organice.

—No tienes nada que temer, hermano —lo tranquilizó Bojan, como si adivinara sus pensamientos—. Siempre va con maricones. En esa reunión no hay un solo macho. Los periodistas tampoco se salvan, ¿o me equivoco?

—La verdad es que no lo sé. Yo les llamo “las joyas”, o “Pili y Mili”, porque suelen salir y trabajar juntos. Me da la impresión de que únicamente son colegas, no novios, aunque no estoy segura. No pregunto a nadie por su vida privada a no ser que me la cuenten, claro —puntualizó Adriana.

—No entiendo lo de joyas. ¿También esos están forrados? —quiso saber Pamela.

—Mal de suelto no creo que anden, aunque de ahí a forrados, tampoco me parece. Unos buenos sueldos y dietas por desplazamientos, sí. Lo de joyas no va por el dinero, sino por María. Se pasan la vida pegados a ella, atendiéndola y halagándola. Son como sus joyas.

Continuaron conversando y, cuando terminaron de tomar el postre, Pamela le pidió a Bojan que la acompañara al estudio para ordenar un poco antes de que llegaran los periodistas. Sugirió a Adriana que invitara también a sus amigos Joan y Caballo, que aún permanecían en el local.

—Estupendo. Seguro que se apuntan. Iremos con ellos en el coche dentro de un rato, ¿te parece?

Asintió y se despidieron. Alexander se sorprendió de que tomara decisiones por los dos sin consultarle.

—¿Por qué piensas que yo quiero ir con esos en el coche?

—Muy sencillo. Porque han sido invitados, tienen el coche en la puerta y vamos todos al mismo sitio. Es absurdo que tomemos el tranvía o un taxi pudiendo ir juntos. ¿Tan poco soportas a mis

amigos que no puedes ni estar un cuarto de hora con ellos? Pamela vive cerca. No tardaremos más de ese tiempo en llegar.

En esa tesitura estaban cuando un camarero les trajo una nota. Adriana la leyó en alto: “El señor Puch y compañía les esperan en su mesa. Están invitados”.

—¿Lo ves? Vamos —le ordenó.

—¿Ya?

—Yo sí. Son mis amigos y no tengo ninguna intención de rechazar su invitación. Tú haz lo que quieras. Eres libre, por supuesto.

Se levantó y él pensó que la mejor opción que tenía era seguirla.

—Pamela también os invita al café en su estudio —anunció Adriana al tomar asiento.

Alexander ocupó la silla de al lado y permaneció callado y serio.

—Yo he quedado con la Cruella, ya lo siento —se disculpó Caballo—. ¡Con lo que me gusta pasar las tardes contigo! No te pongas celoso ¿eh?, que soy maricón. Claro, que mirando a tu novia, a cualquiera le entran ganas de volverse macha —soltó entre risas al yugoslavo, que mantenía el silencio y la gravedad en su rostro.

—¿No ves que está enfadado? Deja de pincharle, descarado —protestó Joan—. ¿Se puede saber qué te ocurre? ¿Por qué estás tan serio? —le preguntó a Alexander.

—Soy serio. La vida no me ha dado la oportunidad de ser tan feliz como vosotros.

—Será que no quieres cogerla —intervino Caballo—. Cualquiera hombre tocaría el cielo con las manos por una mujer como la tuya. Y te lo dice un maricón. Si no sabes apreciarlo, más vale que aprendas —le sugirió.

—Calla y vete ya, mete patas —le espetó Joan—. Yo me tomaré el café tranquilo con ellos y luego nos marcharemos en mi coche al estudio de Pamela, ¿de acuerdo?

Caballo obedeció la orden de Joan. Se levantó y agasajó a Adriana con dos besos de despedida en las mejillas. Después, se dirigió a Alexander.

—Besos inocentes, ¿lo ves? Es que la adoro. Es mi mejor amiga y la más guapa del mundo entero. Te enfadaste por el recibimiento que le hice, lo vi en tu cara. Lo siento. Soy así de sincero y de natural, no puedo remediarlo. Te llamaré mañana —le dijo a Adriana, y encaminó sus pasos hacia la salida del local.

Joan avisó al camarero y pidieron tres cafés.

—¿Tomamos unas copitas de Becherovka, chicos? —les preguntó. Antes de escuchar la respuesta, ordenó que las trajeran.

—Me gusta ese licor —comentó Alexander—. Lo probé uno de mis primeros días en Praga. Era la última noche del año y el padre de mi amigo Jan sacó una botella enorme después de la cena. Hace más de año y medio de eso —recordó con nostalgia.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Joan—. Te veo muy serio y no creo que se deba solo al descarado de Caballo.

—No —admitió—, aunque todo influye. He pasado una semana horrible y estoy muy cansado. Ayer grité durante toda la noche y casi me he quedado sin voz. Que te lo cuente tu amiga.

—Yo cuento únicamente mis cosas. Hoy haré una excepción porque me lo autorizas tú, que no estás para hablar mucho.

El yugoslavo asintió con el gesto.

—Efectivamente. Ayer nadie durmió en casa con sus gritos. Tuvo sonambulismo y gritaba dormido. ¡Nooooo, nooooo, nooooo! Soñaba con la guerra, ya sabes lo de la matanza de Srebrenica que contaron los periodistas el otro día. Tuvo la mala suerte de ver las imágenes en la tele. Como es lógico, le afectó.

—Y tu familia, ¿sigue allí? ¿Sabes algo de ellos? —inquirió Joan.

—No —negó con la cabeza.

Con la intención de cambiar de conversación, Adriana alzó su copa de licor.

—Por la paz, el amor y la amistad —brindó.

Ellos la acompañaron, Alexander con una tímida sonrisa.

—Estás más guapo cuando sonríes —le dijo Joan—. Y tienes motivos para hacerlo. Escapaste del infierno, te has salvado y has conocido a Adriana. No te ha ido tan mal en este año y medio, ¿o me equivoco?

—En ese sentido, no —se limitó a contestar el yugoslavo.

—Os recomiendo que nos vayamos ya al estudio de Pamela —sugirió Adriana—. Me temo que para ti este fin de semana está resultando demasiado intenso, Alexander.

—No te falta razón.

Coincidieron con los periodistas en la puerta del estudio de la artista.

—¡Qué gracia, hemos llegado todos a la vez! —expresó Adriana a modo de saludo, y los presentó.

—Martín y Alfonso. Él es Alexander, mi amigo yugoslavo.

Se saludaron y subieron al estudio. Olía a pintura y a café recién hecho. Pamela los recibió amablemente y los invitó a tomar asiento. Alexander le preguntó por Bojan.

—Está con Iván, fumando en la terraza. No me gustan los humos dentro de casa.

El yugoslavo se dirigió al encuentro de sus paisanos.

—¡Por fin te veo! —lo saludó Iván—. Pensé que te habías perdido en alguna carretera tortuosa, aunque ya me ha dicho este —señaló a Bojan con el gesto— que cierta señorita española te tiene muy entretenido.

Soltó una sonora carcajada. Bojan lo siguió.

—Y más que lo va a tener a partir de ahora, presiento. Le ha ofrecido el ático de su casa para que pinte.

—Vaya suerte, cabronazo. Al final te lo vas a terminar montando mejor que nosotros —apuntó Iván.

—Aún no sé si voy a aceptarlo —indicó Alexander a ambos.

—Tú no debes andar bien de la cabeza, hermano —le contestó Iván—. Encuentras a una tía guapa y rica que te mete en su cama y, además, te ofrece su casa para que pintes. ¿Y te lo estás pensando? Pues date prisa, no sea que se arrepienta —bromeó.

—Claro que debo pensarlo, mamarracho. No es fácil asumir que una mujer te mantenga, al menos para mí.

—¿Es que habló de mantenerte? —inquirió Iván.

—Una cosa lleva a la otra —le contestó Bojan—. Si quiere terminar sus dibujos, tendrá que dejar el camión. Ambas tareas son incompatibles.

En el interior de la estancia, mientras Adriana y Joan cotilleaban acomodados en sendos cojines, los periodistas admiraban las pinturas de Pamela.

—Tienen fuerza —le dijo el español—. Me gusta la mezcla de colores y lo heterodoxo de tu arte. Desde este bodegón tan original a las fotografías retocadas al óleo. ¿Vendes?

—No me quejo. Desde luego, no estoy en el circuito comercial de las grandes galerías de la ciudad, aunque he participado en alguna colectiva con buenos resultados. Me da para vivir. No obstante, la promoción es muy importante para un artista y yo no invierto nada en eso. Hasta ahí no llego.

—Te podemos ayudar —se ofreció Alfonso, el chileno—. “Una pintora americana triunfa en Praga”. Buen titular, ¿verdad? Lo ofreceré a la sección de Cultura de mi periódico.

—Te lo agradezco mucho, sinceramente.

—Yo también intentaré hacer algo —apuntó Martín—. El problema es la falta de tiempo. Ya te dije que me han destinado aquí para informar sobre la guerra de Yugoslavia.

—En ese caso, te interesaría entrevistar al amigo de Adriana. Tiene unos dibujos impresionantes del sitio de Sarajevo, pintados en vivo y en directo porque estaba allí, encerrado en una habitación con vistas al horror. Solo salía para buscar agua y comida. Una tarde los trajo a este estudio. Me impresionó uno donde se veía a un soldado degollando a un adolescente, mientras las mujeres se peleaban por el agua. El retrato de las caras era tan real que te transportaba al suplicio de la ciudad sitiada.

—¡Qué interesante! Adriana me lo presentó cuando llegamos. Voy a hablar con él.

—No me parece oportuno —corrigió la pintora—. No los tiene terminados y odia hablar de la guerra, igual que mi novio. Con los yugoslavos ese tema es tabú, pero no te preocupes. Algún día los enseñará al mundo.

En esos momentos, Alexander entró en el estudio y se dirigió a los cojines donde permanecían sentados Adriana y Joan.

—Me voy a casa —le dijo. Tomó sus mejillas y la besó cariñosamente—. ¿Preguntarás mañana a los albañiles cuándo podré ocupar el ático? —le susurró mimoso al oído.

Ella no pudo disimular su alegría.

—Ahora sí que vamos a brindar. Antes de irte déjame tu teléfono. Te llamaré cuando hable con ellos.

—Me lo cuentas el sábado, no hay tanta prisa.

Volvió a besarla y salió junto a Iván y Bojan.

Un rato después, Adriana y Joan se despidieron de la anfitriona y se dirigieron al automóvil, de vuelta a casa. Los periodistas hicieron lo mismo. En el trayecto en coche, ambos amigos comentaron la gran noticia.

—Ya puedes ponerle las pilas al arquitecto para que deje el ático en condiciones lo antes posible, no sea que tu hermoso cambie de parecer. ¡Es una broma! —corrigió—. ¡Estarás tan emocionada por tenerlo cerca!

—Veremos cómo se da todo y cómo nos adaptamos a la nueva situación. Emocionada, sí, pero un poco nerviosa. No pensaba que los acontecimientos se iban a desarrollar tan rápido. Mañana mismo hablaré con Trudenska. Además de lo del ático, necesito saber cuándo tiene previsto terminar toda la obra.

—No me extraña que estés nerviosa. Desde luego, tu amado es un poco raro. ¿Te has dado cuenta de cómo se ha escaqueado para no dejarte su teléfono?

—Por supuesto. No me he caído de un guindo. Ya me he acostumbrado a esos detallitos. Es lo que hay.

—No importa. Ahora no vas a necesitarlo, si se traslada a tu casa. Y sobre las obras, lo ideal sería que terminaran después del verano, como te prometió el arquitecto. Ten en cuenta que el 12 de Octubre es el día de la Hispanidad. Podrías proponer a la Embajada que lo celebraran en la mansión. Sería la ocasión ideal para inaugurarla. Recuérdales que tu abuelo fue un exiliado republicano, como muchos de los que forman todavía la colonia española en Praga. Yo los he visto todos los años en las reuniones de la Hispanidad, con sus hijos y sus nietos checos. Asisten, además, los embajadores latinoamericanos acreditados aquí. ¿Qué mejor momento para que conozcan el espacio?

—Estás sembrado, querido —le contestó ella—. La idea me parece genial. Sí, sí. Hablaré con el

arquitecto y pediré una cita con el agregado comercial de nuestra embajada. A ver si estamos de suerte y lo convengo.

Como solía hacer cuando quería tratar con él sobre las obras de la mansión, Adriana se esmeró en preparar una cena privada con Trudenska. Acondicionó un espacio en el extremo izquierdo del salón principal, ocupado en gran parte por bidones de pintura y sacos de cemento. Sacó una mesa antigua de las que guardaban en el dormitorio de los abuelos y una elegante vajilla. Incluso se molestó en limpiar unos candelabros de plata para poner dos velas. Detalles que no pasaron desapercibidos para el arquitecto.

—Me halaga que te esmeres tanto en preparar una cena conmigo. Es un honor —le agradeció Trudenska. En sus manos, un bonito ramo de rosas rojas para la anfitriona.

—Y a mí me halagará que termines pronto el ático —le contestó ella de forma espontánea.

—¿El ático? Todavía le falta. La mayoría de los obreros están arreglando la fachada, que es lo que más se ve. Si ahora te interesa tanto el ático, puedo trasladar allí a los dos que dejé trabajando en las habitaciones de arriba y que se pongan con ello, aunque tardarán más de una semana. Luego hay que esperar a que se seque la pintura para ocuparlo. Supongo que la prisa te vendrá porque quieres alquilarlo, como te recomendé. Habrá que instalar cocina y baño. De esa forma podrás ganarle más dinero.

—Ni lo voy a alquilar ni necesitaré cocina y baño. Se lo he ofrecido a un artista amigo para que termine sus cuadros. Bastará con alisar las paredes y pintar.

—¡Qué generosidad! Debe ser alguien muy especial. Siempre estás protestando porque no te alcanza el dinero y ahora prestas el ático en vez de alquilarlo. ¿Qué pasa, es tu novio? —le preguntó con retintín.

—No exactamente. Amigo íntimo, más bien.

—Debo entender, entonces, que esta mesa preparada con tanto esmero no es un detalle especial hacia mi persona, sino un regalito al arquitecto para que agilice el arreglo del ático. ¡Vaya suerte que tienen algunos! —le recriminó—. Venía a darte una buena noticia y tú me obsequias con una mala —lamentó.

—No sé por qué te parece mala. Vamos, larga la buena.

—Muy fácil. No quieres acostarte conmigo y lo haces con otro. ¿Te has enamorado?

—¡La buena, venga, hombre! —insistió Adriana con la sonrisa coqueta y la pretensión de cambiar de tema.

—La buena es que la estructura de tu casa está impoluta. Asistirá inmóvil al paso de los años. No es de madera, como me temía, sino de piedra maciza.

Ella se levantó, eufórica.

—¿Eso significa que tendremos casa de aquí a la eternidad?

—Efectivamente. Por la fecha de construcción que me dijiste, finales del siglo XIX, lo lógico es que los muros fueran de madera. Sin embargo, son de piedra, lo que indica que la edificación es muy anterior.

—Me debiste entender mal. Lo que yo te dije es que en la escritura figuraba 1890 como el año en que el edificio quedó asegurado de incendios. No había referencias sobre la fecha de construcción.

—Puede que fuera en la Edad Media, entonces. ¿No decías que los antepasados de tu abuela eran comerciantes? El diseño original de la estructura parece responder a un uso residencial en la parte baja, preservando la alta para almacén de mercancías. Ten en cuenta que las pequeñas habitaciones de arriba se hicieron en época reciente, hace 30 o 40 años, para un uso que ignoro. Lo mismo ocurre con tu alcoba y con la que perteneció a tus abuelos: simples tabiques de ladrillo de construcción moderna.

—Tampoco yo sé para qué querían tantas habitaciones pequeñas. ¡La vida de los abuelos ha sido tan desconocida para nosotros! Hay más de quince cuartos, ¿no es así? Nunca me he molestado en contarlos.

—Exactamente, dieciocho, además de dos minúsculos baños situados en los extremos, cuya existencia también desconocerías. Estaban llenos de trastos. Cuando los retiramos descubrimos en cada uno de ellos un lavabo y un hueco en el suelo, que hacía las veces de inodoro. Te propongo tirar los tabiques y dejar ocho habitaciones con dos baños completos, aprovechando la estructura de los que ya están construidos.

—Sería estupendo, pero dudo que pueda permitírmelo. Esa obra subirá el presupuesto.

—También me he tomado la molestia de pensar en ello, para que veas todo lo que estoy dispuesto a hacer por ti. La solución está en compensar ese gasto con el ahorro que supondrá prescindir del suelo nuevo.

—No lo entiendo. ¿Cómo vamos a dejar ese suelo tan feo y descolorido? Desluciría toda la reforma.

—No es feo, solo está descolorido. Si le pasamos la máquina pulidora y tratamos la madera con los productos adecuados quedará muy bien. Además, responderá mejor al estilo de toda la residencia.

—De acuerdo, tú eres el experto. Acepto si no supone un coste excesivo.

—Exactamente no te lo puedo decir, porque aún no he hecho los números de forma precisa. Puede que algo suba, aunque no debe importarte. Ya me lo pagarás cuando puedas, no te preocupes.

—Gracias, generoso. Y volviendo a lo del ático, ¿cuándo crees que podría estar listo?

—Observo que el ático te interesa demasiado —dijo sonriendo—. Si no necesitas que tu amor disponga de una vivienda adecuada, con cocina y baño, lo podrían acabar en ocho o diez días, como

máximo.

—Ya te comenté que no era necesario. Lo importante es que esté listo cuanto antes.

—¡Que impaciencia! —volvió a reírse—. ¡No puedes disimular las ganas que tienes de recibir a tu artista!

—¿Quieres tomar ya el café o prefieres una copa, Milan? —le preguntó Adriana sin otro interés que el de evadirse de sus comentarios.

—Tampoco puedes disimular que no deseas hablar del tema. Aún no he terminado con este pavo a la naranja, que está buenísimo. ¿Es obra propia?

—Sí, con la ayuda de Milena. También preparamos una tarta de manzanas para el postre. Me había olvidado de ella. Ahora mismo la traigo.

—No tengas tanta prisa. Comes muy rápido y se ve que estás nerviosa. Si te has citado con él, me marcho.

—No he quedado con nadie. En lo de nerviosa no te falta razón. La causa es el fin de las obras, el negocio y todo lo que tengo por delante. Mañana empiezo un curso sobre contabilidad y fiscalidad para pequeñas y medianas empresas en la República Checa. Está destinado a empresarios extranjeros y lo impartirán en varias embajadas, entre ellas la de España. Es muy interesante y me lo subvencionan casi en su totalidad.

—Me alegro de que el amor no te haya dejado atontada y todavía seas capaz de pensar en cosas útiles —volvió a recordarle con retintín.

—Deja de vacilarme, hombre. Aquí nadie ha hablado de amor —le cortó.

—Bien. Me alegro de que no estés enamorada. Eso significa que puedo tener esperanzas —comentó guiñándole el ojo—. Soy un galán muy paciente —le sonrió.

Una de aquellas tardes, el camión de los Vésely dejaba Pilsen. Habían terminado el reparto y querían llegar a Praga a dormir. El señor Vésely sesteaba recostado en la parte de atrás. Jan conducía y Alexander ocupaba el asiento contiguo. Permanecía pensativo. Su amigo observó que apenas había hablado en todo el día.

—Vaya panorama que tengo —se quejó—. Mi padre roncando detrás, y tú, como si te hubieras quedado mudo. Me voy a dormir al volante si seguimos en silencio. ¿En qué piensas, en el amor o en la guerra?

—En ambas cosas, porque van juntas en mi vida. Adriana me ha ofrecido el ático de su casa para que termine los dibujos. Ella y yo sabemos que eso implicaría dejar de trabajar y trasladarme allí. No puedo compaginar el camión con la pintura, y tampoco es lógico que pase el día en el ático y tenga que cruzar la ciudad, de noche, para dormir en casa y volver a la mañana siguiente. Si te soy sincero, acepté porque mis paisanos me insistieron en que era lo que debía hacer. Ahora me arrepiento y no sé cómo decírselo. Se porta muy bien conmigo. El problema es que siento que no



estoy preparado para compensar sus desvelos. Ni la amo ni le correspondo como ella se merecería.

—¿Qué te ha ofrecido un ático para pintar? Eso es estupendo. Tonto serías si lo rechazaras. Estoy de acuerdo con tus paisanos: aprovecha la oportunidad. Si te lo ha ofrecido, supongo que lo hace porque puede y porque te querrá tener todo el tiempo a su lado —comentó lanzando su característica carcajada.

—Sí, así es. Cuando le pregunté si pensaba mantenerme, respondió que sí. Con una tranquilidad pasmosa, como si el hecho de que una mujer trabaje para un hombre le pareciera lo más normal del mundo.

—Le parecerá, o no le importará hacerlo por ti. Por lo que dices, deduzco que ya te ha declarado su amor.

—Sí. Al menos un par de veces. También me ha dicho que tiene miedo a perderme.

—Celebro que el amor haya llamado a tu puerta y celebraré aún más que, por fin, lo dejes entrar.

—Que me vaya allí a pintar, o a vivir, no significa que la quiera. No voy a decírselo si no lo siento.

—Y si no es amor, ¿qué sientes, cabronazo? ¿Ganas de echar un polvo los sábados? Ya te avisé de que eso no funcionaría. No funciona con ninguna mujer.

—Creo que con ella tampoco. A veces me recrimina que la trate como a un objeto sexual.

—¿Así la tratas?

—No, no. Bueno, realmente no sé —corrigió—. La verdad es que Adriana sabe llevarme al cenit del placer como pocas mujeres lo habían hecho hasta ahora, pero no pienses que voy con ella solo por eso. Además, me escucha y me consuela. Es muy inteligente, tiene mucha personalidad y las ideas muy claras. El domingo pasado, si no la sigo, me deja plantado en la mesa de un restaurante para tomar el café con sus amigos. A mí no me apetecía estar con ellos y se lo dije. No le importó. Se levantó muy decidida y, de no ir tras ella, me hubiera quedado en nuestra mesa solo, con cara de gilipollas. También tiene mucho sentido del humor y sonrío casi siempre. Es preciosa, aunque de ahí al amor... Eso es imposible, amigo. Pertenece a mundos distintos. Ella lo sabe y negarlo es absurdo. ¿Qué voy a ser yo ahora, el novio de la reina de las fiestas de Praga? Según me enteré ese mismo día, su actividad principal cuando yo no estoy es ir de fiesta en fiesta. Lo hablaba con Bojan, también con la máxima naturalidad. No le importaba que yo escuchara, como si eso le resultara lo más normal del mundo.

—Es su trabajo, o lo será a partir de ahora. A todo se acostumbra uno, amigo —volvió a reír.

—Pues lamento anunciarte que mi cabeza no está para ir de sarao en sarao detrás de una mujer. Y pienso decírselo. Es mejor que las cosas estén claras desde el principio. Si acepta, me llevaré una cama al ático para dormir allí cuando ella esté de fiesta. Ni voy a acompañarla ni me quedaré en su

cama esperándola.

—Allá tú. Si vas a vivir en su casa para verla el mismo tiempo que ahora, de alguna forma tendrás que compensarla. Además, no creo que te lo permita. ¿Piensas que va a mantenerte y a prestarte un ático que podría alquilar solo para que te acuestes con ella los sábados? Si es una mujer inteligente, como dices, lo dudo mucho. Y me extraña que, si te ha pedido que vivas en su casa, vaya a estar todos los días de fiesta. Pregúntaselo. Es lógico que quieras saber esas cosas de la persona con la que vas a compartir tu vida.

—No tengo claro que quiera compartir mi vida, ni con Adriana ni con nadie. Quiero pintar, por supuesto, y ahora que tengo la oportunidad, aún lo necesito más. Y también quiero estar en su cama, sí. No en su mundo. Te lo dije la primera vez que hablamos de ella, ¿recuerdas? Pues voy a contarte más. El domingo de marras tuvimos la ocasión de salir juntos a la calle. La llamó la novia de mi paisano. Ni siquiera sabía que eran amigas. Como él también iba a estar, acepté la invitación. Fuimos al mismo local donde me llevó Bojan el primer día que hablamos en el metro. Salvo el lugar, lo demás fue sorprendente. Además del lío de las fiestas supe que tomaban todo tipo de drogas aunque, según ellos, solo en ocasiones especiales. No es que me parezca mal. Sencillamente, es un mundo que no me interesa.

—Son personas adultas, ¿no? Mientras no se pasen, ¿qué más da? Como a todo en la vida será cuestión de tomarle la medida. Esas tonterías no deben importarte. De hecho, no te hubieras enterado si no lo comentan en la mesa, supongo que con la misma naturalidad a la que te has referido.

—Claro. Era la conversación que mantenían durante la comida. Fiestas, drogas y amigos en común. ¿Cómo iba yo a saber eso? El primer día que la conocí se fumó un porro de marihuana cuando llegamos a la cama... Me dijo que lo hacía porque estaba nerviosa, pero en el Pablon hablaban de opio y otras cosas, como si nada. Ante mi sorpresa, Adriana me recriminó, con su preciosa sonrisa, que si no sabía nada de su vida era porque no me interesaba y no le preguntaba.

—Lógico. Me vas a permitir un consejo: debes proponerte hacerla feliz fuera de la cama, aunque sea de vez en cuando. Si un día le ilusiona que la acompañes a alguna fiesta, o que salgáis a cenar fuera, no te niegues. Ella ha sido muy generosa contigo. Demuéstrale que mereció la pena.

—¡Uf! —se limitó a exclamar Alexander.

La semana tocaba a su fin y Adriana tomó el tranvía desde la Embajada de España, donde asistía al curso de contabilidad, hasta su casa. Llegó al mediodía y ayudó a Milena a preparar la comida. Mientras cocinaban, recordó lo que le había contado el arquitecto sobre la estructura de la mansión. Le preguntó al ama de llaves por la vida de los abuelos, insistiendo en el asunto de las habitaciones de arriba.

—Tu abuelo las construyó para esconder a los disidentes del régimen comunista. Esos cuartos eran un trajín de refugiados que entraban y salían, confundidos entre los pacientes del doctor. Hasta

el primer presidente de nuestra actual república estuvo encerrado en uno de ellos —le reveló la anciana.

—Increíble. Mi abuelo era republicano y amigo de los comunistas. Llegó aquí huyendo de Franco, ¿o no?

—Sí. Al principio sus ideas coincidían con las del comunismo. Pero cuando se dio cuenta de que aquí tampoco había democracia, que los gerifaltes del régimen se arrodillaban ante los rusos y avasallaban a la población, y que la mayoría de la gente seguía siendo muy pobre, se enfrentó a ellos. No abiertamente, por supuesto. Llevaba una doble vida. Les decía a todo que sí y por detrás hacía lo que le daba la gana.

—Y la abuela, ¿cómo se lo tomaba?

—Bien, bien. A tu abuela, como buena Mákourkova, todo lo que hacía su hombre le parecía bien. Destrozó la casa, que era de su familia, para acondicionarla a sus intereses y Doña Adriana no le puso ninguna pega. Años después, a tu madre le ocurrió lo mismo con tu padre. Y tú seguirás la tradición familiar. Lo tengo clarísimo. Cuando venga el yugoslavo harás lo que a él le plazca. ¿O me equivoco?

—Tranquila, Milena. Llevaré en mi sangre el estigma de las mujeres de la familia, como tú dices, pero he tenido otra educación, por suerte. Aquí se hará lo que estaba previsto. Cuando terminen las obras empezarán las fiestas. Y si a Alexander no le gustan, que se aguante.

Para su sorpresa, Alexander estaba pensando justo en eso: en mirar para otro lado y hacer su vida, aunque no en el sentido que Adriana hubiera esperado. Como era habitual, ella lo recibió en la mansión el sábado por la tarde. En esta ocasión, emocionada por contarle lo poco que faltaba para que el ático estuviera terminado y pudiera trasladarse pronto. Estaban cenando cuando él le hizo una extraña petición.

—Hay algo que debo decirte y no sé cómo hacerlo —anunció.

—Empieza. Soy toda oídos —indicó ella obsequiándolo con esa sonrisa que tanto le gustaba.

—Me gustaría traer una cama al ático. No te ofendas —le dijo ante su gesto sorprendido—. Tu vida seguirán siendo tus fiestas, y la mía, mis dibujos.

—No pensaba estar de fiesta en fiesta cuando vivas aquí. De hecho, tenía la intención de asistir a las relacionadas con la obligación y reservar la devoción para ti. De nuevo he vuelto a equivocarme —lamentó.

Él se acercó y la besó con cariño.

—Puedes llevarte una de las camas de los cuartos pequeños, si quieres —prosiguió—. Son estrechas, pero no tengo otras. Me ilusionaba pensar que dormiría a tu lado cada noche. Veo que a ti no. Es tu libertad y la respeto, aunque no se ajuste a mis deseos. El amor es generoso. Si no, sería

otra cosa, no amor. Haz tu vida si eso es lo que quieres. No voy a molestarte. La única condición que te pongo es que me respetes, lo cual implica que no puedes traer a otra mujer a dormir contigo en esta casa.

—Nunca te haría eso, Adriana. Descuida, no voy a acostarme con nadie que no seas tú. Ninguna mujer me ha dado nunca el amor que tú me das, ni me hará tan feliz en la cama como tú me haces. Quédate tranquila, de verdad.

Volvieron a agasajarse a besos. Subieron a la habitación y se amaron hasta que el sueño los venció. Abrieron los ojos, pasó el día y seguían amándose cuando el sol se escondía entre los tejados de la ciudad. Alexander se marchó y Adriana sintió de nuevo el sabor agridulce de su amor. El dulce de sus besos. El agrio, del ansiado te quiero que nunca llegaba.



# XI. EL ÁTICO

Las paredes del ático lucían de un blanco resplandeciente el día que Alexander llegó a la mansión para ocuparlo. El viejo suelo de barro, con el adecuado tratamiento, había adquirido un color rojizo que proporcionaba a la estancia un aspecto acogedor. Las ventanas, pintadas del mismo tono que el suelo, abrían el paso de la luz a raudales. Con la retirada de muebles y trastos viejos, su tamaño sorprendió a Adriana.

—El ático es grandísimo. Con tanto chisme acumulado no me hacía una idea real de su tamaño —comentó a sus íntimos al mostrarles el espacio que iba a convertirse en la guarida de su amado.

Joan y Caballo, además de la amplitud, admiraron la luminosidad del recinto.

—Es ideal para un pintor —indicó el primero—. Ya puede estar contento. ¡Qué bien ha quedado el suelo!

—Espero que cambie de actitud —apuntó Caballo—. Con todo lo que haces por él debería ser un poco más amable y preocuparse por hacerte más feliz, en vez de dejarte llorando cada vez que se va. Y ahora que se queda, te viene con el cuento de que quiere dormir solo. No sé cómo le aguantas tanto.

—Por amor, Caballo, por amor.

Varios kilómetros en dirección a las afueras de la ciudad, en casa de los Vésely, la familia al completo agasajaba a Alexander con la que sería su última comida en ese hogar. Menos Bárbara, que le confesó abiertamente la tristeza que iba a producirle su ausencia, todos lo felicitaron y le desearon lo mejor para esa nueva etapa de su vida. Jan le insistió en que se esforzara para compensar la generosidad de Adriana.

—Preocúpate por hacerla feliz, también fuera de la cama —le dijo en un momento en que charlaban a solas.

Teresa, la mujer que sacó a Alexander de la abstinencia sexual sufrida en la ciudad sitiada, se incorporó a la reunión a la hora del café. Pese a vivir en el mismo edificio, hacía varios meses que no se habían visto.

—Me alegro de que te hayas enamorado. A todos nos llega la hora. Eres muy afortunado, ¿no? Tu novia es muy guapa. Y, por lo que he escuchado, también rica.

—¿Es que la conoces? ¿Qué sabes tú de ella? A mí me da igual que sea rica o pobre.

—Sí, la conozco. Morena, con los ojos grandes y las piernas largas —le dijo en tono de broma—. Es la española que tiene una mansión en Vinohrady, ¿verdad? Se llama Adriana.

—Sí —asintió. ¿Dónde la has visto?

—En el restaurante español del hotel Kapital, hace unos meses. Yo también tengo novio, ¿sabes? Trabaja en el casino del hotel. Una noche que tenía libre me invitó a cenar allí. Tu amada y sus

amigos compartían mesa con el señor Palomares, el director. Tuvieron una cena muy agitada. De hecho, montaron un escándalo que pusieron en pie a todo el restaurante. ¡Menudo espectáculo! —se reía.

—Cuéntame. Aunque no me creas, sé muy poco de su vida.

—Pues ya te irás enterando. Esa noche, la esposa del jefe, una rubia, se levantó de su silla y empezó a insultar a uno de los señores que estaba con ellos. A voz en grito y ante el asombro de todos, le decía que era un maricón y que se travestía en reuniones privadas que organizaba tu novia en su casa. Estaba borracha y no paraba de recordarle al señor que era un desgraciado porque pagaba a los hombres para acostarse con ellos. Fue un cachondeo... La gente se levantaba de sus mesas para acercarse hasta ellos y no perder detalle. Y la descarada, en vez de quedarse cortada, gritaba cada vez más, un impropio detrás de otro.

—Pobre Joan. Me imagino que se trataría de él. Y Adriana, ¿qué hacía?

—Sí, era Joan. La rubia se encargó de pregonar su nombre a los cuatro vientos. Según mi novio, frecuenta el hotel con tu amiga y otra morena que es la encargada de relaciones públicas. Suelen sentarse con los jefes —añadió.

—No me has contado qué hacía Adriana la noche del suceso.

—Estaba muy seria, parecía incómoda. Su amiga y ella intentaban consolar al caballero. En medio del escándalo, el director se levantó enfadado y se llevó a su esposa. Ellos se quedaron cenando, tomaron una copa luego y se fueron. Dice mi novio que en el hotel estuvieron varios días riéndose a cuenta de la escenita.

Una escenita que Alexander, sin saberlo, presenciara horas después. Cuando llegó a la mansión vio a Joan vestido de cabaretera y en plena actuación para el reducido público que formaban Adriana, Caballo y el ama de llaves. Ella lo invitó a sentarse o, si lo prefería, llevarlo a conocer el ático. Ante la sorpresa de todos, optó por quedarse. Tomó asiento, rodeó la cintura de la joven con sus brazos y la acomodó en sus rodillas. Le besaba el cuello, le acariciaba el cabello y no paraba de hacerle carantoñas, animado por la felicidad del sector femenino y el pasmo del resto de los presentes. La siguiente actuación de Simoneta fue una imitación de Sara Montiel cantando “Fumando Espero”. Muy maquillada, amplio escote que mostraba sus falsos aunque generosos pechos y una vieja pipa de la bisabuela de Adriana que, según Milena, fumaba sin parar. Después del aplauso del respetable, la anfitriona decidió llevar a su amor al ático.

—Amigos, estoy impaciente por enseñarle a Alexander su estudio. ¿Vamos, cariño? —le preguntó mimosa.

Tenían que recorrer toda la mansión para alcanzar las escaleras de barro rojizo que subían al ático. Desde la habitación donde estaban, en el extremo izquierdo de la parte delantera de la residencia, cruzaron abrazados y melosos los tres salones; el espacio que ocuparía el comedor, aún

sin pintar y con cascotes amontonados en el suelo; y después, el que se convertiría en la cocina industrial. Contiguo a esta, y ya en la parte trasera, que Alexander no conocía pese a sus numerosos fines de semana en la casa, alcanzaron otro recinto amplio, una especie de almacén lleno de maquinaria de la obra, cajas apiladas y muebles tapados con sábanas. Al fondo, las escaleras recién pintadas y una gran puerta.

—Mira, por esa puerta grande se sale a la calle trasera —le señaló Adriana.

—Aquí todo es grande, como tu corazón —apuntó él.

—Todo tuyo —respondió Adriana con su sempiterna sonrisa—. Te presento a tu nuevo hogar. Se sube por esas escaleras. Hemos llegado. Toma, abre tú.

Sacó una llave del bolsillo delantero del pantalón, tomó su mano derecha y la depositó en ella. Se besaron durante varios minutos junto a la puerta. Él abrió y pasaron al interior. La estancia estaba completamente vacía. Ya era casi de noche y Adriana encendió las luces.

—¡Qué grande! No me imaginaba un espacio tan amplio —exclamó admirado.

—Tampoco yo sabía cómo era. Estaba lleno de trastos. Apenas se veían las ventanas. Han debido pasar años sin que nadie entrara aquí. Tardaron un día entero en vaciarlo.

Él acarició las paredes, lisas y blancas, con las yemas de sus dedos.

—¿De verdad crees que merezco tanto? —le preguntó mirándola tiernamente con sus grandes ojos claros.

—Tu felicidad, que es la mía, lo vale todo. Mañana, con tranquilidad, puedes buscar entre los muebles por si encuentras algo que te apetezca traer, además de la cama. Esta noche, si no te importa, dormirás conmigo. Ya es tarde para andar de mudanzas.

—Claro, estoy deseando devorarte entera. Y el lunes, cuando traigamos la cama, la estrenamos juntos.

—Es pequeña, ya te dije.

—Mejor. Así estaremos más pegados.

Cuando volvieron a la habitación de la ventana, Milena celebraba la actuación de Joan-Simoneta.

—Ha sido memorable —afirmó riendo—. Simoneta ha triunfado con las tetas de plástico que le ha puesto Adriana y la pipa de la bisabuela. ¡Con lo serio que parece en la agencia de viajes, siempre tan trajeado!

—Se divierte usted mucho, Milena —observó Alexander—. Me alegro.

—Eso es lo que vamos a tener en estos salones, fiesta tras fiesta. Y más vale que nos gusten, porque es lo que nos dará de comer. Si nos viera la abuela, con lo poco amiga que era de las fiestas... No celebramos casi ninguna en cincuenta años. Adriana habrá salido a su familia española. A la checa no, desde luego.



—Seguro. Y ahora las daremos todas a la vez —respondió la aludida—. No creo que a la abuela le importe. Si tuviera algo contra las fiestas no nos habría dejado semejante mansión. A cinco chicos jóvenes —especificó.

—¡Y andaluces! Mucho salero junto —puntualizó Caballo.

Siguieron un rato hablando de fruslerías. Cuando los invitados se marcharon, quitaron la mesa entre los tres y se despidieron. Milena se quedó en su flamante habitación de la planta baja, ya pintada. Alexander, que ese, su primer día en la casa como residente fijo, se había propuesto complacer a Adriana al máximo de sus posibilidades, la alzó en el aire y la cogió para darle el gusto de que subiera las escaleras acurrucada en sus fuertes brazos. Sabía que le encantaba y precisamente por eso no lo hacía con frecuencia. Ella lo besaba en los labios, los brazos rodeándole el cuello, pequeños besos, uno detrás de otro, hasta que él la tumbó en la cama y empezó a desnudarla. Hacían el amor, las piernas de la mujer abrazando la ancha espalda masculina, él penetrándola hasta las más recónditas profundidades de su ser. La intensidad del momento provocó que Adriana, entre susurros, le dijera que lo quería, que lo adoraba, que ningún hombre en su vida podría compararse con él, y que quería tenerlo dentro de su cuerpo hasta el fin de los tiempos. Sabía que su compañero soportaba muy mal los arranques de amor. Cada vez que estaban en las cumbres de la pasión se esforzaba y callaba lo que de verdad sentía. Ese día, sin embargo, no se pudo aguantar y le dijo todo lo que se le vino a la cabeza para expresar la grandilocuencia de su querer. No esperaba que él le correspondiera con palabras, y no lo hizo. Tampoco le pidió que se callara ni le insistió en el hecho de que no quería saber nada del amor, como había ocurrido en otras ocasiones. La penetró cada vez con más intensidad, “¡toma, preciosa!, todo tuyo, toma, solo para ti”, hasta que alcanzaron el clímax. Después, la besó en la boca, un beso largo y profundo, y le dijo que necesitaba dormir. El día había sido intenso en emociones.

Llegó la mañana del primer domingo en el que Adriana abrió los ojos con la tranquilidad de saber que su amado no iba a despedirse hasta la semana siguiente. Permanecía dormido y ella le regó la cara de besos, hasta que se despertó y la obsequió con la pasión que caracterizaba sus citas. Se amaron, se mimaron, se bañaron y no salieron de la alcoba hasta que sus tripas empezaron a sonar, avisándoles de que el ser humano necesita algo más que amor para subsistir. Después de comer le preguntó si quería subir la cama al ático.

—¿Vas a salir esta noche? —quiso saber él.

—No. Mañana madrugo. Tengo un curso en la embajada de España que empieza a las ocho y media de la mañana. Estaré allí hasta la hora de comer.

—Bien. Llevaré la cama al ático cuando vayas a dejarme solo —le dijo pellizcándole una de sus nalgas.

Ella no le contestó. Le sonrió y deseó con todas sus fuerzas que esa noche nunca llegara. Sin embargo, las circunstancias se pusieron de acuerdo para entorpecer su dicha y un plan ineludible se presentó mucho antes de lo que hubiera deseado. El lunes, cuando volvió de la sede diplomática, un poco más tarde de la hora habitual, encontró a Milena y a Alexander dando cuenta de un oloroso estofado de ternera.

—¡Qué bien huele! He venido muerta de hambre.

—Y tarde. Ya le he explicado a Alexander que aquí nos gusta ser muy puntuales para comer. El que no esté en la mesa a su hora tendrá que calentarse su plato en el microondas. Te ha tocado, ya estará frío.

—Bueno, eso de que nos gusta... Digamos que te gusta a ti. Los demás obedecemos.

—Para eso soy el ama de llaves y la más vieja de esta casa. Cuando comas, llama a tu amiga María. Ha telefoneado dos veces y me ha insistido en que le devolvieras la llamada. Tenía que darte un recado urgente.

—¿Empezaste ya a dibujar? —le preguntó a Alexander.

—No, ni siquiera he mirado los bocetos. He estado lijando, con el permiso de Milena, una mesa de escritorio que encontré en la sala donde están las máquinas de la obra. La madera es muy buena pero la pintura estaba demasiado estropeada, para decaparla y pintar de nuevo. También había un piano, ¿lo sabías?

—¡Qué va! ¿No ves que nunca he vivido aquí? Y esa mesa de escritorio de la que hablas, ¿cuál es, Milena? La del abuelo está en el dormitorio grande de arriba. Vi cómo la subían cuando empezó la obra.

—Es la primera que compró tu abuelo cuando se casaron y trasladó la clínica a esta casa. Después le resultó pequeña y la cambió por la que tú conoces. Fue a parar al ático, como todo lo que no se utilizaba. El piano era de tu madre. Cuando les comunicó que se quedaba en España con su amor y que no pensaba volver, tus abuelos se enfadaron mucho y ordenaron que ese instrumento desapareciera de su vista. Terminó en el ático, como todo lo que querían relegar al olvido. ¿Nunca te habló tu madre del piano?

—No. Me contó que estudiaba música en el Conservatorio de Praga y que los abuelos montaron en cólera al saber que lo dejaba. Ahora rescataremos su piano y lo pondremos en el salón principal. Un ingrediente más para añadir glamour a nuestras fiestas. Quiero arreglar el mueble grande que irá en el comedor para colocar las vajillas y las cristalerías. Lucirán mucho ahí porque las puertas de cristal permiten que se vea el contenido de su interior. Milena, ¿has preguntado a los obreros cuándo van a terminar el comedor?

—No. También llamó mister Trudenska para algo relacionado con los permisos de apertura del

negocio. Dijo que pasaría mañana a primera hora para dejarte los informes técnicos de la cocina. Puedes preguntarle a él lo del comedor. Los obreros hablan poco. A todo contestan con “lo que diga míster Trudenska”.

—Ya, aunque no creo que llegue antes de que yo salga. Me parece raro que venga por la mañana. Sabe que no estoy en casa. Voy a llamar a María antes de que se me olvide.

Tras hablar con la venezolana informó a Alexander de que tenía que salir la noche siguiente.

—El primer jefe que tuve en la tele está en Praga, hospedado en el hotel. Ha venido a una reunión de directivos de televisiones europeas y mañana nos invita a cenar. Es un tipo muy influyente y me llevaba muy bien con él. Quiero que me ayude con las gestiones para celebrar aquí la fiesta de la Hispanidad.

—¿Trabajabas en España en la televisión? Nunca me dijiste que eras periodista.

—No lo soy. Estudié Historia Contemporánea y luego me preparé para sacar una plaza de documentalista en TVE. Salieron muchas en esa época y lo conseguí. Estuve casi diez años trabajando en los Informativos y pasé por todas las secciones, menos Economía y Deportes. Oscar, al que veré mañana, fue mi jefe en Internacional. Ahora, según le ha contado a María, dirige todas las emisiones exteriores de la cadena.

—¿Dejaste una plaza fija para venir a Praga?

—No. Pedí una excedencia por tres años. Hasta entonces no tendré que tomar la decisión.

—Cada día me sorprendes con algo nuevo. Si mañana me abandonas dormiré en el ático —espetó.

—Ni mañana ni nunca, amor mío. Voy a una cena porque me interesa. No digas que te abandono, eso es una tremenda gilipollez. Puedes esperarme en la cama. No regresaré muy tarde y me encantará.

Él torció el gesto para indicarle que no lo haría y zanjaron la cuestión.

El verano tocaba a su fin y el sol fue desapareciendo de los cielos de Praga, al tiempo que el polvo y la suciedad, con el intenso trabajo de sus moradores, abandonaban las recién restauradas estancias de la mansión de la Plaza de la Paz. Alexander seguía sin tocar los dibujos de la guerra. Le dijo a Adriana que aún no estaba motivado y que les sería más útil ayudándoles en la restauración de los numerosos muebles que habían sufrido el acoso de las polillas. A ella no le importó. Así lo tendría más tiempo a su lado.

Un tiempo en el que el yugoslavo lijó y barnizó con esmero mesas y sillas, alacenas y armarios. Pasaba las tardes junto a Adriana, Milena y Joan, que también acudía a ayudarles cuando cerraba la agencia de viajes. Solo una presencia le incomodaba en la casa: la de míster Trudenska, cuyas visitas para controlar los acabados de la obra se hacían cada vez más frecuentes. No soportaba ni su mirada activa ni sus detalles con Adriana, a la que regalaba flores a menudo. Uno de esos días, Caballo, que estaba en la mansión ayudando a su dueña a limpiar una gran lámpara de araña, se lo hizo saber en tono eufórico, delante de todos.

—Me encanta la cara de mala hostia que pone Alexander cuando entra el arquitecto por esa puerta —comentó con la espontaneidad que lo caracterizaba.

—No pienso recibirlo con los brazos abiertos, después de lo que me dijo el primer día que lo conocí.

—¿Qué te dijo, si se puede saber? —le preguntó Adriana.

—Subió al ático con la excusa de que no lo había visto acabado. Yo estaba lijando una mesa. Entró y me aseguró que un día te cansarías de mí. O yo de ti, y que él estaría esperándote y te enamoraría para siempre.

—Pues que siga esperando. Ya le aconsejé yo una vez que lo hiciera sentado.

—Me encanta este culebrón —comentó Caballo—. No nos habías contado que te tiraba los tejos, Adriana.

—Desde el primer día que nos conocimos, en la plaza de Wenceslao, y me invitó a comer un codillo —agregó ella con las mejillas rojas como un tomate.

—Es un cincuentón muy atractivo. ¿No está casado? —quiso saber Caballo.

—Divorciado. Tiene dos hijas adolescentes, según me contó.

—Me gustan los celos de Alexander —agregó riéndose—. ¡Duelo de machos, qué emocionante! —bromeó.

—No habrá ningún duelo. Odio la violencia —respondió el yugoslavo con desdén.

—Tampoco será necesario —aclaró Adriana—. Sabes que el único hombre que de verdad me importa eres tú. Te lo he dicho hasta la saciedad.

—Pues no hace falta que se lo digas tanto, bonita —le recomendó Caballo—. Si quieres conservar a un hombre a tu lado no le confieses nunca la medida de tu amor.

—Tú no lo haces y no conservas a ninguno —le recriminó Joan.

—Porque soy demasiado puta para amar y tener una pareja fija. A mí lo que me va es el cancanéo. Saltar de una cama a otra —aclaró el aludido.

Así pasaban las tardes. Limpiando muebles y practicando el sano deporte de darle a la viperina. Gracias a esas conversaciones empezó Alexander a conocer pasado, costumbres y aficiones de la mujer a la que amaba apasionadamente por las noches, pero a la que jamás había preguntado por nada referente a su vida anterior. Supo que, además de la mansión de Praga, poseía un apartamento en el centro de Madrid alquilado a un periodista mejicano; que había viajado por medio mundo en sus vacaciones; que soportaba poco a su madre y menos a su padre; y que se acordaba mucho de su hermana Ana, de la misma edad —solo se llevaban un año— y físicamente como dos gotas de agua. También contaron que Ana se dedicaba a la moda y que tenía una boutique de ropa de mujer en la plaza del pueblo.

Las obras avanzaban a buen ritmo gracias a la insistencia de Adriana a los albañiles y a los esfuerzos del caballero Trudenska, empeñado en hacer realidad los deseos de la dueña de la casa. Una mañana, mientras Alexander revolvía entre los muebles situados en el almacén, vio a los obreros llevar allí la cama y el resto de los enseres de la habitación de Adriana. Apresurado, buscó a Milena y le preguntó qué ocurría.

—Que la reforma está terminando, gracias a Dios. Faltan la habitación de la niña y la de los abuelos, que la han dejado para el final porque está completamente llena de trastos. Tenemos que empezar a vaciarla lo más pronto que podamos para reparar lo que hay dentro, que es mucho. El día que decidamos hacerlo necesitaremos que nos ayuden un par de obreros, como mínimo. Algunos muebles son muy pesados.

—Y ella, ¿dónde va a dormir? No me había dicho nada.

—Porque tiene demasiadas cosas en la cabeza, con el curso de la embajada, todo el trajín del final de las obras y los permisos de la empresa. Ayer me enteré que utilizará la habitación de arriba donde me quedaba yo mientras preparaban la mía. A no ser que la invites tú a dormir en el ático —comentó con retintín.

—¿Eso le dijo? —preguntó extrañado.

—No, no. Eso te lo digo yo, pero allá vosotros. No pienso entrometerme.

—Adriana puede dormir donde le apetezca. El invitado soy yo. No se preocupe. Le pediré esta tarde que se venga conmigo al ático. Lo acepto encantado.

—A mí no me metas en líos, ¿eh?, que luego ella se enfada. Me llama cotilla y mala pécora.

No hizo falta que nadie le dijera nada. Adriana llegó eufórica cuando iban a empezar a comer. Se echó a sus brazos y lo besó repetidamente en la cara, los labios y el cuello.

—¡Estoy tan contenta! Creo que inauguraremos la mansión con la fiesta de la Embajada, el 12 de Octubre. Falta poco más de un mes. Mis gestiones y las de Oscar, mi jefe de la tele, han fructificado. La secretaria de los embajadores vendrá pronto a conocer la casa. No quiero cantar victoria hasta que no firme el contrato, pero vamos por buen camino. Habrá que trabajar mucho. Necesitaremos esfuerzos extras para adecentar los muebles que faltan. ¿Han bajado ya mis cosas, Milena? Espero que no me hayan estropeado nada.

—Sí. He visto a los obreros depositarlas con sumo cuidado junto al resto de los muebles, en el almacén que hay al lado de la cocina. Ya se habrá encargado tu galán de insistirles para que traten bien tus cosas. Él, que está informado de todo lo que ocurre en esta casa —puntualizó Alexander en tono serio.

—Me encanta verte celoso, en eso me parezco a Caballo. Es normal que el arquitecto esté al tanto de todo lo relacionado con la obra. No te dije nada porque te fuiste a dormir muy pronto y me dejaste

con un palmo de narices. Como no me invitaste a subir, llamé a Caballo y me eché a las calles. Estuve un rato en el Kapital, con él y la Cruella. No golféé mucho.

—No tienes que darme explicaciones. No estoy pendiente de la hora a la que llegas.

—¿Vas a invitarme esta noche? —le preguntó mimosa—. Si no te apetece dormiré en la habitación de arriba que usaba Milena. No quiero molestarte.

—No me molestas y no es necesario que me pidas permiso para subir al ático. Puedes hacerlo cuando quieras. Te recuerdo que es tuyo.

Ella le tomó la palabra. Durante la semana que duraron las obras de su dormitorio dejó las fiestas para compartir con él la cama del ático. Hacían el amor como si fueran adolescentes que se acababan de conocer. Se dormían fundidos en un abrazo, cuerpos y labios pegados, hasta que la luz se colaba por las ventanas y los despertaba. Años después, cuando sus largas ausencias atormentaban las entrañas de Adriana, buscaba y encontraba el consuelo en el recuerdo de aquellas noches de sudores y jadeos compartidos en la cama estrecha, de abrazos y de besos interminables. De huellas que, como los viejos muros de piedra que sostenían la mansión, permanecerían inalterables con el paso de los días, los meses y los años.

Septiembre enfiló las calles de Praga y el otoño, con sus días de hojas caídas y sus tardes de mágica neblina, envolvió cada rincón de la ciudad. En la Plaza de la Paz, los habitantes de la mansión terminaban de sacar brillo a muebles y lámparas, y se esmeraban en rescatar del olvido tanto objeto abandonado al paso del tiempo por las generaciones precedentes. Algunos eran más viejos que Milena, como una gran mesa de comedor que apareció al levantar varias filas de cajas apiladas encima.

—Nunca vi esa mesa. Sin embargo, ahí está —observó Milena—. Los antepasados de tu abuela vivieron desde siempre en esta casa y cada generación ha debido ir dejando su impronta. Lo que perdía el interés o pasaba de moda lo tapaban con sábanas y lo subían al ático. O lo dejaban en este espacio contiguo a la cocina que, desde que yo vine a vivir aquí, poco antes de que tu abuela se casara, hacía las veces de almacén. Tapar los muebles con sábanas ha sido un clásico en esta casa, hija. Alguno tendremos que dejar. No es bueno cambiar las tradiciones de repente, que se asustan los fantasmas.

—Está claro. Además, por muy grande que sea la casa, no encontraremos espacio para colocarlo todo. Aún quedan muchas cosas aquí y otras tantas en la habitación de los abuelos. Abre esas cajas de madera que estaban encima de la mesa —le pidió a Alexander—. Veremos qué sorpresas nos deparan.

Con la ayuda de un serrucho, el yugoslavo rompió la tapa de madera de la más grande de todas y descubrió su contenido: botes de cristal herméticamente cerrados.

—No sé qué es esto, Adriana. Parecen medicamentos.

—¡Qué fuerte! —exclamó ella acercándose a los botes—. Son drogas, lee estos carteles: morfina, cocaína, adrenalina. Aquí alguien se ponía hasta las trancas —se reía—. ¿O quizás las usaba el abuelo en su clínica?

—Lo último que has dicho —aclaró Milena—. La morfina se ha utilizado toda la vida para calmar los dolores y la adrenalina se suministraba a los niños con asma para que no se ahogaran. También la cocaína tenía su uso. La tomaban las señoras de la buena sociedad para perder el apetito y recuperar la figura después de los partos. Tu bisabuelo comerciaba con mercancías de todo tipo, drogas incluidas, y utensilios sanitarios. Tus abuelos se conocieron cuando “el español” contactó con el padre de doña Adriana con la intención de comprarle el aparataje y los medicamentos necesarios para ejercer su profesión de médico, poco después de llegar a Praga.

—Pues a Caballo le va a encantar la noticia. Ya las probaremos —comentó riéndose.

—Habrán caducado hace siglos. Estás loca —le recriminaron a dúo Alexander y Milena.

—De acuerdo. No las tomaremos, pero no las tiréis. Ahí estaban y ahí se van a quedar, por si algún día se nos presenta una urgencia.

Entre risas, volvió a tapar la caja y se puso a otra cosa. Sin saber que ese día también llegaría, aunque el uso que darían a las drogas no fuera, precisamente, el que ella estaba imaginando. Como era habitual, Joan apareció después de cerrar la agencia de viajes.

—¿Sabes en lo que venía pensando, Adriana? —le preguntó.

—Sorpréndeme —lo animó ella.

—En las estatuas que había en tu habitación tapadas con sábanas. ¿Las has descubierto? ¿Dónde están?

—Ahí, en la esquina, detrás de ese armario. Siguen igual —señaló—. Pensé en destaparlas el primer día que llegué a esta casa, cuando aún vivía la abuela. Me asustaban. Iba a preguntarle por ellas pero no lo hice. No sé a quién representan y no quiero que sigan en mi dormitorio.

—Vamos a descubrirlas y a limpiarlas, con tu permiso. Les ha llegado la hora. En algún sitio quedarán bien.

—Esa creo que es la de San Pancracio. Quítale la sábana, Joan —le pidió Milena.

—Efectivamente —contestó él—. Mi madre siempre tenía en casa una imagen de ese santo con una hojita de perejil. Dicen que es capaz de hacer realidad los sueños imposibles.

La talla representaba al santo con un brazo señalando al cielo, y el otro sosteniendo un libro y una pluma.

—Es anterior al siglo XVIII —observó Alexander—. Una talla vestida, por eso lo sé. Hasta esa fecha las ropas de las imágenes se esculpían en la propia madera, como están en esta. Fue en dicho siglo cuando llegó la moda de vestir las estatuas y algunas fueron mutiladas para tal fin. Les hacían

unos cortes en la madera para separar los brazos del cuerpo y de esa forma las podían vestir. A esta, sin embargo, no la tocaron.

—Y se libró de las llamas por la testarudez de tu abuela, te lo aseguro. El español estaba deseando prenderle fuego. No podía soportarla —apuntó Milena.

—Sigue, por favor. Quiero saber más —le pidió Adriana.

—Como te ha dicho Joan, San Pancracio es el patrón de los imposibles. Tu abuela, aunque no era muy religiosa, le ponía su ramita de perejil y le rezaba todos los días para que tu madre regresara. Al fin y al cabo, era su única hija y ella se sentía muy sola, la pobre. ¡Se fue tan joven! Nunca volvió, ni siquiera de visita. Ellos, en cambio, viajaban a España cada vez que nacía un nuevo nieto. Querían estar con su hija en esos momentos tan importantes. Tu abuelo la asistía junto a la doctora Martínez, íntima amiga de tu madre. Por esa razón os conocieron a todos. Yo los acompañé en alguna ocasión. Cuando ya estabais los cinco en este mundo se espaciaron las visitas. Tus abuelos no soportaban a tu padre, ya lo sabes. Y a su familia tampoco. De hecho, nunca se hospedaron en la casa de tus abuelos paternos. Siempre iban al hotel del pueblo. El doctor Beltrán se enteró de que sus consuegros recibieron a tu madre con los brazos abiertos solo porque era rica. Por el lugar se contaba que no tenían cuartos de baño en la casa y que tuvieron que vender algunas tierras para construir varios cuando tu madre decidió quedarse.

—Mis abuelos paternos también eran ricos. Incluso más que la abuela checa, ¿o no?

—Eran terratenientes, según tengo entendido. Tenían muchas fincas pero poco dinero contante y sonante. Y sus hijos, tanto los hombres como las mujeres, fueron educados para pescar un buen partido. Que yo sepa, no lo consiguieron nada más que con tu madre. En el pueblo se rumoreaba que doña Luisa, tu abuela paterna, despreciaba a todas sus nueras y yernos y se desvivía con la checa porque era rica. Doña Adriana sufría mucho con esas historias, sentía que eran verdad y que le habían robado el amor de su hija. Siempre se quejaba de que tu madre nunca la había besado ni la había tratado con el cariño que le dedicaba a su suegra. Por eso era tan devota de San Pancracio. Todas las mañanas le cambiaba la ramita de perejil y le pedía que le devolviera a su hija. Tu abuelo, que era un intelectual y, además, odiaba a los curas por su apoyo a la dictadura de Franco, se enfadaba cuando la veía rezar, aunque no le decía nada. Creo que él también tenía la secreta esperanza de que tu madre regresara. Sin embargo, esa esperanza se desvaneció totalmente una de las veces en que tus abuelos visitaron Barcelona para que un doctor muy famoso que había allí revisara la vista de tu abuela, aquejada ya de cataratas. Tu madre se cruzó sola España entera, desde el sur hasta Barcelona, para dejarles claro que jamás abandonaría a tu padre. Él no quería vivir en Praga y ella no tenía ninguna intención de dejarlo. Doña Adriana, como buena Mákourkova, conocía la fuerza de ese amor y no tuvo más remedio que creerla. Volvieron a Praga, la señora más triste de lo habitual, y se acabaron los rezos a San Pancracio —continuó relatando—. Fue entonces cuando tu



abuelo me pidió que lo quemara. “De corazón te lo suplico, Milena” —me repetía. Tu abuela y yo, sin embargo, decidimos perdonarle la vida y esconderlo. Doña Adriana sugirió que el mejor destino que podía tener era la habitación de su hija, es decir, la que ahora es tuya. Lo subimos allí y lo tapamos con una sábana, como era habitual en la casa. Al poco tiempo, tu abuela, que dejó de rezar y perdió la poca fe que le quedaba según decía, ordenó que todos los santos desaparecieran de su vista. Así fue como San Jorge a Caballo y San Juan Bautista fueron también a parar a tu habitación.

—Tu madre estaba enamorada como una perra —apuntó Joan con sarcasmo—. Claramente, tienes a quien salir.

—Sí, como todas las hembras de esta familia. Su bisabuela, su abuela, su madre y ahora, ella, están marcadas con el estigma de las mujeres Mákourkova, aunque eso vamos a dejarlo —indicó la anciana con la vista clavada en Alexander, que había enmudecido escuchando la historia.

—No me gusta que hables así, Milena. El amor no es un estigma. Es el sentimiento más noble que brota del corazón humano. Ahora entiendo mejor a mi madre. La pena es que hayan tenido que pasar tantos años para llegar a darme cuenta. Por cierto, te olvidas de mi hermana.

—Es que apenas la conozco. ¿También sufre por amor?

—Sufrir, así tal como suena, no creo. Sin embargo, no se separa de su Pablo. Acuérdate de que no quiso quedarse ni un solo día cuando vinieron a firmar el préstamo. Ahora no tendrá más remedio que hacerlo. Ya les comuniqué mi deseo de que vengan todos para la fiesta de la Embajada y se queden una semana, como mínimo. El negocio también es de ellos. Yo no quiero ni debo cargar sola con toda la responsabilidad. Le he ofrecido que se traiga a Pablo y a las niñas. Hay sitio para todos. Necesitamos terminar la habitación de los abuelos para que la ocupe el matrimonio. Las niñas y los chicos, que se instalen en las oscuras. Ya no son tan pequeñas. Han quedado muy bien.

Sonó el teléfono. Como si los hubiera estado escuchando, la voz de Ana se oyó al otro lado del aparato. Para alegría de Adriana, le anunció que ya tenía los billetes para Praga, que viajaría con el resto de los hermanos y que se quedarían diez días. Le confesó que su marido había rechazado la invitación, y que tampoco volarían las niñas. Antes de colgar, le dio otra buena noticia: iba a traerle un vestido de fiesta para que lo estrenara el día de la Hispanidad. Además, le llevaría varios modelos de la nueva temporada para que se los quedase. Tras la conversación, acordaron que lo que más prisa corría era ponerse con el dormitorio de los abuelos, para que Ana pudiera instalarse cuando llegara. Toda la planta baja estaba ya prácticamente acondicionada, a falta de los detalles. Las grandes lámparas de cristal colgaban relucientes en los tres salones. El piano de la madre de Adriana presidía el principal, observado por la serena mirada de los abuelos, captada en sendos óleos por un artista desconocido. Los cuadros de los antepasados de la abuela decoraban los otros dos, y el comedor, más amplio que el original, resultaba muy señorial con sus muebles de noble

caoba. Sin olvidar la habitación de la ventana, que habían decidido dejar para uso privado. En vez de la mesa camilla y el sofá donde se sentaban las amigas de la abuela, colocaron allí la llamada mesa del arquitecto con sus sillas, además de otro tresillo que encontraron en el ático y que, una vez libre de polvo, resultó ser más cómodo y bonito que el anterior.

—Estoy muy contenta con el resultado final de la obra —apuntó Adriana—. La restauración conserva el viejo encanto de la casa. No responde a los típicos salones construidos ahora con la intención de imitar a lo antiguo, que resulta muy hortera. Una tarde de estas invitaré a Cruella y compañía. Tengo curiosidad por saber qué opina el decorador de sus residencias en los cinco continentes —añadió riéndose—. De paso, ya que es tan experto, que nos oriente un poco sobre lo que falta. Aún no hemos decidido si vamos a poner las estatuas en algún sitio, y hay que contar con lo que nos encontremos en el dormitorio de los abuelos.

Ni la dueña de la mansión ni el resto de los presentes, salvo Milena, habían visto nunca un mueble como el que apareció junto al tocador de la alcoba principal. Cuando le quitaron la sábana amarillenta que lo cubría, al ama de llaves empezó a reírse.

—¡Anda, el mueble de la X! Si está prácticamente nuevo, con el montón de años que tiene. Aquí debe llevar casi cincuenta. Ni me acordaba de él.

—¿Qué es eso de la equis? No veo ninguna equis en este sillón tan raro. Cuéntalo todo, Milena.

—Su uso real siempre fue una incógnita. Por eso don Adolfo lo bautizó como mueble de la X. Se lo regaló un paisano que también vivía aquí exiliado. Tu abuelo le salvó la vida a uno de sus hijos, un muchacho fuerte que se moría por una meningitis mal curada. El hombre no tenía dinero para pagarle y le trajo el mueble. Le dijo que venía de Méjico y que era muy valioso porque estaba hecho de una madera inexistente en Europa. Cuando el doctor le preguntó para qué servía, no supo contestar. Recuerdo que me llamó la atención que tu abuelo no quiso que lo llevaran al ático o al almacén. Mandó que lo instalaran en su alcoba.

—Tu abuelo era un tipo muy listo, Adriana —observó Alexander en tono de sorna.

No había parado de examinarlo desde que lo destaparon. Era una especie de sillón imposible. El asiento, de terciopelo color púrpura, estaba muy bajo y los brazos, excesivamente altos. Si alguien se sentaba no alcanzaba a apoyarlos. El respaldo era un espejo, lo cual no dejaba de ser curioso. Y la madera que cubría los laterales y bordeaba el espejo estaba muy labrada, proporcionando a la pieza su aire aristocrático.

—¿Por qué has dicho lo de listo? —inquirió Adriana.

—A eso te contestaré en privado. ¿Dónde crees que le daremos mejor uso, en tu habitación, o lo subo al ático? —le preguntó al oído—. Me estoy poniendo cachondo de pensar en lo que haremos en ese mueble de la X...

Al verlos cuchichear y hacerse carantoñas, Milena y Joan captaron el uso del mueble.

—Yo soy muy vieja para esas cosas. No quiero ni imaginar lo que estáis pensando.

—Caballo se va a quedar patidifuso cuando lo vea —apuntó Joan—. El caradura es capaz de presentarse aquí con alguno de sus amantes para probarlo.

—De eso nada. Eres malvada y malpensada, Simoneta. Él no se atrevería a tanto. Además, tendrá un uso muy privado, ¿verdad cariño? —expresó mirando coqueta a su amor—. Mañana lo llevas al ático.

—Eso quisiera. Antes de salir pídele a uno de los obreros que me ayude. No podré cargarlo solo.

Pasaron el día siguiente deseando que llegara la noche para estrenar el mueble de la X. Mientras Adriana resolvía declaraciones fiscales en el curso de la Embajada, Alexander se dedicaba, en la calma del ático, a mimar al mueble. Quitó hasta la última mota de polvo del espejo y con un pincel fino untó los brocados de la madera con un líquido reparador. Cuando quedó limpio y seco, quiso comprobar su estabilidad. Se puso de pie en el asiento y, con todas sus fuerzas, empujó el espejo hacia atrás y se cercioró de que no se despegaría del resto. “¡Mejor prevenir accidentes!” —exclamó para sí mismo sin disimular su contento.

Adriana llegó de la sede diplomática y lo primero que hizo fue preguntarle por el mueble.

—Ya está colocado y perfectamente limpio. Vamos, te lo enseño —le propuso.

—¡Ni hablar! —cortó Milena—. ¡A poner la mesa, que ya es la hora de comer! Ahora no podemos entretenernos. Los obreros esperan para desalojar el resto del dormitorio.

Se miraron con un gesto de resignación, pensando al unísono que no les quedaba otra. ¡Cualquiera se atrevía a contradecir a la anciana!

Con la ayuda de dos fornidos jóvenes, bajaron a la zona de almacén el resto de los muebles de la habitación principal: la gran cama de madera, las mesillas de noche, un tocador-peinador con espejo, más lujoso que el que tenía Adriana en su alcoba, y dos viejos arcones. No pudieron retirar el imponente armario porque formaba una estructura incrustada en la pared. Adriana se quedó maravillada con la disposición de su interior. Además de los colgadores para vestidos y abrigos y las cajoneras, tenía un vestidor con espejo y un coqueto asiento rojo de terciopelo, con el respaldo de la misma madera brocada que el resto del armario. Al fondo, una fila de estanterías llenas de zapatos. Admiró las piezas, tanto de hombre como de mujer.

—¡A los abuelos les gustaba mimar sus pies! Hay modelos preciosos. Mira estos tacones rojos de charol —indicó a Milena—. De punta fina, como se llevan ahora. Ana se pondrá un vestido rojo para la fiesta. Igual puede usarlos. ¿Para qué quería mi abuela zapatos tan elegantes? ¿No dices que nunca iba de fiesta?

—Para lucirlos en casa. Le gustaba ponerse guapa todas las tardes y esperar arreglada a que tu abuelo terminara con sus pacientes. Cenaban, escuchaban música y charlaban. A veces los veía

bailar, muy pegados...

Caía la tarde y finalizaba el desalojo del dormitorio principal. Los obreros se despidieron hasta el día siguiente y la pareja sintió que era la hora del mueble de la X. Pidieron a Milena que nadie les molestara y se alejaron abrazados. Se amaron apasionadamente en las mil posturas que les brindaba la estructura del recién estrenado juguete. Fue la primera vez que contemplaron sus propios rostros embargados de placer a través del espejo. Esa visión contribuía a alargarles la dicha. Sus cuerpos se atraían como imanes y si aún les quedaba algún secreto que guardar, el mueble de la X los dejó al descubierto para siempre.

Por consejo de Freddy, el decorador de las residencias de Cruella, las estatuas de la habitación de Adriana salieron de su anonimato. San Jorge a Caballo fue colocado, cual centinela, en el acceso principal de la mansión, nada más cruzar la entrada. San Juan Bautista se encargó de separar el comedor de los salones, y San Pancracio volvió al lugar donde siempre había estado: la habitación de la ventana.

—No creas que no necesito pedirte nada —le dijo Adriana un día al depositar a su lado una ramita de perejil—. Aunque si no pudiste hacer que mi madre volviera, con las veces que mi abuela te lo pidió y lo que te quería y te mimaba, pocas esperanzas me quedan a mí —expresó como si le hablara a una persona de carne y hueso.

—Tú me has rescatado del olvido. ¿Qué quieres? —entendió que le preguntaba el santo.

—Que mi amor sea correspondido. Tiene tanta fuerza que se me va a salir del corazón.



## XII. LOS MOLINA

Como hiciera su hermana justo un año antes, Ana Molina llegó cargada de maletas al aeropuerto de Praga. No iba sola. La acompañaban sus hermanos: Adolfo, Carlos y Javier. Tampoco tuvo que llegar sola a la mansión de la Plaza de la Paz. Su “pana”, como llamaba cariñosamente a Adriana, la esperaba junto a su amigo Joan Puch. Eran muchos y tuvieron que utilizar un minibús de los que empleaban en la agencia de viajes para recoger a los turistas. Tras los abrazos y las presentaciones cargaron las maletas y se dirigieron a la mansión. Por el camino bromearon sobre las artes seductoras de Ana, que se había librado de pagar la tasa por exceso de equipaje con unos guiños adecuados.

—Nos pedían una pasta y Ana, con una sonrisa por aquí, un guiño por allá, y un aderezo de meneo gracioso luciendo su minifalda, consiguió que nos dejaran pasar todo el equipaje sin pagar un duro extra. ¡Suerte que tenéis las mujeres! —bromeó Adolfo—. ¿Cómo ha quedado la casa, Adriana? ¿Estás contenta? —le preguntó.

—Sí. No es la reforma que nos hubiera gustado ni la que el arquitecto diseñó al principio —precisó—. La pasta manda, ya sabes, y la diferencia entre los dos proyectos era considerable. De todas formas, el resultado es bastante aceptable. Nos hemos ahorrado un dineral porque hemos trabajado como mulos. Rescatamos del polvo y del olvido las antigüedades de los abuelos para no tener que comprar ni un solo mueble. Ya está casi todo colocado. Espero que os guste, aunque no habrá vivienda arriba ni tampoco en el ático.

—¿Y tu novio?, ¿no vive tu novio en el ático? —quiso saber Carlos.

—Sí, pero el ático no tiene cocina ni baño. Tampoco hay cocina en la planta alta. Y, pese al ahorro conseguido, seguiremos debiendo a Milan unas trescientas mil coronas.

—¿Cómo? —se extrañó Adolfo—. ¿Quién es Milan, el constructor?

—No. El arquitecto y el galán de tu hermana —ironizó Joan—. No te preocupes. Seguro que se olvida de cobrarlas, como le ha ocurrido al admirador de Ana en el aeropuerto.

—Creo que no me estoy enterando de nada —intervino Javier, el benjamín de la saga—. ¿El arquitecto y el del ático son la misma persona, o tienes novios de quita y pon?

—No. Está claro que no te enteras, pequeñajo —contestó Ana—. El arquitecto es checo, un cincuentón de buen ver, y el de Adriana es yugoslavo, ¿verdad?

—Yugoslavo y de mejor ver. Yo le llamo El Hermoso —aclaró Joan.

—Vale. Ahora capto —dijo Javi—. Y no me llames pequeñajo, ¿vale? Vosotras habláis a diario y os ponéis al tanto de todo, pero el sector masculino está marginado. A mí también me gustan los chismes, que conste.

Lo primero que les impactó al llegar a la mansión fue el aspecto de la fachada. El antiguo ocre

descolorido se había transformado en un luminoso tono mostaza. Del interior admiraron el blanco reluciente de las paredes y el brillo de los suelos de madera restaurados, sin escatimar halagos a muebles y cuadros.

—¿Dónde está el yugoslavo, en el ático? Estoy deseando conocerlo —inquirió Ana.

—Sí. Dijo que bajaría a la hora de cenar —contestó Milena—. Será mejor no molestarlo. Todavía no son ni las siete y nos sentamos a las ocho, que lo sepáis todos. Aquí los horarios de las comidas se llevan a rajatabla.

—¿Qué es eso de molestarlo? ¿Tan borde es que no viene ni a saludar a la familia? —preguntó Adolfo.

—No, borde no. Un poco serio —aclaró Adriana—. Supongo que no le apetecerá mucho el alterne familiar. Debéis tener en cuenta que no sabe nada de los suyos desde que escapó del Sarajevo sitiado. Mientras tanto, vamos a ver la planta de arriba y de paso subimos las maletas.

—¿Cómo consiguió escapar? —se interesó Ana.

—Los detalles no me los ha contado. Sé que le ayudaron unos amigos de su padre. Y que una periodista americana le prestó su teléfono por satélite para contactar con Jan, el colega checo que lo acogió. No le hables de la guerra, por favor —le advirtió.

Ana se quedó encantada con el dormitorio de los abuelos, que su hermana se había tomado la libertad de adjudicarle ante las protestas poco disimuladas del resto del clan.

—¿Por qué nosotros tenemos que conformarnos con habitaciones sin ventanas y camas pequeñas? Tenéis mucha cara, chicas —protestó Adolfo—. Y tú, ¿por qué te has encargado de hacer el reparto sin consultarnos?

—Porque llevo un año en Praga trabajando como una descosida para poner esto en pie —afirmó Adriana, rotunda—. No había dinero para más florituras. No hemos comprado ni un solo mueble. Recuerda lo que tú mismo me pediste en la reunión de Sevilla: que me encargara yo de todo porque no ibas a dejar tu trabajo para venirte. Pues yo sí dejé el mío, y era más fijo que el tuyo. Así que no protestes, porque no te voy a admitir ni media. En esta casa había dieciocho habitaciones enanas y dos baños viejos, de los de agujero en el suelo. Ahora han quedado convertidas en ocho dormitorios buenos, aunque oscuros, sí —reconoció— y dos baños en condiciones. El resultado ha sido bastante aceptable.

—De todas formas, es una distribución muy rara —observó Carlos—. No tiene sentido que haya dos habitaciones tan grandes, con baños incluidos y ocupando la zona de los ventanales, y a las otras no les entre ni un rayo de luz. ¿Y dices que había dieciocho? ¿Para qué las querían?

—Los líos políticos del abuelo. Si te interesa la historia, pídele a Milena que te la cuente.

—Y Milena, ¿por qué tiene su habitación, también grande y luminosa, en la planta baja? —quiso saber Javi.

—Porque es mayor y no quiero que ande subiendo escaleras. Además, ese hubiera sido el deseo de la abuela, que la adoraba. Siento que no os guste, pero este trabajo se ha hecho con dosis elevadas de amor y de paciencia. Creo que tanto Milena como yo merecemos un poco de respeto.

—No me quiero meter en vuestras cosas —terció Joan—. Si lo hago es porque no me parece justo que recriminéis así a Adriana. No os podéis ni imaginar los días que llevamos aquí entre el polvo y la mierda, trabajando para dejarlo todo a punto. Incluso yo, que he venido algunas tardes a ayudarles, estoy cansadísimo. Así que *El Hermoso* y ella, entre el tute de la casa y el que le dan a sus cuerpos serranos, pensad en las agujetas que tendrán —comentó riéndose y con la intención de quitar hierro a la disputa.

—¡Qué suerte! Guapo, buen amante y además, te quiere —susurró Ana al oído de su hermana.

—Lo primero, muchísimo; lo segundo, más aún; lo tercero no he tenido la dicha de escucharlo.

—Yo tampoco estoy en el mejor de los momentos con mi Pablo. Ya te contaré.

—Se pasa tres pueblos con la coca, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? No te lo había contado.

—Porque lo lleva escrito en la frente. Y eso que lo conozco poco.

A las ocho en punto, cuando ya estaba la mesa puesta, apareció Alexander con aspecto de recién salido de la ducha y vestido con lo mejor que tenía: un tejano que le había regalado la madre de su amigo Jan y una camisa blanca de manga larga. Adriana lo recibió con un fuerte beso y le presentó a su familia. Se acomodaron y el ama de llaves se dispuso a servir el primer plato: sopa de pollo y verduras. El yugoslavo permanecía en silencio, sentado junto a su pareja y devorándola con su mirada clara. Los demás hablaban de la fiesta de la Hispanidad, que iba a celebrarse en la mansión dos días después.

—La secretaria del embajador, que vino a conocer la casa, se quedó encantada con el espacio y con mi firme propósito, que os traslado, de esforzarnos al máximo para que la celebración sea un éxito. Y lo mejor es que no protestó por el precio, aunque vamos a cobrarles diez mil coronas más de lo que pagaban por el salón del recinto ferial, donde lo han celebrado en años anteriores —explicó a sus hermanos.

—¿Cuánta gente va a venir, y quién va a preparar la cena? —preguntó Adolfo.

—Entre 280 y 300 personas. No será una cena formal, sino un tapeo con consistencia. Serviremos lo típico: canapés variados, jamón ibérico, gambas, tortilla española, pescado frito, croquetas... Todo lo van a preparar aquí dos cocineros que hemos contratado para la ocasión. Y tendremos a los camareros más guapos de Praga según mi amigo Caballo, que los ha buscado personalmente en la Escuela de Hostelería.

—¿Habrá baile luego? —quiso saber Javi.



—Baile con orquesta, no. Ni siquiera lo han pedido. Habrá música y no les he puesto hora de fin de fiesta. Mientras más beban, más dinero ganaremos. Por lo demás, lo normal. Os quiero a todos guapísimos y pendientes de los invitados. Que no les falte nada, ¿entendido?

—Tienes que probarte el modelo, Adriana. Es de tu talla. No obstante, debemos asegurarnos de que te siente bien. No quiero sorpresas de última hora —apuntó Ana.

—¡Cómo se parecen las dos hermanas! Tienen hasta la misma voz —comentó Milena.

—Sí, y a los demás que nos jodan —protestó Adolfo—. Una nos hace cargar con exceso de equipaje para que su pana tenga modelos a la última, y la otra se toma la libertad de adjudicar a su hermanita del alma la mejor habitación de la casa. Aquí marginan al género masculino. Salvo a cierto galán procedente de un país en guerra, al que regalan un ático que ni siquiera hemos visto porque no se le podía molestar —masculló.

—Ya te advertí de que esto pasaría, Adriana —saltó Alexander, que no había abierto la boca, salvo para comer, en toda la cena—. Respecto a ti, solo voy a pedirte que no vuelvas a mencionar la guerra de mi país en mi presencia —señaló a Adolfo—. Me hace sufrir bastante y a tu hermana, de rebote, también. Me voy, Adriana. Aclara con los tuyos el destino del ático y mañana me lo cuentas. No estoy dispuesto a que me acusen de apropiarme de algo que nunca debí haber aceptado.

—Y yo también te dije que no iba a permitir injerencias de mis hermanos en las decisiones que tomara. Nos hemos dejado la piel trabajando aquí y no tengo nada que aclarar. El que no esté de acuerdo, que coja la puerta —sentenció al mismo tiempo que dirigía a su hermano una mirada de no puedo soportarte.

Alexander se levantó, la besó en los labios y se despidió. Ella le preguntó si podía subir más tarde.

—Sabes que sí. No tienes que pedirme permiso para eso.

Volvió a besarla tiernamente y se marchó.

—Eres un cabrón con patas, Adolfo —dijo Ana—. No sé por qué te has empeñado en joder a nuestra hermana desde que llegamos. Te has pasado con lo del país en guerra, estúpido. Lo único que has conseguido es echarlo de la mesa. Eres un miserable.

—Basta de insultos, Ana —cortó Adriana—. Alexander se va a quedar en el ático, os guste o no. Y tú, Adolfo, me has amargado la noche. Que lo sepas.

—Y a mí, ¿qué? Ni siquiera puedo ver un ático que también me pertenece porque lo ocupa un tipo al que no conozco de nada. Se podría alquilar. Tiene una entrada independiente por la parte trasera. ¿No dices que le debemos pasta al arquitecto? Pues ya sabes de dónde sacarla. No pienso poner ni una corona más.

—Pues has puesto muy pocas gracias a mis antigüedades, mis muebles y mis cuadros. Te recuerdo

que la abuela me dejó en exclusiva todo lo que había dentro de esta mansión. Podría haberlo vendido y haberme guardado el dinero, pero no. Lo preparo y lo dejo aquí para que ganemos todos. Y encima, me echas en cara la mierda del alquiler del ático. Porque nos darían una mierda por él. No tiene ni cocina ni baño.

—Si no tiene será porque tú no has querido. La excusa perfecta para no alquilarlo y dejárselo a tu novio. Las mujeres de esta casa, cuando os enamoráis, perdéis el culo, y los demás pagamos las consecuencias. Y tú no me mires así —se dirigió a Ana—, que cuando tu Pablo desaparece sin avisarte no vienes a Praga a llorarle a tu hermanita. Ni siquiera se lo cuentas por teléfono para que no se preocupe. Te desahogas con nosotros —soltó ante los gestos sorprendidos de Adriana y Milena, que escuchaba impasible la disputa.

—Vamos a tu habitación a probarnos los trapos, Ana. Ya nos hemos tragado bastantes tonterías por hoy.

—Os acompaño. Que los hombres quiten la mesa —ordenó Milena.

—Me huele a mí que este es igual que vuestro abuelo —comentó el ama de llaves mientras subían las escaleras—. Dice las cosas sin pensarlas y luego se arrepiente. Ya veréis el poco tiempo que va a pasar hasta que suba a pedir perdón.

—No me importa lo que diga, tengo la conciencia muy tranquila. Me ha molestado que Alexander se haya tenido que levantar de la mesa y lo que ha dicho de Pablo. ¿Es cierto que desaparece sin avisarte, Ana?

—Sí. No te lo voy a negar. Se pone hasta las trancas de coca y se puede llevar una semana sin venir a casa y sin que sepamos dónde ni con quién está. Yo sufro y las niñas se dan cuenta, claro. Ya no son tan pequeñas. A mí también me ha dolido mucho que tu novio se haya ido por lo que le ha dicho el estúpido de Adolfo. Me habías pedido tú que no sacara el tema de la guerra... Y mira por dónde, lo larga ese impresentable.

A Adriana le encantó el vestido verde que le trajo su hermana. Atado al cuello, de escote generoso y ceñido hasta las caderas, le quedaba perfecto. La falda, recta delante, se recogía en el trasero formando una especie de cola de volantes, lo que le daba un aire muy español. El de Ana era rojo, con escote palabra de honor y falda de vuelo. Se probó los zapatos de la abuela, del mismo color, y no dudó en utilizarlos.

—Ideales. ¿Estás segura de que no te importa que los lleve? ¿Nunca te los has puesto?

—No. Los descubrimos hace poco. Además, en casa no suelo arreglarme. Y cuando salgo por la noche aplico mi regla de oro: tan guapa como cómoda. Para la fiesta haré una excepción porque no vamos a andar por la calle. Me pondré estos, que también eran de la abuela. Fíjate, van atados al tobillo y tienen un tacón muy curioso, ancho arriba y fino debajo. Y las tiras son de varios colores, incluyendo el verde del vestido.

En esa femenina conversación las interrumpió Adolfo.

—Siento haberte hablado así, Adriana —le dijo al entrar en la alcoba—. Y a tu novio también.

Quiero subir al ático a ofrecerle mis disculpas. ¿Crees que las aceptará?

—No estoy dentro de su cabeza, Adolfo. Haz lo que te dé la gana.

—¿Me las aceptas tú?

—Claro que sí. Con la jodida familia hay que tragar de todo. Ya lo decía el abuelo.

—Me he puesto nervioso. Es que mañana viene mi novia. Hace mucho que no la veo y no quería estar con ella en una habitación oscura, con dos camas separadas y estrechas.

—Pues haberlo dicho —respondió Ana—. A mí no me importa que os quedéis en este dormitorio. Estoy sin pareja. Lo que me ha parecido fatal es que nombraras la guerra. Ha sido un gesto insensible y miserable.

—Ya lo sé y voy a pedirle disculpas. Lo siento, de verdad.

En la soledad del ático, Alexander intentaba transformar en dibujo un boceto del incendio de la Biblioteca de Sarajevo. En alguna ocasión había mirado los cuadernos de pintura que trajo de la ciudad sitiada. Sin embargo, era la primera vez desde que llegó a Praga que se disponía a trabajar con un boceto. Lo hizo de forma mecánica. Fue el primero que apareció cuando abrió la carpeta donde los guardaba. Unos pasos en la escalera interrumpieron el silencio de la noche.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Adolfo. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

Entró, hizo un gesto de asentimiento y sus ojos se fueron al dibujo sobre el que trabajaba Alexander.

—Quema de la Biblioteca Nacional de Sarajevo. 26 de Agosto de 1992.

—¿Lo has reconocido?

—Claro, tío. Soy profesor de Historia Contemporánea. Aunque era verano y estaba de vacaciones, faltaba menos de un mes para que empezara el nuevo curso, que iba a ser mi segundo año de trabajo. Las imágenes dieron la vuelta al mundo. Le pedí a mi hermana una copia de las cintas de los Telediarios para que mis alumnos las comentaran en septiembre. Lo increíble es que seas capaz de captarlo con tanto realismo.

—Estaba allí. Caían las bombas y las granadas, y veía volar las páginas de los libros quemados. Disculpa. Me resulta muy duro recordar el asunto.

—No, disculpa tú. Siento mucho la escenita de la mesa. No debí haberte hablado así.

—Dijiste lo que pensabas. No importa.

—No quería molestarte, ni tampoco a mi hermana. Me enfadé porque mañana viene mi novia de

Alemania y no soportaba dormir con ella en esa cama tan estrecha. Aquí hay otra igual. ¿No duermes con Adriana?

—A veces sí, y otras no —contestó lacónico.

—¿No quieres venir a tomar unas copas abajo, con nosotros? Ellas siguen probándose trapos.

—Gracias, prefiero seguir con este dibujo. Dile a tu hermana que suba cuando quiera. La estaré esperando.

En el otro extremo de la mansión, en la habitación de la ventana, Carlos y Javier intentaban convencer a sus hermanas para salir a tomar unas copas. Estaban impacientes por conocer la noche de Praga.

—Yo estoy cansada del viaje, pero si Adriana se apunta, haré un esfuerzo —dijo Ana.

—Llamaré a Caballo para que os espere en el bar del Kapital. Yo no creo que vaya, pero no importa. Él os recibirá encantado y os llevará donde queráis cuando termine su trabajo.

En ese momento de la conversación entró Adolfo.

—Tu novio me ha encargado pedirte que subas cuando quieras. Te espera —la informó.

—¿Eso te ha dicho? ¿Le has preguntado si quería venir?

—No ha querido. Estaba dibujando el incendio de la Biblioteca Nacional de Sarajevo. ¿Te acuerdas de las cintas que me mandaste con esas imágenes? Pues su dibujo era igual de real. Lo has visto, claro.

—No. Nunca le he pedido que me enseñara sus dibujos y creo que es la primera vez que los toca en Praga.

—Definitivamente, no vas a salir ¿verdad, Adriana? —interrumpió Ana.

—No, me quedo con él. Anímate y vete con los chicos. Voy a llamar a Caballo —le contestó.

Cuando sus hermanos se marcharon, ella subió al ático y abrazó a su amor con todas sus fuerzas.

—¡Qué pronto has venido! ¿No has querido salir con la familia? —le preguntó él.

—Prefiero estar contigo. Acaban de llegar y ya estoy deseando que se vayan. Salvo Ana, son unos egoístas.

—Son tus hermanos y en parte tienen razón. Es normal que intenten rentabilizar la herencia.

—Pues que se jodan. Es mi decisión y se la van a tragar, les guste o no. Ahora me entero de que el problema de Adolfo es que su novia viene mañana y, por lo que se ve, necesita la alcoba del Palacio Real para ella. Ana no tiene inconveniente en cederles su dormitorio... No sabíamos nada, no somos adivinas.

—Me dijo lo de su novia y me pidió disculpas. No pensarás estar enfadada con ellos el resto de los días que tienen previsto quedarse, ¿o sí?

—Claro que no. Soy una buenaza y lo saben. Hemos hecho las paces, aunque les he dejado muy claro que sobre el ático no tengo nada que aclarar. Te quedarás hasta que tú quieras, y ellos, a callar.

Es lo que hay.

—He empezado a dibujar. El incendio de la Biblioteca de Sarajevo.

—Ya. Me lo ha dicho Adolfo. En su día le mandé esas imágenes para que las comentaran sus alumnos. Lo has dejado impresionado. ¿Me lo enseñas?

—Claro. Mira, aún no está terminado.

—¡Oooh! —exclamó ella al ver el dibujo—. Estabas allí, ¿verdad?

—Sí. Mi madre tenía la radio puesta día y noche. Era sábado, ya había oscurecido y escuchamos que estaban bombardeando la Biblioteca Nacional. Cogí papel y lápiz y salí pitando. Mis padres intentaron retenerme. No les hice caso. Caían bombas y granadas. La muerte siempre estaba rondando. En la ciudad sitiada, salir a la calle significaba poner tu vida en peligro. Te podían asesinar mientras hacías la cola del pan. Me enfrentaba a la muerte con frecuencia porque tenía que buscar agua y comida cuando no venían soldados serbios a traerla. En mi vida podré olvidarlo, Adriana. A sangre y fuego me grabaron el horror en el alma. No creo que mis padres vivan. De alguna forma hubieran intentado establecer contacto conmigo.

—No pienses lo peor, cariño. Y no empieces a dibujar si todavía no estás preparado.

—Ha llegado el momento. Las obras de la casa han terminado. Vine aquí para pintar y voy a hacerlo. Me duele, pero tengo que enfrentarme a ello. Y cuanto antes empiece, mejor. Intentaré que no te afecte.

—No te preocupes, ni por eso ni por nada. Quiero compartir contigo todo: el placer y el dolor.

—Pues vamos a lo primero. Ya está bien de sufrir por hoy. Voy a desnudarte, preciosa, y me voy a quedar dentro de ti hasta que me pidas que termine.

El 12 de Octubre, esperado Día de la Hispanidad, la mansión lucía en todo su esplendor para acoger a la colonia española residente en Praga con motivo de la celebración de la Fiesta Nacional. A las ocho en punto de la tarde, el embajador y su esposa, custodiados por la estatua de San Jorge a Caballo, recibían a sus invitados en la entrada principal de la residencia. En un discreto segundo plano, los hermanos Molina empleaban todas sus energías para que la gente se sintiera como en su propia casa. Diez bellos jóvenes, cinco chicos y cinco chicas, repartían comida y bebida por doquier. Obedecían las órdenes de Caballo, que había pedido ese día libre para dirigir la intendencia en la fiesta de su amiga. También estaban los habituales de Adriana: Joan Puch; Alberto Palomares y esposa; María Marcos con sus amigos los periodistas; y Pamela con Bojan, su novio; e Iván, el socio de este. Aunque estos últimos no eran españoles, Adriana se permitió la licencia de invitarlos, al igual que hizo con mister Trudenska, el artífice de la restauración del lugar. Por su parte, pese a estar algo apesadumbrada por la ausencia de Alexander, se convirtió, sin quererlo ni habérselo propuesto, en protagonista de la noche junto a su hermana. Guapas y elegantes, llamaron la

atención de todos los invitados, que no les escatimaron halagos ni piropos. Especialmente atentas estuvieron ambas con el grupo de ancianos que formaban los llamados “niños de la guerra”, y con los ex combatientes republicanos que, como el abuelo Adolfo, llegaron exiliados a Praga tras perder la contienda. Fueron los únicos que, por su avanzada edad, estuvieron sentados durante toda la recepción en el elegante comedor. Compartieron con ellas recuerdos de los abuelos, de los buenos momentos y de los días difíciles, de los sueños que se cumplieron y de los que se quedaron en el camino.

—¿Cómo está vuestra madre? —les preguntó una anciana que se presentó como Antonia la gallega—. ¡Qué guapa era, y cómo sufrió doña Adriana cuando se marchó a España para siempre! La pobre murió sin poder despedirse de ella, su única hija. Nunca me olvidaré de uno de sus últimos días en este mundo. Estábamos sentadas con Milena en la habitación de la ventana y no paraba de mirar al exterior por si aparecía vuestra madre. Ya no tenía ni el consuelo de rezarle a San Pancracio, porque el doctor, enfadado, lo mandó quemar.

—Nadie lo quemó —aclaró Adriana—. Milena y mi abuela decidieron guardarlo en la alcoba de mi madre, que ahora es la mía, tapado con unas sábanas. Yo lo rescaté del olvido y lo volví a colocar en la habitación de la ventana. Si le cuento una cosa, va a pensar que estoy loca, pero así me pareció sentirlo.

—¿Te habló, hija? Porque tu abuela decía que a veces le hablaba. Y yo me lo creo. Los santos cobran vida cuando las cosas que les pides te salen del alma.

—Puede que tenga razón, porque lo que yo le pedí me salió del alma.

La noche avanzaba y, salvo los embajadores y los ancianos, que ya se habían retirado, los invitados se resistían a abandonar la fiesta. Fue entonces cuando María Marcos se dirigió a Adriana y a Ana para contarles la feliz noticia de que estaba gestionando dos nuevos eventos para celebrar en la mansión.

—¡Bravo! —exclamó Adriana—. Esto es una amiga. Sabes que te lo agradezco en el alma, María. Si fructifican, te compensaremos. Una cosa es la amistad y otra, el pan de cada uno. Al fin y al cabo, ese es tu trabajo y debes cobrar por él. ¿No es lo justo, Ana?

—Por supuesto. Además, si ganas dinero pondrás más interés. Es inevitable, ¿o no?

—El dinero no le viene mal a nadie —reconoció la venezolana—. Solo vivimos con mi sueldo del hotel, y en Praga no hay salarios maravillosos. Mi marido ya es mayor. Si de joven trabajó poco, de viejo... Gasta mucho porque solo le gusta lo bueno pero ingresar, nada de nada —relató con su habitual desparpajo.

Ana, una lince para los negocios, pensó durante unos segundos y lanzó la oferta:

—Trabajarás a comisión del diez por ciento sobre lo que consuman los invitados, y eso también dependerá de ti. Mientras más caros sean los platos que escojan para la cena y más copas se beban,

más ganarás. Observa esta noche. De aquí no se mueve nadie y no paran de poner tragos. ¡Te aseguro que un diez por ciento de todo lo que se coma y se beba en esta fiesta es un dinero curioso!

—Aceptado —contestó María sin vacilar.

La primera fiesta oficial en la mansión terminó cuando la tenue luz del amanecer daba la bienvenida a un nuevo día. Los moradores de la planta alta se dirigieron a sus aposentos. Adriana, Ana y Javi, sin pareja. Acompañados, Adolfo y Carlos. Este último, que se había pasado la fiesta probando de flor en flor, consiguió los favores de una explosiva rubia local: la merecida recompensa a sus esfuerzos. Su hermano pequeño le hacía bromas. Por razones obvias, en español.

—Me alegro, te lo mereces. Espero que no te plante cuando vea las camas estrechas, con lo que te ha costado convencerla. En esta mansión igual se cree que la llevas a la alcoba real —apuntó riéndose.

—No le hagas caso, Carlos —le recomendó Adriana—. Las camas estrechas donde dormían los refugiados políticos que recogía tu abuelo tienen su caché. Te lo dice una experta.

—No serás tú, que te vas a tu cama grande.

—No sé para qué la quiero —lamentó—. ¡Cuánto daría ahora por dormir en el ático, abrazada a él en la cama estrecha! No es incómoda, de verdad. Así estáis más pegados. Ya os dije a todos que me negué a gastar una sola corona en muebles, con todo lo que había aquí. Tampoco hice la excepción con Alexander.

—Siento mucho que no haya estado en la fiesta y que tengas que dormir sola —la consoló su hermano.

El malestar acumulado por la ausencia del ser amado durante toda la noche brotó a su rostro en forma de nostálgicas lágrimas. Nunca hubiera imaginado lo corto que sería. Nada más abrir la puerta de su alcoba sintió el olor y la respiración pausada de Alexander, que dormía plácidamente en su cama. Se recostó a su lado y mordisqueó el lóbulo de su oreja con la intención de despertarlo. El deseo asaltaba cada uno de los poros de su piel y él debió sentirlo. Se incorporó adormilado y encendió la luz de la mesilla de noche.

—¡Qué guapa! Déjame que te quite ese vestido verde.

La mañana transcurrió entre crujidos de camas viejas y susurros de placer. Ya avanzado el mediodía, Alexander y Adriana bajaron al comedor. Toda la familia estaba reunida en torno a un copioso brunch.

—Llevo dos horas comiendo —indicó Ana a modo de saludo—. El asunto del brunch es un gran invento. Los que no hemos tenido la suerte de darle gusto al cuerpo con el amor, se lo proporcionamos con estos embutidos tan estupendos. Aquí nadie ha conseguido dormir durante las primeras horas de la mañana. Unos disfrutando y los otros escuchando, ¿verdad, Javi?

—Y que lo digas. Cuando se callaban en una habitación, empezaban en la de al lado y seguían en la siguiente —indicó riendo—. ¡Cómo rugen esas camas, qué barbaridad!

—El encanto de lo viejo, querido —contestó Adriana.

—¡Ay, si estas paredes hablaran! —suspiró Milena—. Menos mal que yo duermo abajo. Estoy demasiado vieja para escuchar los sonidos del amor.

—No hay edad para el amor —le contestó Martina, la novia alemana de Adolfo—. Mis padres lo hacían hasta poco antes de que el viejo muriera, y tenían más de 70. Usted se conserva muy bien. No le cierre las puertas.

—¡Qué simpática! Yo ya no estoy para eso, hija, que bastante he tenido —comentó en tono pesaroso—. Ningún hombre volverá a levantarme el refajo a estas alturas de la vida. Eso a vosotras, que sois jóvenes. ¡Bendita juventud! —exclamó—. ¡Vais a despertar a todos los fantasmas que duermen en esta casa desde hace siglos! ¡Qué contentos estarán de escuchar de nuevo a la vida brotando a través de estas paredes!

La actividad en la mansión se incrementaba conforme pasaban los días. Durante su estancia en Praga, los hermanos Molina comprobaron con satisfacción cómo aumentaban las reservas para celebrar eventos en los salones. Alexander se entregó de lleno a sus dibujos y apenas salía del ático. Adriana decidió respetarlo y no interrumpirlo. Se conformaba con verlo a las horas de las comidas y le agradecía a Milena esa exigencia de puntualidad en la mesa que tanto le molestaba antaño. La tarde anterior a la despedida, las dos hermanas, tras haber puesto al día las cuentas del negocio, se hacían confidencias en la habitación de la ventana.

—Tengo ganas de llegar a casa para ver a Pablo y a las niñas, aunque la vuelta a la vida diaria no deja de inquietarme. No sé cuánto aguantaré sus desplantes y sus ausencias. ¿Me acogerás aquí el día que reviente?

—Por supuesto. Siempre tendrás el dormitorio de los abuelos esperándote. Me da mucha pena verte tan triste. El amor tiene dos caras, la del placer y la de la amargura. Parece que a nosotras nos ha mostrado ambas.

—Sé que sufres. Alexander no duerme contigo y tampoco vas a visitarlo. ¿Te ha pedido que no lo hagas?

—No. Quiere enfrentarse solo a sus miedos y lo respeto. Sabe que estaré a su lado si me necesita.

—Es tan guapo como raro. ¿Cómo puede no decirte que te quiere y mirarte con esa cara de enamorado?

—Su corazón alberga tanto odio que no deja sitio al amor. No creo que no lo sienta, sino que es incapaz de expresarlo. Milena me consuela con el argumento de que él no tiene más vida que sus dibujos y yo.



—¿No te gustaría tener un hijo suyo? —le preguntó de repente.

—Jamás se olvida del condón. Sé que no quiere dejarme embarazada. Por eso no se lo he pedido

—musitó.

—La naturaleza es sabia y te avisará antes de que deje de ser posible. Entonces tendrás que planteárselo.

—Me imagino. No me gustaría morirme sin vivir la experiencia de ser madre.



# XIII. EL LIENZO

Alexander no había pintado al óleo desde los tiempos de la Universidad. Cuando terminó sus estudios se dedicaba a hacer dibujos para venderlos a los turistas. Y siguió con los lápices durante sus días de encierro en la ciudad sitiada. Inmortalizó las bombas cayendo desde los aviones serbios, las caras llorosas de las mujeres en la cola del pan o el terror de un muchacho en los últimos instantes de su vida. Nunca había tenido una caja de óleos como la que le regaló su amigo Jan Vésely con motivo del primer cumpleaños que celebró en Praga. Ahora le había llegado el momento. Miraba detenidamente el dibujo del incendio de la Biblioteca Nacional, ya terminado, y pensaba en el realismo que podría imprimirle si lo trasladaba a un lienzo grande y lo pintaba al óleo. Se acordó de las sábanas que tapaban los muebles de la mansión y decidió pedírselas a Adriana para usarlas como lienzos. Fue a buscarla a su retiro habitual, la habitación de la ventana, y torció el gesto cuando la encontró departiendo amablemente con el arquitecto Trudenska.

—Pasa. No te quedes ahí como un pasmarote —lo invitó ella—. Estábamos organizando una cena.

—¡Vaya sabelotodismo! No sabía que también se dedicaba a la cocina —indicó con ironía al arquitecto.

—Lo que yo observo es que a usted le molesta mi presencia en esta casa —contestó Trudenska—. No me dedico a la cocina, no. Si tanto le interesa, la cena es para mis compañeros de promoción. Hemos cumplido 25 años de ejercicio profesional de la arquitectura y les aconsejé celebrarlo en estos salones.

—He venido a pedirte si puedo usar las sábanas que tapaban los muebles, Adriana. No quiero molestar.

—No molestas, y no tienes que pedírmelas a mí porque no sé dónde están. Que te las dé Milena. Ella las habrá guardado. ¿Para qué las quieres, si se puede saber?

—Para pintar al óleo. El tejido es como el de los lienzos. Pienso seguir tu costumbre de reciclar todo.

—Me parece muy bien. ¿Te has decidido a pintar al óleo?

—Sí. Estaba pensando en el dibujo del incendio de la Biblioteca. A color adquirirá más realismo. Me voy. Nos vemos a la hora de comer.

—Tu amigo se pone celoso cuando me ve contigo. Eso me gusta. Señal de que piensa que puede perderte.

—¿Celoso? No lo creo. Está inquieto porque la guerra no termina nunca y sigue sin noticias de los suyos.

—Terminará pronto. Un par de meses, a lo sumo.

—Y tú, ¿por qué lo sabes?

—Porque me va el sabelotodismo, ¿no lo acabas de escuchar? Ironías aparte, lo sé porque leo los periódicos, sencillamente. La OTAN ha empezado a bombardear objetivos serbios para forzar el final del sitio de Sarajevo. Y la comunidad internacional está intentando implicar a las tres partes en conflicto en un plan de paz. Pretenden silenciar las armas antes de que termine el año. ¿Es que vosotros no leéis la prensa?

—Si te digo la verdad, no. Precisamente para no saber.

—Me parece impropio de ti, después de haber trabajado tantos años en una cadena de televisión.

—Todo empieza y todo acaba, Milan —le indicó nostálgica.

—Aunque intentes disimularlo te noto triste, Adriana. Ya han terminado las obras, el negocio funciona muy bien desde el primer día y todo marcha como tenías previsto. Me gustaría saber qué te ocurre.

—Nada. Estoy un poco decaída desde que se han ido mis hermanos.

—No creo que esa sea la razón. Más bien, culpo al del ático. Sospecho que está en el origen de tu malestar.

—Sospechas mal. Él hace su vida y yo la mía. Es lo que acordamos cuando se trasladó aquí. No tengo nada más que hablar sobre el asunto, Milan.

—Como quieras, aunque sigo pensando que tengo razón.

—Y yo, que soy la reina de Saba. Si es por pensar....

Los días pasaron y la nieve volvió a teñir de blanco las calles de Praga. En el ático de la mansión, una vieja sábana se había convertido en un impresionante óleo que mostraría al mundo la Biblioteca Nacional de Sarajevo, símbolo de su cultura milenaria, arrasada por las llamas del fanatismo humano. Eufórico por el resultado de su trabajo, Alexander quiso que Adriana lo viera antes que nadie. Era consciente de que, sin su ayuda, ese cuadro hubiera encontrado muchas dificultades para ser creado. Como casi todas las mañanas, ella estaba preparando, junto a Milena y el cocinero, una lista para ir al mercado. El artista entró en la cocina y la besó con ternura. Le anunció que el lienzo estaba acabado y la invitó a subir al ático para verlo.

—Corre, niña. Ya terminamos nosotros con esto —la animó Milena.

—¡Qué maravilla! —exclamó Adriana, impresionada, al mirar la pintura—. Es tan real que parece que las llamas y los libros quemados van a salirse del cuadro. ¡Hasta me huele a quemado! Debes sentirte muy orgulloso de este lienzo. Te felicito. Es igual que las imágenes que grabaron las televisiones aquellos días.

Él la abrazó. Estaba emocionado y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No hubiera podido hacerlo sin tu apoyo —reconoció al tiempo que la besaba—. Me gustaría tomarme unos días de descanso antes de empezar el próximo y dedicártelos a ti. A amarte y a mimarte, ¿querrás?

—Sabes que es lo que más deseo en el mundo. No sé vivir sin tu amor. Te busco en la cama al despertar cada mañana y no te encuentro. Cada noche que duermo sin ti se convierte en una mala pesadilla. Me levanto y me duelen todos los huesos de mi cuerpo.

—No seas exagerada. Eso te pasará porque no descansas bien, con tanta fiesta y tanto trabajo. No por mi ausencia —le dijo riéndose—. ¿Cómo anda tu agenda para el fin de semana? Me gustaría que mi amigo Jan viera el cuadro. Tendría que venir el sábado por la tarde, o el domingo. Son los únicos días que no trabaja.

—Para invitar a tu amigo no debe afectarte mi agenda. El sábado hay una cena de anticuarios, y el domingo, un cóctel de presentación de un vino blanco alemán que hacen con uvas heladas. Afortunadamente, el negocio va viento en popa. Casi no acabo de creérmelo.

—¿No podrías saltarte el cóctel? Me agradaría que conocieras a Jan y que pasaras un rato con nosotros.

—Habrá tiempo para todo —apuntó sonriente—. No debería ausentarme del cóctel. Son relaciones, y de unos eventos salen otros. Así funciona este negocio, por el boca a boca. Invita a tu amigo a comer. Después, tomamos el café juntos. El sarao no empezará hasta las siete. ¿Ves cómo, salvo la muerte, todo tiene solución?

—Estando a tu lado, sí. Ven aquí. Te voy a presentar a un viejo conocido.

Ella se extrañó. Él señaló al mueble de la X y soltó una carcajada.

Se amaron como locos en el sillón imposible. Disfrutaban mirándose extasiados en el espejo y volvían a amarse, más y más. Ese día y el resto de los días de la semana, en cualquier momento y en cualquier lugar. En el enigmático mueble del ático y en la cama estrecha. En la habitación de Adriana y hasta en la de Ana.

—Así rendimos honores a los abuelos, haciendo el amor en su cama —bromeaba ella.

Juntos dormían y juntos se bañaban. Cada rincón de la mansión, cada mueble, cada espíritu y cada fantasma que habitase entre sus viejos muros tuvo la oportunidad de ser testigo de la felicidad renovada de Adriana. Una felicidad que no pasó inadvertida a los ojos de nadie. Tampoco a los de Jan Vésely.

—Tienes una sonrisa preciosa, digna de mi mejor retrato —le dijo mientras tomaban café en el ático—. Yo no podría immortalizar el incendio de la Biblioteca de Sarajevo con la maestría de Alexander, pero si él me lo permite, sería capaz de plasmar tu sonrisa, aunque lleve años sin pintar. Es un espejo de felicidad.

—No tiene que permitírtelo él, sino yo. ¿Cuándo empiezas? Acabo de aceptar tu oferta. ¿Tendré que posar todo el tiempo sonriendo?

—Evidentemente, pero no te costará trabajo. Se ve que es natural, está ahí. Mírate en el espejo de

ese sillón tan raro. No has parado de sonreír —observó.

—Deberíamos hacer una foto y sacar el retrato de ella. Más cómodo y mejor para ti, Adriana. Tienes demasiados compromisos los fines de semana, que es cuando Jan podría trabajar en el retrato. El posado te hará perder muchas horas —indicó Alexander.

—Yo no estoy acostumbrado a pintar sobre fotos —advirtió Jan—. En la Universidad sacábamos los retratos del natural, con modelos. En cualquier caso, si ella no tiene tiempo para posar, probaremos como tú dices.

—La verdad es que voy siempre muy mal de tiempo. Un ratito los domingos podría sacar, si a ti te viene bien. Y entre semana también, pero no puedes tú. Si prefieres que pose, no hay problema. No tenemos prisa para terminar el retrato en una fecha concreta.

Quedaron en verse los domingos. Adriana se despidió de ellos y se marchó al cóctel.

Terminaron las jornadas de descanso de Alexander y con ellas, la excelsa felicidad de Adriana. Como era previsible, él se encerró en el ático con sus dibujos de la guerra y ella continuó su frenética actividad en el negocio de las fiestas. Casi todos los días se celebraba un evento en los salones, ya fuera una cena, un cóctel o una reunión de negocios. María Marcos, excelente relaciones públicas, le proporcionaba muchos de ellos. Otros venían por las buenas relaciones de Adriana con la Embajada española. Tras el éxito de la celebración del día de la Hispanidad, en la sede diplomática recomendaban el lugar para las más variopintas celebraciones. Desde la presentación de una marca de moda de España, hasta el consejo de administración de cualquiera de las empresas nacionales instaladas en la ciudad. También la comunidad yugoslava de Praga empezó a frecuentar los salones. Del mismo modo que María Marcos, Iván y Bojan se apuntaron a la búsqueda de clientes para las fiestas a cambio de una comisión del diez por ciento sobre lo que consumieran los invitados. Ni siquiera la presencia de sus paisanos cambió la firme actitud de Alexander de no hacer acto de presencia en ninguno de los eventos que se celebraban. Tras el impresionante óleo del culturicidio de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, que permanecía colgado en la pared, se puso a trabajar en uno de los dibujos que más le impresionaban: el de aquel adolescente que perdió la vida para que a su madre no le robaran el agua. Un soldado lo degolló a sangre fría porque el muchacho intentaba recuperar un cántaro de agua que otra de las paisanas había quitado a su madre. “¡Miserable!” —pensaba mientras la cara de terror del jovencito, plasmada en el boceto, le helaba el corazón.

Aquel frío mes de diciembre de 1995 trajo a Alexander la noticia del final de la guerra que desangraba a los suyos. La paz empezó a fraguarse en la lejana ciudad norteamericana de Dayton, un mes antes. Se hizo efectiva en virtud del Acuerdo de París, firmado el 14 de diciembre de 1995 por serbios, bosnios y croatas en la capital francesa. Ellos lo supieron a la mañana siguiente, gracias al arquitecto Trudenska. Llegó a la mansión muy temprano, con varios periódicos en la mano, y encontró a Milena y a Alexander desayunando. Adriana, que por motivos de trabajo se acostaba y se

levantaba tarde, aún no había bajado.

—¿Qué hace por aquí tan temprano? La señorita aún no se ha levantado —lo informó el ama de llaves.

—Traigo buenas noticias. La guerra de Yugoslavia ha terminado. Lo dicen todos los periódicos de hoy.

—¡Alexander, se acabó la guerra! —gritó la anciana desde la puerta con todas sus fuerzas.

Él se levantó de la mesa sobresaltado.

—¿Cómo? ¿Quién lo dice?

—La prensa del día. Tenga, yo ya los he leído —le respondió Trudenska, dejándole varios periódicos—. Deseo que encuentre pronto a los suyos. ¡Suerte! Ahora debo marcharme. Saluden a Adriana de mi parte.

—¡Qué alegría! Ve a despertarla, corre —le pidió Milena—. Se va a poner muy contenta.

Miró los titulares de los periódicos, abrazó a la anciana y subió de tres en tres los peldaños de la escalera. Llegó hasta la alcoba de Adriana, abrió la puerta y dejó caer todo el peso de su cuerpo encima del de ella.

—¡Qué felicidad, abrir los ojos y encontrarte a mi lado! —exclamó al despertarse.

—La guerra ha terminado, Adriana. Las fieras han decidido dejar de matar y han firmado un Acuerdo de Paz en París. Lo cuentan todos los periódicos de hoy. Los ha traído míster Trudenska.

—¡Me alegro tanto! ¿Qué vas a hacer? ¿Volverás a Sarajevo a buscar a tus padres?

—No creo que sea posible. Al menos, de momento. El acuerdo se firmó ayer y, según parece, no es bueno para los serbios de Bosnia, vendidos por el hijo de puta de Milosevic. De cualquier forma, eso es lo de menos. No soy patriota y no me importa cómo se han repartido los territorios en disputa. No pienso volver a vivir en Yugoslavia. Lo que quiero es que la paz se haga efectiva de inmediato y que se levante el cerco de Sarajevo para que mis padres, si han conseguido sobrevivir, puedan salir de allí.

Días después, cercana ya la Navidad, un grupo de empresarios yugoslavos, propietarios en Praga de varias franquicias de marcas francesas de lujo, celebraban una cena en la mansión. Iván y Bojan, junto a Adriana, ejercían de anfitriones. El sitio de Sarajevo fue uno de los temas más comentados de la velada.

—Yo nací y viví allí hasta que estalló la guerra. Fui listo y salí pitando antes de que las cosas se complicaran. Ahora se ha firmado la paz, aunque el asedio no se ha levantado con el acuerdo, de momento —relataba a Bojan uno de los invitados, llamado Serdjan.

—¿Aviso a mi paisano, Adriana? Sabiendo que hay aquí un conciudadano suyo, igual quiere bajar.

—Haz lo que quieras, Bojan. Ya lo invité esta tarde y estoy un poco cansada de que siempre diga que no.

—Ahora vendrá. Voy a buscarlo.

—¿Qué sabes de la ciudad? ¿Siguen cortadas las comunicaciones? —preguntó Adriana al sarajevita.

—Sí, incluso caen bombas de terroristas que no quieren aceptar lo firmado. El asedio no se levantará hasta que no se haga efectivo el intercambio de prisioneros. Pasarán varios meses antes de que eso se consiga.

Al rato, Bojan regresó con Alexander. Le presentó a Serdjan y volvieron al tema de la ciudad sitiada.

—Dejé allí a mis padres. No sé si consiguieron sobrevivir —comentó el artista a sus paisanos.

—Si eran muy mayores no albergues muchas esperanzas, amigo. En invierno hace más frío que en Praga, tú lo sabes, y no había dónde calentarse. También resultaba muy difícil conseguir agua y comida. No quiero quitarte la ilusión de encontrar a los tuyos con vida, pero las noticias dicen que los ancianos y los niños han sido los más vulnerables. ¿No tienes otra familia, aparte de tus padres? —lo interrogó Serdjan.

—Sí, tenía un hermano. Hablo en pasado porque él y sus asuntos dejaron de interesarme el día que se negó a escapar conmigo para seguir empuñando las armas en esa estúpida guerra. Ni de mis padres ni de él he tenido noticias desde que vivo en Praga, hace ya dos años. Ellos no eran tan mayores. El viejo no había cumplido los sesenta y cinco cuando dejé de verlo. Sin embargo, se llamaba a sí mismo viejo inútil porque estaba muy cascado por el sufrimiento. Mi madre y él se pasaban la vida peleando por culpa de la guerra.

—¿A qué te dedicas en Praga? —le preguntó.

—Cuando llegué trabajé de camionero. Ahora vivo en el ático de esta casa, y pinto. ¿Qué haces tú?

—Vender modelitos de Yves Saint Laurent en mi propio local del centro comercial de Wenceslao. No me ha ido mal... Incluso he podido celebrar el éxito de mis negocios con esta cena. Y tú, ¿qué pintas?

—Dibujos y óleos de la guerra. Lo que veía desde mi cuarto de Sarajevo, o lo que encontraba en la calle cuando salía a buscar agua y comida.

—Y piensas exponerlos para tratar de venderlos, claro.

—Lo que quiero es darlos a conocer. Remover las conciencias de quienes los miren, para que el fanatismo no siga destrozando la vida de tantos seres inocentes e indefensos.

—Me parece muy loable pero, ¿cómo pagas el ático a la española? A nosotros no ha querido



rebajarnos ni una sola corona del alquiler de los salones ni tampoco de la cena. Dice Bojan que es una gran negociante.

—Es mi pareja. Sin embargo, no me meto en sus negocios. Tampoco asisto a las fiestas que se celebran aquí. Hoy he bajado porque Bojan me avisó de que estabas y me apetecía hablar con alguien de Sarajevo.

—Si es tu pareja no te ha ido mal, paisano. ¿Ella lleva sola este negocio? La casa está muy bien decorada, y tanto el menú de la cena como el servicio han sido excelentes. Caro, aunque por un día merece la pena.

—Este caballero se queja de que les has cobrado muy caro, cariño —le comentó Alexander en tono de broma cuando ella se acercó—. Yo ya le he advertido de que no me meto en tus negocios.

—¿Caro? Cenar en una vajilla de porcelana china de una dinastía milenaria y beber el mejor Rioja que hay en Praga, en copas de cristal de Bohemia, no sale barato. El glamour se paga, querido. Y la privacidad, también. En ningún restaurante de la ciudad os hubieran permitido estar vosotros solos y sin límite de tiempo, como aquí. Es lo que hay, amigo. Mi mayor deseo es que lo disfrutéis y volváis el próximo año.

—Para la próxima vez podríamos hacer un intercambio —sugirió Serdjan—. Tú te perfumas y te vistes en nuestras tiendas y nosotros volvemos a cenar aquí. Calculamos la diferencia de consumo y lo arreglamos.

—Gracias. También tenemos negocios de moda. Vestirme apenas me cuesta dinero.

—Veo que no os falta de nada. ¿Quiénes son tus socios? ¿Dónde vendéis la ropa?

—Aquí no, en España. Mi hermana tiene una boutique y hace poco me trajo mucha ropa de temporada.

—¿Y se le dan los negocios tan bien como a ti?

—A ella mejor. Ha tenido negocios de varios tipos desde que era muy joven. Lleva la empresa en la sangre. Yo, de hecho, necesito llamarla casi todos los días para pedirle consejos.



# XIV. AUSENCIA

El fin de la guerra de Yugoslavia no cerró las heridas del alma de Alexander. Mientras su país, vigilado por la comunidad internacional, intentaba recomponerse tras cuatro años de lucha fratricida, Europa seguía desangrándose en su extremo oriental. El Ejército ruso, enviado para aplastar las ansias independentistas de Chechenia, sufría un duro castigo a manos de la guerrilla rebelde. La población civil, ajena a los intereses de poderosos y mafiosos que luchaban para hacerse con el control del petróleo y de la droga, caía víctima de los intensos combates. La sangre de los inocentes teñía de rojo los pueblos nevados de las montañas chechenas. Con la precisión que caracterizaba su arte, Alexander reflejó en su cuaderno de dibujos las torturas que los militares rusos infringían a indefensos aldeanos acusados de colaborar con los guerrilleros. Lejos de Adriana y de la calma del ático de Praga, sus huesos se helaban y su corazón se encogía ante la desatada crueldad de seres pervertidos por el ansia de poder, de dinero y de venganza. Hasta allí había viajado con el patrocinio de la Fundación Internacional de Estudios para la Paz, con sede en Suiza. Su presidente, que estuvo en Praga alojado en el hotel Kapital, se quedó maravillado con el óleo de la quema de la Biblioteca Nacional de Sarajevo que el artista serbobosnio había captado con fidelidad milimétrica. Se llevó el cuadro a Ginebra y le propuso hacer lo mismo en otros escenarios bélicos del mundo, con el fin de que su pintura propagara las atrocidades cometidas y sirviera de acicate para la paz, mostrando a la ciudadanía universal la cara más miserable de su existencia. Aceptó, precisamente, porque ese era el objetivo vital que se había marcado desde sus últimos días de encierro en Sarajevo, cuando vio los cadáveres de sus queridas María y Sara escarchados en el asfalto tras consumarse aquel suicidio tan anunciado como esperado. Ni el miedo a la muerte ni las lágrimas desconsoladas de Adriana consiguieron que rechazara aquella arriesgada propuesta.

En la mansión de la Plaza de la Paz, el invierno de 1996 transcurría con el dolor de su ausencia. El cuadro del rostro aterrorizado de aquel muchacho esperando que el machete de un soldado cayera sobre su cuello quedó sin terminar en el caballete. Adriana lo tapó con una sábana al día siguiente de su partida. Se negaba a contemplar una visión que le traía negros presagios y no volvió a subir al ático. Su sempiterna sonrisa se borraba de su rostro conforme pasaban las jornadas sin noticias del ser amado. Ni llamadas ni telegramas. Sabía que seguía vivo porque todas las semanas contactaba con la sede de la Fundación, en Ginebra, para interesarse por su suerte. Siempre recibía la misma respuesta: “todo está bien, señora, no se preocupe. La avisaremos si la situación cambia”. Ella respiraba hondo y colgaba el teléfono hasta la próxima llamada. Ni el éxito del negocio de las fiestas ni el cariño de Milena y de sus amigos conseguía devolverle la alegría. Otra pintura quedó inconclusa en el ático: el retrato de su desaparecida sonrisa, que Jan Vésely no fue capaz de terminar por la imposibilidad de que brillara en sus ojos tristes.

La primavera no le trajo la dicha, pero sí el consuelo de una visita inesperada. Dusan Korac, el padre de Alexander, consiguió salir de Sarajevo cuando se levantó el asedio y llegar a Praga con la intención de reencontrarse con su hijo. Fue a buscarlo, sin éxito, a casa de los Vésely. Tampoco encontró a los hombres de la familia que, como era habitual, recorrían el país repartiendo frutas en su camión. Petra Veselá, la madre, le habló de la ausencia de Alexander y de la existencia de Adriana, y se ofreció a acompañarlo hasta su casa. Aunque nunca había estado allí, sabía cómo encontrarla. Su hijo Jan le había descrito la mansión: la más grande de la plaza, con la fachada amarilla reluciente. Apareció una mañana con el recién llegado, un anciano cansado de un viaje complicado, muy delgado y casi harapiento. Milena les abrió la puerta.

—Buenos días, señora. Me llamo Petra Veselá y este es el señor Korac. Acaba de llegar de Sarajevo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó la anciana—. Pasen, voy a servirles un café. Adriana aún no se ha levantado y no quiero despertarla. Entre el trabajo y las penas duerme muy poco. ¿No traerá usted noticias de su hijo?

—Desgraciadamente, no. Venía a buscarlas aquí. ¿No saben nada de él? ¿Cómo es posible?

—Ya ve. El tiempo pasa y Adriana está cada vez más triste. Su hijo no la ha llamado ni le ha escrito una sola vez desde que se marchó a primeros de año. Se está portando muy mal. Por mucha guerra que tenga que pintar, podría haber pensado un poco en ella, que tanto amor le ha dado. No hay derecho. Los hombres son maltratadores por naturaleza y egoístas sin remedio. Perdone que le hable así... Usted también tendrá sus problemas, pero el sufrimiento de mi niña me parte el corazón. Alexander me la robó el día que salió por esa puerta, porque no ha vuelto a ser la misma. Se ríe por obligación. Nos ganamos la vida organizando fiestas y no puede recibir a los invitados con la cara de pena con la que se levanta cada mañana.

—Lo siento mucho, señora —le contestó el hombre con los ojos húmedos—. He debido ser muy mal padre. Por lo que se ve, mis hijos no son capaces de actuar como personas decentes, cuando mi máxima preocupación en esta vida ha sido tratar de enseñarles a que lo fueran.

Adriana bajó las escaleras en pijama y somnolienta. Milena salió a su encuentro.

—Está aquí el padre de Alexander —le anunció. Ella corrió a abrazar al anciano.

—¡Qué alegría de verlo, señor Korac! Por lo menos sabemos que está vivo. ¡Alexander esperó tantas veces este momento! Y su esposa, ¿no ha venido?

—Murió —le contestó el hombre con voz apesadumbrada.

—Lo siento mucho —dijo ella.

—También yo siento que sufra tanto por mi hijo. La señora Milena me ha contado que se fue a Chechenia y no les ha llamado en varios meses.

—No, pero sabemos que está bien. Ahora mismo voy a telefonar a Ginebra para que lo avisen de

su llegada. Usted es la señora Veselá, ¿verdad? Me alegro mucho de conocerla —se dirigió a Petra.

—Igualmente. Jan me ha hablado mucho de usted. Espera que sonría pronto para terminar su retrato.

—Dígale que ese momento llegará. Puede quedarse aquí, señor Korac. Hay muchas habitaciones y necesita tranquilidad y cuidados. Ha venido muy delgado. Además, su presencia me consolará.

—Sí, veremos si es capaz de consolarte —terció Milena—. Porque a mí San Pancracio me hace menos caso que a la pobre de tu abuela. Todos los días le rezo para que te devuelva la alegría y no hay manera.

—No exageres, Milena, que vas a preocupar al señor Korac.

—Pues que se preocupe. Al fin y al cabo, estás así por culpa de su hijo.

—No le haga caso. Adoro a Alexander y no me pasa nada que no tenga solución.

—Yo no quiero causar problemas, señoras. Bastante tienen con los que les da mi hijo.

—Tranquilo. Alexander hace lo que le dicta su conciencia y yo lo esperaré con los brazos abiertos.

—Pues su jodida conciencia le podría dictar que te llamara —protestó Milena.

—Será difícil en pueblos aislados por la nieve y la guerra. Ya me han dicho en Ginebra que tienen muchos problemas para contactar con ellos. Le avisarán de que su padre ha llegado cuando consigan hacerlo.

Adriana volvió a sonreír pocos días después. Sonó el teléfono y escuchó su voz.

—Estoy bien y te echo mucho de menos. No te he llamado porque aquí es muy difícil... Pienso en ti todos los días. Me han dicho que llegó mi padre, ¿cómo está? ¿Y mi madre?

—Murió. Lo siento mucho. Tu papá está aquí. Ahora mismo lo busco y te lo paso.

—No te molestes. Tengo que colgar. Dale un abrazo de mi parte y otro para ti. Estoy deseando verte.

—Y yo a ti, amor mío, ¿cuándo vuelves?

—No lo sé. Adiós, cariño. Besos y abrazos.

—Te quiero mucho —le gritó ella sin saber si la estaba escuchando. Emocionada, salió corriendo a la cocina.

—¡Milena, Milena, ha llamado!

Junto a Wilfredo, el cocinero ecuatoriano que contrataron para preparar los menús de las fiestas, el ama de llaves andaba enfrascada en una mermelada de fresas.

—Ya lo sé —le contestó—. Se habrá enterado toda Praga de lo mucho que lo quieres, vaya voces. ¿Cuándo viene? ¿No le has pasado con su padre?

—No. Tenía que colgar. No sabe cuándo vendrá. Me ha dicho que me echa de menos y que piensa

en mí todos los días. Estoy emocionada. ¿Dónde se fue el señor Korac?

—Al ático. No importa. Si tenía tanta prisa no hubiera dado tiempo a avisarle. Y menos emociones, que ese hombre te convence con una simple llamadita. ¡Qué andará haciendo por ahí, tanto tiempo! Al menos, me alegro de que ya no estés tan triste.

—¡Ummm! ¡Qué buenos recuerdos me trae ese olor! —exclamó ella al recordar los labios de Alexander recorriendo su cuerpo untado de mermelada. Subió al ático y encontró al anciano llorando, con los ojos clavados en el cuadro del muchacho aterrorizado que su hijo dejó inacabado.

—No lo mire, resulta demasiado fuerte. Vuelva a cubrirlo con la sábana y llore todo lo que quiera. Es la única forma de limpiar las penas. Se lo asegura una experta. Me voy, no puedo estar aquí. He venido para decirle que acabo de hablar con Alexander. Le manda un fuerte abrazo.

—¡Por fin! ¿Te ha dicho cuándo vendrá? ¿Por qué no ha llamado en tanto tiempo?

Adriana bajaba las escaleras del ático y él la seguía.

—No sé nada. Lo mejor es que me ha dicho que está bien y que piensa en mí todos los días.

—¡Me alegro mucho!

El hombre la abrazó y le hablaba entre sollozos entrecortados.

—Vendrá, hija, vendrá. Él no es como su madre, ni como el canalla de su hermano. Sasha, como le llamamos nosotros, se parece a mí. Testarudo pero noble. Lo peor es lo de Dusan, mi otro hijo.

En la mente de Adriana sonaron los gritos de Alexander la noche que se despertó sonámbulo. ¡Duuusan, nooooo! Recordó lo que le había contado sobre la matanza de Srebrenica y se estremeció.

—Venga conmigo a la habitación de la ventana, que es el sitio ideal para las confidencias, si quiere hablarme de su hijo Dusan. No me puedo creer que participara, de verdad, en los crímenes de Srebrenica.

—Sí, de verdad. Y tanto que de verdad.

Acomodados en el sofá, las manos entrelazadas, animó al anciano a desahogarse.

—Está encarcelado en La Haya. Van a juzgarlo dentro de poco por crímenes de guerra —le anunció con la misma mirada clara y húmeda de Alexander.

—¡Qué horror! —exclamó Adriana estupefacta, antes de pedirle que continuara su relato.

—Tuvo que ponerse en manos de la Justicia Internacional. Lo hubieran capturado de todas formas porque varios testigos dieron cuenta de sus atrocidades. Se entregó para no sufrir en sus propias carnes lo que él hizo a otros. Las cosas se pusieron muy mal para los serbios de Bosnia después de la firma de los Acuerdos de París. Milosevic los traicionó y los bosnios se hicieron con el control de Sarajevo. Empezó la caza de brujas y los verdugos de antes se convirtieron en víctimas. A Dusan lo hubieran cogido y le habrían cortado las orejas o la nariz.... Por eso se escondió en una aldea de la montaña. Después decidió declararse culpable ante unos periodistas extranjeros, a los que pidió ayuda para salir de los Balcanes y viajar hasta La Haya.

—¿Sabe ya cuándo será el juicio?

—No. Me avisarán mediante un telegrama al domicilio de los Vésely. No pienso ir, si lo preguntas por eso. Aunque sea mi hijo debe pagar por lo que ha hecho. No quiero apoyarlo, ni siquiera con mi presencia.

—¡Qué pena! Alexander sufrirá aún más cuando confirme que su hermano es un criminal de guerra.

—Él lo tenía claro, ¿verdad? —le preguntó el anciano.

Adriana le habló de la noche en la que los muros de la mansión temblaron con los gritos de Alexander, unos días después de que el mundo conociera la masacre de Srebrenica.

—Tiene una extraña capacidad para intuir las tragedias. Su madre siempre lo decía. En nuestra familia sufríamos dos guerras: la que había en la calle y la que nosotros teníamos dentro. Sasha y yo contra Nadia y Dusan. Él advirtió a su hermano del suicidio de María antes de que ocurriera.

—Me contó que María le habló sobre sus intenciones de quitarse la vida.

—Sí. Y a Dusan también. El problema es que él no la creyó y Sasha sí. Lo ha pasado muy mal a causa del fanatismo de su madre y de su hermano. No entiendo cómo ha tenido el valor de irse a vivir otra guerra.

—Porque cree que pintándola pone su granito de arena para un mundo en paz.

—Te ha dejado sola y, además, está arriesgando su vida.

—No la valorará lo suficiente. Yo tampoco lo entiendo, después de lo que sufrió en Sarajevo. Me he tirado llorando a sus pies y le he pedido en todos los idiomas que conozco que se quedara a mi lado. Le aseguro que no hay nadie en el mundo, ni siquiera usted, que sufra su ausencia tanto como yo.

—Me entristece mucho lo que dices. Sasha es así de testarudo. Si siente que tiene que hacer algo no descansa hasta que lo consigue. Volverá, hija, volverá.

—Estoy segura. Todas las mañanas, cuando me despierto, guardo cinco o diez minutitos para pensar en el momento de su llegada. Es la forma más dulce que tengo de empezar el día.

—Lo quieres mucho. Ya lo sé.

—Más que a mi vida. No se puede ni imaginar lo difícil que me resulta vivir sin él.

Una tarde de poco tiempo después, Adriana estaba mirando la vida por la ventana y se fijó en una joven que dirigía sus pasos al portalón principal de la vivienda. Se levantó y salió a ver quién era. La muchacha la saludó mientras la examinaba atentamente y se presentó como Bárbara, la hermana mayor de Jan Vésely.

—Claro —asintió ella—. Tu cara me resultaba familiar. Pasa, ¿quieres tomar un café?

—Vale. Traigo un telegrama para el papá de Alexander. Ha llegado esta mañana.

—Sí, lo esperábamos. Luego se lo damos. Acabo de preparar café. ¿Cómo te gusta, solo o con leche?

—¿Echas mucho de menos a tu amor? —le preguntó la chica.

—No me has dicho cómo quieres el café —le respondió Adriana mirándola con gesto de extrañeza.

—Con un poco de leche, gracias. Tú tampoco me has contestado si echas de menos a Alexander. Una vez me dijo que no estaba en condiciones de dar amor. ¿Te lo ha dado a ti?

—Claro que sí. A su manera —precisó—. ¿Por qué me haces este interrogatorio, Bárbara?

—Porque escucho muchas radionovelas con mi madre y me lo imagino como esos galanes enamorados que luego se van y dejan a sus amadas llorando más que María Magdalena. ¿Crees que volverá?

Adriana no le contestó y esbozó su característica sonrisa.

—¡Qué graciosa eres! Ninguna radionovela supera a la realidad, te lo aseguro. Ya lo comprobarás cuando seas mayor.





# XV. EL JUICIO

La Haya. Sede del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia. Sala Primera. Veinte de mayo de 1996. Nueve horas, cuarenta y cinco minutos de la mañana. Voz del teniente fiscal.

—En pie el acusado Dusan Korac. Diga su nombre y edad.

—Dusan Korac. 39 años.

—Señor Korac, ¿ordenó y participó usted en la tortura y posterior matanza de unos 1.200 hombres y muchachos, cautivos del Ejército serbobosnio (VRS), en una granja de las afueras de la localidad de Bratunac, cercana a Srebrenica? ¿Estuvo involucrado en la masacre que se produjo en las inmediaciones del complejo de la ONU, en Potocari, días antes del suceso de la granja, exactamente el once de julio de 1995?

Al acusado, un individuo corpulento de 1,90 metros, le temblaban las piernas. Intentaba a duras penas mantener la compostura mientras el fiscal relataba al detalle las brutalidades que el comandante del VRS Dusan Korac cometiera personalmente o mandara cometer contra los civiles que huían desde Srebrenica a Potocari, y posteriormente contra los prisioneros de aquella granja de exterminio. Después llegó el turno de los testigos. Faltaban apenas dos meses para que se cumpliera un año de la barbarie que sería clasificada como el primer genocidio legalmente reconocido en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

El testigo protegido número uno, cuya voz y cara fueron distorsionadas para ocultar su identidad, declaró que en la granja había alrededor de 1.200 y 1.500 prisioneros varones, de edades comprendidas entre los 15 y los 40 años. Que el acusado se reía a carcajadas cuando los soldados cortaban las orejas de los prisioneros; que vio cómo el comandante Korac, personalmente, rebanó los labios de un hombre porque se negó a beber la sangre de otro desgraciado. Y que, cuando muchos estaban en la agonía de la muerte después de sufrir horas inacabables de tortura, el ahora acusado ordenó que se dieran la vuelta y se alinearan en el suelo. “Nos dimos la vuelta y nos alineamos” —relataba. “En un instante, comenzaron a sonar las ráfagas destinadas a segar nuestras vidas. Otras seis columnas más de hombres, aproximadamente, fueron puestas en fila y ametralladas. Se escuchaba el choque de las balas contra los cuerpos... La tierra volaba alrededor mío. El polvo lo inundaba todo. Cuando los disparos paraban, el jefe preguntaba si había alguien vivo. A veces se escuchaban una o dos voces. Entonces, acudía un soldado o el propio comandante y remataban la faena. Un disparo certero y todo se acababa... No he visto nada igual en las películas de horror que conozco. Era mucho peor que cualquier película” —afirmó el superviviente. Añadió que él se salvó porque tuvo la suerte de que no le dieran y se creyeran que estaba muerto. Contó que por la noche cargaron los cadáveres en un camión para arrojarlos a una fosa común. Que él aguantó un buen rato en el remolque del camión, entre los cuerpos sin vida amontonados, y que cuando creía que no

podían verlo se tiró del vehículo en marcha. A la mañana siguiente fue rescatado por un convoy de la ONU y pudo salvar la vida.

El segundo testigo aseguró haber visto a un soldado serbio montando guardia mientras un comandante del VRS violaba a una mujer musulmana magullada y sangrante. Reconoció al acusado Dusan Korac como el violador. Recordó ante el Tribunal que ese día era el 11 de julio de 1995, y que él era uno de los 25.000 residentes de Srebrenica que huyeron cuando la ciudad fue ocupada por las tropas serbobosnias, y que pululaban en torno al complejo de la ONU en Potocari. Relató que la agresión a la mujer musulmana se produjo por la tarde, y que mientras el acusado consumaba el acto, el vigilante lo animaba para que celebrara a gusto la fiesta que habían tenido por la mañana. Y que aquello a lo que llamaban fiesta fue una sangrienta matanza, porque estuvieron toda la mañana escuchando gritos y disparos. Describió que se encontró con montones de cadáveres desperdigados por toda la zona, muchos de ellos degollados, y que varios de los que huían con él se suicidaron para no caer en las manos del comandante Korac y sus secuaces. Por último, afirmó no tener ninguna duda de que el asesino de la mañana, el violador de la tarde y el que ordenó la matanza en la granja varios días después eran la misma persona: el acusado Dusan Korac.

Así fueron desfilando los testigos, hasta un total de siete. Entre ellos, dos de los periodistas que lo ayudaron a escapar de los Balcanes y lo pusieron a disposición judicial. Con una voz serena, increíble en alguien que sufría temblor en las piernas escuchando el relato de sus propias atrocidades, Dusan Korac reconoció su participación en los hechos relatados, aunque no la autoridad de ese Tribunal para juzgarlo. Dijo que su familia y su vida habían quedado destrozadas desde el principio de la guerra, y que estaba sediento de sangre y de venganza. Que se había convertido en un sádico por orden de sus jefes, y que llegó a sentir placer contemplando el sufrimiento de los demás. Que había sido un cobarde por no desertar y huir a tiempo, y que no le importaba si lo declaraban culpable o inocente, porque su existencia no tenía sentido ni en la cárcel ni fuera de ella. El juicio quedó visto para sentencia y lo trasladaron de nuevo a prisión. El fiscal lo declaró culpable de colaboración e incitación al genocidio y solicitó para él la pena de treinta y cinco años de cárcel.

En la soledad de su celda, después de la vergüenza sentida al escuchar en voz alta la magnitud de su crueldad, Dusan Korac solo pensaba en quitarse la vida. A su mente llegaban, confundidas, las imágenes de su esposa María y de su hija Sara muertas, y las de los rostros aterrorizados de los inocentes a quienes había torturado y cuyo dolor le producía placer. Recordaba a su hermano Alexander, al que Nadia, la madre, llamaba cobarde, y que sí fue capaz de huir. Y a Dusan padre, que aguantó estoicamente las durísimas condiciones del Sarajevo sitiado con la ilusión de poder reunirse en Praga con el hijo que escapó para no luchar. El hijo al que Nadia llamaba en su larga agonía, cuando la intensidad del dolor había hecho que perdiera la cabeza y no conociera a nadie por su nombre. Pensaba en lo que había convertido su vida y la rabia le quemaba las entrañas. En la larga

melena rubia de su esposa y en la sonrisa de la niña Sara, a quien robó la oportunidad de vivir y el derecho a un hogar en paz, lejos de la guerra, como María y su hermano le pidieran en aquellos lejanos días de diciembre, cuando los vio por última vez. Intentaba encontrarle un sentido al futuro de su existencia, pero no lo hallaba ni debajo de sus tripas llenas de veneno. Daba vueltas y más vueltas de un extremo a otro de la celda y no acertaba a encontrar la manera de terminar con su tortura. Miraba la sábana y pensaba en atársela alrededor del cuello y tirar de los extremos hasta quedarse sin respiración, pero le faltaban fuerzas para hacerlo. Entonces se acordó de la cuchilla de afeitar que el compañero con el que se ocultó en la cabaña del monte había escondido debajo del tacón de su bota, con la intención de que le sirviera para quitarse la vida si llegaba a caer en manos de los bosnios. Cogió la bota derecha, arrancó violentamente suela y tacón y la tiró con rabia al suelo.

—¡Mierda! Aquí no está—. Repitió la operación con la bota izquierda y escuchó el sonido tintineante de una cuchilla plateada que cayó al suelo entre los restos del calzado roto. —Me vas a ayudar a dejar este mundo miserable. Ni mi padre ni mi hermano han estado en el juicio porque sienten vergüenza de mis actos. ¿Para qué quiero vivir? ¿Quién va a compadecerse de un criminal de guerra? —le preguntaba al pequeño objeto cortante como si fuera una persona capaz de resolver sus dudas.

Se sentó en la cama, tomó la cuchilla entre sus dedos y miró sus muñecas. ¿Le proporcionaría la visión de su propia sangre derramada el mismo placer que sentía cuando veía caer la de los inocentes que mataba sin un ápice de compasión?

—¡La sangre llama a la sangre, vamos, ten los mismos cojones para quitarte la vida que sacaste para acabar con la de los demás! ¡Rápido, termina de una vez! —se animaba a sí mismo.

Dos cortes precisos y profundos en las muñecas. La sangre salía a borbotones y pintaba de rojo la sábana blanca que cubría la cama.

—¡Ah, aaaahhhh, vete, vete, sal rápido, aaahhh!

Cambió de postura y se tumbó boca arriba. Miraba al techo y todo daba vueltas a su alrededor, como si estuviera borracho. Miraba al suelo, ya rojo de la sangre que caía del lecho. La celda se empezó a oscurecer.

—Este es el fin, ya viene, la muerte es dulce, dulce, dulce...

Cerró los ojos y saboreó lentamente los últimos minutos de su vida, las caras de María y Sara fundiéndose en la suya.

—Quererme, acogerme, no dejarme solo, tengo miedo, mucho miedo....

No descubrieron su cadáver hasta la mañana siguiente. El funcionario que abrió la celda ensangrentada llamó rápidamente a la policía judicial. Vieron la cuchilla de afeitar y preguntaron a

todos los guardianes cómo un prisionero había conseguido introducir ese objeto en la celda. Un funcionario llamó la atención sobre las botas destrozadas del suicida, pero no lo asociaron con la entrada de la cuchilla en el interior de la prisión. La investigación iniciada se archivó varios meses después sin resultados concretos.

La noticia del suicidio de Dusan Korac, un criminal de guerra convicto y confeso, en su celda del Tribunal Penal Internacional de La Haya, saltó a las páginas de los periódicos y a los noticiarios de las televisiones. Adriana la escuchó estupefacta, sentada en el sofá de la habitación de la ventana. Como hacía habitualmente desde que Alexander se marchara, encendió la tele a las tres de la tarde para informarse sobre el acontecer de la guerra de Chechenia. En pantalla salía una imagen del juicio de La Haya, mientras el locutor relataba el suicidio de un criminal de guerra contra el que aún no se había dictado sentencia, y precisaba que las autoridades habían abierto una investigación destinada a conocer cómo Dusan Korac pudo introducir en su celda la cuchilla de afeitar con la que se quitó la vida. Rápidamente, se dirigió al ático para contar al señor Korac el trágico final del primogénito de sus hijos.

El hombre salió al verla aparecer. Intuyó que algo tenía que contarle, porque Adriana no subía al ático a no ser que fuera necesario.

—¿Qué ha pasado, hija?

—Ha muerto. Lo siento mucho —le anunció con la voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Nooooo! ¡Alexander no! —gritaba el hombre presa de un ataque de nervios.

—Cálmese, señor Korac. El que ha muerto es su hijo Dusan. Se ha suicidado en su celda de La Haya. Lo acaban de decir en las noticias. Vamos a la habitación de la ventana. Milena nos preparará una tila. Ahora no podemos llamar a Ginebra para preguntar por Alexander porque la oficina de la Fundación nada más que abre por las mañanas. ¿Quiere que intentemos hablar con La Haya? Deberá usted hacerse cargo del cadáver.

Sonó el teléfono. Era la madre de Jan Vésely.

—Ya lo sabemos, Adriana. Lo siento mucho. Han llamado desde Holanda preguntando por el señor Korac. Imagino que para informarle de lo ocurrido con su hijo. No he podido entenderlos porque no hablo inglés y mis hijas no estaban en casa. Les he dado tu número, pero no sé si lo han sabido captar correctamente.

—No se preocupe, volverán a intentarlo. Tengo que dejarla, Petra. Quiero seguir calmando al viejo Dusan.

—¡Qué buena eres, muchacha! —escuchó que le decía la señora antes de colgar.

Sentados en el sofá y con sendas tazas de tila en sus manos, Adriana y el señor Korac buscaban el consuelo mientras miraban la vida pasar por la ventana. Las manos cogidas y las miradas perdidas en el devenir de esa bulliciosa tarde del mes de mayo. Sonó el teléfono de nuevo y la joven corrió a

cogerlo.

—¿Podría hablar con el señor Korac, por favor? —le pidió en inglés una voz femenina.

—Sí. Debo decirle que él conoce únicamente su lengua materna, el serbocroata.

—No hay problema. Vamos a pasarle con un traductor.

Adriana lo avisó y le facilitó lápiz y papel, por si necesitaba anotar algún dato.

—Quieren que viaje a La Haya para recoger el cuerpo de mi hijo —le indicó cuando terminó la conversación telefónica—. Han dicho que me pagarán todos los gastos. Me han pedido perdón por permitir que Dusan pasara a su celda con una cuchilla de afeitar. También me aseguraron que van a investigar las posibles responsabilidades de los guardias encargados de su custodia. Yo les he contestado que no importaba, que eso era lo de menos. Que si Dusan tenía la firme intención de acabar con su vida lo hubiera hecho de todas formas, y que mis hijos son muy testarudos. Siempre consiguen salirse con la suya —le dijo entre sollozos.

—Ya vale, señor Korac. Tranquilo. Hágame el favor de no torturarse más. No puedo soportar tanto sufrimiento. No para de llorar por sus hijos en el ático desde que llegó a Praga. Si no es por Alexander, es por el mayor, por el que acaba de dejar este mundo... Su amargura no conseguirá borrar de un plumazo el tormentoso pasado de su hijo. Si ha tenido el valor de cortarse las venas con una cuchilla de afeitar es porque le encontraría más sentido a esa muerte que a la vida que le quedaba, encerrado en una celda y pagando por sus crímenes. Yo también estoy muy afectada. Ya se lo dije, y eso que no lo conocía.

Siguieron hablando y, al rato, ella le anunció que tenía visita.

—Vienen mis amigos Joan y Caballo. Los he visto por la ventana. Quédese con nosotros, por favor.

—He dicho en el trabajo que estaba enfermo para venir a verte —le comentó Caballo mientras la besaba en la mejilla—. Hemos escuchado en la tele lo del hermano del hermoso. Yo no sabía su apellido. Sin embargo, en el momento en que sacaron las imágenes del juicio me di cuenta de que era él. Se parecen mucho.

—Solo en el físico, indiscreto —le recriminó Joan—. ¿Cómo lo lleva su padre, querida?

—Como puede. Unos días mejor y otros peor —le contestó—. Pasad, estábamos fumando en la habitación de la ventana. ¿Una copa de Becherovka, o de otra cosa?

—Saca ahí la botella. Menos mal que hoy no hay fiesta —observó Caballo.

—Sí. Por un día me alegro. Han aplazado un cóctel de presentación de una revista de moda. Wilfredo y Reinaldo, el nuevo empleado fijo, se han cogido el día libre. Milena andará en la cocina, preparando la cena. Llevamos una tarde muy mareosa, con ese teléfono sin parar de sonar. Y sigue, voy a cogerlo.

—Hola, preciosa, ¿cómo está el viejo?

—¡Alexander! ¿Cómo estás tú? Te necesito tanto...

—Bien. Ya sé todo lo que pasó con Dusan. Nada de lo que me han contado me ha cogido de sorpresa, ni siquiera su humillante final. ¿Tú estás bien, pequeña? Te ocasionamos demasiados problemas entre todos.

—Sí, estoy bien. Lo único que necesito es abrazarte.

—Y yo a ti. Espero que sea pronto. Ahora tengo que colgar. Dile al viejo que lo quiero. Un beso fuerte.

—Adiós, amor mío. Yo sí que te quiero —le dijo sabiendo que ya había colgado.

—Era mi hijo, ¿verdad? —le preguntó el señor Korac.

Ella entraba en la habitación con una botella de Becherovka y cuatro copas heladas.

—Sí. Está bien. Ya le han contado todo. Me ha pedido que le diga que lo quiere.

—A él sí, y a ti ¿qué? —saltó Caballo en español—. No sé cómo puedes soportar tanta frialdad. Será muy caliente en la cama, pero no decirte ni un te quiero después de tanto tiempo sin verte y sin llamar, sabiendo cómo te desvives por él y por los suyos... Ese hombre no te merece, pero tú te has encoñado y crees que es el único macho que hay en el mundo. ¡Con lo elegante que es el arquitecto! Al menos, deberías probarlo.

—¡Eres malvada, Caballa! Aunque el padre no se entere de nada porque no entiende ni una palabra de español, no deberías hablarle así a Adriana. No es tonta y sabe lo que hay —cortó Joan.

—Ni yo malvada. Se lo digo porque es mi mejor amiga y no soporto que sufra. ¿Cómo se atreve a llamar para pedirte que le digas a su padre que lo quiere? Y a ti, ¿nada? —se dirigió a Adriana mirándola fijamente.

—Sí, que espera abrazarme pronto. Ha llamado para contarnos que sabe lo de su hermano. Hablemos en checo, por favor. Pensará que no queremos que nos escuche —agregó ella señalando al anciano con un gesto.

—Antes quiero que me digas si vas a atreverte con el arquitecto —espetó Caballo.

—Ya sabes que no. En mi cama no entrará otro hombre mientras tenga la certeza de que Alexander volverá. Y la tengo. Acaba de decirme que pronto.

—¿Y a qué le llama él pronto: a mañana, a dentro de tres meses, o de tres años? —le preguntó Caballo sin obtener respuesta.

# XVI. REENCUENTROS

La respuesta llegó una noche veraniega, poco antes de que se firmara el acuerdo de paz en Chechenia. Adriana acababa de despedir a los integrantes de una asociación de distribuidores de aceite de oliva español, que habían celebrado una reunión de negocios en la mansión. La empresa prosperaba y se sucedían los eventos. Ya contaba con dos empleados fijos, ambos latinoamericanos: Wilfredo, el cocinero, natural de Ecuador; y el cubano Reinaldo, que se encargaba de la intendencia y de controlar a los camareros contratados de forma puntual para atender cócteles y fiestas. Además, él mismo se ponía a servir copas si hacía falta, y se afanaba en dejarlo todo como una patena cuando terminaban los saraos. Se encontraba en la parte trasera de la residencia, tirando la basura al contenedor, cuando vio a Alexander bajarse de un taxi.

—¡Señorita Adriana! Esta noche tiene otra fiesta —le gritó.

Ella estaba en la cocina con Wilfredo y salió corriendo.

—¡Mi vida! Creí que este día no llegaría nunca —exclamó al tiempo que se echaba a sus brazos y le llenaba el rostro de besos. Estaba más delgado. Las ondas de cabello castaño claro que adornaban su cabeza y su nuca habían desaparecido. Llevaba el pelo muy corto, casi al centímetro.

—¡Mi preciosa, mi pequeña, cómo te he echado de menos!

Llegaron Milena y el señor Korac. Ellos seguían abrazados, ajenos al resto de la mansión y del mundo.

—Vamos, niña, déjalo ya, que su padre también existe —le recordó Milena.

Adriana se despegó de sus brazos y el señor Korac ocupó su lugar.

—Saqué fuerzas para seguir viviendo porque tenía que reunirme contigo antes de dejar este mundo —le decía con los ojos bañados en lágrimas—. Somos los dos únicos miembros de la familia que hemos sido capaces de sobrevivir al infierno. Siempre guardé como un tesoro el papelito donde me apuntaste la dirección de los Vésely, aquí en Praga. Solo pensaba en que terminara el asedio para buscarte... Por fin puedo abrazarte, mi Sasha, mi niño...

—Viejo, viejo, te quiero tanto...

Pese a las ganas que tenía de estar con él en la intimidad, Adriana decidió despedirse hasta el día siguiente para que padre e hijo pudieran conversar en privado.

—Me voy a dormir, cariño. Tu padre y tú necesitaréis charlar a solas.

—Habrá tiempo para todo... Con quien necesito estar a solas es contigo. Lo comprendes, ¿verdad, viejo?

—Claro, es lo lógico. Esta noche dormiré como un lirón, sabiendo que has llegado sano y salvo.



Alexander la cogió en sus brazos para subir las escaleras que conducían a la alcoba. Tenían tanta prisa por amarse que ni siquiera se desnudaron por completo.

—¡Cómo necesitaba estar dentro de ti, cómo me gusta! —exclamaba.

Apenas habían empezado a hacer el amor cuando él eyaculó. Adriana lo miró extrañada. Era la primera vez que le había ocurrido desde que se conocieron.

—Tranquila, no te voy a dejar así —le dijo pasando las yemas de sus dedos por su sexo húmedo. No he podido controlarme. Es la falta de práctica. Permíteme que disfrute mirándote. Voy a comerte entera.

—¿Pretendes que me crea que no has follado en tanto tiempo, con lo fogoso que eres?

—Te dije que no pensaba acostarme con nadie y así ha sido. No se me empina con la visión de la sangre y el ruido de las balas. Ya me ocurría en Sarajevo. Ni siquiera me he hecho una paja. A veces me despertaba mojado porque me había corrido mientras dormía. De alguna forma tiene que salir —le dijo riéndose.

—¿Por qué llevas el pelo tan corto? —le preguntó ella.

—Me rapé para que los piojos no hicieran títeres en mi cabeza. Dormíamos en tiendas de campaña o en las chozas de los paisanos, hacinados. Mucha gente y demasiada suciedad. Ya crecerá, ¿no te gusta?

—Me gustas de todas formas, ya lo sabes. Abrázame fuerte. No sé cómo he sido capaz de vivir sin ti.

—Ven a mis brazos, exagerada. Mira lo que tengo aquí —le dijo señalando su pene erecto.

Ella se montó encima y cabalgaron en las cumbres del amor hasta que el cansancio se adueñó de sus cuerpos. A la mañana siguiente, Milena celebró que la sonrisa volviera a brillar en el rostro de Adriana. Estaban desayunando y se miraban embelesados.

—¡Qué alegría me da verte tan contenta! Menos mal que se ha dignado a aparecer por casa —comentó la anciana.

—Pues no parece que mi vuelta la alegre mucho, Milena —observó Alexander.

—No te merecerás otra cosa. Con todo lo que esta criatura ha sufrido por tu culpa...

—No me gusta la palabra culpa, ni que le riñas a mi amor, Milena. Ya te lo advertí —terció Adriana.

—Déjate de amores, que lo único que traen es sufrimiento, y ponte en acción. Hay mucho trabajo hoy.

—¿Alguna fiesta especial? ¿A quién esperáis? —preguntó Alexander.

—A los corresponsales extranjeros acreditados en Europa del Este. Todos los años se reúnen para una cena en verano. En esta ocasión han decidido celebrarla aquí. He invitado a Iván, a Bojan y

a Pamela a tomar una copa después de la cena. Sin embargo, no me gustaría que aparecieras por la fiesta. Lo de tu hermano está aún muy reciente y os parecéis mucho físicamente. Te reconocerán y te joderán a preguntas. Llevo un mes dándoles largas a Martín y a Alfonso, que querían entrevistar a tu padre. Y a ti no porque sabían que no estabas en casa. Insistirán cuando se enteren de que has llegado.

—Ni mi padre ni yo hablaremos con nadie de mi hermano. Gracias por protegerlo de la prensa —le sonrió.

Sonó el teléfono y Milena se levantó a cogerlo.

—Es tu madre, Adriana —le anunció.

—Hija, tienes que estar en el aeropuerto en una hora, más o menos. ¿Te dará tiempo?

—Supongo que sí. ¿Quién viene?

—Tu hermana, con un ojo morado y el labio superior hinchado de un puñetazo. La he mandado sin billete de vuelta. No quiero que vea más a ese sinvergüenza. Las mujeres de la familia hemos aguantado mucho por amor, pero eso ni es amor ni se puede soportar. ¿Has tenido alguna noticia de Alexander? —le preguntó.

—Sí, llegó anoche. Estaba tan contenta hasta que me has contado lo de Ana.... ¡Menudo cabronazo!

—Me tranquiliza mucho saber que tu hombre está en casa, porque Pablo es capaz de presentarse en Praga. Se ha vuelto muy violento. Solo con las mujeres, por supuesto. Es un canalla y un cobarde, como todos los tipos que le pegan a una mujer. Aquí no se atreve a acercarse. Tu padre y tus hermanos no nos dejan solas ni un segundo. Tus sobrinas se quedarán con nosotros, en la playa, hasta que la situación se normalice, y la tienda la dejaremos a cargo de las dos empleadas. Tienen mucha experiencia y son buenas chicas.

—Si Ana ha denunciado la agresión, Pablo no podrá viajar. Lo detendrán y, aunque lo pongan en la calle a los tres días, que es lo que suelen hacer, le prohibirán salir del país.

—Tu hermana se ha negado a denunciarlo —aclaró—. Le hemos insistido en que lo hiciera y no ha habido forma de convencerla. Dice que Pablo es el padre de sus hijas y que no hará nada contra él.

—¡Mierda! Ahora estaremos desprotegidas. ¡El padre de sus hijas, menudo hijo de puta! No te preocupes, yo cuidaré de Ana. Ya se nos ocurrirá algo cuando venga, si es que lo hace.

—Cuidala, sí, y dale mucho amor a Alexander. Lo necesitará después de tanto tiempo viendo la guerra.

—Ya lo hago, por supuesto. Te llamaré mañana. Besos para todos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Milena. Te ha cambiado la cara —observó.

—El cabronazo de Pablo le ha dado una paliza a Ana. Mi madre la ha embarcado en el primer

vuelo a Praga. Voy a darle instrucciones a Wilfredo para la cena y subo a vestirme. Tengo que ir al aeropuerto.

—Acompáñala, Sasha —le pidió su padre.

Ana los esperaba en la salida de pasajeros. La vieron nada más acercarse a la terminal, elegantemente vestida y con enormes gafas de sol. Adriana la abrazaba mientras Alexander metía sus maletas en el taxi.

—Siento venir sin avisarte y sin saber si te venía bien o mal recibirme. No sabía que Alexander estaba aquí.

—Llegó anoche. Y no te preocupes, me viene muy bien que estés en casa. Así me ayudas, que hay mucho trabajo. De momento, solo tienes que pensar en recuperarte y en no volver a verlo. ¿Cómo están las niñas?

—Bastante calmadas, pese a lo ocurrido. Pablo no es malo. El problema es que se pasó mucho con la coca.

—Es un canalla y un criminal. No lo justifiques, Ana. Cocaína toma mucha gente, incluida yo, y no vamos por el mundo maltratando a las personas que queremos. Lo de la coca es una excusa. Más vale que lo tengas claro. Tu marido es un machista de mierda. No va a recuperarse nunca y no merece tu perdón.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé. Son estadísticas. Los maltratadores y los agresores sexuales son los delincuentes con menor índice de rehabilitación. En mi trabajo documenté muchos reportajes sobre violencia de género. Meterse unas rayas o tomarse unas copas no incita a nadie a pegar a su mujer, es una simple excusa. El problema real es el machismo. El sentimiento de posesión del macho fuerte sobre la mujer débil. Supongo que en todo el mundo habrá tipos que peguen a sus parejas, pero lo de España es muy fuerte. La liberación de la mujer después de cuarenta años de dictadura ha provocado que muchos hombres sientan la necesidad de dejar claro quién es el que puede poner los cojones encima de la mesa. Si a eso añades que la mayoría de los jueces son unos machistas y que no hay voluntad política para legislar de forma integral contra el terrorismo doméstico, está claro lo que ocurre: los maltratadores son impunes y lo saben. ¿Por qué no lo denunciaste? Explícame qué vamos a hacer como se presente aquí y pretenda matarnos a las dos.

—No quería que el padre de mis hijas fuera a la cárcel por mi culpa.

—Por tu culpa no, por la suya. Tendrías que haberlo denunciado y haber solicitado que le quitaran la patria potestad de las niñas por su adicción a la cocaína. ¿Has iniciado ya los trámites para separarte?

—No. Solo quería venirme para estar lejos de casa. De momento, no puedo verlo.

—Llamaré a mis amigos de la Embajada. Probablemente será factible hacerlo desde aquí.

—Mira: me tuvieron que dar cuatro puntos en el párpado.

—No te quites las gafas ahora. ¿Vas a necesitar algún tratamiento especial?

—No. La doctora Martínez me curó y me aseguró que los puntos se caerán solos y no me dejarán cicatrices.

Iban los tres en el asiento trasero del taxi. Alexander callado, con la mano derecha de Adriana entre las suyas, y las hermanas hablando en español.

—Disculpa que hablemos en español —le pidió Adriana—. Esto es fuerte y en checo no nos salen las palabras.

—Tranquilas. Lo comprendo —contestó él.

Adriana lo miró con cara de estoy loca por ti y lo besó en los labios. Ana intuyó sus sentimientos.

—Estás loca por él. Tanto como mamá por papá. Me alegro de que te hayas enamorado con la misma fuerza que ella, que por fin la comprendas y que la llames a diario.

—Claro que la comprendo. Vamos a hablar en checo, Ana. Esta noche tenemos una cena con periodistas...

—Yo no podré ir, con estas pintas.

—Caballo tiene unas amigas que son las maquilladoras del Teatro de la Ópera. Le pediré que las llame para que vengan a arreglarte. Dice que hacen milagros.

—Ya lo pensaré más tarde. ¿Tú vas a ir a la cena, Alexander?

—Nunca voy a las fiestas de los salones y a la de hoy, con periodistas, muchísimo menos. Mi padre y yo estaremos en el ático. Puedes acompañarnos, si me lo has preguntado porque no te apetece quedarte sola.

—No quiero quedarme sola, aunque tampoco deseo molestarte. Es mejor que “mi pana” llame a esas chicas y veremos cómo resulta el maquillaje. Si me gusta, iré —asintió.

—¿Por qué la llamas siempre “mi pana”? —le preguntó—. ¿Qué significa?

—Es una costumbre que tengo desde que éramos adolescentes. A ella le crecieron las tetas cuando yo todavía estaba plana, y me parecía una señora —le explicó con una tímida sonrisa—. Pana es la traducción al checo. En aquella época, mi madre nos obligaba a hablar en checo.

—¡Claro! —asintió él—. No había caído. Respecto a lo de la fiesta, insisto en que te quedes con nosotros. Ni se te ocurra pensar que nos molestas, ¿de acuerdo?

Caballo y Adriana calificaron el maquillaje de sobresaliente y Ana decidió asistir a la cena. María Marcos se presentó con sus amigos, y la anfitriona tuvo el gusto de saludar a un viejo compañero: Juanjo Vega, ahora corresponsal en Berlín, que empezó como becario de redacción en la sección de Internacional cuando ella ejercía como encargada del servicio de documentación. Tras la

clásica conversación de cortesía, el periodista solicitó su respuesta para una pregunta delicada.

—Dispara. Ya decidiré yo si te contesto o no —le indicó sonriendo.

—¿Es cierto que tu novio es el hermano del criminal de guerra que se suicidó en La Haya, y que su padre también vive aquí? Me lo han asegurado unos colegas.

—¿Y desde cuándo os interesa el morbo más que la información? Una cadena pública debería remarcar esa diferencia, Juanjo. Oscar, que fue nuestro primer jefe, lo decía constantemente. ¿Ya no te acuerdas?

—Sí, aunque no lo veo como tú. La historia del comandante Korac tiene interés informativo. No es morbo.

—Por supuesto que es morbo. “¡Anda que si supierais que sus cenizas están en esta casa!” —pensó para sus adentros—. La vida de los Korac carece de interés informativo —sentenció—. No lo dudarías si conocieras los hechos como los conozco yo. Alexander no sabía nada de su hermano cuando sucedieron las matanzas de Srebrenica. Se enteró de su suicidio de la misma forma que cualquiera: por la prensa y la televisión.

—¿Por qué no está en la fiesta? ¿Para librarse de nuestras preguntas?

—No está porque no le gustan las fiestas. Y aunque hubiera venido no contestaría a vuestro interrogatorio.

—Si quisieras podrías convencerlo. Hacer una excepción con nosotros, que aún somos tus compañeros. Sabes que trataríamos el tema con seriedad y solvencia profesional.

—No hay excepciones, Juanjo. Ellos, tanto su padre como él, han decidido no hacer el más mínimo comentario sobre el asunto de Dusan. Ni siquiera lo hablamos en casa. Yo los respeto escrupulosamente y a vosotros no os va a quedar más remedio que hacerlo. No conseguiréis sacarles ni una sola palabra.

—Está bien. Te veo muy convencida.

Adriana se dio cuenta de que Alfonso y Martín no le quitaban el ojo de encima mientras charlaba con su colega. De hecho, “las joyas” se acercaron cuando estaban dando por finalizada la espinosa conversación.

—Qué, ¿habrá entrevista para tu amigo? —preguntó Martín.

—Nada —respondió Juanjo—. Ni siquiera va a hacer una excepción con nosotros, que todavía somos sus compañeros. Y eso que le he dado mi palabra de pasarles la cinta antes de la emisión, por si algo no les gustaba. Olvídalo. No hay manera de convencerla.

—Tú te lo pierdes, Adriana —apuntó Alfonso—. Podrías pedir a cambio promoción gratuita para tu negocio.

—Por suerte, no nos hace falta. No hemos invertido una sola corona en promocionar estos salones y están llenos casi todos los días. Cocina con amor, un buen equipo de relaciones públicas y el boca

a boca. No hay más secreto. De la mansión no ha salido ni una sola foto en la prensa. Ni siquiera en la local —especificó.

—Me alegro de que te vaya tan bien, aunque eso signifique que nos dejes pronto. Definitivamente, el próximo año se termina tu excedencia, ¿verdad? —le preguntó Juanjo.

—Así es. No creo que vuelva. A no ser que las cosas cambien mucho —precisó.

—Pueden cambiar si sigues tratando mal a la prensa —indicó Martín.

—¿Mal? ¿Acaso has cenado mal? ¿Quieres una copa de algo que no tengamos? ¿Os estamos atendiendo mal? —preguntaba ella en un tono no exento de ironía.

—Sabes que no lo digo por eso.

—Pues no hay otra cosa en la que os tenga que tratar bien. Zanjemos la cuestión, Martín. Respecto a lo que me habéis pedido, nada más que añadir.

Ajenos al interés, informativo o morboso, que despertaban en los salones, los Korac conversaban en el ático. Por primera vez en mucho tiempo compartían su dolor en la intimidad.

—No me has contado qué pasó con el cuerpo de Dusan —indicó Alexander a su padre.

—Sus cenizas están aquí, en una caja de madera, tal como llegaron de La Haya. Me llamaron del Tribunal para que me hiciera cargo del cadáver. Me hubieran pagado todos los gastos, pero no quise ir. Les pedí que lo incineraran y guardaran las cenizas hasta que decidiera cómo recogerlas. Adriana habló con su amigo el de la agencia de viajes, que suele trabajar con unos tour operadores holandeses. Ellos se encargaron de ir al Tribunal y recoger la caja en mi nombre. Se la enviaron al señor Puch y él nos la trajo.

—¿Dónde guardasteis la caja?

—Yo no quería dejarla en el ático ni en mi habitación. Le pregunté a Adriana dónde podía ponerla. Fuimos al almacén y la dejamos junto a otras cajas de madera, todas apiladas sobre una mesa grande.

—El cabrón de Dusan no se quedó en mala compañía, en ese caso —comentó Alexander riendo.

—¿Por qué te ríes? ¿Qué hay en esas cajas de madera?

—Drogas de varios tipos. Están ahí desde la época del bisabuelo de Adriana, que se dedicaba al comercio. Esas sustancias eran legales antes. El abuelo era médico y las recetaba a sus pacientes.

—¡Qué pena que estuvieran tan lejos! ¡Con lo que tu madre las hubiera necesitado!

—Te pregunté por ella hace un rato. Cambiaste de tema y no me contaste cómo murió.

—Consumida por el dolor y con la cabeza perdida —afirmó con gesto triste—. Contrajo un cáncer de pulmón poco después de que te marcharas, aunque no lo sabíamos. Empezó a encontrarse mal. Un día con mucha tos, otro con dolores en el cuello y al siguiente con fatigas y vómitos. Estuvo muchos meses aguantando su malestar sin darle importancia. Ya sabes lo bruta que era. Tu hermano,

que seguía con el Ejército en su campaña de acoso y derribo a Sarajevo, venía cada cierto tiempo a visitarnos y nos traía agua y comida. En una de esas ocasiones la encontró muy mal, porque le había salido un bulto en el cuello que le dolía mucho. Al día siguiente, Dusan se presentó con un médico del Ejército. Nada más verla, el doctor nos dijo que ese bulto parecía canceroso. Le tomó muestras de sangre y de orina. No supimos más nada hasta varias semanas después. Tu hermano volvió a visitarnos y me reveló que Nadia tenía un cáncer en el pulmón que le había hecho metástasis en casi todos sus órganos vitales. No había solución para ella. En una situación normal se le podría haber aplicado radioterapia o quimioterapia. Sin embargo, esos remedios no existían en tiempos de guerra. Y mucho menos, para una anciana cuya vida no importaba a nadie.

—Al menos, mi hermano os llevaba agua y comida.

—Cuando podía, que no era siempre. ¿Recuerdas la carnicería musulmana que había cerca de casa, donde tu madre no quería comprar para no dar su dinero a los bosnios? Pues su dueña nos ayudó mucho en los días peores y nos trajo pastillas de morfina cuando Nadia no paraba de gritar por los intensos dolores. No sé cómo las consiguió. Al menos estuvo varios días en calma, hasta que se acabó la droga y volvió la tortura.

—¿Se acordaba de mí?

—Eras el único al que llamaba por su nombre. A mí no me conocía y me insultaba. Creía que le pegaba y que por eso sentía tanto dolor. Tenía la cabeza perdida y tampoco conocía a tu hermano, que era su hijo predilecto. “¡Tengo que esconderme, que el militar viene por mí!” —decía. Contigo era distinto. “¿Dónde está mi Sasha? Yo solo quiero ver a mi niño pequeño” —gritaba en su agonía. De tu hermano no volvimos a tener noticias hasta el otoño, unos meses antes de que se firmara la paz. A tu madre le quedaban pocas semanas de vida. Se presentó como un loco, de madrugada. Nos contó lo de Srebrenica y nos comunicó su intención de esconderse con un colega en la montaña. Pese a que yo estaba seguro de que Nadia había perdido la conciencia, digo nos porque cuando se fue tu hermano me demostró que, al menos, entendía lo que el militar, como ella llamaba a Dusan, había relatado. “¡Se ha vuelto loco, está loco!” —gritaba. “Todos los culpables de tanta sangre derramada nos hemos vuelto locos, muy locos, ¡es un castigo de Dios, un castigo!” —vociferaba. Con esa matraca murió, ahogándose en sus propios vómitos de sangre y pus.

—Aunque era mi madre, supongo que se merecería ese final. ¿La enterraste junto a María y Sara?

—Por supuesto. Así me lo propuse y no descansé hasta conseguirlo. Me ayudó uno de los hermanos de María. Después de semejante odio, fijate las vueltas que da la vida.

Padre e hijo estuvieron abrazados un buen rato, llorando sus miserias. De repente, Alexander se interesó en saber si Adriana conocía el trágico final de Nadia.

—No —le respondió su padre—. Cuando llegué me preguntó por ella. Le dije que murió y no volvió a tocar el tema. Es una persona muy discreta. Vive y deja vivir. Tienes mucha suerte por haber

encontrado una mujer así. Supo lo de Srebrenica porque yo se lo conté, pero nunca me interrogó sobre tu hermano. Tampoco sube al ático a no ser que tenga que comunicarme algo, como el suicidio de Dusan. “¡Ha muerto!” —me informó llorando y con medias palabras. Pensé que se refería a ti y me entró un ataque de nervios. Ya calmada, me aclaró que se trataba de mi hijo mayor, y que le había afectado mucho aunque no lo llegara a conocer.

—¿Por qué viniste a esta casa? ¿No te ofrecieron los Vésely quedarte con ellos?

—No hubo tiempo. Encontré a la señora Veselá sola en casa cuando llegué. Me anunció que tú estabas en Chechenia y que ya no vivías con la familia. Me habló de Adriana y se ofreció a traerme aquí. Ella fue muy cariñosa y me pidió que me quedara. Estaba muy triste y aseguró que mi presencia la consolaría. ¿Por qué la dejaste sola y no la llamaste en tanto tiempo? Te quiere y te ha echado mucho de menos. Me consta.

—Lo sé y lo lamento, pero no puedo vivir su vida. Tengo que vivir la mía, padre —sentenció—. Me ofrecieron la oportunidad de pintar las guerras para mostrar al mundo su crueldad y voy a seguir haciéndolo. Me tranquiliza la conciencia, es como una terapia para aliviar mis heridas.

—¿Tú quieres a Adriana?

—Claro, aunque nunca se lo he dicho así, tal como suena. No puedo. El odio ha borrado de mi mente las palabras de amor. La quiero a mi manera, que no es muy convencional. Tampoco lo es nuestra vida. Ni la mía ni la suya —especificó—. Volveré a marcharme. Me han propuesto que trabaje con ellos de forma habitual.

—¿Cuándo? Acabas de llegar.

—No lo sé, y no le diré nada hasta que no tenga clara la fecha de mi partida.

—¿Sigues atormentándote por el suicidio de María, Sasha?

—No quiero hablar de María, padre. Ni contigo ni con nadie. Llevo su recuerdo en el rincón más íntimo y privado de mi ser. Solo a mí me pertenece y me incumbe —afirmó tajante.

La vuelta de Alexander no otorgó a Adriana el placer de disfrutar de su amor. El artista se encerró en el ático con sus pinceles y sus tormentos y ella dormía —o mal dormía— cada noche en la gran cama de su alcoba con la única compañía de su llanto... Lágrimas que sabían a decepción y a desconsuelo...

En poco tiempo, los habitantes de la mansión se alegraron al comprobar que las heridas de Ana habían desaparecido de su rostro. El entusiasmo que mostró desde su llegada por el trabajo de los salones contribuyó también a mitigar sus penas. Al igual que su hermana, era una persona abierta y simpática, le encantaban las fiestas y hablaba checo con bastante soltura. Además, encontró en el señor Korac al secretario personal que Adriana andaba buscando desde hacía algún tiempo. Como buena mujer de negocios, supo ver la joya en bruto y ser capaz de pulirla. Se acordó de los trajes y



de los zapatos del doctor Beltrán, que seguían en el gran ropero de la alcoba principal, y decidió rescatarlos del olvido. Seleccionó los mejores y hubo suerte: le quedaban perfectos. El anciano se mostró encantado de poder serles útil. Le parecía mal que su hijo viviera allí y no se dignara a echarles una mano. Cuando Ana tuvo claro que controlaba todos los pormenores del negocio y que podía llevarlo con la ayuda del señor Korac, animó a su hermana a tomarse unas vacaciones. En aquellos días, Alexander estaba terminando de pintar el bombardeo de Grozni. Era un lienzo grande al óleo donde se mostraban los aviones rusos masacrando la capital chechena, y se apreciaba a la población civil huyendo desesperadamente. Rostros sobresaltados y piernas que corrían sin saber dónde, porque no había lugar seguro en el que esconderse para librarse del acoso ruso.

Tras la última pincelada, la pareja se encerró en la habitación de Adriana. La vida en la mansión siguió sin ellos, entregados al disfrute del amor. A veces los veían a las horas de las comidas, que Milena seguía organizando con estricta puntualidad, aunque no siempre ocurría así. Algunos días no bajaban. Los encontraban a horas intempestivas buscando en el frigorífico algún plato cocinado para calentar en el microondas. Adriana se olvidó de sus amigos, de los problemas de su hermana y de las llamadas constantes a su madre para hablar de angustias amorosas. De las fiestas, de los eventos y de las tensiones diarias. El único mundo que existió para ella ese verano empezaba y se acababa en los brazos de su amor.

Un domingo de finales de agosto, Caballo y Joan fueron a la mansión con el firme propósito de sacar a su amiga de la cama y llevarla a comer al Pavilon. El catalán ardía en deseos de contarle el último gran chisme de la temporada estival: había ligado sin la ayuda de Caballo y sin pagar una sola corona. Adriana, encantada con la noticia y deseosa de saber más, aceptó la oferta. Para redondear el momento, Alexander también se apuntó. Caballo le aseguró que Alberto Palomares tenía mucho interés en que le hablase del viaje a Chechenia y que los esperaba en el hotel a la hora del café. El artista estaba muy agradecido al empresario. Al fin y al cabo, fue Palomares quien lo puso en contacto con la Fundación pacifista bajo cuyo patrocinio trabajaba. Así, salieron los cuatro de la mansión y se acomodaron en el coche de Joan. Adriana, radiante por la compañía de sus íntimos y la presencia de su amor, lo cual era insólito. Nada más tomar asiento en el restaurante del Pavilon, inició el interrogatorio sobre los amoríos de Joan.

—¿Cuándo y cómo lo has conocido? Cuenta. Estoy impaciente.

—Vino de vacaciones. Es amigo de uno de los guías con los que trabajo en España. Lo conocí el viernes pasado y el sábado me lo llevé a la cama —relataba orgulloso.

—¿Y por qué dice Caballo que no puede ser el amor de tu vida? Me tienes intrigada.

—Por paleta —adelantó el aludido soltando una carcajada.

—¿Cómo? —Adriana también se reía—. Sigue, sigue —le pidió a Joan.

—¿Te acuerdas de la fotografía del cuadro de la mujer desnuda de Modigliani que tengo en mi

habitación, junto al que le compré a Pamela? Me preguntó si también me gustaban las mujeres. “No, me gusta Modigliani” —le contesté. “¿Y quién es la Modi qué?” Me quedé helado cuando lo escuché. “La, no. Amadeo Modigliani. El pintor, el autor del cuadro”. “¡Ah! No lo conozco” —me soltó tan tranquilo. Yo estaba perplejo, querida. ¿De dónde habrá salido este? —me preguntaba. Y eso no fue lo peor. Hay más.

—Cuenta, cuenta —lo animaban Caballo y Adriana.

—El domingo por la mañana me levanté temprano. Bajé a comprar unos bollos y la edición internacional de El País. “¿Eso lo venden aquí, en Praga?” —me preguntó. “Yo jamás lo he leído y vivo en España. Los periódicos no cuentan nada más que tonterías. Para lo único que sirven es para limpiarse el culo”. Lo soltó tan tranquilo, sin una pizca de vergüenza. Yo no salía de mi asombro, con lo fina y lo culta que soy —bromeó—. No puedo soportar que, para una vez que ligo sin pagar, me salga un paleta. Un tipo que no lee la prensa y no conoce a Modigliani no puede ser el amor de mi vida.

—Dale una oportunidad, Joan. No es ningún delito no leer la prensa. Nosotros tampoco lo hacemos. ¿Qué pasa, que no vas a volverlo a ver por lo de Modigliani? —inquirió Adriana.

—No. No puedo soportarlo. Es un macarrita de discoteca. Muy guapo, pero su ignorancia me superó. Para paleta ya tenemos a la Caballa —añadió riendo.

—No insultes, ¿de acuerdo? Aunque yo no haya ido a la Universidad, como vosotras, tengo mucho mundo metido en este cuerpo —contestó el aludido.

—Sin duda. No se sabe más por ir a la Universidad, sino por vivir —puntualizó Adriana.

Tras una comida de chismes varios, con el ligue paleta de Joan como tema de portada y Alexander callado, llegaron a la cafetería del hotel Kapital. Palomares los esperaba y se levantó al verlos llegar.

—¡Querida Adriana, cuánto tiempo! —la saludó—. Estuve en tu casa la semana pasada, en el cóctel de los venezolanos, y no te vi. ¿Has dejado a tu hermana a cargo del negocio?

—De momento, sí. Alexander y yo necesitábamos unas vacaciones.

—¿Cómo te fue en Chechenia, amigo? Por lo que veo, bien. Llegaste sano y salvo —apuntó.

—Afortunadamente. Y dibujé bastante, pese a las difíciles circunstancias. Dejé muchas láminas en Ginebra y acabo de pintar el bombardeo de Grozni. Ahora me he tomado unos días de descanso. Me hacía falta un poco de tranquilidad después de convivir con la guerra y la miseria... Y todavía tengo algunas pinturas de Sarajevo pendientes...

—¿Cuándo y dónde van a exponerlas?

—Aún no lo sé. Me avisarán. Lo mantendré informado.

—Conocí a tu padre en la mansión. Un señor muy elegante y muy atento. Ayudó mucho a Ana,

ambos pendientes de que nada nos faltara.

—Sí, es el nuevo fichaje de la empresa —apuntó Adriana.

—Me alegro. Señal de que las cosas marchan bien. Ya te dije desde el principio que el negocio de las fiestas funcionaría. Lo celebro, aunque me hayas robado un poco a María, una de mis mejores empleadas.

—No exageres. Solo nos dedica el tiempo libre que tú le dejas.

El caballero le dirigió una sonrisa. También se interesó por los amoríos de Joan. La tarde avanzaba y Caballo ya no estaba con ellos. Había empezado su jornada laboral. Como ocurriera en la comida, el ligue paleta del catalán, descartado por no saber quién era Amadeo Modigliani, fue el tema estrella de la velada. Alexander, que solo abrió la boca para comentar que no se es culto por conocer a Modigliani, estaba impaciente por volver a la mansión para pasar un rato con su padre. Se despidieron de Palomares y, cuando cruzaban la puerta de salida, entraba una oronda rubia que saludó efusivamente al artista.

—¿Quién es esa? —preguntó Joan a Adriana, extrañado, mientras Alexander charlaba con la recién llegada.

—Ni idea.

—Pues le ha largado un beso bien fuerte a tu novio y no le suelta la mano. Se lo quiere tirar, estoy seguro.

—Se va a quedar con las ganas, lo siento. Te lo digo yo, que lo tengo bien contento —afirmó con aplomo.

—A lo mejor ya se lo ha tirado y tú no lo sabes.

—Puede ser. En todo caso, antes de conocerme —contestó ella, firme y orgullosa.

Por fin, la rubia soltó la mano de Alexander y se dirigió a Adriana.

—Hola, soy Teresa. Vecina de Alexander antes de que se fuera a vivir a tu casa. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. Ya nos marchábamos, Teresa. Es un poco tarde y Alexander tiene prisa por estar con su padre —le indicó Adriana señalando a su amor con la mirada—. Nos veremos otro día —se despidió.

Subieron al coche de Joan y no hicieron el más mínimo comentario sobre la rubia. Ella estaba deseando llegar a casa para despedir a su amigo y preguntarle a Alexander por su antigua vecina.

—¿Era esa tu novia? —le soltó instantes después de que el catalán se despidiera.

—No —negó él.

—Joan cree que te la has tirado.

—¿Lo crees tú?

—Sí, yo también lo creo.

—Habéis acertado. No te voy a mentir.

—¿Cuándo? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Antes de conocerte. ¿A qué viene este interrogatorio?

—Me apetecía confirmarlo, simplemente. ¿Es buena en la cama?

—No tanto como tú, descuida. Dame un beso —le pidió para zanjar la cuestión de Teresa.

No por esperado menos temido, Pablo Quintana llegó a la mansión un par de días después, alrededor del mediodía. Encontró a su esposa junto al señor Korac, en la cocina, controlando que no faltara nada para el cóctel de la tarde. Fue Milena quien le abrió la puerta y lo condujo hasta ella. No lo hacía por gusto, sino para no tener que enfrentarse al hombre. Ana presentó a su marido como si el recién llegado no fuera la misma persona que le había desfigurado el rostro dos meses antes. Corpulento, atractivo, sonriente y muy bien vestido, tampoco él aparentaba ser dicho individuo. Tras los típicos saludos, la pareja se fue de confianzas a la habitación de la ventana. Milena comunicó al señor Korac su intención de subir a la alcoba de Adriana.

—Mi hijo está arriba, ¿va usted a interrumpirlos? Si hubiera llegado de forma violenta, lo entendería. Por el contrario, el caballero está muy tranquilo, y Ana, también.

—Conozco a Adriana y creo que debo hacerlo. Esta visita no le va a gustar nada.

—Precisamente por eso. Déjelos que disfruten el mayor tiempo posible. Si no es necesario, no me parece bien que los moleste. Para unos días que se toman de vacaciones...

Milena no le hizo caso. Estaba segura de que el motivo justificaba la molestia y de que Adriana no se enfadaría. Subió y dio dos golpecitos en la puerta del dormitorio.

—¿Quién es? —contestó Adriana.

—Pablo ha llegado. Siento interrumpir —se disculpó Milena.

—No importa. Me visto y bajo ahora mismo.

—¡Uf! —exclamó Alexander—. ¿Quieres que vaya contigo? Si es tan violento... Yo soy incapaz de pegar a nadie, pero no voy a permitir que os haga daño.

—No te preocupes. Cuando quiere se pone muy bien puesto. Es una persona muy persuasiva. Hasta te puede parecer el ser más encantador del mundo. Seguro que ahora vendrá en ese plan. De lo contrario, Milena nos habría advertido. En cualquier caso, pienso ponerlo de patitas en la calle sin dilación.

—¿Tienes claro que no hace falta que te acompañe?

—A ver al maltratador, no. Si quieres bajar, tu padre estará en la cocina controlando las existencias del negocio. Ana le ha encargado ese trabajo durante mis vacaciones —le comentó mientras se vestía.

Bajaron juntos. Él se dirigió a buscar a su padre. Adriana, a quien consideraba el ser más

miserable que había pisado la mansión de la Plaza de la Paz en su presencia.

—Quiero que salgas de nuestra casa a la mayor brevedad, Pablo. Esto es un hogar de paz. No nos gustan los violentos ni los maltratadores —ordenó con firmeza.

No esperó su respuesta y se dirigió a su hermana en checo.

—Ya sabes lo que pienso acerca de este individuo, Ana. Me dolería en el alma que te convenciera y que volvieras con él. Sobre todo, porque estoy segura de que habrá próxima vez, y puede que sea más fuerte. Me encanta tenerte aquí y sufriría mucho si volviera a verte con varias costillas rotas o algo peor.

Ana estaba sentada en el centro del sofá. A su derecha, Pablo le dirigía miradas de inocente total. A su izquierda, su hermana le hablaba en checo del horror en que podría convertirse su vida si seguía junto a él.

—Suéltale en checo todas las barbaridades que se te ocurran de mí, Adriana. Haces mal. La quiero. Es mi esposa y va a venir a casa conmigo y con nuestras hijas. No volverá a pasar. La mierda de la cocaína me sacó de quicio. Ahora estoy limpio, de verdad. Llevo dos meses en un centro de rehabilitación y no he consumido desde entonces. Me equivoqué, lo siento mucho. Acabo de jurarle que no habrá próxima vez.

—No culpes a la cocaína de tu machismo, que es el asunto grave —le replicó Adriana—. Yo también tomo cocaína. Casi nada en comparación contigo, por supuesto, pero eso no justifica la violencia. Tú no soportas que a tu mujer la miren otros hombres, ni que tenga éxito en los negocios, ni que tenga amigas, ni que venga unos días a Praga a visitarnos... Ni nada que no sea estar bajo tu yugo. En definitiva: no la dejas que viva como un ser libre —le dijo vocalizando las últimas palabras—. Busca ahí el fondo del problema, Pablo. No en la cocaína, que debes dejar de forma definitiva. No sabes ponerte una rayita para echar unas risas y despejarte una noche que tengas una fiesta y estés algo cansado, no. Tú te metes un par de gramos de una sentada, como mínimo. No confío en ti, lo siento. Y me da muy mala espina que te quedes en casa. Si piensas dormir hoy en Praga, te rogaría que buscaras un hotel.

—Ya lo tengo previsto —intervino Ana—. Sé que vas a sentirte muy mal si me quedo aquí con Pablo. Nos vamos al hotel Kapital. Voy a llamar para reservar una habitación, tranquila. Vendré esta tarde para atender el cóctel. Mañana, antes de marcharme, te daré los detalles sobre los eventos que ya tienen reserva firme.

—Está claro que has decidido volver con él.

—Sí. Quiero tener esperanzas. Necesito creer sus promesas —le contestó en checo.

—Lamento que te haya convencido. Haz lo que debas, Ana. Advertida estás.

La marcha de Ana puso fin al dulce verano de pasión con sabor a mermelada de fresas que se regalaron Alexander y Adriana. Él volvió a sus pinturas y ella, a los salones de la mansión. Con una

novedad: el señor Korac se había convertido en su más estrecho colaborador. Con paciencia y tesón aprendió poco a poco todos los pormenores del negocio. Entradas y salidas de mercancías, pagos a proveedores, listas de reserva... Fue Ana, precisamente, quien puso los cimientos de aquel aprendizaje. Todos alabaron la rapidez con la que empezó a hablar checo con soltura, e incluso a defenderse bastante bien en español.

—¡Si hablas más español que yo! Y hasta que Milena, que lleva toda su vida escuchándolo —bromeaba Alexander con admiración.

Cada mañana disfrutaba con la visión de su padre bajando al comedor a desayunar elegantemente vestido, lo mismo que Adriana, y salir los dos a la calle “a resolver”, como ella le decía con su encantadora sonrisa, al tiempo que le regalaba un beso en los labios de despedida. En el ático, el dibujo del muchacho aterrorizado que dejara sin acabar antes de viajar a Chechenia seguía tapado en el mismo lugar. Alexander encontró el momento de dar vida al boceto de María y Sara muertas en el frío asfalto de Sarajevo. Guardaba dos dibujos del fatídico día. Uno mostraba, en primer plano, el rostro sereno de la madre y la carita de la hija pegada a su pecho, con los ojos cerrados, como si durmiera un sueño plácido. El otro era una perspectiva más general del alto y estrecho edificio gris, desde el undécimo piso del que se arrojaron, hasta el suelo helado donde descansaban sus cuerpos inertes. Empezó a dibujar en papel, y a escala, lo que después pretendía plasmar en un lienzo rectangular de dos metros de altura: un óleo en el que se apreciara la paz en los rostros de madre e hija tras poner fin a la tortura de sus vidas, con el fondo de la calle nevada y sola y el gris de las paredes que las vieron caer.

Fue un tiempo en el que se respiraba el olor a hogar que desprendía la mansión de la Plaza de la Paz fuera del horario de cócteles y fiestas. Puntualmente, la pareja y los ancianos compartían a diario desayunos y comidas en un ambiente de afecto y cordialidad, donde no cabían los dolores del corazón de cada uno. Ni la pena honda del artista por los seres que ya no formaban parte de este mundo, aunque siguieran igual de vivos en su alma y en sus pinceles; ni el dolor por las madrugadas solitarias en la gran cama de quien tanto lo amaba. Adriana empezó a asumir que cuando Alexander se encerraba a pintar en el ático se olvidaba de que ella lo esperaba cada noche, y dejó de sufrir su ausencia en el lecho con la intensidad de antes. Le bastaba con los gozosos despertares que él le proporcionaba algunos días, cuando acudía temprano a ducharse a su alcoba y la encontraba dormida. O con las veces que, después de comer, le decía con mirada de pícaro que un viejo amigo de madera los esperaba en el ático.

Pasó el otoño. Llegó el invierno. La nieve volvió a teñir de blanco las calles de Praga y a helar el corazón de Adriana con el dolor de una nueva partida. En esta ocasión, a Zaire, donde se intensificaban los combates entre el Ejército del dictador Mobutu y la guerrilla rebelde al mando del

general Laurent Kabila. La tristeza y el desasosiego que inundaron su existencia tras la marcha de su amor la impulsaron a huir de la mansión y buscar el calor en tierras lejanas. Lo hizo después de pasar siete días con sus siete noches encerrada en su alcoba, llorando sin consuelo y negándose a recibir visitas. Hasta que las lágrimas se le secaron. Cuando no le quedaba ni una más por derramar, resurgió, como el Ave Fénix, de sus cenizas. Se levantó decidida a aparcar el sufrimiento, recomponer su corazón hecho trizas y dar gusto a su cuerpo. A sugerencia de Wilfredo, voló hasta Ecuador. Recibió 1997 tostándose al sol de Guayaquil y rodeada del cariño de una gran familia, la de su fiel cocinero. En la casa de Praga, sus hermanos se turnaron para llevar el negocio en su ausencia. Más lejos, en el corazón de África, Alexander se debatía entre la acuciante necesidad de pintar los horrores que estaba presenciando, que le dañaban el corazón tanto como el sol abrasaba su blanca piel, y el anhelo de abrazar a los suyos. Por su padre le llegó la noticia del viaje de Adriana a Ecuador. Se alegró de que no estuviera llorando en la habitación y esperando su vuelta. Sin embargo, sintió por vez primera el escalofrío que provocaba en su cuerpo un cierto temor a perderla.

Con la llegada del nuevo año, ella se marchó a recorrer el país junto a dos primos de Wilfredo. Admiraron la naturaleza salvaje de la selva amazónica; el impresionante espectáculo de un volcán en erupción, que cubrió de ceniza caliente la aldea vecina donde se alojaban; y el exotismo de la población indígena, con la que convivían a diario sin ningún inconveniente. La última semana de su viaje decidió aprovechar la escala del avión y tomarse un descanso en la cotizadísima primera línea de playa de Miami. Aterrizó en la capital de Florida con mucho más dinero del que había calculado y no tuvo ningún reparo en emplearlo a su antojo. Reservó en el aeropuerto una confortable habitación en un moderno hotel de diseño con vistas al mar; llegó cansada y se dio un baño relajante. “Sola en este jacuzzi, qué pena. ¡Lo que le haría yo aquí a Alexander!” — pensaba. Se vistió con esmero para la cena. “¡Cómo me gustaría encontrar a un guapetón con el que desfogarme esta noche!” —fantaseaba mientras perfilaba sus labios de un rojo intenso bajo un maquillaje apenas perceptible. Sabía que estar con Alexander era imposible, como también tenía claro que un viaje con tanto exotismo y tanta belleza no se saboreaba, sin sexo, de la misma forma.

Salió de la habitación y sintió que había encontrado al guapetón en el que estaba pensando.

—¡Hola! ¿Estás sola? —escuchó que le preguntaban con un simpático acento español.

—Sí. ¿Ves a alguien conmigo? —se dirigió a un esbelto caballero rubio, vestido a la última moda y tostado por el sol.

—Te escuché en recepción hablar en español. Me llamo Richard. Soy sueco. ¿Y tú?

—Adriana. Soy medio española y medio checa. Vivo en Praga.

—¡Qué interesante! Te invito a cenar y a bailar. Así no estarás sola y yo tampoco.

—Aceptado —le contestó ella sin pensárselo un segundo.

Tras la carísima cena regada con vino español, el galán le preguntó si tomaba drogas.

—Sí, de forma ocasional —asintió ella—. Ahora estoy de vacaciones y no me importaría fumar algo...

—En ese caso, vamos a mi habitación. Tengo marihuana y un secante entero, si te apetece.

—¿Qué es un secante?

—LSD. Es un corazoncito rojo pequeñito, como de papel. Lo partimos por la mitad con una cuchilla. Te lo pones en medio de la lengua, tragas saliva y a disfrutar. Verás cómo te lo pasas en la pista cuando empiece a hacerte efecto. Llevo casi un mes en Miami y conozco las mejores discotecas y las más modernas.

—Nunca he probado el LSD, ¿no es muy fuerte?

—Algo fuerte, sí —reconoció—. Hoy será menos porque vamos a compartirlo, ¿te atreves?

—Si me prometes que no perderé el control de la conciencia, lo haré.

—Prometido. Cuidaré de ti. Relájate.

No perdió el control de la conciencia propiamente dicho. Sin embargo, llegó a desinhibirse tanto que no le importó compartir su intimidad con un hombre distinto a Alexander. Ese y alguno más del resto de los días que pasó en el hotel. Su acompañante, un rico empresario sueco, tenía alquilado un impresionante descapotable rojo con el que recorrieron la famosa playa de las películas y la ciudad de Miami. Puestos a ratos de cocaína y a ratos de éxtasis. Mirando al mar, fumaban porros de marihuana.

—¡Eres la horma de mi zapato! —le dijo ella en español. Atardecía. Tumbados en unas hamacas de la ancha playa, regaban sus gargantas con sendos batidos de frutas. Él empezó a liar un cigarrillo de marihuana.

—¿Qué significa eso? —le preguntó—. No llevamos zapatos ahora.

—Es una expresión que se usa en mi idioma para decirle a alguien que se parece a ti, que congeniáis bien. Has hecho justo lo que yo estaba pensando: un poquito de yerba para nuestros cuerpos. Es difícil encontrar a alguien con los mismos gustos que tú, en unas vacaciones. Y más aún, si esos gustos son tan peculiares como los nuestros —apuntó luciendo una sonrisa coqueta.

—No te enamorarás de mí, ¿verdad? Soy un hombre casado y padre. Una vez al año me gusta desfogarme, en vacaciones. El resto del tiempo, ni drogas ni sexo fuera del hogar.

—Yo no estoy casada ni soy madre, pero ya he encontrado al amor de mi vida. Y no eres tú, tranquilo.

Después de tragarse el sol que le regaló la playa de Miami, probar las drogas que le ofreció su amigo sueco y desgastar junto a él los tacones de varios pares de zapatos bailando en las discotecas más de moda de la costa, Adriana volvió a la mansión de Praga. Febrero tocaba a su fin. Milena, el señor Korac, Wilfredo y Reinaldo salieron a abrazarla. Por suerte para ella era lunes, día de



descanso en los salones. Tras los saludos efusivos y la entrega de regalos, subió a su habitación a deshacer el equipaje y le pidió a Milena que la acompañara. A solas las dos, el ama de llaves la puso al día de las novedades acontecidas en su ausencia. Por ella supo que Alexander había enfermado en Zaire. Tuvo fiebres, diarreas y sufrió quemaduras solares, aunque su padre comentó que nada fue tan grave como para hacerlo volver. Ocurrió igual que en la guerra de Chechenia: nadie conocía la fecha de su retorno. Respecto al negocio, lejos de resentirse por la marcha de la jefa, se amplió a la celebración de bodas, gracias al buen hacer de María Marcos. La venezolana ofreció los salones a las parejas que no encontraron sitio libre en el hotel Kapital en las fechas deseadas. La recién llegada se congratuló por lo bien que su amiga barría para casa, y Milena, por lo contenta que venía ella del viaje. Apreció un brillo especial en sus ojos y le preguntó si se había enamorado de otro, aunque tenía claro que esas cosas no ocurrían a las mujeres Mákourkova. La propia interesada se lo confirmó.

—El brillo del que hablas —le aseguró— me salió al comprobar que no he perdido la capacidad de disfrutar de la vida y que soy capaz de hacerlo sin él. Eso no quiere decir que me haya enamorado de otro hombre. Sabes que Alexander, para mí, es único.

—Celebro que te hayas divertido tanto. Ya conoces mi opinión sobre los hombres...

La que sí se enamoró fue su hermana. Milena le reveló que andaba de coqueteos con mister Trudenska. El arquitecto la piropeaba con frecuencia y, como hiciera tiempo atrás con Adriana, la visitaba y le regalaba flores. Y, según el ama de llaves, Ana se dejaba querer...

La tarde siguiente, ya descansada del viaje y puesta al día de chismes y novedades, convocó a sus amigos a una merienda en la habitación de la ventana.

—¿Cómo fue todo, querida? ¿Qué tal la familia de Wilfredo? —le preguntó Joan nada más llegar.

—Genial. Cariñosísimos y muy atentos. No sabían lo que ofrecerme para que estuviera cómoda. Viajé con sus primos por todo el país. Resultó espectacular.

—¿Eran guapos? ¿Te tiraste a alguno? Es lo que más me importa —indicó Caballo.

—No, corazón. Con ellos no tuve nada. Hubo algo, aunque no en Ecuador. Me ligué a un sueco, guapísimo y millonario, en Miami Beach.

—¿Más guapo que *El Hermoso*? ¿En serio que te lo tiraste? —la interrogaban ambos.

—Juzgad vosotros mismos. Mirad, aquí tengo una foto.

—Está como un tren —indicó Caballo—. Ardo en deseos de saber si te enrollaste con él.

—Sí, lo hicimos. Bajo los efectos del LSD —puntualizó.

—¡Oh! —exclamaron.

—Observad esta otra foto, en el pedazo de descapotable rojo que tenía alquilado.

—Tú ibas monísima. ¿Te has percatado, Simoneta? —apuntó Caballo—. ¿Y ese vestido?

—No os lo vais a creer, porque ni yo misma me lo creo aún. Solo llevaba un modelito de vestir en

el equipaje y me lo puse el día que lo conocí, justo el de mi llegada —puntualizó—. Estábamos cenando en un restaurante de moda y me pidió que lo acompañara durante el resto de la semana: a cenar, a bailar... Le expliqué que venía de Ecuador y que no tenía ropa adecuada. “Eso no es problema, aquí encontrarás lo que quieras. Mañana nos vamos de tiendas y te regalo lo que te guste” —me propuso. Yo me quedé estupefacta. Me llevó a una boutique de Versace. No os podéis ni imaginar la ligereza con la que soltaba los billetes de cien dólares. En mi vida he visto cosa igual, os lo juro. Me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—Háblanos del polvo —insistía Caballo—. O de los polvos, porque habría más de uno.

—No hay mucho que contar. Un jacuzzi fantástico en la suite del hotel, drogas variadas, el sol y el mar... Tampoco creáis que pasábamos el día follando, pero estábamos siempre juntos: puestos de todo, guapísimos y cochazo arriba, cochazo abajo por ese lujo de avenida marítima, llena de tiendas de las mejores marcas y de gente divina luciendo sus palmitos en descapotables similares al nuestro. A mirar y a ser vistos, el deporte nacional en Miami Beach. Apenas nos quedaba tiempo libre para el sexo, aunque algo hubo, claro.

—¿Se enamoró de ti? Mira que si se presenta en Praga... —comentaron bromeando.

—No, qué va. Incluso me pidió que no me enamorara de él. Está casado y tiene hijos en Suecia. Me contó que todos los años se toma unas vacaciones de desmadre en invierno, y únicamente en ese periodo toma drogas y anda con otras mujeres. Es accionista de una multinacional farmacéutica. Se pasará la vida muy estresado y le gustará desfogarse de vez en cuando. Si no hay problemas de pasta se pueden hacer esas cosas, chicos.

—¿No te acordabas de *El Hermoso* cuando estabas con él? —se interesó Joan en saber.

—A veces sí y a veces no. Depende de lo puesta que anduviera. Cuando me dijo que no me enamorara de él, le contesté que no se preocupara. Que yo ya había encontrado al amor de mi vida y que no era él.

—¿No le pensarás contar nada de esto a Alexander? —preguntó Caballo.

—Por supuesto que no. Seguiré el consejo de María: hacer mucho y hablar poco. De hecho, voy a esconder sus fotos. Esta historia solo la conoceréis mis íntimos. Y al que se vaya de la lengua se la corto.

—Yo soy muy discreto. Ya lo sabes —le contestó Joan—. Lo de la Caballa es otra cosa.

—¿He contado yo alguna vez algo de ti, linda? Pues ahora tampoco. Guardaré el secreto en un archivo especial de mi cabeza y lo cerraré con llaves, para que no tenga la tentación de escaparse.



# XVII. KOSOVO

Kosovo fue el siguiente escenario bélico retratado por Alexander. No tuvo que pasar mucho tiempo para que la antigua Yugoslavia volviera a desangrarse. La paz firmada en Dayton y ratificada luego en París resultó, como el artista suponía, demasiado frágil, y la llama del odio ardió con fuerza en una provincia que pretendía librarse del yugo opresor de la Gran Serbia, o de lo poco que quedaba de ella. Con su inseparable cuaderno de láminas y su caja de lápices, el pintor se marchó a aquella tierra sangrante y familiar poco después del inicio de las hostilidades. Entre Kosovo y el ático de Praga compartió su existencia, hasta que se entablaron las negociaciones para la paz en el castillo de Rambouillet, a las afueras de la capital francesa. Empezaba la primavera de 1999. A la legendaria fortaleza viajaron lienzos y dibujos, pinturas desgarradas que mostraron a los gerifaltes allí reunidos y a la prensa internacional que esperaba el desenlace de sus conversaciones, lo que no tendría que haber ocurrido nunca. Niños destrozados por la metralla, cadáveres amontonados, madres desesperadas buscando un refugio para dar a luz y adolescentes que cargaban, junto a sus gruesos fusiles, todo el peso de la miseria humana. Allí empezó a cobrar vida el deseo que María comunicara a Alexander poco antes de morir: que su cuerpo inerte fuera mostrado al mundo, y que esa visión removiera las conciencias de tantos seres humanos para los que la guerra era, simplemente, una serie de imágenes violentas y lejanas que mostraban los noticiarios en la calma de sus insulsas vidas diarias. El óleo de madre e hija muertas en el frío asfalto de Sarajevo, el rostro sereno de la madre y la blanca carita de la niña refugiada en su pecho no pasó desapercibido para ninguno de los presentes. El impresionante lienzo titulado “Suicidio en Sarajevo” y firmado por Alexander K. inició en Rambouillet un periplo que lo llevaría a ser mostrado en todos los foros mundiales donde se hablara de paz.

En la mansión de la plaza de la Paz transcurrieron aquellos años entre el fuego de los encuentros y el llanto por las ausencias. Adriana no volvió ni a su trabajo ni a su casa de Madrid. Usó el dinero de la indemnización para pagar deudas pendientes. Quitó la hipoteca que aún pesaba sobre su apartamento de la capital de España, que seguía alquilado, y compró a Milena sus acciones del negocio de la mansión, convirtiéndose así en la accionista mayoritaria de la empresa. Entonces comprobó que el dinero, como tantas veces había escuchado a su madre, no daba la felicidad. Tampoco a ella se la proporcionó, aunque le ayudó a liquidar sus deudas y a costearse algunos caprichos. Se consolaba huyendo al sol en los crudos inviernos de Praga y llorando como una criatura desvalida en el hombro del señor Korac cuando su hijo se marchaba. Surgió entre ambos una gran complicidad. Ella encontró en el anciano al padre que creyó haber perdido; y él, cumplidos ya los 70, a la hija que consideraba propia y que dejó su vida en el asfalto frío de Sarajevo.

El fracaso de las conversaciones de paz en el castillo de Rambouillet propició una cruenta

campaña de bombardeos de la OTAN contra posiciones serbias. Las pinturas de Alexander sobre las guerras de Yugoslavia, que tanto impresionaron a periodistas y políticos occidentales, solo merecieron una fugaz mirada por parte de quienes habían encendido la mecha del odio y se negaron a apagarla con la firma de la paz. Rotas las negociaciones, las potencias occidentales decidieron emprender una acción bélica, comandada por la OTAN, con la pretensión de expulsar a los serbios de la provincia rebelde, permitir el retorno de los refugiados e interponer una fuerza internacional de paz en la región. Alexander nunca creyó en las buenas intenciones de esa campaña bélica presuntamente calculada y pretendidamente limpia. Como repetía hasta la saciedad, “la violencia solo sirve para engendrar más violencia, perpetuar el sufrimiento y seguir derramando la sangre de los inocentes”. Sabía que cometerían errores, por mucho que la poderosa propaganda occidental hablara únicamente de atacar a objetivos militares serbios. Volvió a comprobarlo en aquel mes de mayo, cuando una aeronave de la OTAN disparó un misil contra un convoy de refugiados albaneses alegando que los habían confundido con uniformados serbios. Ante los ojos del artista, trozos de cadáveres de más de cincuenta desgraciados que creían huir del infierno y se lo encontraron de frente. Desolado, lloró ante los restos de una niña que encontró la muerte abrazada a su vieja muñeca, destrozada por la metralla. Mientras, en los salones de la mansión, Jan Vésely miraba orgulloso el retrato ya terminado de la sonrisa de Adriana.

—Ha costado varios años retratar tu sonrisa, pero hemos conseguido captarla tal como es, o al menos, tal como yo la veo —le decía con la satisfacción del deber cumplido.

—Tal como es, Jan. No importa que sea tarde si el resultado es tan fantástico. Has pintado un retrato magnífico y mi deber es pagártelo. Seguro que podemos acordar una cantidad satisfactoria para los dos.

—Es un obsequio, Adriana. Nunca pensé en cobrarte una sola corona por este retrato. Tú no me hiciste ningún encargo. Me ofrecí yo a regalártelo.

—Ni hablar. Necesitas el dinero y has perdido aquí muchas tardes de domingo. Lamento haberte causado tantos problemas para posar. Aunque voy superándolo con el paso del tiempo, aún me resulta difícil sonreír de forma espontánea mientras Alexander arriesga su vida en cualquier camino perdido y polvoriento.

—Al menos, ahora puedes entrar en el ático sin romper a llorar. Vamos progresando, amiga.

—Afortunadamente, así es. De hecho, todas las noches paso un rato por allí antes de acostarme. Me tumbo en la cama estrecha, cierro los ojos y abro mi mente a los recuerdos de nuestros momentos más gloriosos. En esa misma cama, en el mueble de la X o en cualquiera de los muchos rincones de esta casa que me huelen y me saben a él. He dejado de pedirle que no se marchara. ¿Para qué? El paso del tiempo me ha enseñado a asumir que así es el hombre del que me enamoré, y que esta es la vida que me ha tocado vivir junto a él: mezclando el dulce sabor de su llegada con el amargo de la

partida.

—Celebro que lo asumas. No te queda otro remedio si quieres seguir a su lado. Conozco bien a Alexander y no va a cambiar lo que considera su destino porque tú se lo pidas. Ni siquiera lo haría por su padre. He hablado del tema con él. Le he dicho que eres joven y guapa, y que te perderá si continúa dejándote sola.

—¿En serio? ¿Y qué te ha respondido, si se puede saber?

—Que no hay amenaza, que no pasa nada. Que tú lo esperarás porque sabes que él volverá siempre.

—Todo eso es absurdo, Jan. Nadie tiene su destino escrito. Yo no sé lo que la vida me va a deparar a la vuelta de la esquina y él tampoco puede saberlo. En principio, lo esperaré siempre, a no ser que aparezca un príncipe azul por estos salones y me cative —le comentó riendo—. Y él volverá siempre, a no ser que una bala perdida termine con su vida. No podemos diseñar nuestro futuro. Lo construimos diariamente en cada paso, en cada suspiro, en cada risa y en cada lágrima. ¿Qué te parece si dejamos de hablar de Alexander y me ayudas a colgar el retrato entre los dos de mis abuelos?

El pintor asintió, ajeno a que en ese momento, como ella acababa de indicarle, empezaba a llenar las páginas vacías de su futuro con un color muy distinto al esperado. Paso a paso, pincelada a pincelada.

Uno de aquellos días, Adriana recibió en la mansión una visita sorpresa. La rubia Katia, a la que conoció mientras esnifaba pernik con Bojan en el reservado de una discoteca la primera vez que estuvo en Praga, había escuchado hablar de la mansión y fue a visitarla con la intención de celebrar allí su boda. Encantada de volver a verla después de seis años, le enseñó toda la casa y la felicitó por el enlace. Katia, feliz por haber conseguido que su novio italiano dejara a su esposa y se comprometiera con ella, admiró la amplitud de los espacios; las lámparas; los muebles de los salones; las cristalerías de Bohemia y las finas vajillas de porcelana en las que servían las cenas de postín. Sin embargo, lo que más alabó fue el retrato de la sonrisa de Adriana. Lucía su brillo en medio de las dos pinturas, más apagadas, de los rostros de sus abuelos.

—¿Quién te ha hecho ese retrato? Yo quiero uno, ¿es de algún pintor famoso?

—Famoso no. Buenísimo, sí —precisó—. Ya lo ves.

—No me importa que no sea famoso. El retrato me encanta y necesito uno mío para colgarlo en el salón de nuestra casa nueva. Paolo me lo regalará. Hemos comprado un piso precioso, muy cerca de aquí...

Estuvieron juntas hasta que Adriana la despidió amablemente porque tenía que empezar a trabajar. Katia le aseguró que celebrarían la boda en la mansión, y se llevó toda la información referente a

precios y menús para mostrársela a su novio. Le insistió mucho en que hablara con Jan para saber cuándo podría empezar su retrato. Adriana no dudó en llamar a los Vésely. La esposa de Jan cogió el teléfono.

—No está —le contestó Verónica en tono seco—. ¿Ha terminado ya su retrato? No sé lo que piensa cobrarle.

—Sí, el retrato está colgado y no quiere cobrarme nada. Insiste en que es un regalo y me da mucho apuro. Si me facilita usted un número de cuenta, les ingresaré el dinero. Es lo justo.

—Ahora mismo se lo doy. No nos sobra ni una corona. Él trabaja de sol a sol en ese camión y lo que gana nos alcanza para comer y poco más. Aún seguimos viviendo en casa de mis suegros... Mi marido es tonto y la vida está cada día más cara. Encima, hemos perdido su compañía muchas tardes de domingo porque tenía que ir a su casa a pintarla. ¿Y ahora no quiere cobrarle, después del esfuerzo? No entiendo nada.

—Quédese tranquila. Como él no me va a decir la cantidad, llamaré a una amiga pintora, le mostraré el retrato y le pediré que me oriente. De todas formas, insístale en la necesidad de que empiece a valorarse. Tiene otro encargo y a la clienta le corre prisa. Dígale que se ponga en contacto conmigo.

—Descuide, no se me olvidará. Adiós.

Adriana llamó a su amiga Pamela y le mostró el retrato.

—¡Great! —exclamó la americana al verlo—. ¡Qué bien ha sabido captar tu sonrisa! Me encanta el color verde del vestido que llevas, ¿ves cómo resalta junto a los tonos oscuros de los cuadros de tus abuelos? Es una pintura muy acertada, digna del mejor profesional. ¿Y dices que este artista no puede ganarse la vida pintando? Es increíble. Se trata de la persona que trabajaba con Alexander en el camión, ¿verdad?

—Sí. Y ahí sigue, aunque estudió Bellas Artes. Alexander y él se conocieron en la Universidad. No digo que no pueda vivir de la pintura, digo que no lo hace. No quiere cobrarme nada. Yo sé que debo pagarle este retrato y lo haré. Se trata de una obligación moral. Imagina que lo has pintado tú, ¿cuánto me cobrarías?

—Aunque a los amigos siempre se les hace un precio especial, por una pintura así no deberías darle menos de mil dólares. Es un retrato muy perfecto, muy elaborado y muy vistoso. Cualquier ricachona de las que frecuentan estos salones soltaría por él diez mil sin que se le cayera una gota de sudor.

—Supongo, pero no puedo pagar eso. Las últimas vacaciones me pasé un poco. He vuelto pelada de Cuba.

—Si te divertiste a gusto, no importa. Eso que se lleva tu cuerpo —rio—. ¿Qué sabemos de nuestro artista preferido, por cierto? Calculo que debe estar al caer. La OTAN sigue bombardeando

posiciones serbias, aunque parece que por poco tiempo. Antes de llegar a tu casa escuché en el informativo de la CNN que la campaña está a punto de finalizar, y que Milosevic, convencido ya de que Rusia no va a intervenir en su apoyo, se encuentra muy presionado. Firmará el acuerdo que le proponen rusos y finlandeses.

—Veo que estás muy bien informada, no como yo. Solo pongo la tele el día que me acuerdo y no tengo visitas a la hora de las noticias. Ya me da igual, Pamela. Si esta guerra se acaba, estallará otra en otro sitio y volverá a marcharse. Así es nuestro artista preferido, como tú lo llamas. Chechenia, Zaire, Kosovo... Prefiero no pensar, no saber. Cada día que pasa sin que llegue la noticia de una desgracia es un día de felicidad que me gana. Por lo menos sé que está vivo, aunque no pueda abrazarlo.

—No me imagino lo que será vivir con esa angustia, amiga. Y eso que yo también lo he pasado muy mal estos últimos días. Los padres y la hermana de Bojan siguen en Belgrado. Muchos civiles han muerto por las bombas supuestamente inocentes de la OTAN. Él está muy raro y muy nervioso, aunque los suyos, de momento, han salido ilesos. Ayer, por fin, pudo hablar con su madre. A mí me afecta mucho todo esto. Soy americana y, de alguna forma, me siento culpable.

—Los ciudadanos de a pie no deberíamos sentirnos culpables de los desmanes de los políticos, Pamela. Aunque los hayamos elegido en las urnas, nuestras democracias son manifiestamente mejorables, ¿o no? Como tú bien sabrás, el secretario general de la OTAN, el hombre que autorizó el bombardeo de Belgrado, es español. Pues yo no me siento culpable por la vil decisión que tomó. Ni siquiera lo voté. El pueblo no elige a quienes gobiernan los organismos internacionales, y lo cierto es que cada vez mandan más.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no puedo evitar el sentimiento de culpabilidad por las barbaries que los políticos americanos ejecutan a lo largo y ancho de este mundo, contra poblaciones indefensas y con la excusa de salvaguardar no sé qué valores y libertades. Y digo los políticos, sí, porque me duele en el alma escuchar el típico comentario de “los canallas americanos”, que la gente suelta con una frivolidad sin límites. Como si nosotros, por el hecho de haber nacido en los EEUU, estuviésemos involucrados en las atrocidades que cometen quienes nos gobiernan, guiados únicamente por el poder de mister dólar. Si pudiera me cambiaría de nacionalidad. Te lo digo en serio.

—No me extraña. Cambiando de tema, dile a Bojan que ayer pasó por aquí una vieja amiga nuestra. Una rubia que se llama Katia. Es checa y la conocimos junto a su novio italiano, Paolo. Van a casarse pronto y celebrarán su boda en la mansión. Ella está interesadísima en que Jan le pinte un retrato como el mío.

—Me alegro mucho por él. Su cotización va a subir como la espuma cuando la gente que venga a



las fiestas de los salones vea tu retrato. Todas las señoras chic querrán uno igual. Lo presento.

La americana no se equivocó, y Jan Vésely recibió el encargo de inmortalizar el rostro de Katia. Poco después se presentó en la mansión y pidió a Adriana permiso para utilizar el ático. Ella lo recibió en la habitación de la ventana y lo invitó a tomar el oloroso café que tanto le gustaba.

—Por mí no hay ningún problema —le aseguró—. Cuando vuelva tu amigo te las arreglas con él.

—Eres un sol, Adriana. Me he enfadado con mi mujer por pedirte el dinero del retrato. Mi intención de regalártelo era sincera. Además, me has pagado demasiado. ¿Crees que debo pedir a Katia una cifra similar?

—Por supuesto. Y más, según mi amiga la pintora americana. Pamela piensa que la cantidad que te aboné es lo mínimo, precio de amiguetes. Me dijo textualmente que cualquier ricachona te daría diez mil dólares por un retrato como el mío sin que le cayera una gota de sudor. Le gustó muchísimo, en serio.

—¡Diez mil dólares, qué barbaridad! Tu amiga exagera. ¿Así de alto se cotiza ella?

—No tengo ni idea, Jan. Me limité a preguntarle por el retrato y te repito que le encantó. No se podía creer que no vivieras de la pintura. Incluso pronosticó que dejarás el camión muy pronto. Está segura de que cuando las damas que vengan a las fiestas vean mi retrato te lloverán los pedidos, y puede que no ande muy desencaminada. De hecho, la primera persona ajena a la casa que lo vio fue Katia y no tardó en encargártelo.

—Ya. Esta semana no podré ir con mi padre en el camión, porque a ella le corre mucha prisa.

—Tu padre también dejará de ser camionero dentro de poco. Ya lo comprobarás.

Por las noches, Adriana se reconfortaba con el olor a pintura fresca que desprendía el ático. Después de atender la fiesta o el cóctel de turno subía las escaleras rojizas que la conducían al encuentro íntimo con los recuerdos de su amor. Se tumbaba en la cama estrecha y fantaseaba con su presencia, sintiendo cercanos sus besos apasionados, sus caricias y sus abrazos. Se miraba en el espejo del mueble de la X y no lloraba. Más bien al contrario: de su rostro emergía la satisfacción que solo son capaces de mostrar las mujeres que, como ella, habían conocido el sabor y el olor del paraíso en los brazos de un hombre.

Pasaron los días. Se celebró la boda de Paolo y Katia y la mansión siguió acogiendo otras bodas, otras fiestas y otros cócteles. Con cariño y esmero, la anfitriona, con la inseparable compañía del señor Korac, cuidaba al máximo adornos y detalles, y se preocupaba de que la filosofía del negocio siguiera los dos lemas que se marcó desde el principio: nada se tira, todo se recicla, y cocina con amor. Siempre pensando que quienes pisaran los majestuosos salones se fueran satisfechos y deseosos de volver.

Con Alexander de nuevo en casa, las paredes del ático se llenaron de lienzos que mostraban los horrores de la guerra de Kosovo, a los que el artista serbobosnio dedicaba días y noches completas.

Ni siquiera la presencia de su padre lo animaba a compartir con los habitantes de la mansión otro tiempo distinto al de las horas de las comidas, o las duchas en la habitación de Adriana. Como era habitual cuando él pintaba, ella dormía sin el calor de sus brazos y esperaba a que la visitara en su alcoba por las mañanas, o a que la invitara a subir al ático para dar rienda suelta a la pasión que desbordaba su ser. Solo algunos lunes, día de descanso de fiestas y cócteles, le pedía que durmieran juntos. Adriana lo celebraba como una niña pequeña a la que acaban de regalar su muñeca preferida. Esos momentos solía brindárselos a su hermana y a su amiga María Marcos. Ambas habían hecho posible que el negocio se estructurara en tardes con dos cócteles, los días laborables, y noches de cenas seguidas de fiesta, los fines de semana. El nuevo sistema mejoró la rentabilidad y permitió cerrar los lunes por descanso del personal. Sin embargo, no todos esos días libres los pasaba Adriana junto a su amor. A veces, él se olvidaba de que era lunes, o si se acordaba y estaba pintando algo que consideraba inaplazable, no lo dejaba para dormir junto a ella. Una de esas veces telefoneó Joan.

—¿Me invitas a merendar en la habitación de la ventana, querida?

—Por supuesto. ¿Algo importante que quieras contarme?

—Nada especial. ¡Hace tanto que no cotilleamos! Nos vemos cuando cierre la agencia, ¿vale?

—¡Vaya día de calor! —exclamó el catalán nada más llegar, al tiempo que se quitaba la corbata.

—¿Y qué esperas en pleno agosto? Aquí tenemos suerte, no entra el calor. Nos limitamos a poner los ventiladores cuando hay mucha gente. ¿Te apetece un granizado de café? Para comer tenemos unos canapés estupendos y pasteles de varios tipos que sobraron del sarao de ayer. Se pasaron pidiendo y dejaron varias bandejas, tanto de salados como de dulces, sin tocar. Ya sabes que en la mansión no nos gusta tirar nada.

—Y tú también sabes que yo, como buena catalana, adoro tu manía de aprovecharlo todo. ¿Por qué no estás con *El Hermoso* hoy, que es tu día libre? —le preguntó.

—Al parecer, hoy no tocaba. Ha comido en tres bocados y se ha marchado. Estoy segura de que ha bajado para no tener que calentarse algo en el microondas más tarde, cuando le entrara hambre. Ya conoces las órdenes de Milena: no se sirve a quien no esté puntual en la mesa. De todas formas, eso no hubiera interferido en nuestra merienda. Él cuenta mi día libre nada más que por la noche. Y no siempre, como ves.

—No te amargues, que algún defecto tenía que tener. Tanta hermosura las veinticuatro horas del día se te podría atragantar. Te he preguntado si ibas a estar con él porque Caballo tiene turno de tarde y me ha dicho que le gustaría venir cuando termine, en caso de que puedas recibirlo. Llama para confirmárselo ¿vale?

—Ahora mismo voy. ¡Me encanta echar la tarde con vosotros!

Como solía hacer, Caballo alabó el estilismo de su amiga nada más llegar.

—Qué mona con ese modelo de lunares, tan andaluz. ¿Qué te ha dicho tu hombre cuando te ha visto?

—Poca cosa. Hoy ha salido pitando. Se lo acabo de contar a Joan.

—Él se lo pierde. Como se marche otra vez, quiero verte haciendo lo mismo. ¿Has pensado dónde irás el próximo invierno? Como ya has estado en la tierra de Wilfredo y en la de Reinaldo, no te quedan más familias de empleados que visitar allende los mares —bromeó.

—Te olvidas de Venezuela. Es una opción, pero aún no le he dicho nada a María. No creo que me decida hasta que Alexander no se vaya. Desgraciadamente, me temo que lo hará pronto. En Chechenia ha estallado de nuevo la guerra. Él ya estuvo allí y estoy casi segura de que no tardarán en llamarlo para que vuelva.

—¿Otra vez en guerra esos chechenos? ¿Cuándo te has enterado?

—Lo escuché en el Telediario hace varios días y me eché a temblar. Él lo sabrá, porque tiene la radio puesta en el ático mientras pinta. Sin embargo, no me ha dicho nada. Y cada vez que suena ese teléfono me pongo de los nervios. Temo que sean los de Ginebra.

—Me encanta mirar por la ventana. No os perdáis al rubio que va pasando por ahí —los interrumpió Joan.

—¡Hostias! El sueco. ¡Es el sueco! —repitió Adriana, emocionada.

—¿El de Miami? ¿Y qué vas a hacer? —preguntó Caballo.

—De momento, abrirle la puerta. Viene hacia aquí.

—¡Qué emoción tan bestia! —agregó Joan.

—¡Richard! ¿Cómo me has localizado? ¿Qué haces en Praga? —le preguntó ella al recibirlo.

—He venido por negocios, para inaugurar nuestra primera fábrica en la República Checa. Encontré tu casa porque te olvidaste una tarjeta en mi habitación. La usaste para hacer un tubo de esnifar, ¿te acuerdas?

—No importa, estoy encantada de verte. Ellos son mis amigos, Joan y Caballo. ¿Qué te apetece tomar?

—Agua fresca. Hace mucho calor. ¿Sigues con el negocio de las fiestas del que me hablaste? Me gustaría ver la casa. Queremos gratificar a nuestros empleados con una cena de bienvenida.

—¿Para cuándo? No creo que tengamos días libres en estas fechas. Voy a consultar el listado de reservas.

El sueco admiró los salones y quiso reservarlos para una cena de cincuenta o sesenta comensales.

—Lo siento, no tenemos ni un día libre hasta finales de octubre. Las reservas se confirman cada vez con mayor antelación. Puedo hacer una excepción por tratarse de ti: abrir los salones para

vosotros en nuestro día de descanso. El próximo lunes, justo dentro de una semana. ¿Os va bien? —le preguntó.

—Te lo agradecería mucho. El espacio me parece perfecto. No creo que a nadie le importe dejarlo para el lunes. ¿Qué te parece si te visito mañana con mis socios y nos explicas todo lo referente a menús y precios?

—Estupendo. ¿Quieres quedarte a cenar? Así pruebas nuestras exquisiteces —le sonrió coqueta.

—Gracias, me están esperando en el hotel. Pasé por aquí para asegurarme de que seguías en esta dirección. Mañana nos vemos y cerramos el asunto de la cena, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Hasta mañana —lo despidió.

—Tú solo ligas con guapos —ironizó Joan—. ¿Qué le vas a contar a *El Hermoso* a propósito de esta visita?

—Nada. Es un amigo que viene a celebrar una cena en los salones con su gente. No necesito dar más explicaciones. Lo que me jode es tener que abrir en nuestro día de descanso... Pero es lo mínimo que podía hacer por Richard. Se lo debo por la semana de lujo y desenfreno con la que me obsequió en Miami Beach.

—Espero que nos invites a la fiesta. Seguro que el sueco tiene algún socio tan guapo como él —comentó Joan.

—Si lo tiene, descuida que me lo ligaré yo y tú te quedarás patidifusa —lo provocó Caballo.

El día de la cena con los suecos, Alexander sí se acordó de que era lunes y, a la hora de comer, comunicó a Adriana su deseo de que durmieran juntos esa noche.

—Todas las noches que quieras, aunque este lunes no libro. Tendrás que esperarme en la habitación.

—¿Y eso? ¿Qué cliente tan importante merece que abras los salones un lunes, tu único día de descanso?

—Una multinacional farmacéutica sueca que inaugura fábrica en la República Checa. Conocí a uno de sus socios en Miami. Vinieron la semana pasada y les encantó el espacio. Les ofrecí celebrar la cena el día de descanso porque no tenemos fechas disponibles próximamente. No me interesaba perderlos como clientes.

—De acuerdo, te esperaré. ¿Habrá fiesta después de la cena?

—Sí. Suele ocurrir en estos casos, pero no te preocupes. Dormiremos juntos, aunque sea poco y tarde.

Para la velada con los suecos, Adriana se puso un vestido de seda con zapatos a juego y adornó su escote con un valioso collar de perlas heredado de la abuela. Joan apareció trajeado de Hugo Boss, como en todas las ocasiones que presentía interesantes; y Caballo, en su línea: pantalón paquetero y camisa brillante. La anfitriona cenó con sus clientes. Sus amigos llegaron más tarde, a la hora de la

fiesta, y se decepcionaron. Los invitados no eran suecos rubios y guapos como ellos creían, sino checos de los vulgares con sus esposas gordas y catetas, que se divertieron a lo grande pasando revista a muebles, cuadros, lámparas y estatuas.

—Ya os lo advertí —recordó Adriana—. Yo sabía que la fiesta la daban para sus empleados. Suecos hay cinco, que son los socios. ¿No tenéis bastante con ellos? A mí me parece que están estupendos.

—Yo sí. Ya le he echado el ojo al que está hablando con tu Richard —le mostró Caballo con un gesto.

—Mi Richard, no. Será el Richard de su esposa —puntualizó ella—. A mí, con mi Alexander de mi vida, me basta y me sobra. Y sobre el que habla con Richard estás en lo cierto. ¡Menudo cuerpo serrano!

—Ya ves. El problema es que la Simoneta se ha puesto muy pesada y no me deja ligar a mi bola. Tendré que deshacerme de ella si quiero comerme alguna rosca —comentó Caballo dedicando al catalán un gesto burlón.

La fiesta siguió y los invitados se disputaban sonrisas y atenciones de la anfitriona. Uno de ellos, argentino afincado en Estocolmo, propuso a Adriana tocar unos boleros al piano.

—Adelante. Para eso está —lo animó ella.

Richard le pidió que bailaran y Adriana aceptó sin saber que, desde el extremo superior de las escaleras, los ojos de su amado no se perdieron ni un solo detalle de ese baile. Cuando el sarao terminó y subió a la habitación, Alexander se lo hizo saber.

—Tú has tenido algo con ese hombre. Lo vi en vuestras miradas cuando bailabais.

—¿Con qué hombre? ¿Me has visto bailar?

—No te hagas la sueca, y nunca mejor dicho. Me asomé para ver cómo iba la fiesta y me ardió la sangre al verte bailando tan pegada a él. Estoy seguro de que hubo algún lío entre vosotros. Necesito confirmarlo.

—¿Y qué quieres confirmar? Lo conocí en Miami y desgasté los tacones de varios pares de zapatos bailando con él en las discotecas de moda. Pasamos muchas horas juntos. Recorrimos la avenida marítima en un descapotable rojo que Richard había alquilado, nadamos, tomamos el sol y nos reímos hasta reventar. No todo es sexo en la vida. Hay otras sensaciones que no te puedo explicar porque no sales a ningún sitio conmigo. Me gustaría darte un consejo para que no te obsesiones con lo que hago cuando no estás —le sonrió.

—Adelante. Te escucho.

—No vuelvas a dejarme. Así no tendrás ese problema.

—No me pidas lo que sabes que no puedo darte.

—¿Y qué pretendes? ¿Quieres que me encierre en la habitación a llorar por ti y que no salga hasta que vuelvas? No me jodas, Alexander. Pintar las guerras es tu vida, no la mía. Siento mucho todas las guerras del mundo, pero no puedo hacer nada para evitarlas. Ni tú tampoco, por mucho que las pintes. Tus cuadros estaban colgados en el castillo de Rambouillet y no sirvieron para que se firmara la paz. Lamento hablarte así, pero es lo que pienso. Las guerras responden a intereses espurios de los políticos y los poderosos. No van a desaparecer porque tú las pintes y la gente de a pie se conmueva mirando el horror plasmado en tus lienzos. El día que vuelvas a salir por esa puerta haré las maletas y me marcharé detrás. Arriesgas tu vida cada vez que te vas a la guerra y no entiendo cómo tienes valor para hacerlo, después de lo que has sufrido. Te amaré siempre, con todas mis fuerzas, y no me cansaré de repetírtelo. Sin embargo, no seré partícipe de tus locuras, ni espero sufrir por ellas más de lo que ya he sufrido. Tú mismo me has sugerido en alguna ocasión que dedicara mis fuerzas a pensar más en mí y menos en ti. Me estoy aplicando el cuento, ya ves.

—Déjame que te abrace, preciosa. Te entiendo. Lo que ocurre es que tengo miedo a volver un día y encontrarte en los brazos de otro hombre, y a que le des a él el amor que me das a mí.

—Eso significa que me quieres.

—Claro que te quiero, Adriana. Bésame, bésame mucho.

—Dilo en español, por favor. Nunca lo he escuchado de tus labios. ¡Lo necesito tanto!

—Te quiero, te quiero —le repitió con su acento extranjero, mientras acariciaba sus pechos y aspiraba el suave perfume de su cuello.

Le hizo el amor con todas sus fuerzas, hasta llegar a lo más profundo de su ser. Al tiempo que la penetraba, le pedía que le dijera que ningún hombre había estado dentro de ella de ese modo, y que nadie podría desearla tanto ni hacerla tan feliz. Adriana, que esa noche unía al ímpetu de su amado el placer que sintió al escuchar un te quiero de sus labios por vez primera, estaba muy excitada y le pedía que siguiera, que no terminara nunca. Que sentirlo dentro de su cuerpo era lo mejor que le había pasado en la vida y que no había nada en el mundo comparable a su amor. Terminaron de amarse sin darse cuenta de que el preservativo se había quedado en el interior de la vagina. Al cabo de un rato, él, que siempre se encargaba de quitárselo y tirarlo a la papelera, lo echó en falta y lo buscó entre las sábanas.

—El condón no aparece por ningún sitio. Puede que se haya quedado dentro, ¿lo notas?

—No, pero eso no quiere decir que no esté. Búscalo con tus preciosos dedos.

Recorrió su interior con dos de sus largos y delgados dedos. Ella volvió a retorcerse y a gemir de placer, hasta que su compañero extrajo el preservativo vacío.

—Mira, se rompió y se ha vaciado. Todo el semen se ha quedado dentro.

Al escucharlo, Adriana levantó piernas y torso y sujetó su cintura con las dos manos hasta

quedarse en posición vertical, cuerpo y cabeza formando un ángulo recto. Mantuvo esa postura durante unos minutos.

—¿Qué haces? —preguntó él, intrigado.

—Aprovecharme del incidente para intentar quedarme embarazada con el método de Antonia. Lo vi en una película holandesa que me encantó. Espero que funcione.

—Yo no quiero ser padre, y tú nunca me habías dicho que quisieras tener un hijo.

—¿Para qué, señor *No*? Llevas siempre un condón en el bolsillo y jamás, por más fogosa que pintara la ocasión, te has olvidado de ponértelo. Estaba claro que no querías dejarme embarazada. Por eso nunca te lo he pedido. Ni siquiera yo me lo había planteado, pero la naturaleza es sabia y estoy a punto de cumplir los 39. O soy madre ahora o no podré serlo nunca. No me gustaría morirme sin tener esa experiencia. Ya lo sabes y no te pido nada. Yo cuidaré de mi hijo, si es que llega y tú decides no hacerte responsable.

—De nuestro hijo, querrás decir.

—Nuestro o solo mío, depende de ti. En cualquier caso, yo lo amaré por los dos. Te lo aseguro.

—Está claro que lo deseas. Respecto a mí, voy a decirte algo una sola vez y quiero dejártelo muy claro, Adriana: mi propósito no es traer un hijo a un mundo donde la codicia es el valor imperante y donde la vida de ese niño puede cambiarse por un trozo de tierra, un puñado de dólares o un barril de petróleo. He visto morir a demasiados niños y en algunas ocasiones he optado por conservar mi vida antes que salvar la de ellos. No podré mirar a mi hijo con los ojos limpios después de haber vivido lo que me ha tocado vivir.

—Y lo que tú mismo te has buscado, Alexander. Sí, te tocó vivir el sitio de Sarajevo y el suicidio de tus seres queridos. Lo demás lo encontraste en tu afán por pintar las guerras del mundo. Te servirá para acallar las voces de tu conciencia porque no has analizado otro modo de silenciarlas, pero no parará las guerras. Son tan antiguas como el ser humano, aunque no todas las personas tenemos por qué vivirlas. Yo no lo he hecho y mi hijo tampoco lo hará. Mis padres las vivieron y han traído cinco hijos a este mundo. Y el tuyo, si me quedo preñada, lo celebrará y se alegrará en el alma. Ahora prefiero que dejemos el tema, ¿de acuerdo?

Se olvidaron del asunto y volvieron a amarse. Él se puso el preservativo.

A la mañana siguiente, una Adriana ilusionadísima con la posibilidad de ser madre agarró el teléfono y le contó la novelería a su hermana como si le revelara la exclusiva del milenio. Le habló del fallo del condón, del método de Antonia y de sus ganas de quedarse embarazada. Según Ana, lo tendría muy fácil porque las mujeres de la familia eran muy prolíficas y al más mínimo descuido se quedaban preñadas. Puso el ejemplo de la madre, que tuvo cinco hijos sin buscarlos; y el suyo propio, cuya segunda criatura fue concebida con un dispositivo intrauterino dentro de su cuerpo. Le preguntó si se había duchado después de hacer el amor y, ante la respuesta negativa, respiró hondo y

le pidió que no lo hiciera en las próximas veinticuatro horas.

No habló con nadie más sobre el asunto de su posible maternidad. Ni siquiera con Alexander. Varios días después, él recibió la llamada de Ginebra que tanto miedo producía a su pareja. Estaban terminando de comer y ella se echó a temblar. Sin embargo, para alegría y sorpresa de todos, no le pidieron que se marchara a Chechenia ni a ninguna otra guerra. Le anunciaron que más de una veintena de diarios y cadenas televisivas de todo el mundo habían solicitado entrevistarlos. Numerosos periodistas tuvieron la ocasión de admirar sus cuadros en Rambouillet y en otros lugares. En aquel entonces, sus dibujos de Zaire estaban expuestos en Ginebra, en la sede de la Cruz Roja Internacional, y la obra firmada por Alexander K. empezaba a despertar interés. Por respeto a su intimidad, el Gabinete de Comunicación de la Fundación suiza no quiso facilitar su número de teléfono privado, pero insistieron en la necesidad de saber cómo deseaba atender a los medios y le ofrecieron organizar una rueda de prensa en la sede central de Ginebra para satisfacer de una vez todas las peticiones. La timidez del artista impidió el acuerdo. Alexander justificó su desinterés en la falta de tiempo para atender a la prensa y en su poca facilidad para las relaciones sociales. Su interlocutor insistió en que pensara con calma sobre el asunto y le aseguró que volvería a llamarlo. De nuevo en la mesa, relató a los suyos la conversación mantenida. Tras celebrar que el motivo de la llamada no fuera un viaje a Chechenia, Adriana le recriminó su actitud de negarse a atender a los medios.

—Perdona que intervenga en este asunto, pero no tienes razón. Estabas en los campos de batalla viendo lo que dibujabas. El interés por tu pintura y tu persona se percibe mezclado. El artista no es ajeno a su obra, y mucho menos en tu caso. La gente quiere saber lo que pasaba por tu cabeza en tal o cual guerra y los periodistas que han solicitado entrevistarse contigo te buscarán y te localizarán. No lo dudes.

—¿Y qué sugieres, que deje de pintar y me pase el día recibiendo a la prensa?

—No necesariamente. Se puede solucionar de varias formas. O convocando una rueda de prensa en la que atiendas a todos a la vez, o realizando una grabación en el ático y distribuyéndola a los medios interesados.

—Veo que también sabes cómo manejar a la prensa. Podrías ayudarme a tomar la decisión más adecuada. Cuando vuelvan a llamar de Ginebra te pasaré con ellos y lo gestionas en mi nombre, ¿qué te parece?

—Muy bien. Algo entiendo después de casi diez años de trabajo rodeada de periodistas. Depende de lo que a ti te apetezca o te resulte más cómodo. La rueda de prensa tiene la ventaja de que liquidas el asunto de un plumazo, y el inconveniente de que te pregunten por los suicidios de tus familiares y te pongas nervioso. Si realizamos la grabación aquí tendremos que tocar esos temas, por supuesto. La



diferencia está en que lo haremos a tu modo, con la respuesta preparada y la posibilidad de repetir hasta que el resultado te convenza.

—Eso está mejor. Pero la grabación tendría que realizarla un periodista, ¿verdad?

—Por supuesto. Alguien de la Fundación, supongo. También podría llamar a Juanjo a Berlín y negociarlo con él. Intentaré alcanzar un acuerdo para que ceda a la Fundación los derechos de distribución de la cinta.

—¿Y qué se llevaría él a cambio? ¿Por qué va a querer ceder su grabación a otros?

—Porque si se niega, tampoco la tendrá él. Y si se presta a cederla a los demás, le daremos el privilegio de ser el primero en emitirla. Aunque Martín y Alfonso, a quienes ya conoces, me tiren de los pelos —bromeó.

—Está claro que entiendes del asunto, así que lo dejo en tus manos. Voy a seguir pintando.

—¿Con qué andas ahora?

—Con el óleo de una aldea kosovar en llamas. Sube a verlo si te apetece. Sabes que no me molestas.



# XVIII. AMAR DEMASIADO

Pasaron los días y el destino se amoldó a los deseos de Adriana. Lo que había soñado en las noches anteriores se hizo realidad. La regla no le bajó en la fecha esperada ni tampoco en las jornadas siguientes. Había llegado el momento de comprobar si estaba o no embarazada. Por primera vez habló de su posible estado de buena esperanza con alguien distinto a su hermana y no fue Alexander, sino Milena. El ama de llaves se encontraba a su lado en la habitación cuando el test de embarazo confirmó lo que ella ya percibía: que la semilla del amor había fructificado en su cuerpo. Ahora tendría un hijo y nunca más se sentiría sola.

Radiante de felicidad, comunicó las buenas nuevas a su amor y al señor Korac; a sus padres, al resto de la familia y a sus íntimas de Praga y de Madrid. Se alegró en el alma al conocer la decisión de su madre de volver a la mansión de la Plaza de la Paz para estar junto a ella cuando llegara el momento. Era consciente de que no podía contar con el padre de la criatura que llevaba en su vientre. De hecho, él fue la persona que menos celebró su estado de buena esperanza. Se limitó a prometerle que la cuidaría y la mimaría durante el período de gestación. Adriana no atribuyó tal generosidad a un deseo real y sincero, sino a una especie de compromiso de gratitud por el amor infinito que ella le mostraba a diario, marcado con el sello y la fuerza característica de las mujeres Mákourkova; a sus desvelos por hacerlo feliz sabiendo que no alcanzaba a conseguirlo; y a la entrega sin fisuras que le había regalado desde la misma noche en que se conocieron en el Black Horse. No obstante, las atenciones y las tiernas miradas que le dedicaba el padre de su futuro hijo contribuyeron a que olvidara que el corazón del hombre al que amaba con una intensidad exclusiva de las hembras de su casta tenía un lado oscuro e inaccesible, al que nunca había entrado porque se lo encontraba cerrado a cal y canto cada vez que lo intentaba. Olvidó sus desplantes; las veces que le había pedido, llorando a lágrima viva, que permaneciera a su lado; y su pasividad al verla sufrir... Olvidó, incluso, que el mundo seguía girando con sus grandezas y sus miserias, sus dichas y sus desgracias.

Tal como le pidiera Alexander, Adriana gestionó en su nombre el primer encuentro del artista con los medios de comunicación interesados en dar a conocer su obra. Por suerte, el director de Comunicación de la Fundación de Estudios para la Paz era un suizo descendiente de emigrantes españoles con el que congenió de maravilla. Acordaron que el equipo de TVE realizara una grabación general en el ático, donde se tocaran los temas requeridos por los periodistas, y que cediera la cinta a la Fundación para distribuirla. A cambio, le otorgaban el derecho a emitir en primicia su propio reportaje, que se realizaría en la misma jornada.

El día de la cita, Adriana recibió a los medios en la entrada trasera de la mansión. Aún no se le notaba su embarazo. A la misma hora llegaron siete personas: cinco de la cadena española, capitaneados por Juanjo Vega, el corresponsal en Berlín; y dos de la Fundación suiza. La anfitriona

celebró especialmente que la encargada de realización fuese Vicky, una antigua compañera de su misma edad y promoción. Durante el resto de su vida, la realizadora guardó en su corazón el recuerdo de aquel fructífero encuentro.

Poco después llegó María Marcos con sus amigos los periodistas. Martín y Alfonso, por el hecho de ser los primeros que habían solicitado una entrevista con Alexander, fueron invitados a presenciar la grabación y a realizar las preguntas que consideraran oportunas. Previamente, pactaron no publicar nada hasta obtener el permiso del Gabinete de Comunicación suizo que, junto con Adriana, empezó a hacerse cargo de los asuntos del artista.

El resultado de aquella grabación constituyó un fuerte alegato por la paz en el mundo, en contraposición a la crueldad humana que se mostraba en muchas de las pinturas expuestas y en las que aún permanecían colgadas en las paredes del ático. Los informadores se conmocionaron ante la imagen del rostro aterrorizado de aquel muchacho a punto de ser degollado en Sarajevo, que el pintor no había sido capaz de finalizar. Alexander contestó con serenidad y soltura a la mayor parte de las preguntas, aunque se puso más nervioso y se trabó cuando el suicidio de sus seres queridos salió a la palestra. Pidió a los periodistas si no podrían obviar todo lo referente a dicho asunto. Adriana le aconsejó que se tomara un tiempo para reflexionar sobre la respuesta, se relajara y volviera a empezar. Le aseguró que no tenía sentido ocultar la realidad, pero que tampoco debía explayarse en la explicación de sentimientos íntimos que pertenecían a su vida privada y que no tenían por qué interesar a nadie. Tras la clásica discusión con Juanjo Vega acerca de la necesidad de discernir entre información y morbo, repitieron la toma varias veces y consiguieron salvar el escollo. Acto seguido, el pintor posó junto al óleo, aún sin acabar, de la aldea kosovar en llamas. Se apreciaba a los paisanos corriendo despavoridos y a un grupo de madres cargando cada una con varias criaturas en el cuadril. Fue entonces cuando los presentes conocieron la noticia de su futura paternidad. Martín, el periodista radiofónico, preguntó a Alexander cómo le había afectado saber que iba a ser padre mientras pintaba a esas madres desesperadas huyendo con sus hijos. Él lo miró con cara de pocos amigos y no le contestó. Tanto Adriana como Renato, el suizo, solicitaron a los informadores que evitaran las preguntas relativas a los sentimientos personales del artista y se centraran en la obra.

—Estos cuadros expresan claramente sensaciones bastante fuertes. En vuestras manos está —indicó Adriana dirigiéndose a todos— que su difusión responda a un fin similar al que motiva a Alexander a arriesgar su vida en las guerras de este mundo, y que no es otro que el de contribuir con su arte a la paz.

—Estoy de acuerdo con ella —asintió Renato—. Nosotros, como Fundación encargada de exponer y difundir esta obra, lo que pretendemos es que el público reflexione sobre los motivos que han ocasionado las situaciones de crueldad y horror que Alexander retrata con tanta maestría. Y que cada individuo que conozca esas pinturas piense cómo podría contribuir, personal y humildemente, a

la consecución de la paz. Si logramos algo en este sentido, habremos dado un pequeño paso de gigante.

A las dos de la tarde, Vicky, la realizadora, sugirió parar la grabación para comer y se ofreció a ayudar a Adriana a poner la mesa. Bajaban las escaleras del ático cuando la felicitó por su embarazo y le preguntó cuánto tiempo había tardado en conseguirlo.

—Tenemos la misma edad y yo no consigo quedarme. Llevo más de un año intentándolo.

—Puede que tu pareja sea estéril. Concebir no depende únicamente de las mujeres.

—No es el caso de Félix. Tiene dos hijos de una relación anterior.

—Entonces, prueba el método de Antonia. A mí me funcionó a la primera.

—¿Qué es eso? Cuéntamelo todo, por favor.

Adriana le habló de la postura que vio en aquella película y del buen resultado que obtuvo con ella. Ambas rieron durante un buen rato. Vicky le hizo varias preguntas acerca del tiempo que sería necesario mantener la complicada posición para conseguir el éxito, y le confesó que estaba deseando llegar a Madrid para probar el invento. Cuando se fueron los periodistas, ya de noche, Alexander se mostró satisfecho con la grabación. Seguían en el ático, ella tumbada en la cama estrecha y él, trasteando con sus pinceles. Se acercó, le acarició las mejillas y, mirándola a los ojos, le pidió que, como profesional del medio, opinara sobre el resultado.

—Te he visto muy bien, para ser la primera vez que te pones delante de una cámara. No es fácil mantener el tipo. Aún les queda el trabajo de edición, pero no te preocupes. Nos enviarán la cinta antes de emitirla.

—Te agradezco de corazón tu valiosa ayuda. Creía que no íbamos a terminar nunca con las preguntitas indiscretas. Ha sido un día muy largo, ¿no estás cansada?

—Sí. Menos mal que decidimos grabar un lunes. No hubiera tenido cuerpo para atender ahora un cóctel. De hecho, pensaba ir a mi habitación a descansar un rato.

—Te acompaño, ¿quieres?

—Por supuesto —asintió—. Te adoro.

—En ese caso no vas a descansar —le contestó riendo.

Terminó de recoger sus cosas y la cogió en sus brazos. Cargó su peso durante el largo trayecto desde el ático hasta la alcoba. Los escalones rojizos de bajada, el almacén del olvido, las cocinas, el comedor y, por fin, las anchas escalinatas que conducían al dormitorio. Al llegar, abrió la puerta, la tumbó en la cama y empezó a desabrocharle los botones de la camisa entre un mar de besos.

—¡Cómo te han crecido tus bonitas tetas! Me las voy a comer enteras —le decía apretando sus pechos con sus grandes manos—. La barriguita la tienes lisa todavía. Ya tengo ganas de verte gorda y redonda, como una bolita.

—No me achuches así los pechos, que me duelen. Más suave, por favor.

Su rostro cambió de repente y ella divisó en el azul de sus ojos el poso de amargura que invadía su ser.

—¿Qué ocurre? Es cierto que me duelen las tetas, ¿te sienta mal que te lo diga?

—No es por ti, tranquila. Me han asaltado negros recuerdos cuando te has encogido al tocarte el pecho. De una tarde en que María y mi hermano vinieron a visitarnos a casa de mis padres, cuando ella estaba en los primeros meses del embarazo de Sara. Entré en la cocina y los sorprendí en una situación similar a la que acabamos de vivir. Dusan le tocaba las tetas y ella se quejaba. Si hubieran huido conmigo a Praga, la niña sería ahora una adolescente, una muchachita de doce o trece años.

—Ya ha pasado, ya. Relájate y no te tortures. Tu sufrimiento no conseguirá devolverles la vida. Piensa en tu hijo. Él es el futuro y te enseñará a mirar el mundo con otros ojos. Con los ojos de la esperanza.

Adriana, pese al cansancio que arrastraba, se dedicó a mimarlo el resto del día. Le masajeó todo el cuerpo con aceite de almendras y lo regó de besos.

—Te voy a dejar tan a gusto que se te van a olvidar todas las penas —le susurraba segundos antes de introducir su pene, aún flácido, en la boca. Así, devorando todos los rincones de su intimidad, el tiempo parado, consiguió borrar el rictus amargo que asomaba poco antes a su rostro, inundándolo de placer.

—¿Te he dicho alguna vez que no ha habido mujer en este mundo que me haya hecho tan feliz en la cama como tú? ¡Qué gusto, qué lujo! —exclamó él con un gesto de satisfacción dibujado en su semblante.

—Sí, sí me lo has dicho. Y me siento muy orgullosa cada vez que lo escucho. Soy feliz haciéndote feliz. Te quiero tanto...

Uno de aquellos días estaba haciendo las cuentas del negocio en la habitación de la ventana cuando vio llegar a su amiga Katia, algo más gorda que ella e igual de pletórica. La rubia, modelo de profesión, se disculpó por no haber ido antes a darle la noticia, celebró el embarazo mutuo y le comunicó el interés de la agencia a la que prestaba sus servicios por alquilar los salones para realizar un catálogo de moda premamá. La suerte, la casualidad o el simple hecho de que ambas vivían en el distrito número dos de Praga las llevaron a escoger el mismo hospital público para dar a luz. Coincidieron, incluso, en la ginecóloga que iba a controlarles el embarazo: la doctora Nývanková, a cuya consulta acudía Adriana anualmente para las preceptivas revisiones. Sus barrigas incipientes pusieron los cimientos de la estrecha amistad que surgió entre ellas, y que sus hijos afianzarían con el transcurso de los años. Pasó el tiempo y las vio lucir sus orondas figuras por todas las tiendas materno-infantiles del centro de la ciudad. Juntas probaron cremas de belleza y compartieron

sensaciones tras las visitas a la ginecóloga, sin olvidar los secretos y temores de la dulce espera. Con una diferencia entre ambas. Paolo siempre estaba junto a su esposa en las citas con la doctora Nývákova, mientras que Adriana acudía sola o, en todo caso, acompañada por Milena.

El otoño volvió a inundar las calles de Praga con sus hojas marrones y a traer a los hermanos Molina a la mansión de la Plaza de la Paz. Cada año, el más señero de los eventos que se celebraban en los salones ocupaba la fecha del 12 de Octubre. Cambiaron los titulares de la Embajada, pero la Fiesta de la Hispanidad mantuvo su enclave a petición expresa de los residentes más veteranos. Se sentían muy cómodos con las nietas del doctor Beltrán, como llamaban a Adriana y a Ana los exiliados republicanos. Poco antes de tan señalada fecha, Alexander terminó el óleo de la aldea kosovar en llamas. Ya era un artista muy conocido. Los medios con mayor difusión del mundo recogieron el mensaje de sus cuadros, que con tanta fidelidad plasmaban el horror de las guerras, y transmitieron su grito en favor de la paz para regocijo de la Fundación suiza, que no cejaba en su empeño de mostrar la obra del pintor serbobosnio a lo largo y ancho del orbe.

Ana trajo a su hermana un precioso vestido de seda salvaje en color fucsia para que lo estrenara en la fiesta de la Hispanidad. Con apenas dos meses de embarazo, su vientre permanecía liso y el modelo le quedaba perfecto. Solo sus pechos, por razones obvias, sobresalían del escote algo más de lo normal.

—Estás impresionante. Más de uno se va a volver loco mirándote las tetas —la piropeaba Alexander.

—No si tú la acompañas —intervino Ana—. Este año es especial. Podrías hacer una excepción y estar en la fiesta con toda la familia. Mira que eres raro, de verdad.

—No te metas en esto, Ana. No vendrá. De nada sirve que le insistas o que le llames raro —terció Adriana.

—No soy la única. Su padre también se lo ha pedido. ¿Es que ninguno vamos a poder convencerlo?

—No. Te lo dice una experta que ya ni siquiera lo intenta —concluyó Adriana mientras el artista asentía

De punta en blanco, sin Alexander y con sus mejores sonrisas, los hermanos Molina recibieron a la colonia española residente en Praga por quinto año consecutivo. La de la Hispanidad era, de todas las fiestas que acogían los salones, la que más les gustaba. De hecho, era la única a la que ninguno había faltado.

—Este año es especial —bromeaba Javi—. Por ser el quinto y porque somos uno más —comentaba el benjamín de la familia tocando el vientre de su hermana mayor.

—No seas exagerado. Todavía es un poquito de niño, como dice mi amigo Caballo.

El aludido se encontraba a sus anchas dando instrucciones a los camareros y cuidando los últimos

detalles. Él también era un clásico del 12 de Octubre. Se encargó de organizar el evento el primer año y, en vista del éxito obtenido, repitió los siguientes a petición de Adriana y por su propio gusto. Su experiencia en saraos lo dotaba para estar a todo: a la intendencia, a los modelos de las invitadas, a los ligues y al cotilleo; a quién merecía la pena y con quién resultaba inútil mantener una conversación. Caballo presentía una noche especial, por el hecho de que su amiga protagonizara dos de los chismes más jugosos: el de su “poquito de niño”, que él desconocía si ya era asunto público; y el de la creciente notoriedad de Alexander, lo cual sí que era vox populi. Después de haberse lucido, junto a sus cuadros, en una multitud de cadenas de televisión, su posible asistencia al evento levantaba la expectación de gran parte de los invitados. Él, que lo había visto en la televisión checa, estaba deseando felicitarlo por lo guapo que salía y lo tranquilo que hablaba, aunque dudaba que Adriana lo hubiera podido convencer para que la acompañara. Al empezar la fiesta, y tras piropear a su amiga por sus vistosas tetas, le pidió permiso para subir al ático a buscar al pintor.

—A ver si eres capaz de traértelo —le espetó ella.

—Ahora mismo lo intento.

—¡Es una broma! No vayas, por favor. No conseguirás nada, y ahora sí que te hablo en serio.

Adriana ignoraba que, un rato después, sería ella misma la que tendría que ir a buscarlo. El embajador había oído hablar de Alexander, lo había visto en televisión y le insistió en su interés por conocerlo.

—¿Cómo sabe usted que vive aquí? En el reportaje no salía la casa. Solo se mostraba el interior del ático.

—Ya. No va a crearme, pero estoy interesado en conocer su obra desde que me destinaron a Praga. Si no le pregunté el año pasado, cuando asistí a mi primera celebración de la Hispanidad en esta casa, fue porque me enteré de que no estaba en la ciudad, sino en la guerra de Kosovo, ¿verdad?

—Así es. ¿No va a contarme por qué sabe tantas cosas de Alexander?

—Uno de los primeros consejos que me dieron cuando llegué a Praga fue que siguiera celebrando las fiestas de la Hispanidad en estos salones. Me hablaron de usted y, de paso, de él. De sus estremecedoras pinturas en el Sarajevo sitiado y en otras guerras del mundo, y de su grito desesperado en favor de la paz.

Adriana identificó a su informante con Palomares, el director del hotel Kapital. María se lo confirmó.

—Estuvo cenando con mi jefe y la pija de su esposa poco después de llegar a Praga. Ya sabes que a Nelsy le encanta presumir de amistades importantes. No le faltó tiempo para contarme, toda orgullosa, que habían informado al nuevo embajador sobre los miembros más relevantes de la colonia española aquí. Con eso está todo dicho. Avisa a Alexander, corre. No es frecuente que un



embajador se muestre interesado en conocerte.

—Sí. Ahora mismo subo.

Como de costumbre, él salió a recibirla cuando escuchó el ruido de sus tacones.

—¿Vienes a visitarme, o a convencerme para que baje? —le preguntó tras besarla en los labios.

—A lo segundo. Y no por iniciativa mía, que conste. El embajador desea conocerte.

—Dile que estoy dormido.

—No. Haz el favor de cambiarte y bajar a la fiesta. Si quieres promocionar tu obra, vas incluido en el pack. Quien está interesado es el embajador de España, no un cualquiera.

—Estas son las consecuencias de salir en la tele —lamentó en tono seco.

—Te equivocas. Palomares le habló de ti cuando llegó a Praga. Me lo ha confirmado María. Y si el año pasado no me preguntó fue porque sabía, también por Palomares, que estabas en la guerra de Kosovo.

Muchas caras se volvieron cuando el bello Alexander apareció en los salones de la mano de Adriana. Ella le dijo al oído que estaba orgullosa de ser la pareja del hombre más observado y admirado de la fiesta.

—Me miran tanto porque me han visto en la tele. ¿Quién es el embajador? Lo saludo y me vuelvo al ático.

—No lo veo ahora mismo. Vamos a preguntarle a Caballo.

—¡Pero qué reguapísimo estás! —lo saludó este último examinándolo de arriba a abajo—. Tanto como en la tele. Qué bien saliste y qué tranquilo hablabas. Hoy llevas la misma ropa. Estás estupendo —lo piropeó.

—Gracias. Tu amiga insistió en que me comprara este traje para la grabación. Es el único que tengo. ¡Cuánta gente! ¿Sabes dónde está el embajador? He bajado únicamente para saludarlo.

—¡Si te vas luego, no te lo digo! —bromeó—. En el comedor, con los mayores —le indicó.

Antonia la gallega, la entrañable anciana amiga de la abuela Adriana y de Milena, se levantó haciendo grandes aspavientos al verlos entrar en el recinto.

—¡Qué ganas tenía de conocer a tu novio, Adriana! ¿Me das un beso, guapo?

—Por supuesto. Dos, a la española —se acercó él.

Tras dejarlo con el embajador, Adriana se sentó junto a Antonia y Carmela, su hija.

—Te veo muy hermosa de delantera, ¿no estarás esperando? —le preguntó la anciana.

—Sí señora, ¿cómo lo ha adivinado? Es muy pronto, aún tengo el vientre liso.

—Fui matrona y sé que esos pechos tan hermosos son de preñada. Debes lavártelos con agua fría y jabón de glicerina, para que luego no se deformen ni se queden estrías. Consúltame todas las cosas que te preocupen y no dudes en llamarme si necesitas algún consejo. Estás muy contenta, ¿verdad? Lo dice tu cara.

—Estoy encantada, deseando ya que se me note la barriguita. También un poco nerviosa. La ginecóloga me ha advertido de que, al ser primeriza y con 39 años, se trata de un embarazo de riesgo.

—¿Treinta y nueve años tienes ya? ¡Quién lo diría! Las mujeres de ahora os cuidáis de maravilla. Tú, tranquila. Tendrás un niño sano y muy hermoso. Te lo dice la Antonia, que tiene mucha experiencia.

—O una niña.

—No. Esa cara tan lozana es de parir varón. Ya me lo contarás.

Adriana pensó que se trataba de un comentario con tintes machistas y no le dio ninguna importancia. Para mayor gozo, Alexander permaneció en la fiesta hasta el final. Una serie de circunstancias coincidieron para darle esa alegría. Primero, que el embajador, tras admirar las pinturas en el ático, y cuando él pensaba aprovechar la ocasión para quedarse allí, le pidió que volvieran juntos a los salones y siguieran conversando un rato. Después, fueron Pamela y Bojan quienes lo retuvieron.

—Apenas te vemos. Quédate, por favor —insistieron a dúo—. ¿Te dan alergia las fiestas, como dice Caballo?

—Puede que tenga razón. Estoy cansado de escuchar que salí muy guapo en la tele. Es increíble que, salvo el embajador, ninguno de los que aseguran haberme visto haya hecho el más mínimo comentario sobre la obra o las guerras que he vivido. Ven un reportaje de este tipo y lo único que piensan es que soy guapo. Y no me felicitan por mis cuadros —lamentó—, sino porque hablo un poco de español. ¡Qué frivolidad!

—No te lo tomes a mal —le aconsejó Pamela—. Al menos, lo vieron y algo habrán retenido. Si hubieras sido feo habrían cambiado de canal —bromeó—. Es bueno que hablen de ti y hoy estás triunfando. Me atrevo a decir que, por primera vez en las fiestas de la Hispanidad, alguien ha quitado el protagonismo a las hermanas.

—Te aseguro que no ha sido mi intención. Si queréis que me quede no os mováis de mi lado. Me da mucho corte que me digan que salí muy guapo en la tele. Me pongo colorado y no sé qué responder.

—Hecho. Te espantaremos a las moscas y hasta contestaremos por ti —lo tranquilizó Bojan, riendo.

—Espero que ahora nos veamos más. No deberías irte a ninguna guerra antes de ser papá —terció Pamela.

—Eso no puedo saberlo. No me iré de momento.

Y así fue. Avanzaba la estación fría y, con ella, iba cambiando el cuerpo de Adriana. A los cuatro meses de gestación fue a la consulta de la doctora Nývákova para la preceptiva revisión y volvió a la

mansión pletórica de felicidad. Milena y el señor Korac la vieron acercarse, el paso corto y la sonrisa ancha, desde la habitación de la ventana. Llevaba en su rostro la satisfacción de saber que un varón sano se afianzaba y crecía en su vientre. Ambos la felicitaron y la abrazaron. También Alexander se mostró contento cuando le confirmó, nada más llegar al ático, que las previsiones que hiciera Antonia la gallega el día de la Hispanidad se habían cumplido. El artista le confesó que celebraba tener un niño, porque una niña le hubiera recordado a su sobrina muerta. Con los ojos húmedos, le mostró el cuadro, ya finalizado, del muchacho de Sarajevo.

—Su expresión me resulta tan sobrecogedora que casi no puedo mirarlo. Lo siento —se disculpó ella.

—Tranquila, lo entiendo. Cuando se seque la pintura lo cubriré con una sábana hasta que se lo lleven. Lo importante es que a partir de ahora mismo me voy a dedicar a ti.

Se acercó y la estrechó en sus brazos. Le besó los párpados, los pómulos y los labios.

—La doctora dice que debo caminar, al menos, media hora diaria. ¿Me acompañarás? —inquirió.

—A pasear y al fin del mundo, si me lo pides.

El embarazo de Adriana consiguió lo que hasta entonces le parecía un sueño imposible: salir diariamente a la calle junto a su amor. Todas las mañanas enfilaban, de la mano, la avenida Vinohradska y recorrían el bulevar de Wenceslao hasta la Plaza Vieja, llena de turistas que contemplaban el mítico reloj solar. A ella le gustaba mirar los escaparates de los clásicos comercios de cristalerías de Bohemia, recorrer la calle Pariská con sus palacetes restaurados y sus tiendas de lujo... Ante sus ojos, todo se presentaba radiante en aquel tiempo fecundo y esperanzador. Los edificios se mostraban más esbeltos y más limpios y la sonrisa se asomaba a los rostros de los viandantes. Cosa extraña en Praga, donde la población local andaba siempre con el ceño fruncido. Caminaban por el aristocrático barrio de Mala Strána y cruzaban, confundidos entre la multitud de turistas, el legendario puente de Carlos. A veces visitaban a Pamela en su estudio, cercano al río, y paseaban por la orilla del Vltava contemplando el curso de sus aguas plateadas. Ella se sentía orgullosa de su compañía. Ya llevaban cinco años juntos, aunque su historia de amor había transcurrido entre las paredes de la mansión. Ahora, esperando un hijo suyo y pletórica de felicidad, Adriana no desaprovechaba la ocasión para contar a los cuatro vientos que Alexander y la criatura que llevaba en su vientre eran lo más preciado que la vida se había dignado a regalarle. Otras veces se paraban en la cafetería del hotel Kapital y Caballo, encantado de ver a su amiga “tan guapa y tan bien acompañada” se deshacía en atenciones con la pareja. Alexander siguió sin pintar y pendiente de ella durante el período de gestación. Solo se separaban cuando Adriana tenía que atender algún evento y él se quedaba charlando con su padre. En aquellos días invernales de la dulce espera recibió una llamada de Vicky para confirmarle que el método de Antonia también había funcionado con ella. Ambas celebraron, emocionadas, la eficacia del invento.

—Me alegro de corazón, Vicky. Ya verás lo a gusto que te sientes. Cuídate mucho y no te olvides de las cremas. A nuestra edad son muy importantes para que no salgan estrías en el pecho y en el vientre.

—Seguiré tu consejo —aseguró la realizadora. Debes entender mucho de cremas porque siempre has sido una gran aficionada a los potingues. Recuerdo que nunca faltaban en el cajón de tu mesa de trabajo y que te encantaba pedir muestras de todo tipo en la farmacia.

El primer día del año 2000 y del siglo XXI amaneció nevando. Aún con los ojos pegados, Adriana miraba caer los gruesos copos desde la ventana del dormitorio. A su lado, Alexander dormía plácidamente. “Me muero de ganas por comerte a besos” —pensaba para sus adentros. “¡Cuánto te quiero! Nunca podría imaginarme que llegaría a amar con esta fuerza”. Se acordaba de su madre. “Con la fuerza de las mujeres que aman demasiado, de las hembras Mákourkova”. Lo besó en los labios y él abrió los ojos.

—¡Buenos días! —la saludó. Se incorporó y miró por la ventana—. ¡Cuánto nieva! —exclamó.

—Mi abuela decía que las nieves traen buena ventura. Y a nosotros nos traerán algo más importante: el fruto de nuestro amor —comentó ella acariciándose el vientre.

—Estás muy guapa. La maternidad te embellece aún más.

Las yemas de sus largos dedos se paseaban por sus pechos.

—¡Cómo disfruto acariciando tu piel suave! Voy a comerte entera —le dijo al tiempo que se levantaba de la cama y se ponía el pantalón del pijama.

—¿Dónde vas? —quiso saber ella.

—A buscar mermelada de fresas —le contestó sonriendo y tirándole un beso.

Adriana pasó el embarazo gozando del amor y disfrutando junto al ser amado de los cambios que experimentaba su cuerpo. A los seis meses de gestación, la doctora Nývákova le anunció el inicio de las clases de preparación al parto, a las que asistiría dos veces por semana. A petición propia, la ginecóloga la incluyó en el mismo grupo de futuras madres donde ya estaba apuntada su amiga Katia, que pariría un mes antes.

En el ático, Alexander recibió al director de Comunicación de la Fundación suiza. Renato llegó a Praga para llevarse algunas pinturas ya acabadas y anunció al artista que serían expuestas en el MOMA de Nueva York. El museo iba a organizar una muestra especial sobre la crueldad en los campos de batalla de fin de siglo y sus cuadros, junto a fotografías de los más reputados corresponsales de guerra, ocuparían tres salas. El secretario general de la ONU inauguraría la exposición. Habría conferencias y debates sobre guerra y paz, y la Fundación consideraba importante su asistencia. Él volvió a negarse poniendo como excusa el estado de su compañera. Aseguró que no quería dejarla sola y que Adriana no aceptaría subir a un avión con siete meses de embarazo, los que

tendría para entonces. Su interlocutor intentó convencerlo alegando que todo artista debía considerar la promoción de sus creaciones como otra parte de su trabajo. Y más, en su caso, donde no se trataba solo de arte, sino de concienciación contra las guerras. El pintor le agradeció la labor de difusión que hacía la Fundación con su obra y lo animó a seguir propagando el mensaje de paz que contenía. En un momento de la conversación, Renato se sorprendió por su falta de interés en la venta.

—Nunca he querido vender nada. Hace poco pasó por aquí un ricachón amigo de Adriana, un tal mister Stancovich, para ver los lienzos que tenía en el ático. Le insistí en que no estaban en venta. Se trataba de uno de esos tipos convencidos de que todo en el mundo se puede comprar con dinero. Me habló de cifras desmesuradas. Lo corté en seco y no le permití que siguiera ofertando. El dinero no me interesa. No necesito comprar tantas cosas, ni emplearlo en las tonterías propias de las sociedades consumistas.

—Tu forma de pensar me parece muy loable. Que pintes sin ánimo de lucro, con la única intención de dar a conocer el horror de las guerras, y que te conformes con lo que te pagan por los derechos de cesión de tus cuadros es tu decisión personal. No obstante, te recuerdo que ya no debes pensar exclusivamente en ti. Vas a tener un hijo. Yo también soy padre y por tal razón me permito aconsejarte. ¿Qué ocurrirá si mueres en una guerra? He hablado con Pierre, nuestro presidente, para que elaboren un documento cediendo a tu futuro hijo la titularidad de la obra si tú faltas. Y, mientras sea menor de edad, a Adriana y a tu padre, como es lógico.

Alexander se sorprendió por la propuesta. Ni la posibilidad de morir en la guerra ni la importancia del dinero estaban en sus pensamientos. Mucho menos, en aquellos días. Quedaba poco tiempo para que naciera su hijo y no pensaba marcharse antes del parto. Fue entonces cuando Renato le anunció que la Junta Directiva de la Fundación había planteado la necesidad de llamar la atención sobre los conflictos olvidados del mundo: las guerras civiles de África y, en concreto, la de Sierra Leona. Le contó que estaban organizando el viaje de un grupo de personas, el artista entre ellos, de la forma más segura posible. No le habló de fechas concretas por la dificultad que entrañaba preparar esos desplazamientos, donde ni siquiera estaba claro que pudiesen alcanzar el campo de batalla en las condiciones deseadas. Finalmente, le pidió que, en caso de marcharse, no lo hiciera sin firmar antes el documento referido. Para no preocupar a Adriana, él le habló solo de la muestra de Nueva York. Obvió el asunto de Sierra Leona y también el del contrato de cesión. Sí comentó ambos temas con su padre. De charla en la intimidad del ático, el señor Korac mostró su disgusto por el posible viaje. Le suplicó con vehemencia que no volviera a arriesgar su vida y que pensara en la criatura que estaba a punto de nacer. Una personita indefensa que no le había pedido venir al mundo para quedarse solo.

—No fui yo quien quiso traer un hijo a este mundo, te lo recuerdo. Además, no se quedará solo. Tiene a su madre. Si me avisan me iré —expresó tajante.

—¿Aunque sea antes de que nazca?

—Si lo necesitan, sí. Los padres de Adriana vendrán para estar con ella, y os tiene a Milena y a ti. No soy imprescindible y no puedo irme a la guerra cuando me apetezca, sino cuando las circunstancias lo permitan.

—No entiendo nada de lo que me estás contando, Sasha. ¿Cómo pueden importarte más unos pobres desamparados en la lejana África que el sufrimiento de la madre de tu hijo?

—Ella es fuerte y le sobran cuidadores. De esos pobres desamparados no se acuerda nadie. Yo considero que debo hacerlo. Os quedaréis protegidos si algo me ocurre. En Ginebra van a preparar un contrato para ceder a mi futuro hijo la titularidad de mi obra, que tendréis Adriana y tú mientras él sea menor.

—Me parece bien que tomes esas precauciones si piensas irte de nuevo a la guerra. No obstante, sabes que a ella no la consolarán. No tiene problemas económicos y se las arreglará para cuidar de vuestro hijo si no vuelves con vida. Pero no deberías portarte así con quién tanto amor te ha dado, hijo. Me da mucha pena verla sufrir. A veces, cuando te has marchado, se ha encerrado en su habitación y se ha pasado días enteros llorando, sin querer ver a nadie y casi sin comer. En su avanzado estado de gestación no sé cómo soportará el golpe. Piénsalo bien —le advirtió—. Las consecuencias pueden ser fatales.

—Adriana es más fuerte de lo que creéis todos, te lo aseguro. Y sabe vivir sin mí. Ya nos lo ha demostrado con creces. Se sobrepondrá y todo saldrá bien. Volveré vivo y conoceré a mi hijo —afirmó con certeza.

Los padres de Adriana llegaron a Praga en una luminosa mañana de primavera, cuando ella acababa de cumplir siete meses de embarazo. La madre, mujer fuerte de lágrima fácil, se emocionó al ver su viejo piano y al recordar tantas escenas de su ya lejana infancia y adolescencia en aquella mansión. No había vuelto desde que tenía 20 años y se acercaba a los setenta. Carlos Molina, el padre, hombre corpulento de mirada clara, examinaba al detalle muebles y cuadros, lámparas y estatuas.

—¡Qué valor tienes, hija! —le decía—. ¡Mira que atreverte a poner en pie este caserón!

—Lo importante es el resultado, papá. Conservar esta mansión para la familia. Tú no lo hiciste con ninguna de las que heredaste. Es posible que tu actitud influyera en mi empeño por quedarme con la última, la de Praga, que pertenecía a la familia de mamá. A los dos os aseguro que no resultó nada fácil. Y a ti, mamá, debemos agradecerte todos, yo la primera, porque soy la que vivo aquí, tu tozudez para que aprendiéramos checo desde la infancia. No quiero ni pensar lo que habría sido de mí en este país sin conocer el idioma.

—Igual de tozuda tienes que ser tú para que tu hijo aprenda español. Si vive aquí, el checo será su

primer idioma, pero insiste para que no olvide la lengua de su madre. Yo lo hice con cinco y lo conseguí. Ahora me lo agradecéis todos, lo cual indica que mereció la pena. No sabemos aún cómo se va a llamar la criatura.

—Lo hemos pensado hace muy poco. Jan. Se llamará Jan.

—Me gustan los nombres cortos. Juan, en español —aclaró a su esposo—. ¿Por alguien especial?

—Por el autor de mi retrato. Ya os hablé de él. Es el amigo checo que acogió a Alexander en Praga, en casa de su familia, cuando llegó de Sarajevo huyendo de la guerra.

—¿Dónde andan todos, Adriana? No hemos saludado a Milena, ni conocemos a Alexander ni a su padre.

—Cada uno en lo suyo, mamá. Milena y el señor Korac, en la cocina con los pedidos, y Alexander, en el ático. Consideró que debía dejarme a solas con vosotros porque no hemos estado juntos en mucho tiempo. A los viejos los vemos de inmediato. Él bajará a la hora de comer. Antes me gustaría mostraros la planta alta. Vosotros dormiréis en la habitación principal, la que perteneció a los abuelos. Ahora la usa Ana, unas veces, y otras, Adolfo y Martina. Yo me quedé con la que era tuya. Te impresionará el baño que te hicieron los abuelos, por si acaso volvías —sonrió mientras guiñaba un ojo a su padre—. Tengo claro que nunca llegaste a considerarlo. Él ha sido lo primero para ti desde siempre, igual que Alexander lo es para mí. Como digna sucesora de la saga Mákourkova, he tenido que enamorarme con la misma fuerza que tú para entenderte.

—Lo celebro mucho, hija. Más vale tarde que nunca.

Durante la comida, Anabel Mákourkova comprobó con regocijo la felicidad que el amor proporcionaba a su hija, y las atenciones y miradas que le dedicaba el hombre al que amaba con esa fuerza que ella conocía tan bien. Tras la sobremesa, disfrutó viéndolo cargar con todo el peso de la embarazadísima Adriana y subir las escalinatas que conducían al dormitorio, los rostros pegados y las miradas embelesadas.

—Le he dicho a Alexander que no suba las escaleras cargando con ella. Una caída en su estado puede ser fatal. Nunca he sabido cómo actuar para que mis hijos me obedecieran —lamentó el señor Korac.

—Nosotros hemos tenido cinco —le contestó Anabel—. Si le sirve de algo, creo que la mejor forma de que los hijos hagan lo que nos gustaría que hicieran es no pedirles nada. Yo tenía el íntimo deseo de que mis hijos conservaran esta casa, pero no se lo mencioné a ninguno. Adriana se empeñó, sus hermanos la apoyaron y ahora nos alegramos todos. Mire, ya han subido, no se preocupe. ¡Me alegro tanto de verlos así de felices!

—Sí que me preocupo, señora, sí. Mi hijo, aunque es muy bueno, tiene la cabeza muy dura. Volverá a marcharse a cualquier guerra si se lo piden, y Adriana a sufrir. Me da mucha pena, sinceramente se lo digo.

—¿Está seguro? Puede que cambie cuando sea padre. He hablado del asunto con mi hija...

—No hay nada seguro en esta vida —agregó el anciano en tono resignado—. Simplemente, conozco sus intenciones de seguir pintando las guerras del mundo. Cuando lo llamen, si es que finalmente lo hacen, se irá por mucho que le digamos todos, incluida la madre de su hijo —puntualizó—. Ojalá no ocurra.

Ocurrió y volvieron a tratar el asunto. Antes, vieron a Adriana engordar en kilos y en felicidad, y a Alexander vivir pegado a su bolita, como la llamaba, mirarla embelesado y acariciarla con ternura. A Carlos Molina, cortar las uñas de los pies de la futura madre cuando la enorme barriga le impedía hacerlo por sí misma, y a Milena, mostrar a la pareja con cara de pícara la rica mermelada de fresas que acababa de preparar. Anabel Mákourkova se mostraba dichosa al contemplar a su hija disfrutando de esa forma las mieles del amor, y el señor Korac miraba al cielo cada noche y le pedía a quién allí estuviera, “por si acaso hay alguien” --pensaba-- que su hijo no se marchara a ninguna guerra.

Cuando llegó su hora, Katia tuvo un hermoso niño, el tercero para Paolo, que dejó dos hijos en Italia con su primera esposa. Fue él quien les anunció la buena nueva y los invitó a que pasaran la semana siguiente para conocer a la criatura. Adriana llegó con su madre. El coqueto apartamento olía a flores, a recién nacido y a masa horneándose a fuego lento. Katia estaba especialmente guapa y muy contenta dando el biberón al pequeño Marco, que tragaba con glotonería.

—¿No le das el pecho? —le preguntó Adriana.

—Me dolía y me retiraron la leche. Además, soy modelo y no quiero que se me estropee. ¿Se lo darás tú?

—En principio, sí. Antonia la gallega, la amiga de mi abuela que era matrona, me dijo que el pecho, si lo cuidas, puede quedar estupendo después de la lactancia. Seguiré sus consejos.

Hablaron de lo propio durante el resto de la mañana. Paolo insistió en que se quedaran a comer unas auténticas pizzas. Adriana telefoneó a casa para avisar de que no las esperaran.

La tarde de primavera se volvió gris cuando Anabel Mákourkova y su hija dieron por terminada la visita y se encaminaron, a paso lento, a la mansión de la Plaza de la Paz. Antes de cruzar la puerta divisaron a Milena, muy seria, mirando al exterior desde la habitación de la ventana. Aquella visión significó para Adriana el preludio de negros presagios. Los confirmó cuando subió al ático. Alexander, que estaba acompañado por su padre, tenía grabado en la mente el sonido de sus tacones y salió a recibirla.

—¿Cómo está mi bolita? —le preguntó tras besarla.

—Más bolita. Me he hinchado de comer unas pizzas buenísimas, horneadas a fuego lento y con amor, como me gustan a mí las comidas. Marco es precioso y muy grande.



—Os dejo a solas —se despidió el señor Korac con cara de circunstancias.

—Me voy, Adriana —le anunció él. Así, a secas.

—Ya. Lo he leído en la cara de Milena. Tu padre también lo llevaba escrito en la suya. ¿A Chechenia?

—No. A Sierra Leona. A pintar una de esas guerras de las que nadie se preocupa.

Ella enmudeció y se sentó en el sillón del mueble de la X, con las piernas abiertas para hacer sitio a la abultada tripa del octavo mes de embarazo. Él se acercó y le acarició las mejillas.

—¿No me dices nada?

—Haz lo que debas, allá tú. Yo haré lo que pueda y lo que considere mejor para mí y para nuestro hijo.

—Desde la Fundación te van a enviar un contrato por el que cedo al pequeño Jan la titularidad de toda mi obra en caso de que algo me ocurra. La ostentareis mi padre y tú mientras dure su minoría de edad.

—Me sorprende que hayas tomado esa decisión, con lo poco que piensas en el dinero y lo seguro que te muestras siempre sobre tu vuelta. Si ahora lo has hecho, me alegro. ¡Ojalá nunca lo necesitemos! —exclamó.

—Te quiero, Adriana. Que me marche no significa que te quiera menos, ni que deje de pensar en vosotros. Me resulta muy difícil explicarte las razones de mi decisión. Y mucho más en esta ocasión, créeme —insistió.

—No te esfuerces. Celebro que hayas aprendido a decirme que me quieres, aunque te prodigues tan poco.

—Déjame hacerte el amor —le pidió—. En este mueble de la X, donde somos tan felices.

No esperó su respuesta y la besó largamente. La levantó del asiento, la despojó del vestido verde de lycra que ceñía su abultada figura y le acarició los pezones con los labios. Completamente desnudo, se sentó en el sillón bajo y la cargó encima. Tierno y romántico, la amó durante el resto de la tarde y la agasajó con caricias y piropos. Así estuvieron, derrochando amor desde el ático a la alcoba de Adriana, mientras los días corrían en el calendario marcando la cuenta atrás para su partida y el momento de la llegada al mundo del hijo de ambos. Ni una sola lágrima cayó de los ojos de ella en aquel tiempo de dicha contada por horas, minutos y segundos. Ni llantos, ni preguntas, ni reproches —se propuso. Solo quería dejarle el recuerdo dulce de su amor, y que ninguna nube apareciera para enturbiar el firmamento de felicidad que disfrutaban juntos. Instantes anteriores a la partida, esperando los dos en la habitación de la ventana al taxi que lo conduciría al aeropuerto, Alexander volvió a decirle que la quería mientras acariciaba su inmenso vientre, hablándole al hijo que no vería nacer del mundo en paz que su padre anhelaba para él. Tampoco asomó el llanto a la

cara de Adriana cuando vio el automóvil que se llevaba a su amado enfilarse por la avenida Vinohradská. Para regocijo de sus padres y del señor Korac, muy sorprendido al verla tan entera después del golpe recibido.

—Ahora es distinto. Alexander me ha vuelto a dejar, pero no sola. Tengo a mi hijo. Por él y para él soy capaz de sacar las fuerzas de donde no existen. Desde el momento en que nazca, él será lo primero en mi vida y los demás, que arreen —precisó rotunda—. Dice la madre de mi amiga María que los hijos están siempre a tu lado aunque no vivan contigo, y que los hombres no están ni siquiera cuando los tienes cerca.

—No estoy de acuerdo —le contestó su progenitora—. Los hijos dejan el hogar de sus padres, es lo lógico. Y si llegado ese momento no tienes a tu hombre al lado, te habrás quedado sola —la corrigió.

—Cada uno reflexiona y actúa de la forma que considera más conveniente para sus intereses, mami. Yo no puedo pensar en la vejez al lado de mi hombre. Ni siquiera en tenerlo cerca durante todo el tiempo que me queda de juventud, porque dudo mucho que alguna vez lo consiga. Os lo digo con tristeza, pero sin llanto. Me he propuesto firmemente domar a mis lágrimas para que dejen de brotar por Alexander —añadió.

El viejo Korac sí que lloraba.

—De impotencia, señora —le decía a la madre de Adriana—. No he podido evitar que se marchara. ¿Qué puede hacer un padre para retener a los hijos a su lado? —le preguntaba clavando en los suyos sus ojos claros.

—Nada. No se torture por algo que no tiene solución. Hágame caso, que en esa cuestión soy una experta. Pregúntele a Milena por los esfuerzos de mis padres para retenerme en Praga. Que le hable de las lágrimas de mi madre. La pobre murió esperando mi vuelta, sentada en su mecedora de la habitación de la ventana.

Las aguas templadas que anunciaban el inicio del alumbramiento cayeron del cuerpo de Adriana una cálida mañana de mayo, cinco días antes de lo previsto. Bajaba las escalinatas de la mansión del brazo de su madre cuando sintió el líquido caliente derramarse por sus piernas y cruzar con sigilo los anchos peldaños.

—Llegó la hora, hija. Has roto las aguas y empieza el proceso del parto. Ahora mismo llamo a la doctora Nývoková. Vamos a preparar tus cosas y salimos para el hospital.

24 de mayo del año 2000. El mismo día que su hijo llegaba al mundo en un hospital público de Praga, la fortuna alejaba a Alexander de los brazos de la muerte en la lejana África. Junto a un grupo de militares de Sierra Leona y dos periodistas, uno de ellos español, viajaba en un camión del Ejército cuando cayeron en una emboscada de los rebeldes del Frente Revolucionario Unido. Fue el único que escapó ileso de la refriega.

Abrió los ojos entre un reguero de chatarra y de cuerpos destrozados. Sus oídos debieron reventar con el estruendo, porque lloraba y no escuchaba ni su propio llanto. Cadáveres y desolación lo rodeaban. Un grupo de aves rapaces se acercó para dar cuenta del botín. Localizó su caja de lápices y su cuaderno de dibujos, milagrosamente intactos entre un amasijo de hierros. Se abrazó a ellos como si fueran un tesoro y abandonó, con el paso más rápido que sus piernas le permitían, aquella tierra ensangrentada y destruida. Ni quiso ni pudo dibujar nada sobre los restos del ataque que había segado las vidas de sus compañeros. Sus pensamientos estaban ocupados por el eco de la voz, silenciada ya para siempre, del reportero español, un joven aunque veterano corresponsal de guerra al que había conocido en el Sarajevo sitiado, y con el que volvió a coincidir en Chechenia y en Kosovo. Sediento y bajo un sol abrasador, perdió el control de las horas que estuvo caminando sin saber adónde se dirigía ni conocer los peligros a los que permanecía expuesto. Cuando no pudo más, cayó exhausto en la arena caliente y polvorienta. Tampoco supo el tiempo que transcurrió hasta que fue rescatado por un vehículo de la Cruz Roja.

Ajena al sufrimiento de su amor en tierras africanas y en compañía de sus padres, Milena y el señor Korac, Adriana miraba embelesada a aquella criatura pequeña y rosada que acababa de traer al mundo, y que la examinaba a ella con sus ojazos abiertos de par en par. Nada más salir de su cuerpo lo abrazó y le contó los dedos de las manos y de los pies, le tocó las orejas y los genitales y le lamió la cara como si fuera un animal con su cría. Después, lo achuchó entre sus pechos hasta que el bebé rompió a llorar.

—Es precioso —comentó la abuela del recién nacido—. Con los ojos grandes y la carita sonrosada. Ha salido tan guapo como sus padres.

—¡Pues claro! ¿A quién iba a salir feo? A nadie —asintió Milena.

—Es igual que Sasha cuando nació —añadió el señor Korac—. He retrocedido al momento en que mi hijo vino al mundo y me he contemplado mirándolo extasiado, como acabo de hacer ahora con mi nieto.

—¿No conservará usted fotos de Alexander cuando era bebé? —le preguntó la madre de Adriana.

—Ya lo siento. Nuestros recuerdos ardieron en la ciudad sitiada. Tuvimos que quemarlos para calentarnos.

Entró una enfermera y le pidió a Adriana que le diera de mamar. El bebé se agarró al pezón y empezó a succionar con avidez, aunque ella no notaba que de su pecho saliera leche.

—Es el calostro —aclaró su madre.

—Veo que sí, que estamos de suerte. ¡Qué niño tan listo! —exclamó la enfermera admirando al recién nacido—. Quince minutos en cada pecho y no lo acueste hasta que no eructe, ¿me ha entendido?

—No se preocupe —le contestó la señora Mákourkova—. Ella está extasiada con el bebé, no la ha escuchado y no se habrá enterado de nada. Para eso estoy yo aquí. He tenido cinco y sé cómo actuar.

Tres días después del parto le dieron el alta. Cuando volvió con su hijo a la mansión, lo primero que hizo fue consultar el correo electrónico en busca de noticias de su amado. Conectó su ordenador a la red en los primeros días del nuevo milenio y estaba encantada con el invento. Ya no necesitaba pasar el trago de telefonar a la Fundación para tener noticias suyas, ni pedirle al señor Korac que lo hiciera él. Cada dos o tres días recibía un e-mail desde Ginebra donde le informaban de que todo estaba bien. Sin embargo, ignoraba que, en esta ocasión, le estaban escondiendo parte de la verdad. Como también le ocultó su padre la noticia de que un reportero español había sido asesinado en Sierra Leona. Carlos se enteró la noche siguiente al parto de su hija, mientras veía las noticias en español en el televisor de la habitación de la ventana. Por la mañana se lo contó a su esposa en el pasillo del hospital.

—¿No es en ese país dónde está Alexander? Mira que si le ha pasado algo.

—Sí, es allí donde está. No se te ocurra contarle nada a tu hija, ¿de acuerdo? Se pondrá muy nerviosa y no le conviene. A él no le ha ocurrido nada, de lo contrario nos habríamos enterado. Es muy conocido y las malas noticias vuelan. Mucho más, habiendo periodistas. ¿O es que solo estaba el que fue asesinado?

—No creo. Han dicho que murieron dos, el español y un americano, además de un grupo de militares, en una emboscada de los rebeldes. ¿Por qué no hablas con su padre para que llame a Suiza, a la Fundación?

—Porque la duda es tuya, de nadie más. El señor Korac abre el correo electrónico a diario y todo va bien.

—Ojalá me equivoque, querida. Me ha asaltado el pesimismo, he tenido un mal presentimiento.

No se equivocó del todo. Alexander escapó de la muerte pero se quedó prácticamente sordo por las explosiones que asesinaron a todos los que viajaban con él. Casi un mes transcurrió desde que sucedió la tragedia hasta que consiguieron, en primer lugar, rescatarlo de la zona conflictiva y evacuarlo a la capital del país; y después, sacarlo en un vuelo hasta Ginebra. Fue un tiempo en el que el artista solo escuchaba las voces de su interior. Voces que le decían que la primera guerra que vivió había destrozado su corazón de forma irremediable, pero que ningún conflicto armado de los que había presenciado ni de los que aún tenía que plasmar en sus lienzos iba a matarlo. Voces que le indicaron que permanecería entre los vivos al objeto de seguir pintando y anhelando un mundo más justo para la criatura que acababa de llegar, y para el resto de las criaturas que sufrían la crueldad y la miseria en todos los confines del Universo. Nada más aterrizar en Ginebra ingresó en un hospital

especializado, donde fue operado de ambos oídos. Recuperó la audición en el derecho, pero se quedó con importantes secuelas en el izquierdo. Le aconsejaron volver a pasar por el quirófano. Por los correos electrónicos que enviaba su padre en respuesta a los de la Fundación, supo que el pequeño Jan había llegado al mundo el mismo día de la emboscada, un poco antes de lo previsto, y atribuyó a este hecho la razón mágica por la cual había salido ileso. Lo acontecido en aquel accidente constituyó un secreto para los suyos. Decidió silenciar su presencia en el lugar de los hechos para no alarmar a Adriana, recién parida, ni a su padre. Un convoy de la Cruz Roja lo encontró lejos del punto donde fueron atacados. Estuvieron varias horas sacando minúsculos trozos de metralla del interior de sus oídos. Si no llegan a atenderlo con premura y eficacia, como lo hicieron, se hubiera quedado sordo. Renato fue el único que tuvo constancia del suceso por el relato del propio artista. Al igual que hizo con los sanitarios de Cruz Roja, le pidió discreción.

—No quiero que los míos se enteren del lío en el que me metí ni del problema con mis oídos. Ya los informaré personalmente. Tampoco deseo que sepan que estoy en Ginebra, ni que volverán a operarme.

—Has dibujado mucho en esta ocasión, pese al poco tiempo que pudiste permanecer en la zona de conflicto. Aunque has visto más, te has arriesgado de forma irresponsable. ¿Por qué te subiste a un camión del Ejército con dos periodistas? Nada te habría ocurrido si te hubieras quedado con nuestros cooperantes.

—Me convenció el reportero español. Lo conocí en Sarajevo y después coincidimos en otras guerras. Entablamos una relación muy estrecha. He sentido mucho su pérdida.

—Espero que te haya servido para algo. Ese muchacho no podrá grabar más guerras, y tú saliste vivo de la emboscada de milagro. Lo que me extraña es que no hayas traído ni un solo dibujo del suceso.

—Cuando fui consciente de que seguía con vida salí corriendo todo lo rápido que me permitieron mis piernas. No puedo pintar un cuerpo destrozado si se trata de un ser querido.

—¿Y qué me dices del suicidio en la ciudad sitiada?

—Esos bocetos, y el óleo posterior, ha sido lo más difícil y lo más duro que he pintado nunca. Lo hice porque era el deseo de María. Me anunció su propia muerte y me pidió que la pintara. De aquella mañana recuerdo el escalofrío. De esta, la sensación tan extraña que supone llorar y no escuchar tu propio llanto.

—Me parece lógico que pretendas ocultar lo del accidente, ya que pocos lo saben y no dibujaste nada del suceso. Lo que no entiendo es por qué no cuentas a tu familia que no estás en Sierra Leona, sino en Ginebra.

—Porque tengo que volver a operarme, oigo muy mal por el oído izquierdo. El viejo querrá venir y no debo permitir que viaje solo, está muy mayor. Adriana lo tiene muy difícil con una criatura

recién nacida y no quiero causarle más problemas. Si hablas con ella le dices que estoy bien, nada más. Como siempre.

A Adriana no le faltó la ayuda de sus seres queridos en aquellos días en que se estrenaba como madre. El señor Korac seguía llevando las cuentas del negocio, y Bojan e Iván recibieron el encargo de atender a los clientes durante las celebraciones y relevar a María Marcos con la lista de reservas, porque la venezolana no podía dejar su trabajo del hotel. Ella pasaba las horas en la cama junto al bebé, mimándolo y cuidándolo, comiéndoselo a besos, cantándole canciones de su infancia y contándole historias. Siempre le hablaba en español, y con el lenguaje de una persona mayor. Le presentó a sus tres abuelos; a Milena, a Wilfredo y a Reinaldo; a Caballo, a Joan y al resto de los asiduos a la mansión. A la rubia Katia y a su hijo Marco, presintiendo lo que ocurrió: que mucho más rápido de lo que sus madres habían imaginado, ambos niños se hicieron uña y carne. Durante el día, debido a las visitas de unos y de otros, madre e hijo pasaban poco tiempo a solas. Por las noches, Jan dormía plácidamente de tres en tres horas. Adriana escuchaba un único ¡buá! y se incorporaba para darle de mamar. Cuando terminaba lo acostaba en el moisés y acudía al baño para lavarse los pechos como le aconsejara Antonia la gallega: con agua fría y jabón de glicerina.

Los momentos de teta del pequeño Jan afianzaron la confianza entre madre e hija. Anabel Mákourkova disfrutaba viendo mamar a su nieto y celebraba la complicidad surgida entre ellas desde que la primogénita de su prole se enamorara con la tremenda fuerza que caracterizaba a las hembras de su estirpe. En aquel tiempo de ternura que olía a recién nacido hablaron sin prejuicios de todos los asuntos que les preocupaban. Adriana aseguró a su madre que sus lágrimas angustiadas por las ausencias del ser amado habían pasado a la historia. Que quería a Alexander con toda su alma. Que su amor era fuerte como el roble e infinito como la eternidad; y que no existiría nadie en el mundo capaz de hacerla tan feliz como él. Pero que llevaba mucho tiempo trabajando en un proceso mental destinado a provocarle el mínimo sufrimiento cada vez que se marchara, y que tenía el firme propósito de disfrutar de la vida al máximo, con o sin él. Que había asumido la idiosincrasia del hombre que amaba y que ya no pensaba perder más tiempo en intentar que cambiara.

Una soleada mañana de principios de verano, la flamante mamá decidió salir de la alcoba y dar un paseo. Jan tenía casi un mes de vida y era un niño muy espabilado. Sostenía perfectamente la cabeza y examinaba el mundo con sus grandes ojos desde el hombro de su madre. Adriana telefoneó a Katia y le propuso que fueran al centro. Los habitantes de la mansión la recibieron con júbilo. Lucía un alegre vestido floreado y un generoso escote del que sobresalían sus abultados pechos. La encontraron renovada y estilizada.

—Eres como las artistas de cine. ¡Quién diría que has parido hace menos de un mes! —la piropeó su padre.

—Tiene el mismo cuerpo que antes de estar embarazada —asintió el señor Korac.

Ella les sonrió y se dispuso a colocar a Jan en su carrito de paseo.

—Nos echamos a las calles, pequeño. Te voy a enseñar el centro de Praga, que es muy bonito.

Después iremos al parque y jugarás con tu amigo Marco —le decía al bebé mientras le ponía un coqueto sombrerito.

Al poco tiempo llegó Katia para recogerla. Salieron ambas de la mansión con sus carritos de bebé, guapas, delgadas y vestidas a la última. Entre sonrisas y parabienes decidieron que necesitaban comprar unas mochilas porta-bebés para que las criaturas pudieran mirar el mundo, porque en el carro iban tendidos y se dormían. Con la misión cumplida se dirigieron a un parque cercano. Se acomodaron en la hierba, a la sombra de un árbol, y alimentaron a sus hijos, una con la teta y la otra con el biberón. Ellos fueron el tema de conversación predominante, hasta que la rubia se sorprendió porque Jan no llorara por las noches.

—¿En serio? ¡Vaya suerte! —exclamó.

—De verdad. En la mansión ya no llora nadie. Ni siquiera yo.

—Me alegro en el alma, amiga. ¿No echas de menos a Alexander?

—¿Para qué? No lo añoro porque no me da la real gana —sentenció—. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Celebro verte tan repuesta. Ya has sufrido bastante con sus ausencias...

Varios días y varios paseos después de aquella charla, ambas amigas se marcharon al sur de España con sus hijos y los padres de Adriana, que dieron por finalizada la primera visita a Praga de sus vidas en común. Y desde allí viajaron hasta la capital checa los hermanos Molina, que tenían vacaciones de verano y tiempo para hacerse cargo del negocio de la mansión. Katia aceptó encantada la invitación y tanto ellas como los bebés congeniaron de maravilla. Disfrutaron juntos del sol, del mar y del clima saludable de aquellas tierras. De la blanca arena de la playa y de las frescas noches de charla en la terraza mientras sus hijos dormían. Jan y Marco se entendían en su lenguaje de bebés y sus mamás eran felices riéndoles las gracias. Quince días más tarde se unió Paolo. Por falta de espacio, el italiano y su esposa se alojaron en un hotel cercano al chalé de los Molina, para pasar junto a Adriana y los suyos el mayor tiempo posible. Todos embellecieron en aquellas vacaciones, que tuvieron como broche de oro la inesperada y dichosa llegada de Alexander.

Una aciaga y calurosa tarde de verano el pintor apareció en la mansión de la Plaza de la Paz, recuperado casi por completo de sus problemas auditivos. Mientras pagaba el taxi divisó a Milena conversando con Adolfo y Martina en la habitación de la ventana, y tuvo el presentimiento de que ni Adriana ni su pequeño hijo estaban en la casa. Lo confirmó nada más llegar: solo su padre lo esperaba. Juntos de nuevo en el ático, pasaron revista a los asuntos acaecidos en los últimos meses: el accidente de Sierra Leona; el nacimiento de Jan; Adriana y sus deseos de vivir la vida... Sin

olvidar los pesares del artista: el dolor por las heridas que se abrieron en Sarajevo y seguían sin cerrarse.

—Ni lo harán por muchas guerras que pintes, hijo —le decía su padre, y lo animaba a hacer con la tragedia de la familia Korac lo mismo que los habitantes de la mansión hacían con los trastos que les sobraban: taparlos con sábanas y echarlos al olvido.

Alexander le confesó que ya le gustaría ahuyentar a los fantasmas que dominaban sus pensamientos y campaban a sus anchas por cada uno de los vericuetos de su alma, impidiéndole alcanzar la dicha. Que aún no había encontrado la forma de hacerlo y que, de momento, le bastaba con abrazar a Adriana y conocer a su hijo. Tuvo que apresurarse para llegar a la agencia antes de que cerrara. Quería viajar de inmediato. Joan se sorprendió por su visita.

—¿Cuándo has llegado? ¿A qué debo el placer de verte por aquí? Estaba a punto de cerrar.

—Quiero ver a Adriana y al bebé mañana mismo y necesito un billete. ¿Tienes la dirección de sus padres?

—Sí, de casualidad. Paolo también pasó por aquí a sacar el pasaje y me la dejó porque quería reservar un hotel cercano al domicilio de los padres de Adriana. Además, me dio el número de su teléfono móvil. Llámalo —le sugirió—. Alguien tiene que ir a recogerte al aeropuerto. Si no, pídele a Adolfo que los avise.

—Es eso lo que no quiero hacer. Mi intención era la de aparecer por sorpresa.

—En tal caso, tendrás que alquilar un coche. Si es que tienes carné de conducir —precisó.

—Sí que tengo. Además, lo llevo encima, acabo de llegar de viaje. ¿Tan lejos está esa playa?

—A unos cien kilómetros del aeropuerto. Un taxi te saldrá carísimo. ¿Qué es esto, un carné de conducir suizo? —se extrañó Joan al examinar el documento que le mostraba el artista.

—Sí, como el pasaporte. Cuando empecé a trabajar con la Fundación me aconsejaron que adoptara esa nacionalidad. Ellos estaban en condiciones de gestionarlo y resultaba necesario para moverme. Era un apátrida, no podía viajar con mi documentación de la República Federativa de Yugoslavia. Ese país ya no existía —ironizó.

—Lógico. Me intrigaba saber con qué pasaporte viajabas, y mira por dónde me entero de casualidad...

—¿No eres íntimo amigo de Adriana? Ella te lo podía haber contado, si tanto te intrigaba.

—No le gusta nada hablar de tus asuntos. Siempre que le preguntamos se hace la sueca.

—Sí. Debe ser que últimamente se hace la sueca con todo.

—¿Lo dices por algo especial? —inquirió el catalán mientras buscaba el billete de avión en la pantalla del ordenador—. No importa —corrigió—. Para mañana no hay ni una plaza libre a Sevilla.

—¿Y al siguiente aeropuerto más cercano?

—Es el de Málaga. Veamos... Tienes un vuelo con plazas a las diez de la mañana y luego te queda



un largo día de viaje. Hay más de doscientos kilómetros desde el aeropuerto hasta el chalé de los padres de Adriana. Puedes devolver el coche en el hotel donde se hospedan Paolo y Katia. Conduce despacio, no sea que vuelvas vivo de la guerra y te mates en la carretera por las prisas. Ten cuidado con las curvas al salir de la ciudad.

—Tranquilo, soy muy prudente al volante. En eso nos parecemos.

Como Joan había previsto, se presentó en el domicilio veraniego de los Molina bien avanzada la tarde. Adriana acababa de llegar de la playa y estaba en bikini bañando al bebé. Se trataba de un sencillo chalé blanco con un pequeño jardín muy cuidado y una terraza en la que se sentaba un grupo de chicas adolescentes. Desde fuera no vio ni a su amada ni a los padres. Se bajó del vehículo y se dirigió a la cancela de entrada. En ese momento, una de las jovencitas se levantó y entró apresuradamente en la vivienda.

—¿Tu novio tiene un coche rojo? —le preguntó a Adriana su sobrina Paula, la mayor de las hijas de Ana.

—No, Alexander no tiene coche. ¿Por qué lo dices?

—Porque acaba de llegar. Se ha bajado de un automóvil rojo pequeño y estoy segura de que es él. Mi madre me ha enseñado fotos, y además, lo vi en la tele. Dame al nene, corre.

Salió del baño y vio a Alexander en el salón saludando a su madre. Dudó si la escena era real o soñada.

—Todo tuyo, hija. ¡Qué gran sorpresa, verdad! —exclamó la señora Mákourkova.

La pareja se abrazó y los presentes fueron testigos del intenso y emotivo encuentro. Los vieron besarse y lamerse las mejillas, reír y llorar. Hasta la niña Ana y sus amigas, que estaban en la terraza, entraron en la vivienda para no perderse la emoción del momento. Sin muchos preámbulos, Adriana le preguntó si estaba preparado para conocer a la criatura que había alumbrado en su ausencia. Sostenido por Paula, Jan jugaba en su bañera con unos peces de plástico de colores llamativos. Alexander lo cogió desnudo y mojado, lo achuchó entre sus brazos y besó su pequeño cuerpo de arriba abajo. El bebé rompió a llorar y él, decepcionado, lo dejó con su madre. Paula ayudó a su tía a secarlo y a vestirlo y se despidió de ellos. Solos los tres en el dormitorio, el padre admiró a su hijo mamando con fruición y se alegró de ver a la madre con sus ojos de miel clavados en la criatura mientras le hablaba del mar, de los castillos de arena y de lo bien que les sentaban las vacaciones. Él, que quería volver a Praga, le preguntó si pensaba acompañarlo.

—No, Alexander. El negocio está bien atendido por Adolfo, Martina y los chicos, y después los relevará Ana. Jan y yo nos quedaremos disfrutando de la playa hasta que termine el verano. Falta casi un mes.

—¿Por qué?

—Te lo acabo de decir. He organizado todo para estar junto al mar con nuestro hijo y mi familia y no tengo ninguna intención de cambiar de planes. No me apetece, hace mucho calor en Praga.

—Lo entiendo. ¿Por qué no dejas al bebé con ellos y nos duchamos juntos?

El agua templada caía sobre sus cuerpos desnudos mientras se amaban de pie bajo la ducha. Él admiraba su estilizada figura y sus abultados pechos.

—Ya no eres mi bolita. Te veo estupenda, delgada y con las tetas hermosas. Estoy orgulloso de ti. Mi padre me ha contado que fuiste muy valiente. Pariste de forma natural y no te quejaste nada. ¿No te dolió?

—Sí, muchísimo. El grito que di cuando salió el niño fue horroroso. Mi madre dice que también en eso me parezco a ella. Apenas sentí las contracciones, pero el dolor de expulsión fue el más fuerte de mi vida.

Poco más le contó sobre el nacimiento de su hijo. Tampoco le dijo si lo había echado de menos mucho, poco o nada, ni le preguntó por sus vivencias en la guerra civil de Sierra Leona. Sorpresivamente, él las contó por la noche a toda la familia, en su español de andar por casa, mientras charlaban en la terraza después de cenar. Fue un requerimiento de la sobrina mayor de Adriana.

—Cuéntanos tus experiencias en la guerra, tito. ¿Te acercas mucho al lugar donde la gente se está matando?

—En esta ocasión, sí. Estoy vivo de casualidad. Creo que fue gracias a Jan. Mis compañeros murieron en una emboscada el mismo día que él nació. Fui el único que logró escapar con vida de la refriega.

—¡Te lo dije! —exclamó Carlos Molina señalando a su esposa—. Hablas del suceso en el que murió el periodista español, ¿verdad? Tuve la corazonada de que estabas allí. Se lo conté a mi mujer y ella me prohibió hablar del asunto delante de Adriana. ¿No te ocurrió nada?, ¿saliste completamente ileso?

—No. Me quedé casi sordo por las fuertes explosiones y la metralla que se coló en mis oídos. Tuvieron que operarme dos veces en Suiza para recuperar la audición.

—Tú vas junto a los corresponsales de guerra, ¿no es así? —le preguntó la joven Paula.

—A veces sí y a veces no. Algunos, como el reportero español que murió, buscan la primera línea de fuego para sacar los mejores planos. A mí no me lo permiten en la Fundación. En este viaje me convenció él para alcanzar el frente, en un camión del ejército, junto a otro colega americano y un grupo de militares. Comunicué mi decisión a los cooperantes suizos con los que llegué hasta allí y me subí al vehículo.

—Cuenta lo que viste, anda —le insistía Paula ante el silencio del resto del grupo.

—¿Por qué te interesa tanto el asunto, jovencita?

—Porque quiero ser corresponsal de guerra cuando sea mayor.

La abuela Anabel, sobresaltada, se levantó de la silla y se dirigió a su nieta con cara de malas pulgas.

—Tú estás mal de la cabeza, muchacha. Eso no lo sabrá tu madre, ¿o sí?

Adriana, que permanecía en silencio, impresionada por lo que escuchaba, intervino en la conversación.

—Hará lo que le plazca. Intentar convencerla de lo contrario no servirá de nada, ¿verdad, Alexander?

—Si lo dices por mí, debo reconocer que no. Supongo que tampoco funcionará con ella.

—Cuando sea mayor de edad haré lo que yo misma decida —confirmó la joven—. Estoy harta de escuchar que soy pequeña para esto, para lo otro y para todo. Sigue contando, por favor —lo animó.

—África es otro mundo donde la vida vale menos que en ningún sitio y la crueldad adquiere límites insospechados. En Sierra Leona llevan casi diez años de guerra civil por unos diamantes, por nada más. Poco después de llegar yo, las fuerzas gubernamentales capturaron a Sankop, el líder rebelde, y la gente del Frente Revolucionario Unido inició, en venganza, una campaña masiva de brutalidades contra la población civil. Violaban, torturaban y mutilaban a diestro y siniestro. Abducían a los niños para convertirlos en soldados y a las niñas, en esclavas sexuales. La mayoría de los comandantes rebeldes no pasaba de los 20 años. También ellos fueron niños soldados, a los que lavaron el cerebro para matar a sus padres, hermanos o vecinos. Entraban en las aldeas, decapitaban a sus enemigos y exhibían sus cabezas clavadas en estacas.

—¿Ya has pintado algún cuadro de esos horrores?

—Aún no, pero hice muchos dibujos. Cuando volvamos a Praga me pondré a trabajar. Tengo en la cabeza un par de lienzos grandes sobre lo que viví allí. Te los mostraré cuando vengas a visitarnos.

¿Lo harás?

—Claro. Mi madre me lo ha prometido. Además, voy a cumplir 14 años. Ya no soy tan pequeña.

—Para ver sus cuadros, me temo que sí. Son tan fuertes que ni yo puedo mirarlos —terció Adriana.

—Tú no eres yo. Si voy a Praga los miraré atentamente. Dependerá del ánimo que traigan mis padres de sus románticas vacaciones en Portugal. Ya veremos qué ocurre con el aguafiestas de mi padre.

—Tú lo acabas de decir. Ocurrirá eso, que intentará aguaros la fiesta. No te preocupes. Si tu madre lo ha decidido, vendréis a Praga. Te lo garantiza tu tía, que tiene dos cojones y va a cumplir cuarenta añazos.

—¿Y qué vas a hacer, hija? —le preguntó su madre—. Si llega en plan bien y acepta dormir en un hotel como la otra vez, vale. El problema es que se ponga agresivo.

—Llamaré a la Policía. Hablemos de algo agradable, por favor. Pasamos de la guerra a Pablo, vaya horror.

Le hicieron caso y el turno le tocó a lady Katia, como Paula y Ana llamaban a la rubia. Cotillearon sobre cómo bajaba a la playa, maquillada, con taconazos y pamelón, sin que se le moviera uno solo de sus rizos dorados. Y no lo hacían porque ni se bañaba ni se ponía en la orilla. Mataba el tiempo entre el chiringuito y la hamaca situada debajo de la sombrilla, leyendo revistas de moda. También hablaron de la bisutería y del bolso, del mismo color que el bikini. Cuando sus sobrinas la llamaron pasarela andante, Adriana defendió el buen gusto de lady Katia y aseguró que estaba encantada con su compañía. La definió como frívola y graciosa, pero sobre todo aseguró que se trataba de una buena amiga y de una excelente persona.

Al día siguiente, Alexander disfrutó con la visión del bebé entrando en el mar en los brazos de Adriana, sin llorar y sin asustarse. Lo mismo hacía Marco con Paolo, mientras Katia permanecía a la sombra entusiasmada con sus revistas. El artista conoció la felicidad con todas sus letras en aquel verano de armonía familiar, sin sombras en el horizonte que enturbiaran su dicha de padre recién estrenado. Poco a poco, Jan se fue acostumbrando a su presencia y no lloraba cuando lo cogía. Se quedaba dormido en su hombro y él se emocionaba, al igual que gozaba contemplando a Adriana jugar con los dos niños en la playa, ponerse de arena hasta los ojos y llevarlos, uno en cada brazo, a enjuagarlos a la orilla. Atrás quedaron los horrores de la lejana África, y los más cercanos dolores que guardaba en el corazón. Intentaba hacer con sus penas y sus angustias lo que su padre le recomendara en Praga: taparlas y echarlas al olvido. Muchos días se quedaban en la playa hasta que el sol se escondía en el horizonte, dejando el cielo de un sugerente color rosáceo. Por las noches, tras la cena y la tertulia en la terraza, se amaban en silencio mientras el pequeño dormía, hasta que se despertaba para pedir a su madre la ración de teta. Él los ayudaba y atendía solícito. Le maravillaba la rapidez con la que Adriana abría los ojos, saltaba de la cama y se ponía al bebé en el pecho cada tres horas. Siempre de buen humor y sin que nadie la escuchara quejarse por tantas noches de sueño interrumpido. Asimismo, admiraba la meticulosidad con la que su pareja acudía al baño después de cada toma para lavarse los pechos con agua fría y jabón de glicerina. Adriana no tuvo que insistirle para que pasara con ellos el resto del verano. Una renovada sensación de dicha lo inundaba, y se sorprendía al advertir la forma en que el olvido estaba operando en su mente. Embriagado por el aroma del mar, se lo contaba una tarde mientras disfrutaban, en la orilla, de una de esas mágicas puestas de sol.

—¿Qué tendrá el mar, que parece lavar las penas? Me he olvidado de que el mundo sigue en

guerra, de que he estado a punto de morir en África y hasta de que una ciudad sitiada llamada Sarajevo existió alguna vez. Es como si los veranos de mi infancia y mi primera juventud en Dubrovnik, en la costa Adriática, me hubieran traído en directo hasta aquí, obviando los horrores con los que la vida me castigó después.

—¿Te das cuenta? La felicidad del ser humano está en las pequeñas cosas. Tú acabas de encontrarla en un hecho tan habitual como pasar un veraneo familiar en una playa bulliciosa del sur de España. El común de los mortales no está pensando en conseguir un mundo justo y en paz para ser feliz. Cada persona halla su dicha en las cosas cotidianas, en lo que nos provoca una sonrisa o una sensación agradable. Tu hijo y yo estamos siendo muy felices este verano, y celebro que tú también. Cuando volvamos a Praga, el recuerdo de estos momentos debería ayudarte a olvidar tu dolor.

—¡Ojalá! Sin embargo, sé que cuando entre en el ático y empiece a trabajar con los bocetos de Sierra Leona, volverán los fantasmas que me han perseguido desde que empecé a plasmar el horror en Sarajevo.

—Pues para de pintar desgracias y miserias. Observa este bello atardecer. Lo retratarías con la misma maestría que cualquiera de esas espeluznantes escenas de guerra. Incluso podrías dejar de trabajar, si crees que eso va a beneficiarte. Por suerte, no tenemos problemas económicos. Dedícate a cuidar al peque, alguien tendrá que hacerlo. Yo debo atender los salones y tu padre, los papeleos y la gerencia del negocio.

—Gracias por tus palabras. Lo que tenga que ser, será. No adelantemos el futuro —agregó.

Los días se sucedieron en esa dicha en calma que les proporcionaban el sol y el mar, además de los juegos y los mimos al pequeño Jan. Su madre se lo comía a besos, le hablaba de los sitios por los que pasaban, de la gente a la que saludaba... Lo cargaba en la mochila porta-bebé y recorría orgullosa el paseo marítimo de la mano de su padre. “El animal más bello del mundo” —decía a sus amigas de la infancia cuando se las encontraba en el transcurso de aquellas parsimoniosas caminatas y ellas la felicitaban, entre sonrisas de complicidad, por la suerte de haber conquistado a un hombre tan guapo. Solo una nube tiñó de gris aquellos días claros: la visita de Pablo Quintana. El marido maltratador de su hermana se presentó con la intención de llevarse a sus hijas al chalé que compartía con su familia. Paula y Ana se negaron con todas sus fuerzas. Lloraron y patalearon, agarradas a su abuela y sin que el padre pudiera convencerlas, ni siquiera porque estarían más cerca de la playa y tendrían cada una su propia habitación con vistas al mar. Al ver lo furioso que se puso tras constatar que sus hijas no lo acompañarían, el abuelo Carlos se enfrentó a su yerno. Los vecinos tuvieron que intervenir y amenazar a Pablo con llamar a la Policía si no dejaba en paz a la familia. Por suerte, Adriana y los suyos estaban en la playa y no presenciaron el escándalo.

Cuando el verano tocó a su fin, la pareja concluyó las vacaciones y se despidió de la familia entre besos y abrazos tan inmensos como el mar que les trajo la felicidad. Llegaron a la mansión con el

bebé y las dos adolescentes, ilusionadísimas con la idea de conocer Praga. Encontraron a Ana pletórica, en teoría por el éxito de las fiestas del verano. Había, además, otra razón: cuajaban sus amoríos con míster Trudenska. Tras los efusivos saludos, Alexander se fue al ático junto a su padre y Milena cogió al bebé para cambiarlo. Adriana subió a la planta alta con su hermana y sus sobrinas.

—Hay tres habitaciones aún sin adjudicar —informó a las jóvenes—. Podéis escoger. Todas tienen dos camas.

—No te preocupes. Dormiremos las dos con mami en su alcoba real. ¡Qué suerte ha tenido con la habitación que le has dado! Nos encanta. ¡Hasta es más grande que la tuya! —exclamaron admiradas.

—Es que vuestra tita me tiene enchufada. ¿No os lo han contado los tíos? —ironizó Ana.

—¿No te molesta que las niñas duerman contigo? Te lo digo porque a lo mejor prefieres compartir tu cama con otra persona —indicó Adriana, en checo, a su hermana.

—No pienso acostarme con Milan Trudenska, si lo dices por eso.

—Me acabas de adivinar el pensamiento. Que yo sepa, no tienes otro galán aquí.

—Hablan en checo porque se trata de hombres. No quieren que escuchemos —indicó Paula a su hermana.

—Celebro que os moleste —la interrumpió su madre—. La abuela Anabel y yo llevamos años intentando que aprendáis la lengua de vuestra familia materna, sin ningún éxito. Todavía estáis a tiempo —las animó.

Dicho esto, siguió hablando con su hermana en checo. Informó a Adriana de que esa misma noche daban en los salones un cóctel aniversario de la revista de decoración en la que colaboraba Freddy, “el decorador de las residencias de míster Stancovich en los cinco continentes”, al que Trudenska asistiría. Tras relatar al detalle las atenciones que el arquitecto le dedicaba, le pidió que la acompañara al evento para que opinara sobre los desvelos del caballero hacia ella: quería asegurarse de que eran sinceros.

Por primera vez desde que lo conociera en la playa, Alexander permaneció a solas con su pequeño hijo durante varias horas. En lugar de quedarse dormido, Jan le devolvía sus miradas extasiadas, y estiraba sus manitas tratando de acariciarle la cara. Hasta que él no pudo aguantar la emoción y lo abrazó con tanta fuerza que el bebé rompió a llorar. La idea de ser padre nunca había ocupado sus pensamientos. Sin embargo, el destino, en su opinión; o el método de Antonia, según Adriana, se encargaron de traer a Jan a este mundo desgarrado donde las personas se matan entre sí sin miramientos. El artista, en contra de lo que tantas veces había martilleado su cabeza, se alegraba de tenerlo en sus brazos y se dio cuenta de que sí podía mirar a esa criatura inocente y desvalida con los ojos limpios. Se lo hizo saber a Adriana cuando ella regresó de la fiesta, tras comprobar cómo míster Trudenska seducía a su hermana, y cómo Ana se dejaba querer.

—El asunto de mi hermana y Trudenska va viento en popa —le confirmó sonriendo.

—Más viento en popa va el mío con esta preciosidad pequeña.

—No sabes cuánto celebro escuchar esas palabras. Me alegraré en el alma si tu hijo consigue traer la paz a tu corazón. El mío está pletórico de todo lo bueno desde que lo sentí crecer en mi vientre. Un día me hablaste acerca de lo que pensabas sobre su llegada, y añadiste que no volverías a repetirlo. Te agradezco que así lo hicieras, y que ahora sientas que esas palabras empiezan a carecer de sentido. Un hijo debe ser siempre un motivo de alegría, y mucho más, habiendo nacido tan sano y tan hermoso como nuestro Jan.

—Este pequeñajo me tiene entusiasmado —le decía mientras cogía al niño, lo levantaba hasta el techo con sus largos brazos y lo volvía a bajar, para que ella apreciara las risas del bebé ante el gesto paterno.

En aquel tiempo no fue Jan el único niño que conquistó su corazón desgarrado. También Paula y Ana, las sobrinas de Adriana, se lo ganaron con sus bromas y su simpática costumbre de llamarle tito. Como no hablaban checo se dedicaban a enseñarle palabras en español. También fueron ellas las que le proporcionaron la idea de hacerle un regalo especial a Adriana, a punto de cumplir cuarenta años.

—A la tita le va a gustar más un regalo sentimental que material. Yo siendo tú me aprendería una canción de amor en español y se la cantaré el día de su cumpleaños. Seguro que le va a encantar —le sugirió Paula.

—Estás un poco loca, jovencita. Soy muy tímido.

—La que se volverá loca será ella, si consiguieras atreverte, ¿a que sí, Paula? —aseguraba Ana, la pequeña—. ¡Estaremos en familia, hombre! —lo animaban ambas.

—Y si le regalo un bonito ramo de flores, ¿no creéis que quedaría bien?

—Con un ramo de flores pelado no —aseguró Paula—. Pero me acabas de dar la idea. Vas a comprarle dos gardenias y se las das mientras le cantas la canción “Dos gardenias para ti”.

—¿Cómo? ¿No vais a librarme del trago de la canción?

—No. Además, esa la sabemos de memoria porque el abuelo Carlos se la canta a la abuela en sus cumpleaños y también le regala las gardenias. Si te atreves, no lo olvidará en toda su vida —asintieron ambas al unísono.

Siguieron insistiendo hasta que lograron convencerlo. Tras varias tardes de ensayo en el ático junto a las dos adolescentes logró aprender, en español y con un buen tono, el mítico tema de Antonio Machín. No pudo olvidar a la niña Sara en los ratos que pasaba con ellas. Hubiera tenido la misma edad si viviera. La hija de Dusan y la bella María era un dulce recuerdo, un tesoro que escondía en su interior. Sin embargo, no se sentía triste.

Adriana, que no solía celebrar sus cumpleaños, sintió que el cuarenta era especial y preparó, con la ayuda del cocinero Wilfredo, una cena con los platos preferidos de cada miembro de la familia. La misma mañana del cumpleaños, Alexander salió con las dos jovencitas a comprar las gardenias. Además de las dos flores, se llevó un gran ramo de rosas rojas.

—¿También vas a regalarle las rosas? —le preguntó Ana.

—Las rosas son para otro regalo. Tenéis que ayudarme a deshojarlas y guardar los pétalos en una caja de madera que tengo en el ático. No me gustaría que se estropearan.

—Cuéntanos por qué las quieres deshojar —le pidió Paula.

—Para pintar a Adriana cubierta de pétalos rojos. Se me ocurrió anoche.

—¡Qué bonito! ¿Ya no vas a pintar la guerra de Sierra Leona? —inquirió Paula.

—No. Hice muchos dibujos mientras esperaba a que me sacaran de allí y también en el hospital de Suiza, durante el tiempo de recuperación de las operaciones. Ahora no quiero pensar en la guerra, sino en el amor.

—¡Qué romántico! ¡La tita se va a poner tan contenta! —exclamaron las jóvenes—. ¿Piensas terminar su cuadro antes de que nos vayamos a España?

—No lo creo, porque tengo entendido que os marcháis el próximo fin de semana. Lo veréis en la próxima visita. No contéis nada a vuestra tía, es una sorpresa, ¿entendido?

—¡Por supuesto! —le contestaron ambas.

Por la noche, tras la cena y el brindis, Alexander se levantó de la mesa. Pasados unos minutos llegó con las dos gardenias. Se arrodilló ante la homenajeadada y puso las flores en su mano derecha. Mirándola a los ojos empezó a entonar “dos gardenias para ti, con ellas quiero decir, te quiero...” Ella se emocionó al escuchar semejante declaración de amor, cantada en público y en español, con una acertada entonación y su simpático acento extranjero. Terminó y la besó largamente en la boca hasta que Paula, mirando su reloj, anunció el final del beso de cuarenta segundos que marcó el colofón del emotivo regalo, entre los sonoros aplausos de toda la familia. Adriana no fue la única que lloró de la emoción. Sentado junto a Milena, el señor Korac también tenía su rostro bañado en lágrimas. Felicitó a su hijo por tan memorable declaración de amor y ambos se fundieron en un abrazo. Un rato después, Adriana se dispuso a dar de mamar al bebé mientras los demás recogían la mesa. Su amor se acercó y le pidió que no se lavara los pechos al terminar.

—Te voy a comer entera nada más se duerma el peque. Me gusta el sabor de tu piel, no el del jabón —le cuchicheó, mimoso, al oído.

La pasión y la ternura, el deseo y el cariño se intercalaron durante la larga noche de amor que se regaló la pareja en presencia de su hijo. El bebé escuchó sin despertarse los gemidos de placer de sus padres, incapaces de amarse en silencio en aquella jornada pletórica de emociones, con olor a



gardenias y sabor a mermelada de fresas. Cuando se quedaron sin fuerzas para seguir y Adriana se encontraba tumbada en la gran cama, con la felicidad inundando su rostro, Alexander abrió la caja de madera donde guardaba los pétalos de las rosas. Le pidió que no se moviera, cogió a puñados las hojas encarnadas y las esparció por toda la superficie de su cuerpo desnudo ante la excitación de la destinataria, que no daba crédito a tamaña demostración de amor. Volvió a pedirle que no se moviera y, sentado en la mesa del tocador, plasmó en una lámina los primeros trazos del boceto destinado a convertirse en el más hermoso de los regalos que Adriana recibiera a lo largo de su existencia. Después, la fotografió repetidamente para captar en varios planos su figura cubierta de rojos pétalos de rosas. Sin quitarlos de su cuerpo se tiró encima de ella. Se besaron apasionadamente y volvieron a hacer el amor, disfrutando de la textura aterciopelada y el dulce aroma de las hojas encarnadas.

—Te quiero de aquí a la eternidad, Alexander. Vayas donde vayas, hagas lo que hagas y estés cerca o lejos de mí. Nunca habrá razones en el mundo para acabar con un amor tan grande, con tanta fuerza.

El suave llanto del pequeño Jan, pidiendo su ración de teta, interrumpió la potente declaración de amor. Alexander lo cogió y lo puso en los brazos de su madre.

—Eres el bebé más afortunado de la tierra. Tienes la mamá más preciosa y más amorosa del Universo. Sois lo mejor que la vida ha regalado a tu padre, hijo mío.

Varios días después del cumpleaños de su hermana, Ana Molina se marchó a España junto a sus hijas, sin noticias alarmantes sobre Pablo y con el sabor agridulce que le dejó la despedida de Milan Trudenska, con quién no había llegado a tener más que algunos besos tan tiernos como furtivos. En la mansión de la Plaza de la Paz, Adriana volvió a tomar las riendas del negocio. Cargando a Jan en la mochila porta-bebés, salía a la calle a realizar las gestiones pertinentes, unas veces sola y otras, en compañía del señor Korac. Alexander también volvió al ático, aunque en esta ocasión no lo hizo para pintar los horrores de ninguna guerra, sino el cuadro del cuerpo de Adriana plagado de rosas. Un trabajo que, lejos de angustiarse como cuando plasmaba las escenas desgarradoras de cualquier campo de batalla, reconfortaba su corazón, cada vez más saneado de dolores y ausencias. Tampoco dormía solo en el ático. A las horas de cócteles y fiestas dejaba de pintar y se dedicaba a jugar con Jan mientras su madre trabajaba. Ante su insistencia en cuidar al bebé sin ayuda, Milena le enseñó a cambiar los pañales con destreza, gesto que provocaba una indisimulada alegría a Adriana y al señor Korac. Uno de aquellos días supo por la radio que el pueblo yugoslavo había arrojado de su sillón de mando al sátrapa de Milosevic, marcándole el camino del Tribunal de la Haya.

—Allí es donde tenía que haber estado desde hace mucho tiempo —comentó a Adriana y a su padre a la hora de comer, sin poder contener la alegría—. La misma suerte deberían correr los hijos de puta de Karadzic y Mladic. Sabéis que no pienso volver a vivir en Sarajevo ni en ningún otro lugar de la antigua Yugoslavia. Nada ni nadie me llama ni me importa en aquellas tierras. Sin

embargo, me llena de satisfacción el saber que ese individuo no volverá a cometer más tropelías y permanecerá entre rejas durante mucho tiempo. ¡Ojalá nunca salga vivo de allí y encuentren al resto de los indeseables para que puedan ser juzgados! —exclamó sin saber que su deseo se cumpliría.

No obstante, tuvieron que pasar varios años para que la paz volviera a la tierra manchada de sangre por las viles ambiciones del dictador encarcelado. Y unos cuantos más, para que los otros dos malhechores fueran también capturados y encarcelados en La Haya, después de permanecer escondidos en el interior de Serbia durante más de una década. Uno, en la personalidad de un pacífico profesional de la para-medicina; y el otro, tras la identidad de un humilde agricultor que ponía cara de póquer cuando le recordaban su enorme parecido con el sanguinario carnicero de los Balcanes.

Con un fino pincel y esmerada caligrafía, estaba firmando el lienzo de las rosas cuando Adriana subió al ático con Jan en sus brazos y la intención de dejarlo con su padre para atender el primer cóctel de la tarde.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Muchísimo. Junto a la canción de las dos gardenias es el regalo más bonito que me han hecho nunca —le decía al tiempo que soltaba al bebé en el suelo y lo abrazaba con fuerza.

Cuando se secó la pintura, el artista vistió su obra con un sencillo marco de madera y, siguiendo los deseos de Adriana, lo colgó justo encima del cabecero de su cama.

—Este cuadro no pienso dejarlo a la vista del público. Lo disfrutaremos nosotros y, en todo caso, los amigos que suban a la habitación. El lunes pienso llamar a mis íntimas para mostrárselo —le dijo orgullosa.

Antes de eso lo vio Katia, que se había convertido, junto a Marco, en visitante diaria de la mansión. Dejaron a los niños jugando con Milena en la habitación de la ventana y subieron a la alcoba de Adriana.

—¡Qué maravilla! —exclamó la rubia, admirada—. ¡Vaya cara de satisfacción, madonna cubierta de rosas!

—Ha captado la cara que tenía, Katia. No te puedes imaginar lo feliz que me hizo aquella noche.

—Me alegro mucho de que se dedique a pintar maravillas como esta, en vez de los horrores de la guerra.

—Pues no te alegres tanto, porque no creo que lo haga. Este cuadro ha sido una excepción por su actual estado de calma. Veremos cuánto le dura.

Comentarios similares hicieron Joan y Caballo cuando vieron la pintura. Era lunes y Adriana los había citado para una merienda en la habitación de la ventana.

—¡Vaya cara de felicidad te ha sacado, belleza entre rosas! —exclamó el catalán.

—La que se le quedó después del polvazo —apuntó Caballo con socarronería—. Por fin, te has metido a *El Hermoso* en el bote. No se acuerda ya ni de que las guerras existen.

—Eso es lo que tú te crees. Ya me gustaría que fuera cierto —le contestó ella.

—Puede que ahora lo sea —la tranquilizó Joan—. Estoy seguro de que le ha cogido el gusto a la vida familiar.

—No lo dudo, pero de ahí a que se olvide del resto del mundo, va un trecho.

—¿No le has preguntado acerca de lo que piensa hacer? —quisieron saber sus amigos.

—No. Os he dicho muchas veces que no me gusta nombrar a la bicha, no sea que se presente.

La bicha volvió, pero mucho tiempo después del que ella imaginó en sus mejores sueños. Jan era un niño juguetón de casi año y medio. Había aprendido a dar sus primeros pasos junto a unos padres felices que se amaban con locura y a un abuelo que lo colmaba de mimos y atenciones, como el resto de los habitantes y asiduos de la casa. Crecía en un ambiente de cariño y cordialidad, ajeno a los tormentos del alma de su padre y a los llantos de su madre por las prolongadas ausencias del ser amado, que ahora parecían haber pasado a la historia. La familia se encontraba reunida en torno a la mesa aquel fatídico 11 de septiembre de 2001, cuando la radio empezó a dar noticias confusas sobre lo que se confirmaba como un brutal atentado terrorista en Nueva York. Adriana sugirió que pusieran el Telediario en el aparato que se encontraba en la habitación de la ventana. Como tantos estupefactos ciudadanos a lo largo y ancho del mundo, vieron las imágenes de las Torres Gemelas cayendo como un castillo de naipes y dejando a su alrededor un reguero de muerte y destrucción. Hasta entonces, pocos motivos de amargura hubo en aquel tiempo feliz. La pareja gozaba a diario de las mieles del amor; el negocio funcionaba sin que la presencia de su dueña resultara necesaria; y todos disfrutaban de una excelente salud. Incluidos los ancianos, que habían pasado los duros inviernos de Praga sin coger un solo constipado. Orgulloso, el cocinero Wilfredo lo atribuía a su maestría en los fogones.

El golpe que ocasionó a su hermana y a sus sobrinas el maltratador Pablo Quintana fue, una vez más, el motivo que empañó la dicha de Adriana. El mismo verano que terminó con el ataque contra las Torres, Ana Molina cumplió cuarenta años. Eran las fiestas del pueblo y su marido la convenció para que lo celebraran allí, junto a la familia y los amigos, y no en Praga, como ella y sus hijas hubieran deseado. La víspera del evento, y por fortuna para ambas adolescentes, Paula y Ana durmieron en casa de la abuela Anabel. Sus padres quedaron en recogerlas al día siguiente para celebrar juntos el cumpleaños. No habían discutido ni tenían, aparentemente, razón alguna que hiciera presagiar tragedias. Estaban arreglándose para ir a buscar a las niñas cuando llamaron al timbre. Pablo fue a abrir y volvió hecho un energúmeno, descuartizando un enorme y colorido ramo de flores y preguntándole a gritos quién era ese Milan Trudenska y qué le ponía en la tarjeta escrita en checo.

Aterrorizada, Ana se dirigía con disimulo hacia la puerta de salida de la vivienda, pensando huir si las cosas se ponían feas, lo cual no tardó en ocurrir. Sin querer seguir escuchando lo zorra que era; todos los hijos de puta a los que se tiraba en Praga, alentada por la zorra de su hermana; y un sinfín de improperios similares, salió de la casa y corría como alma que se lleva el diablo por las calles del pueblo vacío. La gente estaba en las afueras, en el recinto ferial, y no hubo nadie que pudiera socorrerla e impedir que Pablo, como un loco al volante de su potente automóvil, la persiguiera, ella subiéndose a las aceras y él intentando atropellarla o golpearla con el coche. Hasta que lo consiguió y la dejó tirada en la calle, con las piernas magulladas y sin poder moverse. Así la encontraron sus hijas cuando, preocupadas por la tardanza, salieron a buscarlos en dirección al domicilio familiar. Sin sospechar, ni siquiera levemente, que su padre había huido después de agredir a su madre; esta vez, con más saña que nunca. Ana no podía moverse porque el automóvil la golpeó contra la pared y le partió la cadera. Lo confirmó la doctora Martínez, avisada por su amiga Anabel Mákourkova, al hacerle el primer reconocimiento en plena calle. Mientras llegaba la ambulancia para trasladarla al hospital, tanto su madre como la médica le recordaron su deber de ser sincera cuando le preguntaran por el accidente, y su obligación de denunciar los hechos en el juzgado de guardia. Irracionalmente, ella se negaba con la justificación de no querer dañar el buen nombre del padre de sus hijas. Tras una complicada operación y su correspondiente convalecencia junto al mar, rodeada del cariño de los suyos, Ana se recuperó y, por consejo incesante de su madre y de su hermana se instaló, al final del verano, en la mansión de la Plaza de la Paz junto a sus hijas. Ante la amenaza de su suegra con denunciar esa y las anteriores agresiones poniendo por testigo a su íntima la doctora Martínez, Pablo Quintana no tuvo más remedio que permitir el traslado de las jóvenes, aún menores de edad, al extranjero.

Al conocer la masacre de las Torres Gemelas durante aquella comida de carreras entre el comedor y la habitación de la ventana, Paula preguntó a Alexander si pensaba viajar a Nueva York para pintar la zona atacada.

—No te metas en la vida de los mayores, ¿ha quedado claro? —terció su madre—. Y no llames a la bicha, que se presenta. Él no va a dejar a su familia para pintar nada. Eso era antes, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Sabes tú dónde vas a estar mañana? —respondió Alexander devolviendo la pregunta.

—Yo sí. Aquí, cuidando de mis hijas y atendiendo a los invitados al cóctel o al evento de turno.

—Me alegro por ti. Yo ignoro lo que el destino me tiene reservado y la realidad demuestra que nadie puede saberlo. ¿Crees que la gente que acaba de morir en los atentados tenía siquiera una remota idea de lo que iba a ocurrir cuando llegaran al trabajo por la mañana, en una jornada tan normal como cualquier otra?

—Dejemos el tema, por favor. Adriana está bajando con el pequeño.

Los contactos de Alexander con la Fundación se incrementaron en las fechas siguientes a la tragedia de Nueva York. Hablaban de guerra y de paz; de la más que posible venganza de la potencia americana, que dominaba el mundo como ningún imperio lo había hecho hasta entonces; y del reducido papel de la ONU en el concierto internacional. Adriana ya no temblaba cuando escuchaba a su amor hablar con Ginebra. Lo veía tan satisfecho con su vida familiar que pensaba que no se marcharía. Se lo desmintió su hermana una de aquellas tardes, mientras se arreglaban para atender el cóctel que iba a celebrarse en los salones.

—El día que menos te lo esperes cogerá la puerta. Me da mucha pena, pero es lo que hay —aseguró rotunda.

Ana no se equivocó. Estados Unidos ejecutó su venganza contra Afganistán, un país al que Occidente solo conocía por sus extensos cultivos de opio y sus mujeres tapadas hasta los ojos, como mandaba el régimen talibán que ocupaba el poder. La superpotencia lo acusó de esconder y proteger a Bin Laden, supuesto culpable de los atentados de Nueva York. El ataque se produjo a principios de octubre. Eran jornadas de mucho ajeteo en la mansión porque empezaban los preparativos para la fiesta de la Hispanidad. Alexander se marchó, junto a un grupo de cooperantes de la Fundación suiza, cuando las noticias de aquel lejano país alertaron sobre los daños a la población civil en los encarnizados combates que libraban los talibanes contra las fuerzas de la llamada Alianza del Norte que, apoyadas por los americanos, pretendían desbancarlos del poder. Cientos de inocentes murieron bajo las bombas y muchos niños quedaron mutilados por las minas anti personas. Adriana sacó fuerzas de donde no las tenía para no hincharse de llorar, ni en los días anteriores a su partida ni cuando se despidió con un largo beso y la eterna promesa de que volvería.

—Si tuviera una varita mágica le pediría la fórmula secreta para mantenerte a mi lado. La busco desde la primera guerra de Chechenia —le dijo con la mirada acuosa y el corazón encogido, acurrucada en sus brazos.

—Esa fórmula no existe. No puedo refugiarme en mis seres queridos y olvidarme de las guerras, la crueldad y la miseria que sufren tantos desamparados. Sé que piensas que no dejarán de suceder porque yo las pinte y no te voy a quitar la razón. Sin embargo, creo que la paz no nos va a llegar como un regalo del cielo. Tenemos que construirla entre todos, paso a paso. Plasmar la barbarie es mi manera de hacerlo.

—Esta vez me has cogido desprevenida. Pensaba que Jan había borrado los tormentos de tu alma, y que el deseo de verlo crecer impediría que volvieras a arriesgar tu vida.

—He permanecido a vuestro lado durante su primer año y lo veré crecer. Quédate tranquila.

—¡Ojalá pudiera! ¿Ya te has olvidado de lo que ocurrió en Sierra Leona?

—No, y precisamente por eso me voy a Afganistán. Las guerras me han destrozado el alma pero

no me quitarán la vida. Estoy seguro y no me preguntes por qué. No tengo la respuesta pero es lo que siento. Cuando me quedé sordo y el exterior se silenció para mis oídos, me lo contaron las voces que surgieron de mi interior.

Despertó a Jan y lo abrazó con fuerza antes de marcharse. Adriana se emocionó al escuchar cómo le pedía a su hijo que la cuidara. El bebé lo miraba con sus grandes ojos, sin entender muy bien lo que le decía. O entendiéndolo demasiado, porque estalló en un llanto sonoro cuando lo vio salir. Ella lo dejó en brazos de su abuelo y subió al ático. Se tumbó en la cama estrecha y rememoró los brazos de su amado estrechándola con fuerza, sus labios recorriendo cada centímetro de su piel y el deseo que brotaba de su mirada azul. Por sus ojos pasaron las imágenes de la noche en que se conocieron en el Black Horse y de los días que pasaron juntos en el ático mientras hacían las obras en su alcoba, durmiendo pegados en esa misma cama, la pasión desbordando cada rincón de la estancia. En esa cama que había sido testigo de los sueños y los desvelos de los refugiados políticos que otrora descansaran los huesos en sus viejas maderas, y que ahora podía contar la historia de amor más inmensa que hubiera albergado cama alguna... Porque estaba convencida de que si existía un amor tan grande como el Universo y tan duradero como la Eternidad, ese era el que ella sentía.

Durante la ausencia de Alexander procuraba llenar las horas con mil y una tareas. Se afanaba en enseñar checo a sus sobrinas, que habían reanudado sus estudios en Praga con la laguna del idioma. Con el mismo afán atendía el negocio de los salones junto a su hermana y el señor Korac; y en los momentos en que las lágrimas tenían la tentación de acudir a sus ojos las ahuyentaba jugando y riéndose con el pequeño Jan. Por las noches, al término de cócteles y fiestas, se quedaba ayudando a los camareros en la recogida de enseres y la limpieza, intentando llegar a la gran cama de su habitación lo más rendida posible para no pensar y dormir de un tirón hasta la mañana siguiente. Su huida desesperada del dolor terminó una madrugada en la que no pudo evitar encontrárselo de frente. Soñó que estaba con Milena en la habitación de la ventana y vio llegar un coche de la Cruz Roja. Traían el cadáver de Alexander destrozado por las balas. Sintió la pesadilla tan real que quiso bajar a la calle a ver si estaba el automóvil, pero ni siquiera podía andar. Las piernas le flaqueaban y le hervía la frente. Se puso el termómetro y marcó cerca de los 40 grados. Por la mañana, cuando la fiebre le bajó y fue capaz de levantarse, recorrió toda la avenida Vinohrasdka hasta la plaza de Wenceslao, mirando a diestro y siniestro para asegurarse de que no había ningún vehículo de la Cruz Roja y de que todo había sido un mal sueño. El día la vio recorrer la mansión entristecida, llegar a la puerta del ático y no atreverse a entrar, secarse las lágrimas en cuanto brotaban a sus ojos para no entristecer a su hijo... No había eventos por ser lunes, y Milena jugaba con el bebé mientras lamentaba que Adriana llevara en la sangre el estigma de las mujeres Mákourkova... La comparaba con ella misma y se alegraba de ser vieja para no sufrir más por amor. Para no llorar por los hombres que la habían abandonado tras disfrutar de sus favores sexuales. Ni para recordar al que la

dejó estéril después de contagiarle una enfermedad innombrable. ¡Había llorado tanto por amor, y le daba tanta pena ver a su niña en la misma situación!

Adriana se retiró a su alcoba justo después de cenar. Tumbada en la cama daba vueltas y más vueltas, intentando, sin éxito, conciliar el sueño. Miraba la pintura de las rosas y pensaba que esa cara de satisfacción formaba parte del pasado y que nunca más volvería a sentirse así. Lloraba y lloraba. Su propia mirada de felicidad y complacencia, el cuerpo desnudo y regado de pétalos de rosas que su amor inmortalizara tras haber explorado juntos el polígono del deseo en todas sus aristas, provocaba que las lágrimas cayeran por su rostro, atravesaran sus pechos, cruzaran su vientre y recorrieran sus piernas hasta perderse en los vericuetos de su ser. Los gemidos de placer que otorgaron a su rostro la satisfacción con la que había sido plasmado en ese cuadro se transformaron ahora en alaridos de dolor. De un dolor tan profundo que no podía divisar su fin, y tan pesado que no cabía en balanza alguna que pudiera cuantificarlo, como tampoco podía ella evitar la intensidad de su sonido. El señor Korac la escuchó llorar y fue a su habitación para consolarla. Como era habitual, no dormía, o lo hacía a saltos, cuando su hijo estaba ausente. La abrazó y le masajeó la espalda, de la misma forma que hacía para tranquilizar a Alexander. Al verla mirando la hermosa pintura con esa cara de pena, le sugirió que la llevara al almacén del olvido y la tapara con una sábana.

—Observo que le ha cogido el gusto a las costumbres de esta casa y me alegro de que me las haya recordado en el momento oportuno. Vamos, ha llegado tu hora del olvido —le dijo al cuadro—. Espero rescatarte algún día.

Además de apartar el cuadro de su vista, Adriana tomó otra decisión: retomar su afición a las juergas nocturnas, relegadas desde que tenía montada la fiesta en casa. Inició junto a Caballo un periplo por la nocturnidad de Praga que abarcaba, desde el clásico y elegante pub donde se reunían los diplomáticos y el personal de las embajadas, hasta una discoteca rompedora donde ofrecían actuaciones de rock para un público más joven que ellos. Pasando por un club muy pintoresco, frecuentado por checos adinerados y con un vistoso cartel en la puerta que indicaba dónde había que dejar las armas para acceder al interior.

Ni Joan Puch ni María Marcos la acompañaron en su vuelta a la vida nocturna fuera de los salones. El catalán, porque andaba deprimido ante la falta de un amor que lo quisiera por algo más que su cartera; y la venezolana, porque le había dado por pensar que una señora de su edad no debía salir tan tarde. A veces se encontraban en la cafetería del hotel Kapital, Adriana recién llegada de casa y María con la última copa. Tan práctica como siempre, la animaba a echarse un ligue y a quitarse las telarañas “porque Alexander hará lo mismo, qué te crees, los hombres no saben vivir sin meterla” —se reía— y Adriana le contestaba que ninguno de los tipos que había conocido en esas noches de marcha le había puesto las pilas lo suficiente como para llevárselo a la cama. A quién sí

se las pusieron fue a su hermana. Una de aquellas noches se fue a cenar con mister Trudenska y no volvió a dormir. Llegó por la mañana con la sonrisa floja y no hicieron falta las palabras para que se percatara de que, por fin, Ana había sucumbido a los encantos del caballero.

—Tengo que contarte —le dijo nada más llegar—. Tiene una casa preciosa, al lado del puente de Carlos.

—No me interesa saber lo que te ha parecido su casa, que ya la conozco, sino lo demás.

—Todo me ha gustado mucho. Y para tu alegría, te cuento que estoy dispuesta a cerrar el capítulo de mi vida que ocupó Pablo y a abrir otro para mi galán checo.

—Lo celebro, pero no se lo cuentes a tus amigas del pueblo. Son unas cotillas y Pablo se enterará. No quiero ni pensar que se le ocurra presentarse en Praga a montar la escandalera, ¿te ha quedado claro?

—Me aguantaré, aunque estoy deseando coger el móvil y relatarles mi conquista.

—A ver si vas a ser tú como el torero Dominguín. Según contaba papá, se tiró a una estrella de Hollywood y, nada más terminar, la dejó plantada en su lujosa suite del hotel Ritz para salir corriendo a pregonarlo.

Muchos kilómetros al este de Praga, y mientras ellas andaban enfrascadas en los ligues y los trapos, las fiestas y los chismes, Alexander se enfrentaba a diario con la cara más cruel de la miseria y la violencia. La escasez de información de los militares norteamericanos sobre el paradero de los talibanes y los miembros de Al Qaeda provocaba que los ataques se basaran en un sistema de prueba y error, es decir, se arrojaban bombas y misiles contra los lugares donde creían que se escondían. Después, esperaban para ver quiénes huían del impacto y dilucidar así si el enclave atacado albergaba enemigos y, en consecuencia, era conveniente seguir bombardeándolo. Esa táctica de dar una patada al hormiguero para provocar la salida de las hormigas tenía aterrorizada a la sufrida y paupérrima población civil. El artista se encontraba dibujando los restos de una aldea arrasada por las bombas americanas, al tiempo que los paisanos se aferraban por encontrar a alguien vivo y rebuscaban bajo los escombros. Hasta aquel paraje desolado llegó junto a un grupo de cooperantes de la Fundación, en dos vehículos todo terreno que cargaban material médico de primeros auxilios, comida y agua potable. Apenas bajarse, una vecina desamparada y desesperada les contó cómo había perdido su casa, su familia y las pocas propiedades que tenía.

—Hemos pasado tanto miedo que hemos olvidado nuestros nombres y ni siquiera nos entendemos cuando hablamos —aseguraba la mujer, presa del llanto y de la rabia.

Además de numerosos muertos y mutilados, la mayoría mujeres y niños, el ataque dejó en evidencia las mentiras del Pentágono, que lo desmentía reiteradamente. Con su presencia en aquel episodio, el artista comprobó el papel crucial de la propaganda en las nuevas guerras instigadas por la potencia americana. Mientras Estados Unidos negaba primero, y justificaba después, las muertes



de inocentes o “daños colaterales” en aras de la libertad y la seguridad del mundo, el régimen talibán convertía en mártires a los civiles muertos. La radio oficial agradecía sus sacrificios y lanzaba arengas llamando a “la heroica resistencia del pueblo”. De ese sufrido pueblo que llevaba más de veinte años en guerra, y cuya tragedia intentaba él captar en sus bocetos. Un par de meses después de su llegada a Afganistán, los talibanes entregaron el último baluarte que mantenían, al sur del país, y Estados Unidos dio por finalizada la operación “Libertad Duradera”. En teoría, la guerra había terminado, aunque los americanos no consiguieran su objetivo de capturar al hombre que consideraban culpable de los atentados del 11 de septiembre. Alexander presintió lo que después confirmaría la Historia: que el destino de aquella gente de los pueblos y ciudades afganas, castigados por el fuego que caía del cielo y que él había intentado inmortalizar en sus láminas, seguiría teñido de sangre durante muchos años.

No volvió a Praga de inmediato. Sus seres queridos no estaban en sus pensamientos, ocupados por el pasado y por el presente. Por el acontecer de tantas vidas extrañas que padecían los horrores de la guerra. Junto al grupo de cooperantes con los que viajaba se trasladó a Pakistán, donde se refugiaban los afganos huyendo de las bombas. En las principales ciudades de ese país, la Fundación ayudaba a las asociaciones pacifistas locales a organizar movimientos civiles contra la intolerancia y en favor de la paz. Venciendo su timidez, mostró sus bocetos en varias Universidades y, con la ayuda de un traductor, intentó que los estudiantes asimilaran aquellas escenas como muestra de un fanatismo que debían desterrar de sus mentes.

En la mansión de la Plaza de la Paz, Adriana unía al frío del invierno el que le provocaba la falta del calor de Alexander. Ni una sola llamada. Las únicas noticias que tenía de él eran las que le proporcionaban los escuetos correos electrónicos que recibía de la Fundación, en los que se limitaban a informarla de que todo seguía bien. La que no seguía bien era ella. Cada día le resultaba más duro dormir sin la persona amada, y le daba más pereza levantarse de la cama y enfrentarse a otra jornada sabiendo que transcurriría sin sus besos y sus abrazos. Ponía malas caras o se tapaba los oídos cada vez que le preguntaban por él o lo nombraban en su presencia. A Jan se le olvidó la palabra papá a fuerza de que su madre le insistiera en que no lo llamara porque no estaba y no podría escucharlo. Quería para ella sola el pesar de su ausencia, al igual que disfrutaba en la intimidad con los recuerdos de los mejores momentos que pasaron juntos. Diariamente sacaba un hueco entre sus muchos quehaceres para subir al ático a encontrarse con ellos y rememorarlos en el olor de las sábanas de la cama estrecha.

Terminó el primer año del nuevo milenio y el frío continuaba helando sus huesos. Intentaba esconder su tristeza en lo más profundo de su alma, para que no saliera a relucir y entorpeciera las tareas normales de la vida diaria. Pasaba las mañanas en el parque cercano con los pequeños Jan y

Marco. Katia había reanudado su trabajo de modelo publicitaria y le dejaba a su hijo cada vez que tenía pruebas o rodajes, lo cual era bastante habitual. La armonía caracterizaba los juegos de ambos niños, que nunca se peleaban. Ana estaba radiante, disfrutando de un amor recién estrenado, y las niñas empezaron a soltarse en checo y a afianzar la amistad con las hijas de míster Trudenska, así como con algunas compañeras del instituto. Vivían contentas en Praga y con los recuerdos de Pablo Quintana, padre y maltratador de su madre, hicieron lo propio: taparlos con las sábanas del olvido y dejar que se pudrieran en el fondo de sus corazones. Ni siquiera el señor Korac parecía apesadumbrado por la ausencia de su hijo. Gozaba de una salud de hierro, al igual que Milena, y su nieto le hacía olvidarse de todos los dolores presentes y pasados. También se acabaron las penas para Joan Puch, que volvió a ilusionarse con la esperanza de conocer el amor verdadero.

—¿Crees que encontraré al hombre de mi vida, querida Adriana? —le preguntaba.

—Eso espero, aunque debo advertirte que no será tarea fácil. Te has vuelto muy selectivo con la madurez y exiges demasiados requisitos, a saber: lo primero es que le tienen que gustar los hombres. Y además de ser joven y guapo, necesitas que lea la prensa y conozca a Modigliani —le contestó ella riéndose.

—Menos risas, que a ti te pasa lo mismo. Caballo dice que no te acuestas con los liges que te echas por las noches porque no te resultan lo suficientemente atractivos, cosa que no me extraña si los comparas con *El Hermoso*. Tu candidato tendría que parecerse al sueco, o al rubio del Stradivarius, ¿te acuerdas?

—Claro. ¿Cómo iba a olvidar a semejante armario de tres puertas? ¡Si supieras lo que nos descojonamos Caballo y yo al recordar los momentos más gloriosos de esa noche! No volví a verlo. Cruella me contó que se enrolló con una rica y dejó el puterío. ¿Ves cómo todo el mundo encuentra la horma de su zapato? Las cosas suceden cuando menos te lo esperas y ni siquiera estás buscándolas.

Así ocurrió con el rubio del Stradivarius. Una mañana, cuando Adriana volvía del parque con los niños, Ana y el señor Korac le contaron que acababan de firmar un contrato para celebrar en los salones una boda de las de postín. Lo que ella no supo hasta el mismo día del evento es que el novio era, precisamente, el maromo en cuestión. El domingo que se celebraba el bodón, las dos hermanas decidieron atenderlo juntas y dejar al señor Korac cuidando a Jan. Adriana no daba crédito a lo que veían sus ojos cuando llegaron los novios y sus invitados. La novia emulaba claramente a Sissi Emperatriz, y el novio era el rubio vestido de pingüino. Ana calificó el atuendo de la pareja de “estilismo pueblerino”. Desde su punto de vista, al canacán que llevaba la novia se le notaban en exceso los alambres que formaban el vuelo del vestido, y el efecto era más el de una mesa camilla que el de Sissi. Aunque reconoció que el corpiño y los tirabuzones daban el pego, apuntó que con la falda no habían estado finos, y que el chaqué del novio no pegaba ni con cola. Entre los comentarios de su hermana y el descubrimiento de la identidad del contrayente, Adriana no podía aguantar la risa.

Tuvo que disculpase y abandonar el salón porque llegaban los padres de la novia y no podía recibirlos en ese estado. Abrió la habitación de la ventana y rio a carcajadas, sola y a sus anchas. De vuelta al sarao percibió que el rubio la miraba sin atreverse a saludarla. Al fin, mientras ella conversaba con una señora mayor que resultó ser tía de la novia, se acercó y le pidió que le sirviera un Martini.

—Yo no estoy aquí para servir las copas —le contestó con retintín—. Contigo, por ser el novio, voy a tener el detalle de llamar a Reinaldo, el jefe de nuestros camareros, para que te lo prepare como más te guste.

—Nos conocemos de algo, ¿verdad? Tu cara me suena —le dijo él.

—Debería sonarte más mi coño. Me lo estuviste comiendo una madrugada cuando ejercías de puto de Cruella —le soltó Adriana en voz baja y sonriendo, como si lo que acabara de decir fuera una frase de cortesía en lugar de una respuesta tan cierta como grotesca. Y el tono no debió ser muy bajo, porque la dama con la que conversaba se retiró llevándose las manos a la cabeza, mientras la tez del rubio enrojecía por segundos.

—Tendrías que disculparte por ese comentario tan soez —le pidió en tono serio.

—Espera sentado, querido. La vida es muy larga y de pie te cansarás mucho.

—Veo que eres más descarada de lo que podía imaginarme. No hacía falta que me recordaras mi vieja profesión. Todos tenemos derecho a progresar en la vida.

—Celebro que lo hayas conseguido, pero eso no te da vía libre para ridiculizarme. ¿Crees que me voy a creer que no me reconocías y me pides que te sirva una copa habiendo seis camareros bien identificados?

—Me he puesto muy nervioso al verte. No quería que mi novia sospechara que hubo algo entre nosotros y temía que pudieras irte de la lengua, como acaba de ocurrir.

—Te lo he dicho en privado y en voz baja. Lamento que la señora mayor se haya enterado. Además, entre nosotros no hubo nada importante, que yo sepa. Mejor será que tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Él asintió sin sospechar que a Adriana le entraba un ataque de risa cada vez que recordaba el episodio, y fueron unas cuantas. Se lo contó a su hermana, que se quedó perpleja al escuchar la historia, y cuando tuvo la oportunidad lo rememoró ante cada uno de los protagonistas de la noche en que conoció al rubio: Cruella, Freddy, Joan y Caballo. Este último fue el primero de los amigos en conocer la noticia. Al día siguiente del bodón, lunes y jornada de descanso, Adriana lo citó para relatarle el encuentro con el maromo de cuyos favores disfrutaran ambos una noche perdida en el tiempo, aunque no en sus memorias. Sentados en el sofá de la habitación de la ventana y tras haber disfrutado de un succulento almuerzo, Caballo se desternillaba con el momento de la vieja llevándose

las manos a la cabeza al escuchar la burrada que su amiga le soltó al rubio.

—Me alegro de que hayas aprendido a ser un poco malvada, como yo —apuntó riendo.

—Y yo me muero de risa recordándote a cuatro patas en el sofá del salón privado de Cruella.

Siguieron de cotilleo hasta que Caballo tuvo que incorporarse a su trabajo. Ese lunes, el turno le tocó al chisme. Otros los dedicaban a salir. Una mañana, cercana ya la primavera y tras una larga noche de fiesta, Adriana cruzaba la puerta principal de la mansión. Habían terminado en un club gay y dejó a su amigo en buena compañía. Subió despacio las escalinatas y se encontró al señor Korac apostado en el pasillo.

—¿Qué hace despierto, abuelo? ¿El pequeño le dio mala noche?

—No, hija, aunque se acostó muy tarde —le contestó riéndose.

—¿De qué se ríe? ¿Cómo es que se acostó tarde, si yo lo dejé durmiendo?

—Sí, pero su padre lo despertó poco después, cuando llegó.

—¿Dónde está Alexander, en el ático? —preguntó emocionada.

El anciano asintió aunque ella no esperó la respuesta. Cogió las llaves, subió corriendo, abrió con sigilo y anduvo de puntillas la distancia entre la puerta y la cama estrecha. No quiso despertarlo de su profundo sueño y permaneció un buen rato mirándolo y admirándolo, escuchando su respiración pausada y deseando que abriera los ojos. Hasta que le dio el arrebató, se desnudó y se recostó junto a él, poniéndole uno de sus pezones en sus labios dormidos. Entonces reaccionó. Sin palabras, besó sus pechos y su cuello, sus mejillas y su boca. Se fundieron en un largo abrazo, los cuerpos pegados y la emoción contenida. Se lamieron la piel poro a poro, y cada uno de sus besos les habló en silencio de la grandeza del amor. De un amor que, lejos de apagarse, se fortalecía en la distancia y se inmunizaba contra el olvido; un amor capaz de vencer dolores y soledades, guerras y tormentos. Sintió dentro de su cuerpo, Adriana abrió las puertas de sus entrañas y salieron los sentimientos que habían permanecido guardados durante la ausencia. Hasta la saciedad le repitió que lo quería. Su excitación, en forma de risas y lágrimas, suspiros y gemidos, inundó aquel ático tantas veces testigo de pasiones y deseos, de encuentros y abandonos, dichas y desdichas.

Tras una temporada de cielos encapotados, el sol lucía radiante aquella mañana que anunciaba la primavera. Ella estaba pletórica. A la hora de comer, la visión de Alexander a su lado, haciéndole carantoñas y riendo las gracias de Jan, la hacía sentirse tan alegre como el día. Su sobrina Paula lo comentó en checo.

—Ha llegado Alexander y ha salido el sol. En el cielo y en tu cara. Estás guapa y más joven —soltó riendo.

—Tu tía está guapa y joven siempre —contestó el aludido—. ¿Y tú, desde cuándo hablas checo, muchachita? —se extrañó—. Enhorabuena.

—Las amistades del Instituto y las clases de Adriana han operado maravillas con ellas —indicó

Ana madre.

—Ahora hablamos más checo que tú español —añadió su hija pequeña.

—Eso está muy bien. Si sabéis checo, podéis enseñarme mejor el español.

—Tendréis que aprovechar las horas de las comidas, niñas —puntualizó Adriana—. El resto del tiempo, su mundo estará más cerca de Afganistán o de Sierra Leona que de nosotros.

—¿Qué piensan de los americanos en Afganistán, tito? —le preguntó Paula—. El profesor de Historia nos ha dicho que les están muy agradecidos por echar a los talibanes del poder.

—Esa es una cara de la moneda, y me temo que vuestro profesor nos os ha mostrado la otra. Yo estuve en un pueblo que era antitalibán antes de ser bombardeado por los gringos. Al quedar destruido, el más viejo de los pocos vecinos que sobrevivieron al ataque pidió una oración por Alá para que les llevara soldados americanos a los que matar, porque contra el fuego que caía del cielo no podían luchar. En esta guerra, la propaganda se ha vuelto más importante que la propia acción bélica.

De guerra y paz siguieron hablando el resto de la comida. Todos participaron en la conversación salvo Adriana, que se había metido en una burbuja infantil junto a su hijo y jugaba con él en un mundo tan pequeño como ajeno a la política y a las guerras. Esa tarde, las hermanas se reunieron en la habitación de la ventana para ultimar los preparativos de una cena con los agentes de viaje más importantes de Praga. Joan estaría entre los asistentes y Caballo prometió pasarse a tomar una copa cuando terminara en el hotel. En medio de la celebración, Adriana lo vio llegar con unos andares raros y no pudo resistir la pregunta.

—Y tú, ¿por qué andas así? ¿Qué te ha pasado? —lo interrogó al oído nada más saludarlo.

—Un polvo muy bestia —afirmó él—. Ayer, cuando te fuiste, el chulo con el que me quedé y yo nos ligamos a un negrazo que llegó poco después. Tomamos algo juntos y, al amanecer, me llevé a los dos a casa. El negro tenía una herramienta más grande que el Castillo de Praga. Intenté resistirme y ya ves cómo me ha dejado.

—¿No pudo ayudarte el otro tipo que andaba con vosotros?

—Nos violó a los dos. Cualquiera se atrevía a hacerle frente a un morlaco de ese calibre, con dos metros de estatura. En realidad, queríamos tener un rollo con él. Era guapo y nos ponía. Nos asustamos cuando le vimos esa tranca tan tremenda. Él se dio cuenta y, en vez de hacérselo bien, se puso en plan bestia. Yo apenas me resistí porque prefería que me rompiera el culo a que me diera una paliza y me dejara peor. El otro le hizo frente y se llevó el labio reventado de un puñetazo, además del trasero roto, por supuesto.

—Deberías haber llamado a la Policía. Hubo una agresión en tu casa y ese hecho es denunciabile, aunque el delincuente no fuera un intruso, sino un invitado.

—Olvídalo. Mañana estaré bien. No es la primera vez que me ocurre —lamentó resignado.

Caballo no fue el único que trajo malas noticias aquella noche. Adriana, que en teoría debería estar muy contenta por la llegada de Alexander, iba a tener muy poco tiempo para gozar de su compañía. Ya le había comunicado su intención de dormir solo en el ático, y la noticia, aunque la esperaba, le provocó una profunda tristeza. Era consciente de que en el corazón del hombre que amaba había un lado tan oscuro como inaccesible, y que su negativa a que pasaran las noches juntos estaba más relacionada con ese lado oscuro que con el deber que tenía ella de atender el negocio de los salones. Sin embargo, lo quería tanto que todos los males que la aquejaban desaparecían cuando estaba a su lado. Era capaz de borrar de un plumazo sus desplantes, sus manías y el dolor provocado por cada una de sus partidas. Así lo escuchó su hermana un día que, junto a Milena, andaban de charla en la habitación de la ventana. Ana le confesó que se encontraba muy a gusto con mister Trudenska, pero que no estaba dispuesta a compartir su vida con nadie distinto a sus hijas. Conocía la experiencia de vivir con un hombre y no pensaba repetirla. A Adriana le extrañó que no quisiera dormir con él todas las noches y lo atribuyó al hecho de que no lo amaba lo suficiente.

—Ni falta que le hace —contestó Milena—. No es necesario amar tanto. Los hombres no traen más que sufrimiento porque son maltratadores y egoístas por naturaleza.

—El amor llega y te atrapa, quieras o no —aseguró Adriana con convicción.

—Y a ti te tiene bien atrapada —afirmó Ana—. No entiendo cómo permites que viva aquí, en tu casa, para hacer lo que le da la gana. Entre otras cosas, no pasar las noches contigo, como te gustaría.

Ante el escepticismo amoroso de Milena y de su hermana, ambas con fracasos a sus espaldas, Adriana habló de la física y de la química; de la atracción tan enorme que sentía por Alexander y de su capacidad para borrar todos los males del mundo, incluso los que él mismo le ocasionaba, cuando estaba a su lado. Aseguró que nunca había sentido nada semejante por otro hombre, y que cuando la abrazaba le subían el pulso, la temperatura y la tensión. Que eso le ocurría desde que lo vio la primera vez y antes de haber cruzado con él una sola palabra. Y que la pasión era tan grande que, lejos de enfriarse con los años, crecía y se avivaba cada día que pasaban juntos.

—¡Te pareces tanto a mamá, Adriana! Te escucho y tengo la sensación de que es ella quien habla, y no una mujer tan moderna como tú. Me resulta impropio.

—Eso no depende de ser moderna o antigua. Tu hermana lo lleva en la sangre. Lo heredó de tu madre, de tu abuela y de todas las mujeres de su casta —le aclaró Milena.

—¡Las vueltas que da la vida! —apuntó Ana—. ¡Quién te iba a decir a ti que terminarías igual que mamá, con lo que le recriminabas a ella lo enamorada que está de papá!

—Ya ves. Ahora entiendo sus actuaciones y ni siquiera me resultan tan descabelladas. ¿Qué podía hacer ella para que papá no se gastara el capital de las dos familias en el póquer y en los viajes

siguiendo a Dominguín? Muy poco, ¿verdad? Pues yo aún puedo hacer menos para que Alexander deje de arriesgar su vida en las guerras del mundo.

Guerras que continuaron sucediéndose. Como Adriana solía decir, eran tan antiguas como la Humanidad y estaban en el germen del ser humano porque servían a sus ansias de poder y de gloria. A la de Afganistán siguió la primera gran guerra del siglo XXI, la guerra de Irak. Mientras la invasión norteamericana al país gobernado por Sadam Hussein se hacía cada vez más evidente y centraba las conversaciones de Alexander con Ginebra, su pareja temblaba cada vez que escuchaba hablar del asunto. Al igual que en otras ocasiones, él intentaba tranquilizarla y le pedía que viviera el presente y dejara de sufrir por sus ausencias. Solo cuando lo tenía a su lado, regalándole las miradas de sus ojos claros, sintiendo en su boca el calor de sus besos y en su cuerpo las caricias de sus labios carnosos, olvidaba Adriana que volvería a marcharse y a dejarla con el pesar de no saber nunca cuándo podría abrazarlo de nuevo.





# XIX. PÉRDIDAS

El tiempo pasó y el acontecer moldeó a su antojo las existencias de moradores y asiduos de la mansión de la Plaza de la Paz. La vida sonreía a Ana y a sus hijas que, adaptadas a la cotidianidad de Praga, habían sacado de sus vocabularios la palabra problema; para todo hallaban una solución. Se cumplieron los deseos de Joan, que andaba muy entretenido seduciendo a un joven norteamericano de piel transparente y mirada lánguida. Y, tal como predijo Pamela, los retratos pintados por Jan Vésely ganaban fama entre los círculos más selectos de la sociedad praguense. El pintor, agobiado por las ansias de prosperidad de su esposa y habiendo gastado, no por su gusto, sino por la insistente presión de Verónica, más dinero del obtenido en una vivienda acorde con la nueva situación de la familia, optó por dejar a su mujer en la casa recién adquirida con la hija de ambos y volver al domicilio de sus padres. De nuevo soltero, retomó una antigua relación con Teresa, la vecina que calmó el ímpetu sexual de Alexander cuando llegó a Praga.

A quien peor trató el curso de la vida fue a Caballo, que enfermó a finales de verano. Un lunes, sabiendo que Adriana estaba libre, fue a darle la noticia a la habitación de la ventana. Le contó que algún cabrón de los muchos que se había tirado le había pegado la sífilis, y que llevaba quince días tomando antibióticos sin responder al tratamiento. Le habló de dolores y calambres, de sudores nocturnos y de fiebres de cuarenta, y le confesó que la enfermedad le daba muy mala espina. Ella lo apremió a consultar con otro especialista que pudiese aclarar por qué no mejoraba con el tratamiento, y se ofreció a llamar a la doctora Novákova por si acaso conocía a alguno. Así lo hicieron, y descubrieron con pesar que el problema de Caballo superaba a la sífilis. Su cuerpo estaba minado por el virus del SIDA desde hacía tiempo, según detectaron los nuevos análisis. Ese era el motivo por el cual no respondía a los antibióticos y no se le podía parar la sífilis. Pese a la gravedad del mal, los médicos lo animaron. Le dijeron que tenía que ser fuerte y llevar a rajatabla un tratamiento con antirretrovirales, y que podría superar ambas enfermedades. Tras la consulta, los amigos del alma se fueron a la habitación de la ventana, le pusieron perejil a San Pancracio y le pidieron llegar juntos a la vejez. Poco después, la doctora Nývokova telefoneó a Adriana y la citó en su consulta. Al llegar la vio con otra facultativa, no tan joven como ella y muy seria. La ginecóloga, tras presentar a su colega, María Volkova, como la especialista que había realizado las últimas pruebas a Caballo, la invitó a tomar asiento para escuchar un diagnóstico con muy malas expectativas. Fue entonces cuando supo que su amigo no solo estaba aquejado de sífilis y SIDA. El virus VIH le había provocado un cáncer del sistema inmunológico, descubierto en las nuevas pruebas. La doctora Volkova le anunció que esa misma semana lo ingresarían para hacerle la preceptiva biopsia y que, si el diagnóstico referido se confirmaba, le darían quimioterapia e incluso radioterapia, combinada con el tratamiento antirretroviral para combatir el virus del SIDA.

Adriana palideció y, con una voz temblorosa y apenas audible, preguntó si había esperanzas de curación.

—Aún es pronto para pronunciarse —le contestó la especialista en tono escéptico.

—Usted y su colega, el otro doctor que estuvo mirando las pruebas, le dijeron que saldría adelante si seguía el tratamiento adecuado. Yo misma lo escuché. Ese cambio de opinión se debe al cáncer, supongo.

—Es un agravante más en todo lo que tiene. Puede que el peor. Sin embargo, no la hemos llamado para contarle que el paciente tiene cáncer, sino porque él mismo nos comunicó que carecía de familia en Praga y que usted era como su hermana. Aclarado este punto, la informo de que su estado se irá deteriorando. No podrá vivir solo ni estar ingresado aquí, en un hospital público, más de lo estrictamente imprescindible. O lo llevan a un centro privado para que lo cuiden o lo hace usted en su casa. Si opta por la última opción, le recomiendo que busque la ayuda de una enfermera. Es un trabajo durísimo y muy desagradable. Las pústulas de la sífilis están creciendo. Hay que desinfectarlas a diario y tratarlas con un antibiótico local. Seguirán los dolores y las fiebres nocturnas. En resumidas cuentas: necesitará gente cerca las veinticuatro horas. Si no tiene a nadie más que a usted, debe procurarle una calidad de vida digna durante este tiempo tan difícil.

Ella intentaba mantener la calma mientras escuchaba a la doctora. Tenía los labios y los puños cerrados. Apretaba los dientes con fuerza y la miraba fijamente.

—¿Qué debo hacer? ¿Lo llamo para contarle lo que hay, o se lo comunican ustedes? —les preguntó con la voz entrecortada y lágrimas silenciosas cayendo por sus mejillas.

—Nuestra intención es ingresarlo dentro de tres días. Le he pedido a la doctora Nývákova que la avisara porque considero que no debe estar solo ni una noche más. Ni siquiera la de hoy, a ser posible. En su estado puede pasar cualquier cosa. Usted dígame lo que estime conveniente. Él está citado aquí pasado mañana. Entonces le comunicaremos el diagnóstico y al día siguiente le practicaremos la biopsia.

Se despidió de las doctoras, salió a la calle y tomó el tranvía. Había poca gente y encontró un sitio libre. Las lágrimas seguían cayendo y ya no eran silenciosas. Gemía, los codos apoyados en las rodillas y los ojos tapados con las manos. Una señora le dio unas palmaditas en la espalda. Ella levantó la cabeza.

—Sufre usted mucho, querida. ¿Puedo hacer algo por ayudarle? —le preguntó.

—¿Hace usted milagros? —devolvió ella la pregunta entre sollozos.

—No, claro que no. Únicamente Dios puede hacer eso.

—¿Y quién es ese señor? No tengo el gusto de conocerlo —le respondió Adriana.

La señora enmudeció, le deseó suerte y se bajó en la siguiente parada. Ella consiguió calmarse a duras penas. Cuando llegó a casa, Milena la estaba esperando.

—Traes mala cara y malas noticias, ¿verdad? Ha telefoneado Caballo. Quiere que le devuelvas la llamada.

—Tiene cáncer y está muy mal. Esta noche dormiré en su casa para cuidarlo. ¿Dónde está el peque?

—En el ático, con su padre y su abuelo.

—Subo a verlos. Si vuelve a llamar Caballo, dile que en un rato estaré en su apartamento.

Alexander salió a recibirla cuando escuchó el ruido de sus tacones. Ella se refugió en sus brazos y rompió a llorar, la cabeza recostada en su pecho. Su compañero le acariciaba el pelo y trataba de consolarla.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿T

u amigo está aún peor de lo que pensabais? —le preguntó.

—Sí. Le han descubierto un cáncer linfático. Se trata de una enfermedad común en los pacientes con SIDA.

Adriana miró unos segundos la pintura en la que trabajaba el artista. Eran dos niños afganos que sonreían pese a tener piernas y brazos mutilados por la acción de las minas anti personas.

—Fíjate en la sonrisa de esos niños —le pidió él—. Las minas los dejaron incapacitados para el resto de sus vidas. Nos dieron a todos una gran lección de fuerza y entereza. La vida llega y se va, Adriana. Tu infelicidad no va a devolverle la salud a Caballo. Tienes que ser valiente y prepararte para decirle adiós.

—Él no va a morir, es joven y fuerte. Mientras le quede un soplo de vida, a mí me quedarán esperanzas.

—No seas ilusa. Ha contraído enfermedades mortales. Insisto en que te prepares para lo peor.

—Esta noche voy a dormir en su casa. La doctora dice que no debemos dejarlo solo.

—¿Y vas a echarte tú esa responsabilidad? Si tiene familia en España, lo lógico es que se encarguen ellos.

—Me quedaré solo un par de días. Después van a ingresarlo para hacerle una biopsia y comunicarle el diagnóstico completo. Tendremos que buscar una enfermera para que lo atienda. Hablaré con Palomares por si la empresa puede costear los gastos, o al menos, una parte. Cuida mucho del peque. Voy a avisar a Katia. No podemos quedarnos con Marco estos días. Dos niños me parecen demasiada carga para el abuelo.

—No te preocupes, ni acumules más problemas del que ya tienes. Yo los cuidaré y los llevaré al parque.

—Te lo agradezco mucho. Dame un beso —le pidió—. Tengo que marcharme.

Se besaron largamente y él escuchó de nuevo el ruido de sus pasos por las escaleras. Permaneció

de pie junto a la puerta, contemplando cómo se alejaba. Estaba tan acostumbrado a su sonrisa que verla sufrir lo enfurecía. Volvió al cuadro de los niños afganos, intentando dejar parte de su rabia en cada pincelada.

La enfermedad de Caballo no menguó su sentido del humor, ni esa capacidad que tenía para convertir cualquier problema en una nimiedad. Sentada en una fría sala de hospital, Adriana esperaba a que terminaran de practicarle la biopsia para estar junto a él en la habitación. Ignoraba si ya le habían contado que tenía cáncer. Al rato, una voz tan fría como la sala le anunció que podía subir a verlo. Lo encontró junto a la doctora Volkova y otro facultativo, que abandonaron la estancia pasados unos segundos.

—Prepárame un bonito pelucón —le pidió riendo—. Tengo cáncer y van a darme quimio.

—Con fuerza y tesón saldrás de esta, amigo. Yo te ayudaré, no te preocupes. También tu hermana debería venir una temporada a cuidarte. En cualquier caso, tendremos que buscar una buena enfermera para que nos eche una mano. Palomares me ha dicho que la empresa costeará una parte de los gastos, pero no todos. ¿Puedes encargarte tú del resto? No sé cómo andas de dinero.

—Bien. Fui precavido y tengo mis ahorros. Pon un anuncio para buscar a la enfermera o enfermero. Dejas mi número de móvil, citamos a los candidatos en la habitación de la ventana y les hacemos un casting.

—¿Un casting? Ni que fueran modelos. Eres incorregible —le comentó entre risas.

—Lo del casting es fundamental —reía él—. Estoy dispuesto a pagar lo que me pidan, pero exijo tener a mi lado a una persona guapa y resuelta. Llevo mucho tiempo ahorrando para mi vejez, Adriana. No llegaré a viejo, así que me gastaré hasta la última corona en mimos y cuidados para lo que me quede de vida.

—No hables de morirte. Tú, que tanto amas la vida. Debes luchar para salir adelante. Cuenta conmigo.

Un tiempo después, la biopsia confirmó las peores expectativas. El cáncer había dañado varios grupos de ganglios linfáticos y estaba cerca de la médula ósea. Los médicos decidieron aplicarle quimioterapia con premura para intentar detener su avance. Lo citaron al día siguiente para empezar con el tratamiento.

Su hermana llegó a Praga poco antes. De nombre Juana, rondaba los sesenta, derrochaba simpatía y se conservaba muy bien. Adriana decidió acompañarlos a la primera sesión de quimioterapia. Con la excusa de comprar unas revistas, los dejó en la habitación y salió corriendo por el pasillo del hospital en dirección al despacho de la doctora Volkova. Con pesar, la especialista le hizo saber que el tumor estaba extendiéndose por todo el sistema linfático. En su opinión, a Caballo le quedaría, como mucho, un año de vida. Intentando evitar que el llanto inundara su rostro, Adriana fue por las revistas. Cuando se disponía a subir de nuevo a la habitación se encontró a Joan, esperando el mismo

ascensor que ella iba a tomar.

—¿Cómo está nuestro amigo, querida? ¿Han empezado ya a darle la quimio?

—Sí. Se la están suministrando por vía intravenosa en la habitación. Vamos.

—¿Crees que se salvará? La que ha liado por no ponerse estricta con los condones. Era una promiscua...

—Todas hemos sido promiscuas en algún momento de nuestras vidas. Tú también. Y con el condón nos pusimos estrictas hace muy poco tiempo. Él tuvo mala suerte, nada más. No hagas que cargue con ninguna culpa, por favor. Bastante tiene con la que le ha caído encima.

—No le diré nada. Te entiendo. ¿Tú qué piensas? ¿Saldrá de esta? —volvió a preguntarle.

—Sí. Él es fuerte y ama la vida. Cualquiera día su organismo dará la vuelta adecuada y sanará.

—Ojalá. Yo no soy tan optimista, pero no voy a pensar en lo peor, por si acaso ocurre.

Eso era exactamente lo que Adriana pretendía hacer. No pensar en la muerte y aferrarse a la idea de que Caballo vencería al cáncer, al SIDA, a la sífilis y a todo lo que le pusieran por delante. Creía que era la mejor forma de transmitirle confianza para superar sus males. Prefería olvidarse de las palabras de la doctora Volkóva y dar por válidas las convicciones del resto del equipo médico que, según la especialista, guardaban alguna esperanza de curación. Así se lo explicó a Juana. Ambas tomaban un refrigerio en la cafetería del hospital, mientras Joan permanecía junto a Caballo. Intentando cada una hallar el consuelo en las palabras de la otra, acordaron silenciar el estado real del paciente y cargarse de fuerzas para que no se percatara de la gravedad de sus dolencias. Así seguiría luchando y aferrándose a la vida. Adriana facilitó a Juana el número de su casa y le pidió que la llamara, a cualquier hora, si necesitaba ayuda.

Pasaron muchos días antes de que eso ocurriera. Llegó el 12 de Octubre y la Fiesta de la Hispanidad se celebró por primera vez con la ausencia de Caballo. También por primera vez, Adriana se hizo cargo de la intendencia siguiendo las instrucciones de su amigo enfermo, que apenas podía moverse de la cama. Salió airosa de su papel, aunque sus íntimos comentaron que su sonrisa era forzada, y que durante toda la velada le vieron los ojos tristes. Sus hermanos se marcharon a España tras el evento y la rutina volvió a la mansión. Ella pasaba los días entre su casa y la de Caballo, los saraos de los salones y los juegos con Jan y Marco.

El calendario marcó el principio de un nuevo año. Un manto blanco y helado cubría las calles de Praga y el paso del tiempo iba minando la salud del paciente, que sufría fuertes dolores. Lo ingresaban con frecuencia para administrarle la medicación por vía intravenosa y lo dejaban varios días enganchado a un suero que llenaba su cuerpo de calmantes. Cuando consideraban que la crisis había remitido le daban el alta. Una fría tarde de enero, Adriana fue a visitarlo al hospital y, antes de subir a la habitación, se dirigió al despacho de la doctora Volkóva. Según los médicos, Caballo

respondía bien a la medicación contra el SIDA y la sífilis, pero callaban o contestaban con evasivas cuando les preguntaban por la reacción a la quimioterapia. La falta de respuesta preocupaba tanto a ella como a Juana, y esa tarde confirmaron sus temores. El tratamiento no había detenido el avance del cáncer, que ya se encontraba a un centímetro escaso de la médula ósea. En opinión de la especialista, su curación estaba descartada a los ojos de la ciencia. Ya solo pretendían mitigar el sufrimiento del enfermo para que pasara el último periodo de su vida de la mejor manera posible. Conforme avanzaba el deterioro de Caballo, Adriana fue, poco a poco, desentendiéndose de todo para entregarse, cada vez con más energía y tesón, a cuidarlo. Pasaba junto a él gran parte del día, al objeto de que Juana descansara y tuviera fuerzas para enfrentarse a las largas noches en vela, cuando el dolor se hacía más agudo. La mujer, que rechazó la ayuda de una enfermera checa con la que no podría entenderse, le agradecía sus desvelos y llevaba con entereza los numerosos males del ser querido. Una helada noche de finales de ese mismo mes de enero, Milena la despertó de madrugada.

—Te llama una señora que no habla checo —anunció—. Creo que es la hermana de Caballo.

—Ahora mismo me levanto. Gracias por avisarme, Milena.

Con el corazón encogido, bajó los escalones de tres en tres y alcanzó el aparato.

—Caballito está muy mal, revolviéndose en la cama de los dolores —la informó Juana con voz quejosa—. Siento llamarte de madrugada, pero ya no tengo más calmantes. Se los ha tomado todos y no le han hecho efecto. He tenido que molestar a los vecinos para que llamaran al hospital y resulta que no pueden ingresarlo porque no tienen ninguna cama libre. ¿Qué podemos hacer? ¿Se te ocurre algo?

—Sí, tranquila. Dile a Caballo que iré lo más rápido posible y le llevaré una cosa que le calmará el dolor.

Mientras la escuchaba, Adriana se acordó de las drogas que encontraron guardadas en botes de cristal, en los tiempos en que los habitantes de la mansión se dedicaban a rescatar del olvido muebles y trastos. Se despidió de Juana y cruzó los salones en dirección al almacén. El ama de llaves trataba de seguirla.

—¿Dónde vas, niña? ¿Qué ha pasado? Espérame, no hace falta que corras tanto.

—Al almacén, Milena. Acompáñame si quieres.

—Mira que me lo temía. Vas a buscar las drogas del abuelo para dárselas a tu amigo, ¿verdad? Estás loca, a estas horas de la madrugada. Consulta a un médico, por lo menos.

—¿Para qué? Me dirá que estoy loca como tú acabas de hacer. Voy a coger el bote de morfina y se lo llevaré ahora mismo, Milena. No trates de impedírmelo.

—Pues despierta a Alexander y pídele que te acompañe. Con este frío no habrá ni un alma en la calle.

—No lo haré. No estará de acuerdo conmigo y no tengo tiempo para discutir. Aquí está la caja

grande, mira. ¡Dos botes de morfina, y puede que haya más en las que aún quedan cerradas! —exclamó al tiempo que cogía uno y tapaba la caja—. Otro día, sin tanta prisa, abriré el resto, por si hay suerte y encontramos más.

De repente, sus ojos se volvieron hacia la caja que guardaba las cenizas del comandante Dusan Korac.

—A este no pienso rescatarlo del olvido, Milena. Vamos a cubrir su caja con una sábana. No puedo verlo.

—A mí tampoco me gusta que siga aquí. Su padre y su hermano deberían haber decidido ya su destino final. ¡Mira que si asusta a los fantasmas buenos que andarán pululando por la mansión! —exclamó.

—Nunca he hablado con ellos del asunto. Tápalo y no le digas a Alexander que lo hemos visto, ¿vale?

—De acuerdo, pero cuando me pregunte por ti tendré que explicarle dónde estás. ¿O prefieres que mienta?

—Limítate a contarle que he ido a casa de Caballo. Si quiere más detalles, que me pregunte.

Su amigo lloraba de dolor cuando llegó al apartamento. Sin embargo, pareció calmarse al verla entrar en la habitación con un gran bote de cristal en la mano.

—¿Qué me has traído? —le preguntó con voz trémula.

—Toda la morfina que seas capaz de meterte. Esto te calmará, estoy segura.

—Eres la mejor. ¿De dónde has sacado tanta morfina a estas horas? No sabía que esa droga se vendiera en la calle.

—No la he comprado. Es una larga historia, luego te cuento los detalles. Venga, métete un par de rayas. Te prepararé más si no resultan suficientes. Tenemos que ir probando hasta averiguar la dosis adecuada.

—¿No crees que deberíamos llamar a un médico antes de dárselas? —le preguntó Juana.

—No —contestó Caballo—. Me pongo las rayas ahora mismo porque sé que no me harán daño.

El paciente experimentó una mejoría considerable un rato después de tomar aquella mágica droga. Sonreía y llenaba de besos las manos de su amiga.

—Eres la alegría de mi pobre vida. Ya apenas siento dolor. Te agradezco en el alma lo que haces por mí.

—No tienes nada que agradecerme. Lo hago con todo el amor del mundo. Este bote lo dejaré aquí. Con la cantidad que hay podrás hacerte un millón de rayas. Te metes un par cada vez que suba el dolor. Creo que esa dosis es correcta. No se te ocurra decir nada a los médicos, no vaya a ser que nos fastidien el invento.

—No, claro que no, pero cuéntame tú cómo has conseguido la droga. Me tienes intrigado.

—La he rescatado del olvido. Está en la mansión desde hace mucho tiempo. Mi abuelo la suministraba a sus pacientes para quitarles el dolor. Me lo contó Milena cuando vi los botes por primera vez, en la época de las obras. Hemos tenido la suerte de que se conserve bien y no haya perdido sus propiedades curativas.

—¿En serio? Nunca me habías hablado del asunto. ¿Y dices que hay más botes?

—Sí. Al menos, dos frascos de morfina de un kilo, dos de adrenalina y uno de cocaína.

—Me dejas patidifuso. ¿Nunca probaste la coca? ¡Tener un kilo y no tocarlo solo se te ocurre a ti!  
—reía.

—No la he probado, de verdad. Lo insinué y quería estrenarla contigo cuando encontramos los botes. Alexander y Milena me tacharon de loca y me olvidé. Estaban seguros de que las drogas habían caducado después de tantos años y tenían miedo de que me intoxicara. Tú mismo acabas de comprobar que no es así.

—¿Qué sabrán ellos? Esto está buenísimo. Te lo garantizo yo, que soy experto en la materia. Ahora podrás ponerte todo lo linda que te apetezca. Y gratis, por cierto. ¡Si Bojan se entera querrá hacer negocio contigo!

—De eso nada. Es para consumo privado y no está en venta, como diría la Cruella. Además, no pienso probarla hasta que no te recuperes. Cuando te cures daremos un gran fiestón y la inauguraremos juntos.

Caballo pasó tranquilo y contento el resto de la noche. Charlando y riendo con su íntima se olvidó de los dolores y hasta de que estaba enfermo. En la mansión, Alexander bajó a desayunar y se extrañó al ver a Jan en brazos del abuelo. Se enfadó cuando preguntó por Adriana y le contaron que había salido de madrugada a casa de su amigo y no había vuelto. Aunque conociera el motivo de la ausencia, le molestaba que su pareja hubiera pasado la noche fuera sin decirle nada. Los juegos en el parque con Jan y Marco propiciaron que se olvidara del asunto. Cercana ya la hora de comer, Adriana se cruzó con ellos en la entrada de la mansión. Venía sonriendo y besó a todos efusivamente. Alexander, muy serio, le devolvió el beso con desgana.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no quieres besarme? —le preguntó extrañada.

—No me gusta que salgas sola de madrugada. Las calles están vacías. Podría haberte pasado algo. Al escucharlo, ella empezó a reírse a carcajadas.

—Como si a mí me encantara que te vayas a las guerras y me dejes sola, incluso estando a punto de parir. Los hombres sois egoístas sin remedio. Con razón lo dice Milena. Ya te desenfadarás. Es tu problema.

—Si tienes que salir otra noche me despiertas y te acompaño, ¿vale? Dame un beso. Estaba



preocupado, eso es todo.

—Me alegro de que, por una vez, hayas probado el amargo sabor de la ausencia —le contestó con ironía.

Tras la comida, Adriana fue a llevar a Marco a casa de sus padres. A la vuelta le sorprendió comprobar que todos seguían en la mesa.

—Te veo muy tranquila, Ana. Yo estoy cansadísima, pero tenemos que empezar a preparar el primer cóctel de la tarde.

—No te preocupes. Han llamado esta mañana para suspenderlo y han tenido la cara dura de pedirme que les devolviera el importe de la fianza. Como imaginarás, me he negado. Aparte de que figura en el contrato, estaba ya todo comprado. No pienso tirar nada, por supuesto. Al congelador y para otra ocasión.

—Estupendo. Me alegro de que se haya anulado. Aún falta mucho tiempo para el segundo evento. Así aprovecho y me voy a descansar un rato. Apenas he dormido en casa de Caballo.

—¿Aceptas compañía? —le preguntó Alexander.

—Sabes que sí. Necesitaremos un voluntario para cuidar al peque.

El señor Korac se ofreció amablemente. Adriana le dejó al niño en brazos y se encaminó en dirección a las escaleras, seguida de su amado. Se tiraron en la cama y se besaron como locos mientras se desnudaban.

—Te deseo y no te encuentro casi ninguna de las veces que vengo a buscarte —le decía él, acariciándola.

—No me tomes el pelo, ¿vale? Duermo todas las noches más sola que la una. Otra cosa es que no esté a tu disposición en el momento justo en que te entre la ventolera del deseo.

—No sé por qué te he dicho nada. Siempre sales con lo mismo.

—Pues no hables —le dijo ella al tiempo que le tapaba los labios con sus besos.

Para amar y para dormir dio de sí aquella tarde. Adriana se estaba arreglando para atender el cóctel cuando la llamó Noelia, su íntima de Madrid. Acababan de nombrarla jefa de Sociedad de los Telediarios.

—Te felicito, amiga. Vas a dar un fiestón y me avisas con tiempo para que vaya, ¿verdad?

—Sí, pero el motivo no será mi cargo, sino la paz. La cita es el 15 de febrero, Jornada Mundial Contra la Guerra, después de la manifestación. Ven con tu chico y traed las camisetas que ha diseñado para el evento.

—¿Qué camisetas? Me dejas de piedra, no tengo ni idea de lo que hablas. Me acabo de enterar de esa Jornada Mundial y de la manifestación contra la guerra a la que te has referido.

—¡Como que te acabas de enterar, si la Fundación que expone sus cuadros está entre los organizadores! —exclamó extrañada la periodista—. ¿O es que ya no vive contigo? —le preguntó.

—Sí, aunque no hablamos sobre la guerra. Me pongo muy mala, Noelia. Como estalle el asunto de Irak volverá a marcharse y cada vez llevo peor sus ausencias. Además, estoy pasando una racha horrible. Mi amigo Caballo, del que ya te hablé, tiene SIDA y cáncer linfático. Está sufriendo mucho y yo también.

—Lo siento. Creo que lo mejor es que te vengas con tu chico y el niño. Volverás con energías renovadas.

—Me encantaría. Sin embargo, no puedo prometerte nada. Él es poco sociable, no le gustan los eventos.

—Este sí. Te repito que está entre los organizadores. Me extraña que no lo sepas —insistió.

—Alexander, no creo. Será la Fundación. Él anda pintando escenas de su última guerra, la de Afganistán.

—Creo que sabes muy poco del hombre con el que te acuestas. Lo que pinta ahora son los logotipos que llevaremos los manifestantes el 15 de febrero en las principales capitales del mundo. Lo sé por una nota de prensa que han enviado desde Suiza. ¿No ves su trabajo? —le preguntó sorprendida.

—Te resultará raro, pero hace muchos días que no subo al ático y desconozco sus asuntos laborales. Sobre los personales, acabamos de echar una siesta de las que te dejan más suave que un flan. Como amante es para quitarse el sombrero. Me hace muy feliz, Noelia. Junto a él me olvido de todos los males del mundo.

—No me extraña. Lo vi en la tele y me pareció guapísimo. Anímalos y os venís. La manifestación será grandiosa. Le encantará vivirla y puede que hasta pintarla.

La inesperada llamada propició el primer viaje de la pareja y el pequeño Jan. Alexander, que había decidido aceptar la invitación de sus patrocinadores para secundar la Manifestación Internacional Contra la Guerra en Ginebra, se dejó arrastrar por los deseos de Adriana de seguir el acto en Madrid y acudir a la fiesta de Noelia. Ella subió al avión con la tristeza de abandonar a su amigo enfermo durante una semana, pero con la alegría de disfrutar con su amor y su hijo del primer viaje que iban a hacer juntos. Llegaron a la capital de España dos días antes de la gran manifestación y se hospedaron en un moderno hotel de la Gran Vía, porque el apartamento de Adriana seguía alquilado. Les dieron una habitación con vistas al bullicio, y Alexander se divertía mirando desde el balcón la variopinta fauna humana que paseaba por la calle. Era la primera vez que visitaba la ciudad. Después de tomar un baño y descansar un rato, Adriana telefoneó a Noelia. Ella los invitó a cenar en la terraza de su casa y celebró el regalo de la pareja: una camiseta con el lema “No más sangre por petróleo”. Llevaba estampado uno de los dibujos que Alexander había realizado con motivo de la Jornada Mundial Contra la Guerra: un barril de petróleo manchado de sangre.

Bajo el grito de “No a la guerra”, miles de personas inundaron las calles del centro de la capital en la fecha señalada para la protesta pacifista. Lejos de asustarse por la muchedumbre y la algarabía, el pequeño Jan, subido a los hombros de su padre, escudriñaba el paisaje urbano repleto de gente y pancartas alusivas a la paz. A su lado, otro niño, imitando a los mayores, repetía claramente el grito de “No a la guerra” ante la satisfacción de su orgullosa madre. Era Víctor, el hijo de Vicky, la realizadora amiga y antigua compañera de Adriana. En un momento del recorrido, una anciana de aspecto fatigado les pidió agua.

—Beba todo lo que quiera, señora —le dijo Adriana ofreciéndole su botella—. Y tenga cuidado. La veo muy cansada. ¿Ha venido usted sola a la manifestación?

—Sí, sola. Mi familia no vive en Madrid y no quería perderme este acontecimiento por nada del mundo. Todos tenemos la obligación de protestar contra la guerra. Yo viví la Guerra Civil española, ¿sabes? Mi vida quedó marcada por esa tragedia. Nadie con dos dedos de frente puede querer una guerra, muchacha.

—Yo también puedo hablarle mucho de vidas marcadas por la guerra, señora.

—¿Tú? ¿Qué sabrás tú de eso, con lo joven que eres?

Adriana hizo un gesto señalando a Alexander, que se adelantó unos pasos con Jan en los hombros.

—Mi compañero es yugoslavo y vivió el sitio de Sarajevo. Ya le he dicho bastante.

—Al menos tuvo la suerte de poder contarlo —comentó la anciana antes de despedirse.

Junto a un grupo de antiguos colegas de Adriana, ataviados con las camisetas que Alexander dibujó para la ocasión, completaron, al grito de “No a la guerra” y otros similares, el recorrido de la gran manifestación. El artista se sentía pletórico por el éxito de la convocatoria. Estaba encantado de haberla vivido en Madrid.

—Tenías razón. Aquí ha salido mucha gente a la calle. Al parecer, más de un millón de personas. Ya me comentaron en la Fundación que las ONG de España habían sido de las más activas en la organización de la protesta, y las que habían solicitado el mayor número de camisetas estampadas con mis dibujos. Veremos qué dicen las noticias sobre el resto de las capitales importantes. El de hoy ha sido el primer acto convocado al unísono en todo el mundo a través de Internet y mensajes de móvil. Esperemos que las nuevas tecnologías, aunque se crearan para usos militares, sirvan para construir la paz.

—Ya sabes lo que yo pienso del tema. La invasión de Irak se producirá porque es el deseo de los poderosos, aunque tengan a toda la ciudadanía mundial en contra.

Sobre el mismo asunto conversaban los invitados a la fiesta que Noelia dio en la terraza de su casa después de la manifestación, y a la que Alexander asistió por la insistencia de Adriana, quien le repetía que quedaría fatal si rechazaba la amable invitación de su amiga, una periodista de peso en

los Informativos de TVE. No obstante, y lejos de hacerse notar, contestaba con monosílabos cuando halagaban su obra o le interrogaban sobre lo vivido en tantos campos de batalla. Adriana, por el contrario, se movía como pez en el agua en aquella reunión divertida y variopinta, donde se reencontró con muchos de sus acompañantes en las largas noches de la movida madrileña. Por unos instantes pensó en retirarse junto a Alexander y el niño, pero revivir un fiestón en la capital de España, casi una década después, era una oportunidad única que se le presentaba en ese momento y arrasó con sus pensamientos sobre obligaciones conyugales o familiares. Era pleno día cuando llegó al hotel y despertó a su familia para desayunar y salir a pasear en la mañana fresca y casi primaveral. Durante el tiempo que permanecieron en Madrid, andar por las calles bulliciosas se convirtió en la afición preferida de Alexander, que admiraba la variedad de razas y colores de la gente que pululaba por la ciudad. Le encantó el céntrico barrio donde se encontraba el apartamento de Adriana, con sus callejuelas estrechas, sus comercios orientales y su olor a comidas exóticas. Visitaron al periodista mejicano que tenía alquilada la vivienda y comprobaron lo a gusto que se sentía en aquel hogar.

—Quiero comprarte este piso, Adriana. Ponle un precio y lo negociamos.

—Lo siento, Daniel. No está en venta y espero no tener que desprenderme nunca de él.

—¿Qué más te da? No vas a volver a Madrid y nosotros somos muy felices en tu casa. Tanto, que hasta hemos fabricado un niño en la que fue tu cama —le anunció sonriendo.

—Me alegro mucho, aunque no puedo complacerte. Tengo como máxima no vender nada a no ser que lo necesite para comer. Mi padre ya vendió bastante. Tanto, que nos dejó casi en la miseria. Puedes quedarte en el apartamento todo el tiempo que necesites. En régimen de alquiler, tal como estáis ahora —precisó.

—Ahora vamos a ser padres y queremos tener nuestra propia vivienda. Si persistes en tu empeño de no vender, tendremos que buscar un nuevo hogar.

—Lo siento, amigo, de verdad. Avísame con tiempo para buscar otro inquilino.

—Por supuesto. Somos muy correctos. Hace mucho que vivimos en tu casa y no te hemos dado problemas.

—Ya lo sé, querido. Te deseo suerte para encontrar una vivienda que te guste tanto como la mía.

Tras el periplo madrileño volvieron a Praga y a la cotidianidad de sus vidas. Él se encerró en el ático para convertir en pinturas los bocetos que realizara en Madrid el día de la manifestación, y Adriana relevó en los salones a su hermana, que se tomó unos días de descanso. El resto del tiempo lo consumía entre las visitas a su amigo enfermo y los juegos con su hijo y el de su amiga Katia. Un mes después de la protesta pacifista se confirmaron los temores de los millones de ciudadanos que habían clamado por la paz a lo largo y ancho del orbe. El 16 de marzo de 2003, los gobernantes de Estados Unidos, Reino Unido, España y Portugal, reunidos en la tristemente famosa “cumbre de las Azores”, dieron luz verde a la invasión que se produciría tres días más tarde, el 19 de marzo. Años

después, una eminente autoridad norteamericana reconoció el verdadero motivo del ataque: EEUU quería controlar las grandes reservas de petróleo iraquí para evitar que cayeran en manos de la Unión Europea o de otras potencias emergentes como China o la India. Se demostró que las razones esgrimidas para justificar la guerra fueron tan cínicas como falsas: arrebatarse a Irak sus armas de destrucción masiva, las que no tenía; poner fin al apoyo de su Gobierno al terrorismo, alianza que nunca llegó a probarse; y lograr la libertad del pueblo iraquí. Un hermoso objetivo que, lejos de conseguirse, provocó que miles de inocentes perdieran la vida en una guerra larga y despiadada, donde todos eran enemigos de todos y donde la muerte rondaba cada casa, cada calle y cada esquina.

Sin que mediara declaración de guerra por alguna de las partes, la capital iraquí fue bombardeada con misiles lanzados desde buques y submarinos, seguidos de ataques aéreos con cazas y bombarderos pesados. La reacción del pueblo agredido no se hizo esperar y sus fuerzas iniciaron un duelo artillero contra los soldados de la coalición invasora. Sin embargo, la resistencia iraquí fue doblegada en poco tiempo y el largo convoy invasor prosiguió su travesía por el desierto, sembrando de sangre y destrucción la tierra que pisaba. En aquellos días se hablaba de que el país atacado opondría una resistencia feroz a la toma de su capital. Todo hacía suponer que los americanos tendrían que combatir casa por casa para hacerse con el control de Bagdad. Fue un tiempo en el que Adriana empezó a dormir mal. Se despertaba en medio de la noche con la frente empapada de sudor frío y el temor de que la muerte se presentaba para arrebatarse a sus seres queridos. En aquellas pesadillas, inundadas de imágenes de lejanos campos de batalla y de frías salas de hospitales, se confundían los rostros de Caballo y de Alexander. Tenía la sensación de querer gritar. La angustia aprisionaba su garganta y no dejaba paso ni a la voz ni al llanto. Descansaba tan poco que necesitaba hacer esfuerzos ímprobos para resistir de pie y atender sus tareas diarias. Incluso amar le costaba trabajo. Se veía obligada a sacar energías de lo más profundo de su ser para que Alexander no notara que la mujer a la que tanto decía desear no podía ni con su cuerpo ni con su alma. Los pesares sufridos la convirtieron en una experta en el arte del engaño. Había conseguido que su sonrisa forzada no lo fuera a los ojos de los demás, y que el brillo luciera en sus ojos tristes para que quienes la rodeaban permanecieran ajenos al sufrimiento profundo que salía de cada uno de los poros de su piel. Solo una persona percibió su dolor: su hermana. Ana se marchó a pasar una semana de turismo y amor a Budapest. A su vuelta encontró a Adriana con el señor Korac, organizando cuentas y pedidos en la habitación de la ventana.

—¿Qué tal va todo? —les preguntó.

—Bien, muy bien —contestó Adriana.

—A mí no me engañas —le dijo en español—. Te noto en la cara que has pasado muchas noches malas.

—Me voy a la cocina. Os dejo hablar a solas —se despidió el señor Korac.

Adriana se levantó, cerró la puerta y se echó a llorar en los brazos de su hermana.

—Tengo un hijo, Ana, y siento la obligación de impedir que me vea sufrir.

—Relájate, por favor. Cuéntame tus pesares.

—Duermo muy mal. Me despierto con sudores fríos y pesadillas horrorosas. En ellas veo a la muerte. Unas veces tiene la cara de Caballo, y otras, la de Alexander.

—¿No se lo has dicho? Es tu pareja y debería estar a las duras y a las maduras. ¿Por qué sufres tanto? Entiendo que la enfermedad de Caballo te entristezca. Sin embargo, nada le ocurre a Alexander.

—Sí, Ana. Se marchará a Irak y cada vez llevo peor el hecho de despedirme de él hasta no sé cuándo.

—Voy a pedirle que haga lo que esté en sus manos para tranquilizarte, que es mucho. No podemos curar a Caballo por arte de magia. Sobre Alexander, intentaré evitar por todos los medios que se vaya y te deje sola en estos momentos tan delicados. No entiendo cómo no se da cuenta de lo mal que lo estás pasando.

—Si está pensando en viajar a Irak, como yo creo, no te escuchará. Ni mis súplicas ni las de su padre han evitado que se marchara en anteriores ocasiones. Mi única esperanza ahora es que Jan se lo pida —sollozaba.

Esperanza frustrada. Según las noticias que llegaban de Irak, los soldados americanos consideraban la tortura y el asesinato como métodos aceptables para intimidar a la población civil. De hecho, reconocieron haber golpeado a ciudadanos iraquíes y admitieron violaciones de mujeres detenidas. Los atentados contra los derechos más elementales de la gente indefensa motivaron el viaje de Alexander. La Fundación quería que plasmara tales atropellos para demostrar al mundo que la potencia que se había erigido en defensora de la libertad y los derechos humanos era la primera en permitir que sus propios soldados los violaran.

La primavera se presentó con lluvias y Adriana la percibía vestida de negro. Una tarde de marzo, cuando las tropas americanas marchaban hacia Bagdad y se preveían duros combates en la capital, Ana supo que la petición desesperada que hiciera a Alexander para que no dejara sola a su hermana, en unos momentos muy difíciles por la enfermedad de su amigo, había caído en saco roto. Estaba con sus hijas en la habitación de la ventana y el señor Korac llegó para pedirle que se hicieran cargo ambos de los dos cócteles programados para la tarde y la noche. Le preguntó por Adriana y le anunció que Alexander salía para Bagdad al día siguiente. Indignada, Ana quiso saber a qué esperaba su hijo para dar a su pareja tan tremenda noticia.

—A nada. Me ha pedido que la avise —le contestó lacónicamente el anciano.

—¿Y se lo va a contar delante del niño? ¡Qué bonito! —observó ella con ironía.

Poco después, Adriana subía los peldaños rojizos. Alexander la esperaba con Jan en la puerta del ático.

—¡Mamá! —exclamó el niño echándole los brazos.

—Vamos dentro, hijo. Papá os tiene que hablar.

Vestida de blanco y sobre altos tacones, ella entró, se sentó en la cama estrecha y subió al niño en sus rodillas. Alexander se acomodó junto a ambos y los estrechó entre sus fuertes brazos.

—Mañana me marcho. Espero y deseo volver pronto —les anunció.

—¿A qué hora? —preguntó ella, temblorosa e incapaz de contener los lagrimones que surcaban sus mejillas.

—A mediodía salgo para Ginebra.

—Mamá dice que las guerras no se van a terminar porque tú las pintes —saltó el niño.

—Papá se marcha porque cree que es lo que debe hacer, hijo —le contestó el artista—. Quiero que conozcas un mundo más justo que este, Jan. Un mundo donde los poderosos no puedan ordenar la muerte de miles de seres inocentes, y en el que los niños que nazcan tengan garantizado, al menos, el derecho a vivir en paz.

Le habló como si se tratara de una persona mayor. El pequeño lo entendió a su manera, a juzgar por la pregunta que le lanzó, en un checo tan claro como bien construido.

—¿Eso se consigue pintando la guerra? No me lo creo y mamá tampoco, ¿verdad, mami?

—No, cielo —contestó la madre, las mejillas surcadas por el líquido silencioso que derramaban sus ojos.

—No te vayas, papá. Si te quedas, mami dejará de llorar.

—Mi llanto no importa, Jan. Tu padre actúa como considera necesario y debes respetarlo, igual que lo hago yo. Llora porque lo voy a echar mucho de menos. No te preocupes por los problemas de los mayores, eres muy pequeño para pensar en ellos. Te voy a llevar a jugar con las primas antes de acostarte, ¿vale?

—¡Vale, vale! —le contestó el niño dando palmaditas.

—Adiós, Alexander —se despidió ella.

—¿No vas a volver? ¿No quieres que pasemos la noche juntos?

—Sí, no, no lo sé, no sé nada —le contestó llorosa y nerviosa.

—Cálmate, por favor. No es la primera vez que me voy a la guerra. Sabes que volveré.

—No sé nada y estoy muy calmada. Si no te gustan mis lágrimas, lo siento. Son las que tengo —le contestó mientras bajaba las escaleras de la mano de su hijo.

—Cada vez me lo pones más difícil —refunfuñó Alexander.

—¿Yo? ¡Qué cinismo! —exclamó ella volviendo la cabeza para mirarlo.

No respondió y se quedó apostado en las escaleras, contemplando cómo se alejaba. Adriana dejó a Jan jugando con sus sobrinas en la habitación de Ana y se dirigió a la suya. Se tumbó boca abajo en la cama y siguió llorando en silencio para que su hijo no la escuchara. Seguía en la misma postura, vestida, cuando Alexander entró un rato después. Se sentó en la cama a su lado y empezó a masajearle la cabeza.

—Te ruego que no sufras por mí. Eso no te hará bien, ni tampoco a nuestro hijo.

—Déjame en paz. No quiero molestarte, ni a ti ni a nadie. Por mi gusto haría algo distinto a llorar por ti.

—Dime de qué se trata, por favor.

—Me encantaría enamorarme de otro hombre que me quisiera y no me abandonara cuando más necesito su apoyo, por ejemplo —le contestó fijando en los suyos sus ojos húmedos.

—No hables así, Adriana. Yo te quiero. Siento mucho que tu amigo no mejore y que el miedo a perderlo te haga sufrir tanto. No está en mis manos devolverle la salud.

—No, claro que no. Simplemente, podrías quedarte a mi lado para acompañarme y apoyarme en este tiempo tan difícil. La muerte se me presenta cada noche, Alexander. Unas veces lleva el rostro de Caballo y otras, el tuyo. Estoy muy cansada y no puedo dormir. Tengo miedo porque sufro pesadillas terroríficas...

—Tu hermana me lo contó. Lo siento mucho, aunque no puedo ayudarte. No te preocupes, son malos sueños que se alejarán con el paso del tiempo. Déjame quedarme a tu lado esta noche.

—Puedes dormir conmigo siempre que quieras. Ya lo sabes y no lo haces.

—Hoy sí. Quiero meterme dentro de ti y llevarme todos los males que te aquejan. Bésame, cariño —le pedía al tiempo que la levantaba de la cama, la sentaba en sus rodillas y empezaba a desnudarla lentamente.

Adriana, que además de cansada estaba dolida con él, no podía resistirse a sus caricias. A la belleza de su cuerpo desnudo, a su boca recorriendo cada centímetro de su piel y a la intensidad de su deseo cuando le hacía el amor como jamás se lo había hecho hombre alguno. Alexander tenía la capacidad de sacar fuego de las cenizas de su cuerpo agotado de quererlo tanto, y de devolverle la felicidad infinita cuando poco antes, al anunciarle su partida, había propiciado que se sintiera la persona más desdichada del Universo. Terminaron extenuados de amarse y se quedaron dormidos. Con el paso de los años y de las guerras, ella perdió la cuenta de las veces que había vivido el momento pasión desbocada inmediatamente anterior a la despedida. El sexo fuerte junto a las palabras tiernas. El pensamiento puesto en el día de la vuelta porque el presente se agotaba y, por último, mirar cómo se alejaba desde la habitación de la ventana y el hondo pesar regado de lágrimas



que seguía a su partida. En esta ocasión, y como ya había conseguido en anteriores adioses, se empeñaría en ponerle un final distinto a la película. Se propuso no encerrarse a llorar. Ni un día, ni un solo minuto. Tenía un hijo que era consciente de que su padre se marchaba y nadie sabía decirle cuándo volvería.

La enfermedad de Caballo, lejos de remitir, empeoraba por días su estado general de salud. La dosis de dos rayas de morfina ya no le hacía efecto y optó por tomarla a cucharadas en las bebidas, como azúcar. Uno de sus lunes libres, Adriana acudió a la consulta de la doctora Volkóva y se enteró de que su amigo del alma tenía los días contados. El tumor estaba a un par de milímetros de la médula ósea y, si no moría antes, quedaría inválido cuando alcanzara dicho órgano. La doctora le aconsejó que se preparara para lo peor y la informó de que iban a suministrarle morfina para paliar su sufrimiento durante el tiempo que le quedara de vida. Adriana no quiso hablarle de la morfina que ella ya le había dado, y que el enfermo tomaba cada vez en mayores dosis. Sin embargo, sintió miedo y decidió telefonar a la doctora Martínez. Con la voz entrecortada, le habló de los males de Caballo y de que su curación estaba descartada por los médicos.

—No puedo ayudarte mucho porque no soy experta en cuidados paliativos aunque, si está tan mal como dices, tu amigo morirá pronto. Te aconsejo que te prepares para ese momento y que hagas lo que te pida con tal de que no sufra. En mi opinión, lo humanamente correcto es cortar el dolor. No voy a negarte que la droga puede precipitar el final, pero debes tener claro que no le causará males mayores de los que padece. El cáncer será el motivo del óbito, no la morfina que tú le des, ¿está claro? Lo siento mucho, sinceramente.

—Gracias por sus palabras, doctora Martínez. Soy yo la que siento molestarla para esto. Ya le hemos ocasionado bastantes problemas en la familia, con todo el lío de Ana.

—No seas tonta, Adriana. Lo importante es que tu hermana haya encontrado su felicidad en Praga. Los amigos estamos para ayudarnos. Tu madre y yo somos íntimas desde que ella llegó a España, hace muchos años. Te mando un fuerte abrazo y mis mejores deseos —le dijo al despedirse.

Después de pasar el resto de la mañana en el parque con los niños y de una frugal comida, Adriana dejó a Jan en compañía de su abuelo y se marchó a casa de Caballo. Durante el trayecto solo pensaba en la forma de encontrar el momento para comentar con Juana sus conversaciones con las doctoras sin que el enfermo se enterara. No fue necesario. Caballo también estaba preparándose para el final y se lo dijo claramente.

—Dame un abrazo fuerte —le pidió al verla llegar—. Voy a morir pronto y no quiero que llores por mí.

—No mientes a la muerte, por favor te lo pido. Mientras haya vida hay esperanza.

—Yo no quiero seguir en el mundo en este plan. Sufro mucho y no merece la pena. Ya he vivido bastante a mis 49. He sido muy feliz. Me he follado a todo lo que se movía y tengo mucho encima. Le

he pedido a Juana que me lleve a Cataluña, a Sitges, a morir frente al mar y rodeado de maricas, que es lo propio. No quiero despedirme de la vida en una cutre habitación de hospital checo. Ni siquiera en este apartamento.

—Me gustaría estar contigo hasta el final, Caballo. ¿Cuándo tenéis pensado viajar?

—Cuando me den la morfina. Tengo muchos dolores y la del bote apenas me hace efecto. Ha debido perder sus bríos. He llamado a la Simoneta para que me reserve una habitación en el mejor hotel que haya frente al mar. Quiero todo tipo de lujos y caprichos, y esperar monísima a la muerte. Si te apuntas, le pediré que sean dos, pero si no puedes, tranquila. Organizamos una despedida aquí, en la habitación de la ventana. El plan de Sitges no me parece apropiado para un niño y entiendo que no quieras dejar solo a tu pequeño.

—Tranquilo, no estará solo. Tiene a todos los que viven en la mansión, que son unos cuantos. Su abuelo lo cuidará de mil amores, necesita que le hagamos sentirse útil. También hablaré con Katia para que le ayude mientras estoy fuera. Yo me he quedado con Marco durante mucho tiempo y lo he hecho encantada. Lo lógico sería que ella me correspondiera ahora, y estoy segura de que lo hará. Es una chica estupenda.

Annunció la mala noticia nada más llegar a casa. El peor trago fue explicarle a Jan que su madre también se marchaba. El niño lloraba y le pedía que lo llevara con ella.

—No es un viaje apropiado para niños, Jan, y necesito despedirme de mi amigo porque no volveré a verlo. En cambio, tú y yo tendremos toda la vida para estar juntos. Pórtate bien y no me lo pongas más difícil.

—¿Dónde se va tu amigo, mami?

—A un viaje muy largo del que nunca se vuelve. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

—Dime cuándo volverás tú. Papá se fue sin decírmelo. No quiero que hagas lo mismo.

—Aún no lo sé. Deja de llorar y dame un abrazo muy fuerte. Cuando mamá esté fuera te llamará por teléfono todos los días. Así sabrás cuándo vuelvo, y la tía Ana te llevará a esperarme al aeropuerto, ¿vale?

—Vale, mami. No te olvides de llamarme, por favor. Papá nunca lo hace.

—No te llama porque en las guerras no hay teléfonos.

—¿Y por qué no lleva un móvil en el bolsillo, como la tía Ana?

—Te repito que en la guerra no funcionan, pero mamá estará en un hotel y en la habitación hay un teléfono para poder hablar contigo, como el de Madrid. ¿Te acuerdas cuando llamábamos al abuelo desde allí?

—Sí, mami —le contestó al tiempo que ella lo abrazaba con todas sus fuerzas.

A muchos kilómetros de allí, Alexander plasmaba en sus cuadernos de dibujo a los soldados

iraquíes cavando trincheras en la periferia de la capital y llevando los tanques a garajes y zonas arboladas para protegerlos de los ataques aéreos. La resistencia provocaba incendios al objeto de dificultar la visibilidad de los aviones y los satélites de la coalición. Se presagiaban duros combates en los dos anillos defensivos que el Alto Mando iraquí había ordenado formar en los alrededores de Bagdad. Sin embargo, no ocurrió así. Los invasores encontraron poca oposición al llegar a los temibles anillos citados. Un periodista jordano contó al artista que los comandantes iraquíes habían dado a sus soldados la orden de mezclarse entre la población para continuar la lucha mediante una guerra de guerrillas. Los norteamericanos, por su parte, realizaron incursiones de tanteo con columnas de blindados a través de las calles de Bagdad. Posteriormente, tomaron la decisión de entrar en bloque y capturar la capital, que cayó sin oponer apenas resistencia. El primero de mayo, el amo del mundo pronunció la frase “Misión Cumplida” para dar por finalizadas las principales operaciones militares desde que comenzara la invasión. Lo que el presidente norteamericano no sabía, o no quiso entender entonces, era que el ejército estadounidense había logrado la ocupación del país, pero la guerra estaba muy lejos de acabarse. De hecho, las víctimas de la posguerra multiplicaron muchas veces el número de los caídos durante la contienda. El mismo informador jordano explicó a Alexander que el error de Estados Unidos consistía en intentar doblegar a un país árabe actuando con la mentalidad occidental.

—En Occidente contáis el tiempo en horas, minutos y segundos. En el mundo árabe lo hacemos en años y en siglos. No importa que los norteamericanos crean que por ocupar Bagdad han ganado la guerra. Esta tierra se convertirá para ellos en un infierno peor que el de Vietnam. El martirio será largo y cruento —predijo. Lo que el pintor ignoraba entonces era que aquella fatal predicción terminaría cumpliéndose. Durante los años sucesivos retumbarían en sus oídos las palabras certeras del reportero jordano.

Como uno más del grupo, Alexander se unió a la tribu de corresponsales de guerra que cubrían la batalla. La única diferencia entre ellos estribaba en que los periodistas cargaban con cámaras y equipos de alta tecnología para transmitir sus crónicas. Él solo llevaba su mítica caja de lápices y varios cuadernos de dibujo. Mientras caminaba junto a un grupo de informadores por las calles devastadas de una ciudad en ruinas, Adriana volaba, junto a Caballo y Juana, desde Praga a Barcelona. En el aeropuerto de la capital catalana los esperaban el hijo de esta y su novia, que los trasladaron en coche hasta el confortable hotel que Joan había reservado frente al mar de Sitges. Caballo sobrellevó el viaje tomando pastillas de morfina como si fueran caramelos. Al llegar a las habitaciones todos rieron a carcajadas por el cargamento de drogas que el enfermo y su amiga escondían en sus maletas, y que pasó desapercibido en ambos aeropuertos: morfina, cocaína y marihuana en cantidades nada inocentes, camufladas en botes de cosméticos femeninos.

—¡Vaya locos! ¿Qué pensabais decir a la policía si os llegan a descubrir? —inquirió Juana.

—Que eran productos de belleza para ponernos muy lindas —respondió Adriana riéndose.

—Vamos a inaugurar nuestros manjares. Esta parejita querrá probarlos —pidió Caballo.

—¿De dónde habéis sacado tanta coca? —preguntó extrañado Pepe, el hijo de Juana, al ver la caja de crema facial llena de droga—. Eso os habrá costado un dineral —observó.

—Ni un euro —respondió Caballo—. Gentileza de los antepasados de mi amiga —aclaró.

—Es la primera vez que probamos esta reliquia —advirtió Adriana—. Estaba guardada en casa para uso médico y su pureza es del cien por cien, algo a lo no estamos acostumbrados. Aunque lleve muchos años precintada y haya perdido propiedades, deberíamos iniciarnos con una rayita pequeña, ¿qué os parece?

Todos asintieron. Seguidamente, organizaron los equipajes y bajaron a la playa a contemplar el bello atardecer sobre el Mediterráneo. En el paseo marítimo, un policía los saludó con ademanes de sarasa.

—¿Os habéis fijado en esa? Aquí hasta las policías son lobas —indicó Caballo riéndose.

El grupo le secundó la gracia y se tumbaron en unas hamacas partidos de la risa. En ese plan, de cháchara en la playa, pasaban las horas y los días. El mar parecía operar milagros en la salud del enfermo, que comía muy bien, caminaba con agilidad y no se quejaba de sus dolores. Unido al reencuentro con sus antiguos amigos gais de Barcelona, que lo hacían sentirse contento y de buen humor. Adriana telefoneaba a su hijo a diario y el pequeño acostumbraba a hacerle la misma pregunta: “¿Vuelves mañana, mami?”, para obtener una respuesta similar al “no sé, mañana hablamos, ¿vale?”. Se encontraba tan feliz por el estrenado bienestar de su amigo que apenas pensaba en Alexander. Juana la decepcionó cuando ella le habló de los progresos del enfermo. Caballo dormía la siesta y ambas mujeres conversaban en la terraza de la habitación.

—No siente dolores porque está drogado todo el día, Adriana. Tú lo ves, no seas ingenua.

—Está muchísimo mejor, Juana. Creo que ha empezado a recuperarse y no pierdo la esperanza de que se salve. Su cuerpo va a dar la vuelta buena, ya verás. Además, ese cuento que decía la doctora de que se quedaría inválido cuando el cáncer alcanzara la médula ósea está aún por escribirse. Caballo anda estupendamente y ya ha pasado suficiente tiempo para que el tumor avanzara dos milímetros de nada.

—Ojalá yo pudiera ser tan optimista como tú. No entiendo de medicina ni de tumores, pero creo que lo que le está pasando a mi Caballito es la mejoría de la muerte, como decía la curandera de mi pueblo.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso? —le preguntó Adriana en tono alarmado.

—Es el estado de bienestar por el que atraviesan los enfermos antes de dejar este mundo. Parece que van a salvarse y solo es un respiro que les da la muerte para que puedan saborear los últimos

momentos de la vida.

—Supersticiones, Juana. No creas en esas tonterías. Vamos a tener Caballo para rato.

Para su desgracia, las supersticiones de Juana se cumplieron. Una mañana, pocos días después, la hermana de su amigo se presentó en su habitación muy temprano.

—Prepárate, Adriana. Creo que ha llegado el momento fatal —le anunció—. Caballo no puede levantarse. Tiene las piernas entumecidas y no es capaz de moverlas. Pepe está en camino. Lo he llamado hace un rato.

—No te preocupes, Juana. Verás cómo se le pasa. Será por el éxtasis que se tomó ayer.

—No te quieres enterar. No puede moverse y no es por el éxtasis, sino por el cáncer.

—Vamos a llamar a un médico. Espérame en vuestra habitación. En cinco minutos estaré lista.

Cuando vio a su íntimo postrado en la cama, los ojos sin brillo y la cara blanca como la pared, Adriana tuvo la sensación de que todas las esperanzas acumuladas en aquel tiempo de risas y playa se habían esfumado. Tragó saliva en un intento de disimular su agobio y lo besó tiernamente en ambas mejillas.

—¿En serio que no puedes moverte? Apóyate en mí y haz un pequeño esfuerzo, anda.

—Es inútil, de verdad. Ya lo he intentado con Juana. Las piernas no me responden.

—Voy a llamar a recepción para pedirles que venga un médico a verte.

—No lo hagas, por favor. No quiero que me examinen más médicos. Mi único deseo es bajar a la playa y comerme una hermosa langosta en la marisquería del paseo marítimo.

—Me alegro de escuchar eso. No estarás tan malito si andas pensando en una langosta.

—Malito sí, pero mi enfermedad no está enfadada con las langostas —apuntó forzando una tímida sonrisa.

Llegaron Pepe y Rosa. Entre los cuatro transportaron al paciente hasta una de las tumbonas que se encontraban en la orilla del mar. Caballo miraba el gran azul con sus ojos apagados, y el grupo había pasado de las risas de ayer a las penas de hoy. Todos hacían lo mismo que el enfermo: miraban al mar en un intento de encontrar el consuelo y la paz. Así transcurrió la mañana, y la hora de comer se les echó encima.

—¿Quieres que vayamos a por esa langosta? —le preguntó Adriana.

—Tendréis que cargar con el peso de mi pobre cuerpo —murmuró él en un hilo de voz.

—Así me gusta, que no pierdas el apetito. Cargamos contigo encantados de la vida. Vamos a levantarlo, venga —animó Adriana al resto del grupo.

Caballo apuró su langosta a duras penas, sabiendo que ese manjar sería el último placer de su vida. Terminaron de comer y su hermana le preguntó qué quería hacer.

—Bajar a la playa hasta que el sol se esconda, como siempre.

No dudaron en cumplir los deseos del enfermo. Ya en la arena, su voz se apagaba por minutos.

Haciendo un gran esfuerzo por hablar, intentaba recordar a su amiga el momento glorioso en el que ambos compartieron los favores sexuales del rubio de Cruella.

—Me encanta que te acuerdes ahora de nuestro rubio —se reía ella.

—Tú no llegaste a probar su polla, pero estaba tan rica como la langosta que nos acabamos de comer —acertó él a comentar con dificultad.

—No te esfuerces ahora a cuenta del rubio, corazón. Intenta dormir un poco de siesta.

—No tengo tiempo, Adriana —indicó en un tono apenas audible—. Quiero que me incineréis y arrojéis mis cenizas al mar —consiguió añadir atropelladamente.

—No hay cenizas que valgan. No vas a morirte —contestó ella.

Empezó a respirar con dificultad. Pepe insistía en llamar a un médico y el enfermo se lo impedía negándose con movimientos de su cabeza.

—Déjalo —le pidió Juana—. Si viene un médico lo van a llevar al hospital y tu tío quiere seguir en la playa.

Caballo asintió con el gesto. Su hermana tomó una de sus manos y su amiga, la otra. Su respiración se hizo cada vez más lenta y pesada. Su vida se apagó cuando el sol se escondía en el horizonte y el cielo se tornaba de azul a encarnado. Adriana cerró los ojos negros de su amigo del alma, lo abrazó por última vez y rompió a llorar. Cuando volvió a mirarlo, el moreno aceitunado de su rostro se había vuelto amarillo. Entonces llegó la hora de avisar a un doctor para que certificara el óbito, y de contactar con la funeraria para que prepararan el féretro. Pepe y Rosa, más serenos que Juana y Adriana, se encargaron de las gestiones.

—Lo velaremos toda la noche en el tanatorio y mañana, a las nueve, lo incinerarán. Debemos buscar el sitio que más nos guste de la playa para tirar sus cenizas al mar —informó el joven a las llorosas mujeres.

—Aquí, donde pasó los últimos días de su vida —indicó Juana—. Todos sabemos lo que le gustaba este lugar.

—No estoy de acuerdo con el plan. Lo siento —intervino Adriana sollozando.

—¿Y cuál es tu propuesta? —le preguntó Rosa.

—Que traigan el ataúd a la playa para que podamos despedirlo junto al mar, todos sus amigos, con la fiesta que a él le gustaría. El tanatorio es un lugar tétrico y frío.

—Buena idea, aunque no creo que la aprueben los de la funeraria —apuntó Pepe.

—La muerte genera un negocio tan lucrativo como cualquiera y el cliente manda. Si no acceden a nuestros deseos, buscaremos otra funeraria que lo haga —insistió Adriana, que intentaba recuperar la serenidad.

—Adriana tiene razón, hijo. Harán lo que nosotros les pidamos, que para eso vamos a pagar. Deja

que ella se haga cargo, que es una mujer de negocios y sabe mucho de esas cosas —le indicó Juana.

—Yo la dejo encantado, pero tendrá que calmarse. Llorando así no va a conseguir que la escuchen.

—Cuando lleguen estaré calmada. Tranquilo, Pepe —contestó la aludida.

Tal como se había propuesto, convenció a los de la funeraria para que prepararan el cuerpo de su amigo del alma y transportaran de nuevo el ataúd a la playa. Telefonó a los amigos gais de Caballo desde sus tiempos de correrías en Barcelona, con los que habían pasado tan buenos ratos en la orilla del mar de Sitges, para invitarlos a la que sería su última fiesta en este mundo. Se percató entonces de que era 23 de mayo, víspera del tercer cumpleaños de su hijo, y llamó a Praga. Su hermana cogió el teléfono.

—Todo se acabó, Ana. Caballo acaba de morir.

—Lo siento mucho, de corazón te lo digo. ¿Tú estás bien?

—Hago lo que puedo.

—¿Cuándo vuelves? Mañana celebraremos el cumpleaños de Jan.

—Esta noche le daremos en la playa su última fiesta y por la mañana echaremos sus cenizas al mar. Intentaré estar en Praga por la tarde, pero no te lo puedo asegurar. Las agencias de viaje están ya cerradas. Cuando consiga el billete volveré a llamarte para que vengas, con el nene, a buscarme al aeropuerto.

Ataviadas con sus mejores galas, maricas y travestonas de Sitges cantaron, bailaron y formaron la marimorena alrededor del sobrio ataúd que contenía el cuerpo sin vida de Caballo. El mar lucía un sugerente color de plata por el reflejo de la luna llena en sus aguas tranquilas. Adriana se sentía orgullosa por haber sido la artífice de la fiesta que hubiera deseado su amigo. Los asistentes al sarao se bañaron desnudos cuando el sol se asomó al horizonte marcando un nuevo amanecer. Tras el baño, dedicaron al homenajeado el mítico tema “Mediterráneo”, de Serrat, y dieron por acabada la fiesta. Juana los citó para la incineración, que tendría lugar pocas horas después en el tanatorio municipal. Por deseo de la familia se haría sin misas ni presencia de sacerdotes. Como manda la tradición, todas aparecieron llorosas y de riguroso luto, las travestís secándose los lagrimones con sus velos negros. Tal como Juana le pidió, Adriana se encargó de escribir y pronunciar las palabras que servirían de último homenaje al ser querido y perdido. Las maricas se llevaron las manos a la cabeza cuando la vieron aparecer, vestida de verde y portando un folio del mismo color.

—¡Ha venido de verde! —exclamó una de ellas

—¿Y qué color es ese para presidir un funeral? No me parece apropiado —observó otra.

—El de la esperanza, inculta. Verás cómo lo dice.

—Porque la esperanza guio siempre tu vida, y guiará mis pasos hasta que volvamos a reunirnos, hoy he querido despedirte vestida de verde...

Con gran entereza y sin derramar una sola lágrima, Adriana leyó un bello texto en el que hacía referencia al optimismo y al sentido del humor del difunto. A su espontaneidad y a la amistad profunda y sincera que los unió durante tantos años. Al término de la breve y emotiva ceremonia se desplomó en los brazos de Pepe y soltó todo el llanto reprimido desde que cerrara los ojos negros de su íntimo amigo. El encargado de la funeraria entregó a Juana la urna plateada que contenía las cenizas de su hermano. Seguida de su hijo, la novia de este y Adriana, encaminaron sus pasos hacia la playa. Pepe sugirió que alquilaran una lancha de pedales, se adentraran en el mar y arrojaran los restos de Caballo lo más lejos posible de la costa. El grupo aceptó la propuesta y se pusieron manos a la obra. Aún no había empezado la temporada estival y tuvieron la suerte de no encontrarse con las típicas boyas que limitaban el recorrido de los vehículos acuáticos para uso recreativo. Durante un buen rato pedalearon mar adentro, primero Pepe y Rosa, y después, Adriana y Juana. Cuando se dieron cuenta de que al mirar a la playa percibían a los escasos bañistas como figuras diminutas, supieron que era la hora de cumplir la triste misión que los había llevado hasta allí. Con los corazones encogidos contemplaron las cenizas de Caballo cabalgar sobre las olas del Mediterráneo, mientras cuatro pares de manos le dieron el último adiós desde una frágil embarcación que enfiló el camino de la orilla. Ya en la playa, Adriana les pidió que la acompañaran a una agencia de viajes para sacar un billete a Praga en el primer vuelo disponible. Ignoraban entonces que iban a tener muchas horas más para estar juntos, porque no hubo forma de encontrar un avión con plazas libres a la capital checa, ni en ese día ni en el siguiente. Ante su desesperación, la dependienta de una de las numerosas agencias que visitaron le ofreció la posibilidad de viajar toda la noche en tren desde Barcelona hasta París, y enlazar con un vuelo desde la capital francesa a Praga. Adriana aceptó la oferta y Juana pagó los billetes pese a su oposición.

—Te invita mi hermano, nuestro Caballito. Es el dinero de sus ahorros. Yo me limito a hacer lo que él me pide. También me ha dicho que antes de marcharte nos agasajemos con otra langosta en su honor.

Durante la copiosa y última comida que compartirían en algún tiempo, Juana le pidió a Adriana si podía encargarse de vender el apartamento que Caballo tenía en Praga. Entre risas y lágrimas repasaron las mejores jugadas del último periplo en este mundo del ser querido, y se despidieron emocionadas en la estación de trenes de Barcelona. Mirando al techo del coche cama que le habían asignado, y con el ruido del ferrocarril desplazándose por las vías como sonido de fondo, Adriana no pensaba únicamente en su amigo muerto. También en Alexander, en su hijo y en el resto de las personas a las que amaba, y se preguntaba por la suerte que el acontecer de la existencia les depararía. Lamentaba no haber asistido a la fiesta de cumpleaños de Jan, pero se congratulaba de la alegre vocecita del niño cuando le comunicó por teléfono que podrían abrazarse muy pronto. Llegó a



París con el tiempo justo para desayunar y desplazarse en metro desde la estación hasta el aeropuerto. Esperando sola en la sala de embarque, la tristeza volvió a visitarla. Lloró desconsoladamente y se incorporó a la fila cuando faltaban pocas personas para acceder al avión. Entonces, una voz metálica pronunció en varios idiomas el nombre de Alexander.

“Última llamada para Alexander Korac, pasajero en tránsito procedente de Ammán y con destino a Praga, embarque urgentemente por la puerta número tres”. Se aceleraron su pulso y los latidos de su corazón. Comprobó que, en caso de llegar, tomaría el mismo avión que ella y decidió esperarlo en la puerta, cruzando la amplia sala de un extremo a otro con su mirada.

—Tiene que embarcar, ya lo ha hecho el resto del pasaje —la urgió una auxiliar de vuelo.

—Esperaré al último que falta, al que han llamado por megafonía.

—Suba, se lo ruego. Solo faltan cinco minutos para que el avión cierre sus puertas.

—Discúlpeme, señorita. No entraré hasta que no vea al pasajero que acaban de avisar. Se lo acabo de decir.

—Ese señor no podrá tomar el avión, se le agota el tiempo. Usted suba, si no quiere perder el billete.

Seguían discutiendo cuando Adriana lo divisó, corriendo y alzando los brazos. Él también la había visto.

—Ahí viene. Es el que se acerca corriendo, ¿lo ve?

—Me está poniendo nerviosa, señora. Ocupe su asiento y ya saludará a su amigo dentro del avión. Si no me obedece tendré que llamar al jefe y eso le causará problemas —le dijo la azafata en tono expeditivo.

No la escuchó y se abrazó a Alexander, que intentaba consolarla de un llanto intermitente y sonoro.

—Tranquila —la calmaba él—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué lloras así, por la emoción de verme?

—Entren ya en el avión —les ordenó la misma azafata, enfadada y refunfuñando con sus compañeras.

En el interior de la aeronave, Alexander le pidió a otra azafata que los acomodara en asientos contiguos. Simpática y solícita, la operaria cumplió sus deseos. Al fin, juntos y con las manos cogidas, se besaban apasionadamente mientras el resto de los pasajeros se abrochaban los cinturones y escuchaban las instrucciones para el despegue. En las escasas dos horas que duró el vuelo ella le habló atropelladamente, mezclando las palabras y las lágrimas, de los últimos días en este mundo de su amigo del alma, de sus vivencias en la playa de Sitges y del vacío de su alma por la pérdida.

—Estoy muy triste, Alexander. No puedo soportar la pena tan grande que tengo.

—Ya vale, ¿de acuerdo? Ha muerto y tienes que conformarte. No seas tan exagerada. No has perdido a tus padres, ni a ninguno de tus hermanos. Se trataba de un amigo, nada más.

—¿Y te parece poco? Caballo era el mejor.

Más tranquila, Adriana hizo un encendido elogio de la amistad y de la huella imborrable que dejaron en su corazón diez años de relación estrecha y sincera.

—Caballo estuvo a mi lado siempre. Me consoló y me ayudó en todo lo que pudo. Trajo la alegría a los momentos más amargos de mi existencia. Cuando no conocía a casi nadie en Praga y me creía incapaz de seguir adelante con las obras y el negocio; cuando tú te has marchado a pintar tus guerras; cuando me he sentido sola y desgraciada... Cuando todo, Alexander. Tú no puedes saberlo. Dudo mucho que alguna vez hayas disfrutado de una amistad tan profunda y tan generosa. Me siento muy vacía. Me duele el corazón.

—No digas eso, Adriana. Yo tengo a Jan. Él también me ayudó mucho y me acogió en casa de su familia cuando llegué a Praga huyendo de la guerra. ¿Te parece poco?

—No es lo mismo. Vosotros no os veis con tanta frecuencia ni tenéis un trato tan cercano. Además, las comparaciones son odiosas. La realidad es que soy yo la que ha perdido a su amigo y la que está destrozada.

—Tendrás que ser fuerte y reponerte. ¿O quieres que nuestro hijo te vea así?

—No voy a meterlo en una burbuja de cristal para que mis males no le afecten. También sintió tu marcha y no dejaste de irte por eso. Intentaré que no perciba mi tristeza ni me vea llorar, pero si ocurre, lo siento.

—Está bien, Adriana. No hace falta que me recuerdes cada minuto lo que sufrís por mi supuesto abandono, que no es tal. Ya he vuelto, ¿lo ves? Aquí me tienes. Todo tuyo.

No fue todo suyo porque, como era habitual, compartía el amor por ella con sus desgarradas pinturas de las guerras que presenciaba. Cuando se entregaba a este último menester, pernoctaba en la estrecha cama del ático. A la amargura de Adriana por la pérdida del amigo se unió la desdicha provocada por la soledad de las largas noches sin el calor del hombre que amaba. Un día de los muchos que en aquel verano la vieron levantarse con el pie torcido, decidió que la estancia de San Pancracio en la habitación de la ventana había finalizado. Tal como hiciera su abuela miles de años antes, llevó la estatua al almacén del olvido y la tapó con una sábana en la que anotó la siguiente inscripción: “San Pancracio, patrón de los imposibles. Si alguien se lo cree, que me rescate del olvido al que me condenaron las últimas habitantes de esta casa”. En el lugar vacío que dejara el objeto de sus peticiones desesperadas, Adriana decidió colocar el retrato del rostro otrora feliz de su amigo desaparecido. Buscó en la memoria de su cámara digital una foto en la que él aparecía muerto de la risa, los ojos brillantes y la boca abierta mostrando sus dientes blancos en contraste con el moreno de su cara. Jan Vésely, el experto en retratos, fue el encargado de inmortalizarlo.

Mientras el ático se llenaba de lienzos que mostrarían al mundo el horror que asolaba la tierra

donde, paradójicamente, el dios del Antiguo Testamento situara el paraíso terrenal, Adriana se entregaba con fruición al trabajo en los salones y se desvivía con los juegos, cuidados y atenciones a su hijo. Jan llenaba el vacío que dejara la ausencia de su padre y cubría todas sus carencias afectivas. Olvidaba, incluso, hacer el amor. Ignoraba si era casualidad o si ambos lo provocaban: ni siquiera se cruzaban cuando Alexander acudía a su alcoba a ducharse. Y lo hacía, porque ella encontraba la estancia impregnada de su olor.

Terminaron el verano y el otoño. Pasó la tradicional fiesta de la Embajada de España en los salones, y el invierno se presentó preñado de hielo y desconsuelo. La estación fría avanzaba con el pequeño Jan convertido en un simpático escolar y las nieves inundando las calles, ocultando los vehículos y encaramándose a los tejados. En forma de hacha helada que se clavó en el corazón de Adriana, la muerte volvió a visitar a uno de los suyos. Una mañana, Wilfredo golpeó la puerta de su dormitorio, preocupado porque Milena no se había levantado a desayunar y eran casi las once. Se vistió con premura, entró en la habitación de la anciana y la encontró sin vida. Como hiciera su venerada abuela muchos años antes, Milena murió en silencio, mientras dormía. Avisado por su padre, Alexander bajó del ático para reunirse con ella.

—Ni para irse de este mundo ha querido molestarnos —musitó Adriana mirándolo con los ojos enrojecidos.

—Cálmate. Le llegó su hora, como nos llegará a todos. La muerte es ley de vida.

—Si no quieres verme llorar, vete y déjame con ella. No soy capaz de racionalizar la muerte con la misma facilidad que tú. Se presentó de repente y me la arrebató. Ni siquiera he podido despedirme en condiciones.

Enterraron a Milena junto a los abuelos, en la intimidad familiar y con Joan Puch, Antonia la gallega y su hija como únicos testigos ajenos a los habitantes de la mansión donde pasó la fallecida la mayor parte de su larga vida. Ninguno de sus dos sobrinos acudió al funeral. Aquella tarde, tras el último adiós a su querida anciana, Adriana conoció, de labios de Antonia, parte de la azarosa vida sentimental, impropia de las mujeres de su época, de quien había sido para ella como una segunda madre. En la habitación de la ventana, entre taza y taza de té, la gallega le habló de los hombres que abandonaron a Milena. Unos, después de divertirse con ella y otros, al conocer que no podría darles un hijo. En aquellas historias encontró Adriana la razón por la que el ama de llaves de su abuela permaneció soltera y se pasó la vida enfadada con el sexo opuesto. Entonces comprendió sus críticas a Alexander, su actitud siempre huidiza con el señor Korac y su empeño en hacerles creer, tanto a ella como a Ana, que todos los hombres eran maltratadores por naturaleza y egoístas sin remedio. Entendió, finalmente, su desprecio y su dolor por lo que llamaba “el estigma” de las mujeres Mákourkova, sin pararse a pensar que amar demasiado no era ni una desgracia ni un estigma.

Cuando Milena llevaba varios días enterrada, sus sobrinos fueron a la mansión a reclamar a

Adriana el testamento de “nuestra querida tía”. Ella les mostró el documento donde figuraban las últimas voluntades de la fallecida: legaba “a la señorita Adriana Molina” el tercio de libre disposición de sus bienes permitido por la ley. Ante las protestas reiteradas de los sobrinos porque una persona ajena a la familia entrara en el reparto de la herencia, Adriana se limitó a desearles suerte y a pedirles que, ya que no se dignaron a visitar a su tía en vida ni a asistir a su funeral, se acordaran de Milena cuando estuviesen disfrutando de su dinero. Nada más despedirlos, recordó el magnífico día en que decidiera comprar al ama de llaves sus acciones en el negocio familiar con el dinero obtenido por renunciar a su plaza en Televisión Española. “Menos mal que se me encendió la lucecita. ¡Cualquiera iba a aguantar a estos energúmenos como socios! Qué lista fuiste, reina” —se piropeaba a sí misma como si fuese su amigo Caballo quien lo hiciera.

Tuvo Milena que estar bajo tierra para que su heredera conociera, también por boca de Antonia la gallega, la razón que impulsaba a los “energúmenos” a no visitar nunca a su tía ni a asistir a su funeral: la anciana gozaba de mala fama entre la gente decente de Praga. Adriana, que nunca tuvo muy claro a que se referían cuando hablaban de “gente decente”, no entendía tales comportamientos. Sobre todo, porque ella sentía a Milena en su corazón y en cada uno de los rincones de la casa. Desayunando en la cocina familiar, en la habitación de la ventana, en la puerta de su dormitorio o quitando el polvo a las estatuas. La escuchaba llamándole mi niña, haciendo tintinear su manojito de llaves o riñéndole a Alexander por sus idas y venidas.

El año que estaba a punto de concluir fue el de los vacíos. El año en que Caballo y Milena dejaron este mundo, y sus ausencias planeaban en cada minuto vivido y llorado. Varias jornadas después de la muerte de su querida anciana, Jan Vésely llegó a la mansión para darle el pésame y dejarle el retrato de Caballo. Adriana lo hizo pasar a la habitación de la ventana y le sirvió café. Tras admirar la perfección con la que había captado el rostro moreno y sonriente de su gran amigo, decidió pedirle que pintara también a Milena.

El lunes siguiente, y en presencia del autor, convocó a sus íntimos en la habitación de la ventana a la hora de la merienda para mostrarles el retrato de Caballo. Por indicación del pintor invitó también a su pareja, Teresa. No le importó, salvo por el hecho de que la presencia de una extraña pudiera fastidiar la posible actuación de Joan-Simoneta, que llegó junto a James, su americano transparente. Asistieron, además, Alberto Palomares sin compañía; María Marcos y Alfonso (Martín, el otro de sus amigos, vivía ya en España); y Pamela, acompañada de Bojan e Iván. Completaron el grupo Katia y su esposo Paolo.

—¿Dónde está Alexander? —preguntaron a la anfitriona varios de los invitados—. ¿No piensa venir?

—Escuchadme bien los interesados. Quien quiera saber algo de Alexander, que suba al ático y le

pregunte. Está muy bien acompañado por el mundo infantil —rio, y Katia y Paolo la secundaron—. Os he citado aquí para mostraros el magnífico retrato de Caballo inmortalizado por los pinceles de un gran artista: Jan Vésely.

—Qué loca se volvería la Caballa si se viera en la mansión plantada en este importantísimo retrato. ¡Con lo que le gustaba el poderío! Anda que si se enterara de que nos hemos reunido todas en su honor —comentaba Joan a Palomares y a Adriana mientras los demás miraban el cuadro y hablaban de fruslerías.

—Seguro que se entera —afirmó ella—. Es más: se ha puesto contentísimo al escucharte hablar en femenino.

—¡Vaya año que llevas, entre la Caballa y Milena! Menos mal que ya se acaba. Los tenías tan cerca, que no me extraña que te creas que los muertos escuchan y hablan —apuntó Joan.

—Ya sé lo que Caballo significaba para ti —terció Palomares—. Faltaba al trabajo para verte en el instante en que lo llamabas. ¡Como jefe suyo tenía que tragarme sus estúpidas excusas, sabiendo que iba a la mansión!

—A mí me decía que le tocaba otro turno. Además, ¿qué importará ahora su absentismo laboral?

—Nada, mujer. Era un simple comentario para apoyar lo mucho que te apreciaba. ¡Qué casualidad que muriera un día antes del cumpleaños de tu hijo!

—Sí. Y que durara nueve meses justos desde que se destapó la enfermedad hasta su desenlace.

—Demasiadas casualidades en el final de la Caballa. ¿Qué piensas de tu encuentro con *El Hermoso* en el avión de París? La muerta era bruja y provocó esas cosas —comentó el catalán.

—Puede que tengas razón. Yo cogí ese avión de casualidad, y Alexander también. Me contó que pensaba volver la jornada anterior, vía Ginebra, pero el aparato sufrió una avería y no pudieron repararla. Al día siguiente tomó el primer vuelo que conectaba con Praga. Casi no llega al tránsito en París porque salieron tarde de Ammán. Es cierto que se juntaron demasiados factores para que coincidiéramos —corroboró.

Después de varias bandejas de embutidos y canapés salados, acompañados de vino y cava, Adriana se dispuso a servir café, té y pasteles, ayudada por María Marcos. Junto a las bebidas humeantes llevaron una botella de Becherovka muy fría junto a pequeños vasitos de cristal helados. Mientras los invitados degustaban el delicioso licor, Joan preguntó discretamente a Adriana si Teresa era la misma persona que saludó a Alexander de forma efusiva en la cafetería del hotel Kapital, un día ya lejano. Ella asintió y el catalán se interesó en saber si había tenido alguna relación íntima con el artista

—Sí, algún polvo echaron. No sé cuántos, ni me importa. ¿Por qué te interesa tanto la vida de Teresa?

—Porque es una extraña y quiero hacer una actuación especial, con un número nuevo. Necesito el

modelo de chacha para todo, con la cofia y el pompón, pero exijo discreción absoluta. ¿Lo entiendes?

Ella asintió y lo acompañó a cambiarse. Un rato después se incorporaron a la reunión, Joan ya disfrazado.

—Querido público: en breves momentos actuará para vosotros mi prima Simoneta, que acaba de llegar del pueblo. Además de artista de varietés, cantante y cabaretera, es una chacha muy apañada. Os aviso por si alguien quiere contratarla —anunció Adriana como si fuera la presentadora de un gran espectáculo.

—Yo, yo, yo —se ofrecieron todos.

—En la política y en el amor, en el campo y en la ciudad, soy la chacha ideal —cantaba ella. Bailaba y simulaba limpiar los muebles con su plumero, y meneaba con gracia el trasero coronado por un enorme pompón rojo. Cuando terminó de quitar el polvo al mobiliario, se afanó con los invitados.

—Demasiado polvo sobrante, aquí hay mucha guarrona suelta —les decía, y los obsequiaba con plumerazos a diestro y siniestro, mientras el respetable se reía a carcajadas.

—¿Ese numerito es nuevo, Simoneta? —le preguntó María al final de la actuación, tras el sonoro aplauso.

—Sí. Para vuestra información —se dirigió a todos—, estoy imitando a un prominente político español que va de macha, pero es más loba que la Caballa y yo juntas. Lo han tenido que casar de urgencia para disimular su mariconeo. Me lo ha chivado una de mis íntimas de Barcelona que está al tanto de todos los líos. Al parecer, la fantasía erótica de dicho parlamentario es disfrazarse de chacha y dar plumerazos en los traseros.

—¿No nos vas a desvelar de quién se trata? —le preguntó Palomares.

—Ni hablar del pelucón. Yo soy muy discreta, aunque me pierda el cancaneo. Y tú no deberías preguntar esas cosas. No son propias de un señor elegante —le riñó coqueta mientras le guiñaba un ojo.

Sentada al lado de Teresa, Adriana le pidió que silenciara los desvaríos de la velada.

—No contaré nada a nadie, aunque tampoco revelaría ningún secreto. La esposa del señor Palomares se encargó una noche de pregonar los gustos de tu amigo en el restaurante del Kapital. ¿Ya no te acuerdas?

—Hace mucho tiempo de eso, mujer. ¿También presenciaste tú aquella escenita de la pija denostada? ¡Qué vergüenza pasé con esa estúpida publicitando la vida privada de Joan y las meriendas de mi casa!

—Yo estaba cenando con mi novio de entonces. Nos partimos de la risa, como el resto de los

presentes. Y los empleados del hotel estuvieron meses divirtiéndose al recordar el espectáculo. Te lo puedo asegurar.

—Eso pasó a la historia, Teresa. No creo que nadie se acuerde ahora de semejante episodio.

—¿Han pasado tantas cosas a la historia en estos años! Parece que tu relación con Alexander es lo único que pervive. ¿Cómo te lo has montado para mantenerlo tanto tiempo a tu lado? Me resulta increíble.

—Amándolo con toda mi alma. Así de fácil, y de difícil. Depende de cómo se mire.

—Yo también lo quise mucho durante el año que estuvimos juntos. Y lo dejé porque no me daba nada distinto a su maravilloso cuerpo —reveló apesadumbrada, mientras Adriana abría los ojos como platos.

—¿No lo sabías? —le preguntó Teresa, sorprendida por su extrañeza.

—Hasta ese punto, no. Prefiero ignorar su pasado. Si tú acabaste con la relación que manteníais, tus razones tendrías. No me importan, Teresa, sinceramente te lo digo. Y tú tampoco deberías preocuparte por ellas a estas alturas. Has retomado un viejo amor y vas a vivir con él, ¿o me equivoco? Jan me ha dicho que estaba interesado en comprar el apartamento que dejó mi amigo Caballo para vosotros dos.

—No, no te equivocas. Lo comentaba por ti. No entiendo cómo puedes seguir con un hombre que solo te quiere para llevarte a la cama. Eso me ocurría a mí con Alexander. ¿Tú no tienes esa sensación?

—El amor es generoso, Teresa. De lo contrario, no deberíamos calificar lo que sentimos con esa palabra. Yo amo a Alexander, a secas. Nunca le he pedido nada a cambio, salvo que no me abandonara en ciertos momentos cruciales de la vida, como el nacimiento de nuestro hijo o la enfermedad de mi mejor amigo. No me escuchó y no lo dejé por eso. Cada vez que se marcha me promete hasta la saciedad que volverá y yo lo espero con los brazos abiertos. Ya lo sabes. Cambiemos de tema, por favor, si no te importa —le pidió.

—¿Te importa a ti que vaya a visitarlo? Hace siglos que no lo he visto ni he hablado con él. Desde el día en que nos encontramos en la cafetería del Kapital, la primera vez que nos saludamos nosotras —puntualizó.

—Por supuesto que no me importa. No soy celosa. Corre, está en el ático con los niños. Al final de la casa, saliendo por la cocina grande, verás unas escaleras rojizas. Sube y lo encontrarás —le indicó.

—¿Quieres venir conmigo? No me gustaría que pensaras nada raro.

—No lo haré, descuida. Puedes ir tranquila. Prefiero quedarme con mis amigos, ya lo tengo muy visto —rio.

A petición de los invitados, Simoneta se puso un vestido rojo ceñido para emular a *Saritisima*

cantando el “Fumando Espero”, con la mítica pipa de la bisabuela de Adriana entre sus labios pintados de color carmesí. Fue el colofón del divertido homenaje póstumo que ofrecieron a Caballo sus amigos de Praga.

Lejos de esfumarse, las nieves se endurecieron en las calles de la ciudad con la llegada del nuevo año. Desde la habitación de la ventana, Adriana mataba el tiempo contemplando el paseo desde el cielo a la tierra de los gruesos copos blancos, henchida de nostalgia por las ausencias. Cercana ya la primavera tuvieron un día claro y una noche de luna llena. Alexander y Paolo jugaban con los niños en el ático, y el italiano le propuso que los dejaran con el abuelo y salieran con las madres a celebrar la llegada del buen clima.

—Acaban de abrir una pizzería estupenda en la Plaza Vieja. Os invito y no puedes negarte —le advirtió.

—De acuerdo —asintió él.

Como una niña con zapatos nuevos, Adriana se preparó con esmero para disfrutar de la cena con sus amigos y, lo más importante y novedoso, junto a su pareja. En todos los años que llevaban de relación, las veces que habían compartido una velada en la calle podían contarse con los dedos de la mano y sobraban algunos. Sin saberlo, esa noche fue la última de felicidad que tuvo en muchos días. Tras haber disfrutado de cena seguida de baile en un club de moda y pasión desbocada entre las sábanas de su ancha cama, dormía abrazada a Alexander cuando los gritos de su sobrina Paula la despertaron. La joven, empeñada en ser corresponsal de guerra, encendía diariamente la televisión antes de ir a clase para escuchar las noticias.

—¡Tita, mamá, corred! —gritaba por los pasillos de la planta alta—. Ha habido un tremendo atentado en Madrid, en unos trenes. Dice la tele que hay muchos muertos. Parece que más de cien.

Aquel 11 de marzo de 2004, las bombas de la intolerancia y el fanatismo segaron la vida de decenas de inocentes que, como cada mañana, tomaban los trenes de cercanías desde los pueblos periféricos para acudir puntuales a sus puestos de trabajo. En España, los gobernantes insistían, en las pantallas de las principales cadenas de televisión, que la masacre era obra de los terroristas vascos, mientras otra versión bien distinta circulaba en el extranjero. Alexander la conoció poco después, gracias a una llamada desde Ginebra.

—Al Queda se ha vengado por el apoyo de España a los invasores de Irak. Han dejado Madrid sembrado de cadáveres. Gente corriente que tomaba el tren para ir a trabajar —le contó el presidente de la Fundación.

—He visto las noticias en varios canales españoles. Atribuyen a ETA la autoría del atentado —le indicó él.

—No las creas, están manipuladas. Hay elecciones dentro de tres días. El Gobierno no quiere que



la gente sepa que el atentado responde a una venganza del fundamentalismo islámico por su apoyo a los gringos en la guerra de Irak. Me gustaría pedirte que viajes a Madrid con Adriana lo antes posible. Ella debe moverse muy bien por la ciudad. Mi secretaria va a reservar los pasajes y los recogéis en el aeropuerto. Se trata de que captes el dolor y la protesta ciudadana en los hospitales, en la estación de Atocha y en un tanatorio improvisado que acaban de montar. Esta noche habrá una gran manifestación de repulsa. Si tu mujer conoce a alguien que viva en algún tramo del recorrido, sube a la casa para dibujar a la multitud desde arriba.

—De acuerdo, nos marcharemos lo más pronto que podamos. El apartamento de Adriana está vacío. Los inquilinos se fueron el mes pasado y aún no ha encontrado otros. Te llamaré cuando estemos instalados.

Justo antes de salir hacia el aeropuerto, Adriana telefoneó a Noelia para avisarla de su inminente llegada.

—¿Estáis todos bien? No te lo creerás, pero tenía miedo de llamarte. No puedo soportar más tanta muerte.

—Viaja tranquila, aunque esto es horroroso. Peor que una mala pesadilla.

—Supongo. Nos vemos pronto, ¿vale? Te llamaré desde casa cuando lleguemos.

La periodista aconsejó a su amiga que tomaran un taxi desde el aeropuerto hasta la estación de Atocha, donde la gente llegaba en masa para expresar sus condolencias. Estaba segura de que Alexander querría plasmar dichas escenas, ya que pretendía captar el sentir de los ciudadanos en esas horas tan duras. Para no sobresaltarla justo antes de tomar un avión, Noelia ocultó a Adriana que Vicky, la realizadora, no se había presentado a trabajar. Félix, su pareja, dejó al pequeño Víctor en el colegio y andaba como loco buscándola, porque sabía que había tomado uno de los trenes de la muerte y no contestaba a las insistentes llamadas a su móvil. Al llegar a Madrid, con una ligera bolsa de mano como único equipaje y siguiendo las instrucciones recibidas, la pareja se dirigió a la estación. Fuera del cordón policial que impedía el paso al lugar donde quedaron los trenes destrozados, una multitud acongojada depositaba flores y mensajes de solidaridad y condolencia, en un enclave cercano al que los terroristas dejaron bañado de sangre y desconsuelo. Sentado en el suelo, el rostro grave y el cuaderno de láminas apoyado en sus rodillas, Alexander dibujaba la tristeza en las caras y el andar apesadumbrado de la gente que acudía al improvisado altar. Varias horas después, acomodados los tres en el sofá del coqueto apartamento de Adriana, escucharon en los labios de Noelia el trágico destino de la realizadora con la que ambas mujeres compartieran tantos años de trabajo y sueños.

—No te lo quise decir cuando me telefoneaste porque aún no se había confirmado la fatal noticia y no quería ponerte nerviosa antes de que cogieras el avión. He preferido venir a tu casa para comunicártelo personalmente. Ahora tengo que volver a la tele. Me espera un largo y durísimo día de

trabajo.

—Gracias, amiga. Necesito abrazar a Félix —le pedía sollozando.

—Los familiares de las víctimas han sido convocados en un tanatorio improvisado en el recinto ferial para identificar a sus seres queridos y recoger sus restos. Allí lo verás.

Encontraron a Félix y a Pilar, la hermana de Vicky, después de buscarlos durante un buen rato en dos pabellones grandes, repletos de gente ávida de noticias de los suyos e invadida por el trágico llanto de las recién conocidas ausencias. Mientras secaba con un suave pañuelo blanco las lágrimas que caían del rostro del hombre, él le contó que la muerte de su amiga había sido fruto de una fatal casualidad.

—Vicky tenía el turno de tarde, pero lo cambió con otra compañera para llevar a Víctor a una revisión pediátrica. Maldigo el día en que nos mudamos al chalé de Alcalá de Henares, Adriana. Lo hicimos por el pequeño, para que tuviera más espacio para jugar. Fui yo quien propuso esa horrible idea —se lamentaba el hombre con las palabras entrecortadas, interrumpidas por gemidos de culpabilidad y desamparo.

—No te culpes, Félix. La culpa es malvada y horrorosa. Tú eres una persona buena y no mereces sentirla.

—La que no merecía morir era mi Vicky, con tantas ganas como tenía de ser madre. Ahora nuestro hijo, tan pequeño, tendrá que crecer sin su cariño. ¿Cómo voy a contarle que no podrá volver a ver a su mamá?

—Con paciencia y con amor. No dudes en pedirme cualquier ayuda que necesites.

—Gracias por venir a consolarme, cielo. Vicky siempre decía que nuestro hijo estaba en el mundo por ti, que le hablaste del método de Antonia. ¿Te contó que varias amigas suyas consiguieron ser madres practicando esa posturita tan efectiva? —le preguntó el hombre esbozando una tímida sonrisa.

—Sí, claro. Me telefoneaba loca de contenta cada vez que alguna lo conseguía.

Mientras ellos conversaban, Alexander consolaba a una señora rubia de aspecto frágil que había perdido a su hijo, un joven de 20 años que aquella fatídica mañana tomaba el tren para asistir a sus clases en la Universidad. Con su permiso, inmortalizó su rostro alargado y triste en medio de la gente que deambulaba atolondrada en busca de noticias de sus seres queridos. Meses más tarde, la voz potente y desgarrada de aquella mujer frágil, clamando justicia y exigiendo la verdad a la denostada clase política, conmovió a miles de ciudadanos anónimos y permaneció durante varios años grabada en la conciencia colectiva de gran parte de la población española, que se negaba a asumir el engaño y la frustración. El artista pudo cumplir el deseo de la Fundación encargada de difundir su obra. Presenció la multitudinaria manifestación en protesta por el atentado desde el balcón de una vivienda

situada junto a la Puerta del Sol, propiedad de un relaciones públicas de la noche madrileña, amigo de Adriana desde los tiempos de la movida. Ella prefirió vivirla en directo junto a Noelia y un grupo de colegas de la tele, quienes secundaban las voces del colectivo que, en la cabeza de la marcha, increpaba a los políticos presentes con el grito repetido de “¿Quién ha sido?”

La pareja permaneció en Madrid hasta que se celebraron los comicios generales y se consumó el vuelco electoral. El Gobierno derrotado en las urnas esperó demasiadas horas para informar sobre la verdadera autoría del más salvaje de los atentados sufridos por la capital de España en toda su historia. Alexander tuvo tiempo para llevarse en su mítico cuaderno de láminas los bocetos más tristes y emotivos de una población que intentaba lentamente rehacer la vida tras el azote de la barbarie terrorista. Pintó a la gente cabizbaja paseando por las calles, a los heridos despertándose en los hospitales sin saber dónde estaban ni qué había ocurrido, y a los cientos de personas que, diariamente, acudían en masa a expresar sus condolencias y a depositar flores en los lugares de la masacre. Adriana, por su parte, dividía sus horas entre las visitas a Pilar, la hermana de Vicky, y a Félix, su compañero y padre de Víctor. El niño no se creía que su mamá se había ido y la llamaba sin cesar. No tenía consuelo y los psicólogos que atendían a la familia eran incapaces de sacar una sonrisa de su carita llorosa. No volvieron al chalé de Alcalá de Henares, que Félix puso en venta tras conocer la tragedia. Adriana le ofreció su apartamento hasta que encontraran un nuevo hogar, y él lo aceptó agradecido. La muerte de su amiga azuzó a las pesadillas, que la atormentaban sin tregua en las oscuras noches que pasaron en Madrid. Alexander, testigo de los miedos, los sudores fríos y los temblores que interrumpían su sueño, la abrazaba e intentaba consolarla.

—Tengo pesadillas horribles —le decía somnolienta y sin poder evitar el castañeteo de sus dientes.

—Cuéntame tus sueños. Tienes que ser fuerte para ahuyentar a los fantasmas que te asustan. Sé que es muy difícil, lo he vivido en los tiempos de la guerra de Yugoslavia, ¿te acuerdas? Habla, Adriana, por favor.

—La muerte se me presenta en forma de una calavera con voz repelente y mandona —sollozaba—. Me anuncia que viene por ti, por Jan y por todos mis seres queridos. Quiero pegarle, corro hacia ella y me despierto. El mismo sueño se repite todas las noches. Me voy a volver loca. Tengo miedo de quedarme dormida.

—Dibújala en una de mis láminas. La metemos en una caja bien cerrada y, cuando volvamos a Praga, la abandonamos en el almacén del olvido. Así no podrá asustarte, aunque lo intente —le decía él con la misma actitud del que pretende convencer a un niño para que se duerma—. Yo pintaba las escenas que recordaba de mis pesadillas sobre la matanza de Srebrenica, o en la guerra del Zaire, cuando me despertaba sudando y temblando, como tú ahora. Es una buena terapia contra el miedo. Te lo aseguro.

—No sé dibujar y ella es muy mala. No se conformará y no me dejará en paz.

—Yo te ayudaré. Tú coges el lápiz y yo guio tu mano. Nos saldrá muy bien, ya verás.

Dibujaron la calavera entre los dos y él le pidió que buscara dónde encerrarla. Adriana encontró una caja metálica de galletas llena de utensilios de costura. Trasladó hilos, agujas y tijeras a una bolsa de plástico y volvió al salón con el recipiente vacío.

—Estupendo —asintió él—. Arranca tú misma la hoja del cuaderno, dóblala y deposítala en el interior de la caja. Tenemos que cerrarla a tope, para que no tenga la tentación de escaparse y asustarte con sus patrañas.

Adriana consiguió descansar tranquila en las noches siguientes. Nunca supo si fue por el efecto que operaba en su subconsciente la treta de Alexander, o por las horas de pasión que se regalaban antes de dormir, y que la dejaban extenuada y envuelta en un placentero sueño. De vuelta en Praga, él la acompañó durante un par de noches. Después, le dijo que necesitaba quedarse en el ático. Lo llamaba la necesidad de plasmar en sus lienzos las imágenes de aquel fatídico 11 de marzo, que dejaría para siempre en sus corazones el dolor por la pérdida de una gran amiga y una llorada madre.

En los meses sucesivos, los viejos muros de la mansión de la Plaza de la Paz fueron testigos de la renovada felicidad de sus habitantes. Adriana empezó a superar las pérdidas. Reía espontáneamente y miraba los retratos de Caballo y de Milena, este último colgado junto al de su abuela, sin amargura, recordando los infinitos momentos de gloria que vivió junto a ellos. Sin pensar que no volverían a repetirse. El señor Korac, por su parte, olvidó la costumbre de repetir constantemente que se moriría pronto. Se levantaba muy temprano, desayunaba con su nieto, lo vestía y lo llevaba al colegio. Su hijo le agradecía su labor y el anciano no disimulaba el orgullo de sentirse útil. Las niñas terminaron el curso con buenas notas, y Paula celebraba que el próximo curso empezaría a estudiar Periodismo en la Universidad de Praga. Ana se decantó por los números y hacía sus pinitos ayudando a su madre y a su tía con las cuentas del negocio. Guapas e inteligentes, empezaron a acudir a los eventos de los salones. María Marcos acuñó para ellas el sobrenombre de “las eróticas”. Ana madre afianzaba su amor con el arquitecto Trudenska, aunque se negaba a formalizar la relación. Ni siquiera se animó cuando él le regaló un valioso anillo de diamantes. Se lo contó a Adriana mientras le mostraba la joya, sentadas ambas en el sofá de la habitación de la ventana.

—Me parece muy bien. Estos salones no verán las bodas de sus dueñas. Tendrán que esperar a que a tus hijas les llegue la hora —comentó Adriana riéndose.

—¿Alexander nunca te ha pedido que te cases con él?

—No. Tampoco yo quiero casarme. El matrimonio es una cosa muy antigua, no pega con mi estilo.

Lo mismo le dijo a Joan Puch cuando el catalán le habló, en la primavera siguiente, sobre sus proyectos de boda. Ante una succulenta merienda, Adriana no daba crédito a tamaña revelación.

—¿Para qué quieres casarte, para disimular tu loberío? ¿Quién es la afortunada? —le preguntaba riendo.

—El afortunado, querida. Voy a casarme con James —le anunció.

—Tú estás desvariando. ¿Desde cuándo los hombres pueden contraer matrimonio entre sí?

—En España, desde que se apruebe una nueva ley que va a permitirlo. ¡Ah! Y nuestra ceremonia nupcial será en Sitges, para que la Caballa nos vea desde el fondo del mar.

—¡Tú la primera, más novelera que nadie! —indicó sin parar de reír—. A mí no me gustan los casorios, pero si se hacen para reconocer derechos a un colectivo tradicionalmente marginado, bienvenidos sean.

En la habitación de la ventana celebraron con júbilo la ley que aprobaba el matrimonio entre personas del mismo sexo, el 30 de junio de 2005, y que colocó a España en la vanguardia de los países que permitían a sus ciudadanos tal derecho, pese a la oposición de la Iglesia y los sectores más carcas de la sociedad.

—¡Que se jodan! —exclamaba Joan alzando su copa de cava catalán.

—Por vuestra felicidad —lo secundaba Adriana levantando la suya y mirando a James.

La familia del americano viajó desde Estados Unidos a Barcelona para estar presente en el evento, que tampoco quisieron perderse los amigos del empresario catalán en Praga. Casualmente, las pinturas de Alexander sobre los atentados del 11 de marzo estaban, en esas fechas, expuestas en el Museo Reina Sofía, en Madrid, y Adriana lo convenció para que asistieran todos a la boda y se trasladaran luego a la capital a ver la muestra. Otra coincidencia propició el viaje familiar. Félix, el viudo de Vicky, había comprado una casa nueva y el apartamento de Adriana estaría desocupado. En un autobús de la agencia de viajes, la troupe al completo, junto a los contrayentes, María Marcos acompañada de su esposo y Alberto Palomares, se trasladó al aeropuerto. En Sitges, donde tendría lugar la ceremonia matrimonial, los novios alquilaron un amplísimo chalé para alojar a sus amistades, mientras ellos pernoctaron en el mismo hotel que Caballo escogió para pasar los últimos días de su vida. Adriana telefoneó a su hermana para que fuera a visitarlos. Tanto ella como su hijo Pepe estaban invitados a la boda. Personalmente, Juana pudo agradecerle las gestiones realizadas para vender a Jan Vésely y a Teresa el apartamento que perteneció a Caballo.

Cuando el concejal del Ayuntamiento de Sitges encargado de officiar la ceremonia pronunció la frase “por la autoridad que el Estado me confiere, yo os declaro esposos”, la pareja se besó con ternura y la sala prorrumpió en vivas y aplausos. Seguidamente, tomaron un aperitivo en el paseo marítimo y, a petición de los novios, sustituyeron el estilismo nupcial por trajes de baño. La fiesta tendría lugar en un yate que los esperaba en el puerto. Al subir a la embarcación todos reían, se besaban y se abrazaban. Jan corría de un lado a otro de la borda, y el señor Korac agradecía a

Adriana su insistencia en que viajara con ellos.

—La brisa del mar sentará muy bien a mis huesos cansados. Gracias por traerme, hija.

—Deje de darme las gracias. Su compañía nos hace muy felices. No hace falta que sea tan cumplido.

—Mi padre no cree lo que está viviendo. ¿Cuántos años hace que no subes a un barco? —le preguntó su hijo.

—Muchos, ya lo sabes. Desde que veraneábamos en la Costa Adriática, ¿te acuerdas?

—Aquellas vacaciones se las llevaron los vientos del odio y nunca nos las devolverán. La vida nos ha traído estas, que no tienen nada que envidiarles, ¿verdad? —le preguntó Alexander mirándolo a los ojos.

Tras la succulenta comida a base de pescado y marisco y el brindis por la felicidad de los contrayentes, Joan tuvo unas emotivas palabras de recuerdo para el amigo que descansaba en el fondo del mar. A Juana se le saltaron las lágrimas y Pepe la amenazó con tirarla por la borda, ante las bromas de la concurrencia.

—Nos vamos a tirar al agua, pero todos, Pepe. Así acompañaremos un rato a tu tío. Yo empiezo —afirmó Adriana encaminándose a las escalerillas del yate.

La mayoría de los invitados la secundó y pasaron un buen rato bañándose en las tibias aguas del Mediterráneo. De nuevo en el barco, Adriana, María y Ana bromeaban a propósito de Paula y Ana hija, que disfrutaban de las atenciones de un par de jóvenes, sobrinos de James y de edades similares a las suyas.

—”Las eróticas” se han convertido en las reinas de la fiesta, ¿os dais cuenta? Serán unas dignas sucesoras vuestras en los salones —observó la venezolana con la risa floja que dan un par de copas.

—Ya veremos si quieren dedicarse al negocio en el futuro —terció Adriana—. Puede que Ana sí. Paula está empeñada en ser periodista y me temo que eso es vocacional.

—Sí, por desgracia —confirmó Ana madre—. Me pone de los nervios cuando dice que quiere ser corresponsal de guerra. Hago un esfuerzo y me callo porque si me opongo conseguiré el efecto contrario al que persigo.

—Sin duda, hermana. No creo que cambie. Con lo joven que es, está muy segura de lo que quiere.

Tras su boda, la nueva pareja se marchó a Bali de luna de miel. María Marcos y Alberto Palomares, a Praga; y Adriana y los suyos tomaron un avión con destino a la capital de España. Félix los esperaba en el aeropuerto junto al pequeño Víctor, cada vez más recuperado de la pérdida de su madre. La familia celebró encontrar el apartamento radiante de limpio, con un hermoso ramo de flores sobre la mesa y el frigorífico lleno de comida y bebida. Además, cuando Adriana lo avisó de su llegada, Félix tuvo el detalle de comprar camas hinchables para que pudiesen dormir todos. Ana y Paula prepararon el mecanismo para inflar uno de los colchones y comprobar su tamaño.

—Es tan grande como los que anuncian en la tele —confirmó Paula—. Aquí descansaremos sin problemas.

—¿Yo también puedo dormir en una cama hinchable? —preguntó el pequeño Jan.

—Por supuesto. En una se quedarán la tía Ana y Paula, y la otra puede ser para la prima Ana y para ti. Y de este sofá le sacaremos su cama al abuelo, ¿qué te parece?

—Genial, mami. Entonces, papá y tú dormiréis juntos, en la cama de verdad, ¿no?

—Tu madre y yo dormimos muchas veces juntos —le contestó Alexander.

—Muchas, no, papá. Pocas —corrigió su hijo, dejándolo cortado.

—Te he dicho a menudo que no te metas en los asuntos de los mayores, Jan. Tu padre y yo nos queremos y eso es lo importante, ¿verdad? —expresó Adriana mirando a Alexander

—Ya sabes que sí —le contestó él al tiempo que la besaba en la mejilla.

—Así me gusta, que quieras mucho a mi mamá. Tanto como ella a ti —afirmó el niño.

Se instalaron y fueron paseando hasta el Museo Reina Sofía, cercano al domicilio, para ver la exposición sobre el 11-M. En el folleto de la muestra, que los asistentes podían recoger a la entrada, aparecía una imagen del artista junto a su biografía y un pequeño texto donde se leían sus pensamientos acerca de las guerras y su llamada a la concienciación colectiva para un mundo en paz. El detalle de la fotografía provocó que varias personas advirtieran su presencia y se acercaran a saludarlo y a felicitarlo. Él les daba las gracias con una tímida sonrisa ante el orgullo de su padre, que no podía disimular su contento.

En ese año de 2005, las coincidencias quisieron que la obra de Alexander K. se expusiera a lo largo y ancho del orbe. En Nueva York, la más importante asociación norteamericana de derechos humanos mostraba en su sede las pinturas del artista sobre las guerras de Irak y Afganistán. Y en Ginebra sus cuadros protagonizaban una exposición referida a las huellas de la guerra en la población infantil, donde podían verse escenas de niños enfermos o mutilados en diversos escenarios bélicos del mundo: Kosovo, Zaire, Sierra Leona, Afganistán e Irak. El conflicto de Chechenia volvió a las páginas de la actualidad tras la muerte, en el mes de marzo, del líder moderado Aslán Maskhadov, presidente electo de la Chechenia independentista, que en los años anteriores había sobrevivido a numerosos intentos de atentado por parte del espionaje ruso. Venciendo la oposición de las autoridades, la presión ejercida por un grupo de organizaciones pacifistas y de derechos humanos consiguió que permitieran exponer la obra del pintor serbobosnio sobre la primera guerra chechena en una galería de arte del centro de Moscú. Pese a la insistencia de sus patrocinadores, Alexander no vio sus pinturas en ninguno de los lugares citados. Distinto fue cuando le comunicaron la petición cursada por las autoridades de Sarajevo: que sus cuadros sobre las guerras de Yugoslavia se mostraran en el Ayuntamiento de su ciudad natal con motivo del décimo aniversario de la firma de

los acuerdos de Dayton y París, que marcaron el fin del asedio a la capital bosnia.

Casi doce años después de que consiguiera escapar de la ciudad sitiada, el artista volvió a la tierra que lo vio nacer. Con la emoción contenida y el deseo de reconciliarse con los fantasmas del pasado. De revivir con el velo del tiempo los recuerdos del asedio. De cerrar las heridas que se abrieron entonces y seguían supurando. De enterrar junto a los suyos las cenizas de su hermano, y ayudarlo así a descansar en paz... Huyó de Sarajevo solo y atormentado, y transcurrió más de una década para que el destino le brindara la oportunidad de rememorar sus orígenes en compañía de los seres que más amaba en la vida: su padre, su hijo y Adriana. Completó el grupo de viajeros la joven Paula, empeñada en seguir sus pasos por las guerras del mundo y ferviente admiradora de su pintura.





# XX. SARAJEVO, DOCE AÑOS DESPUÉS

Alexander comprobó el cambio que había experimentado su ciudad tras la guerra justo en el momento en que se asomó a la ventana de una de las dos habitaciones que ocupaban, en la planta alta de un hotel situado en la tristemente famosa Avenida de los Francotiradores. Desde arriba, el panorama de la capital se veía sembrado de mezquitas. La otrora diversidad étnica del llamado Jerusalén de Occidente quedó desintegrada en favor de una incontestable mayoría de población musulmana. En los días que pernoctaron en Sarajevo, el artista reconoció con sus propios ojos los agravios de la guerra: los valores y símbolos islámicos se habían afianzado como emblema de la ciudad. Fue la reivindicación de la mayoría de las víctimas, bosnios de cultura musulmana. Diez años después del fin de la batalla, las calles que un día vibraron por su enorme actividad artística y cultural aparecían envueltas en una oleada de provincianismo. Cuando las bombas sustituyeron a las palabras, la élite intelectual abandonó Sarajevo para no volver jamás. Como contrapartida, la rivalidad entre las etnias, que provocó, entre otras matanzas escalofriantes, el genocidio de Srebrenica, arrastró una oleada de refugiados a la capital. El paisaje urbano se vislumbraba ahora transformado en un entorno rural, salpicado de negocios de artesanía, viejas tiendas de alimentación y pequeñas mezquitas de madera. Alexander respiró hondo al comprobar que la Facultad de Bellas Artes, donde estudió y vivió los mejores años de su juventud, había permanecido intocable a la acción de las bombas de la intolerancia.

—Mirad, en esta fachada persiste la magia y la grandeza de Sarajevo. Sus paredes fueron capaces de resistir a los años en que lo único que caía del cielo era fuego. —comentó a su familia emocionado y con los ojos húmedos.

Junto a ellos, dos estudiantes conversaban animadamente. Una llevaba el típico velo musulmán. La otra, una minifalda y una cazadora vaquera, a la moda occidental.

—Cuando hablo de grandeza también me refiero a ellas —puntualizó mirándolas—. Esta escena era frecuente antes de la guerra. Me alegro de volver a presenciarla. Es la prueba de que quienes nos jodieron la vida con sus bombas no consiguieron su objetivo —prosiguió.

En ese, como en otros muchos momentos, Adriana comprobó que las lágrimas se negaron a abandonar el rostro de su amado durante la mayor parte del tiempo que duró el emotivo viaje. Unas lágrimas que engordaron en la visita al cementerio donde descansaban los muertos de la familia Korac. Con sus propias manos y la ayuda de un pequeño azadón, Alexander cavó un hueco en la tierra fría, al lado de la lápida donde enterraron a las queridas María y Sara, y depositó en su interior la pequeña caja de madera que contenía las cenizas del esposo y padre. Unos metros a la derecha, el señor Korac le mostró el lugar en el que sepultó a la madre muerta de una cruel enfermedad en los tiempos de la ciudad sitiada. Ambos permanecieron un buen rato en silencio, mirando las tumbas y

rendidos ante la invasión de la nostalgia.

Con el deseo de respetar la intimidad familiar, Adriana, Paula y Jan contemplaban la escena a una distancia prudencial. Cuando volvieron a juntarse, ella notó las huellas del llanto en el azul de los ojos de Alexander. Como hacían de forma habitual tantas familias de Sarajevo, los Korac se reunieron ese día alrededor de sus recuerdos. La guerra convirtió en camposantos la mayoría de las zonas verdes de la ciudad. Jardines, huertos y hasta el estadio de fútbol se transformaron en cementerios. Primero improvisados y, más tarde, definitivos. Enterramientos abiertos y con vistas privilegiadas, donde los ancianos descansaban en sus bancos mientras los niños correteaban alrededor de las tumbas. La paradoja convirtió aquellos lugares de cita con la muerte en una alegoría de la vida. Al igual que las de María, Sara y Nadia, las lápidas de los difuntos de Sarajevo tenían grabadas las fechas de nacimiento y muerte de aquellos a los que recordaban.

—Fíjate en este detalle, Adriana. Las fechas del día en que vinieron al mundo quienes aquí yacen son muy variadas entre sí, pero las del fallecimiento se diferencian en muy pocos meses. Algunas corresponden, incluso, a la misma jornada fatídica en que el destino los convocó. Seguro que estas personas no tenían nada que ver entre sí, salvo el hecho de coincidir en el punto de mira de quienes disparaban desde las montañas.

—Es increíble que una matanza así haya ocurrido en el corazón de un continente desarrollado y culto como Europa. Al contemplar este paisaje de lápidas comprendo mejor las razones de tu amargura. Del dolor que se resiste a dejarte pese a los años transcurridos —le contestó ella estrechando sus manos temblorosas.

De vuelta al hotel, caminaron un tramo por el lugar donde Alexander escapara tantas veces de la muerte, y en el que miles de ciudadanos fueron asesinados en la arriesgada aventura que suponía aprovisionarse de pan o de sal. En el viejo mercado de frutas y verduras, donde un misil serbio mató a más de cincuenta personas en 1994, un gran mural rojo recordaba a cada una de las víctimas, con sus nombres grabados y una inscripción que el artista leyó lentamente, primero en serbocroata y después, esforzándose por traducirla literalmente, en español: “Reza por ellos y no dejes de relatar a otras gentes lo que ocurrió en Sarajevo”.

—Intentaré contaros cómo salvé la vida, pese a la multitud de ocasiones en que no tuve más remedio que cruzar esta avenida —recordó ante los rostros enmudecidos de Adriana y Paula.

—Hacíamos cola para alcanzar la acera de enfrente —siguió—. Cuando llegaba tu turno no podías dudar. Si lo hacías, dabas al francotirador la oportunidad de apuntar mejor y acertar. Recuerdo el miedo cortando el aire y la sangre palpitando en mis sienes. Escuchaba las balas silbando a mis espaldas. Al llegar vivo al otro lado sentía que me habían liberado de la tremenda losa que me aplastaba el corazón y me impedía respirar.

—¿Cómo conseguiste escapar? —le preguntó la muchacha.

—El sitio de Sarajevo nos mostró lo peor y lo mejor de la condición humana. Yo conocí el lado más miserable de mucha gente, pero también el más noble. Un profesor de la escuela donde estudié me sacó de la ciudad en su automóvil. Mi padre, que trabajaba de conserje en ese mismo colegio, siempre conservó la amistad con él. Un día vino a visitarnos con su esposa y nos contó que se marchaban a Austria, donde tenían unos parientes. Yo les hablé sobre mis deseos de abandonar la ciudad para huir a Praga y ellos se ofrecieron a sacarme, pese a que tenían que desviarse de su ruta, con algo más de riesgo añadido a la aventura. También conté con la ayuda de una periodista americana que conocí el día del incendio de la biblioteca. Ella me prestó su teléfono vía satélite para contactar con mi amigo checo. Por eso pude avisarlo de mi llegada.

Durante el paseo, Adriana comprobó que hacer turismo en Sarajevo era muy distinto a realizarlo en cualquier otra de las muchas ciudades del mundo que había tenido la oportunidad de conocer. El pavimento de las calles conservaba todavía las huellas de la cruel sangría que padeció la capital bosnia durante un asedio de 1.350 días, el más largo del siglo, batiendo el récord que detentaban las 900 funestas jornadas de Leningrado, durante la Segunda Guerra Mundial. En cada negocio, en cada fábrica y en cada escuela podían verse placas de bronce con el nombre de sus muertos. Los impactos de las granadas de mortero dejaron una cicatriz bien visible en sus calles. Las fachadas de muchos edificios permanecían marcadas por la metralla. Esas marcas fueron rellenadas cuidadosamente y pintadas de rojo. Como pretendía Alexander al retratar las guerras del mundo, muchos artistas plásticos bosnios se propusieron alimentar la memoria. Recordar a la Humanidad el horror, para que nunca volviera a repetirse. El señor Korac les contó que a esas manchas de color escarlata se las conocía con el nombre de “las rosas de Sarajevo”. Eran setenta en total y conmemoraban los lugares donde al menos siete personas perdieron la vida, víctimas del fuego del fanatismo. Otro detalle que llamó la atención de Adriana fue la cantidad de jóvenes que paseaban en silla de ruedas o se ayudaban de muletas y bastones para caminar. También, las masas juveniles que acudían a la llamada a la oración en las mezquitas del centro. Se trataba de una llamada discreta y suave. Nada que ver con la atronadora megafonía que se usaba en algunos países árabes que ella había visitado. Comentó ese detalle con Alexander.

—Sí, son llamadas discretas —asintió él—. También las iglesias católicas y ortodoxas utilizan campanas para anunciar sus liturgias, pero de forma suave. No hay volteo los domingos. Solo un leve sonido que recuerda a los fieles su existencia. La religión, lejos de unir, ha servido aquí para justificar la barbarie. Tengo la impresión de que ahora la fe se ha convertido en una opción individual, una forma de introspección.

—Así debería ser en todo el mundo, Alexander. La mala costumbre de los seres humanos de convertir a la religión en un asunto público solo ha traído sangre y miserias. Las creencias de cada

uno son temas muy personales y deberían permanecer en la esfera de lo privado. En España, los curas apoyaron la dictadura de Franco, y en democracia no han dejado de inmiscuirse en las decisiones de los gobiernos de turno. Piensa en la tremenda manifestación que organizaron hace poco para protestar contra la ley que dio vía libre al matrimonio entre personas del mismo sexo. Una barbaridad. No entiendo por qué el Gobierno lo permitió. Deberían haberles retirado las ayudas públicas. ¿Por qué tenemos todos los ciudadanos, con fe o sin ella, que subvencionar a la Iglesia con nuestros impuestos? Quien quiera misas que las pague, ¿no te parece?

—A mí, sí, pero el poder de la religión es infinito. Mira esa tromba de gente que se dirige a la mezquita. No creo que haya nadie mayor de treinta años.

—Patético. La religión es el opio del pueblo. La frase de Marx es una de las más certeras de la Historia.

—En los Balcanes, en Afganistán, en Irak. ¡Se ha derramado tanta sangre poniendo a Dios en el centro de la contienda! Las religiones han llenado la Historia de páginas negras —comentó él en tono lacónico.

Alexander se levantó muy temprano el día en que se conmemoraba el décimo aniversario del final del asedio. Parecía inquieto, caminaba de un lado a otro de la habitación y se asomaba a la ventana.

—Toma una ducha con agua templada, te relajará. Cuéntame qué te preocupa —le pidió Adriana.

—No lo sé muy bien. Puede que la emoción de ver el cuadro de María y Sara colgado en el Ayuntamiento de nuestra ciudad, o la posibilidad de encontrar viejos amigos en las celebraciones.

—Esto último no debería ponerte nervioso, sino contento, digo yo.

—¡Uf! —exclamó él, sin más comentarios.

La misma exclamación salió de sus labios mientras contemplaban la muestra, que las autoridades de Sarajevo inauguraron en un sencillo y emotivo acto. Además del cuadro del suicidio, que fue la estrella de la exposición y estaba colocado en el lugar más visible de la amplia sala, podía verse el impresionante óleo del incendio de la Biblioteca Nacional, así como la pintura del gesto desesperado del adolescente a punto de ser degollado. Los numerosos asistentes admiraron también los dibujos que Alexander K. realizó durante los días del asedio que permaneció encerrado en una habitación con vistas al horror. Embargado por la emoción, el artista se abrazó a una atractiva mujer de mediana estatura, pelo corto y moreno, labios pintados de un rojo intenso y profundos ojos negros. Pese a las bajas temperaturas, vestía un pantalón muy corto del mismo color que sus labios, y un top negro que dejaba entrever sus pechos, pequeños y puntiagudos.

—¿Quién es esa señora que abraza a papá, mami? —preguntó Jan.

—No lo sé, tesoro. Una vieja amiga, supongo.

—Se llama Elena —aclaró el abuelo—. Las malas lenguas decían que en su casa había de todo durante el sitio.

—¿Por qué? —quiso saber Adriana.

—Porque vendía su cuerpo a los cascos azules de la ONU a cambio de que le consiguieran víveres.

—Si se lo pusieron tan fácil, mejor para ella y los suyos —opinó Adriana—. ¿Tú qué hubieras hecho, Paula?

—Supongo que lo mismo —contestó abiertamente la joven—. ¿Y tú?

—Me temo que también. Criticarla por ello no, desde luego.

Sin cortarse por la presencia de su familia, Alexander conversaba animadamente con la mujer, sus manos rodeando la estrecha cintura de su amiga. Ella se preocupó en aclararle sus vivencias en la ciudad sitiada.

—Nunca fui puta de los cascos azules, aunque toda la ciudad asegurara lo contrario. Te lo juro.

—No hace falta que insistas. Te creo. Desde luego, tampoco te censuraría si lo hubieras hecho.

—Jamás me he acostado con nadie que no me gustara, ni por comida ni por nada. Lo único que hacía era desnudarme y bailar ante ellos —le confesó espontánea.

—¿Y por eso te proporcionaban todo lo necesario para cubrir tus necesidades y las de tu familia? No me extraña, que conste —puntualizó él, sonriendo.

—Tú sabes lo bien que estoy y el pubis tan bonito que tengo, sin vello, como las niñas. Mirar sin tocar, les decía yo, y al que se pase de la raya lo denuncio. Me daban de todo a cambio de mirarme: comida, bebida, ropa y hasta compresas, pero nadie me tocó sin mi permiso. Me tiré a algunos porque me gustaban —aclaró.

—Eres genial, Elena. ¿A qué te dedicas ahora?

—Soy cantante y vídeo artista. Cuando levantaron el asedio y aseguré la subsistencia de mi familia me fui a Londres. He grabado dos discos y he vivido muy bien de mi música y de mis vídeos. Ahora he vuelto. He alquilado un ático precioso en un edificio moderno hasta que me canse y vuelva a Londres, o a otro sitio.

—¿No has venido para quedarte?

—No. Sarajevo ha cambiado mucho. No se parece en nada a la ciudad que nosotros dejamos. Ya no tengo amigos aquí y mi familia está pensando también en marcharse. Soy una desconocida. Me siento extraña en mi propia tierra, Sasha. Y tú, ¿has vivido en Praga todos estos años? —le preguntó.

—Sí. También en un ático precioso, por cierto.

—Vendes muy bien tus pinturas de la guerra, deduzco.

—No las vendo. La Fundación Internacional de Estudios por la Paz se dedica a exponerlas en las principales capitales del mundo. Me pagan un dinero por la cesión de la obra, aunque se trata de una cantidad insignificante si la comparas con las cifras que obtendría en el mercado tradicional del arte.

—¿Y ese dinero te da para pagar tu ático, señor idealista de la paz? —lo interrogó con ironía.

—No tengo que pagarlo, es de mi mujer. Necesito muy poco para vivir, tú lo sabes.

—¿Yo? No te veo hace un siglo y ni siquiera sabía que tuvieras mujer.

—Sí, la tengo. Y un hijo de cinco años. Están ahí, con mi padre. Ahora te los presento. También ha venido su sobrina Paula, que es la joven que los acompaña.

—No te imaginaba con una pareja estable. ¿Llevas mucho tiempo con ella?

—Diez años.

—¡No te pega nada! Parece muy elegante, con ese traje de chaqueta rosa y los taconazos del mismo color —observó mirando a Adriana descaradamente—. Como no sea una fiera en la cama, no me lo explico.

—Lo es. Y también, más parecida a ti de lo que te imaginarías. Le encantan las fiestas y a veces toma drogas, como tú, aunque yo nunca la he visto colocada. Sabe que no me gusta y me respeta.

—¡Qué fina! —ironizó—. En ese caso, a quien tendré que invitar a mi fiesta es a ella, no a ti.

—¿De qué fiesta hablas?

—De la que daré mañana en el ático, exclusiva para gente interesante. Vendrán pintores y actores de teatro y de cine, además de los músicos y técnicos de mi grupo. Ingleses y holandeses, la mayoría. ¿A qué se dedica tu mujer?

—Estudió Historia en Madrid, pero trabaja organizando eventos en una mansión que heredó en Praga.

—¿Además es rica? Veo que no has perdido el tiempo en la capital checa.

—Sabes que no mido a la gente por su dinero. Vamos, quiero presentártela. Así la conoces personalmente.

Se dirigieron al grupo y Alexander presentó a su vieja amiga. Adriana y Elena se besaron al tiempo que se escudriñaban con las miradas.

—Tenéis un hijo precioso. Se parece a su padre —indicó Elena

—Sí —asintió Adriana—. Me llena de orgullo. ¿Tú no tienes hijos? —le preguntó.

—No. Mi vida ha sido demasiado loca como para pensar en la maternidad.

—¿Vives en Sarajevo?

—No, estoy de paso. Soy cantante y en mi último disco hay un tema sobre mis recuerdos de Sarajevo. Está colgado en mi página web. Alguien importante de la ciudad lo escuchó y me mandó un mail para invitarme a las celebraciones del décimo aniversario. Mañana doy una fiesta en mi casa y me gustaría que asistierais.

—Por mí, encantada. Que Alexander quiera es otra historia. No le gustan las fiestas, supongo que lo sabes.

—Sí, claro. No importa. Tú te vienes conmigo. Si no quiere acompañarte, él se lo pierde. Nos lo pasaremos en grande. Me ha chivado que tenemos los mismos gustos.

—¿A qué te refieres, a que nos ponemos lindas? ¿Eso te ha dicho? —le preguntó.

—¿Qué es ponerse linda? ¿Tomar sustancias ilegales? —continuó Elena el interrogatorio entre risas.

—¡Bingo! —exclamó Adriana—. ¿A cuento de qué te ha contado eso? Mucha confianza debe tener contigo.

—Ya hablaremos del asunto largo y tendido. Hay mucho tiempo por delante, no te preocupes. Ha sido un comentario inocente. Es que le dije que no le pegabas nada, tan elegante y tan rosa como vas vestida. Me contestó que éramos más parecidas de lo que yo podía imaginar. Vino a cuento de eso, simplemente.

En ese momento, Adriana tuvo claro que Elena y Alexander habían sido algo más que amigos. Lo comprobó al día siguiente, en la cocina de la casa de ella. Fue de las primeras en llegar a la fiesta, vestida con una minifalda de plástico de color azul añil, un jersey en tono más claro y altas botas blancas, al igual que su sofisticado abrigo de diseño. Elena alabó su estilismo. Tras presentarla a sus amigos, le pidió que la acompañara a la cocina. Se disponía a preparar un bizcocho con frutos secos y cogollos de marihuana.

—¿Cómo conociste a Alexander? —le preguntó.

—A causa de la marihuana, precisamente. Fui a comprar una noche a un garito del centro de Praga. No encontré al camello, pero vi a Alexander en la barra y me quedé mirándolo descaradamente. Él me llamó.

—Y no tardó nada en llevarte a la cama, supongo.

—Bingo de nuevo. ¿Por qué lo sabes? ¿También te lo contó él?

—No, lo sé porque lo conozco bien. Fui su maestra sexual —afirmó con desparpajo—. ¿Nunca te habló de mí?

—No. La verdad es que apenas sé nada de su vida anterior a nuestra relación, pero te felicito. Le enseñaste muy bien. Es el mejor de los amantes que he tenido, con mucha diferencia sobre el resto de la colección.

—Que es amplia, presiento.

—Sí, para qué te voy a engañar. No me va lo de ser mojigata. En los tiempos de la movida madrileña me tiré a todos los tíos que me gustaban físicamente. De la mayoría olvidé incluso sus nombres. Hasta que Alexander apareció en mi vida, enamorarme me daba pavor. Háblame de tu historia con él —le pidió.

—Éramos vecinos. Su hermano Dusan, él y yo íbamos juntos a la escuela. Los veía solo como



amigos hasta que Sasha se enamoró de la bella María, que estaba en mi clase, y se llevó su primer desengaño.

—¿A qué María te refieres, a la que más tarde fue su cuñada?

—Sí, a la misma. Era el ser más bello y más dulce de la creación. Perfecta, con su larga melena rubia, que a veces recogía en dos gruesas trenzas. Ojos verdes rasgados y labios rojos que parecían siempre pintados, aunque no lo estaban. Era tan guapa que no necesitaba maquillarse para adornar su cara. Paseaba por la calle y los hombres se volvían para mirarla. Sasha se enamoró de ella. Como muchos, te repito. Entonces tendríamos catorce o quince años. María no le hizo caso porque eligió a Dusan, su hermano, que era un par de años o tres mayor que nosotros. Al igual que los numerosos chavales que hacían cola para pedirle que saliera con ellos, se llevó un gran palo. Entonces entré yo en escena, para consolarlo —relataba pícaramente.

—¿Y qué experiencia sexual tenías tú con quince años?

—Más de la que te puedas imaginar, porque andaba con un tipo que pasaba de los treinta. Era el pianista del hotel más lujoso de la ciudad. Un feo muy atractivo, que se ligaba a todas las que se cruzaban en su camino. Yo era muy joven y me enamoré como una idiota. Me echó todos los polvos que quiso y luego me dejó por otra. A Sasha y a mí nos unieron los respectivos desengaños amorosos. Follábamos como locos en el cuartucho que ocupaba en la casa de sus padres. Fuimos novios durante varios años, hasta que yo corté.

—¿Por qué?

—Porque en verano se marchaba a Dubrovnik, a la playa, y no quería llevarme. Primero iba con sus padres y cuando empezó en la Universidad, con sus compañeros. Vendían dibujos a los turistas y se tiraban a todas las guiris que podían. Además, no me lo ocultaba. Terminaba el verano y venía a buscarme. Cuando me di cuenta de que los cuernos me pesaban mucho lo mandé a tomar por el culo. Sasha gusta a todas. Es muy difícil andar con un hombre así, tan guapo y tan potente. No sé qué tipo de vida hacéis, pero me resulta increíble que lleve tanto tiempo con la misma mujer. A no ser que le aguantes sus infidelidades...

—No se acuesta con otras, al menos en el ático. Allí no entra ninguna mujer. Fue la única condición que le puse cuando lo invité a ocuparlo. En Praga, él no sale ni tiene más vida que sus pinturas y su familia.

—Hiciste muy bien prohibiéndole que invitara a mujeres al ático. De todas formas, pasa mucho tiempo fuera, pintando las guerras del mundo, según me contó. Y no me creo que se conforme con unas pajas.

—Ojos que no ven, corazón que no siente, Elena. Nunca le pregunto por su vida cuando no andamos juntos. Hace años, a la vuelta de la guerra de Chechenia, estábamos haciendo el amor y se corrió en un santiamén. Ante mi extrañeza por ser la primera vez que le pasaba, me aseguró que era

por la falta de costumbre, y que no había estado con nadie porque no se le empinaba con la visión de la sangre y el silbido de las balas. Entonces le creí. Ahora que lo recuerdo, aquello no volvió a sucederle tras las muchas guerras a las que ha viajado. ¿Tú qué piensas? Contéstame con sinceridad, ¿vale?

—Ya sabía eso de que no se le empina si escucha el ruido de la guerra, pero también es posible que haya superado el trauma y haya encontrado consuelo en sus momentos de calentón. Me resulta muy difícil creer que Sasha sea capaz de pasar una larga temporada sin sexo. ¿Tú no te has acostado con otros?

—Alguna vez, y encima se pone celoso. Nuestro hijo Jan está en el mundo porque una noche, atacado por los celos, me penetró con tanta fuerza que el condón se rompió y su semen se derramó en mi interior.

—Tampoco quería darte hijos, claro. ¿Sus celos de aquella noche, eran motivados?

—En parte sí. Al sueco que los provocó me lo tiré en Miami, aunque no en Praga. Ahora, esta conversación contigo me está haciendo pensar que se acuesta con otras mujeres en sus viajes y me pongo de los nervios.

—Pues no lo pienses y no te enfades por sus supuestas infidelidades. Si tú has estado con otros hombres no tendría por qué molestarte que él lo haga. En ese sentido, no creo que ser tan cínica te haga ningún bien.

—Ya, pero lo quiero exclusivamente para mí, como te ocurría a ti. Lo dejaste porque no pudiste conseguirlo.

—Yo soy así de posesiva cuando me enamoro, por eso prefiero que no ocurra. Respecto a ti, si tanto te preocupa que haya follado con otras mujeres, deberías preguntárselo. Te dirá la verdad. No sabe mentir.

—Lo sé y por eso no lo hago. Prefiero no enterarme.

—Es lo mejor. He sido una estúpida por sembrarte la duda. Olvídalo, por favor.

—Estoy muy nerviosa, Elena. No debería pensar en las cosas que me oculta, que deben ser muchas, sin duda. Me ha hablado de María en repetidas ocasiones, pero nunca me confesó que estuviese enamorado de ella. Ni que había tenido una novia, tú, durante tantos años. ¿Cuántos dices que estuvisteis juntos?

—No importa, Adriana, en serio. Está contigo, te eligió a ti. Es lo único que debe importarte. Lo de María fue un enamoramiento juvenil, el primero. Ella se casó con Dusan siendo los dos muy jóvenes, pese a la oposición de ambas familias. Nunca hubo nada entre Sasha y su cuñada. María me lo aseguró. Cuando empezó el asedio y Dusan bombardeaba nuestra ciudad, todos retiraron la palabra a su esposa. Los Korac la echaron de la casa al enterarse de que un croata había matado al

tío Zarco en la Krajina. Sasha y el viejo trataron de impedirlo, pero Nadia, la madre, que la odiaba a muerte, se impuso. Ella se fue con su niña al piso en el que vivía con Dusan antes de que él se alistara, y del que más tarde se tiraron. No tenían nada en los primeros meses del sitio. Ni comida, ni agua, ni leña para calentarse. María no podía dejar a su hija sola ni salir a la calle con una criatura, arriesgándose a ser blanco de los francotiradores. Según me contó, le propuso a Sasha que se fuera a vivir con ellas y él se negó, en teoría para no traicionar a su hermano. Sin embargo, yo no creo que esa fuera la razón, porque no podían soportarse. Sasha acusaba a Dusan de haberle robado a su amor y sufrió mucho cuando ella se decantó por el mayor de los hermanos. Era muy orgulloso, estaba dolido y lo culpaba de su desgracia. Decía que Dusan no se hubiera fijado en María, que era más joven y no pertenecía a su grupo de amigos. Aseguraba que la había conquistado solo porque se enteró de que a él le gustaba.

—¡Qué fuerte! En los tres días que llevo en Sarajevo he conocido más de la vida de Alexander que en los diez años que he pasado con él. ¿Por qué crees tú que no se fue con María cuando su madre la echó de casa?

—Nunca lo sabremos exactamente porque se niega a hablar del tema. Ayer, cuando mirábamos el cuadro del suicidio, impresionante por cierto, le pregunté por aquella historia. Torció el gesto y se calló. Instantes después me pidió que jamás volviera a recordárselo. En mi opinión hay varias razones. Una de ellas es que ya había empezado a pintar la guerra que veía desde su cuarto y entró en una especie de abstinencia sexual voluntaria, según María. Como te acabo de comentar, me aseguró que nunca se enrollaron. El único interés de Sasha eran sus dibujos de la guerra. A ella le soltó lo mismo que a ti: que no se le empina con los sonidos bélicos. Desde mi punto de vista, también influyó su orgullo de macho herido. María lo rechazó una vez y él se la devolvió. Así son los hombres, Adriana. En su decisión pesó más la herida de aquel desplante que los sentimientos que pudiera guardar respecto a ella. No obstante, son suposiciones mías. Realmente no lo sé. Te lo repito: si vas a agobiarte pensando en lo que hizo o en lo que dejó de hacer, debes preguntárselo.

—No pienso agobiarme, aunque soy consciente de que Alexander tiene un lado oscuro al que nunca he podido acceder. Dejemos ese tema. Me gustaría saber cómo sobrevivieron María y su hija a tanto abandono. Desde que empezó el asedio hasta que se suicidaron, si las cuentas no me fallan, pasó más de un año.

—Así es. Alrededor de año y medio. Salieron adelante porque yo me lo propuse. Siempre admiré a María. A mi manera, la apreciaba mucho. De hecho, fui la única persona que las ayudó y la única que no les negó el saludo. Nunca tuve reparos en poner mi vida en peligro para llevarles todo lo que podía conseguir. Hasta que tomó la fatal decisión, sobrevivieron gracias a la comida y el agua que yo les daba.

—Y tú, ¿cómo conseguías los víveres?

—Enseñando el coño a los cascos azules de la ONU mientras cantaba y bailaba para ellos —le soltó. Así, tal como suena, con una espontaneidad que a Adriana le recordó a Caballo.

—¿En serio? Es fantástico. ¿Y se conformaban con mirar?

—No les quedaba otra. Les amenazaba con denunciar al que me tocara. Ya entonces, yo hablaba inglés con mucha soltura. No era ninguna paleta provinciana. La gente me criticaba a destajo. Me llamaban la puta de los cascos azules. En aquellos meses nunca me topé con Sasha, pese a que éramos vecinos. La guerra provocó que nadie conociera a nadie y que todos desconfiaran de todos. La casualidad, o el destino, quisieron que no nos encontráramos. Ni en la calle, ni en las escaleras del edificio donde vivíamos. Él se encerró en su cuarto a pintar y solo salía de allí para buscar agua y comida. Cuando lo necesitaban, que no era siempre. Su hermano estaba combatiendo y los soldados serbios les traían víveres —precisó.

—Cuéntame algo de tu vida en aquel tiempo tan difícil, Elena, si no te importa —le pidió.

—Yo procuraba seguir haciendo mi vida. Intentaba que el asedio de la ciudad me afectara lo mínimo, aunque, por razones obvias, no podías evitar que siempre estuviera presente. Cuando destruyeron el colegio donde daba clases, varios profesores buscamos un refugio seguro para seguir instruyendo a nuestros alumnos. Hacíamos teatro y organizábamos actividades culturales, todas las que podíamos. El grupo de gente con el que andaba sentíamos la necesidad de desarrollar nuestro intelecto. Crear fue la mejor forma que encontramos para plantarle cara al horror. Por desgracia, ni el grupo ni la actitud de hacernos fuertes ante la barbarie duraron mucho. La mayoría de la gente hizo lo mismo que Sasha: huir. Algunos murieron en el intento. Yo no podía dejar la ciudad porque era la única fuente de subsistencia para mi familia. Sin los víveres que me proporcionaban los cascos azules habrían muerto de hambre o de frío. Que me llamaran puta me importaba una mierda. Iba a lo mío: a desnudarme delante de los soldados y a llevarme la recompensa.

—¿No te amargaba tener que bailar desnuda delante de soldados deseosos de sexo para alimentarte?

—No, porque no me lo planteaba así. No tenía conciencia de estar haciendo nada malo ni deshonesto. Me lo tomaba como una simple cuestión de supervivencia. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Estoy deseándolo.

—Antes prueba esto, mira —le pidió mostrándole un frasquito que contenía pequeños cristallitos blancos.

—¿Qué droga es esa?

—Cristal. El último grito en las fiestas privadas de Ibiza. Es tu país, ¿nunca has estado allí?

—Pasé un par de veranos en los noventa, cuando se puso de moda el éxtasis. No he vuelto a la

isla, ¿cómo es el cristal? Oriéntame un poco antes de probarlo.

—Similar al éxtasis, aunque su efecto es más rápido y algo más fuerte. Tiene su peligro, no hay que pasarse. Para mi gusto, y si la controlas, es la mejor droga que se ha inventado. Mójate un dedo con saliva, mételo en el bote y pon luego el cristal en la punta de la lengua. Lo haré yo primero. Es muy fácil, observa.

—Estupendo. Ahora que ya estamos lindas, cuéntame el secreto.

—Escucha: yo estudié dos carreras, Historia del Arte y Filología Eslava. Hasta que Sarajevo fue sitiada, daba clases por un salario de mierda. Me gustaba mi trabajo y no me interesaba acumular dinero. Pero el asedio a mi ciudad provocó que cambiara mi forma de pensar y de actuar ante las dificultades de la vida. Las miserias de la guerra me hicieron comprender que desnudándome iba a ganar más pasta que con todos mis estudios universitarios. Desde entonces empecé a aplicarme el cuento y me va muy bien, en serio.

—¿Es que sigues haciéndolo?

—Más o menos. En mis actuaciones me meto el micrófono en la vagina y el público se vuelve loco. Los técnicos me tienen advertido que les avise con una señal antes de hacerlo, porque podría electrocutarme —rio—. Simulo un orgasmo en el escenario y la gente se excita mogollón. Mis conciertos se llenan siempre. El sexo mueve millones, te lo aseguro. También gano mucho dinero vendiendo mis bragas usadas por Internet.

—¿Qué me dices? —inquirió sorprendida y con los ojos abiertos como platos.

—Lo que oyes. Me las pongo dos días y luego las echo en una bolsa de plástico, envasadas al vacío. Las anuncio en mi página web y los tíos me las compran —afirmó entre risas.

—¿Quiénes, tus fans?

—Supongo. La mayoría de mis clientes son japoneses y árabes de los sultanatos del petróleo. Al cabo de un mes, el negocio reporta beneficios nada desdeñables.

—Me alegro por ti, braguitas de oro —le contestó Adriana.

—Braguitas de oro y pubis sin vello, mira —puntualizó mostrándole su sexo rasurado—. ¿Te lo depilas tú?

—Al completo, no. Me depilo las ingles y recorto el vello central. No lo elimino todo, como tú.

—Deberías hacerlo. Pruébalo y verás cómo se entusiasma Sasha. Vamos al baño, venga —la animó—. Tengo una crema depilatoria especial para zonas sensibles. En dos minutos te deja sin un vello y no escuece nada.

Ella la siguió. En poco tiempo las dotes persuasivas de Elena, unidas a la desinhibición provocada por el cristal, propiciaron que mostrara su sexo recién rasurado a una mujer a la que acababa de conocer.

—¿Ves? ¡Qué bonito! Ahora está mucho mejor. No te olvides de llamarme mañana para contarme

la reacción de Sasha, ¿de acuerdo? Vamos al salón, a la fiesta —le propuso—. Han entrado nuevos invitados.

Uno de los recién llegados era un holandés alto y guapo, el tipo de hombre que le gustaba a Adriana. Grandes ojos verdes, labios carnosos y larga melena rubia, que recogía en una coleta. Elena los presentó.

—Es Rudy. Trabaja instalando escenarios para macro conciertos. Ha viajado por todo el mundo. Y ella es Adriana, española residente en Praga. Se dedica a organizar fiestas en los salones de su mansión.

—No es mía, Elena. La comparto con mis cuatro hermanos. Un par de besos, al estilo español —lo saludó.

—Prefiero el holandés —contestó el hombre, acercándose y besándola en los labios.

—Es la mujer de un viejo amigo mío. No te pases —bromeó la anfitriona.

—De eso nada. Según mi carné de identidad soy soltera —puntualizó Adriana.

—Entonces tienes el camino libre, Rudy. Ella misma acaba de decirlo —aclaró Elena.

Fumaron marihuana juntos y tomaron más cristal. La casa fue llenándose de gente, pero Adriana no se molestó en conocerlos. Permaneció junto al holandés, sentados en un sofá de piel blanca, hablando y riendo con la complicidad propia de las sustancias ingeridas. Se encontraba pletórica y encantada de haber conocido a ese hombre. Sin embargo, al cabo de un buen rato, empezó a sentir mucho calor. En la parte de la nuca, su pelo estaba mojado de sudor. Él se dio cuenta de que eran los efectos del cristal.

—Has llegado al límite —aseguró—. Hoy no puedes tomar más. Quítate el jersey. No quiero que te dé un golpe de calor y te pongas peor. Bebe esta limonada, te sentará bien —le aconsejó.

—No le des eso, Rudy —indicó una joven que había presenciado la escena—. Le han echado varios éxtasis.

—¡Elena! ¿Hay algo aquí libre de drogas? ¿Por los grifos de tu casa sale agua potable? —le preguntó riendo.

—Voy por una botella de agua. ¿Te encuentras bien, Adriana? El cristal es fuerte, ya te avisé. No tomes más.

—No lo haré, descuida. Estoy muy bien. No te preocupes, solo tengo calor.

Bebió mucha agua y fue al baño a hacer pis y a mojarse la cara y el pelo. Rudy no estaba cuando volvió al sofá. Lo buscó entre los invitados que se amontonaban en el salón, unos charlando y otros bailando.

—No te esfuerces en buscarlo aquí. Está en mi cama —la informó Elena.

—¿Por qué? ¿Vas a tirártelo? —le preguntó.

—No, es que andaba muerto de sueño. Ayer estuvo en un concierto de Madonna en Londres y no durmió nada. Tiene que coger un avión en breve y necesitaba descansar. ¿Quieres tirártelo tú? Te gusta, ¿verdad?

—Sí, no, no lo sé. Me encontraba muy bien a su lado. Vamos a dejarlo ahí.

—Ven —le pidió cogiéndola de la mano.

La condujo al dormitorio y abrió la puerta. El holandés dormía profundamente.

—Una belleza dormida —observó Adriana—. Es muy guapo, ¿verdad? ¿Te lo has tirado?

—No. Somos amigos desde hace tiempo. Vive entre Londres y Ámsterdam. Tú no tienes mal gusto, desde luego. ¿Te atreves a despertarlo con un beso? Si me contestas que sí, salgo ahora mismo de la alcoba.

—Puedes marcharte —le pidió ella.

Elena cerró la puerta tras sus pasos y los dejó solos. Adriana se tumbó junto a él y lo besó en los labios y el cuello. Rudy se despertó somnoliento.

—¡Qué sorpresa! —exclamó al tiempo que la abrazaba—. Bésame más —le pidió, y ella lo obedeció.

Se besaron y se acariciaron vestidos. Él le anunció que no se encontraba en condiciones de hacer el amor. Adriana lo lamentó para sus adentros. Estaba excitada y no pensaba en Alexander.

—He tenido mucho trabajo en los últimos días. Apenas he dormido y he tomado demasiadas porquerías para aguantar la tralla. No hay forma de que se me levante —le dijo sonriendo y tocándole uno de sus pechos—. Pero me gustas mucho, que conste —apuntó—. Quiero hacerte una proposición.

—Adelante —contestó ella.

—Tengo que irme. Mi avión sale dentro de dos horas y antes debo pasar por el hotel a recoger mis cosas. Acompáñame a Ámsterdam, ¿de acuerdo?

—Vale —le contestó ella sin pensarlo—. ¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las diez y cinco de un nuevo día. La noche se ha pasado en un santiamén, ¿verdad?

—Sí. Es demasiado tarde. O temprano, según como lo mires.

—Vamos —la animó—. Tengo que marcharme, en serio —le dijo levantándose de la cama.

En ese momento llamaron a la puerta. Ella abrió y vio a Elena con un teléfono móvil en la mano.

—Toma. Alexander te llama —anunció la recién llegada.

—Tu hijo no ha parado de llorar desde que se ha despertado. Quiere verte —escuchó Adriana al otro lado del aparato—. Paula y yo estábamos preocupados. ¿Cuándo piensas venir? —le preguntó en tono serio.

—Tomaré un taxi y llegaré al hotel en breve. Tranquiliza a Jan. Dile que no tardaré nada.

—De acuerdo. Te esperamos.

—Tengo que irme —indicó a Elena y a Rudy—. Mi hijo me reclama. Su padre dice que no deja de llorar.

—Entonces, ¿no vienes a Ámsterdam conmigo?

—Lo siento, Rudy. Ya me gustaría, pero el peque es lo primero. Espero volver a verte. Adiós —se despidió besándolo en los labios—. Gracias por todo, Elena. Te llamaré mañana.

Salió de la habitación y de la casa, donde aún permanecía un grupo de invitados bailando en el salón. Tomó un taxi y Rudy ocupaba sus pensamientos mientras el vehículo recorría las calles de Sarajevo en dirección al hotel. “¿Qué habría ocurrido si me hubiera marchado con él a Ámsterdam? ¿Habría vuelto a enamorarme?” —se preguntaba. “¿Cómo me gustaría conocer a un hombre que me diera más amor y menos problemas!”. Llegó al hotel y subió a la habitación. Abrazó a su hijo y lo besó repetidamente.

—Mami ya está aquí. Nada me ha ocurrido, ¿lo ves?

—Deberías habernos llamado. Ya me estaba preocupando —le dijo Paula.

—A tu tía le pones una buena fiesta entre manos y se olvida del resto del mundo. Hasta de su hijo.

—No me hables así, Alexander. Ahora no tengo ni cuerpo ni ánimo para discutir. Tampoco para recordarte de lo que tú te olvidas. Permíteme terminar en paz mi jodida fiesta.

—Como quieras, Adriana. ¿Vas a venir con nosotros a la comida?

—No me interesan las correrías de tus compañeros de guerra. Me quedo con Jan y tu padre. Ve con Paula.

—¿Estás enfadada conmigo, tita? —le preguntó la joven.

—Contigo, no —precisó—. En todo caso, con Alexander. Y quizás, un poco cansada. Acompáñalo a la comida, por favor. Habrá muchos periodistas y seguro que te presenta a alguien interesante.

Hasta que se marcharon al encuentro con los corresponsales de guerra que habían cubierto el asedio de Sarajevo, con los que Alexander volvió a coincidir en el resto de los escenarios bélicos de su vida, la pareja apenas cruzó un par de palabras. Él estaba serio, entre enfadado y pensativo. Ella, dolida. Se lo imaginaba enamorado aún de María, culpándose por el suicidio que con tanta maestría había inmortalizado en un lienzo, y que permanecía colgado en el Ayuntamiento de la ciudad que los vio nacer.

—María. Ella ocupa el corazón atormentado de Alexander. Ahí está su lado oscuro, el que he encontrado cerrado a cal y canto durante todos estos años. Por eso no duerme conmigo ni me dice que me quiere. María es la razón por la que su hijo va de guerra en guerra y se muestra incapaz de sentir amor —le dijo al señor Korac cuando el anciano le preguntó qué les ocurría esa mañana—.



Supongo —continuó— que el enfado de Alexander se debe a que me he divertido con su ex novia hasta casi las once de la mañana. El mío, a que me ha ocultado la verdad durante diez años. He tenido que venir a Sarajevo y conocer a su amor de la juventud para que la amargura de su hijo se me presentara con algún sentido. Nunca me habló de Elena —apostilló.

—Son viejas historias, Adriana. No les des tanta importancia. Elena ha hecho muy mal contándotelas.

—No culpe a Elena, sino a Alexander. Ella se ha limitado a responder a mis preguntas. Me dejó de piedra. Anoche tuve dos opciones: o venirme al hotel a llorar por el daño que me hizo conocer esa verdad, o quedarme en la fiesta y colocarme con todas las drogas que tenían para poder soportarla. Elegí la segunda, ya lo sabe. Lástima que sus efectos no duren eternamente y el problema no desaparezca por tomarlas.

—No te tortures, por favor. Han pasado demasiados años desde aquella desgracia. Todos, de una u otra forma, tuvimos nuestra parte de responsabilidad en el suicidio de María y de Sara. El primero, mi hijo Dusan, que era el esposo y el padre, y las dejó para bombardear la ciudad. Después, yo mismo, por permitir que mi esposa las echara de casa. Y finalmente, Alexander, que se negó a acompañarlas en ese tiempo tan difícil. Si hubiera estado tan enamorado de María como Elena te ha contado, se habría marchado con ella sin importarle lo que su hermano pensara. Pero no lo estaba, Adriana. Sus dibujos de la guerra pesaron más que la suerte que pudieran correr su cuñada y su sobrina.

—¿Por qué cree que no estaba enamorado de María? ¿Él se lo ha confirmado?

—No. Se niega a hablar del tema. El amor de su vida eres tú, te lo aseguro.

—No lo afirme con tanta certeza, porque dudo que tenga razón. ¿Puede ser el amor de tu vida alguien con quién no duermes, a quién no le dices nunca que la quieres y la tomas y la dejas cuando te complace? Ahora tengo claro que se acuesta con otras mujeres en sus viajes. Qué amor tan raro, ¿verdad? —comentó con ironía.

—Mi hijo es raro, pero te quiere. No me creo que nunca te lo haya dicho. Recuerda el día de las gardenias.

—Ya. Si cuento con los dedos de las manos las veces que lo ha hecho en tantos años, me sobran dedos. Se lo crea o no, es la verdad. Él sí que es el amor de mi vida y me gustaría que no fuera así. Ya quisiera yo encontrar a un hombre que me amara de verdad. Amor, con todas sus letras. No solo sexo —lamentó.

Mientras Jan jugaba en el parque cercano al hotel y ellos mantenían tan trascendente conversación, Alexander hablaba de mujeres con sus compañeros de batalla. Se refirió a sus sentimientos hacia Adriana cuando, al verlo llegar junto a Paula, un reportero británico le dijo que cada vez se las buscaba más jóvenes.

—Es la sobrina de mi mujer, no te pases. Estudia Periodismo y quiere ser corresponsal de guerra. Vamos, Paula —se dirigió a la joven—. Voy a presentarte a tus futuros colegas españoles. Con ellos te entenderás mejor.

La dejó con sus compatriotas y volvió junto al inglés, que conversaba con dos reporteros alemanes.

—No vuelvas a hacer ese tipo de comentarios delante de la niña, ni de nadie que no conozca mis correrías —le pidió—. Por nada del mundo deseo que Adriana sepa que he estado con otras. La quiero, no puedo perderla. Ni me he enamorado ni he sentido nada por las mujeres a las que me he tirado cuando ella no estaba.

—¿Os acordáis del cámara español que murió en Sierra Leona? Ese sí que tenía un amor en cada guerra y todas eran las mujeres de su vida. ¡Qué cachondo era, el cabrón! —comentó el redactor alemán.

—Yo pienso mucho en él —indicó Alexander—. Era un gran tipo. Siempre creía estar enamorado de verdad.

—No como tú —terció el otro alemán, el cámara—. Recuerdo cuando decías que no se te empinaba con el silbido de las balas. Debió ocurrirte en Sarajevo y en Chechenia, tus primeras guerras. En Kosovo te pusiste morado sin esforzarte. Tenías a todas las reporteras detrás de ti. ¿Qué les dabas, cabronazo?

—Este es muy guapo y muy fácil —le contestó el inglés a carcajadas—. Se lleva a las tías más buenas, y los demás, a conformarnos con las sobras. ¿Qué le contará a su mujer cuando le pregunte?

—Por suerte, no lo hace —respondió Alexander—. Supongo que no le interesa saberlo. Tratamos el tema al principio, un par de veces, y no tuve que mentirle porque entonces no me había acostado con otras mujeres.

—Sería en los tiempos en que no se te ponía dura con el sonido de la guerra —apuntó el cámara alemán.

—Sí. Después de Chechenia y de Zaire. Allí estuve enfermo y no me tiré a nadie, acuérdate. ¿Qué decís vosotros a vuestras mujeres cuando os preguntan por el asunto?

—Está todo inventado, compañero —le respondió el periodista germano—. Yo, si mi esposa no me pregunta, no le cuento nada. Y si tengo la mala fortuna de que lo haga, y de que el interrogatorio coincida con alguna de mis aventuras, tampoco le miento. Le digo que no tuvo importancia, que la quiero más que a nadie y que mi profesión me obliga a dejarla sola... Además, es la verdad. En este grupo somos todos veteranos. Y salvo este —indicó mirando al cámara—, porque su mujer lo plantó, los demás estamos comprometidos, que yo sepa. Hasta que se cansen de nuestras correrías. ¿Qué os creéis, que las compañeras con las que follamos no tienen los mismos problemas con sus parejas?

Esta profesión lleva implícitos los cuernos, es la realidad.

—Pues yo tendré que retirarme si quiero conservar a mi mujer —indicó Alexander—. Cada vez soporta peor mis ausencias.

—Si puedes hacerlo, estupendo. Yo tengo que comer de algo y esto es lo que más me gusta —apuntó el inglés—. En caso de que me deje la parienta, tendré que buscarme otra —dijo riendo.

—Yo quiero a la que tengo. No a otra —intervino Alexander.

—Pues debes tener el corazón muy grande, colega. Querer a una y acostarse con un centenar no resulta muy fácil de entender. Como te ponga en el compromiso de explicárselo lo vas a tener muy jodido.

—No creas. Yo no lo veo así —respondió él—. Lo que siento por Adriana es distinto. Aunque haya estado con otras mujeres, a ella le hago el amor como si fuera la única.

Siguieron contando episodios de amor y de guerra hasta que el sol se ocultó en los tejados de Sarajevo y dieron por terminada la larga sobremesa. Alexander llegó al hotel junto a Paula. La joven entró en la habitación y se encontró al pequeño Jan jugando con su abuelo. En la alcoba contigua, Adriana dormía, vestida y sin deshacer la cama. Su compañero la besó en la mejilla y le acarició los cabellos.

—Estabas tan rendida que no has tenido tiempo ni de ponerte cómoda. Yo te desnudaré.

Ella se despertó. Cogió el pijama que estaba debajo de la almohada y se dispuso a ponérselo.

—Déjalo, Alexander. Conozco tus intenciones y no tengo ganas de sexo ahora.

—¿Qué te ocurre, Adriana? Ni siquiera me has dado un beso. ¿Por qué estás tan borde conmigo?

—He estado a punto de cometer una locura. Me he cortado por nuestro hijo, que lo sepas.

—¿Vas a contarme de qué locura se trata?

—Sí. No me importa, no soy tan reservada ni tan retorcida como tú. Quería irme a Ámsterdam con un amigo de Elena que me gustaba. Me he quedado con las ganas de saber si podría enamorarme de él.

—¿A qué viene eso? ¿Te has acostado con otro hombre? Dime la verdad —le pidió mirándola a los ojos.

—Dímela tú a mí.

—¿A qué te refieres?

—A la verdad de tu vida, Alexander. A María. A la razón de tus tormentos.

—No hay tormentos ni razones. Ella nos dejó, fue su decisión. ¿Qué más quieres saber?

—Lo que me has ocultado siempre. Que estabas enamorado de María. Que fue tu primer amor y que escogió a tu hermano. Y que cuando tu madre las echó de casa, a ella y a su hija, te pidió que las acompañaras. No lo hiciste y lo has lamentado toda tu vida. Te sientes culpable de la terrible decisión que tomó. Ahora entiendo que no puedas dar amor, ni a mí ni a nadie; que no me digas que

me quieres y que no duermas a mi lado. Y que te empeñes en ir de guerra en guerra —le dijo con los ojos inundados por el llanto.

Él intentó besarla y secarle las lágrimas. Ella se lo impidió con la mano y con el gesto.

—Elena no debió contarte esas patrañas.

—No son patrañas, Alexander. Niégalas si eres capaz —le pidió clavándole la mirada.

—No quiero hablar del tema, Adriana. Por lo que se ve, ya lo has tratado con Elena. Es absurdo que tengas celos de una persona que lleva doce años muerta.

—No estoy celosa. Lo que quiero es ser feliz junto al hombre con el que comparto mi vida y ella me lo impide. No importa que lleve doce años muerta. Ocupa un lado de tu corazón, el oscuro, y sigue bien viva en tus sentimientos y en tus pensamientos. Doce años y el resto de tu vida, me temo.

—Yo nunca pienso en María. No es ella quien ocupa mi corazón, sino tú —le dijo sabiendo que se trataba de una mentira piadosa—. Vivo contigo, cariño. Déjame abrazarte.

—Vives en el ático de mi casa, no conmigo. No duermes a mi lado, como hacen las parejas que comparten sus vidas. Hasta tu hijo, con cinco años, te lo recuerda más de una vez.

—No me dejes, te lo ruego. No soporto la idea de perderte.

—¿Ah, no? Pues lo disimulas bastante bien. Desde luego, no haces nada por evitarlo.

—Dime qué puedo hacer.

—No seas cínico. Necesito sentirme amada por el hombre con el que vivo. Así de fácil y de difícil, al menos para ti. ¿Recuerdas la última vez que me dijiste que me querías? No, porque se perdió en el abismo de los tiempos —se respondió a sí misma—. El amor es otra cosa, Alexander. Lo que tú me das se llama sexo.

—Te quiero, Adriana. Te lo acabo de decir. ¿Quieres que te lo repita?

—No. Se te van a atragantar las palabras, de lo falsas que son. Déjame dormir, me duelen la cabeza y el corazón. Necesito descansar para ver las cosas claras y reflexionar sobre mis sentimientos. Vete, por favor.

—¿Vas a quedarte durmiendo el resto del día? ¿No quieres salir con nosotros a cenar? ¿Qué le digo a Jan? —la avasalló a preguntas, dejando patente su nerviosismo.

—Que estoy muy cansada y me quedaré en el hotel. Si no se conforma, me lo traes.

No volvió y ella tampoco lo sintió cuando llegó para dormir. Estaba derrotada y no lo escuchó. Se despertó por la mañana, mientras él tomaba una ducha. Lo supo por el sonido del agua cayendo. Permaneció inmóvil en la cama, medio adormilada. No se levantó ni lo saludó, hasta que él terminó y se acercó.

—¿Has dormido bien? —le preguntó mientras acariciaba sus mejillas.

—Sí —contestó ella, sin más comentarios.

—Tengo que hacer unas gestiones. Nos vemos a la hora de comer. ¿Me das un beso?

—Que tengas un buen día, Alexander —se limitó a responderle. Él la besó en los labios.

Salió del hotel y se dirigió al Ayuntamiento, al recinto de la exposición. Había mucha gente haciendo cola para ver las pinturas. Un grupo de paisanos miraba el cuadro del suicidio y comentaba las horribles consecuencias de la guerra. El artista se quedó tras ellos, contemplando su obra. Examinó el lienzo por última vez, sus ojos inmóviles y fijos. Después abandonó la sala. Con la sensación de que el desenlace de aquel trayecto determinaría el resto de su existencia, caminó hasta el cementerio ortodoxo. Arrodillado junto a las tumbas de María y Sara, le habló en silencio a la bella mujer que fuera el primer amor de su vida. La recordaba tal como era en la escuela: sus largos cabellos rubios y la lozanía de su rostro perfecto.

“Ya he cumplido lo que me pediste antes de morir. Espero habértelo dejado claro. La gente se agolpa para verte muerta, como querías. Tu cuadro ha recorrido la mayoría de las capitales del mundo y sus habitantes, sean del color que sean y hablen el idioma que hablen, saben que el odio y el fanatismo acabaron con tu vida y con la de tu hija, tal como era tu deseo. Ahora tengo que dejarte, María. He pasado demasiado tiempo junto a ti. Estoy vivo y tú muerta. Fue tu decisión. No puedo pagar por ella el resto de mi vida. Tengo una mujer que me adora, o lo hacía hasta que se enteró de que seguías en mi corazón, ayer mismo. También yo la quiero. Me ha dado un hijo y no deseo perderla. Hasta siempre, amor mío” —se despidió.

Abandonó a paso lento aquel lugar solitario. Seguidamente, telefoneó a Elena y le pidió que se encontraran. Ella estaba en el centro de la ciudad y se citaron en un bullicioso café.

—No esperaba tu llamada, sino la de Adriana —le indicó la mujer mientras buscaban un asiento libre.

—Se ha enfadado conmigo por lo que hablasteis sobre María.

—Me preguntó por los tiempos de la ciudad sitiada. Yo no sé mentir, me ocurre lo mismo que a ti.

—Pues no me mientas ahora. Me contó que estuvo a punto de irse a Ámsterdam con un amigo tuyo.

¿Quién es ese tipo? Necesito preguntarte si se lo tiró.

—No puedo contestarte, no lo sé. Lo siento. No estaba con ellos en la habitación, como es lógico.

—¿En qué habitación, en la tuya? ¿Cuánto tiempo pasó con él?

—Tampoco lo sé. Andábamos todos muy bien puestos. No controlo el tiempo en esas situaciones.

—¿Estás segura de que se metió en la cama con él?

—¡Yo qué sé si se metieron en la cama, o follaron de pie, o no lo hicieron! —exclamó—. No te he dicho que se acostaran juntos. Te repito que lo desconozco. Estaban en mi habitación cuando tú llamaste. Lo sé porque fui a pasarle el móvil. Los encontré vestidos. Eso sí te lo puedo decir.

—Porque ya habrían terminado. ¡Mierda! —exclamó dando un puñetazo en la vieja mesa de

madera del bar—. ¿Sabes si quedaron en verse en otro momento?

—Ella le dijo que esperaba volver a verlo. No sé nada más y paso de este interrogatorio. Si tanto te preocupa, pregúntale a Adriana. Lo mismo le dije a ella cuando se mostró inquieta, además de por tus sentimientos hacia María, por lo que pudieras hacer cuando viajas a las guerras del mundo.

—¿Te preguntó por eso? ¿Por qué, si tú no sabes nada de mi vida?

—Ya, pero ella sí sabe que te conozco bien, aunque nunca le hayas hablado de mí. Tuvimos una conversación bastante larga en la cocina de mi casa. Quería mi opinión sobre el tema y le contesté lo mismo que a ti ahora. Que te lo preguntara, si tanto le preocupaba. ¿No lo ha hecho?

—No. Me hizo ver que estaba jodida por lo que le contaste sobre María. Se acabó, Elena. No quiero volver a pensar en ella. Ni en lo que la quise ni en lo que hizo —precisó—. Voy a proponérmelo seriamente. María se quedará en Sarajevo para siempre. Yo espero volver a Praga mañana, con Adriana y los míos.

—¿Dejarás el cuadro en el Ayuntamiento? —le preguntó.

—Sí. Están negociando con la Fundación que tiene los derechos de difusión de mi obra. Quieren comprar los dos óleos grandes, el del suicidio y el de la quema de la Biblioteca Nacional, para que se queden siempre en la ciudad. Por mi gusto, los cedería al pueblo de Sarajevo. No necesito el dinero. Sin embargo, en la Fundación argumentan que han invertido una buena cantidad de dinero en el transporte y en los seguros necesarios para el traslado de obras de arte. Me darán una parte del importe de la venta.

—Me alegro de que no necesites el dinero. Al menos, mientras vivas en el ático de Adriana. En cualquier caso, te aconsejo que seas precavido. Puede que algún día se canse de tus idas y venidas, o se enamore de otro y te mande al carajo. Yo no te aguantaría si fuera ella.

—Lo sé. No lo hiciste en su momento. Por fortuna para mí, Adriana es distinta.

—No lo tengas tan claro. La paciencia de cualquier ser humano tiene un límite. Yo no sé lo que hubo entre tu mujer y mi amigo Rudy el día de la fiesta. Lo que sí sé, porque lo escuché, es que Adriana le dijo que no se marchaba con él a Ámsterdam porque su hijo la reclamaba. Su hijo. No tú —puntualizó.

—Sí, a mí también me lo dijo. Ella tampoco miente aunque, por regla general, es muy cuidadosa con sus asuntos. Si soltó lo del holandés fue por el cabreo que tenía con el tema de María. En cierta ocasión le pregunté por sus aventuras en mi ausencia y obtuve la callada por respuesta.

—Hizo bien. ¿Tú le cuentas a ella las tuyas?

—No. Si te pregunto a ti es porque no quiero tratar el tema con Adriana, ni sincerarme respecto a mis correrías. Intentaré que no las conozca nunca. Quiero evitar que sufra a causa de mis aventuras.

—Lo siento. Te quedarás sin saber lo que ocurrió entre Adriana y Rudy. Yo no voy a contarte lo que no vi.

—Adiós, Elena. Tengo que irme. Te deseo lo mejor. No dudes en visitarnos si vas a Praga algún día.

—Desde luego. Es un placer que hayas tenido el detalle de invitarme.

Se abrazaron y él abandonó el local atestado de jóvenes. Dio un largo paseo por las calles de su ciudad natal hasta alcanzar el hotel. Cada edificio tocado por las huellas de la guerra, cada esquina y cada rincón le traían un recuerdo. Algunos, de su infancia y juventud. Otros, de los años del asedio. Al igual que su antigua novia, se veía como un extraño en su propia ciudad. Tan extraño como ella le confesó sentirse. El Sarajevo que tenía ante sus ojos no se parecía en nada al de sus años felices de juventud. Las mismas calles por las que caminaba entonces, a beso partido con Elena, olían ahora distinto. El aroma dulzón, típico de las pastelerías centroeuropeas, había sido sustituido por otro más agresivo para los olfatos sensibles: el del carbón y el cordero asado, característico de los guisos de inspiración árabe que se cocinaban por doquier.

Al día siguiente dejaron Sarajevo sin apenas cruzar palabra. Adriana lo evitaba y se dedicaba a jugar con el niño o a hablar con su sobrina. Él hacía lo propio con su padre. Llegaron a Praga un lunes por la tarde. Lo hicieron con la intención de no coincidir con ningún evento en los salones. Extrañamente, encontraron la mansión de la Plaza de la Paz deshabitada y silenciosa. Adriana se acordó de Milena, que a la vuelta de cada uno de sus viajes salía corriendo a recibirla, y tuvo que secarse con premura los lagrimones que saltaron a sus ojos. No quería que Alexander la viera llorar y pensara que él era la causa. Dejó a su hijo jugando con Paula y se encaminó a su habitación para deshacer el equipaje.

—¿Vas a bajar a cenar, o no? —le preguntó él.

—Sí. A las ocho, como siempre. Voy a llamar a mi hermana al móvil para saber dónde están y cuándo piensan venir. Yo cocinaré. Me temo que no habrá nada preparado.

—Puedo ayudarte, si quieres.

—Si tienes tiempo libre, prefiero que juegues con el niño. Sé cocinar sola.

—¿Hasta cuándo vas a estar así de borde conmigo?

—Hasta que hagas algo que cambie las tornas —le respondió mientras subía las escaleras apresuradamente.

—Entonces, más pronto de lo que te imaginas —le contestó él.

Adriana continuó indiferente su escalada, como si no lo hubiera escuchado o no le creyera. Finalizó sus tareas en la alcoba y bajó de nuevo la ancha escalinata. Se paró junto al retrato de Milena para decirle cuánto la echaba de menos. Seguidamente, se dirigió a la habitación de la ventana y le habló al sonriente Caballo de los momentos más memorables del viaje a Sarajevo.

—Te vas a descojonar de risa. Me depilé el pubis en una fiesta petarda.

—Eres la mejor —sintió que le contestaba él—. ¿Qué te ha dicho *El Hermoso*?

—Aún no me lo ha visto. Estamos medio enfadados. Por fin, he descubierto su lado oscuro. Ahora tengo que dejarte para preparar la cena. Es lunes y Wilfredo libra, ya sabes.

Mientras se dirigía a la cocina pensó si no estaría volviéndose algo más majara de la cuenta por hablarle a los muertos. Sin saber que, poco antes, Alexander había hecho lo mismo con María. En el tiempo que ella estuvo deshaciendo la maleta en su dormitorio, el artista buscó el cuadro de las rosas en el almacén del olvido. Lo rescató y lo llevó al ático. Le quitó la sábana amarillenta que lo cubría y lo colocó en el caballete. Tras admirarlo unos minutos, cogió un fino pincel, fabricado con pelos de visón, y lo mojó en pintura verde, el color preferido de Adriana. Debajo de su firma, y con una esmerada caligrafía, escribió dos palabras en español: “Para siempre”. Lo dejó allí y se encaminó a la habitación de la ventana en busca de su hijo.

A las ocho en punto, los viajeros de Sarajevo volvieron a reunirse. Ana y su hija se encontraban en casa del arquitecto Trudenska y no les acompañarían. En vista de que eran pocos, Adriana les propuso que cenaran en la habitación de la ventana para no ensuciar el reluciente comedor. Había preparado espaguetis y filetes de merluza empanados. Alexander no existió para ella en el tiempo que duró la cena. Si no miraba la tele, alababa al pequeño Jan por lo bien que se comía la pasta sin ayuda. Cuando se levantó para coger el postre, él le pellizó el trasero. Ante su calculada indiferencia, decidió seguirla hasta la cocina.

—Estoy loco por ti —le dijo mientras ella colocaba varias piezas de fruta en una fuente.

—¿Qué quieres, follarme? —le preguntó.

—Quererte —le respondió él—. ¿Me dejas dormir contigo?

—¿Qué bicho te ha picado, Alexander? ¿A qué viene esto ahora?

—¿Me dejas, o no?

—¿Te lo he impedido alguna vez? Si la memoria no me falla, ha sido justamente lo contrario.

Hasta que lo dejé por imposible, la lengua llegó a dolerme de tanto pedírtelo. Sin resultados —le recordó con ironía.

No le contestó y cogió la fuente de frutas que ella había preparado para llevarla a la mesa. Cuando terminaron de tomar el postre, Adriana pidió a su hijo que se fuera a dormir.

—Ya es muy tarde, Jan. Mañana tienes que ir al colegio y necesitas descansar. Dame un beso grande.

El niño se despidió de todos y su abuelo lo acompañó a su dormitorio.

—¿Dónde me esperas, aquí o en tu habitación? —le preguntó Alexander.

—¿Y tú dónde vas? Depende de lo que tardes. Me quedaré aquí un rato viendo la tele.

—Vale. Subo al ático un momento. Ahora nos vemos.



Sin que nadie se percatara, cogió el cuadro de las rosas y lo cargó hasta la habitación de Adriana. Lo colgó en el mismo lugar en el que estaba antes de que ella decidiera abandonarlo al olvido. Volvió a la habitación de la ventana y se acomodó en el sofá a su lado. La abrazó y la estrechó contra su pecho.

—Os dejo a solas, pareja —se despidió Paula.

Alexander se levantó y cerró la ventana. Como locos, empezaron a besarse y a desnudarse. Le acarició el pubis con su mano derecha y percibió el cambio.

—¿Qué es esto? —le preguntó inquieto y algo nervioso—. ¿Tu amante holandés te pidió que te afeitaras, o quisiste emular a Elena? ¿Qué tenías en la cabeza cuando lo hiciste, Adriana? ¿Vas a contármelo?

—No hay nada que contar. No soy tan rebuscada como tú.

—Quiero saber por qué te has rasurado y cuándo lo has hecho.

—¿No te gusta?

—Mucho, pero ese no es el asunto. Te he preguntado por las razones de tu acción. Necesito conocerlas.

—No insistas tanto, porque es posible que te quedes con las ganas. Estoy pensando si contártelo o hacer lo mismo que tú: callarme. Con decir que no quiero hablar del tema, como tú en Sarajevo, tengo bastante.

—Confírmame que este cambio no tiene ninguna relación con el holandés, por favor.

—Deja al holandés tranquilo, que yo no te pregunto a cuántas te follas en cada guerra —precisó con retintín—. Mira por donde, lo mío es más sencillo de lo que estarás imaginando. Me depilé a propuesta de tu ex novia. Una tía estupenda y divertidísima, por cierto. Ocurrió antes de que Rudy llegara a la fiesta. Simplemente, me mostró su pubis y me sugirió que hiciera lo mismo. Me llevó al baño y me dejó una crema especial para el afeitado de zonas sensibles. Ya lo sabes. ¿Más calmado?

—¿Por qué aceptaste su propuesta? ¿Para gustarme más?

—¿Y tú qué te crees, el centro de mi universo?

—El amor de tu vida. Me lo has dicho muchas veces. A no ser que hayas cambiado en los últimos días.

—Eso no lo sé ni yo misma. El tiempo lo dirá. De momento, aquí me tienes. A tu lado. No te comas el coco pensando en los motivos de mi depilación. Te los acabo de contar. ¿Quieres saber por qué acepté la propuesta de Elena? Simplemente, porque estaba desinhibida y me hizo gracia. No hay otra razón.

Dejaron de discutir y se amaron en el mismo lugar que fue escenario de la pasión de sus primeras citas. De una pasión que no disminuía con el paso de los años. Que, lejos de apagarse, se

incrementaba en cada encuentro. De la habitación de la ventana hasta la alcoba de Adriana. Él la cargó en sus fuertes brazos, como sabía que tanto le gustaba. Al llegar, la tumbó en la cama y encendió la luz. Con todo su esplendor, el óleo de su cuerpo desnudo entre las rosas se presentó ante sus ojos.

—¿Por qué has traído el cuadro? —le preguntó sin fijarse en el cambio que había experimentado la pintura.

—Examínalo bien. Lo he reformado un poco.

Ella lo repasó con la mirada y percibió el detalle de las letras verdes.

—¿Para siempre qué, Alexander? —le preguntó con aire melancólico.

—Mi amor —afirmó él, rotundo—. A partir de ahora, la mayor preocupación de mi vida será nuestra felicidad.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Dejando de ir de guerra en guerra, o durmiendo conmigo todas las noches?

—Lo primero no puedo prometértelo. Es el trabajo que elegí hace muchos años. No quiero abandonarlo de golpe, aunque mis viajes serán cada vez más distanciados. Pero sí estoy dispuesto a cumplir tu deseo de que durmamos juntos cada noche.

Ella lo miró incrédula.

—¿En serio? ¿Vas a soportar esperarme en la cama a que termine de atender el evento de turno? Te daba horror hacerlo. ¿A qué viene ese cambio? ¿Cuánto te durará? No me tomes el pelo, Alexander.

—Nunca he pretendido tomarte el pelo, Adriana. Te quiero para siempre, lo acabo de escribir en el cuadro. Deseo que seas feliz a mi lado, tanto como la noche en que me lo inspiraste. A partir de ahora dormiremos juntos. Siento haber tardado una década en decidirme. ¿Aceptas, o llegué demasiado tarde?

—Nunca es tarde si el resultado merece la pena. Abrázame fuerte. Lo necesito.

Disfrutaron de una madrugada mágica en la que Adriana escuchó un “te quiero” saliendo de los labios de su pareja más veces que en los diez años que habían pasado juntos. Se lo dijo en todos los idiomas que conocían: checo, serbocroata, español e inglés. Entonces corroboró que las lágrimas derramadas por sus secretos y sus ausencias, sus silencios y sus tormentos, no habían caído en balde: percibía recompensado y correspondido el amor infinito que sentía por él. Y sabía que, aunque volviera a marcharse, su ausencia no le dolería tanto porque tendría el regalo de su presencia. Para siempre, como él se había encargado de insistirle. A la mañana siguiente, apenas sin haber dormido, se levantó tan cansada como feliz. Llevó a su hijo al colegio y, a la vuelta, encontró a Pamela esperándola en la habitación de la ventana.

—¡Qué agradable sorpresa, querida! ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Me marcho, Adriana. He venido a despedirme y a invitaros a cenar esta noche.

—¿Qué me dices? ¿Vuelves a América? ¿Cuándo te vas?

—Muy pronto. El próximo sábado volaré a Nueva York. Estaré unos días con mi familia y luego iré a Japón. Viviré en Tokio hasta que me aburra.

—¿Bojan viajará contigo?

—No. Lo quiero mucho, pero ya me he cansado de aguantar sus rarezas, sus negocios turbios y la falta de intimidad en nuestra relación. Salvo en la cama, Iván está siempre presente en nuestras vidas. En vez de una pareja, parecemos un trío. Y tres, en mi opinión, son multitud. Hasta aquí hemos llegado, amiga mía.

—¡No sabes cuánto lo siento! Te echaré mucho de menos. ¿Qué vas a hacer en Tokio?

—Decorar restaurantes y hoteles. Firmaré un contrato por un año con un salario más que interesante. Además, la compañía me pagará el alquiler del apartamento. Aunque el acuerdo es por un año, como acabo de decirte, me aseguran que tendrán trabajo para mucho más tiempo si decido quedarme. Van a montar una cadena hotelera por todo el país y quieren decorar las habitaciones con mis cuadros.

—Te felicito, Pamela, y te deseo lo mejor. Ya lo sabes —le dijo con voz triste.

—No quiero verte triste, Adriana. No perderemos nuestra amistad porque deje de vivir en Praga. Estaremos en contacto a través del correo electrónico. Y cuando Alexander se marche a la próxima guerra, vienes a Tokio a visitarme. Espero que te vaya mejor que a mí con el mundo yugoslavo. Hace falta demasiada paciencia para soportarlo y se me acabó.

—Tengo novedades en ese sentido, Pam. Alexander ha decidido poner fin a la angustia que me provocaba el hecho de que no quisiera dormir a mi lado. Anoche, cuando llegamos de Sarajevo, cogió el cuadro de las rosas y lo colgó de nuevo en mi habitación. Me dijo que se quedaría junto a mí todas las noches y que iba a hacerme tan feliz como fui el día en que se lo inspiré.

—Ahora soy yo la que te felicito, sinceramente. ¿Eso significa que dejará de pintar las guerras?

—No. Me dijo que era su trabajo y que no podía dejarlo. No le exigiré que lo haga. Si a partir de ahora ese es el único mal, me lo tomaré como un mal menor.

—Siento que hoy es un buen día para nosotras. Esta noche lo celebramos. Bojan ha reservado mesa en un restaurante yugoslavo.

—¿Por qué yugoslavo?

—No lo sé. Cosas tuyas —contestó riéndose—. Le pedí que lo escogiera a su gusto y así lo decidió. Querrá que me vaya con el sabor del mundo yugoslavo —expresó riendo.

—¿Quiénes vamos a estar en la cena?

—Me gustaría decirte que los cuatro. Sin embargo, sabes que nosotros somos tres. Iván también

vendrá. No me he opuesto ni pienso hacerlo. Ya no me importa.

Entre otros platos típicos, pidieron cevapcici, una carne especiada y servida en forma de salchichas, y pimientos rellenos. Esa última cena con Pamela resultó cordial y muy simpática. Se escucharon las risas del grupo y los brindis por el futuro. Como la americana pensaba que Bojan pretendía, la comida dejó en su boca el sabor del mundo yugoslavo. En Alexander, el olor. Era como si los guisos de su madre inundaran su olfato y lo transportaran de nuevo a Sarajevo. Los sentía, incluso, tras despedirse de sus paisanos y de Pamela y tomar un taxi acompañado de Adriana.

En el trayecto desde el restaurante hasta la mansión de la Plaza de la Paz, pasado y presente viajaban confundidos en sus recuerdos. Aquel olor tan familiar del cevapcici llevó sus pensamientos hasta los días en que un joven llamado Alexander Korac, serbio de Sarajevo, pintaba el horror desde la minúscula habitación que ocupaba en la casa de sus padres. El mismo joven que se negó a empuñar las armas en aquella guerra estúpida que jamás entendería y que estaba destrozando familias enteras, la suya incluida. “Y jamás significa nunca” —se dijo a sí mismo. Rememoró entonces las palabras que una mujer pronunciara la primera mañana de su vida que despertó en Praga: Petra Veselá, la madre de su amigo Jan. “La vida siempre guarda cosas buenas para regalarte. A ti también, ya verás”. Doce años después de aquella frase, tuvo claro que se las había regalado.

**FIN**